TOMO 9

José Pijoan

historia del mundo

SALVAT EDITORES, S. A.

BARCELONA • MADRID • BUENOS AIRES • MEXICO • CARACAS • BOGOTA • QUITO • SANTIAGO • RIO DE JANEIRO

COLABORADORES CIENTÍFICOS DE TODA LA OBRA

Sr. D. José Fernando AGUIRRE, publicista (Barcelona).

Sra. Montserrat ALBET, musicóloga de la Sociedad Internacional de Musicología.

Dr. D. José ALSINA CLOTA, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Antonio M.ª ARAGÓ CABAÑAS, vicedirector del Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona.

Dr. D. José BASABE, profesor de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Aurelio BERNARDI, profesor de la Universidad de Pavía.

Dr. D. Pere BOHIGAS, profesor de la Escuela de Bibliotecarias y conservador de la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona.

Dr. D. L. N. J. BRUNT, de la Universidad de Amsterdam.

Sr. D. Rafael CONDE, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Sr. D. José FLORIT, profesor de la Universidad de Barcelona.

Sr. D. Juan GARCÍA FONT, licenciado en Filosofía y Letras.

Dr. D. Albino GARZETTI, profesor de la Universidad de Génova.

Sr. D. Miguel GIL GUASCH, director técnico del Museo de Artes Decorativas de Barcelona.

Dr. D. Francisco GOMÁ MUSTÉ, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Nazario GONZÁLEZ, profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Pedro GRASES, doctor en Filosofía y Letras (Venezuela).

Sr. D. Ramón GRAU, licenciado en Filosofía y Letras.

Sr. D. Lorenzo GUILERA, jefe del Laboratorio de Cálculo de la Universidad de Barcelona.

Sr. D. Luis IZQUIERDO, licenciado en Filosofía y Letras.

Dr. D. Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Dr. D. Miguel Ángel LADERO QUESADA, catedrático de la Universidad de La Laguna (Tenerife).

Dr. D. Pedro LAÍN ENTRALGO, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.

Sra. Marina LÓPEZ GUALLAR, licenciada en Filosofía y Letras.

Dr. D. José Antonio MARAVALL, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de la R. Academia de la Historia.

Dr. D. Julián MARÍAS, doctor en Filosofía y Letras y académico de la Academia de la Lengua.

Sr. D. Ricardo MARTÍN, prof. de la Univ. de Barcelona.

Dr. D. Miguel MARTÍNEZ CUADRADO, profesor de la Universidad de Madrid.

Dr. D. Pedro MOLAS RIBALTA, profesor de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Antonio MORALES, profesor de la Universidad de Madrid.

Srta. M.ª Luz MORALES, escritora y publicista (Barcelona).

Dr. D. Anscari M. MUNDÓ MARCET, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Sr. D. Carlos NADAL, licenciado en Filosofía y Letras y periodista.

Sr. D. Antonio PALUZIE BORRELL, secretario de la Sociedad Astronómica de España y América.

Dr. D. Augusto PANYELLA, director del Museo Etnológico de Barcelona.

Dr. D. Luis PERICOT GARCÍA, vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Srta. Marina PICAZO, licenciada en Filosofía y Letras.

Sr. D. José M.ª PISA, licenciado en Teología.

Sr. D. Miguel PORTER, profesor de la Universidad de Barcelona.

Sr. D. Alberto M. PRIETO ARCINIEGA, profesor de la Universidad de Granada.

Srta. Helena PUIGDOMÉNECH, profesora de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Carlos PUJOL JAUMANDREU, doctor en Filosofía y Letras.

Dr. D. Juan REGLÁ CAMPISTOL, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Srta. María de los Ángeles del RINCÓN, licenciada en Filosofía y Letras.

Dr. D. David ROMANO VENTURA, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Sr. D. José E. RUIZ DOMÉNEC, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Dr. D. Santiago SOBREQUÉS VIDAL, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Sr. D. Ramón SORIA, profesor de la Universidad de Barcelona.

Srta. Jacoba TADEMA SPORRY, de la Universidad de Leiden (Holanda).

Dr. D. Ernesto de la TORRE VILLAR, director de la Biblioteca Nacional de México.

Dr. D. Antonio TRUYOL Y SERRA, catedrático de la Universidad de Madrid.

Dr. D. Federico UDINA MARTORELL, catedrático y decano de Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona y director del Archivo de la Corona de Aragón.

Srta. M.ª Luz VÁZQUEZ BACA, licenciada en Filosofía y Letras.

Sr. D. Pedro VEGUÉ, director técnico del Gabinete Numismático de Cataluña (Barcelona).

Dr. D. Juan VERNET GINÉS, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Sr. D. Francesc VICENS, crítico de arte (Barcelona).



INDICE

historia del mundo

Depósito Legal B. 36.601 - 1969 (IX)
NECLOBE, S. A. – Buenos Aires, 49, Hospitalet - Barcelona (1972)

DIRECTOR: JUAN SALVAT
DIRECTOR EDITORIAL: AMANCIO FERNÁNDEZ TORREGROSA
COLABORADORES CIENTÍFICOS DEL PRESENTE VOLUMEN:

J. F. — José FLORIT, profesor de la Universidad de Barcelona.
P. G. — Pedro GRASES, doctor en Filosofía y Letras (Venezuela).
A. J. — Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
A. M. — Antonio MORALES, profesor de la Universidad de Madrid.
M. L. M. — M.ª Luz MORALES, escritora y publicista (Barcelona).
H. P. — Helena PUIGDOMÉNECH, profesora de la Universidad de Barcelona.
C. P. — Carlos PUJOL, doctor en Filosofía y Letras (Barcelona).
J. R. — Juan REGLÁ, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona.
E. T. V. — Ernesto de la TORRE VILLAR, director de la Biblioteca Nacional de México.
J. V. — Juan VERNET, catedrático de la Universidad de Barcelona.

CARTOGRAFÍA Y CUADROS FUERA DE TEXTO: RAMÓN GRAU y MARINA LÓPEZ
COMPAGINACIÓN: PELEGRÍN MONROIG y CARLOS BONET

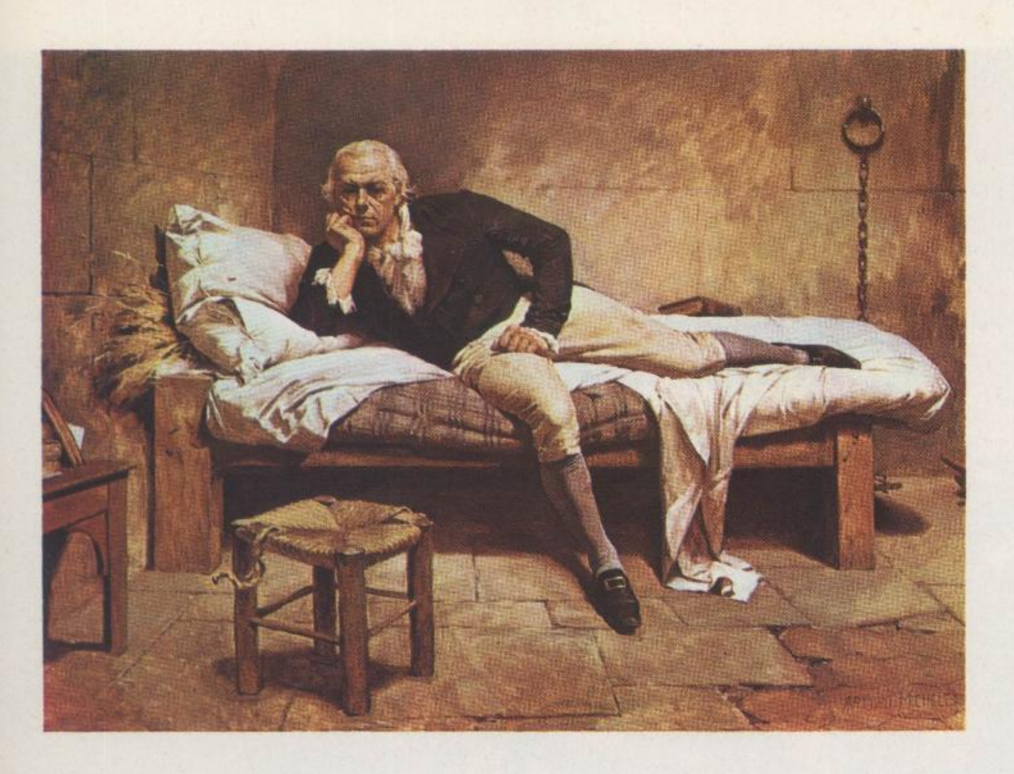


La épica lucha de los llaneros venezolanos contra las tropas españolas durante la guerra de la Independencia americana queda fielmente plasmada en esta obra de Arturo Michelena, en que un conjunto de estos hombres, al mando de Páez, van a detener en seco su fingida huida para cargar contra los españoles.

Emancipación de las colonias españolas en América del Sur

A fines del siglo XVIII la América latina apenas empezaba a sentir los efectos de la marejada revolucionaria. Mucho se ha hablado del fermento espiritual preparatorio de las revoluciones, pero sinceramente creemos que se ha exagerado por lo que toca a Sudamérica. Se publicaron allí algunos periódicos subversivos y folletos tendenciosos, pero ni por asomo en la cantidad prodigiosa en que se imprimieron en Norteamérica los años anteriores a su revolución. Éstos llenan estantes enteros de una biblioteca; los de Sudamérica cabrían en el rincón de una alacena.

No cabe duda que la independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa debieron de ejercer alguna influencia en el espíritu de los hispanoamericanos. Pero, en el fondo, lo cierto es que el mundo descubierto y civilizado por España, repoblado y



Francisco de Miranda en La Carraca, por Arturo Michelena (Museo de Bellas Artes, Caracas). Llamado el "Precursor", mantuvo contactos con Francia, Inglaterra y Estados Unidos para lograr su ayuda en el intento de sublevar contra la metrópoli a las regiones americanas. Prisionero de los españoles, murió en las mazmorras de La Carraca.

fecundado con la sangre de su raza, sentía ansias de independencia, viéndose la estirpe mayor de edad al cabo de tres siglos de generaciones criollas. Mucho les había costado a los criollos de la América latina acostumbrarse a la idea de que ya no serían españoles, sino simplemente americanos. Algunos estaban contaminados de ideas liberales; habían leído la literatura demagógica y anticlerical francesa, que se introducía de contrabando, pero no pasaban de platónicos aficionados a la política, que escondían en una viga los libros prohibidos: el *Contrato Social* o los volúmenes de la *Enciclopedia,* más satisfechos de su posesión que de su lectura. Se habían hecho masones, pero sus mejores amigos eran eclesiásticos, por la sencilla razón de que eran casi los únicos con quienes se podía filosofar de política y discutir programas de gobierno.

Al principio no fue el clero enemigo declarado de la revolución, pues tuvo oradores en las asambleas de tipo más o menos parlamentario que redactaron constituciones, y hasta cabecillas en los campos de batalla. Con tal que se respetara la persona real y los privilegios de la Iglesia, el clero estaba dispuesto a caer del lado de los revolucionarios. Lo que más repugnaba al carácter caballeresco de los hispanoamericanos era quebrantar la fidelidad jurada al monarca. He aquí el caso de Antonio Nariño, uno de los más conscientes "patriotas" de Sudamérica. En el año 1793, Nariño estudiaba en la universidad de Santa Fe de Bogotá y se había procurado una biblioteca de literatura avanzada. En su cuarto de estudiante se reunía un cenáculo de jóvenes para discutir los principios de la Revolución francesa. Los presidía un retrato de Benjamín Franklin. Habiendo llegado a sus manos la *Declaración de los Derechos del Hombre,* aprobados por la Asamblea Nacional de París, Nariño tradujo y mandó imprimir, difundiendo algunos ejemplares en castellano. Fue condenado, desposeído de sus bienes y enviado prisionero a España. Desde la cárcel, publicó una *Defensa* en que, sin claudicar de los principios revolucionarios, se mostraba aún respetuoso con la autoridad legítima del rey de España.

La vacilación ideológica en este punto de la independencia compatible con la realeza adquiere importancia tratándose de una personalidad tan relevante como Nariño. Encarcelado de nuevo en 1798, sufrió tortura en manos de las autoridades españolas. Su amigo Francisco Antonio Zea había sido desterrado a España entre 1795 y 1797 por no querer denunciar a sus cómplices en una conspiración. Ya después, no vaciló más y fue un sincero separatista. Pocos meses después se encuentra en Europa "escapado de la justicia". Dice el embajador español en París: "Se presentó a este Gobierno [el francés] proponiendo revolucionar aquellos países y mostrando relaciones y amistades que allí tenía con varios sujetos traidores y enemigos del Rey y de su Gobierno. Aquí –sigue diciendo el embajador español en París–, no obstante su propaganda democrática, no le dieron oídos y se fue a Londres, proponiendo a Pitt que si le ayudaba con dinero, municiones y alguna escuadra, haría levantar la Tierra Firme [Venezuela y Colombia]. Parece que dicho ministro no hizo mucho caso de él... Poco después compareció otro aventurero llamado Caro, que estuvo complicado en la conspiración de Caracas, y propuso el mismo proyecto que Nariño, con más medios y habilidad que él; pero tampoco fueron admitidas las proposiciones, y, siguiendo los pasos de su antecesor, fue a Londres con su proyecto de insurrección. Como sus planes estaban mejor trazados, admitió el Gobierno inglés sus proposiciones y resolvió enviar algunas fuerzas navales con armas y auxilios para apoyar los movimientos inter-

LA PARALIZACION DEMOGRAFICA DE LA AMERICA LATINA DURANTE LA EPOCA DE LA INDEPENDENCIA

	NUEVA GRANADA (Gran Colombia)	PERU	BOLIVIA
1800	2.200.000	1.400.000	800.000
1840	2.000.000	2.000.000	600.000
1890	6.000.000	3.200.000	1.400.000



Boceto para el cuadro "Firma del Acta de Independencia", por Martín Tovar y Tovar. La Junta de Caracas proclamó, el 5 de julio de 1811, la Declaración de la Independencia de Venezuela.

nos provocados por Caro; pero mientras se estaba disponiendo esta expedición, ocurrió la insurrección de la marina inglesa. Caro volvió a París y conversó largamente con los exaltados que aquí abundan; se juntó con Nariño, y uno y otro en los meses pasados han hecho varios viajes a Inglaterra, entendiéndose con el famoso rebelde general Miranda, que es allí el centro de todos los conjurados contra la dominación española. Caro ha vuelto a París y se sabe que está dispuesto a introducirse en Bogotá con singular disfraz. Le han confeccionado una peluca de negro tan natural, que imita perfectamente el pelo lanoso de los negros, y además se ha barnizado la cara y el cuerpo con un ingrediente tan tenaz, que no lo destiñan ni el agua ni el sudor".

Ésta era la vida de los conspiradores, pasando con mediano éxito de Francia a Inglaterra, desembarcando en América y sufriendo allí las alternativas de victorias y fracasos de la Revolución. Para terminar su acción de revolucionario auténtico, Nariño retornó a América, luchó y participó en varias sublevaciones y Asambleas Constituyentes. Elegido presidente en 1811 de un gobierno en Bogotá, traicionado por los suyos y derrotado en 1813 por los españoles, Nariño fue conducido prisionero otra vez a España, permaneciendo varios años en las mazmorras de La Carraca en Cádiz. En 1820 la sublevación de Riego le puso en libertad, pero fue para volver a sufrir el calvario de la ingratitud y la incomprensión de los suyos hasta que murió en 1833. Ser político se había convertido en conspirar, pelear, sufrir destierros y cárceles y morir desengañado... Virgilio dice que fue necesario mucho penar para dar luz y grandeza a la antigua Roma. ¡Qué penar también para la gestación de las naciones sudamericanas, aún no llegadas a su madurez!

En el relato de 1798 del embajador español en París, cuyos párrafos hemos copiado, se menciona con el calificativo de "rebelde general" a otro conspirador, Francisco de Mi-

RELACION NUMERICA DE LOS DISTINTOS GRUPOS DE LA POBLACION HISPANOAMERICANA AL FINAL DEL PERIODO COLONIAL

1
2
3
4
5

1. *Españoles* nacidos en la península, que forman la burocracia virreinal (alrededor de 300.000).
2. *Criollos,* blancos nacidos en América; dominan los resortes económicos del país y forman una verdadera aristocracia, cada vez más ilustrada y nacionalista (alrededor de 3.000.000).
3. *Mestizos:* mundo intermedio, muy mal definido, ya que aspiran siempre a formar parte de la clase superior y a ser considerados de raza blanca; unos lo consiguen, otros adoptan las formas de vida indígena. En general representan el papel de una mano de obra cualificada.
4. *Indios,* con diversos grados de civilización y condición social, se dividen en dos grandes grupos: trabajadores de las plantaciones y las minas, e indios marginales, que viven independientes de la civilización europea (unos 10.000.000).
5. *Negros,* mano de obra esclava, importada, están localizados sobre todo en las Antillas (unos 800.000).

LA INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS: I (1808-1811)

Crisis del estado español en 1808.

Legalidad napoleónica: José I, rey de España.

Resistencia organizada de la Junta de Sevilla, favorable a Fernando VII.

En la Constitución de Bayona, Napoleón establece una representación regular de las colonias en el gobierno español.

Napoleón cuenta con su popularidad en América para crear un apoyo fuerte a la monarquía de José I.

Son enviados emisarios franceses de José I y Napoleón encargados de comunicar a las autoridades locales de América el cambio dinástico.

Reacción: en México, tanto el virrey Iturrigaray como la Audiencia rechazan la opción napoleónica. En Caracas (15-VIII-1808): el capitán general Casas duda, pero el cabildo inclina la balanza a favor de Fernando VII. En Bogotá (19-VIII-1808): reacción violenta contra Napoleón. En Buenos Aires: el virrey francés Liniers, sospechoso de ser partidario de José I, es depuesto por la oligarquía criolla.

No pudiendo aliar a América a su partido, Napoleón varía su política en 1809, para convertirse en campeón de la Independencia, como medio para debilitar al enemigo.

Napoleón inunda las colonias españolas de agentes que preparan movimientos independentistas: Desmolard es el instigador de la sublevación de Caracas en abril de 1810.

Ejemplo norteamericano de la Constitución y simpatías de Jefferson y sus amigos por la causa latinoamericana.

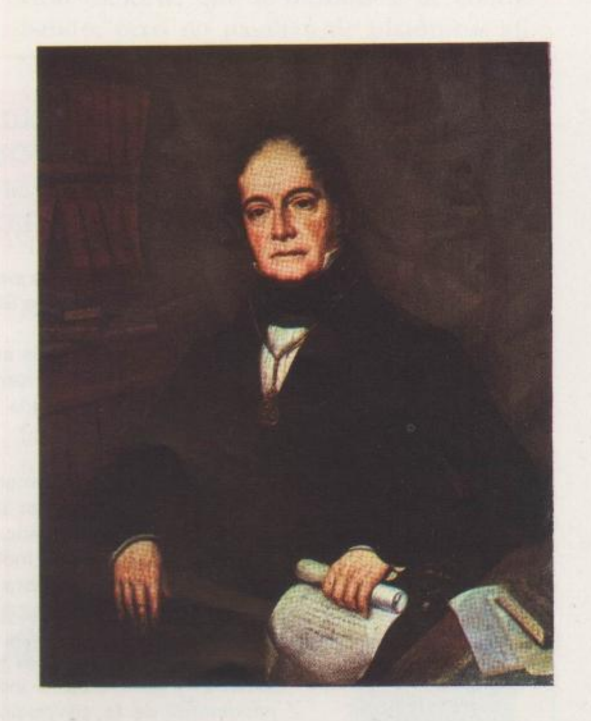
Hundimiento del partido nacionalista en la metrópoli frente a la Grande Armée. Enero de 1810: la Junta abdica en un consejo de Regencia.

AMERICA PROCLAMA SU INDEPENDENCIA

BUENOS AIRES.– El virrey Cisneros, nombrado por la Junta de Sevilla en 1809 y aceptado en principio, es depuesto por una Junta insurreccional controlada por patriotas radicales el 25 de mayo de 1810. Elección de una Junta que agrupa los principales representantes de la aristocracia criolla (Belgrano). Repercusiones del movimiento en Bolivia, Paraguay y Uruguay. 1811: movimiento independentista de Chile.

MÉXICO.– Fracaso inicial del virrey Iturrigaray al intentar liberarse de la Junta de Sevilla (1808) por la oposición de la oligarquía criolla de la Audiencia. Movimientos populares de Hidalgo (1811) y Morelos, que proclama el 6 de noviembre de 1813 la independencia de Nueva España.

CARACAS.– Congreso que reúne los cabildos de las ciudades venezolanas en marzo de 1811; la independencia es proclamada el 5 de julio; la Constitución de diciembre de 1811 reproduce la de Jefferson.

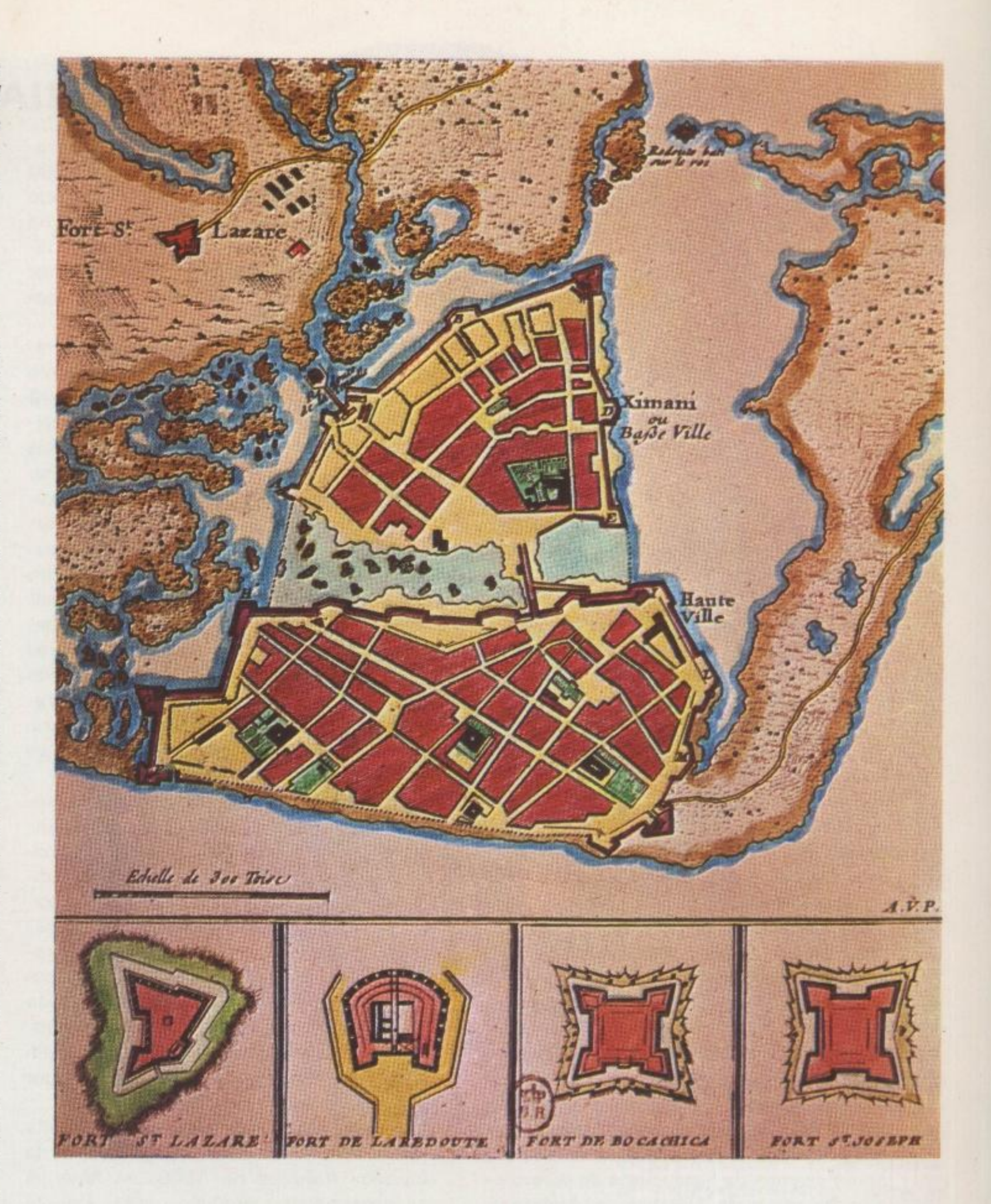


Andrés Bello, el insigne filólogo, fue uno de los delegados, con Bolívar y López Méndez, que la Junta de Caracas envió en 1810 a Londres, donde residió hasta 1829.

randa, "centro de todos los conjurados contra España". Con éste se suele empezar la Historia de la Revolución americana, aunque hemos preferido empezar por Nariño porque es más típico ejemplar de criollo, sin tanta influencia de un modo de pensar extraño, pero Francisco de Miranda es personaje de más enjundia que Nariño. Se le ha llamado el *Precursor,* porque era ya "general rebelde" cuando Nariño y Bolívar empezaban a conspirar.

Miranda nació en Caracas en 1750 de un mercader natural de las islas Canarias, poseedor de regular fortuna. Estudió en su ciudad natal, pero a los veintiún años escasos emprendió viaje a España, previo permiso de las autoridades peninsulares. A fines de 1772 entró al servicio del rey de España como capitán de un batallón del Regimiento de la Princesa, cargo adquirido con el dinero de su padre. Pagó 8.000 pesos. Empezó en 1774 sus primeras campañas en Marruecos. En 1780 formó parte del ejército que fue a las Antillas para cooperar con los franceses en la tarea de ayudar a la revolución de las colonias inglesas en Norteamérica. Era la

Plano de la ciudad de Cartagena de Indias y fuertes que la defendían a mediados del siglo XVIII (Biblioteca Nacional, París). Tras la capitulación de Miranda, Bolívar se trasladó a Curazao y luego a Nueva Granada.



época de la alianza francoespañola, resultante del pacto de familia borbónico, y ambas naciones deseaban hostigar todo lo posible al gobierno británico en América. Miranda tomó parte en la expedición española contra los ingleses en Florida y las Bahamas.

Es posible que entonces se le revelara la posibilidad de emancipar también a su América. Pero acaso contribuyó a todo lo que hizo o dejó de hacer después un contratiempo que tuvo en Cuba. Estaba allí disfrutando de la confianza del capitán general Juan Manuel de Cajigal, al que se acusó de un negocio de contrabando. Miranda escapó a los Estados Unidos, y desde entonces no cesó de viajar, intrigando y conspirando contra España. Desde Londres, siendo todavía fugitivo y "reo de estado" (porque se le condenó como a Cajigal), escribió a Floridablanca, ministro de Carlos III, enviando su dimisión de capitán del ejército español. Inicia sus contactos con el gobierno inglés, en sus planes de liberación americana.

Durante las guerras de la Convención, Miranda sirvió a las órdenes del general Dumouriez, mientras se le preparaba para enviarle a América a fomentar la rebelión. Francia y España ya no eran aliadas; todo lo contrario. Los Borbones de España se habían aliado con Inglaterra y hostilizaban a la Francia revolucionaria. "Es necesario –decía el girondino Brissot– desencadenar la revolución en España y en las colonias españolas al mismo tiempo. El éxito depende de Miranda." Se trataba de aprovechar doce mil soldados del ejército francés, que estaban inmovilizados en Santo Domingo, nombrando a Miranda capitán general de aquella isla.

Entre tanto, Miranda servía con talento a Dumouriez. Desempeñó servicios importantes en el ejército de Holanda, que después recordó Napoleón, al mandar grabar el nombre de Miranda en el arco de la Estrella de París con los demás generales de la primera República y del Imperio. Pero desgraciadamente Miranda estaba todavía a las órdenes de Dumouriez en la desdichada batalla de Neerwinden, que obligó a los franceses a eva-



Simón Bolívar, el Libertador, en la época de la "Campaña Admirable" (grabado de la Biblioteca Nacional de París).

EMANCIPACION DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

Desde el momento en que se consuma definitivamente –batalla de Ayacucho, en 1824–, la emancipación hispanoamericana ha suscitado diversas interpretaciones, que podemos resumir así.

La historiografía liberal de la primera mitad del siglo XIX hace suyos en gran parte los juicios de Bolívar y del escritor chileno Luis Amunategui, según los cuales la ruptura entre España e Hispanoamérica se debería, fundamentalmente, a la ideología de la Ilustración, a los abusos del "pacto colonial" (con las consiguientes restricciones a los criollos) y a los manejos de los adversarios de España –Inglaterra y Francia–. En definitiva, la independencia hispanoamericana constituiría la tercera fase del proceso revolucionario general que preside el hundimiento del Antiguo Régimen (el primero, la revolución norteamericana e independencia de los Estados Unidos, y el segundo, la Revolución francesa).

A partir de la segunda mitad del siglo XIX se tienen en cuenta otros factores: la vinculación de los criollos con determinados focos políticos europeos, la invasión napoleónica en España, la labor de proselitismo de las sociedades secretas y la acción favorable a la independencia de los jesuitas expulsados por Carlos III (a través de la *Carta a los españoles americanos*, del peruano Juan Pablo de Vizcardo y Guzmán). Desde el punto de vista socioeconómico, la independencia hispanoamericana es valorada en función de la expansión económica de la segunda mitad del siglo XVIII y sus repercusiones sociales –enriquecimiento de la burguesía criolla–.

El historiador y canonista español profesor Manuel Giménez Fernández, a través de un examen de los sucesos de la revolución de mayo de 1810 en la Argentina, cree ver en la emancipación un reflejo de las doctrinas populistas (de honda raigambre en los tratadistas hispánicos del Siglo de Oro), en virtud del derecho del pueblo a la rebeldía, como portador de la soberanía, cuando se incumplen por la autoridad las ideas del buen gobierno. Invocando otros presupuestos, la emancipación ha sido considerada también como una guerra civil entre los hispanoamericanos, que terminaría con el triunfo del "feudalismo" criollo.

Atendiendo a las operaciones militares, el progresivo repliegue del dominio español en América a partir de 1808 se verifica en sentido inverso al que había presidido la conquista. Es decir, los focos antillano y mexicano, que en el siglo XVI constituyeron los núcleos de irradiación del dominio español, se convierten ahora en los últimos reductos hispánicos. (El dominio español en el ámbito antillano sobrevivirá al proceso emancipador hispanoamericano y perdurará hasta 1898.) Las campañas emancipadoras partieron de las regiones del Plata y de Tierra Firme, y por Chile y Nueva Granada, respectivamente, alcanzaron el Perú, donde el virrey Abascal se convierte en símbolo de la resistencia española.

El proceso sociológico es distinto según las regiones. En México, la emancipación la fraguaron los criollos, la comenzaron los mestizos –campañas indigenistas de los curas Hidalgo y Morelos– y la terminaron los españoles; en Venezuela fue protagonizada por la aristocracia criolla –lo que explica que, por reacción, los humildes "llaneros" del Orinoco fueran realistas–; en Perú y Chile también por la aristocracia criolla, de origen vasco-castellano, y en Buenos Aires, por la naciente burguesía porteña.

A semejanza de lo ocurrido en España con la crisis del poder motivada por la invasión francesa de 1808, en América se constituyeron también Juntas Provinciales, que progresivamente pasaron de la fidelidad a la causa de Fernando VII a invocar la autodeterminación, esto es, el derecho de gobernarse por sí mismas. En líneas generales puede afirmarse que entre 1808 y 1814 las tropas españolas lograron contener el proceso emancipador (fracaso de los intentos de Hidalgo y Morelos en México, mientras Bolívar viose obligado a refugiarse en Jamaica y el ejército español de Morillo se afianzaba en Nueva Granada; en el Plata, Belgrano fracasaba en su intento de dominar el Paraguay, y los realistas triunfaban en Vilcapugio y Ayohuma).

De 1814 a 1820, la emancipación realizó progresos sustanciales –1816, San Martín consolida la independencia chilena en la batalla de Maipú; 1819, Bolívar proclama la unidad de Nueva Granada–. Y de 1820 a 1824, la causa emancipadora gana las últimas batallas –1821, San Martín entra en Lima, y Bolívar triunfa en Carabobo; 1822, el "plan de Iguala" reconoce la independencia de México, mientras Sucre vence en Pichincha y los Estados Unidos reconocen a las nuevas Repúblicas; 1823, el presidente norteamericano, James Monroe, proclama la doctrina que lleva su nombre (monroísmo), como advertencia a los intentos de la Santa Alianza europea y, concretamente, a los propósitos ingleses en el Caribe, y 1824, el nuevo triunfo de Sucre, lugarteniente de Bolívar, en Ayacucho, remata el proceso emancipador–.

Las potencias anglosajonas se opusieron tenazmente a los proyectos federalistas de Bolívar, quien diose perfecta cuenta de los tres adversarios a los cuales había que vencer sucesivamente para que Hispanoamérica conquistara la independencia: *a)* España, *b)* Inglaterra, y *c)* los Estados Unidos. Los hechos se encargarían de darle la razón, puesto que, rotos los lazos de dependencia política respecto de España, los países hispanoamericanos cayeron bajo el vasallaje económico de Inglaterra en el siglo XIX, y de los Estados Unidos en el XX.

J. R.

cuar los Países Bajos. De nuevo fue acusado de traición como cómplice de Dumouriez. El Tribunal Revolucionario lo declaró inocente, pero fue encarcelado otra vez. A principios de 1798, de nuevo lo vemos en Londres, donde tenía más probabilidades de ser escuchado que en París. Otra vez España estaba a favor de Francia contra Inglaterra. Además, en Inglaterra se comprendía mejor la importancia de la emancipación de la América latina, por el comercio que se podía establecer con aquellos países. Miranda tenía exacto conocimiento de las fortalezas de Cuba y otras Antillas, que podían servir como base de operaciones a los ingleses. Sin embargo, como la revolución se desencadenó con más fuerza en Venezuela, la isla de la Trinidad, que pasó a ser posesión inglesa en 1797, sirvió de punto de apoyo a los revolucionarios en lugar de la de Cuba.

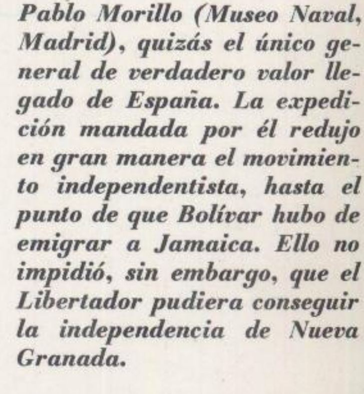
Hasta 1806 no logró Miranda que los Estados Unidos e Inglaterra le favorecieran permitiéndole una primera expedición filibustera. Se organizó en Nueva York, en complicidad con el gobierno norteamericano. Miranda tenía relaciones amistosas con Hamilton, John Adams, Madison y el presidente Jefferson. Además, los buques de Miranda iban protegidos por Inglaterra. Cuando la expedición amenazaba acabar en completo desastre, el almirante inglés lord Cochrane, que vigilaba la aventura, declaró que sus ór-

denes eran "proteger a Miranda en caso de ataque de la marina española, impedir que llegaran a América refuerzos de Europa y asegurar la retirada, caso de que los filibusteros tuvieran que reembarcarse; pero no intervenir". ¿Qué querría decir "no intervenir" para los ingleses?

El desembarco y la retirada de Miranda en Coro, en 1806, no aumentaron su prestigio en Londres, porque nadie le secundó en Venezuela. La llegada de Miranda en 1806 no ocasionó levantamientos ni tumultos entre los coloniales. Pero fue de consecuencias tremendas, porque los criollos se dieron cuenta de que podían contar con Inglaterra, y en América la reputación de Miranda no hizo más que crecer. Hasta las autoridades coloniales españolas tenían empeño en agrandar a aquel a quien habían obligado a reembarcarse.

Uno de los aventureros ingleses que iban con Miranda en 1806, James Biggs, nos ha dejado la clásica descripción de este personaje: "Es alto, proporcionado, aunque corpulento, muy activo, moreno, ojos grises claros, mirada inteligente y severa, cabello algo gris y bigotes hasta las orejas... Se mueve constantemente; su pie o su mano agitados prueban que su mente está en continuo ejercicio. Raramente bebe vino y nunca licores fuertes. Se expresa con dignidad, excepto cuando se enfada; la contradicción le impacienta. Tiene memoria privilegiada y está en





Pablo Morillo (Museo Naval, Madrid), quizás el único general de verdadero valor llegado de España. La expedición mandada por él redujo en gran manera el movimiento independentista, hasta el punto de que Bolívar hubo de emigrar a Jamaica. Ello no impidió, sin embargo, que el Libertador pudiera conseguir la independencia de Nueva Granada.



Uniformes militares de las tropas de Infantería española destinadas a América en 1816 (Archivo Histórico Nacional, Madrid).

LA INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS: II (1811-1815). LA FASE ADVERSA

MOVIMIENTOS DE INDEPENDENCIA

25 de mayo de 1810: Junta insurreccional de Buenos Aires. – 5 de julio de 1811: Proclamación de la independencia venezolana. 6 de noviembre de 1813: Proclamación de la independencia mexicana por Morelos.

DIFICULTADES DE CONSOLIDACION

AISLAMIENTO INTERNACIONAL

INGLATERRA. – Necesitada de la colaboración española en la lucha contra Napoleón, no se atreve de momento a ayudar abiertamente a los insurrectos, aunque su interés económico se inclina a poner fin al Imperio español.

ESTADOS UNIDOS. – Abastecedora de víveres a los ejércitos que combaten contra Napoleón en España, sacrifica su simpatía por los latinoamericanos a las buenas relaciones con la España de Fernando VII.

FRANCIA. – Napoleón, promotor de movimientos revolucionarios en América, se ve ahora aislado de ella por el bloqueo inglés.

Los patriotas americanos quedan reducidos a sus propias fuerzas en la lucha.

España cuenta con la simpatía de las potencias legitimistas: Fernando VII aspira a interesar a la gran potencia del momento, la Rusia de Alejandro I, en la conquista de América.

Dificultades de comunicación terrestre entre los distintos núcleos geográficos.

La fragmentación territorial de América latina se refleja en un aislamiento entre los distintos movimientos.

España cuenta con una fuerza marítima que le permite la comunicación rápida a lo largo de las costas americanas.

Divisiones internas de cada núcleo independentista: rivalidades personales, luchas de clanes, clases sociales y étnicas.

España cuenta con ejércitos más coherentes y bien organizados.

RESULTADOS

VIRREINATO DEL PERÚ. – Fiel a España, Perú es uno de los grandes apoyos en esta reconstitucion del Imperio: recuperación de Quito (1812), victoria sobre la Junta de Santiago.

VIRREINATO DE NUEVA GRANADA. – La oposición eclesiástica y nobiliaria hace fracasar la Primera República venezolana (1812) y las fuerzas de Boves (indios, mestizos y llaneros) la Segunda (1815).

VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA. – Iturbide, con un refuerzo de 8.000 hombres llegados de España, consigue triunfar de modo definitivo sobre Morelos (1814-1815).

Boceto para el cuatro "Batalla de Boyacá", por Martín Tovar y Tovar. Esta brillante victoria, conseguida por Bolívar apenas cruzada la cordillera, consolidó definitivamente la independencia de Nueva Granada. A continuación, Bolívar creó la República de Colombia, estado que debía incluir a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador.

terado de las cosas más diversas". Esta última afirmación está comprobada por la biblioteca de Miranda; cuando fue registrada su casa en Belleville, cerca de París, por los agentes de la Convención, encontraron éstos *une bibliothèque immense, composée des livres les mieux choisis et les plus rares, les cartes de tous les pays et des meilleurs géographes...* Miranda pudo, en 1806, procurarse dos mil libras esterlinas pignorando su biblioteca en Londres.

Después de su fracaso, en 1806, Miranda regresó a Inglaterra, donde continuó redactando memoriales para interesar a los ministros en la emancipación de Sudamérica. Europa, después de Jena, parecía a merced de Napoleón; como no se preveía su caída, podía pensarse en contrabalancear su influencia levantando un Nuevo Mundo que se pusiera al lado de los ingleses. En la nerviosidad de aquellos días, hasta los ingleses buscaban salvación en utopías.

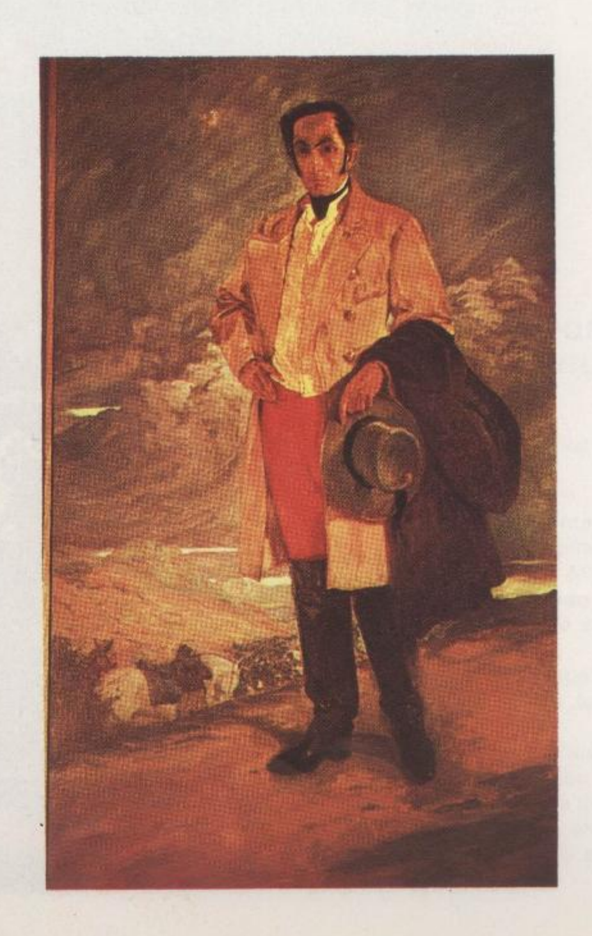
El Dos de Mayo y la expedición dirigida por Wellington contra Napoleón en la península ibérica desviaron la atención de los ingleses de la América latina. Miranda, en cambio, recibía noticias alentadoras de América. Las colonias españolas, creyendo permanecer fieles al rey legítimo, se habían aprovechado del cautiverio de Fernando VII creando Juntas de regencia. Si España no obedecía al "rey intruso", José Bonaparte, los coloniales podían y hasta debían seguir el ejemplo de los españoles, deponiendo virreyes y audiencias. ¿No eran los virreyes el *alter ego* del rey absoluto y las audiencias la imagen del Consejo de estado? ¿No se habían ambas autoridades eclipsado en España y confiado sus funciones a las Juntas? Pues igual tenía que hacerse en América, y acaso, del mismo modo que en España, una Constitución daría lugar a un nuevo régimen; las colonias saldrían de la crisis con un régimen más moderno que el secular de los virreyes y audiencias, impropio de la época.

Los virreyes y audiencias trataron de resistir; pero creyendo que se trataba de algaradas pasajeras, toleraron que los patriotas organizaran Juntas como en España. Algunas se crearon espontáneamente y otras fueron nombradas por una sombra de asambleas tumultuosas, que se llamaban "cabildos abiertos". El cabildo cerrado era la corporación municipal presidida por los alcaldes y compuesta de regidores. Éstos administraban las poblaciones sin ambición de hacer política. Pero se recordaba que, en los primeros días de la conquista, los negocios se discutían en cabildo abierto, o asamblea compuesta de todos los cabezas de familia. Era difícil aprovechar, para sustituir a las autoridades depuestas, aquellas asambleas o cabildos abiertos: no se conservaba tradición del método de convocarlos ni se había legislado acerca de ellos. Sin embargo, se reunieron, bien o mal, cabildos abiertos y sirvieron, por lo menos, para nombrar las Juntas que pretendían suplantar –siempre en nombre de Fernando VII– a los virreyes.

Patriotas como Nariño, Zea y Miranda vieron desde Londres, en las Juntas nacidas



Monumento a San Martín y Bolívar en conmemoración de su entrevista en Guayaquil.



Simón Bolívar, por Tito Salas (Casa del Libertador, Caracas).



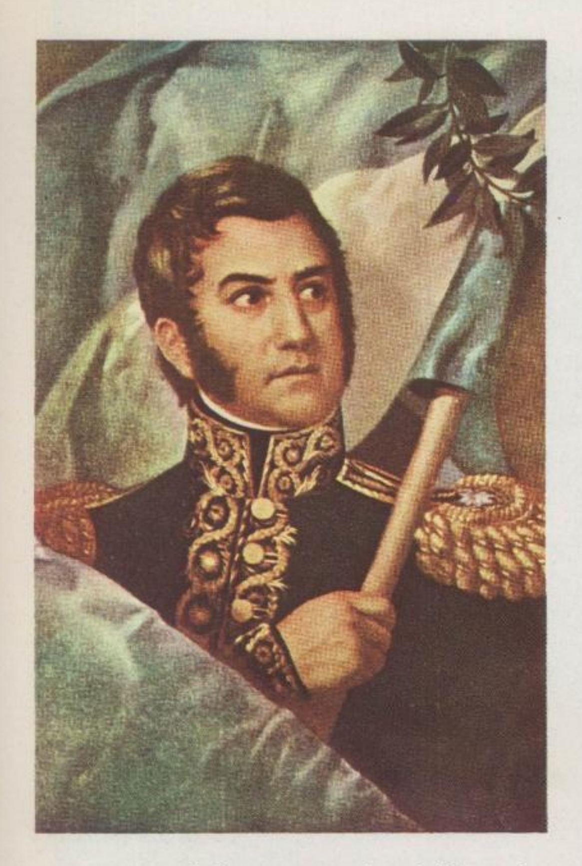
del seno mismo de la sociedad colonial, los organismos que acabarían por exigir la independencia de América. La Junta formada en Caracas constaba de veintitrés miembros. Al principio declaró que se disolvería una vez repuesto Fernando VII en el trono, "o se estableciera en España un gobierno apropiado a toda la nación". Ya de más trascendencia era declarar que Venezuela se sentía con derecho a entrar en el grupo de los pueblos libres. Esto despertó recelos en las Juntas de España y las Cortes de Cádiz. Los muchos y riquísimos españoles de Venezuela empezaron a impacientarse con la Junta de Caracas, y comenzaron las primeras conspiraciones y levantamientos. El 5 de julio de 1811 con la *Declaración de la Independencia* de Venezuela, que redactó el eminente jurista Juan Germán Roscio, nació el nuevo estado.

La Junta de Caracas, consciente de la gravedad del acto de independencia, enviaba a los Estados Unidos a dos representantes: Telesforo de Orea y Juan Vicente Bolívar. La ambigua situación de desafectos a España y afectos a su rey que pretendían mantener los venezolanos no interesó a los norteamericanos. Pero Simón Bolívar con Luis López Méndez fueron enviados a Londres, como diplomáticos acreditados ante la corte de Saint

Monumento erigido a Sucre en el parque de su nombre en Guayaquil. En su proyecto de la Gran Colombia, Bolívar consideraba al Ecuador como parte integrante de ella. Para liberar aquella región envió un ejército a las órdenes de Antonio José de Sucre, que derrotó a los españoles en la batalla de Pichincha.



Detalle de la "Batalla de Carabobo", por Martín Tovar y Tovar (Salón Elíptico del Palacio Federal, Caracas). Este hecho de armas significó la liberación definitiva de Venezuela.



José de San Martín, el libertador de Argentina, Chile y parte de Perú (Museo Histórico Nacional, Buenos Aires).

Monumento al general Belgrano en Santiago del Estero. Los inicios de la independencia de la Argentina los llena la figura de Belgrano, uno de los miembros de la Junta de Buenos Aires. Políticamente tendía hacia la forma monárquica.

James, donde precisamente se deseaba tal ambigua situación. Empeñada Inglaterra en la guerra peninsular, no podía favorecer a enemigos declarados de España; pero veía con gran simpatía la independencia de América, porque con el cambio se facilitaría su comercio.

Bolívar y López Méndez visitaron no sólo a los ministros ingleses, sino al "general rebelde" Miranda, mantenido siempre en Londres como la última carta que podía jugar el gobierno inglés, de quien recibía una pensión de 700 libras esterlinas anuales y 200 para su secretario, Tomás Molini. Tanto se estimaba su valor como rehén o esperanza, que Miranda no pudo salir de Londres con Bolívar, sino más tarde. Llegó a Venezuela en diciembre de 1810. Dos años después, prisionero de los españoles, lo embarcaron para España, de donde no debía volver. Murió en La Carraca de Cádiz el 14 de julio de 1816. Sus huesos, no identificados, yacen allí sin respetos ni honores; el sepulcro magnífico que se construyó después para Miranda, en la catedral de Caracas, es un cenotafio vacío en honor del *Precursor*.

La desaparición trágica de Miranda de la escena americana ha sido comentada más tristemente acaso de lo que se debiera. Miranda llegó a América con ideas preconcebidas; tenía su plan de constitución neoclásica para un estado que debía abarcar la mitad de Sudamérica. Como hemos leído en la carta de Biggs, Miranda se impacientaba a la menor contradicción. Es posible que con los

LA FASE ADVERSA EN LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA (1811-1815): LA GUERRA CIVIL DE VENEZUELA

1811	Marzo. Congreso de Caracas que reúne a los cabildos de las ciudades venezolanas.
	Julio, 5. Proclamación de la Independencia.
	Diciembre. Constitución inspirada directamente por la de Jefferson.
	Rebeliones contra los independentistas inspiradas por la Iglesia y los beneficiarios del Antiguo Régimen en Valencia y Coro-Maracaibo.
1812	Marzo, 26. Terremoto en Caracas, explotado por el clero contra los patriotas. Miranda, nombrado dictador, es obligado a capitular. Bolívar lo entrega a los españoles.
	Julio, 30. Caracas en poder de los leales a España.
	Diciembre. Bolívar se pone al servicio de la Junta de Cartagena; nacimiento de la Segunda República venezolana.
1814	Enero. Bolívar es proclamado Libertador en Caracas.
	José Tomás Boves, en nombre del rey, lucha con su ejército de llaneros, mestizos e indios del interior contra la aristocracia de la costa.
1815	Mayo. Bolívar, que ha abandonado Caracas ante el avance de los partidarios de España, embarca rumbo a Jamaica. Triunfo español en el Virreinato de Nueva Granada.

RASGOS DE LA VIDA DIARIA DE SIMON BOLIVAR

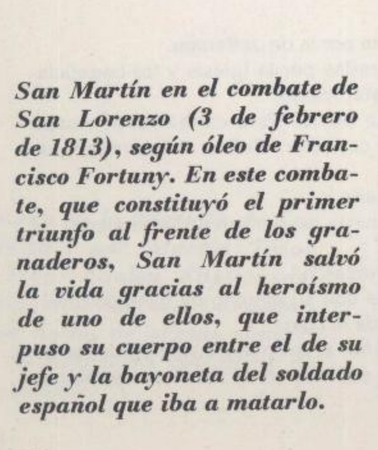
El general Daniel Florencio O'Leary (1801-1854), edecán de Simón Bolívar, ha dado en sus "Memorias", particularmente en los tres volúmenes de "Narración", un testimonio vivo de la personalidad de Bolívar y de sus actuaciones en la lucha por la Independencia. Se reproduce del vol. II de la "Narración" una página evocadora de la actividad del Libertador.

"Mientras esto sucedía, hallábase el Libertador en Cúcuta, si no desocupado, sí gozando de algún reposo, y era el primero que se permitía desde hacía muchos años. Algunos pormenores de la vida que allí llevaba y de la manera como distribuía su tiempo acaso no carezcan de interés para el lector. Se levantaba a las seis de la mañana, se vestía y empleaba en el tocador apenas el tiempo necesario para el aseo de su persona. De su cuarto de dormir, que le servía también de escritorio, pasaba a las caballerizas a ver los caballos, que hacía cuidar con esmero. Vuelto a su cuarto, leía hasta las nueve, hora en que se servía el almuerzo. Acabado éste, recibía los informes del ministro de la guerra, de su secretario privado y del jefe de estado mayor; oíales paseándose en el cuarto o sentado en la hamaca, de la que se levantaba repentinamente cada vez que alguno de aquellos informes le causaba sorpresa o llamaba su atención; hacía que le leyeran en seguida los despachos y memoriales que se le dirigían y dictaba luego al punto su respuesta, por lo general concisa y siempre pertinente. Como conocía a todos los oficiales del ejército y a los paisanos, sus vicios y defectos y también sus servicios, le era fácil resolver sus peticiones sin perder mucho tiempo... El despacho de los asuntos oficiales ocupaba, por lo regular, tres horas, al cabo de las cuales concluía dando instrucciones a su secretario privado, para que contestase las cartas que no eran de mucho interés. Luego llamaba a un edecán de su confianza y le dictaba las de mayor importancia, siempre paseándose o reclinándose en la hamaca, con un libro en la mano, que leía mientras el amanuense escribía la frase. Expresaba sus pensamientos con gran rapidez. Cualquier equivocación o duda de parte del escribiente le causaba impaciencia. Algunas de sus cartas que conservo en mi poder contienen quejas contra el individuo que las escribía..." "Concluido este trabajo, leía hasta las cinco de la tarde, hora de la comida. Su mesa en aquel tiempo era muy frugal: sopa, carne asada o cocida, aves y legumbres sencillamente preparadas, constituían la parte esencial de la comida, que terminaba con algún dulce. Agua era su única bebida. Mas no era esta sencillez obra de la voluntad tanto como de la necesidad; porque cuando el mercado lo permitía, no faltaban ricas viandas y generosos vinos en su mesa.

"Inmediatamente después de la comida, que rara vez se prolongaba por una hora, daba un paseo a caballo acompañado de un edecán, y a veces de su secretario. Por la noche conversaba un rato con sus amigos o con los oficiales que le visitaban, y se retiraba a su dormitorio a las nueve de la noche; allí acostado en su hamaca, en la que por lo regular dormía, leía hasta las once. Sus autores favoritos en aquel tiempo eran Montesquieu y Rousseau. Pero leía de todo, aunque daba la preferencia, en sus horas de ocio, a la historia. Tenía una memoria extraordinaria para fechas, nombres y sucesos, y no pocas veces repetía en la mesa páginas del autor que había leído, recordando las frases, con muy poca variación del texto original. Además de las ocupaciones de que he hablado, escribía frecuentemente artículos para los periódicos, los cuales se publicaban en Angostura o Bogotá. Caracterizaba sus producciones cierto estilo nervioso y contundente cuando discurría sobre negocios políticos, pero en los asuntos personales era su estilo severo y muy sarcástico. Solía divertirse en los ratos desocupados, si es que los tuvo aun en los meses que permaneció en Cúcuta, en hacer composiciones poéticas. No soy competente para juzgar del mérito de aquellas poesías; sin embargo, Olmedo, que no puede tacharse de juez incompetente en la materia, repetía con frecuencia y hasta llegó a escribirlo que si Bolívar se hubiese dedicado a la poesía, se habría elevado sobre Píndaro."

P. G.





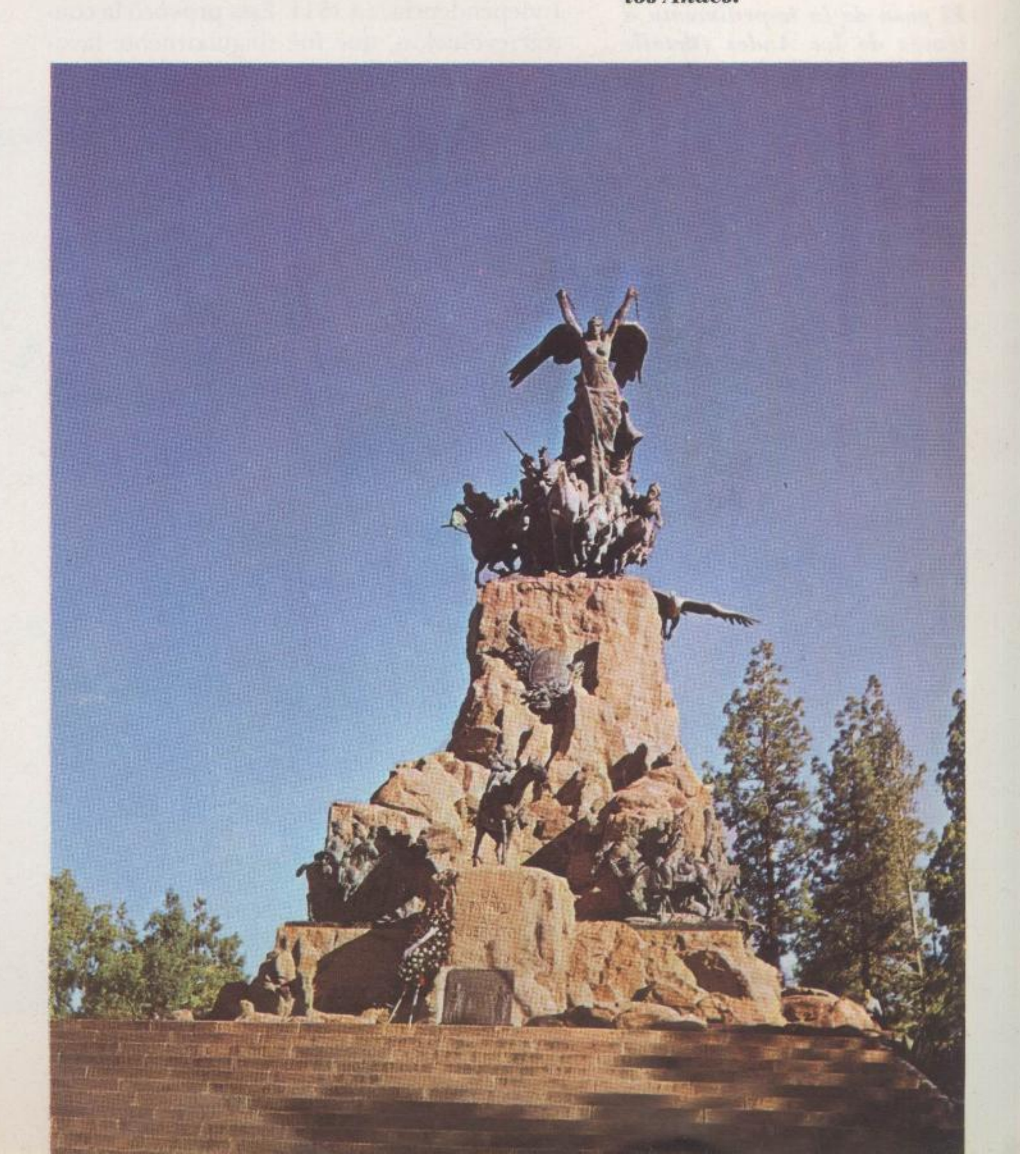
San Martín en el combate de San Lorenzo (3 de febrero de 1813), según óleo de Francisco Fortuny. En este combate, que constituyó el primer triunfo al frente de los granaderos, San Martín salvó la vida gracias al heroísmo de uno de ellos, que interpuso su cuerpo entre el de su jefe y la bayoneta del soldado español que iba a matarlo.

San Martín al frente del Ejército de los Andes (detalle del monumento del Cerro de la Gloria).

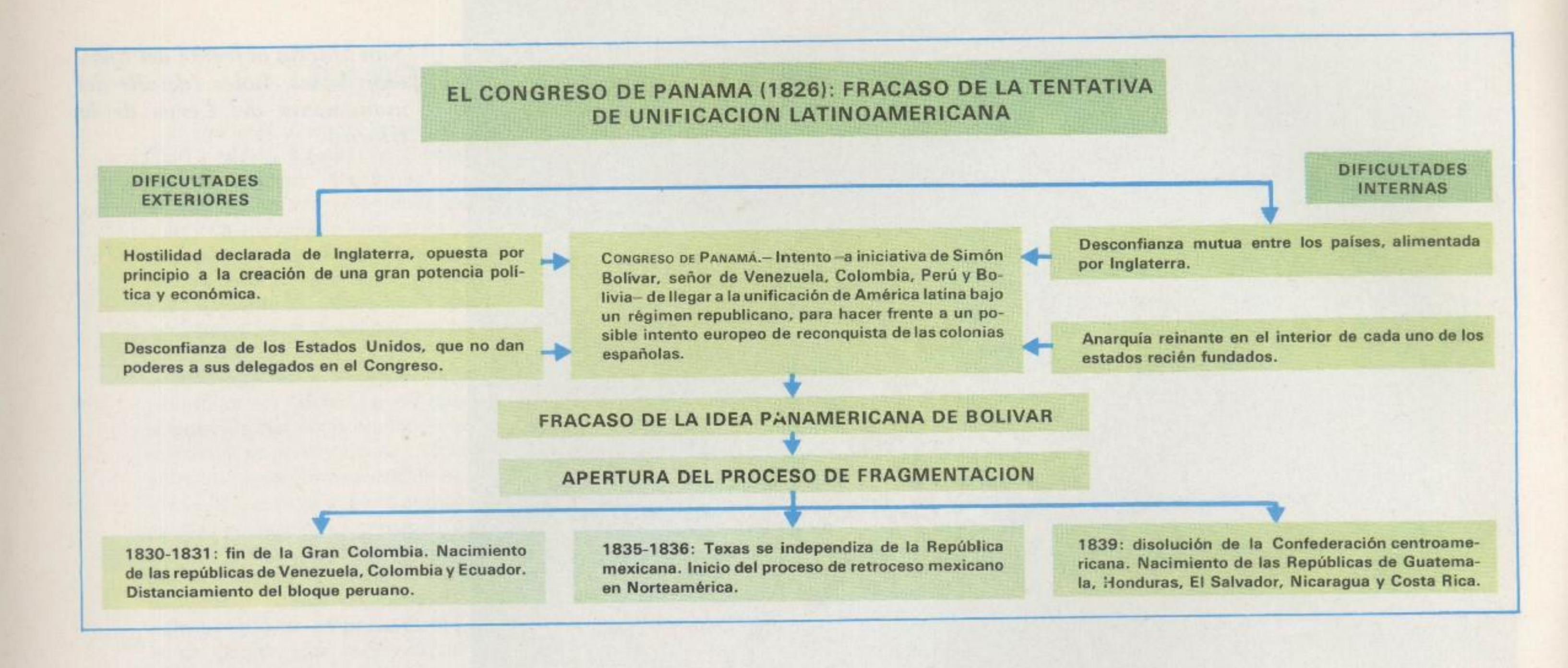
años pasados por Miranda en Londres intrigando y conspirando se hubiera atenuado el instinto estratégico, que requiere percepción de circunstancias de lugar y tiempo incalculables, imponderables para la razón y el cálculo. Además, el año 1810, cuando Miranda regresó para cooperar con la administración y con el ejército de la colonia sublevada, contaba ya sesenta años, muchos de los cuales habían sido años de desgaste y desilusión. Se necesitaba un caudillo joven, ambicioso, fogoso, decidido y visionario: Simón Bolívar. Éste era un verdadero revolucionario.

Simón Bolívar nació en Caracas en el año 1783. Estaba emparentado con las más antiguas familias de la colonia. Era riquísimo, y uno de sus maestros había sido Andrés Bello, uno de los espíritus más finos que ha producido hasta ahora la América española. Otro de sus maestros era un original filósofo, imbuido de Rousseau, llamado Simón Rodríguez, pero que se hacía llamar Samuel Robinson. Con este singular compañero, Bolívar viajó por Europa entre los años 1804 y 1805.

En Madrid se casó con una joven emparentada con linaje venezolano, Teresa Rodríguez del Toro, que lo dejó viudo al cabo de ocho meses de matrimonio. Trató de distraer su soledad en Europa, hasta su regreso a Ve-



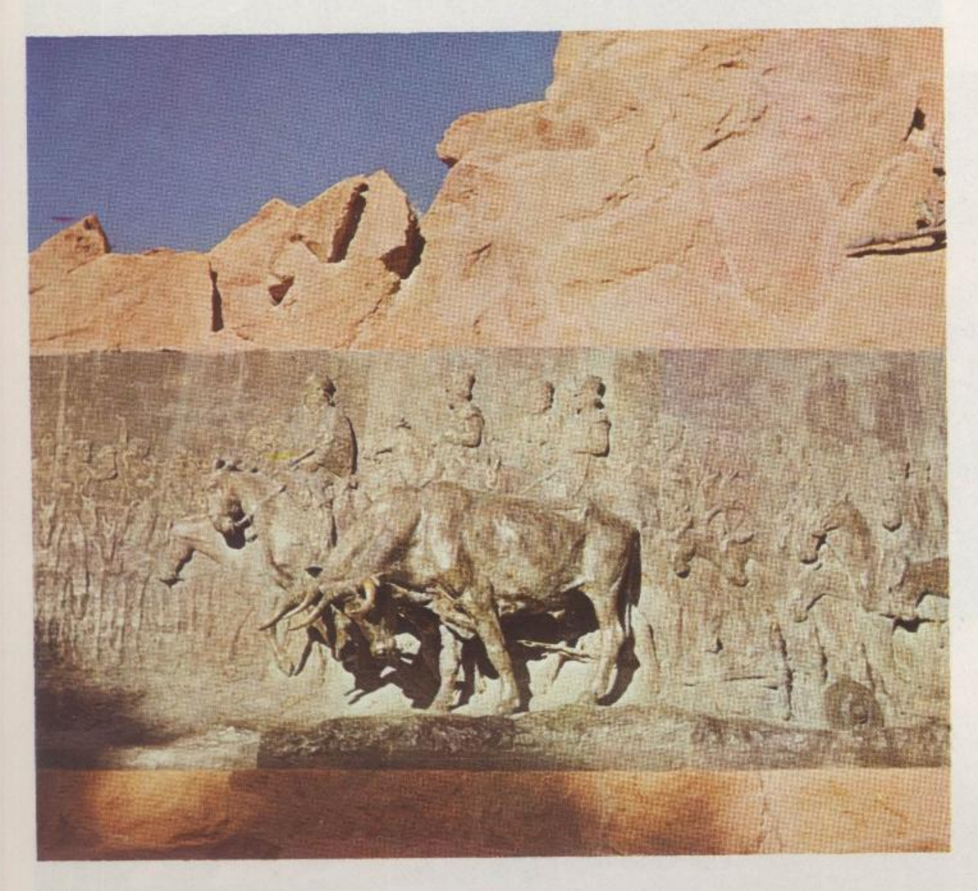
Monumento al Ejército de los Andes, obra de Ferrari, en el Cerro de la Gloria (Mendoza). Como intendente de esta región argentina, San Martín se propuso atacar al Perú por el lado de Chile, para lo cual preparó el célebre Ejército de los Andes.



nezuela en 1807. En el año 1810, cuando el cabildo abierto instituyó la Junta de Caracas ya hemos visto que fue uno de los comisionados que marcharon al extranjero en busca de alianzas, pero sólo estuvo ausente tres meses. De nuevo en Venezuela, propugnó desde la Sociedad Patriótica la proclamación de la Independencia, en 1811. Ésta provocó la contrarrevolución, que fue singularmente favorecida por el terremoto de 1812. Se creyó señal de la divina providencia en pro del soberano ungido del Señor. Muchos patriotas, atemorizados, desertaron de las filas de los rebeldes. La consecuencia fue la derrota de Miranda, quien capituló en San Mateo ante Domingo de Monteverde el 24 de julio de 1812.

Durante dos meses permaneció Bolívar en Curazao, pero pronto se le abrió otro campo de acción en Nueva Granada, que forma la actual República de Colombia. Allí también se habían constituido Juntas. Apoyándose en los rebeldes de aquella región vecina de Venezuela, Bolívar emprendió la llamada *Campaña Admirable,* que fue fulgurante, pues en pocos meses fue de Cartagena hasta la capital de Venezuela. El pequeño ejército inicial se iba agrandando con la sucesión de vertiginosas victorias. El 15 de junio de 1813 promulgó el *Decreto de Guerra a Muerte*. En agosto del año 1813 entró triunfalmente el Libertador en Caracas. Pero en julio de 1814 hubo de abandonar Caracas de nuevo. Se traslada a Nueva Granada por Cartagena, donde lleva a cabo una brillante campaña, que no pudo culminar por las desavenencias locales. En el año 1815 todo quedó por completo perdido, tanto en Venezuela como en Nueva Granada, con la expedición de Pablo Morillo. Bolívar embarcaba hacia la isla de Jamaica.

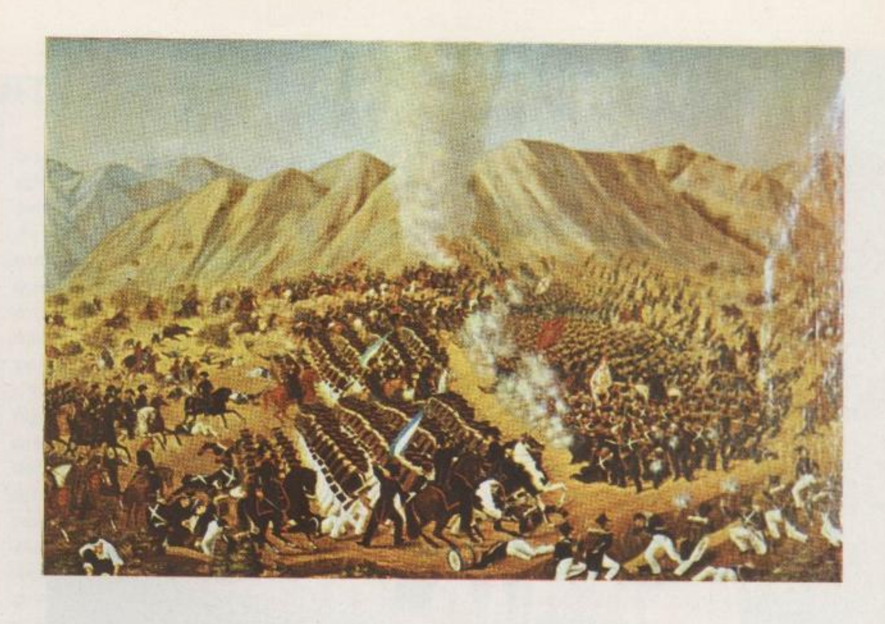
Para Bolívar, Jamaica fue el lugar de la revelación. Allí, en la soledad de un país extranjero, en forma de carta a un amigo inglés, publicó una especie de meditación acerca del porvenir de la América española, que ha resultado una verdadera profecía. Visitó también a Petion, presidente de la vecina



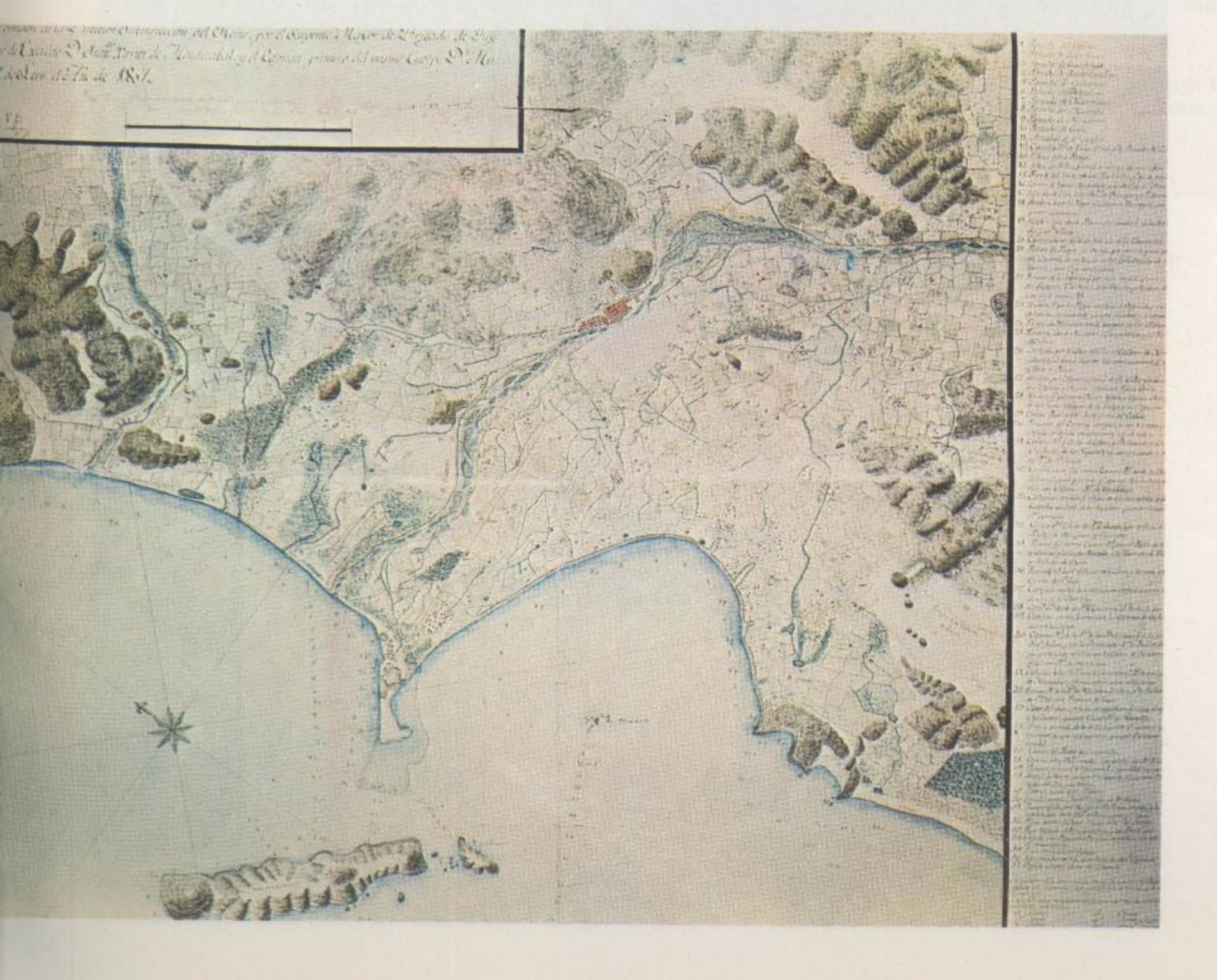
El paso de la impedimenta a través de los Andes (detalle del monumento del Cerro de la Gloria).

Haití, quien se interesó en sus proyectos y le ayudó a reanudar la tarea emancipadora. En 1816 estaba de nuevo al frente de un ejército de patriotas venezolanos, pero fue derrotado en Ocumare. Pero el 1.º de enero de 1817 logra poner pie firme en el continente. Estos descalabros le enseñaron que era insensato atacar el poder de España en la costa, donde estaban las fortalezas y las ciudades comerciales, y que, en cambio, una campaña en el interior del país sería desmoralizadora para las tropas regulares destacadas por la metrópoli. Los semisalvajes *llaneros,* verdaderos centauros venezolanos, formaron la caballería del ejército libertador. A éstos se unieron patriotas de la costa y muchos aventureros extranjeros, que formaban, en cuerpo aparte, la Legión inglesa.

Con tales fuerzas, Bolívar tuvo en jaque dos años al ejército español de Venezuela, mandado por un general pundonoroso y de mucho talento: Pablo Morillo. Fue la época de la guerra sin cuartel, la "guerra a muerte". Pero Bolívar no sólo consiguió burlar victoriosamente la estrategia de Morillo en Venezuela, sino que desde Angostura, en el fondo del valle del Orinoco, realizó la magna proeza de libertar a Nueva Granada. En julio de 1819 cruzó la cordillera, a 4.000 metros de altitud, con sólo 2.000 hombres. Extenuados de fatiga y diezmados por el hambre, vencieron al otro lado de los Andes al ejército realista de Nueva Granada. La batalla de Boyacá consolidó definitivamente la independencia de Nueva Granada. Seguidamente creó la República de Colombia, nombre que dio Bolívar al estado que incluiría



Batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817), en que las tropas españolas fueron vencidas por el Ejército de los Andes al mando de San Martín.

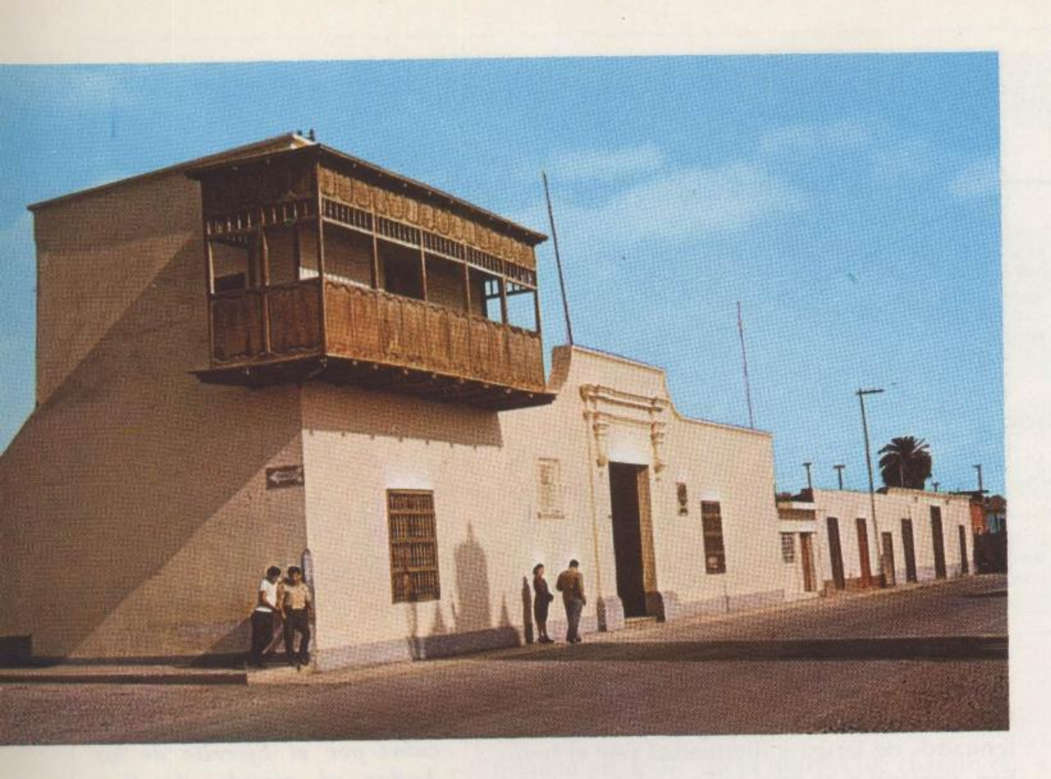


Plano de 1807 de las inmediaciones de Lima (Archivo Histórico Nacional, Madrid). Desde Valparaíso, San Martín se dirigió por mar a Lima, de donde el virrey español había huido y refugiádose en Cuzco.

Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Con las tres grandes porciones de la región norte de Sudamérica, Bolívar contaba formar la Gran Colombia, casi igual en extensión a los Estados Unidos de entonces.

Prosiguió la campaña militar en Venezuela en 1820, pero la instauración del régimen liberal en España, después de la proclamación de Riego y Quiroga, propició el trato entre realistas y patriotas, que culminó en el Armisticio de Santa Ana y el Tratado de Regularización de la guerra, de 27 de noviembre de 1820. Pero rotas muy pronto las hostilidades, se reanudó la guerra en Venezuela hasta la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821, que significó la liberación definitiva del país.

La actual República del Ecuador había formado en la época colonial un reino aparte: la Presidencia de Quito. Bolívar creyó indispensable incluirla en el proyecto de la Gran Colombia, porque su puerto de Gua-



Balcón en Huaura, desde el que San Martín proclamó la independencia del Perú.

Monumento en Lima al general José de San Martín.

LA CONTROVERTIDA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Los dos grandes capitanes de la Emancipación Sudamericana, Simón Bolívar (1783-1830) y José de San Martín (1778-1850), se encontraron en persona una sola vez, en el puerto ecuatoriano de Guayaquil. Los temas de la entrevista sostenida los días 26 y 27 de julio de 1822, así como las consecuencias de ella derivadas, particularmente en lo relativo a las ulteriores decisiones de San Martín, constituyen un problema histórico que ha hecho correr mucha tinta. El nervio de la cuestión estriba en la autenticidad de los documentos alegados para interpretar el suceso, en especial la denominada "Carta de Lafond".

Como índice de la controversia, reproducimos dos textos que señalan los juicios contrapuestos: 1) un fragmento del dictamen de la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela, fechado en 1940, y 2) un fragmento del libro de Ricardo Levene, "El genio político de San Martín" (Buenos Aires, 1950).

I

OPINIÓN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, DE VENEZUELA

Tan extravagante y absurdo es atribuir la abdicación de San Martín en el Perú a la entrevista de Guayaquil como lo sería achacar a esta misma causa su retiro definitivo de América, dejando a su patria nativa presa de las más graves preocupaciones internas y externas. ¿Por qué abandonó el territorio de las provincias del Río de la Plata, donde habrían sido tan útiles sus excepcionales aptitudes, renunciando para siempre al servicio público en su propia tierra? ¿Sería aventurado o absurdo pensar, sin mengua alguna para su ilustre memoria, que los mismos impulsos anímicos y las mismas circunstancias físicas determinantes de esta última resolución influyeron decisivamente en aquélla? No lo parece desde el punto de vista del más riguroso criterio científico, sobre todo en presencia de las formales declaraciones del propio San Martín, que confunden ambas decisiones en una sola, verificada por etapas, pero sin solución de continuidad. A menos que otro hallazgo milagroso ponga en manos de algún nuevo predestinado por la providencia documentos comprobatorios de que ese paso final es otro aún más sublime y magnánimo acto de desprendimiento que lo haga acreedor a figurar en el santoral, tentativa esta última, por lo demás, que ha sido ya insinuada con toda seriedad.

[*Dictamen fechado en Caracas, 31 de octubre de 1940*]

II

OPINIÓN DEL HISTORIADOR ARGENTINO DR. RICARDO LEVENE

Considero que la cuestión planteada sobre la autenticidad de la carta de San Martín a Bolívar de 29 de agosto de 1822, como todo tema histórico, debe estudiarse sin tono polémico, con criterio objetivo, aplicándose para su esclarecimiento el método que aconseja la crítica histórica.

En el caso de la carta de San Martín a Bolívar, falta el original o arquetipo para hacer la crítica paleográfica o de autenticidad, pero corresponde llevar a cabo una labor de análisis sobre su procedencia, que es también crítica externa —documento que fue publicado en vida de su autor—; su origen, como ha sido transmitido, y luego su estudio comparativo o confrontación con otros documentos del mismo autor.

La espina dorsal de esta tesis es la carta de San Martín a Bolívar de 29 de agosto de 1822 y otros documentos concordantes.

Su autorizado expositor es el historiador Mitre, y entre sus brillantes continuadores figuran Joaquín V. González y Ricardo Rojas.

Las pasiones que han suscitado los grandes hombres revelan su envoltura humana, y el examen sereno de los historiadores debe llevarse a cabo sin espíritu polémico, con amor a la verdad y buena fe guardada. Tal la historia escrita *sine ira et studio.*

El documento publicado por Lafond, Alberdi en la *Raccolta di Viaggi* y por Sarmiento en vida de nuestro Libertador es, como ha afirmado Mitre, su testamento político, en el que se registra un altruista acto de abnegación impuesto por el destino, que la Historia no conoce que haya sido "ejecutado con más buen sentido, más conciencia y mayor modestia".

[R. Levene, *El genio político de San Martín,* Buenos Aires, 1950, págs. 250-251]

P. G.

yaquil es el mejor del Pacífico. Para libertar aquella región, Bolívar envió desde Bogotá un ejército a las órdenes de Antonio José de Sucre. Una sola batalla, el 24 de mayo de 1822, en las alturas de Pichincha, frente a Quito, decidió la campaña. Sucre tenía entonces veintisiete años, pero se portó en aquella ocasión no sólo como un héroe, sino también como un hábil político. En aquel momento era dudoso si el Ecuador debía formar parte de la unidad de naciones que Bolívar llamaba Colombia o unirse al Perú, del que ya había formado parte en la época precolombina. Sucre realizó los deseos de Bolívar, constituyendo en Quito una Junta que acordó la anexión a la Gran Colombia; pero este acuerdo suscitó inquietudes en el Perú, y para calmarlas y tratar del porvenir de la América emancipada, San Martín, "Protector" del Perú, pasó a Guayaquil con la finalidad de entrevistarse con Bolívar, "Libertador" de Colombia.

La entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil es uno de los jalones de la historia de América. San Martín llegó por mar a Guayaquil y Bolívar lo recibió recalcando que fuera bien venido "en tierra colombiana". La estancia del general San Martín en Guayaquil escasamente duró cuarenta horas, entre los días 26 al 27 de julio de 1822.

Por referencias del propio San Martín se colige lo tratado con Bolívar en Guayaquil. Llevaron a San Martín a entrevistarse con Bolívar la situación de Guayaquil y su incorporación al Perú; pero al llegar a dicha ciudad halló que Bolívar la había anexado ya a Colombia. San Martín ofreció ponerse a las órdenes de Bolívar, lo que éste no aceptó, alegando razones constitucionales y agregando que su delicadeza no le consentiría man-



Monumento a Bernardo O'Higgins en la alameda de su nombre en Santiago de Chile. En los años que mediaron entre la reunión del cabildo abierto de Santiago hasta la derrota de los independentistas en Rancagua, la figura de O'Higgins descolló en Chile. Después de la conferencia de Guayaquil, San Martín le dejó bien establecido en Chile antes de volverse a la Argentina.

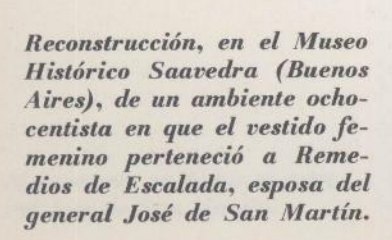
darle. "San Martín –como escribe José Pacífico Otero– no ocultaba sus ideas políticas en lo relativo a la forma de gobierno. Era, como se sabe, un republicano de convicciones, y más aún, un republicano en sus actos; pero en la cuestión peruana procedía con un criterio circunstancial y creía que la suerte política del Perú exigía, para que el país escapase a la anarquía, el que se fundamentase en un trono, ya que esta combinación podría atraerle el apoyo inmediato de los gobiernos del Viejo Mundo."

En el rectorado de la universidad de Caracas se conservan todavía los dos libros que más influyeron en la formación de Bolívar: el *Contrato Social,* de Rousseau, y *El arte de la guerra,* de Montecuculi. En cuanto a la ilustración de San Martín, se conoce el catálogo de los libros que regaló para que se fundara la Biblioteca Nacional de Lima, creación suya, y que acreditan en él una vasta cultura, técnica y literaria.

La histórica entrevista de Bolívar y San Martín ha suscitado viva polémica en la historiografía de la Independencia. Sobre los puntos tratados, así como acerca de las ulteriores decisiones de los dos protagonistas, ha habido interpretaciones muy diversas y antagónicas. Lo cierto es que San Martín regresó a Lima para formular su determinación de retirarse del Perú y retornar a la vida privada. Bolívar será llamado más tarde para organizar la República del Perú.

Pasemos ahora a las campañas de San Martín. En 1810, en plena invasión napoleónica en España, un cabildo abierto en Buenos Aires, celebrado el 22 de mayo con 252 asistentes, votó por mayoría la cesación de las autoridades españolas. Tras un proceso que había durado varios días, el 25 de mayo, por imposición del pueblo, se estableció una Junta compuesta de nueve individuos, de los cuales siete eran criollos y dos españoles. La Junta de Buenos Aires manifestó tendencias separatistas, y las autoridades de Montevideo, Córdoba y Asunción se negaron a reconocerla. La guerra civil entre españoles y separatistas reveló cualidades militares en Belgrano, uno de los miembros de la Junta. A pesar de sus éxitos, la causa de los patriotas del Plata estaba paralizada mientras no se pudiera abatir el virreinato del





Reconstrucción, en el Museo Histórico Saavedra (Buenos Aires), de un ambiente ochocentista en que el vestido femenino perteneció a Remedios de Escalada, esposa del general José de San Martín.

EL CONGRESO DE PANAMA (1826)

La historia moderna de América ha proclamado y reconocido que la base e iniciación del sistema político regional interamericano hay que buscarlos en el Congreso de Panamá reunido en el año 1826. Fue convocado por Simón Bolívar desde Lima, el 7 de diciembre de 1824, en la antevíspera de la batalla de Ayacucho, con la cual se cierra definitivamente la lucha por la Independencia. Entendió el Libertador que sólo mediante la unión de los estados libres podía sostenerse y organizarse la libertad de las nuevas Repúblicas.

Se reproduce a seguido el texto de la invitación a los gobiernos de los países libres en el continente americano de habla castellana.

INVITACION A LOS GOBIERNOS DE COLOMBIA, MEXICO, RIO DE LA PLATA, CHILE Y GUATEMALA A FORMAR EL CONGRESO DE PANAMA

A S. E. el Vicepresidente de la República de Colombia.

Aliado y Confederado:

Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener un sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria, obtenida por nuestras armas contra el poder español.

Profundamente penetrado de estas ideas invité en ochocientos veintidós, como presidente de la República de Colombia, a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires para que formásemos una confederación y reuniésemos en el istmo de Panamá u otro punto elegible a pluralidad una asamblea de plenipotenciarios de cada estado "que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias".

El gobierno del Perú celebró en seis de julio de aquel año un tratado de alianza y confederación con el plenipotenciario de Colombia, y por él quedaron ambas partes comprometidas a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de la América antes española para que, entrando todos en el mismo pacto, se verificase la reunión de la asamblea general de los confederados; igual tratado concluyó en México, a tres de octubre de ochocientos veintitrés, el enviado extraordinario de Colombia a aquel estado y hay fuertes razones para esperar que los otros gobiernos se someterán al consejo de sus más altos intereses.

Diferir por más tiempo la asamblea general de los plenipotenciarios de las repúblicas que de hecho están ya confederadas, hasta que se verifique la accesión de las demás, sería privarnos de las ventajas que produciría aquella asamblea desde su instalación. Estas ventajas aumentan prodigiosamente si se contempla el cuadro que nos ofrece el mundo político, y muy particularmente el continente europeo.

La reunión de los plenipotenciarios de México, Colombia y el Perú se retardaría indefinidamente si no se promoviese por una de las mismas partes contratantes, a menos que se aguardase el resultado de una nueva y especial convención sobre el tiempo y lugar relativos a este grande objeto. Al considerar las dificultades y retardos por la distancia que nos separa, unidos a otros motivos solemnes que emanan del interés general, me determino a dar este paso con la mira de promover la reunión inmediata de nuestros plenipotenciarios, mientras los demás gobiernos celebran los preliminares, que existen ya entre nosotros, sobre el nombramiento e incorporación de sus representantes.

Con respecto al tiempo de la instalación de la Asamblea, me atrevo a pensar que ninguna dificultad puede oponerse a su realización en el término de seis meses, aun contando el día de la fecha, y también me atrevo a lisonjearme de que el ardiente deseo que anima a todos los americanos de exaltar el poder del mundo de Colón, disminuirá las dificultades y demoras que exijan los preparativos ministeriales, y la distancia que media entre las capitales de cada estado y el punto central de reunión.

Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por otra el África y la Europa. El istmo de Panamá ha sido ofrecido por el gobierno de Colombia para este fin en los tratados existentes. El istmo está a igual distancia de las extremidades, y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera asamblea de los confederados.

Difiriendo, por mi parte, a estas consideraciones, me siento con una grande propensión a mandar a Panamá los diputados de esta república apenas tenga el honor de recibir la ansiada respuesta de esta circular. Nada ciertamente podrá llenar tanto los ardientes votos de mi corazón como la conformidad que espero de los gobiernos confederados a realizar este augusto acto de la América.

Si V. E. no se digna adherirse a él, preveo retardos y perjuicios inmensos, a tiempo que el movimiento del mundo lo acelera todo, pudiendo también acelerarlo en nuestro daño.

Tenidas las primeras conferencias entre los plenipotenciarios, la residencia de la Asamblea, sus atribuciones, pueden determinarse de un modo solemne por la pluralidad, y entonces todo se habrá alcanzado.

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo: en él encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto con el de Panamá?

Dios guarde a V. E. muchos años. Palacio del Gobierno en Lima, a 7 de diciembre de 1824.

Vuestro aliado y confederado,

BOLÍVAR

JOSÉ SÁNCHEZ CARRIÓN
Ministro de Estado en el Departamento
de Gobierno y Relaciones Exteriores



El general José de San Martín (Museo de América, Madrid). Retirado en Mendoza, en 1826 partió para Europa en compañía de su hija Mercedes. Murió en Boulogne-sur-Mer en 1850.

Perú, cuya capital, Lima, se hallaba guarnecida con importantes efectivos.

El proyecto para lograr esta empresa lo planeó y llevó a cabo San Martín con éxito insuperable. San Martín era americano y había servido en España, donde formó su extraordinaria personalidad militar. Nació el 12 de febrero de 1778 en una antigua reducción jesuítica denominada Yapeyú, situada en la actual provincia argentina de Corrientes. Sus padres fueron don Juan de San Martín y doña Gregoria Matorras, ambos españoles. Su progenitor, que tenía el grado de capitán, ejercía la tenencia de gobernador en el departamento de Yapeyú. Cuando San Martín tenía seis años, sus padres se trasladaron a España. A los doce años ingresó en el ejército. Combatió en África y tomó parte en la guerra de la Independencia contra Napoleón, llegando al rango de teniente coronel. Noticioso de lo que ocurría en América, obtuvo su retiro en el ejército español. Se trasladó primeramente a Londres en 1811, donde trabó amistad con emigrados políticos americanos, y de ahí fue a Buenos Aires, adonde arribó en el año 1812, poniendo su experiencia al servicio de la independencia americana. El gobierno de Buenos Aires le confió la organización de un escuadrón de granaderos a caballo, con el que obtuvo su primer triunfo en San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813; al año siguiente sucedía a Belgrano en el mando del Ejército del Norte.

En aquel año, siendo intendente de Mendoza, proyectó la organización del ejército que habría de llevar triunfalmente hasta Lima. Se estableció en la ciudad de Mendoza, y allí lo formó e instruyó. Quería atacar al Perú por el lado de Chile, mientras las tropas de Güemes guarnecían el norte argentino.

Un cabildo abierto reunido en Santiago había inducido al capitán general a dimitir en el año 1810. Vencidos los chilenos en Rancagua el 2 de octubre de 1814, pasaron los Andes y fueron acogidos por San Martín en Mendoza. En aquellos cuatro años cimentó su prestigio en Chile Bernardo O'Higgins, hijo de un presidente de la capitanía general del reino de Chile, que murió siendo virrey del Perú. Enviado a Inglaterra para completar sus estudios, en Londres recibió la influencia de Miranda.

En el año 1817, San Martín cruzó los Andes con 3.978 hombres. El paso de la cordillera por aquella fuerza duró tres semanas. Empezaron la marcha el 18 de enero y el 12 de febrero derrotaban al ejército español en Chacabuco, en la vertiente del Pacífico, y lo vencían nuevamente en los llanos de Maipú el 5 de abril de 1818. Después de su primera victoria, un cabildo abierto celebrado en Santiago ofreció a San Martín el cargo de Director de Chile, que no aceptó. Sin embargo, ¡quedaba todavía el Perú! No se podía ir de Santiago a Lima por tierra, porque desiertos intransitables lo impedían. San Martín creó una marina chilena, ayudado por lord Thomas Cochrane, que ya había protegido a Miranda, y que, dejando la marina inglesa, prefería la aventura de mandar las primeras naves de guerra sudamericanas. Finalmente se comprenderá que un lord almirante que se hace filibustero no puede ser de carácter ecuánime y moderado. Cochrane ocasionó a O'Higgins y San Martín disgustos sin cuento, hasta que, al fin, improvisó ocho fragatas y dieciséis transportes, con lo que mantuvo el mar libre de navíos españoles. Con esta marina y un ejército de unos 4.500 hombres entre chilenos y argentinos,

San Martín marchó de Valparaíso para el Perú en septiembre del año 1820.

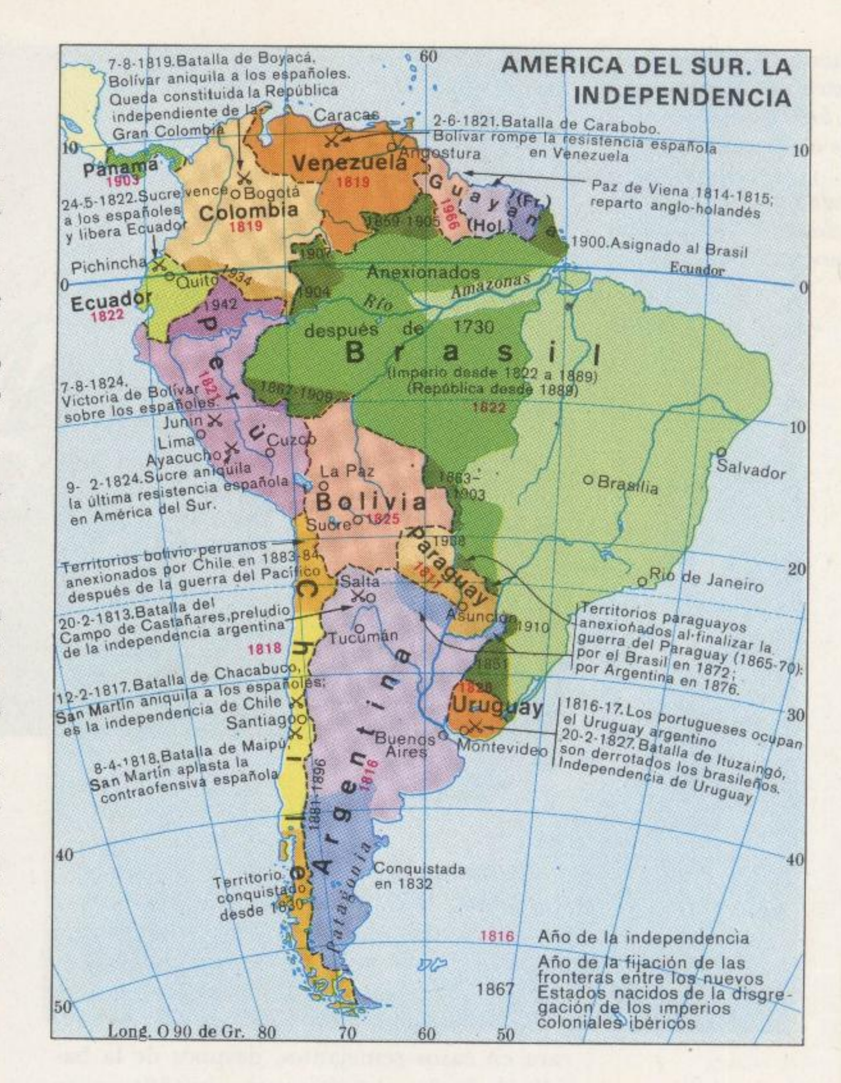
En Lima no se había creado Junta ni habido cabildo abierto, pero el virrey La Serna, ante la hostilidad de la población, abandonó la capital y concentró toda su fuerza en el Cuzco. El desembarco del ejército argentino-chileno y su entrada en Lima decidieron a los notables de la ciudad a reunirse en cabildo abierto y declarar a la faz del mundo la independencia del Perú, el 28 de julio de 1821. San Martín gobernaba con el título de "Protector del Perú".

Ahora debemos reanudar el relato interrumpido cuando la tan discutida entrevista de Guayaquil. Entramos en terreno hipotético, pues no se dispone de documentos suficientes para conocer realmente lo que sucedió en la histórica entrevista. San Martín acaso creía posible cooperar con Bolívar, pero la entrevista de Guayaquil debió de convencerle de que el sentido de exaltación de la personalidad, que hacía intolerantes a los españoles, se encontraba también, y acaso más intenso todavía, en los criollos. De una carta de despedida que el general San Martín dirigió a Bolívar desde Lima, la capital del Perú, extractamos los siguientes párrafos:

"Estoy firmemente convencido, o de que usted no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con la fuerza de mi mando, o de que mi persona le es embarazosa... Por fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado: para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú y al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general a quien América del Sur debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse".

San Martín procedió de acuerdo con los propósitos que manifestaba en la carta a Bolívar, cuya autenticidad ha hecho correr mucha tinta. Abandonó el Perú y marchó a Chile. Allí dejó a O'Higgins bien establecido y cruzó los Andes de regreso al Plata. Después de unos meses de retiro en su chacra de los Barriales, en Mendoza, dos noticias debieron de conmover su espíritu profundamente: su esposa había fallecido en la ciudad de Buenos Aires y ambiciones mezquinas habían derrocado a O'Higgins en Chile.

Empezaba la tragedia de América, que parece herencia fatal de la raza hispánica. Empezaban los americanos a destrozarse, con más aptitud para el odio fratricida que para el amor que engendra y plasma un común



ideal. Los más excelsos empezaban a perecer o quedaban postergados. San Martín embarcaba en el año 1824 para Europa, acompañado de su única hijita, Mercedes, con el propósito de dedicarse exclusivamente a atender a su educación.

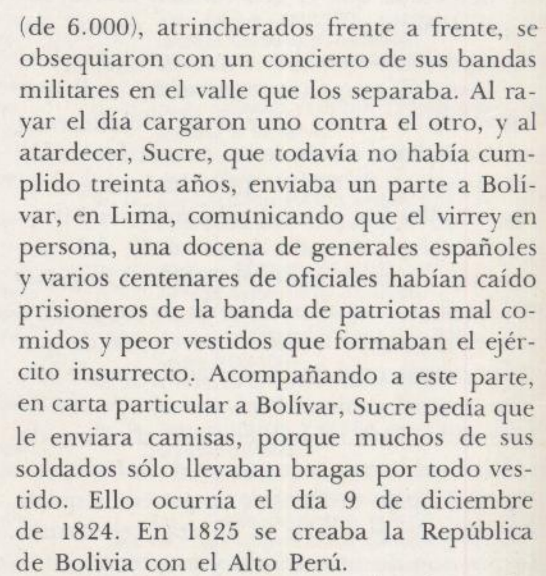
En 1829 regresó a América con el deseo de establecerse allí definitivamente, pero, conocedor de dolorosos sucesos políticos recientes, prefirió retornar a Europa en el mismo navío en que viajara, sin desembarcar en Buenos Aires. Puede decirse que se sobrevivió a sí mismo hasta 1850. Murió en Boulogne-sur-Mer. En París se había encontrado en el año 1830 con un antiguo compañero de armas, don Alejandro Aguado, que al fallecer en 1842 le asignó una pensión. Las filias y las fobias de los genios son siempre excusables, mas los sentimientos de San Martín son dignos de un drama de Esquilo.

Regresemos ahora al Perú. La retirada de San Martín ocasionó un recrudecimiento de las hostilidades por parte de los españoles. Los gobiernos revolucionarios del Perú, efímeros e incapaces, buscaron el sustituto del Protector en el Libertador, que estaba en Guayaquil. Bolívar aceptó la responsabilidad,

Batalla de Junín (6 de agosto de 1824), entre las tropas de Bolívar, que había acudido al Perú después de la marcha de San Martín, y las españolas (decoración de Martín Tovar y Tovar del Salón Elíptico del Palacio Federal de Caracas).



desembarcando en el Callao el 1.º de septiembre de 1823. El virrey, encastillado en el Alto Perú, contaba con un ejército numeroso, pero dividido en absolutistas y liberales. Bolívar, consciente de la partida que se iba a jugar en el Alto Perú, con una generosidad rara en casos semejantes, después de la batalla de Junín, el 6 de agosto de 1824, quiso que Sucre diera el último golpe a las tropas españolas de aquella región. La acción más sensacional de todas las de la Independencia americana se dio en el llano de Ayacucho, en el Alto Perú. La víspera, los ejércitos español (de 9.000 hombres) y americano



(de 6.000), atrincherados frente a frente, se obsequiaron con un concierto de sus bandas militares en el valle que los separaba. Al rayar el día cargaron uno contra el otro, y al atardecer, Sucre, que todavía no había cumplido treinta años, enviaba un parte a Bolívar, en Lima, comunicando que el virrey en persona, una docena de generales españoles y varios centenares de oficiales habían caído prisioneros de la banda de patriotas mal comidos y peor vestidos que formaban el ejército insurrecto. Acompañando a este parte, en carta particular a Bolívar, Sucre pedía que le enviara camisas, porque muchos de sus soldados sólo llevaban bragas por todo vestido. Ello ocurría el día 9 de diciembre de 1824. En 1825 se creaba la República de Bolivia con el Alto Perú.

Bolívar, después de Ayacucho, dominaba toda la América del Sur, menos el estuario del Plata y el Brasil, que por caminos diversos seguían también su proceso de emancipación. América era libre de decidir sus destinos y Bolívar sería capaz de dirigirla hacia un régimen mejor que el anacrónico gobierno de virreinatos, capitanías generales y audiencias. En los años de conspiración y durante sus campañas, Bolívar pensó y escribió sobre el porvenir político de América. Por lo pronto, a su proyecto de la Gran Colombia con un estado que comprendiera las actuales repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador, siguió otro en que incluía en una gran confederación el Perú, Chile y la actual Bolivia. Las provincias del estuario del Plata debían formar una tercera unidad, de modo

Batalla de Ayacucho (Museo de Bogotá). Después de Junín, Bolívar entregó las tropas a Sucre, quien mandó el ejército americano en la última gran batalla por su independencia: la de Ayacucho.



que, con el Brasil, la América del Sur quedaría dividida en cuatro grandes naciones o federaciones nacionales.

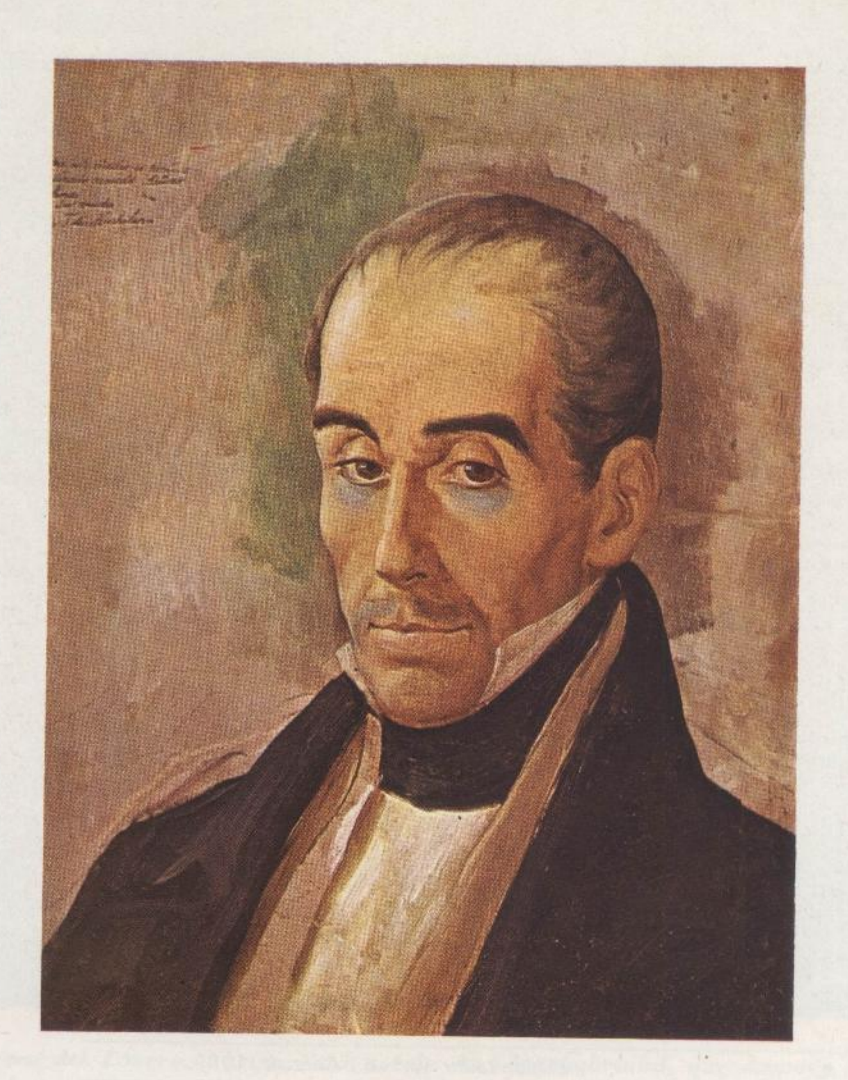
No sólo no se consiguió esta unificación, sino que las regiones de un mismo estado, celosas de la capital, se empeñaron en que las Constituciones de la Nueva América no fueran unitarias, sino federales. Presentaban como prueba de su eficacia el ejemplo de la Confederación Norteamericana, de tipo federal, sin advertir que allí, en Norteamérica, las trece colonias inglesas que formaron el primer núcleo de Estados Unidos tenían carácter muy diferente cada una y habían sido pobladas en distintas épocas por cuáqueros, puritanos y católicos, dispares no sólo en religión, sino en maneras y tradiciones. La América del Sur, en cambio, poblada y gobernada bajo los auspicios de un monarca absoluto, no requería la federación, y sus habitantes, esparcidos en regiones inmensas, no habían hecho aprendizaje político en asambleas coloniales como las que se habían ensayado en Norteamérica. Ya hemos visto que todo lo que pudieron aprovechar del régimen colonial, que había tenido durante siglos a los americanos alejados de las tareas del gobierno, fueron los cabildos abiertos.

Bolívar proyectó para Bolivia una Constitución fantástica, casi tan neoclásica como la de Miranda, pero que, al cabo de algún tiempo de tanteos y enmiendas, hubiera llegado a ajustarse a la realidad. Los criollos, envalentonados por su triunfo, acostumbrados ya a pelear, amargaron los últimos años de Bolívar, que murió en el año 1830. Pocos meses antes, Sucre había sido asesinado cobardemente en una emboscada en las montañas de Berruecos. Bolívar, declarado enemigo nacional por sus compatriotas que votaron su expulsión de Venezuela, murió en una hamaca, huésped de un español en Santa Marta. Sus últimas palabras fueron: "He arado en el mar...". Probablemente recordaba que el aqueo Aquiles, para dar idea de la máxima locura, no pudo imaginar nada más insensato que arar la playa... La playa, donde los surcos no hacen mella, fue para Bolívar la tierra de América barrida por las olas del feroz individualismo.

Acaso los males que ha sufrido la América latina puedan atribuirse a su falta de educación política durante el período colonial. Bolívar ya lo tenía presente, según se infiere del discurso pronunciado ante el Congreso de Angostura. He aquí sus elocuentes palabras: "América todo lo recibía de España... Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; no gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones".

"Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud... Las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado son de los más destructores. Se nos ha dominado más por el engaño que por la fuerza; se nos ha degradado por el vicio más que por la superstición... Y un pueblo pervertido, si alcanza su libertad, pronto vuelve a perderla." "La esclavitud es hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos a todo conocimiento político, económico o civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia..."

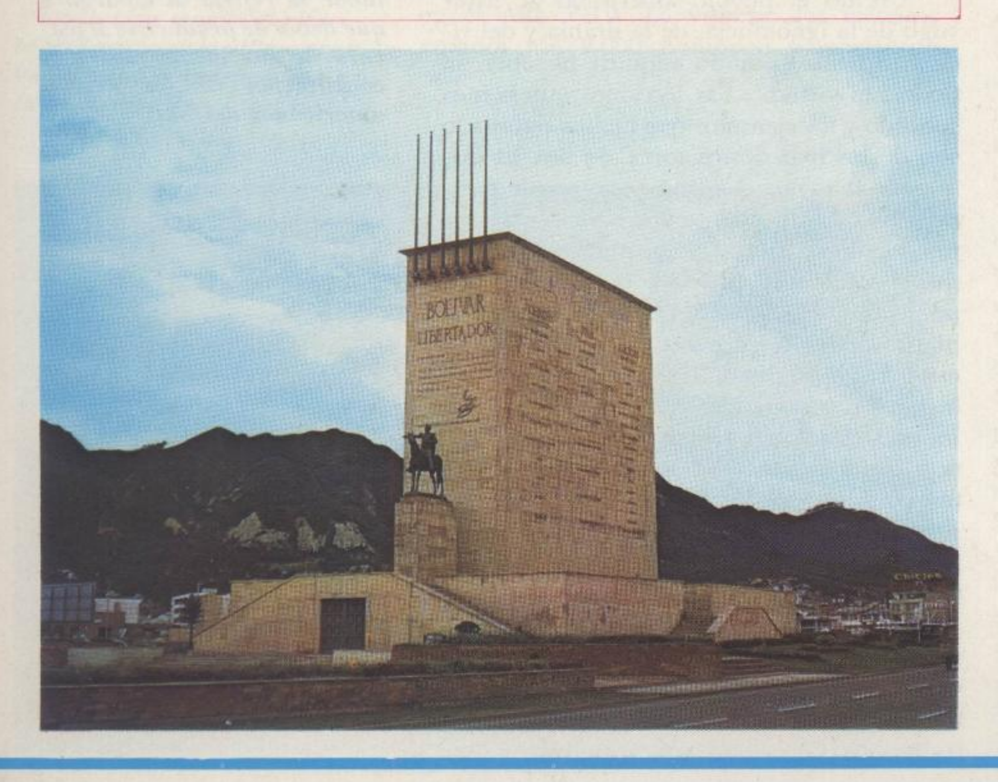
¡Ah, si América hubiera tenido sólo una docena de hombres para pensar así en grande! Y, sobre todo, para declarar sus pensamientos con tánta claridad y eficacia como lo hacía el Libertador Simón Bolívar.



Simón Bolívar en sus últimos días, por Arturo Michelena (Casa del Libertador, Caracas). En el rostro del Libertador se refleja la amargura que debió de producirle el fracaso de sus ideales sobre la constitución de los estados americanos del Sur.

BIBLIOGRAFIA

Batllori, M.	*El abate Vizcardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica,* Caracas, 1953.
Bécker, J.	*La independencia de América (su reconocimiento por España),* Madrid, 1922.
Belaúnde, V. A.	*Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana,* Madrid, 1959.
Díaz Venteo, F.	*Campañas militares del virrey Abascal,* Sevilla, 1948.
Fernández Almagro, M.	*La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española,* Madrid, 1944.
García Samudio, N.	*Independencia de Hispanoamérica,* México, 1945.
Giménez Fernández, M.	*Las doctrinas populistas en la independencia de América,* Sevilla, 1947.
Griffin, Ch.	*El Periodo Nacional en la historia del Nuevo Mundo,* México, 1962.
Icaza Tigerino, J.	*Hacia una sociología de Hispanoamérica,* Madrid, 1958.
Irarrazábal, J. M.	*San Martín y sus enigmas,* Santiago de Chile, 1949.
Lecuna, V.	*Crónica razonada de las guerras de Bolívar* (3 vols.), Nueva York, 1950. *La entrevista de Guayaquil* (2 vols.), Caracas, 1962.
Levene, R.	*El genio político de San Martín,* Buenos Aires, 1950.
Mijares, A.	*El Libertador* (5.ª ed.), Caracas, 1969.
Picón Salas, M.	*Miranda,* Buenos Aires, 1946.
Robertson, W. S.	*Vida de Miranda,* Caracas, 1967.
Whitaker, A. P.	*The United States and the independence of Latin America (1800-1830),* Baltimore, 1941.



Monumento en Bogotá a Bolívar y a los héroes de la Independencia, con la estatua ecuestre del Libertador al frente.



Entierro de Atala, por Girodet-Trioson (Museo del Louvre, París). Esta novela de Chateaubriand, que después incluyó en "El genio del Cristianismo", refleja la atención que el romanticismo dedicará a lo desconocido y exótico.

La fiebre romántica

Se ha repetido frecuentemente la frase de Goethe de que el romanticismo no es error, sino enfermedad. *"Klassisch ist das Gesunde; Romantisch das Kranke."* Error o epidemia, se extendió por toda Europa, influyendo no sólo en filosofía y arte, sino también en política y hasta en ciencia. De la ciencia romántica hablaremos más adelante. Pero las revoluciones de "barricadas" de julio y de febrero fueron ya románticas; el socialismo antes de Karl Marx fue una forma de romanticismo, y sin el fermento romántico no se explicaría el nacionalismo que produjo la Unidad Italiana y el Segundo Imperio Germánico. El sentimiento de que las naciones tenían derecho y casi obligación de recobrar su jerarquía se basaba en la idea romántica de la existencia de almas nacionales inmortales, como todo lo espiritual. El nacionalismo como doctrina es consecuencia lógica del concepto fundamental de la libertad ilimitada que defendían los románticos; las naciones eran personas sociales que tenían derecho a su independencia; los pueblos, como los individuos, debían ser libres para seguir sus instintos y pasiones naturales.

Sorprende que Cavour y Bismarck, que considerábamos astutos calculadores de fría política, aparezcan ahora como agentes de un ciclón espiritual y movidos por fuerzas levantadas por el romanticismo, lo más opuesto al razonar práctico y a la política oportunista de circunstancias que ellos creían profesar.

No se ha llegado a definir lo que es romanticismo; a lo más podríamos decir que

Tampoco se percibe claramente cómo y cuándo empezó el mal romántico. A mediados del siglo XVII ya se ven chispazos anunciadores del huracán. Son fulgores simultáneos en diferentes países; hay casos aislados que prueban que la fiebre romántica era inevitable. No podía continuar la vida artificial de la sociedad anterior a la Revolución. Al convencionalismo intelectual del período barroco había sucedido a fines del siglo XVIII un intento de restauración neoclásica completamente falso. La piedad, antes de la explosión romántica, se había convertido en actitud mundana que no podía satisfacer a los espíritus verdaderamente devotos.

Profeta del romanticismo fue Rousseau. Se ha dicho que fue el romántico integral: "Nada hay en Rousseau que no sea romántico, ni hay nada romántico que no esté en Rousseau". Pero si la primera parte es verdad, no lo es la segunda: Rousseau no profundizó como Kant, Fichte y Hegel los problemas de relación del espíritu humano y el

Pareja romántica, según grabado de 1829 (Biblioteca Nacional, París). El amor romántico creyó basarse en el trovadoresco, una de las cualidades del cual era ser incompatible con el matrimonio. De ahí que en las uniones de los románticos con las "mujeres fatales" se saltaran todas las barreras morales.

es delirio que impide ver la realidad presente porque provoca espejismo de perfección para lo íntimo y lejano. Los románticos se extasiaron ante la naturaleza; buscaron en el llamado santuario de la conciencia un consuelo que no encontraban en la sociedad, y creyeron ver en tiempos pasados y en países remotos un tipo de vida natural superior a la de los países civilizados. Esta definición es defectuosa, porque más que la esencia del mal romántico explica sus efectos; continuando por este camino podríamos añadir que el romanticismo produjo erotismo hasta el libertinaje, lirismo hasta el misticismo, y pesimismo y quietismo alternados con ráfagas de furor. Según William Blake, poeta y pintor ultrarromántico, los excesos conducen a la sabiduría.



"George Sand", por A. Charpentier (Museo Carnavalet, París). Con el romanticismo aparecieron las mujeres fatales. Una de las que alcanzó mayor nombradía fue Aurora Dupin, que adoptó el seudónimo de "George Sand". Casada y separada de Casimir Dunevant, fue amante de los literatos Jules Sandeau y Alfred de Musset y del músico Chopin. Hubo mucho de rusoniano en su amor a la naturaleza.

LA DIFUSION DE UN MITO PRERROMANTICO: OSSIAN EN EUROPA

Pocos fenómenos son más representativos del alborear de la sensibilidad romántica que el inmenso impacto que causaron en toda Europa los poemas ossiánicos. Unos restos de leyendas gaélicas hábilmente aderezadas por un antiguo maestro de escuela escocés, James Macpherson (1736-1796), vienen a colmar –artificialmente, puesto que en realidad es Macpherson quien les da ese carácter– una serie de aspiraciones estéticas y sentimentales que flotaban en el ambiente en la segunda mitad del siglo XVIII: justificación del sentimiento nacional (Ossián se presentará como el Homero celta); admiración por una poesía "popular", en el sentido de creación colectiva de todo un pueblo; exaltación de un heroísmo primitivo, entusiasmo por un tipo de belleza "grandiosa, sencilla y emotiva", envuelta en misteriosas brumas. De este modo, todavía en plena época de la Ilustración racionalista, se produce en el gusto esta gran sacudida emocional, al borde de la más ingenua sensiblería, que anuncia el romanticismo de años posteriores. Entre las más enconadas polémicas, Europa entera se apasiona por Ossián, convertido en bandera de una nueva sensibilidad, y derrama con su lectura abundantes lágrimas.

Todo empezó en el año 1760, cuando Macpherson publica quince fragmentos traducidos al inglés que atribuye al bardo gaélico Ossián; al año siguiente aparece el poema *Fingal*, en 1763 *Temora*, y de 1765 es una edición de conjunto, en espera del texto definitivo o "vulgata ossiánica" de 1773, a la que posteriormente sólo se añadirán unos fragmentos publicados por John Smith en el año 1780. Mientras, se desarrollaba la gran polémica, en la que la mayoría de los escritores ya consagrados y de formación clásica, como el doctor Johnson en Inglaterra y en Francia Voltaire, combaten la nueva moda y acusan a Macpherson de superchería; pero otras importantes figuras de la Ilustración, más jóvenes, se dejan conquistar por el brumoso encanto de la prosa poética de Macpherson; tal es el caso de Diderot –seguido por poetas como Léonard, Fontanes y Marie-Joseph Chénier– en Francia, de Cesarotti en Italia y del alemán afrancesado Grimm; a comienzos de los años setenta, el joven Goethe, durante su estancia en Estrasburgo, concibe también una extraordinaria admiración por esta poesía.

Las traducciones de Ossián se suceden a un ritmo rapidísimo. En Francia, en el mismo 1760, Turgot abre la lista de los traductores extranjeros; al año siguiente Suard traduce también unos fragmentos, y de 1777 es la versión completa, considerada como clásica, de Le Tourneur; una figura de tanto prestigio como Cesarotti se encarga de la traducción italiana (1763), y el jesuita vienés Michael Denis, de la alemana (1768). En poquísimos años Ossián se ha introducido, pues, en los principales reductos de la cultura europea; pero el mejor indicio de su fama está precisamente en el fragmento traducido que aparece en uno de los libros más leídos de la época: en la tercera parte del *Werther*, de Goethe (1774), el protagonista lee un pasaje de Ossián a su amada, y dice el escritor que la lectura llenó de lágrimas los ojos de Werther y de Carlota. Dado el enorme éxito que alcanzó la novelita goethiana, en estos momentos no se concibe mejor propaganda para un poeta.

En España –donde el Ossián contaba entre sus fervorosos lectores nada menos que al propio rey Carlos IV–, las traducciones fueron un poco más tardías. La primera que se conoce es la de un abogado de Valladolid, José Alonso Ortiz, en 1788; de esta fecha pasamos ya a la de 1804, cuando se publican las del padre Marchena y Pedro Montegón, esta última realizada sobre la versión italiana de Cesarotti. Algo más tarde, el mismo Espronceda imitará el estilo ossiánico en su juvenil *Oscar y Malvina*.

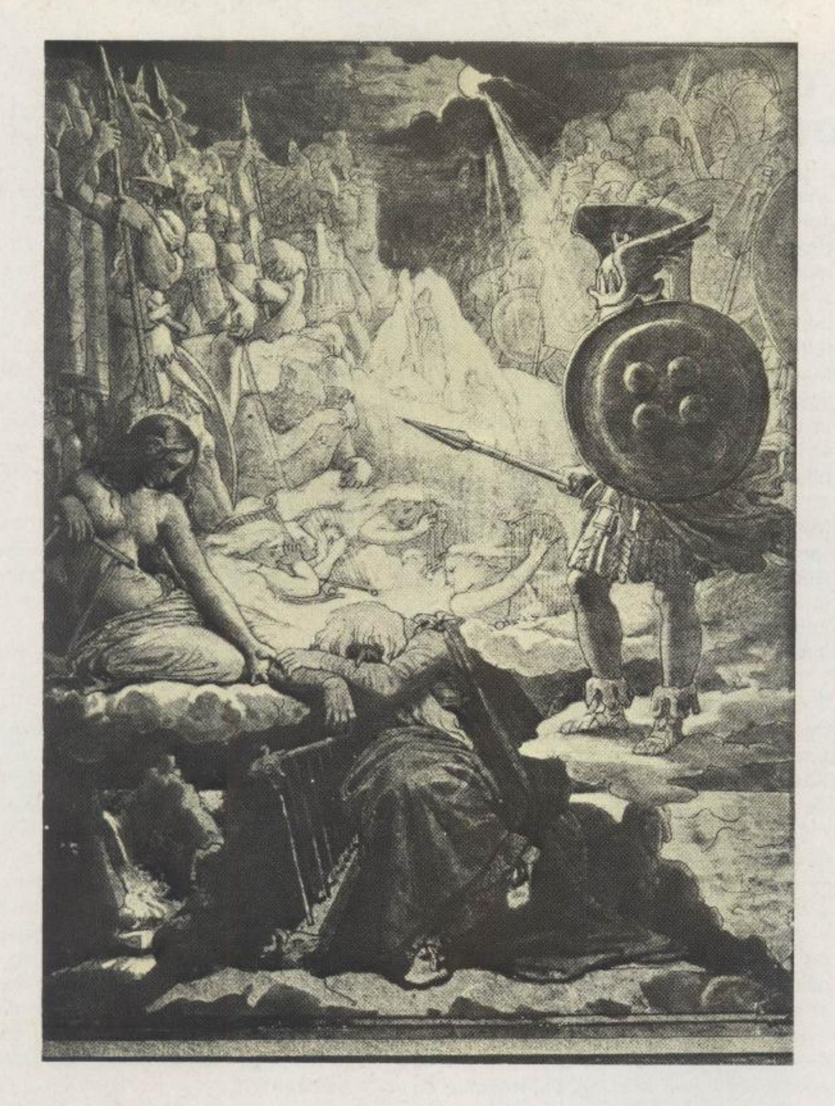
Pero a principios del siglo XIX la boga de Ossián atraviesa su última fase; todavía en la Francia del primer imperio Napoleón será un gran entusiasta de esta poesía, y en Inglaterra Ossián se traduce al latín (1807), pero su prestigio no tardaría en disminuir hasta desaparecer casi por completo a medida que se desarrolla el movimiento romántico propiamente dicho y que se acumulan las pruebas del carácter apócrifo de estos textos. Goethe, tras haber rendido en su juventud tan gran homenaje al supuesto bardo, acabó alegrándose de saber que se trataba de una superchería, y antes de mediados del siglo XIX el mito del Homero gaélico inventado por Macpherson había pasado definitivamente a la historia.

C. P.

universo que justificaron la tendencia romántica en todas sus manifestaciones. Por esto Kant y Fichte son más responsables del romanticismo que Rousseau. Kant había advertido la imposibilidad de conseguir el conocimiento absoluto con los datos que nos proporcionan los sentidos. Fichte, extremando más, hacía del mundo exterior un puro producto de nuestra imaginación. Así la naturaleza se vaciaba de contenido real para ser un puro domicilio del alma.

Faltos de base segura de información donde establecer nuestro conocimiento, las leyes no pueden tener ni una fuerza de coacción ni una eficacia trascendente como cuando dimanan del derecho divino o de los poderes sociales. El orden moral de conducta, el imperativo categórico que, según Kant, se tiene que seguir para cumplir nuestros deberes humanos, lo hemos de descubrir en nuestras conciencias, no en una legislación de origen divino, como los Mandamientos, ni en códigos redactados por reyes o legisladores. Esta nueva ley moral entraña innumerables gérmenes de descomposición social. Los temperamentos exaltados fatalmente tenían que producir la doctrina de la legitimidad de las pasiones, aunque éstas fueran contrarias a los principios de la moral establecida y hasta al bien de la especie.

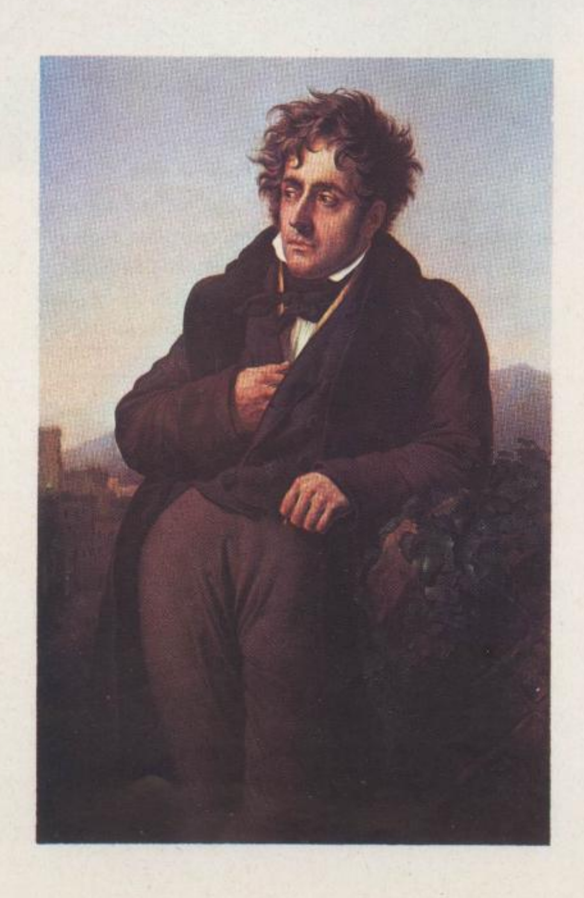
Es penoso tener que reconocer que la lógica elevada de un filósofo tan austero como Kant sirvió para justificar la moral romántica, tan ajena a sus propósitos; Kant quería fundar el conocimiento en principios que no dependieran de la información engañosa de los sentidos, y así demolía la base de toda autoridad. Quería establecer reglas de conducta según sentimientos universales que no cambiaran con los tiempos o naciones, y así promulgaba el derecho a la libre interpretación que podía convertirse en furioso individualismo. Los románticos, sin conocer a Kant muchos de ellos, aplicaron la regla de



acudir a su propio corazón, no para encontrar el imperativo categórico de la conciencia, sino sólo los impulsos desenfrenados de sus propias pasiones.

Los románticos se excusan con Dios porque los ha hecho como tales: "Tú me creaste, Ser Supremo, tú me creaste tal como soy y solo tú puedes comprenderme". El destino influye también para impedir que los románticos se moderen o corrijan. Los amantes no pueden menos de entregarse uno a otro "porque lo ha dispuesto el hado". Con el romanticismo aparece la *femme fatale;* la mujer tuvo mucha influencia en las vidas de los románticos (madame de Staël, George Sand, las amantes de Byron y Shelley, Carolina Michaelis, llamada "dama Lucifer" de los Schlegel y Schelling). He aquí cómo justifica su pasión el personaje de una novela de madame de Staël, la propagadora del romanticismo en Francia: "Cuando se acerca un peligro, la naturaleza nos lo advierte con temblores". Nadie admite que esta advertencia sea mala. ¿Cómo puede, pues, condenarse la angustia que produce la ausencia del ser amado...? "No, no, Delfina –dice un

El sueño de Ossián, según dibujo de Ingres (Museo del Louvre, París). Hacia mediados del siglo XVIII, el escocés Macpherson publicó unos supuestos poemas de Ossián, bardo celta del siglo IV. No está aún aclarado qué parte hubo de engaño y qué de realidad en lo publicado por Macpherson.

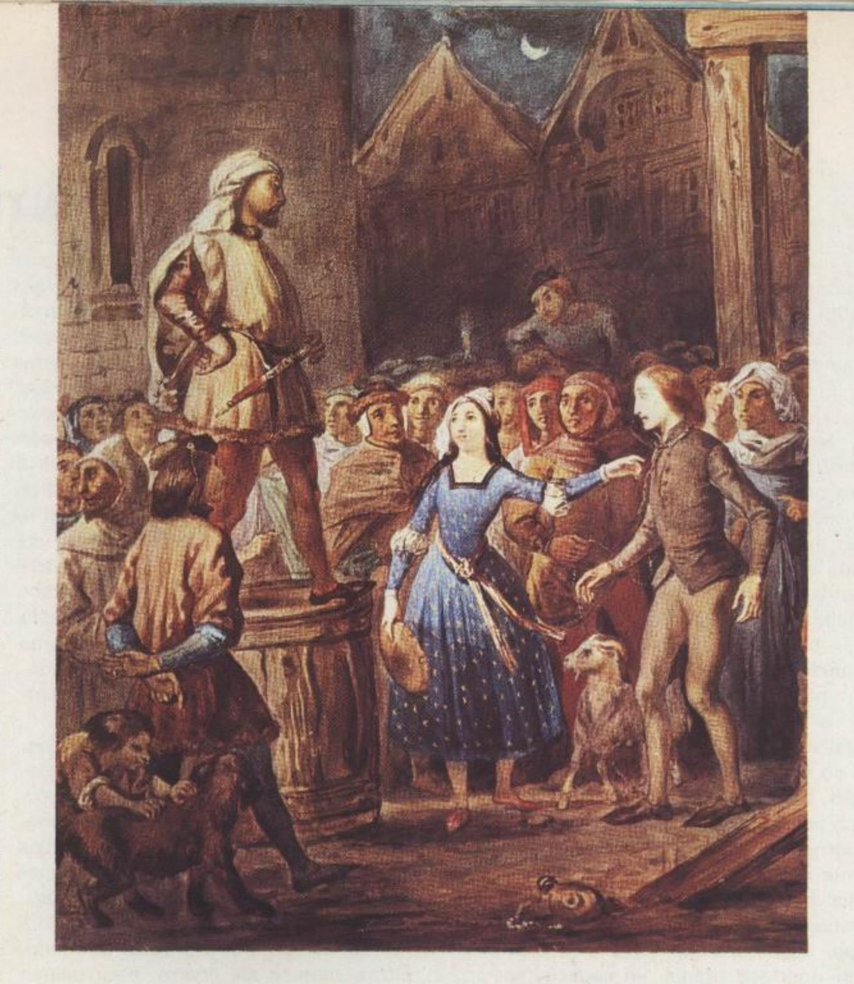


Chateubriand en Roma, por L. Girodet (Museo de Versalles). Este escritor francés, que marcó el tránsito hacia el romanticismo, fue una de las mayores personalidades de su tiempo. Su "Genio del Cristianismo", con los episodios de Atala y René, le concedió fama perdurable.

Novalis, en una estampa de la época. Este literato alemán, uno de los primeros románticos de su país, explicó en su poema en prosa "Enrique de Ofterdingen" el ideal de los románticos: una flor que se estará buscando toda la vida.



Ilustración para la obra "Nuestra Señora de París", de Victor Hugo (Museo Victor Hugo, París).

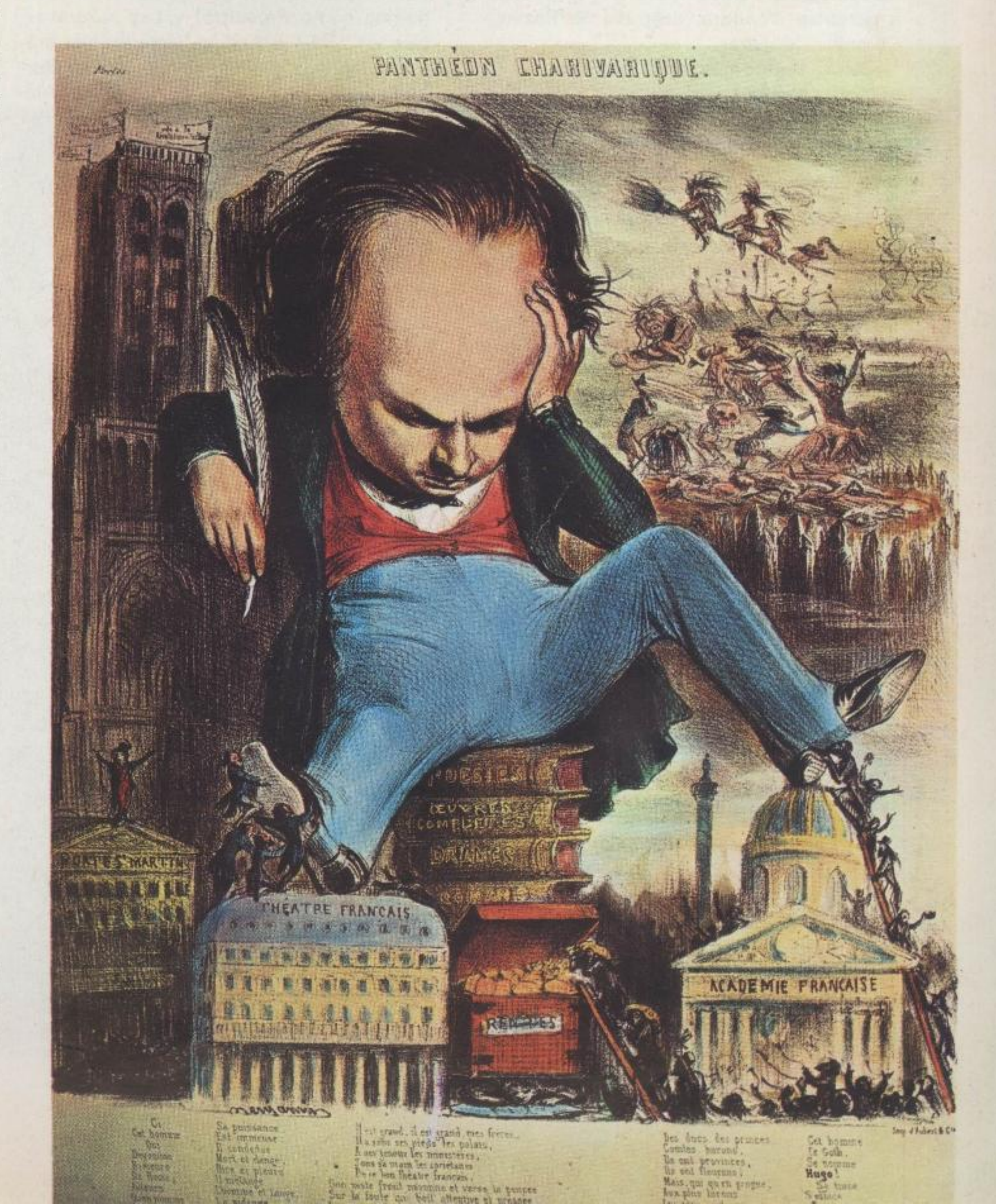


amante–; ya sé lo que los moralistas exigen del hombre, pero cuando un poder desconocido nos pone en el corazón tanto deseo, este poder, llámalo como quieras, nos invita a unirnos contra todas las reglas de moral."

El "poder desconocido" de madame de Staël, ¡cuán diferente es del imperativo categórico de Kant! A veces, para los románticos, el poder desconocido que solivianta pasiones es Dios, otras la naturaleza, otras veces la vida... Cuando la pasión desencadenada acarrea castigos naturales o sociales, entonces el romántico blasfema de la sociedad, del destino, de Dios, de la naturaleza. La blasfemia y la desesperación ocupan tanto espacio en los escritos de los románticos como la adoración y el entusiasmo. Encuentran placer morboso en la enfermedad, y el final perfecto de un romántico debe ser el suicidio. La muerte es para Leopardi hermana gemela del amor. "Del Amor nace todo el bien que pueden gozar los mortales en el suelo; la Muerte, bellísima doncella, no espantajo de huesos y guadaña como la pinta la gente, nos procura, benévola, el final de todos nuestros males." Novalis dice que la muerte es la romanza de la vida, y para Bryron "no hay tesoro como el morir, – y a medianoche, cesar nuestro sufrir...". Keats se idealiza más muriendo joven.

El romanticismo fue estimulado por el casi descubrimiento de la Edad Media a fines del siglo XVIII. Después de tres siglos de renacimiento clásico, las gentes cultas de todos los países de Europa se sentían fatigadas de tantas Cloes, Filis y Amarilis, de tantos Arístides, Brutos y Catones con peluca empolvada. *"Qui nous délivrera des grecs et des romains!"*, decían los románticos franceses. Con sorpresa descubrieron que sus antepasados habían construido castillos y catedrales que no tenían nada que envidiar a las obras de los griegos. Parecían querer abandonar la superficie del suelo para lanzarse a lo alto, rompían con todas las leyes y cánones convencionales para conformarse a una inspiración individual, mística y romántica. Por esto el escenario preferido de los románticos son las catedrales y los castillos.

En aquella Edad Media, vilipendiada



Caricatura de Victor Hugo, patriarca del romanticismo francés, aparecida en "Le Charivari" (Museo Victor Hugo, París).

EL TEATRO EN EL ROMANTICISMO

El romanticismo es un movimiento esencialmente teatral. Lo son, sobre todo, sus formas: sus modos, modas y modales. Los sentimientos se declaman; las pasiones se gritan. El gesto amplio, la frase retumbante, la voz sonora, la actitud desmesurada... No sólo en política, literatura y arte, sino en amor actúan los románticos siempre como ante un público del que esperan suscitar la emoción, la admiración y ganar el aplauso... En realidad, todavía nosotros somos sus espectadores y contemplamos el romanticismo –desde nuestras realidades funcionales o tecnológicas de hoy– como un vasto escenario en que unos personajes vocean ideales inalcanzables, pasiones avasalladoras. Lógicamente, el teatro debía desempeñar papel principalísimo –a veces casi de protagonista– en el movimiento y en la época.

Sobre la escena propia, el teatro romántico proclama la libertad de expresión y de composición (técnica, diríamos ahora) frente al teatro clásico, inspirado en la tragedia griega, y a las precisas e insoslayables "tres unidades" aristotélicas –tiempo, acción y lugar– que a la sazón ejercían ominosa tiranía, en especial sobre el teatro neoclásico francés..., en verdad bastante venido a menos, en cuanto a potencia creadora, después de Racine, Corneille, Molière.

Como tantos gérmenes románticos, la primera chispa renovadora procede de Alemania. La hallamos ya en el libro de madame de Staël *De l'Allemagne* y en los dramas de Lessing, Goethe, Schiller, de los que la insigne "primera romántica" da la primera noticia. Aunque la más rica, maravillosa, fuente de inspiración para los autores dramáticos del romanticismo fue la obra ingente de William Shakespeare, no sólo casi olvidado, sino incluso desdeñado por la intransigencia neoclasicista. La representación del *Othello*, traducido por Alfred de Vigny, en un teatro de París se consideró por los académicos franceses como provocadora osadía, lo que no logró sino enardecer el entusiasmo por el genio de Strafford-on-Avon, en un fervor que, en los partidarios de la nueva escuela, llegó a la idolatría. Idolos y modelos del romanticismo teatral fueron asimismo los creadores del teatro español del Siglo de Oro: Lope, Tirso, Calderón –éste sobre todo–, que proclaman ideales heroicos y culto al honor y la fe, fuego, pasión... y desdén de toda norma preestablecida. *El Burlador de Sevilla*, de Tirso, o *La vida es sueño*, de Calderón, pueden perfectamente, aparte la cronología, definirse como "dramas románticos".

De aquí que si en Inglaterra y en España el teatro romántico triunfó como tendencia, no hallara la desaprobadora oposición que encontró en Francia, donde desató auténticas batallas.

La llamada "batalla de *Hernani*" (25 de febrero de 1830) es, en efecto, célebre y no sólo en los anales de la "historia del teatro". En esta obra ponía Victor Hugo en pie, sobre la escena, las teorías sobre el nuevo teatro proclamadas en su también famoso "Manifiesto". Unos y otros combatientes –académicos e innovadores; clásicos y románticos– afilaron sus armas. Corrieron rumores de que la obra era "peligrosa para la política y las costumbres"; de que la "claque" se había vendido a la Academia para silbar en vez de aplaudir... En tal sospecha, grupos de jóvenes estudiantes, artistas y bohemios, con sus largas melenas y sus excéntricos atuendos, arrojaron del teatro a la supuesta "claque", a viva fuerza. Los capitaneaba Théophile Gautier, muy joven aún, luciendo un detonante chaleco rojo... que también la ocasión hizo famoso.

Aplausos, risas, ovaciones, silbidos, aclamaciones, carcajadas y, al fin, puñetazos y bofetadas. El escándalo fue mayúsculo. Y se repitió durante tres noches consecutivas. Luego se aplacaron los ánimos y el *Hernani* de Victor Hugo alcanzó cuarenta y cinco representaciones seguidas, algo hasta entonces nunca visto. Los paladines del romanticismo habían triunfado.

Otros dramas de Victor Hugo serían *Marion Delorme*, *Ruy Blas*, *El rey se divierte* (que, con música de Verdi, conoceríamos como *Rigoletto*) y *Los burgraves*, que en 1843 señaló el Waterloo del drama romántico francés –se dijo–, como *Hernani* había anunciado su Austerlitz. Alejandro Dumas, que con *Anthony* en 1831 despertó tempestades de entusiasmo, no logró con *Richard Arlington*, *La torre de Nesle*, *Angela* y la escenificación del mismísimo *Conde de Monte-Cristo*, elevarse sobre el mero melodrama. Más fino y delicado, Alfred de Vigny ofreció en *Chatterton* (1835) una de las obras más logradas de todo el romanticismo escénico. Escritores de la escuela romántica, como Alfred de Musset o George Sand, no son propiamente románticos en sus creaciones teatrales y los borrosos Souliés y Latouches contribuyen a dar el golpe de gracia al género con sus melodramas lacrimosos y tremebundos.

Por una curiosa paradoja, el teatro romántico español no se inspira en un principio en los modelos, algo lejanos, del Siglo de Oro (XVI-XVII): Lope, Calderón, Tirso, en quienes hallarían lo más genuino de la esencia romántica, sino en los inmediatos "patrones cortados" de allende los Pirineos: Victor Hugo es aquí, como allá, el maestro indiscutible, el guía, el ídolo... No es de extrañar, dado que la tendencia inmediatamente anterior era, en España como en Francia, el neoclasicismo. "Entre nosotros, en un año solo (1830), hemos pasado, en política, de Fernando VII a las próximas Constituyentes y, *en literatura, de Moratín a Alejandro Dumas*", dice, por entonces, Mariano José de Larra, crítico de teatros y a su vez romántico ardiente. "Libertad en literatura –proclama– como en las artes, como en la industria, como en la conciencia. He aquí la divisa..." A la que se muestra fiel en su drama romántico *Macías (El doncel de don Enrique el Doliente)*, estrenado en septiembre de 1834 y que no llegaría a ser, precisamente, su pasaporte para la inmortalidad.

Sólo en unos pocos meses le había precedido el estreno de *La conjuración de Venecia* (abril de 1834), de Francisco Martínez de la Rosa, obra en que ya se conjugaban todos los elementos propios del drama romántico, sin excluir la obligada escena en el panteón y otros excesos "funerarios". Si bien Larra y Martínez de la Rosa son, en realidad, figuras de transición en el teatro romántico español, que alcanzará su triunfo cimero, definitivo –al mismo tiempo que sus rasgos netamente españoles– con la representación del *Don Alvaro o La fuerza del sino* (22 de marzo de 1835), de don Angel Saavedra, duque de Rivas.

El camino triunfal estaba abierto y poco después obtenía delirante éxito el estreno de *El trovador* (1836), de Antonio García Gutiérrez, joven y humilde poeta ignorado, con quien, por cierto, se estableció la costumbre, hasta entonces desconocida, de que el público llamara al autor al palco escénico. Envuelto en una levita que le prestaron entre bastidores –pues él vestía aquella noche uniforme de soldado raso–, el autor de *El trovador* salió a escena entre estruendosas ovaciones. Sus obras posteriores –*El rey monje*, *Venganza catalana* y otras varias– no lograron alcanzar éxito parecido.

Ilustre erudito, Juan Eugenio Hartzenbusch, si triunfa como dramaturgo en *Los amantes de Teruel* (1836), cae en el "melodrama seudohistórico", así en *Carlos II el Hechizado* como en *Guzmán el Bueno*. Pues el auténtico impulso del drama romántico, esencialmente hispánico (neonacional, podría llamársele), es el dado por el poeta José Zorrilla. Temas heroicos, figuras caballerescas, interpretaciones históricas, reminiscencias orientales..., nada deben ya, en el teatro de Zorrilla, a influencias extranjeras. El verso se hace, en sus dramas, auténtico "verbo teatral" –pese a los inexcusables ripios–, pasión, vida... Es cierto que en su teatro no faltan cementerios y apoteosis, mas sin exceso, con un sentido más justo y más loable de la medida en la perfecta construcción escénica. Algunas de sus obras se mantienen aún "de pie" en un escenario actual; así, por ejemplo, *El zapatero y el rey*, *Sancho García* y, sobre todo, *Don Juan Tenorio*, en donde la figura del "Burlador" alcanza trazos definitivos.

Porque el *Don Juan* de Byron es un poema famoso..., mas no una obra teatral. Aun cuando sea este poeta –George Gordon, lord Byron (1788-1824)– el único de los grandes románticos ingleses que llevó a la escena la llamarada renovadora del romanticismo en varias obras, de las que

destacaremos el drama filosófico *Manfredo* y *Caín,* drama bíblico que plantea el problema del Mal y que por su impiedad, que no por su romanticismo, suscitó verdadera tormenta de protestas. Hacia la misma época, Percy Bisshe Shelley, acaso el más grande entre los líricos ingleses de todos los tiempos, dio a la escena dos dramas: *Prometeo liberado* y *Los Cenci,* de asunto italiano, exasperado, violento, que algunos rechazaron como inadmisible y otros parangonaron con las tragedias del propio Shakespeare.

No puede, en fin, evocarse el teatro romántico sin una referencia a la importancia capital que en él adquiere la escenogratia: También aquí hallamos el precedente de Calderón en el barroquismo de sus autos sacramentales. Este barroquismo triunfa en el teatro romántico, que, al complicar las "formas" escénicas, exige numerosas mutaciones, decoraciones recargadas, expresivas por sí mismas, de ambientes de galantería, terror, misterio o muerte. La escena en el cementerio es casi ineludible y la invención de las apoteosis levanta tempestades de aplausos. Los efectos escénicos se multiplicaron al infinito y, justo es admitirlo, tiempo llegó en que la tramoya tuvo más importancia que el propio drama.

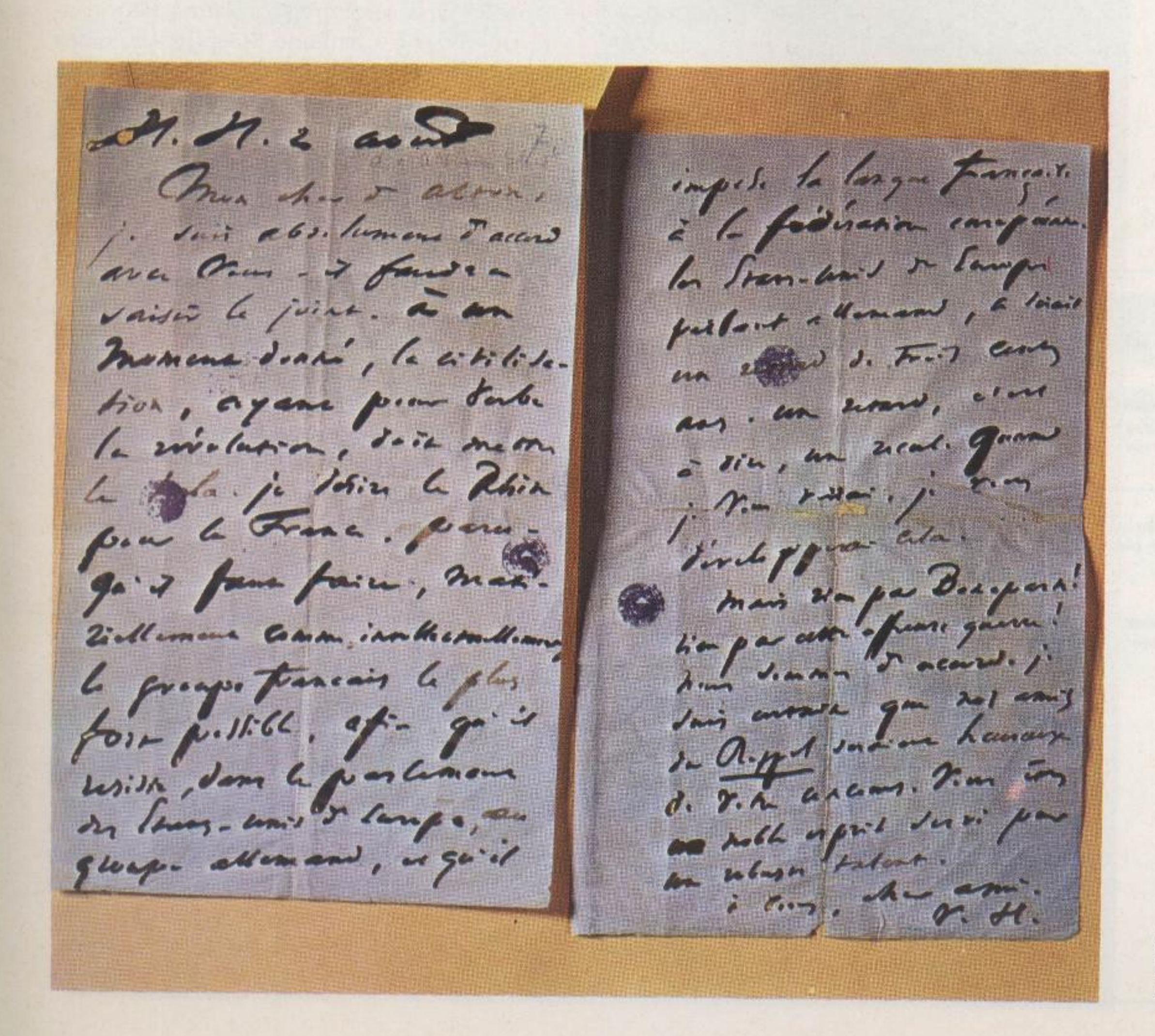
Tuvo el teatro romántico en todas partes intérpretes de talla excepcional. Lo fueron, en Inglaterra, Edmond Kean, mistress Siddons, Kemble y otros; contó, en Francia, a su favor, con la voz, el gesto y la figura de la "divina" Rachel, de madame Clairon, Talma, madame Favart. En el teatro español, los nombres de Joaquina Baus, Bárbara y Teodora Lamadrid, Carlos Latorre, Elisa Boldún, Julián Romea, Elisa Mendoza-Tenorio dejaron larga estela de admiraciones.

Como, queramos o no, dejó por largo tiempo su resplandor en nuestra escena la intensa llamarada del Teatro Romántico.

M. L. M.

como época bárbara, los grandes rebeldes de la Historia: Roldán, el Cid, Robin Hood, Guillermo Tell, habían desafiado la autoridad real. Modelos de romanticismo, otros personajes históricos fueron resucitados en dramas: don Carlos, Hernani y Wallenstein.

¡El amor en la Edad Media! Los trovadores parecían satisfechos de poder enseñar un lazo o una joya de su dama. "Recibir un beso es ya más de lo que puede tolerar un transido corazón", dice la canción provenzal. Pero este amor intelectual de los trovadores tenía dos aspectos que necesariamente habían de interesar a los románticos. Era ferviente, absoluto, imperativo, irresistible... y era incompatible con el matrimonio. El amor no podía subsistir con el deber; por otra parte, la fidelidad conyugal no obligaba

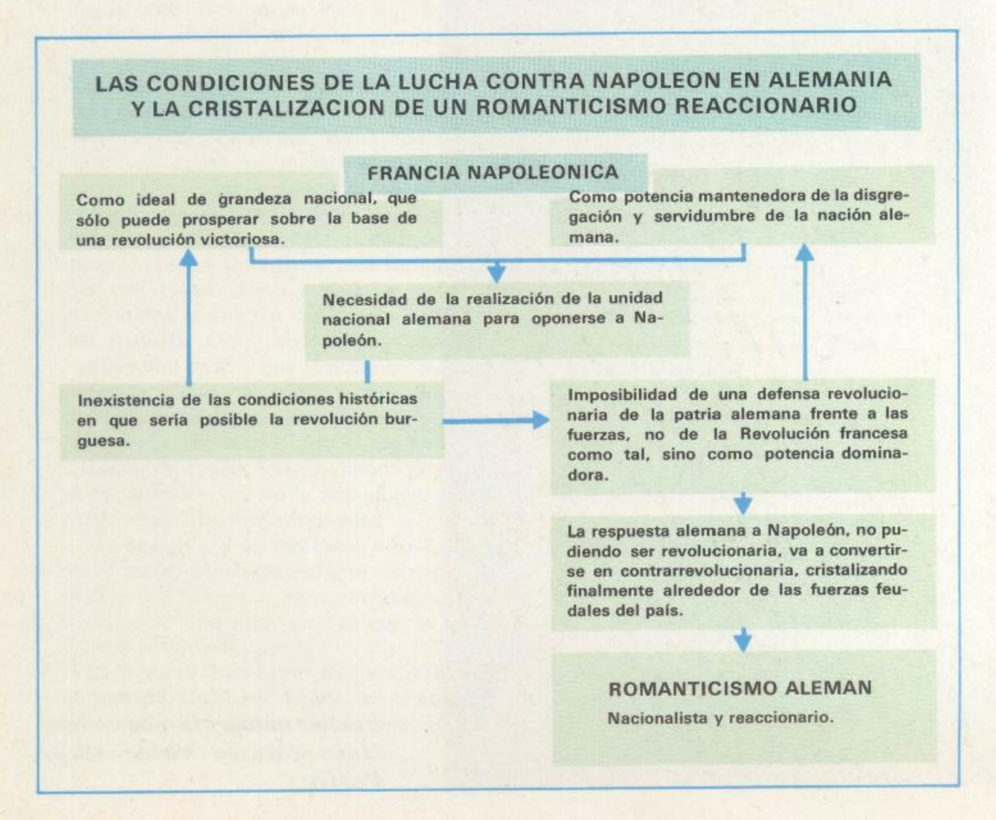


Carta autógrafa de Victor Hugo (Museo Victor Hugo, París).



Caricatura antirromántica que representa la gran cabalgata de la posteridad, según grabado de Grandville (Biblioteca Nacional, París).

a la dama a rechazar las atenciones de su caballero o trovador. Si la dama se casaba con su caballero-servidor, era de ley que buscara otro para sustituir al que como marido pasaba a ser su señor. Este concepto del amor conducía al adulterio, verdadero mal romántico. Por los mismos textos medievales sabemos que los amantes no se contentaban con lazos, joyas y besos: Lancelote se desmayaba viendo un peine con un hilo de oro de la cabellera de la reina Ginebra; en los torneos, la presencia o ausencia de su amante le daba ánimos o le quitaba el empeño de vencer... y, sin embargo, nos consta que Lancelote y Ginebra, como buenos románticos, se propasaban en sus adúlteros amores.



Los cancioneros provenzales, los poemas del ciclo carolingio, las romanzas celtas, se publicaron restaurados, embellecidos, falsificados. El más conspicuo caso de falsificación literaria se perpetró por un pastor protestante escocés llamado Macpherson, quien dijo haber descubierto el texto de Ossián, bardo céltico del siglo IV. Macpherson publicó en 1760 los poemas de Ossián en prosa y traducidos al inglés. A pesar de ser traducción y reducción en prosa, los supuestos poemas de Ossián eran de una gran belleza. Pero, desde el primer momento, despertaron sospechas: los que disputaban su autenticidad exigían que Macpherson publicara o diera a conocer el original céltico que había servido para su traducción. Macpherson se resistió largo tiempo a enseñar sus originales; decía que unas partes del poema las había descubierto en manuscritos antiguos, que nunca aparecieron, y otras partes las había recogido de tradición oral entre gentes celtas del norte de Escocia, que habían muerto. Cuando, después de interminables polémicas, Macpherson presentó finalmente la versión céltica en verso de Ossián estaba escrita de su propia mano y con señales de haber sido traducida de un original inglés, en lugar de ser ella la fuente de la traducción inglesa. No obstante, todavía hoy queda la duda de si la falsificación de Macpherson fue completa o si, en realidad, encontró jirones de los cantos de Ossián que rellenó con prosa y poesía suya lo mejor que pudo. Además de que hay indicios de que en realidad Macpherson contaba con fragmentos del auténtico Ossián, los

poemas que compusiera Macpherson son de tal originalidad y belleza, que no se concibe en modo alguno que pudieran ser fabricados desde el principio hasta el fin por un falsario, por genial y hábil que fuera.

Casi simultáneamente, en 1765, el obispo Thomas Percy publicaba *Reliquias de antiguas baladas heroicas,* la primera colección de antiguos cantos populares ingleses. Percy había embellecido y restaurado algunas de las baladas, pero sin llegar a una completa falsificación, como son, por lo menos, ciertas partes del texto de Macpherson. Las *Reliquias* de Percy no lograron la popularidad ruidosa ni la difusión internacional del Osián de Macpherson, traducido a todos los idiomas; pero estimularon a los eruditos de otras naciones a estudiar el folklore. Sobre todo los alemanes, que iban a la vanguardia del romanticismo, pusieron extraordinario empeño en editar cantos, cuentos y consejas que representaban la literatura popular en otros países. Los alemanes imprimieron por primera vez en tiempos modernos los *Can-*



El estreno de Hernani, cuadro de Albert Besnard (Museo Victor Hugo, París). Este acontecimiento, ocurrido en el año 1830, tuvo amplias repercusiones políticas.

Casa de Leopardi, en Recanati. Aquí nació este poeta, de naturaleza enfermiza y estro pesimista, el cual ejerció enorme influencia en la lírica romántica posterior.

EL "CUARTO PODER"

"Europa corre hacia la democracia. La prensa, instrumento que ya no se puede romper, continuará destruyendo el mundo viejo, hasta que se haya construido otro nuevo... *La imprenta es la palabra, primero de todos los poderes...*" Tal escribía, en 1815, Francis-René de Chateaubriand (1768-1848), par de Francia, embajador, poeta... y uno de los más insignes periodistas del romanticismo.

Si, dentro de los siempre imprecisos límites cronológicos en que puede encerrarse la llamada "fiebre romántica", elegimos el período de 1815-1848, hallaremos que es, justamente dentro de esas fechas, cuando la prensa viene a ser considerada por las naciones como el Cuarto Poder. La proeza ha sido formidable; titánica la lucha hasta alcanzarla. De las simples hojillas volanderas, casi circunstanciales, de "Avisos y Noticias", se pasaba al cotidiano, que llegaba a todas las manos y apasionaba todas las mentes; vehículo no sólo de sucesos, sino de ideas; el simple "papelucho" en un principio desdeñado, se transformaba en órgano poderoso de la opinión pública. Los vertiginosos progresos de la imprenta tuvieron, desde el punto de vista material, gran influencia en ello; en el plano espiritual, el impulso más decisivo lo dieron, a no dudar, las ideas y consignas –la "fiebre"– del romanticismo.

La prensa romántica es, por esencia, una prensa "liberal". Si en literatura, arte, moda, el romanticismo propugna la libertad de formas, en periodismo rompe lanzas por la libertad de ideas; la libertad de expresión, con la implícita "libertad de prensa". Y esta lucha tiene, claro está, sus precedentes. Antes de la Revolución francesa existían ya periódicos diarios: Londres publicaba su "Times" (1780, todavía existente); Berlín, su "Gaceta de Voss"; París, su "Journal de Paris", su "Gazette de France" y otros; en España existían el "Diario de Madrid", el "Diario de Valencia" y el "Diario de Barcelona", fundado éste en 1792, que todavía existe. Mas estos periódicos sólo insertaban noticias breves, avisos, novedades del día; en cuanto a una posible influencia en la opinión pública, eran más bien órganos de los gobiernos y estaban, desde luego, sujetos a censura. Su existencia solía condicionarse al compromiso de no publicar *"versos* (¡...!) ni otras especies políticas de cualquier clase".

En Francia, sin embargo, después de la toma de la Bastilla, parece que todo va a cambiar. Mas el cambio no dura: en 1791, la Comuna de París decreta la libertad de prensa... y en 1792 la suprime de raíz. Más adelante, la Constitución otorgada por el Directorio (1795) decreta que "los escritos no podrán ser sometidos a censura alguna antes de su publicación...", y en 1797 Napoleón restablece las prohibiciones.

Las monarquías seguirán, con respecto a la prensa, idéntica política, dándole una de cal y otra de arena..., con más arena que cal, naturalmente. En Francia, sucesivamente, Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe, amordazarán a la prensa por miedo a la revolución; en Alemania, bajo Federico Guillermo III, "el furor represivo –dice von Boehn– llevó hasta censurar los libros de cocina y los de matemáticas".

Pero, pese a tantas vicisitudes, la prensa ha ido haciendo su camino y se acerca a ese momento en que justamente se la proclamará como Cuarto Poder. En París, "Le Journal des Débats" y su oponente "Le Constitutionel" (fundado en 1815; dirigido más adelante por Thiers), "Le Globe", "Le National", sacan las luchas políticas o retóricas "a la palestra de la vida diaria". En tanto, los adelantos técnicos permiten ya tiradas de 2.000 ejemplares por hora; los periódicos son "diarios" y "baratos"; están en todas las manos; constituyen artículo de primera necesidad...

En España, la Constitución de las Cortes de Cádiz (1812) ha concedido la libertad de prensa. Dentro o fuera de las luchas políticas, en ella pueden seguirse los avances del romanticismo, ideológico, literario o estético. Hallan eco en la prensa de la época los nombres, tendencias y consignas de los grandes románticos extranjeros.

Los trabajos publicados en los periódicos del siglo XVIII (los que llevaban todavía el subtítulo "De Avisos y Noticias") eran casi invariablemente anónimos. Sólo en este período de la "fiebre romántica" aparecen en sus columnas, avalando los textos, nombres ilustres en la literatura de la época. Cierto es que también se acredita algún que otro seudónimo, mas, en general, quien lo usa no esconde su auténtica personalidad tras él, sino que con él la realza. De fácil identificación, los seudónimos románticos son en general, como apunta Díaz-Plaja, "muy llamativos desde el punto de vista literario: *Fígaro* (Mariano José de Larra) es un personaje de Beaumarchais; *Fernán Caballero* (Cecilia Böhl de Faber), un eco de la masculinización que ejemplifica *George Sand*".

Aparte el venerable "Diario de Barcelona" (espejo en que se miran aconteceres y tendencias de tres siglos), es en la capital de Cataluña donde aparece en 1824 el primer periódico español portavoz de los ideales románticos. Se titula "El Europeo" (periódico de ciencias, artes y literatura) y lleva por lema un verso de Quintana que reza: "Mente ambiciosa; vuélvete, al fin, a mejorar al hombre". En él colaboran Buenaventura Carlos Aribau y Ramón Pérez Soler (1806-1836), émulo de Walter Scott en cuanto autor de una novela histórica: *Los bandos de Castilla o el Caballero del Cisne,* en cuyo prólogo quiso verse una suerte de "manifiesto del romanticismo". Haciendo honor a su título, colaboraron también en "El Europeo" diversos "ingenios extranjeros". Mas su vida fue efímera. Y en 1833 le hallamos sustituido, acaso con ventaja, por "El Vapor", diario barcelonés, también dirigido por el citado López Soler con colaboraciones de Milá y Fontanals, Pablo Piferrer, Pedro Mata, Mor de Fuentes. En "El Vapor" se publica por vez primera la *Oda a la Pàtria,* de Aribau.

No regatean tampoco los ingenios de Madrid su firma a los periódicos, que, con suerte diversa y vida generalmente breve, proliferan en la villa y corte. Sujetos éstos, en su mayoría, a los vaivenes de la política, tan agitada en aquel tiempo, destaca por su continuidad y categoría el "Semanario Pintoresco Español", fundado en 1836 por Mesonero Romanos y en el que colaboran Fernández de los Ríos, Hartzenbusch, José Zorrilla, Gil y Zárate, Tassara... De existencia mucho más breve, aunque "de plantilla" no menos ilustre, fue "El Cisne" sevillano, que agrupaba, entre otras, las firmas del duque de Rivas, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Amador de los Ríos.

El periodismo romántico cuenta en sus filas con algunos de los nombres más insignes de la época. La llamada a la fama, a la popularidad cuando menos, que la prensa brindaba no podía ser desoída por los cultivadores del "yo", sublimes vocingleros de ideas, sentimientos, pasiones... Ya en un primerísimo término hallamos nada menos que al vizconde Renato de Chateaubriand, que durante veinte años cultivó un periodismo polémico, ardiente, con vetas de "brillante insolencia".

Otro gran periodista del romanticismo es Henrich Heine (1797-1856), judío alemán, "poeta y periodista con la misma grandeza", dice su biógrafo Max Aub. Colaborador de la "Gaceta de Augsburgo", codirector de los "Neue Politische Annalen", corresponsal en París de la citada "Gaceta" y de la "Allgemeine Zeitung", fue leído –y temido– en toda Europa. Combativo, rebelde contra todo lo humano... y lo divino, se ha dicho de él que "elevó el insulto a la categoría de arte"... Y también que sus *Cuadros de viaje,* sus *Reisebilder,* elevan la crónica periodística a categoría de ensayo y consagran al Heine gran periodista en la misma medida que al Heine gran poeta.

Casi en la misma línea encontramos al más ilustre periodista de España en el romanticismo: Mariano José de Larra *(Fígaro),* que es también el más gran periodista de todos los tiempos. Al compararle con Heine, Max Aub considera que "el genio de ambos para la prosa es parecido..., más acerado, tal vez, en Larra". Su vida fue corta (1809-1837), eminentemente romántica, como su muerte (pues se suicidó por amor). Olvidados hoy sus románticos dramas y novelas, perviven frescos, modélicos, actuales, sus artículos políticos, críticos, costumbristas... De "verdaderos aguafuertes goyescos" califica Valbuena Prat algunos de estos sus *Artículos de costumbres.*

M. L. M.

cioneros de romances castellanos, donde se narraban las hazañas tan románticas del Cid, Bernardo del Carpio, el conde Alarcos, don Rodrigo y Fernán González.

¡Cuánta belleza en aquella obra anónima, humilde, postergada por el pomposo renacimiento clásico!

En 1812, los hermanos Grimm publicaron la colección de cuentos populares europeos con *La Cenicienta, El Gato con botas, Caperucita roja,* etc. Al principio se creyó que eran símbolos. ¡Qué nueva sorpresa! El pueblo, la gente, la multitud, no sólo era capaz de producir grandes obras de arte, sino que bajo la sencilla apariencia de los cuentos de hadas y de consejas se escondía una gran sabiduría. Novalis afirmaba que "las fábulas y leyendas contienen más verdad que los textos de las crónicas". Así se preparaba el alto concepto del arte democrático que duró todo el siglo XIX.

Los románticos creyeron que las obras de arte popular eran producidas por colaboración espontánea de individuos no profesionales. Alguien iniciaba un romance, una leyenda en un momento de pasión, dejándolo imperfecto o incompleto. Lo continuaba o terminaba otro, casi sin darse cuenta de su belleza, y enteramente inconsciente de participar en una obra social y colectiva. No un bardo, sino el pueblo entero producía música y literatura. Esta teoría de la formación del arte popular fue indiscutible hasta hace muy poco; hoy creemos que contiene

F. Schiller, por F. J. von Kugelgen (Goethemuseum, Francfort). Este escritor e historiador alemán es el más importante literato de su país después de Goethe. Sus obras dramáticas aún se representan con gran éxito de público.



Escena de "Don Carlos", de Schiller, en un grabado de la época (Museo del Teatro, Munich).



un aspecto de la verdad, pero no podemos por menos de reconocer la parte que toman los individuos especialmente dotados en la creación de una obra de arte del género que llamamos popular.

Los románticos exageraron el concepto de la capacidad del pueblo para componer obras colectivas, hasta el punto de que todo lo que era de autor desconocido se atribuyó al genio de la raza. El poema épico *Nibelungenlied,* publicado en 1785, era otra prueba, según los románticos, de la capacidad del espíritu nacional para producir belleza. ¿Quién sino el alma teutónica podía crear una obra literaria que tan perfectamente revelara las cualidades de las gentes germánicas? La ferocidad de Hagen, el heroísmo algo ingenuo de Sigfrido, la tremenda pasión de Krimhilda, tal como aparecen en los *Nibelungos,* para los románticos tenían que ser producción de algún genio que no era un poeta profesional, sino el mismísimo espíritu del pueblo alemán.

Para justificar la unidad de los poemas épicos del tipo de los *Nibelungos,* tales como el Cid castellano, la Canción de Roldán, el Robin Hood y las epopeyas danesas, los eruditos románticos imaginaron la llamada teoría de las cantilenas. No se podía desconocer que los poemas épicos medievales en su forma presente habían sido "editados" por literatos técnicos del arte de la poesía; mas para componerlos habían zurcido canciones

Escena de la "Doncella de Orleáns", de Schiller (Museo del Teatro, Munich).



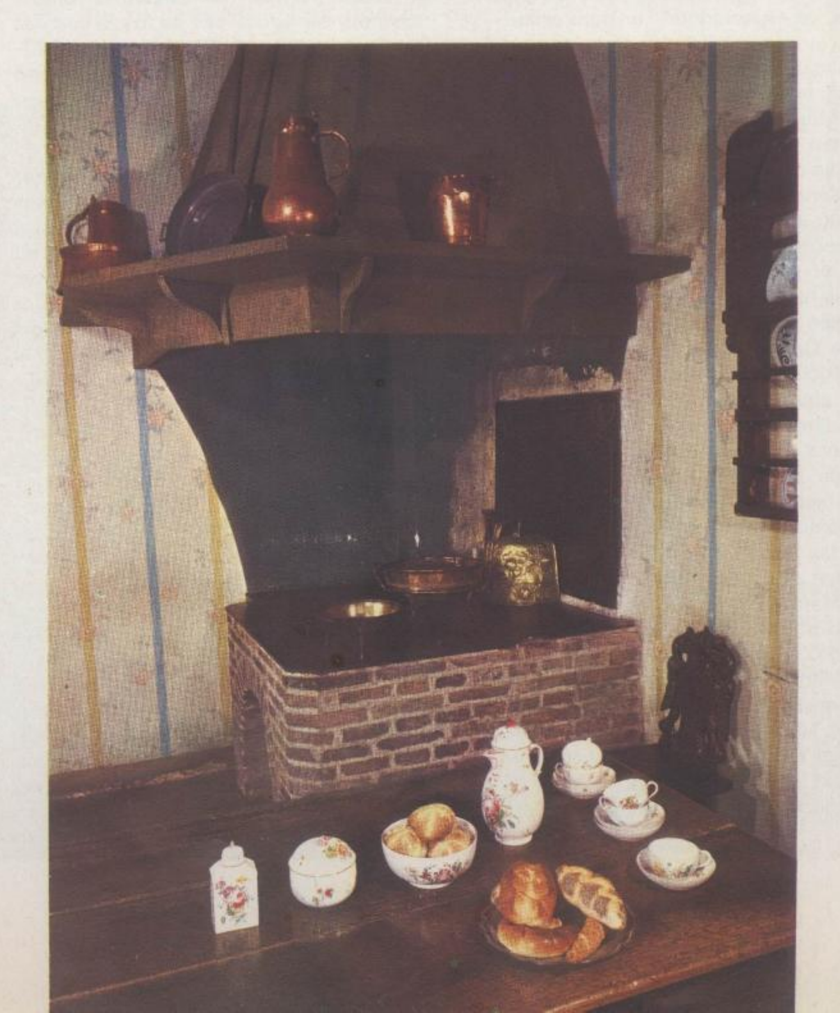
J. W. Goethe en la campiña romana, por J. H. Tischbein (Goethemuseum, Francfort). Goethe, una de las figuras cumbres de la literatura alemana, tuvo unos comienzos románticos de los que se creyó curado después de un viaje a Italia. Sin embargo, el romanticismo está latente en la totalidad de su obra.

cortas llamadas cantilenas, las cuales eran ya de origen popular. Así cada uno de aquellos poemas serían composiciones literarias de juglares que aprovechaban cantos populares de doscientos o trescientos versos, lo máximo que, según decían los románticos, podía recordar la gente iletrada.

Por este camino creyeron descubrir que hasta los poemas homéricos eran igualmente compuestos de cantilenas; Homero, caso de haber existido un poeta llamado así, según F. A. Wolff, nó había hecho más que unificar, fundiéndolos, varios poemas cortos. Las interpolaciones de los gramáticos alejandrinos en la *Ilíada* se creyeron antiguas, pero mal ajustadas con las otras cantilenas populares que utilizó el editor culto y profesional que llamamos Homero. Lo mismo se hizo con la Biblia. Herder creyó descubrir retazos de textos más antiguos en el Génesis, el Exodo y otros libros de carácter histórico del Antiguo Testamento. Confirmación de la producción colectiva y progresiva de una gran obra literaria se creyó reconocer en *Las Mil y Una Noches,* que Burton publicó por primera vez traducida al inglés, en la que ciertamente no se descubría el nombre del editor o colector que zurció las leyendas. El alma colectiva de cada pueblo tomaba cuerpo y realidad casi tangible por el folklore. Era capaz de actos y esfuerzos que creíamos propios y exclusivos de individuos, no de personas sociales. Estas ideas se avenían al concepto democrático de los románticos, estaban de acuerdo con las formas políticas del socialismo y hasta del liberalismo. Las cámaras populares, con discusiones tumultuosas sobre todo lo divino y humano y los motines de barricadas, reflejaban la voluntad nacional mejor que lo que se discurría fríamente en el gabinete de los sabios y letrados.

La humanidad entera debía tener una alma: *anima mundi,* la *Weltseele,* de Schelling. De aquí las leyes generales del lenguaje, los estudios sobre el derecho natural, sobre la evolución del derecho y las instituciones sociales. Los románticos notaban en los ciclos periódicos de la Historia una especie de proceso constructivo; Hegel metodizaba la Historia dividiéndola en flujos y reflujos regulares, como si el alma colectiva de la humanidad dispusiera el curso de los acontecimientos. El concepto medieval de la Historia, según Pablo Orosio y San Agustín, para quienes Dios tenía un plan y lo realizaba





Exterior de la casa de Goethe en Francfort e interior de la misma, adornado con utensilios de la época.

MEMORIAS Y CORRESPONDENCIAS

La exaltación del "yo" es característica esencial del mundo romántico, del ser romántico. Entre las múltiples rebeldías que arden en la hoguera del romanticismo cuenta, en primer término, la íntima rebeldía de lo subjetivo frente a lo objetivo, del individuo –el "yo"– contra el mundo en torno –los "otros"–. Por otra parte, como queda dicho, el movimiento romántico es desesperadamente literario... Dijérase, en efecto, que los grandes románticos que tan intensamente vivieron, amaron y lucharon no dejaron jamás, en medio de tantos avatares, la pluma de la mano. Y es así como, lógicamente, se ven inclinados a volcar en el papel –en los papeles– esa superabundancia de su "yo": sensaciones, sentimientos, pasiones, ideales, fervores, desesperanzas, lamentos... De aquí la proliferación de Memorias, Diarios, Recuerdos, Correspondencias, en la literatura y en la vida románticas. Cierto es que los escritores del período se retratan con frecuencia a sí mismos en sus obras de ficción –lord Byron un poco en *Childe Harold* y un mucho en *Don Juan;* George Sand, en *Lelia;* Alfredo de Musset, en la *Confesión de un hijo del siglo,* etc.–. Mas, aun así, es raro el que resiste a la tentación de quitarse el antifaz del personaje para mostrarse al lector; para mostrarse, sobre todo, a la posteridad, a cara descubierta, a alma descubierta... Son tiempos, además, de agitación y turbulencia: en Memorias y Correspondencias se relatan, asimismo, hechos trascendentes de los que los corresponsales y los memorialistas han sido, ya actores, ya espectadores, testigos presenciales: el tono intimista, el hechizo del "yo lo vi, lo sentí", presta a estos relatos interés y encanto inenarrables...

Las Memorias tienen ilustres precedentes. Y tan antiguos que se confunden con las viejas crónicas que son base de la historia. Xenofonte, Julio César, Tácito, podrían ser insignes precursores. Más cerca de nosotros, y especialmente en Francia, donde el género tuvo especial brillantez y relevantes cultivadores, destacan en los siglos XVI-XVII las *Memorias* del príncipe de Condé, las de Brantôme, del cardenal Richelieu, de Saint-Simon. Son notables algunas Memorias femeninas: las de madame Campan, en torno a María Antonieta; las de la duquesa de Abrantes y las de la reina Hortensia, que proyectan un resplandor de intimidad en la época napoleónica. El propio Napoleón, cuando suelta las armas, deja a la posteridad su *Memorial de Santa Elena.* ¿Y puede acaso darse Memoria más trascendente y sublime que el sencillo *Diario del primer viaje de Colón?* El almirante descubridor escribe como debe escribirse cuando se van a contar cosas solemnes –dice Gregorio Marañón–: "Como si la lengua fuera un instrumento escueto y anónimo del corazón".

No así, precisamente, en las Memorias del período romántico. Aquí el corazón desborda de la pluma y la lengua no es, ciertamente, "un instrumento escueto". Unos autores cuentan lo que vieron; otros, lo que sintieron; muchos, lo visto y lo sentido... Mas, por regla casi general, en unos y en otros la palabra es manantial, torrente, catarata... En las Memorias de los escritores españoles predomina más bien la actitud objetiva del espectador ante sucesos históricos o aconteceres políticos que ha presenciado o en que ha tomado parte; en las de los románticos franceses hay más lugar para el autoanálisis, la pasión, el sentimiento...

Son las Memorias de autores españoles obra de madurez –más bien de ancianidad–; quien las escribió pasó ya por la "fiebre romántica" y, curado por los años de aquella que Goethe reputó "enfermedad", contempla, no sin nostalgia, el panorama de la época en que la padecía. Figuran así, entre las mejores, los *Recuerdos de un anciano,* de Antonio Alcalá Galiano (1789-1805), político eminente, desterrado por Fernando VII, escritor elegante y ameno... Y las *Memorias de un setentón,* de Mesonero Romanos (1803-1822), cronista de Madrid y el más notable costumbrista del ochocientos español. Ni éste ni el anterior fueron estrictamente románticos; sí lo es el panorama histórico-literario que dejan a la posteridad en sus Memorias. Por su parte, Mesonero Romanos tiene en su haber romántico la fundación del "Semanario Pintoresco Español", publicación fundamental para la difusión del romanticismo en España. Aunque donde acaso pervive más sincero el romanticismo y su época sea en los *Recuerdos del tiempo viejo,* de José Zorrilla (1817-1893), que vieron la luz en 1882, gracias al interés que en su publicación puso don Eduardo Gasset, director de "El Imparcial".

También los románticos franceses, maestros en el género, publicaron sus Memorias en la ancianidad. La diferencia es que éstos... empezaron a redactarlas en plena juventud. Las fechas cantan. Sólo en 1953-54 se han publicado las de Victor Hugo (1802-1885), magno pontífice del romanticismo, mas, de las distintas partes que las integran, el *Journal* data de 1830-1848; los *Souvenirs personnels,* de 1848-1851, y los *Carnets intimes,* de 1870-71. El poeta crea temprano su espejo para mirarse en él y ve –nos deja ver– a tres hombres distintos: el mozo impetuoso, enamorado, triunfador, del *Hernani* y las *Odas y Baladas;* el maduro luchador, desterrado, un tanto resentido, de los *Cantos del crepúsculo* y *Napoleón el Pequeño;* el sereno patriarca de la *Leyenda de los siglos...*

En cuanto a Chateaubriand (1768-1848), sus espejos literarios, memorialísticos, son incontables y, sin duda, en su azarosa, larga vida no dejó nunca de mirarse en ellos, pues si es cierto que redactó las *Memorias de ultratumba* en los últimos años de su existencia –la época en que diariamente visitaba a madame Récamier–, no lo es menos que al publicarse, después de su muerte, constaban de ¡doce volúmenes! Como se ha señalado ya respecto a las Memorias en el romanticismo, es evidente en éstas la preocupación por la opinión de la posteridad. Las imágenes del espejo son siempre halagadoras, magnificadas, sin duda, en gran medida, por quien se mira en él.

Paralelamente es el romanticismo la época de oro de la correspondencia. Proliferan, en efecto, los epistolarios: políticos, literarios; sobre todo, amorosos. Es ésta una de las características del tan traído y llevado "amor romántico". No se contentan los enamorados con gozar y sufrir sus pasiones: necesitan perpetuarlas, fijarlas en el papel, confiarlas..., y no sólo al ser amado. Confesarlas, vocearlas..., pues aun las cartas más íntimas no se mantienen casi nunca en la estricta intimidad. No importa que los enamorados hayan pasado la noche juntos: a la mañana siguiente se cruzan las misivas. Y no digamos en las ocasiones de viajes, ausencias, rupturas, reconciliaciones... Más adelante conocerán esas cartas los amigos. Andando el tiempo, los editores. Gracias a éstos, nosotros. Y no debe pesarnos. Amor y literatura, en el romanticismo, son cosas estrechamente atadas, fundidas... La esencia misma de la literatura romántica se condensa en algunas de esas cartas. Es significativa la frase de André Maurois cuando afirma que "las novelas de George Sand son inferiores a sus cartas".

Demasiado copiosa para transcribirla aquí, ni aun siquiera a grandes rasgos, hay, en efecto, en la correspondencia de George Sand páginas literarias magistrales, descripciones bellísimas, autoanálisis psicológicos, gritos desesperados de pasión. Los destinatarios de las cartas son diversos –Pagello, Alfredo de Musset, Federico Chopin y aun algún otro–; es uno el temperamento apasionado, la llama ardiente..., y el estilo literario que las dicta. Pues la literatura no está nunca ausente en estas misivas –"gritos del alma"– palpitantes de amor, dolor, desesperación, melancolía, afán de sacrificio, ansias de muerte. Quien más sufre, más ama, parece ser el *leit-motiv.* "Adiós, quédate o vete –dice George Sand a Alfredo de Musset, en una de sus numerosas cartas de despedida–, pero *no digas que no sufro.* No hay nada que pueda hacerme sufrir tanto..." Dos cartas del propio Musset a George Sand nos darán, en fin, un atisbo del estilo de esas delirantes correspondencias amorosas que han merecido pasar a la historia... de la literatura romántica. Dicen:

"...Dime que me das tus labios, tus dientes, tus cabellos, todo; esa cabeza que ha sido mía ¡y que me besas! ¡Oh Dios, oh Dios! Cuando pienso en ello, mi garganta se seca, mis ojos se nublan, mis

rodillas se arquean. ¡Ah, es horrible morir! ¡Es horrible, también, amar así! ¡Qué sed, ah George, que sed tengo de ti! ¡Te lo ruego, que venga esa carta! ¡Me muero, adiós!..."

No se muere de amor y el poeta galán viviría aún muchos años... para amar a otras mujeres y escribirles otras, no menos apasionadas, cartas. He aquí la última de Musset a George Sand:

"...Te mando mi último adiós, amada mía. No moriré sin haber escrito el libro sobre mí y sobre ti (sobre ti, especialmente). Juro por mi juventud y por mi genio que no crecerán sobre tu tumba más que lirios inmaculados. Con estas manos que aquí ves, escribiré tu epitafio sobre un mármol más puro que las estatuas de nuestras glorias del pasado. La posteridad repetirá nuestros nombres como los de aquellos amantes inmortales que sólo tienen uno para los dos, como Romeo y Julieta, como Abelardo y Eloísa. No se hablará jamás del uno sin hablar del otro..."

Comediantes sublimes estos amantes, no faltan en esas líneas algunos de los elementos del teatro romántico: la tumba, el epitafio, el mármol... Con ellos, la temática literaria –ese libro "que se escribirá"– y la preocupación por la posteridad de estos románticos que, si no lograron hacer del amor una obra de arte, como parece que debió de ser su designio, al menos lo intentaron, dejándonos "la imagen admirable del romántico amor –dice Ortega y Gasset–, hecho todo de alma, sin mezcla grave de cuerpo ni de espíritu".

M.L.M.

irremisiblemente, venía sustituido por la nueva concepción hegeliana de que todo ocurre según leyes de equidad que se da a sí mismo el espíritu humano. En la interpretación que los románticos daban a todas las formas de actividad no entraban todavía los factores económicos y sociales, que después aprovechó la ciencia positivista. Para los románticos, Arte, Historia, Literatura, se reducían a un nuevo misticismo.

La naturaleza y la humanidad sustituían la antigua fórmula del Creador personal y de sus agentes en la tierra. *Vox populi, vox dei,* tomado al pie de la letra, significaba que el pueblo era mejor intérprete de Dios que los reyes por derecho divino y los filósofos y eruditos.

Los únicos que tenían derecho a considerarse exponentes de la verdad absoluta eran los poetas. Estos descubrían por inspiración todos los secretos de los cielos y de la tierra. Eran los verdaderos sacerdotes y doctores de la sociedad romántica. Shelley lo enuncia en su *Defensa de la Poesía:* "Es algo divino. Poesía es a la vez centro y circunferencia del conocimiento y a ella toda ciencia debe acudir. Es raíz y flor de todos los demás sistemas del pensamiento". Novalis explicó lo mismo en el poema en prosa *Enrique de Ofterdingen.* Es una especie de autobiografía que quedó sin concluir, como la vida del propio Novalis, que fue también corta. El relato empieza con una visión en sueño que tiene Enrique: a la entrada de una caverna, junto a una fuente, ve una flor azul que se inclina sobre su cabeza. Esta flor, que Enrique después busca toda su vida, es el ideal de los románticos. "Los poetas –dice Car-



Werther y sus hermanos, con Lotte, según dibujo de Donat (Goethemuseum, Francfort). Werther es el personaje típico del romanticismo, a cuyos desgraciados amores Goethe dio forma epistolar. Su triste final tuvo amplia resonancia en la Europa romántica y posromántica.

CLASICISMO, ESTADO BURGUES Y ROMANTICISMO

El neoclasicismo surge en la segunda mitad del siglo XVIII como reacción contra el rococó. En oposición a los anteriores "renacimientos", establece la diferencia entre antigüedad griega y antigüedad romana, y se escoge a aquélla como ejemplo de clasicismo. A través de la reanudación del clasicismo antiguo se trata de hallar el camino de la producción artística absoluta.

Los puntos de contacto entre neoclasicismo y romanticismo –contemporáneos, opuestos al rococó y sintiendo la nostalgia del pasado– son abundantes, y sus fronteras se diluyen tanto en literatura como en pintura y música.

La Ilustración reconoce el estilo neoclásico como la expresión tangible de una creencia en leyes reconocibles y de valor eterno.

La burguesía revolucionaria reconoce la forma neoclásica como la expresión de las virtudes republicanas y cívicas.

La burguesía, al asumir la dirección política y cultural del estado, quiere simbolizar en este arte sus reivindicaciones.

"... por muy poco heroica que la sociedad burguesa sea, para traerla al mundo habían sido necesarios, sin embargo, el heroísmo, la abnegación, el terror, la guerra civil y las batallas de los pueblos. Y sus gladiadores encontraron en las tradiciones clásicamente severas de la República romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a sí mismos el contenido burguesamente limitado de sus luchas y mantener su pasión a la altura de la gran tragedia histórica" (Karl MARX).

El arte pierde su valor específico y se convierte en enseñanza concreta e institución moral.

En la era neoclásica, la influencia de las Academias, destinadas en su origen a la propagación de las enseñanzas de las artes y a transmitir sus técnicas, es utilizada por el estado burgués para ejercer la censura y velar por la representación artística de los principios de la ética burguesa.

El artista romántico, en su camino individualista, tenderá a chocar contra el academicismo –tal es el caso de Berlioz– y representará una vía revolucionaria en el desarrollo de las artes.

ACADEMICISMO DEL SIGLO XIX

Goethe ya maduro, por H. Cristoph (Goethemuseum, Francfort).



lyle– a veces presienten la vecindad de la flor azul o la distinguen escondida en la espesura del bosque, lejos de la compañía de las gentes. Por un momento aspirarán su perfume y el alma se arrebatará en éxtasis poético al contemplarla; pero nunca podrán llegar hasta ella y poseerla." Son todavía Kant y Fichte puestos en forma de novela o de discurso.

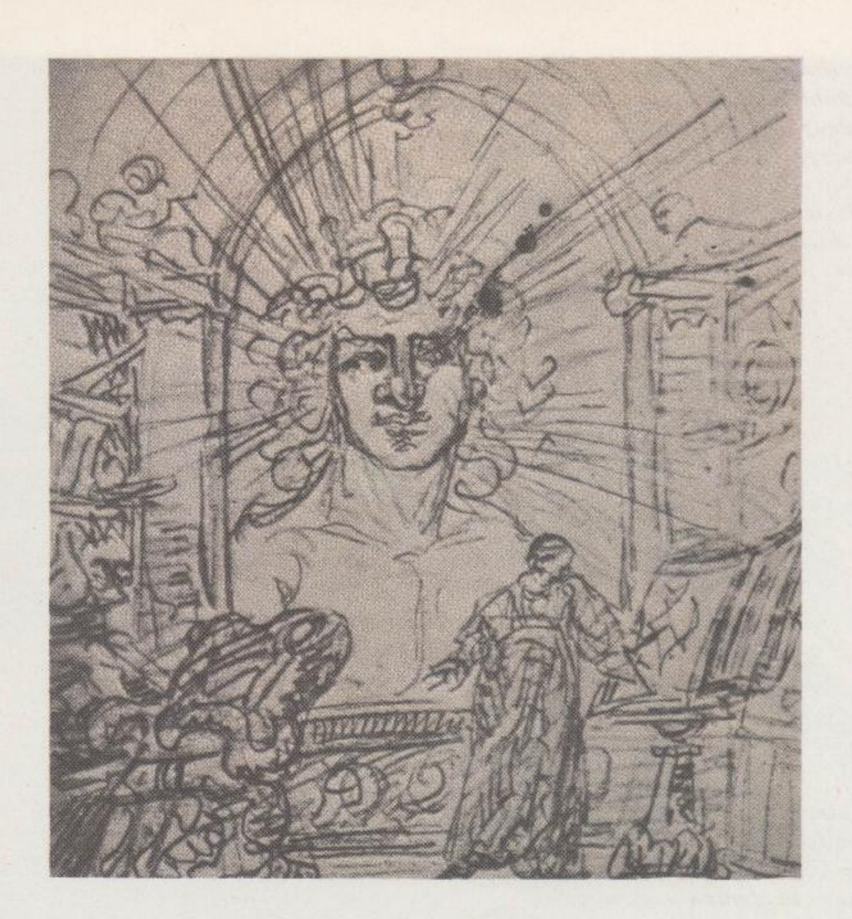
El que bautizó la nueva escuela en Alemania con el nombre de *romanticismo* y precisó su teoría fue Friedrich Schlegel, secundado por su hermano August. Según los Schlegel, el artista está por encima de toda estética, "el capricho del poeta no está sujeto a ninguna ley". Las restricciones clásicas para la composición literaria, como, por ejemplo, la ley de las tres unidades en el arte dramático, las fijadas por los tratadistas del estilo para la medida del verso y la forma obligada en cada género de poesía, eran vallas absurdas que el poeta verdaderamente inspirado no estaba obligado a respetar. Friedrich Schlegel defendía la libertad poética con argumentos de alta erudición. Había publicado un trabajo monumental sobre literatura griega, y ponía a su servicio los grandes románticos del pasado: Shakespeare y Calderón. La discusión de si *El Mágico Prodigioso*, *La Vida es Sueño*, *Hamlet*, *Otelo*, eran dignos de compararse con las tragedias griegas y aun con Corneille y Racine, fue el asunto

más debatido entre los partidarios de la escuela clásica y la romántica.

En Alemania la discusión no pasó de ser una violenta disputa de eruditos; pero en Francia la "batalla romántica" tomó caracteres de revolución social. El estreno de *Hernani,* de Victor Hugo, el año 1830, fue un acontecimiento de trascendencias políticas. "Romanticismo –decía Victor Hugo en el prólogo de *Hernani*– no es más que liberalismo en literatura... Libertad literaria es hija de libertad política... Como nuestros padres hicieron grandes hazañas (como fueron las guerras de la revolución y napoleónicas), sacándonos de antiguas formas de sociedad, ¿por qué no deberíamos nosotros tratar de salir ahora de antiguas formas de poesía? A un pueblo moderno corresponde un arte moderno. Del mismo modo que la Francia de Luis XIV produjo literatura apropiada al género monárquico, esta Francia nuestra, la de Mirabeau y Napoleón, ha de producir igualmente su literatura peculiar, personal y nacional."

El mismo Victor Hugo, pocos años después, en el prólogo de su drama *Cromwell,* precisaba más la doctrina romántica. "Luchamos por la libertad en arte contra el despotismo de sistemas, códigos y tratados de poesía. Mi método es dejarme llevar por la inspiración y cambiar de estilo si lo exige el asunto. Dogmatismo en arte es peor que en política y religión." Así, para Victor Hugo el mal romántico era la fiebre liberal. No olvidemos que se luchaba por el romanticismo en plena "era Metternich", cuando la restauración borbónica en Francia y la reacción en Alemania imponían previa censura y cohibían la expresión del sentimiento popular. Ya que no se podía ser radical en política, se era extremado en literatura. Durante la batalla romántica, para el ataque y la defensa se empleaban en Francia adjetivos estrafalarios: los académicos y conservadores eran tenderos, filisteos, horteras y burgueses; los románticos eran *rapins, poussés,* bohemios. Se dejaban crecer la barba o las melenas, se ponían chalecos colorados sólo para irritar a los burgueses. ¡Sus hazañas, por otra parte, eran aparentemente tan inocentes! Un verso como el de *Hernani: "Est-il minuit? Minuit bientôt",* levantaba una tempestad de silbidos y aplausos.

Cuando ya la Edad Media pareció demasiado familiar, casi vecina, los románticos se ensañaron con tierras lejanas: el desierto, el Oriente, la India. En las novelas de Walter Scott y Victor Hugo empezamos ya a encontrar personajes orientales: en *Hans de Islandia,* son las gentes de la última Tule; en *Nuestra Señora de París,* la heroína es una muchacha gitana por lo que tiene de oriental.



El doctor Fausto invocando el espíritu de la Tierra, según dibujo del propio Goethe.

Víctor Hugo publicó un tomo entero de poesías *Orientales,* y Goethe un *Divan* oriental. España, como tierra desconocida para los románticos y casi salvaje por sus fuertes pasiones, sirvió de sustituto para la Arabia. Naturalmente, el conocimiento de estas regiones del "mundo romántico" era tan vago, que Gautier se sorprendía al viajar por España descubriendo a Hernani en país vascongado, cerca de la frontera francesa. Musset habla de la "andaluza de Barcelona". *"Avez-vous vu dans Barcelone..."* Los indios del *Atala* de Chateaubriand y los moros del *Clara Gazul* de Merimée no son mucho más ajustados a la realidad.

El romanticismo coloreó las ideas y costumbres de toda la primera mitad del siglo XIX. Para la mayoría fue sólo ligera infección; pero algunos protagonistas, *enfants du siècle,* fueron víctimas de su exaltación y pesimismo. La misma incapacidad de conseguir su ideal necesario les producía un estado de alma complejo de melancolía, duda y tristeza. Pero a pesar de sus desatinos, desórdenes, tisis, adulterios, vesanias, locuras, neurastenias y suicidios, los románticos tenían mucho más fe y entusiasmo por lo que defendían que los mentecatos profesores y académicos que los atacaban. Pretender mantener la Europa del Renacimiento, la Europa del protestantismo, del absolutismo y de la contrarreforma después de las criti-

Manuscrito de la "Oda al ruiseñor", de John Keats (Museo de Cambridge), poeta romántico inglés que residió en Roma, adonde había ido para curar su tuberculosis. Es el más intelectual y clásico de los escritores ingleses de la época.

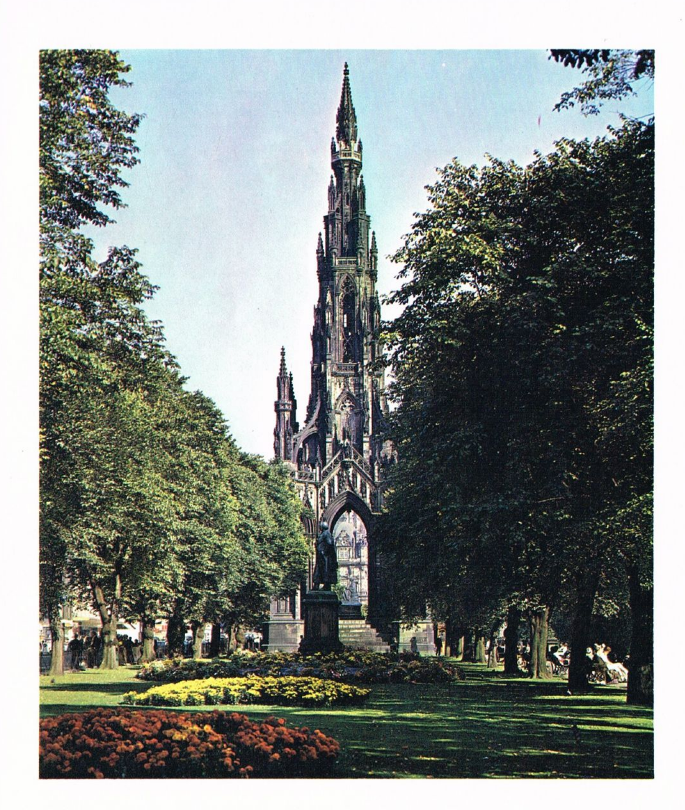


Samuel Coleridge (National Portrait Gallery, Londres) a los 23 años, uno de los iniciadores, por lo demás muy exagerado, del romanticismo inglés.

cas de Voltaire, Rousseau, Berkeley, Hume y finalmente Kant, era mayor locura que la de los románticos. Prueba de ello es que no queda ninguna obra de arte y de literatura de los retardatarios del siglo XIX que merezca ser conservada. En cambio, son innumerables las obras románticas que todavía leemos con gusto y que sin duda pasarán a la posteridad como manifestaciones características de la época. Leemos todavía el *Werther,* de Goethe, novela de un suicidio por amor; ciertas novelas de Walter Scott y de Victor Hugo, disparatadas, pero leales y sentidas; leemos los poemas de Shelley y Keats, sincera expresión de la sensibilidad superconsciente de los mejores románticos; conservamos interés por las baladas de Schiller, Uhland, Heine, y hasta algunos dramas románticos, como *Los bandidos,* de Schiller, se representan todavía en público.

En Inglaterra el romanticismo empezó con Coleridge y Wordsworth decididamente exagerado. Ya no podía ser más extremado de lo que fue con Coleridge, de manera que el romanticismo inglés, en lugar de ir avanzando *in crescendo,* se hizo sobrio, casi helénico en Keats, y razonable, aunque con razones violentas, en Byron y Shelley. Coleridge, el precursor, va aún más allá que Novalis: declara que la verdadera poesía o inspiración ha de ser resultado de la embriaguez y el sueño. Sus grandes obras, *Cristabel, Kublai Kan* y el *Mariner,* se le revelaron, según cuenta él mismo, en el estado de alucinación que le producía el opio que acostumbraba tomar. Sin embargo, los versos muestran una coordinación de pensamiento y una exactitud de lenguaje que contrastan sorprendentemente con la extraordinaria atmósfera que envuelve el conjunto.

Shelley gime, grita, suplica con nobleza y dignidad, empleando sólo razonamientos de hombre o más que de hombre, pero siempre sereno. Con él y Byron el romanticismo ha encontrado su cauce. Byron, sin proponérselo, nos dejó en el *Childe Harold* la verdadera epopeya de la Europa romántica. *Childe Harold* es un viajero inglés, sin rumbo fijo, como el propio Byron. Visita a España convaleciente de las guerras napoleónicas, contempla el campo de batalla de Waterloo, viaja por el Rin, Italia y Grecia, admira sus monumentos y paisajes. En las estrofas de *Childe Harold* el personaje viajero se va eclipsando, y el panorama del fondo, esto es, Europa, va tomando cuerpo, relieve y pasión y acaba por ser el verdadero protagonista. Europa se manifiesta como una heroína de tragedia milenaria; las montañas, lagos, ríos y ciudades de *Childe Harold* son el escenario y los actores de una acción cuyos actos son los siglos de su historia.

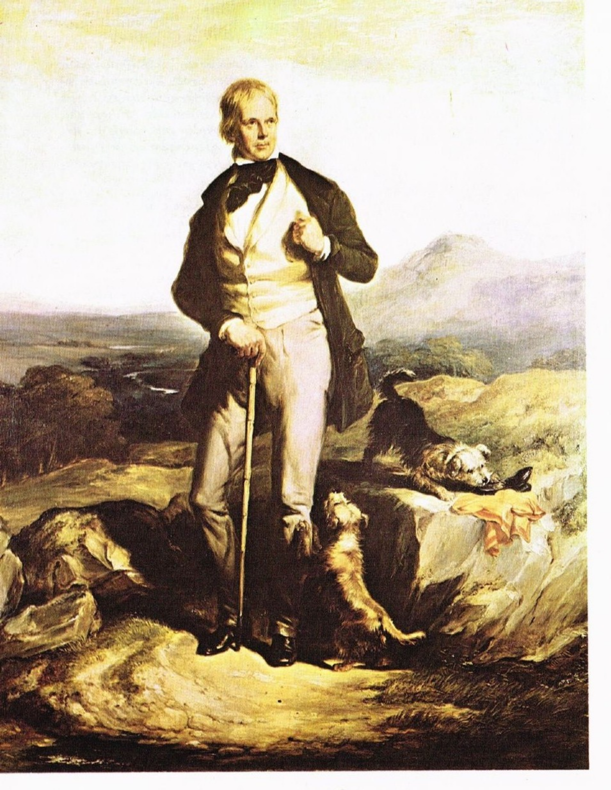


Monumento en Edimburgo a Walter Scott. Este gran escritor escocés, muchas de cuyas obras se leen aún con agrado, es un típico representante del romántico que busca en el pasado temas para su inspiración.

Sobre el suelo empapado de sangre de la Europa posnapoleónica los románticos se agitan alucinados en busca de la flor azul. Algunos la encuentran y, aspirando su perfume, recobran el conocimiento normal y equilibrado. El ejemplo más excelso de esta superación, después de haber pasado por la fragua romántica, es Goethe. Su influencia dura todavía. Goethe, nacido en Francfort a mediados del siglo XVIII, empezó romántico; durante su juventud, estudiando, viajando y escribiendo pasó por el período de *Sturm und Drang* (tempestad y pasión), pero le corrigió un viaje a Italia y la contemplación-estudio de la naturaleza. "Abrazado a su seno, siento que llega sangre nueva." Se rejuveneció con la edad porque se inmortali-

EL POLIVALENTE ROMANTICISMO

ROMANTICISMO	ROMANTICISMO
Orientado a la restauración de los valores tradicionales. Exaltación de lo nacional. Nostalgia de la Edad Media.	Liberal y revolucionario, partiendo de la Enciclopedia. Subjetivismo. Cultura nueva.
WALTER SCOTT	LORD BYRON
RENE DE CHATEAUBRIAND	VICTOR HUGO
ALESSANDRO MANZONI	GIACOMO LEOPARDI
JOSE ZORRILLA	JOSE DE ESPRONCEDA

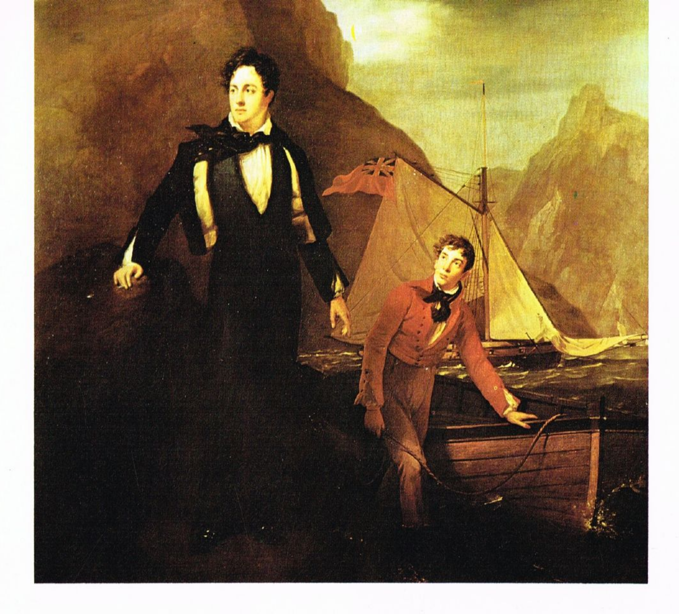


Walter Scott, por W. Allan (Galería Nacional Escocesa, Edimburgo).

zó; no es de esta época ni de su época; quiere ser y es el ciudadano eterno del mundo, el hombre-tipo, contemporáneo de todos los tiempos y ciudadano de todos los países. Sin embargo, esta superación al tiempo y a su patria es todavía algo romántica. Su admiración por Napoleón, y viceversa, parece confirmarlo. Napoleón, al recibir su visita en Erfurt en el año 1808, le saludó diciendo: *"Voilà un homme!"*.

Pero el hombre o el superhombre que pretendía ser Goethe tenía que ser un hombre también actual, esto es, romántico. Murió sin haberse curado completamente del romanticismo, que consideraba una enfermedad. Sus últimas obras, el *Segundo Fausto* y los *Años de viaje de Wilhelm Meister,* están pobladas de personajes románticos. Del *Fausto* ni hay que hablar; la propia Elena sucumbe al hechizo de Fausto, y nace Euforión, que no es otro que lord Byron. Fausto, en la segunda parte del drama, se impone trabajos y reformas como los que proponía Saint-Simon. Mefistófeles y Fausto, con sus diques y terrenos recobrados al mar, presagian a Lesseps y otros sansimonianos. En el *Wilhelm Meister* los personajes forman una asociación o compañía para irse a establecer en sociedad ideal a América, como los discípulos de Fourier, Owens y otros socialistas románticos. La religión de Goethe no es un panteísmo cristiano, como la de Shelley, que con su respeto a la naturaleza se confesaba incapaz de pisar ninguna criatura viviente, aunque fuera un simple insecto; es la religión del Hombre, hecho dios por el conocimiento.

Goethe se interesó por la ciencia semimística de Lavater, que creía descubrir el carácter en la fisonomía. Siente un deseo de lanzarse por los campos de las constelaciones, repetir el viaje que hacen Fausto y Mefistófeles a la región de las Madres –los demiurgos de donde derivan los objetos individuales–. Las Madres están en el éter, en la soledad y el vacío. *"Die Mütter, die Mütter–'s flingt so wunderlich."* Menos remotas están las estrellas que contempla Wilhelm Meister en el observatorio de la astróloga-astrónoma Macaria. La contemplación de los astros en el observatorio hace exclamar a Goethe: "¿Qué soy yo comparado con el Todo? ¿Cómo puedo permanecer delante de El y en medio de El? ¿Qué es el hombre en el centro del infinito?" Aun así, la respuesta no es difícil para Goethe: "Hay un universo dentro de ti", con sus atracciones, sus órbitas, sus constelaciones, y el macrocosmos sugiere en seguida un microcosmos. Goethe reconoce que el alma humana es el centro del universo y el individuo el eje alrededor del cual giran las esferas. El, Goethe, percibe el universo a la vez como algo extraño y como extensión de sí mismo; el espíritu del mundo, *Erdgeist,* conversa con Fausto, ajeno al hombre que lo ha evocado; pero cuando Goethe –que es un Fausto que ya ha bebido el filtro de Spinoza– se halla en lo alto de los montes rodeado de naturaleza, entonces él ya es el *Erdgeist,* siente dentro del pecho la llama que no sólo le anima a él personalmente, sino que anima todas las demás cosas. No es él parte de la naturaleza, sino que la naturaleza es consecuencia y extensión de él: poeta, filósofo, actor y espectador al mismo tiempo. El deliquio, la ambición de Novalis se ha realizado; poesía es realidad. Goethe es la justificación de Fichte, para quien la única realidad eran las ideas. Sólo que para Goethe no hay distinción en-

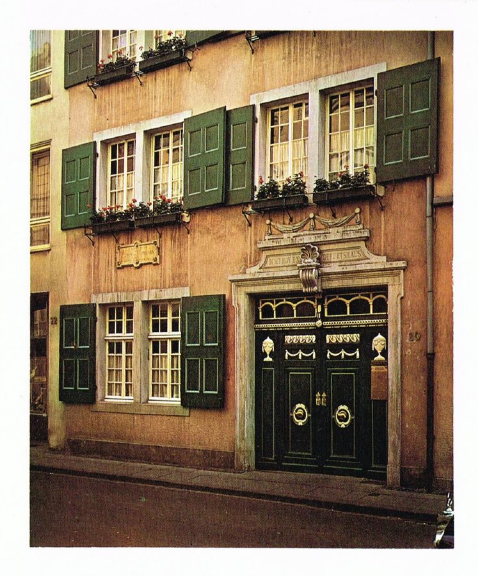


Lord Byron descendiendo de un buque, por G. Saunders (Castillo de Windsor). Lord Byron, poeta romántico en sus versos y en su vida, nos ha dejado en su obra "Childe Harold" una epopeya de la Europa romántica.

Casa en Bonn (Alemania) donde nació Beethoven.

tre lo real y lo ideal: "¿Ideal, ideal? ¡La realidad; he aquí lo ideal!"

Desde otra cumbre romántica, Goethe observa los fenómenos naturales, pero no para descubrir leyes del universo, sino para encontrar confirmación de principios y teorías que ha intuido anticipadamente. No acude a la experimentación para comprobarlos; la poca atención concedida al experimento distingue a los románticos de los estudiosos de la época siguiente, de ciencia positivista. Goethe no puede consentir que la naturaleza, que empleó un hueso intermaxilar para engastar la dentadura de los animales superiores, no lo emplee en el esqueleto humano; *a priori* debe de existir, porque la naturaleza, divinamente sabia, no puede producir aberraciones. Goethe se preocupa de este hueso intermaxilar y lo descubre en el feto. El placer que le proporciona este descubrimiento no tiene límites. Escribe a Herder: "No he descubierto oro ni plata, sino algo más precioso: el *os intermaxillare* en el hombre". Confirma su idea de que bajo una apariencia de multiplicidad la vida reúne los seres en una gran unidad. Así, por este camino de intuición a deducción, Goethe cree descubrir que el cráneo está formado por varias vértebras que se han especializado hasta cambiar



ALGUNOS VALORES FUNDAMENTALES DE LA LITERATURA ROMANTICA

(A, alemán; E, español; F, francés; I, inglés; It, italiano; R, ruso)

1736-1796	James MACPHERSON	(I)	1785-1873	Alessandro MANZONI	(It)
1749-1832	Johann W. GOETHE	(A)	1786-1859	Wilhelm GRIMM	(A)
1757-1827	William Blake	(I)	1787-1862	Francisco Martínez de la Rosa	(E)
1759-1805	Johann Ch. F. SCHILLER	(A)	1788-1824	George Gordon BYRON	(I)
1766-1817	Madame de STAËL	(F)	1790-1869	Alphonse de LAMARTINE	(F)
1766-1822	E. T. A. Hoffmann	(A)	1791-1865	Duque de RIVAS	(E)
1767-1845	August W. von SCHLEGEL	(A)	1792-1822	Percy B. SHELLEY	(I)
1768-1848	René de CHATEAUBRIAND	(F)	1795-1821	John KEATS	(I)
1770-1843	Johann Ch. F. HÖLDERLIN	(A)	1797-1863	Alfred de VIGNY	(F)
1770-1850	William WORDSWORTH	(I)	1798-1837	Giacomo LEOPARDI	(It)
1771-1832	Sir Walter SCOTT	(I)	1799-1837	Alexander PUSCHKIN	(R)
1772-1801	NOVALIS	(A)	1802-1885	Victor HUGO	(F)
1772-1829	Friedrich von Schlegel	(A)	1806-1880	Juan E. Hartzenbusch	(E)
1772-1834	Samuel T. COLERIDGE	(I)	1808-1842	José de Espronceda	(E)
1773-1853	Johann Ludwig Tieck	(A)	1808-1855	Gérard de Nerval	(F)
1775-1817	Jane Austen	(I)	1809-1837	Mariano José de Larra	(E)
1777-1811	Heinrich von KLEIST	(A)	1809-1852	Nicolás GOGOL	(R)
1785-1863	Jakob GRIMM	(A)	1810-1857	Alfred de MUSSET	(F)



Ludwig van Beethoven, por E. J. Hähnel (Galería de Arte Moderno, Dresde). Este músico alemán contribuyó, con Haydn, a elevar el "concerto grosso" a un nuevo tipo de sinfonía y fue de los primeros en expresar sentimientos personales con la música.

de forma y estructura. Llevado por la misma idea de la unidad original de la forma, Goethe concibe las plantas como compuestas en principio sólo de hojas. Algunas hojas, especializándose, se metamorfosearon en pétalos, otras en cotiledones, pistilos; pero el órgano primordial de la *Ur-Pflanze* o preplanta siempre es la hoja. ¿Esto es ciencia o simplemente estímulo para la ciencia? Podemos afirmar que es ciencia, sólo que no es ciencia pura, sino más bien ciencia romántica.

El concepto de la metamorfosis de los elementos constitutivos de un ser vivo –que del animal o planta tipo se transforman para crear la multitud de las especies– se ha interpretado como una anticipación de la teoría de la evolución. No hay tal. Era una idea conforme con el espíritu de la época; analogías que eran puras coincidencias se tomaban como pruebas de unidad e igualdad. Oken, por ejemplo, cree que los organismos todos están formados de órganos vegetales (*pflanzische*: intestinos, venas, glándulas) y animales (*thierische*: huesos, músculos y nervios). Además, Goethe no trató de explicar el mecanismo de la metamorfosis con las ideas de la lucha por la existencia y herencia de caracteres adquiridos que Darwin introdujo en su sistema. Para Goethe, la naturaleza tiene, además de unidad, un sentido de continuidad; el *natura non fecit saltum,* que hoy no parece muy importante ni seguro, era una gran novedad en aquella época. "La naturaleza puede producir todo lo que desea por un proceso de gradual transformación." Lo que es interesante en esta frase de Goethe no es, por cierto, la idea del desarrollo progresivo de los elementos tipos, sino la creencia, la fe



Ilustración de "Das Dreimälderlhaus", opereta con música de Schubert, compositor que creó innumerables "lieder" con letras de los poetas románticos.

Federico Chopin, por Delacroix (Museo del Louvre, París). En el retrato de este músico, Delacroix, pintor romántico enamorado de lo exótico y misterioso, supo representar la realidad del genio atormentado por la enfermedad.

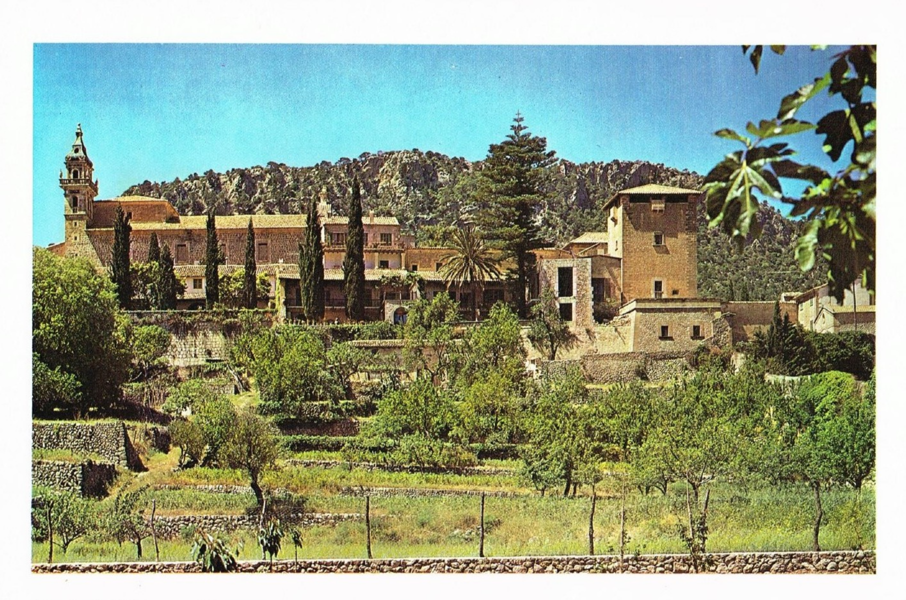
de que la naturaleza obra según el impulso de tranformación con persistencia metódica, sucesiva, casi reflexiva, si se nos permite el adjetivo.

El romanticismo confirma por lo menos que la humanidad consigue sus mayores triunfos por las vías más absurdas. Es posible que Blake tuviera razón al decir que hay que progresar por excesos. Sin la fiebre romántica *(romantische Krankheit)* no se hubieran producido las novelas de Hugo, el *Childe Harold,* el *Fausto* y el *Wilhelm Meister.*

Careceríamos de la música romántica. Esta puede decirse que empieza con Beethoven, seguido de Schubert, Mendelssohn, Schumann, Chopin, Berlioz, Liszt...

Beethoven nació en 1770 en Bonn, cerca de Colonia, de familia pobre y desgraciada. Su padre, bebedor, y su madre, incapaz de transformar al marido, no parecían presagiar aquel genio extraordinario que tanto consuelo y tanto placer había de proporcionar a la humanidad con sus composiciones. Beethoven no tuvo maestro, por lo menos nadie que mereciera el nombre de tal. Depende en cierto modo de Haydn, que poco antes había transformado el llamado *concerto grosso* en el tipo nuevo de la sinfonía. Pero Beethoven lo elevó a una altura que hizo ol-





Cartuja de Valldemosa (Mallorca) en la que el músico Chopin pasó una temporada en compañía de su amante "George Sand".

vidar los derechos que tenía Haydn a su invención. En lugar del indispensable *minuetto,* bailable que por necesidad tenía que ser frívolo, introdujo en la sinfonía el llamado *scherzo.* Así y todo, algunas veces la música de Beethoven, como toda la música romántica, se resiente algo de la sujeción a los tipos preestablecidos de sonata o sinfonía, con sus partes equilibradas de seriedad y gracia, sentimiento y movimientos, impuestas por las conveniencias de la sociedad artificiosa que los pagaba y gustaba. No olvidemos que un compositor, sobre todo de música sinfónica, no puede prescindir de ejecutantes, y éstos presuponen empresarios, directores, *Kappelmeister,* patronos o mecenas y hasta público, y Beethoven escribía para el público aristocrático de Alemania y Austria y en aquel prolongado período que hemos dado en llamar "era de Metternich".

A pesar de los convencionalismos impuestos por sus contemporáneos, Beethoven se elevó a una altura que lo hace, como a Goethe, inmortal y universal. Hay que reconocer que era más fácil lograr esta generalización con un drama como *Fausto* que manteniéndose estrictamente dentro de los principios establecidos por la rutina de los músicos de su época. En *scherzos* y *andantes* casi bailables, Beethoven nos comunica eternas sensaciones; el idealismo infinito estalla a veces en el transcurso del tiempo acompasado, rítmico, de *adagio.* Beethoven hace asomar la tragedia por los intersticios de un tema casi popular; cuando nos creemos sólo balanceados con frases melódicas que parecen de inocente belleza, las interrumpe para sacudirnos con gritos de pasión. El alma romántica se rebela contra todo dogma y autoridad, y la que creíamos domesticada y sociable se quita la máscara y la peluca y reaparece trágicamente humana. ¡Otra vez el *Erdgeist,* otra vez el espíritu, única explicación del macrocosmos y el microcosmos! Beethoven no teorizó su conducta ni su estilo: las pocas frases que nos dejó escritas revelando sus ideas, en cartas o en pensamientos sueltos de libro de memorias, son testimonio de su sinceridad y elevación, pero no pueden emplearse para formular principios de estética, como los de Goethe. Beethoven se parece más a Miguel Ángel; estaba demasiado ocupado en producir su obra para entretenerse en criticarla y criticar las de los demás. Tiene, con todo, frases de admiración para Haendel, Haydn, Bach y Mozart, pero aprecia igualmente la trascendencia de su propia producción.

La música empezó con Beethoven a expresar sentimientos personales, individuales, que acaso sea el único sistema de expresar lo que es general. Antes de la aparición del gran artista la música era como un compuesto de formas, algo geométrico, que podría ser bellísimo, pero que raramente conseguía transmitir lo más íntimo del transido corazón.

Schubert, nacido en 1797, murió sólo un año después de Beethoven, en 1828. Desplegó un gusto exquisito armonizando antiguos *lieder,* o cantos populares alemanes, y creando otros nuevos con letra de baladas de Goethe y otros poetas románticos. Melódico, inspirado, se apartó todavía más que Beethoven de las antiguas tradiciones del contrapunto y la música polifónica. La dirección de Schubert fue seguida por Schumann, tremendamente alemán, y acaso el más estimado de los músicos por los teutones. ¡Cuánta satisfacción de la más alta categoría han llegado a producir los *lieder* de Schumann aun a los que no son de su raza! Tienen, además del genio alemán, lo que todos los hombres tienen de común: la nostalgia romántica por lo desconocido e invisible.

¡Más aún Chopin! Polonés y melancólico, como buen tuberculoso, nos comunica con la música algo que es más que musical: el deseo –el eterno deseo, la canción de lo que es pidiendo lo que no se puede ser–. La música de Chopin a menudo se transforma en diálogo; representa en música lo que los diálogos de Shelley en poesía. Dos almas acongojadas se piden una a otra la explicación de lo que sufren y de lo que gozan, sobre todo por amor. Mendelssohn, nacido en 1809 como Chopin y muerto casi al mismo tiempo, en 1847, reveló la precocidad y aplicación frecuentes en los judíos. Es digno de reputación por obras como su sinfonía del *Sueño de una noche de verano,* pero acaso el mayor agradecimiento de la posteridad para Mendelssohn provendrá de haber descubierto y publicado la mayor parte de las obras de Bach, que yacían olvidadas.

El instrumento preferido por los músicos de la época romántica es el piano, que acababa de perfeccionar Sebastien Erard. Beethoven fue el primero que escribió para piano solo; Chopin ya no escribió más que para piano, y Liszt desarrolló la técnica de pianista hasta hacer un arte de la simple ejecución. Puede decirse que son todavía músicos románticos Wagner y Brahms, que por

Lectura por Zorrilla de una de sus obras en el taller de Esquivel (Museo de Arte Moderno, Madrid). El más musical de los poetas románticos españoles aparece aquí rodeado de los literatos coetáneos, por lo que este cuadro se llama también "Los poetas contemporáneos".



EL CLASICISMO DE GOETHE Y SCHILLER
(datos de G. LUKACS)

La división capitalista del trabajo rompe la acción recíproca inmediata de las evoluciones del capitalismo y del arte y destruye así la influencia productiva de las exigencias del público, de las condiciones generales de la capacidad de recepción, de la preparación social de la materia poética, de la determinación social de los géneros.

← Tendencia al oscurecimiento general de los problemas de la forma literaria y oscilación del arte entre un realismo empírico servil y un idealismo fantástico y amanerado.

→ ROMANTICISMO

Goethe y Schiller buscan la solución de estas dificultades en el estudio de las leyes formales del arte antiguo como leyes del arte en general.

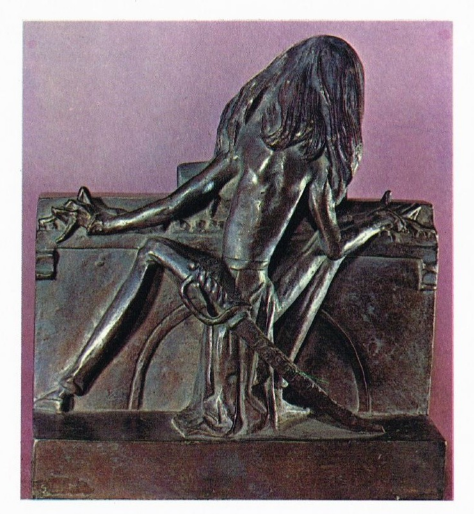
Pero la búsqueda de la forma no es sólo esto, porque el concepto de forma con el que trabajan Goethe y Schiller va estrechamente ligado a los problemas decisivos del contenido.

Goethe y Schiller aprenden de los griegos primordialmente no sólo peculiaridades formales especiales (frecuente adquisición de los clásicos franceses del XVIII), sino la ley artística fundamental:

- Que toda obra de arte ha de expresar de manera clara y necesaria las determinaciones esenciales de su objeto.
- Que el arte no ha de perderse en detalles que no tienen relación con estas determinaciones esenciales.
- Que han de expresarse estas determinaciones totalmente y en su exacta relación.
- Que toda falta de claridad, toda arbitrariedad subjetiva en la expresión de estas determinaciones, son fatales para el arte.

El carácter específico de los diferentes géneros se deduce de estas leyes fundamentales.

Liszt, por Dantan (Museo Carnavalet, París). El afán de Liszt por el virtuosismo en el piano le llevó a conseguir una agilidad que fue, y continúa siendo por la dificultad de sus partituras, admiración de los amantes de la música.



su influencia en las postrimerías del siglo tendremos que incluir en otro capítulo. En realidad, puede decirse que la música se ha mantenido romántica hasta principios del siglo actual.

El romanticismo en las artes plásticas no tuvo las consecuencias que resultaron de su acción en poesía y en música. En arquitectura se produjo un renacimiento del estilo gótico, que tuvo por principal paladín al francés Viollet-le-Duc, quien proclamaba su carácter racional, fundado esencialmente en necesidades constructivas, y hallaba su belleza, que en literatura habían ensalzado Chateaubriand y Victor Hugo, en la lógica adaptación de las formas de los empujes y resistencias del edificio. Pero en la práctica sus resultados sólo en raras ocasiones eran acertados y nunca o casi nunca originales y bellos. Asombra la poca capacidad de creación de los arquitectos románticos. Lo mismo podríamos decir de la escultura.

En pintura se hicieron intentos afortunados de desembarazarse de las fórmulas y convencionalismos académicos. Por de pronto, los pintores se apropiaron de los mismos asuntos nuevos que descubrían los poetas.



Representación actual de "Don Juan Tenorio", de Zorrilla, obra en que se dan todos los requisitos del drama romántico (duelos, aparecidos, escena del cementerio, etc.).

Ya no pintaron más héroes clásicos, ninfas y dioses olímpicos, sino personajes de Shakespeare, de Dante y de las leyendas épicas. Se multiplicaron las odaliscas, árabes del desierto, naufragios, matanzas, duelos, cruzados, castillos y ruinas. Todo esto, naturalmente, no era más que excusa para manifestar el sentimiento; los cuadros de esta época rebosan de intención y a menudo tratan de ser perversos. Pero no llegan a manifestar con formas y color los excesos de pasión que declaran la poesía y la música románticas. En realidad, los pintores románticos no encontraron la manera de expresarse románticamente. Sólo Delacroix, el jefe de la escuela francesa de pintura en esta época, consigue a veces con entonaciones de fuego, iris y esmalte transportarnos a una región donde el color también es irreal y fantástico. Su *Sardanápalo,* del Louvre, es un tapiz de matices extraordinarios y raros. Pero a menudo enoja la teatralidad de las composiciones, y los románticos, más en pintura que en literatura, se separan del universo real sin tener a donde ir; refutan lo práctico y presente para proponer lo vacío y lo absurdo. Hay momentos en que el observador imparcial de una edad ya lejana de la romántica, como es la presente, se siente con derecho a ser hortera y filisteo.

Así, mientras en musica vivimos todavía de la época romántica –la mitad de los programas de nuestros conciertos se componen de piezas de Beethoven, Haydn, Schumann, Schubert y Chopin–, en pintura el romanticismo ha sido remplazado sucesivamente por el naturalismo, el impresionismo y las más recientes tendencias abstractas, que, como reacción a las anteriores, han alcanzado una inesperada fortuna. Sin embargo, el desdén y el disgusto con que se discutió el romanticismo a la caída del Segundo Imperio napoleónico no está justificado, pues no puede negarse la valía de las pinturas de Delacroix, Géricault, etc., ni de las mejores obras literarias románticas. En algunos países, como España y Polonia, lo único que cuenta del siglo XIX son las pocas novelas que no se mantienen dentro de los preceptos clásicos. Espronceda en España es lo más inspirado que se encuentra en poesía.

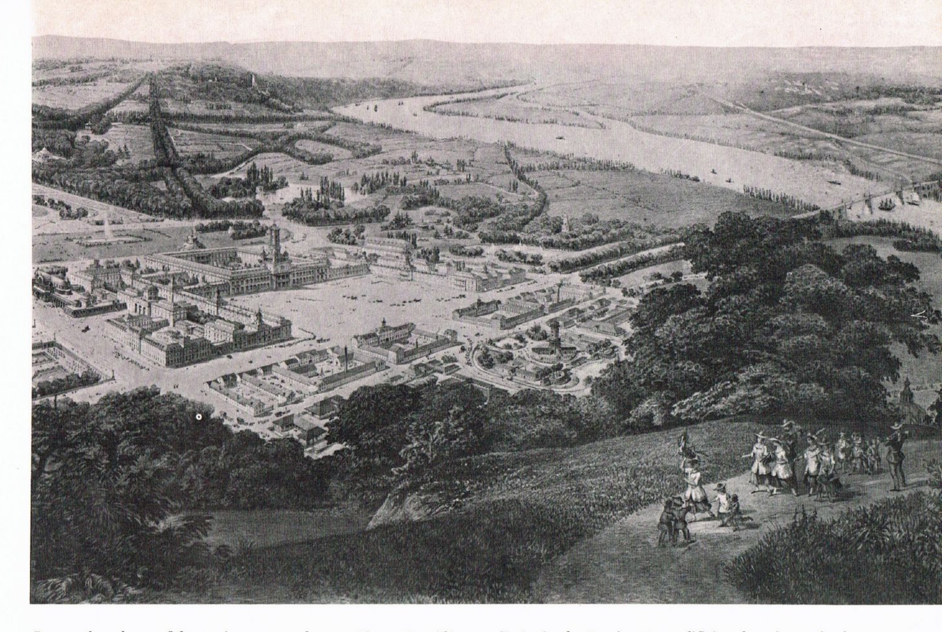
Hay que considerar además que el romanticismo es un fenómeno universal, casi inevitable en el proceso histórico de todas las culturas. Hay un momento en que no se puede continuar pensando razonablemente y el artista, sea pintor, poeta o músico, se desentiende de lo que ha servido de norma para una escuela. Entonces todos los ramos de actividad del espíritu se contagian de esta que hemos denominado al empezar enfermedad estética. La historia de mediados del siglo XIX está contaminada de romanticismo. ¿Qué sería la historia moderna sin el precedente de Renan y Thierry, Michelet y hasta Lamartine?

BIBLIOGRAFIA

Allison Peers, E.	*Historia del movimiento romántico español,* Madrid, 1954 (2 vols.)
Béguin, A.	*El alma romántica y el sueño,* México, 1954.
Bowra, C. M.	*The romantic imagination,* Londres, 1950.
Brion, M.	*L'art romantique,* París, 1963.
Clark, K. M.	*The gothic revival. An essay in the history of taste,* Londres, 1950.
De Keyser, E.	*L'Occident romantique, 1789-1850,* Ginebra, 1965.
Díaz-Plaja, G.	*Introducción al estudio del Romanticismo español,* Madrid, 1942.
Einstein, A.	*La musique romantique,* París, 1959.
Farinelli, A.	*Il Romanticismo nel mondo latino,* Turín, 1927.
García Mercadal, J.	*Historia del romanticismo en España,* Madrid, 1943.
Jensen, Ch.	*L'évolution du Romantisme,* Ginebra, 1959.
Locker, M.	*Les romantiques: Allemagne, Angleterre, France,* París, 1964.
Van Tieghem, P.	*Le Préromantisme,* París, 1924-1930 (2 vols.). *La era romántica. El Romanticismo en la literatura europea,* México, 1958.



Casa en que vivió Espronceda (al fondo) en la calle de Cisneros, de Almería. José Leonardo de Espronceda representa en España el espíritu rebelde del romanticismo, a lo Lord Byron, con toda la exageración y genialidad que ello implica.



Perspectiva de un falansterio proyectado por Victor Considérant, discípulo de Fourier. Los edificios de primer término se dedicaban a deportes y escuelas.

El socialismo romántico

La Revolución francesa había destruido el antiguo régimen basado en los privilegios de la nobleza y el clero, consiguiendo como resultado transferirlos a la burguesía. Los obreros de la ciudad y el campo quedaron en la misma condición deplorable de antes de la Revolución. Acaso era inevitable esta aparente injusticia, pero la Revolución no consiguió el bienestar de todos los ciudadanos, que era el ideal. Desde un principio se sospechó que se imponía igualdad de bienes, pero la Revolución no insistió más que en la igualdad de derechos. El girondino Brissot, en sus *Recherches*, dice: "La necesidad es lo único que puede justificar la propiedad. En consecuencia, no es lícito poseer más de lo que se necesita. La medida de nuestras necesidades debe ser la de nuestras fortunas, y si cuarenta escudos bastan para mantenernos, poseer ciento veinte equivale a un robo".

¡Qué palabras para un republicano de derecha que mereció ser guillotinado por tibio y sospechoso de preparar la restauración! No podía legislarse, sin embargo, con tan vagos principios; ¿quién era capaz de decir si cuarenta o ciento veinte son necesarios y si cada uno necesita la misma cantidad?

Saint-Just, lugarteniente de Robespierre, se expresa en términos análogos a Brissot en sus *Informes a la Convención:* "Los holgazanes son los últimos sostenes de la monarquía: el trabajo ha de ser obligatorio, la ins-



Babeuf, el precursor, por David d'Angers (Museo Carnavalet, París). Babeuf fue, en la época de la Revolución francesa, precursor de muchísimas ideas, aunque más bien de tipo comunista que socialista, que hoy ya se han llevado a la práctica. Su anticipación le costó la cabeza.

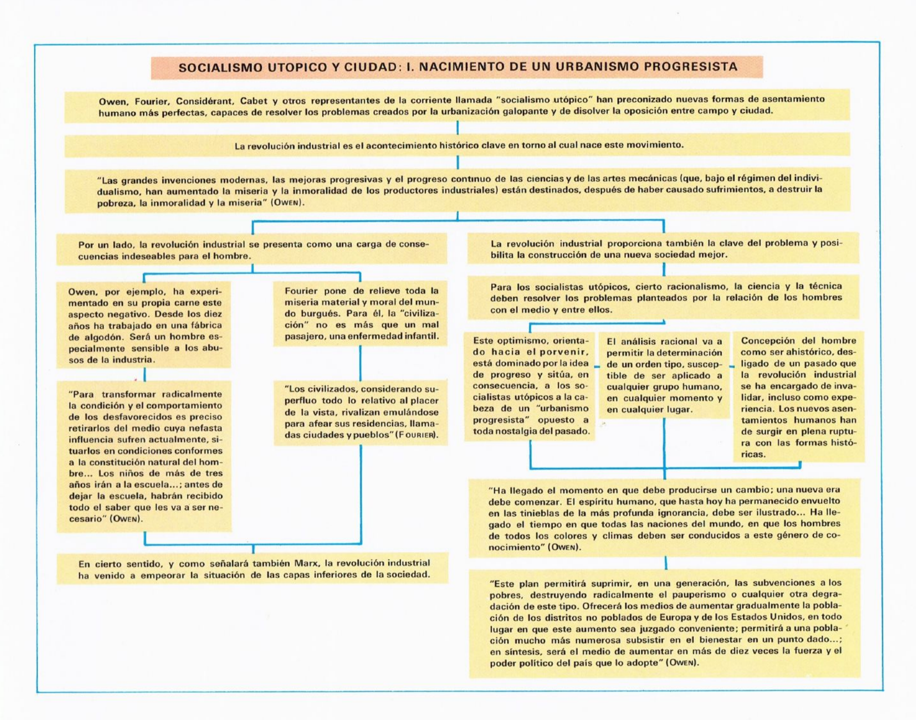
trucción gratuita e igual para todos". "Las tierras confiscadas a los aristócratas deben servir para dotar a los pobres." "Hasta que no quitéis las tierras a los malvados para darlas a los desgraciados no diré que habéis hecho una revolución." Saint-Just no concreta si los malvados son los que poseen una hectárea o los dueños de toda una provincia, pero llega a proponer el amor libre y que la nación eduque a la infancia. Demanda un tratamiento "espartano" para los muchachos: hasta los dieciséis años no podrán comer carne y dormirán ocho horas sobre esteras. Pero, en el fondo, tanto Brissot como Saint-Just deseaban conceder a obreros y campesinos parcelas de tierra para crear una clase de pequeños propietarios interesados en sostener la República. "No puede tener cultura –dice Brissot– quien no es propietario, y sin propiedad no hay patria." Según Saint-Just, la felicidad ha de consistir en poseer un arado, una cabaña y un campo cultivado con nuestras manos para gozar en paz de los frutos de la tierra y de las costumbres republicanas.

El artículo primero de la *Declaración de los derechos del hombre* precisa que el gobierno está instituido para garantizar los derechos naturales e imprescriptibles. Éstos son: "derecho a la igualdad, libertad, seguridad y propiedad". Hasta aquí llegó la Revolución francesa: una serie de declaraciones de principios, algunos sostenidos filosóficamente, otros discutidos y aprobados por la Convención. Pero obsérvese que no se trató nunca de legislar sistematizando la sociedad según un régimen más avanzado que el de una república "clásica"... Los miembros de la Convención se sentían republicanos como Platón y tiranicidas como Bruto. Hasta Marat en diversas ocasiones defendió la propiedad individual y abominó de los teorizantes de *"légalité parfaite qui ont enthousiasmé la multitude aveugle, toujours menée par des mots"* (*Ami du Peuple*, de 1791).

Los tiempos no estaban maduros para mayor cambio social que el de la monarquía a la república burguesa. Con todo, algunos advirtieron que no valía la pena derribar el régimen de aristocracia y clero para entronizar la burguesía. Los descontentos, organizados por Babeuf, prepararon la conspiración de 1796, primer intento de revolución comunista. Los complicados eran 17.000 y habia entre ellos militares de categoría, estudiantes y funcionarios, además de obreros. La proclama que los conspiradores pretendían distribuir al pueblo el día del pronunciamiento es de estilo mucho más categórico que las declaraciones de los filósofos teorizantes de que abominaba Marat. He aquí algunos párrafos del *Manifiesto de los Iguales*, título de las proclamas de Babeuf y compañeros: "...Los hombres son iguales nos decís, y desde tiempo inmemorial la más monstruosa desigualdad pesa insolentemente sobre el género humano...". "Ahora la obtendremos: la igualdad o la muerte... La Revolución francesa no es más que un anticipo de otra que vendrá, más grande, más solemne, la lucha final..." "Queremos más que la igualdad ante la ley..." "Más que la igualdad concedida en la *Declaración de derechos del hombre*... Consentimos en perderlo todo para obtenerla; no nos importa que perezcan todas las artes, si conseguimos la verdadera igualdad."

La frase "perezcan todas las artes" sirvió principalmente para acusar a Babeuf de vandalismo. ¡La igualdad o la muerte! Babeuf fue delatado pocos días antes del alzamiento y guillotinado por la simple intención de reformar el estado. Las ideas que expone en las proclamas y sostuvo en el proceso le valieron la muerte con tres más de los suyos.

El complot de Babeuf no tuvo consecuencias inmediatas, pero ahora comprendemos su importancia. El socialismo ha sido lento en reconocerlo, porque Babeuf, más que un estado socialista, proponía un régimen comunista. Estos nombres eran desconocidos entonces, pero no cabe error en la interpretación de las doctrinas de Babeuf. El *Manifiesto de los Iguales* iba seguido de declaraciones de principios como éstos: "La



naturaleza impone a cada uno la obligación de trabajar. Nadie puede sustraerse al trabajo sin cometer un crimen. La Revolución no está terminada, porque los ricos absorben los beneficios y los pobres trabajan como esclavos. La República establecerá una propiedad comunal con los bienes de los enemigos de la Revolución, los confiscados a los criminales y, sobre todo, los que vaya adquiriendo a la muerte de los actuales propietarios..." (porque Babeuf y sus amigos no aceptaban la sucesión por herencia). "Los bienes comunales serán explotados por todos los *miembros de la comunidad,* exceptuando los viejos y los enfermos..." La comunidad nacional, en cambio, asegura alojamiento sano, cómodo y amueblado decentemente, vestidos de hilo y lana para el trabajo, alimentos y asistencia médica. Recordemos que esto era en 1790. Babeuf fue ciertamente un precursor de muchas ideas que hoy se practican.

Por muy románticas, impracticables y vagas que parezcan las ideas de los filósofos de la Revolución, y aun de Babeuf, no tomaron nunca el carácter estrafalario de los sistemas sectarios que se propusieron después. Sin embargo, los proyectos de Saint-Simon y Fourier y otros reformadores de principios del siglo XIX predispusieron las inteligencias a la comprensión de formas más modernas. ¡Por cuán extraños caminos ha de avanzar el tropel humano!

Saint-Simon era sobrino-nieto del famoso duque que escribió las Memorias de la corte de Luis XIV, y cuya familia creía descender de Carlomagno. D'Alembert, el director de la *Enciclopedia,* fue su preceptor. Así no es extraño que a los diecisiete años el joven Saint-Simon ordenara a su criado que le despertara cada día con estas palabras: "¡Levantaos, señor, que tenéis grandes cosas que hacer!". A los diecinueve años enviaba



Saint-Simon (Biblioteca Nacional, París), fundador del socialismo romántico en Francia, idealismo que bajo sus discípulos llegó a una especie de misticismo social.

una Memoria al virrey de México proponiéndole el corte del istmo de Panamá. Combatió con Lafayette en América, y Washington lo nombró coronel en el campo de batalla. A los veinticinco años ofrecíase al gobierno español para construir un canal navegable hasta Madrid... Cuando la Revolución, en vez de concurrir a las asambleas políticas, especuló con tierras desamortizadas al clero y la nobleza, ganando cuantiosa fortuna. Pensaba emplearla en establecer una escuela politécnica modelo, pero se casó y empleó el dinero en fiestas y recepciones. Sobre todo invitaba a los hombres de ciencia, pues, como dice para justificarse, "quería estudiar a los sabios. No basta conocer el estado actual del conocimiento, hay que apreciar los efectos de la ciencia en los que a ella se dedican; es necesario indagar qué cambios produce el trabajo intelectual en sus pasiones, en su ánimo y en su moral".

Este estudio de la sociedad y de los sabios, que duró sólo doce meses, arruinó completamente a Saint-Simon. En 1808 vivía de un sueldo anual de mil francos como empleado en el Monte de Piedad de París. Un día pudo escribir, sin avergonzarse de sus prodigalidades: "Hace dos semanas que no como más que pan, trabajo sin calefacción y he vendido hasta mis ropas para procurarme ejemplares de mis escritos, que reparto gratuitamente". Uno que visitó a Saint-Simon en esta época describe su cuarto en completo desorden: "No había una silla o sillón que no estuviese lleno de las cosas más extrañas: libros, papeles, pan seco, ropa sucia y botellas. Pero su conversación volvía siempre a lo mismo: la reforma del estado y nuevas teorías de gobierno".

Doce años de miseria y humillación acabaron con el optimismo de Saint-Simon. En el año 1820 trató de suicidarse, pero la bala sólo le dejó tuerto y desfigurado. Cinco años después murió rodeado de unos cuantos discípulos. Sus últimas palabras fueron: "Quisiera resumir mi vida en un deseo de asegurar a todos los hombres el libre desenvolvimiento de sus facultades".

Los escritos de Saint-Simon, llenos de relámpagos de genio, carecen del espíritu científico de organización que predicaba para el estado. Sus discípulos cargaron con la tarea peligrosísima de interpretarlos. Hubo gran variedad de aplicaciones. Así, mientras Auguste Comte, tomando a la letra la recomendación de Saint-Simon de "organizar la ciencia sobre bases positivas de experiencia", fundó el positivismo filosófico, y Augustin Thierry creó la escuela de Historia documentada, recordando el consejo de Saint-Simon de "basar todos los raciocinios sobre hechos observados y discutidos", otros discípulos de Saint-Simon cayeron en un delirio de misticismo socialista.

Pero es indudable que, según Saint-Simon, la política debe convertirse en una "ciencia de observación, empleando los mismos métodos y los mismos sistemas que se emplean hoy en las otras ciencias". Para Saint-Simon, la psicología es la primera ciencia auxiliar de la política. Sin embargo, la psicología toma para Saint-Simon un valor nuevo: la humanidad es un ser colectivo; psicología es, por lo tanto, la ciencia del alma de la humanidad. Saint-Simon cree que se podrán descubrir leyes que hagan de esta psicología colectiva una ciencia exacta como la astronomía. Admira a Newton sobre todos sus predecesores, pero cree que su descubrimiento quedó incompleto, porque no comprendió que había una fuerza regu-

BABEUF, TEORICO DE LA IGUALDAD

"La igualdad de hecho no es una quimera. Se ensayó la práctica, felizmente, por el tribuno Licurgo. Es de sobra conocido cómo llegó a instituir este admirable sistema, en que las ventajas y desventajas de la sociedad se repartían por igual; todos tenían derecho a disfrutar de lo suficiente y nadie podía disponer de lo superfluo. Todos los moralistas de buena fe reconocen este gran principio y procuran consagrarlo."

"Ya es hora de que el pueblo, humillado, asesinado, testimonie del modo mejor, más solemne y más general cuál es su voluntad, para que no sean sólo las señales accesorias de la miseria, sino la realidad, la propia miseria, la que quede destruida de una vez para siempre. Que el pueblo proclame su manifiesto. Que defina la democracia tal y como entiende que debe ser, como es, según los principios puros. Que demuestre que la democracia consiste en la obligación de satisfacer, por quienes poseen demasiado, lo que falta a quienes nada tienen. Que el déficit, en la fortuna de estos últimos, tiene su solo origen en el robo de los primeros. Robo legítimo si se quiere, porque es un robo, protegido por las leyes, de unos cuantos desaprensivos complacientes que durante el último régimen, lo mismo que durante los anteriores, han autorizado todos los latrocinios."

"Proclamaremos, protegidos por nuestras cien mil lanzas y nuestros cañones, el primero y verdadero código de la naturaleza, que nunca, por los siglos de los siglos, habrá de ser derogado. Explicaremos claramente qué es eso del bienestar común, fin de la sociedad. Demostraremos que no ha habido razón para que la situación de cada uno empeore, al pasar del estado natural al estado social... Probaremos que todo cuanto un individuo acapare, más de lo necesario para alimentarse, es un robo social... Probaremos que el derecho familiar de la herencia es un crimen semejante; que tal derecho aísla a cada uno de los miembros de la asociación y hace de cada patrimonio una pequeña república que no puede sino conspirar contra la grande y consagrar la desigualdad... Que la superioridad de talentos y habilidades no es sino una quimera y un argumento especioso que ha sido utilizado de continuo por los conspiradores contra la igualdad... Que hay absurdidad e injusticia en la pretensión de una mayor recompensa para aquel cuyo trabajo exige un mayor grado de inteligencia, mayor estudio y mayor tensión de espíritu: que nada de esto atañe a la capacidad de su estómago. Que no hay razón alguna para pretender una recompensa que sobrepase la satisfacción de las necesidades individuales. Que el valor de la inteligencia es algo que depende de la opinión y aún está por averiguar si el solo valor de la fuerza natural y física no merece la misma opinión. Que son los inteligentes los que han otorgado precio tan alto a lo que sus cerebros conciben, y que si los fuertes hubieran contribuido a ordenar las cosas, de seguro habrían establecido que el mérito de los brazos vale tanto como el de la cabeza... Que así se ha destruido, cambiándolo de arriba abajo, el equilibrio del bienestar. Está demostrada hasta la saciedad nuestra gran máxima: no se puede llegar a tener demasiado sino haciendo que otros no tengan lo suficiente."

"Que los productos de la industria y la invención deben también ser propiedad de todos, patrimonio de la asociación entera desde el instante en que inventores y trabajadores los han producido... Que siendo los conocimientos adquiridos del dominio de todos, deben también repartirse entre todos... Que la educación es una monstruosidad cuando no se reparte por igual, cuando es patrimonio exclusivo de una parte de la asociación, pues se convierte, en manos de una porción seleccionada, en un conjunto de instrumentos y arsenal de armas de toda clase, con la ayuda de las cuales esta porción privilegiada combate a la otra que se encuentra desarmada."

"Que es necesario también llegar a encadenar la fortuna; hacer a cada uno de los coasociados independientes del azar y de las circunstancias felices o desdichadas; hay que asegurar lo suficiente a cada uno y a su descendencia, por numerosa que sea, pero nada más que lo suficiente... Que el único medio de lograrlo es establecer la administración común. Abolir la propiedad particular."

"Que esta clase de gobierno hará que desaparezcan los límites, los muros, las puertas cerradas, las disputas, los pleitos, los robos, los asesinatos, los crímenes todos; desaparecerán los tribunales, las prisiones, las horcas, las condenas, las penas que originan todas estas calamidades; asimismo la envidia, los celos, la ambición insaciable, el orgullo, los engaños, la doblez; en resumen, todos los vicios imaginables."

"Avancemos abiertamente hacia la igualdad. Ya vemos el fin social, ya vemos la felicidad común. ¡Pérfidos o ignorantes! Gritáis que es necesario evitar la guerra civil. Que no hace falta lanzar entre el pueblo la semilla de la discordia. ¿Qué peor guerra civil hay que ésta, que pone a todos los asesinos de una parte y a todas las víctimas de otra? ¿Llamáis criminal a quien pretende que las víctimas se armen contra los asesinos?... Todas nuestras desgracias han llegado a su límite; ya no pueden ir a peor. Sólo se pueden remediar por un trastorno total... Que todo vuelva al caos para que del caos nazca un mundo nuevo, más puro."

C. P.

ladora de la sociedad como la de atracción en la materia bruta. Su estudio forma la "ciencia de la producción", la que hoy llamamos economía política. A todos los productores, tanto los del campo como los de las fábricas, los califica de "industriales".

Se comprende que un positivista como Saint-Simon –positivista por lo menos en algunos de sus escritos– no puede contentarse con el dogma de la libertad limitada. "Si la idea vaga y metafísica de libertad, tal como prevalece hoy día –dice Saint-Simon en 1821–, se tomara como base de un régimen político, dificultaría la organización del gobierno con sus partes fuertemente unidas y dependientes unas de otras." Por lo que toca a la igualdad, Saint-Simon ni se entretiene en discutirla. En su proyecto de sociedad organizada hay una jerarquía y, sin darse cuenta de ello, Saint-Simon acabaría por aceptar un emperador del universo, como Dante aceptaba el de las naciones de la tierra. Saint-Simon dedicó a Napoleón su *Tratado de la gravitación universal* –léase gravitación social–. Como el conquistador de Europa no le prestó la menor atención, Saint-Simon creyó más factible que le escucharan los Borbones después de la restauración. El tipo de monarca ideal para Saint-Simon es Carlomagno, aunque casi preferiría un buen hombre coronado como Luis XVI mientras tuviera a su lado un moderno Descartes. El Descartes moderno sería, naturalmente, Saint-Simon.

A la muerte de Saint-Simon, sus discí-



Litografía que representa la inauguración de las obras para el templo-falansterio de Ménilmontant, cerca de París, en 1832. Este grabado iba como frontispicio del cántico compuesto para aquella ocasión por el músico Félicien David.

pulos convirtieron lo que hubiera debido ser una escuela de tecnología y estadística en una nueva Iglesia. Lo que en tiempo de Saint-Simon no pasó de ser romanticismo político y científico, después de su muerte se convirtió en misticismo, llegándose a considerar las ideas del maestro como una nueva revelación. Los sansimonianos disponían de recursos. Aquella mezcolanza humanitaria que exponían como nueva religión halagaba a gentes medianamente cultas y a algunas con dinero. Publicaron periódicos diarios excelentemente informados: *El Productor, El Organizador* y *El Globo,* con la finalidad de propagar la doctrina. Sólo fueron perseguidos cuando, probablemente quejosos de su escaso progreso como reformadores, se lanzaron a vivir en comunidad religiosa. Una casa con jardines en Ménilmoltant, cerca de París, fue el nuevo Port-Royal sansimoniano. Aunque los más fervientes eran castísimos ascetas, predicaban la liberación de la mujer, entonces todavía sujeta legalmente al marido. Esto les trajo dificultades con la policía. En agosto del año 1832 los directores, que ya se llamaban sacerdotes, del grupo de Ménilmoltant sufrieron un año de prisión, más por su conducta extravagante que por escándalos inmorales y por sus ideas políticas.

Convencidos los sansimonianos de que Francia no era tierra a propósito para aplicar sus doctrinas, un grupo numeroso se trasladó a Oriente, "país del sol y de la voluptuosidad". Entre los fugitivos estaba Ferdinand de Lesseps, que realizó después la obra del canal de Suez, y, ¡rara casualidad!, en el buque que condujo a los sansimonianos iba

LES MOINES DE MÉNILMONTANT

ou

LES CAPACITÉS SAINT-SIMONIENNES.

Grabado que muestra a los sansimonianos que se habían reunido en el templo-falansterio de Ménilmontant, con el uniforme que se habían dado y los trabajos a que se dedicaban (Biblioteca del Arsenal, París).

el propio Garibaldi. Más tarde, en plena actividad revolucionaria, Garibaldi solía decir que al principio amó sólo a su patria, pero que el contacto con los sansimonianos le había impulsado a amar a toda la humanidad. Así, los desplantes de Saint-Simon, en su cuarto lleno de papeles y de trastos viejos, no habían sido enteramente inútiles.

El segundo gran socialista del siglo –que hoy llamaríamos simplemente sociólogo–, Charles Fourier, coincidió en muchos puntos con Saint-Simon. No llegaron a conocerse, y es casi seguro que Saint-Simon murió sin haber leído una sola página de Fourier. En cambio, Fourier leyó los escritos de Saint-Simon y hasta es posible que llegara a aprovecharlos. Sólo los menciona, sin embargo, para criticarlos duramente. Considera a Saint-Simon como un economista, un "abogado". Debía de parecerle demasiado científico. Saint-Simon comenzó tarde a preocuparse por las injusticias sociales causantes de la miseria que apenaba a Fourier y creía que una nueva "economía dirigida" –como decimos hoy– acabaría con todos los males del proletariado... Fourier quería estimular con ensayos societarios el nuevo régimen. Saint-Simon guardó, hasta en su extrema pobreza, un temperamento de aristócrata; Fourier, en cambio, fue toda su vida el pequeño negociante, el *sergent de boutique*, como se llamaba a sí mismo. Con irritación de hortera emancipado, no pudo disimular el disgusto que le producían su origen burgués y su educación improvisada. Sus enemigos se aprovecharon de esta circunstancia para explicar de forma



Barthélemy-Prosper Enfantin, llamado "Le Père" (Biblioteca del Arsenal, París). Fue uno de los primeros seguidores de Saint-Simon y se proclamó "elegido del Señor" y "ley viva", al paso que denostaba la "tiranía del matrimonio".



Representación de una fiesta sansimoniana, en la que puede apreciarse una alegoría de la República brindando con "Le Père" (Biblioteca Nacional, París).

simplista su mal genio; llaman a Fourier *épicier mécontent* (bodeguero descontento).

Fourier nació de familia burguesa en el año 1772 y murió soltero y burgués el 1837. Por las fechas tenía que ser, como Saint-Simon, uno de estos "productos intelectuales de la Revolución", que Musset llama "hijos del siglo". "Llevaba en el corazón dos heridas: todo lo que existía en su juventud estaba destruido; nada de lo que deseaba que existiera se había realizado." Pero Fourier, mucho más impaciente que Saint-Simon, no podía esperar que la ciencia cicatrizase la primera herida sin acaso curar la segunda. Porque, más aún que Saint-Simon, Fourier creía haber descubierto el remedio universal que produciría la felicidad de toda la raza humana a corto plazo. Podrá llamársele loco o exaltado, pero no impostor ni falso profeta.

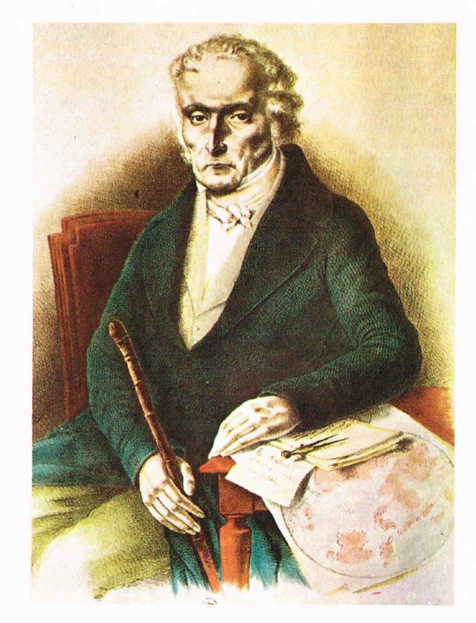
"Yo –dice Fourier– solo, sin ayuda de nadie, he confundido a veinte siglos de imbecilidad política. A mí únicamente deberán su bienestar sin límites la presente generación y las futuras. Antes de mí, la humanidad perdió miles y miles de años luchando locamente contra la naturaleza. Yo soy el primero que me he inclinado a estudiarla y he descubierto el método que requiere para el progreso. Ella se ha dignado sonreír al único mortal que ha penetrado en su santuario, y me ha entregado sus tesoros. Poseedor del libro del destino, yo vengo a disipar la oscuridad política y moral que nos envuelve, y sobre las ruinas de las ciencias imperfectas, erigir la teoría de la Armonía Universal, levantando un monumento de gloria imperecedera" *(Théorie des Quatre Mouvements*, Epílogo).

Estos hinchados párrafos reflejan el espíritu de la época, pero en Fourier denotan sincero convencimiento. Fourier propone como panacea la Armonía Universal, que otras veces llama Atracción o Pasión. Es la fuerza santa que lleva a cada ser humano a actuar de concierto con los demás para el bien común. Según Fourier, las pasiones que nos empujan para gozar nos obligan

también a trabajar. Un niño desea dulces porque le convienen para su crecimiento; juega con otros pequeños a hacer canales y pantanos con agua de los charcos, lo que ya es trabajo. Así son también los mayores: nadie preferiría la inacción al trabajo si se le ofreciera como un medio de emplear sus pasiones. En lugar de reprimirlas hay que encauzarlas: ellas son otra manifestación de la atracción universal. ¡Otra vez Newton! Fourier cree que éste es el plan de Dios o la ley de la naturaleza; los hombres lo han olvidado en sus luchas y competencias políticas. Por medio de grupos o falanges de seres humanos asociados para el trabajo común, Fourier espera conseguir el máximo rendimiento, mejor dicho, la totalidad de los resultados.

La humanidad ha pasado por varias etapas en su evolución dolorosa: 1. Primitiva o paradisíaca. 2. Salvaje, sin dirección ni gobierno. 3. Patriarcado, con pequeñas industrias. 4. Barbarie, con industrias ya desarrolladas. 5. Civilización, con grande industria (que es la etapa de su tiempo). 6. Garantizada, con seguridad de trabajo y salud (tomando en serio la clasificación de Fourier, diríase que es la etapa actual, con los seguros patronales y los sindicatos obreros...). 7. Sociantismo, o asociación perfeccionada para el trabajo (acaso el socialismo de estado que se entrevé para el futuro). 8. Perfecta armonía del hombre con el hombre y de la humanidad con la naturaleza. (Este es el régimen que debe producir el "bienestar sin límites, que Fourier ha descubierto en el Santuario de la Madre Naturaleza, que está escrito en el Libro del Destino", etc.) ¡Pobre Fourier! No se pueden transcribir estos párrafos suyos sin dolorosa angustia. Están dichos con tanta fe, que se comprende que debían hacer inmensamente desgraciado a aquel que en el "desierto de la civilización" entreveía en espejismo el Reino de la Armonía. Porque, a pesar de toda la simpatía que siempre merecen los profetas, ya que nos empujan con sus visiones –¡de ellos será el reino de los cielos!–, lo positivo es que Fourier parece estar enajenado al esperar que del empuje natural de las pasiones humanas pueda resultar concierto y armonía. No se percibe que la envidia, la ambición, el odio son pasiones tan naturales como el amor y la simpatía, el placer de cooperación y el goce de la obra realizada. Los niños no sólo juegan a construir, muy a menudo destruyen; al salir de la escuela encuentran más placer en pelear a pedradas que en levantar castillos con guijarros. Así le criticaban a Fourier sus contemporáneos; nosotros no podemos por menos de notar que ya él mismo puso el Armonismo como la última etapa de la humanidad actual, aunque sospechaba que había otras formas de vida humana posibles con seres humanos más evolucionados. Era condenarse al fracaso querer saltar de la quinta etapa (la de ayer, que era su tiempo) a la octava (la de mañana) sin pasar por la sexta y la séptima (las de hoy).

Pero los furieristas propagaron con tan bellas imágenes sus proyectos de *falansterio,* o grupo social en etapa de perfecta armonía, que parecía de fácil realización. Repartieron miles de folletos y contaban con periódicos: *La Reforma Industrial, El Falansterio, La Democracia Pacífica,* que les proporcionaron innumerables adeptos. En Francia se intentó un primer ensayo de falansterio en Rambouillet, que no llegó a funcionar. Otro en Cîteaux tuvo graves dificultades porque el lugar no era a propósito, y al fin fracasó. En los Estados Unidos se instalaron hasta dos docenas de falansterios, algunos perfectamente equipados. Pero ni aun éstos llegaron a durar más de cinco o seis años. Nadie los combatía, eran ellos mismos los que se disolvían.



Charles Fourier (Biblioteca Nacional, París). Influido, como los anteriores, por la Revolución francesa, creía haber descubierto un remedio universal que produciría el bienestar humano: el socialismo.

FOURIER CONTRA EL SANSIMONISMO

Los rápidos progresos que estaba realizando el sansimonismo y los cuantiosos fondos de que disponía movieron a Charles Fourier a entrar en contacto con los "padres supremos" de la secta con vistas a solicitar de ellos que financiaran su proyectado falansterio. Los sansimonianos acogieron a su rival ideológico en la reforma de la sociedad con tanta cortesía como escaso entusiasmo, y Enfantin se limitó a responderle que sus objetivos eran distintos. Fourier se sintió ofendido, su mal humor no tardó en convertirse en cólera y se desahogó en un violento manifiesto en el que aprovechaba también la ocasión para ajustar las cuentas a los discípulos de Owen: *Trampas y charlatanismo de las dos sectas Saint-Simon y Owen que prometen la asociación y el progreso*.

Fourier daba por seguro el fracaso de sus rivales franceses e ingleses, a no ser que copiaran sus ideas: "Si intentan hacer una asociación universal sin seguir mi método, se hundirán, como Owen; y si me lo roban, total o parcialmente, yo denunciaré el plagio; por otra parte, no dejarán de cometer muchos errores en el mecanismo de atracción industrial, excepto si me llaman para revisar sus disposiciones". Pero como esta última posibilidad parece bastante lejana, no duda de que los sansimonianos están efectuando "un acto de piratería" y de que "tratan de apropiarse la teoría de la industria atractiva o del arte de asociarse, de la que soy inventor".

De todos modos, ni aun así conseguirán lo que se proponen, puesto que a su falta de base intelectual unen una absoluta incapacidad práctica: "Esos adalides del progreso –afirma–, que quieren convertir y asociar al mundo entero, ni siquiera saben asociar una aldea de dos mil habitantes". Sus errores son escandalosos, ya que claman, por ejemplo, contra el ocio, cuando "se comprende que se ame la ociosidad cuando solamente se nos ofrece una industria repugnante", y contra la guerra, "ignorando que la guerra es inherente a todos los períodos sociales organizados por familias". Hablan también de destruir las pasiones, "cuando el verdadero progreso debe facilitar el desarrollo de las pasiones; el régimen sansimoniano las ahoga en todos los sentidos; destruye el afecto paternal, uno de los más fuertes que existen; ahoga la ambición y la emulación; pues, ¿qué estímulo encontrará en su trabajo un hombre anciano cuando no pueda legar nada a sus hijos o amigos, y no tenga más perspectiva que la tan poco halagüeña de saber que su fortuna va a ir a parar a las manos de los sacerdotes del progreso en *rapacidad?"*.

El problema, insiste Fourier, contra lo que opinan los sansimonianos, no es de orden moral, sino simplemente mecánico; es un error sacar a relucir el sentido de la fraternidad. "Mecanizar no significa conciliar, sino utilizar recíprocamente discordias y antipatías; la moral aspira a cambiar a los hombres y sus pasiones; la mecánica social emplea todos estos elementos tal como son, sin transformarlos." En consecuencia, el sistema de Saint-Simon y de sus discípulos es pura "charlatanería económica", adornada de engañosas ideas filantrópicas, y con un fondo de ignorancia que inspira desdén y compasión. La única salida que tienen es robarle sus ideas, pero, por fortuna, él ha adivinado a tiempo "las intenciones de esos corsarios" y se apresura a denunciar sus incalificables manejos.

Los sansimonianos, que formaban en la época un grupo relativamente poderoso frente a los escasos seguidores de Fourier, no prestaron gran atención a estos ataques; pero, al menos en dos aspectos, algunos de sus miembros se sintieron atraídos por las ideas furieristas: así, Lechevalier y Transon acabaron convencidos de que la doctrina de Fourier era mucho más practicable que la de Saint-Simon, y se pasaron a la secta rival por motivos de eficacia; del mismo modo que otros sansimonianos, como Guéroult, admiraban en Fourier virtudes como el respeto a la personalidad humana y la exaltación de la libertad individual.

C. P.

Sin embargo, todavía quedan hoy solitarios, diseminados por el mundo, rezagados espirituales que creen que la salvación de la humanidad se conseguiría con el "trabajo hecho gozoso" por la "atracción apasionada" y la "educación emuladora". La jerga de Fourier y sus discípulos tiene ahora acaso mayor encanto por su extremado romanticismo. Las frases sentenciosas de Fourier, diciendo que "nuestro deber es esforzarnos en hacer aquello que Dios demanda de nosotros, y nuestro derecho es conocer lo que Dios quiere de nosotros", y otras por el estilo, no resuelven la cuestión social, pero se saborean como vino añejo.

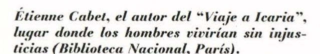
"El Falansterio es el alvéolo social... La tierra en la Sociedad Armónica estará dividida en tres millones de falansterios, cada uno con 1.500 individuos de los tres sexos (los menores de edad, para Fourier, son neutros). Un falansterio es una explotación agrícola con edificios para habitación y recreo. El cultivo es fácil y agradable. En lugar de cultivar cereales, ocupación dolorosa, según Fourier (que no había sospechado la posibilidad de las modernas trilladoras), se atenderá a los árboles frutales, que dan productos más variados." Fourier, en su falansterio, columbró algunas mejoras ya hoy realizadas. Tanto Fourier como Saint-Simon proclamaron sin ambages que la mujer no debía diferenciarse del hombre en sus derechos y deberes, sino tan sólo en lo que requiere mayor fuerza física. Esto, fisiológicamente, no es verdad; pero tampoco es verdad que la mujer deba permanecer en el estado de inferioridad social y jurídica que tenía en el antiguo régimen. Y lo mismo podía decirse del tratamiento de la infancia y de tantas otras injusticias seculares que Saint-Simon y Fourier se atrevieron a denunciar.

Es interesante observar que Saint-Simon y Fourier, sin darse cuenta, se movían por fuerzas espirituales que agitaban al mundo entero. Quizá no las conoceremos nunca para gobernarnos según sus leyes, ni sabremos si estas fuerzas reales y universales son las atracciones o pasiones que cree Fourier; pero existía entonces en la "atmósfera del espíritu" una tendencia "ciclónica" que, acaso para desprestigiarlos, obligaba a ensayar métodos nuevos de vida social.

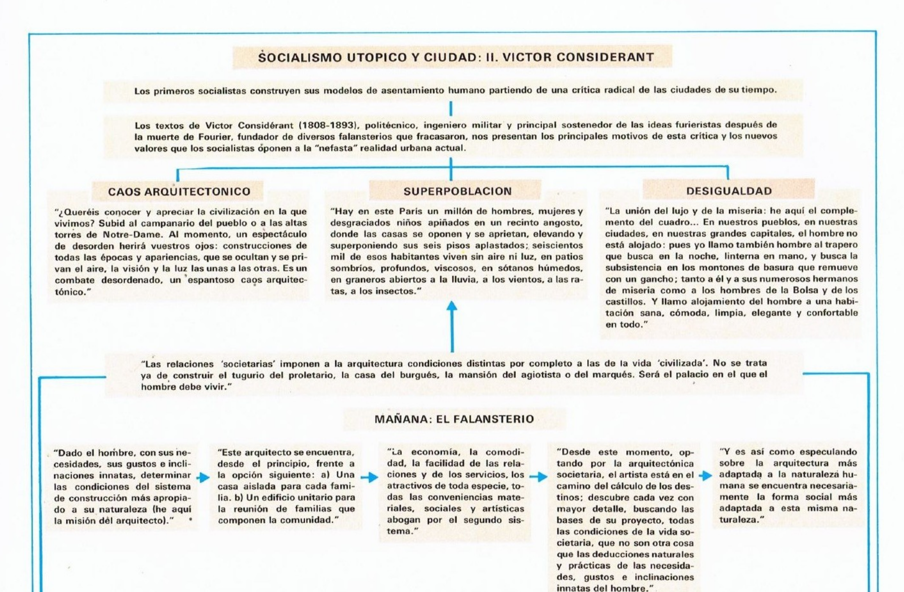
Proyecto de falansterio, por Considérant. La parte central es para talleres y almacenes. Las alas laterales, con las galerías altas de comunicación, son para departamentos familiares.

Otro ejemplo de fundador de régimen utópico fue Cabet. Era hijo de un tonelero, pero estudió leyes, profesó como abogado liberal y hasta llegó a ser nombrado gobernador de Córcega. Quizá los escándalos y la inmoralidad política de la época de Luis Felipe convirtieron a Cabet en un reformador muy avanzado. Diputado, pero perseguido por radical, Cabet preparó en el destierro su famoso *Viaje a Icaria,* la patria ideal, el lugar donde los hombres vivirían como iguales, sin injusticias. El periódico *El Popular* se encargó de propagar la doctrina. La prensa reaccionaria y subvencionada por el gobierno de la monarquía "casi legítima" de Luis Felipe atacó a Cabet con más violencia que había atacado a Saint-Simon y Fourier. Los obreros, en cambio, simpatizaron más con Icaria que con el Falansterio. Cabet





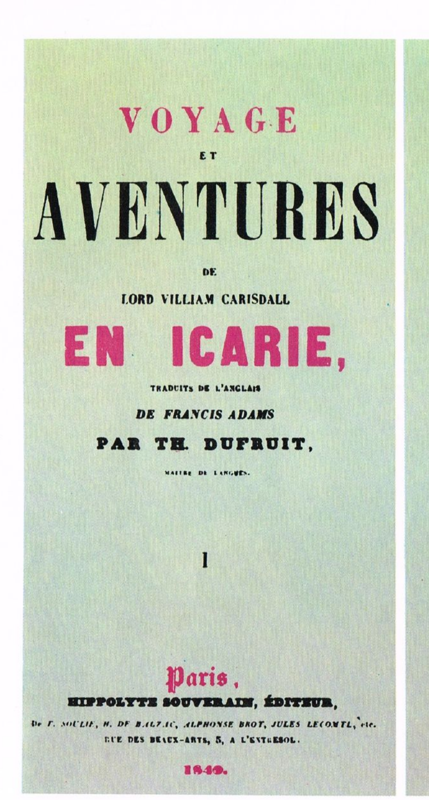
Étienne Cabet, el autor del "Viaje a Icaria", lugar donde los hombres vivirían sin injusticias (Biblioteca Nacional, París).



y sus discípulos fueron perseguidos por la justicia y encarcelados, pero la utopía de Icaria está organizada con jerarquía de autoridades a las que se les da títulos retumbantes. Los beneficios se reparten a prorrata entre "el capital, el trabajo y el talento". La familia no es obligatoria. Hay "esposas" para matrimonios indisolubles, y mujeres para uniones temporales, y otras que ni con esto se conforman son damas "galantes"... Los servicios generales para comunicaciones entre los diversos falansterios se atienden por "hordas" de jóvenes con pasión para la vida aventurera y trashumante. Los "ejércitos" sirven para los trabajos de interés mundial...

¿Para qué continuar? El lector creerá que nos burlamos. Parece que Cabet no hizo más que repetir, extremándola, la utopía eterna de una sociedad rústica y feliz; algunos dirán que era un soñador beato, por no decir mentecato, y que no vale la pena que le dediquemos tantas páginas en nuestra historia. Es posible que tengan razón los que así hablan, pero es emocionante presenciar los primeros balbuceos del espíritu en un asunto como el de la organización de la sociedad futura. Para sostener *El Popular* y hacer un ensayo de Icaria, Cabet recibió sumas considerables hasta de los países sudamericanos.

Por fin, en 1847, Cabet consiguió del gobierno de Texas la concesión de un millón de acres para una primera colonia de icarianos. De momento Cabet escogió, entre los miles de voluntarios que se ofrecían a marchar, sesenta de los más jóvenes, fuertes y convencidos para la expedición de vanguardia. Pero apenas llegados a Nueva Orleáns, los emigrantes se enteraron de que la revolución de febrero de 1848 había derribado a Luis Felipe y su gobierno burgués, y algo de su entusiasmo se enfrió por el escrúpulo de si no hubieran hecho mejor permaneciendo en Francia para influir en la constitución de la nueva República. Los desiertos de Texas, país seco y rocoso, no eran los más favorables para una Icaria paradisíaca.



VOYAGE

ET

AVENTURES

DE

LORD VILLIAM CARISDALL

EN ICARIE,

TRADUITS DE L'ANGLAIS

DE FRANCIS ADAMS

PAR TH. DUFRUIT,

MAITRE DE LANGUES.

I

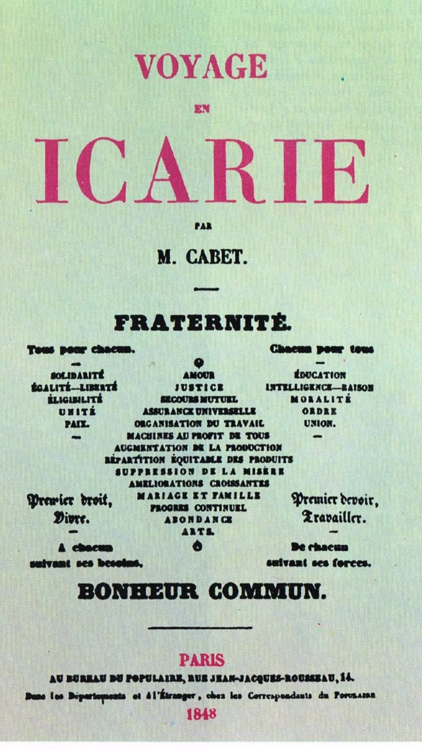
Paris,

HIPPOLYTE SOUVERAIN, ÉDITEUR,

De F. SOULIÉ, H. DE BALZAC, ALPHONSE BROT, JULES LECOMTE, etc.

RUE DES BEAUX-ARTS, 5, A L'ENTRESOL.

1840.



VOYAGE

EN

ICARIE

PAR

M. CABET.

FRATERNITÉ.

Tous pour chacun.		Chacun pour tous
SOLIDARITÉ	AMOUR	ÉDUCATION
ÉGALITÉ—LIBERTÉ	JUSTICE	INTELLIGENCE—RAISON
ÉLIGIBILITÉ	SECOURS MUTUEL	MORALITÉ
UNITÉ	ASSURANCE UNIVERSELLE	ORDRE
PAIX.	ORGANISATION DU TRAVAIL	UNION.
	MACHINES AU PROFIT DE TOUS	
	AUGMENTATION DE LA PRODUCTION	
	RÉPARTITION ÉQUITABLE DES PRODUITS	
	SUPPRESSION DE LA MISÈRE	
	AMELIORATIONS CROISSANTES	
Premier droit, Vivre.	MARIAGE ET FAMILLE	Premier devoir, Travailler.
	PROGRES CONTINUEL	
	ABONDANCE	
	ARTS.	
A chacun suivant ses besoins.		De chacun suivant ses forces.

BONHEUR COMMUN.

PARIS

AU BUREAU DU POPULAIRE, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, 14.

Dans les Départements et à l'Étranger, chez les Correspondants du Populaire

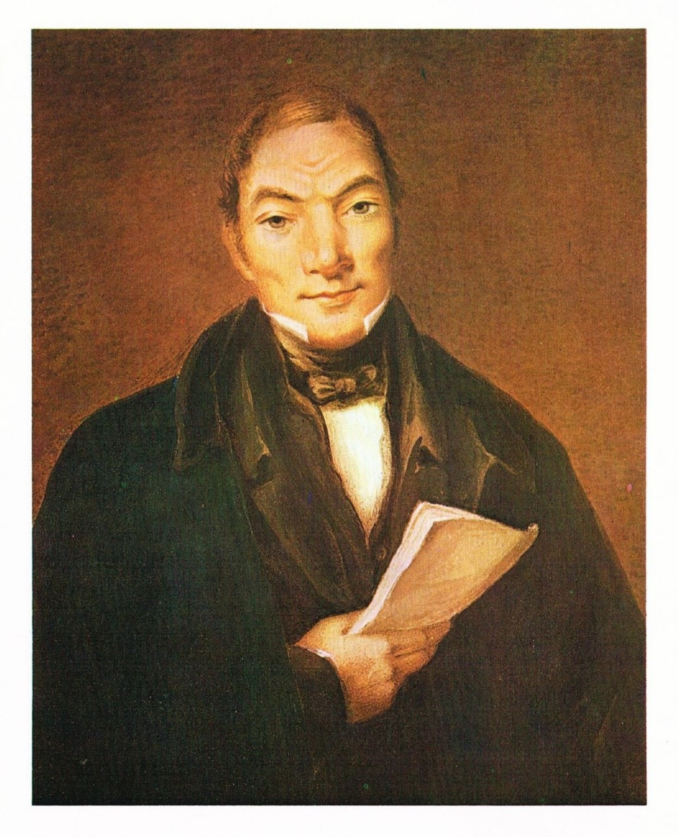
1848

Portadas de dos ediciones del "Viaje a Icaria", de Cabet. En la primera de ellas aparece el seudónimo de Lord Villiam Carisdall para evitar las posibles persecuciones en Francia a su verdadero autor.

Al llegar Cabet, el "Padre", como le llamaban sus discípulos, con nuevos emigrantes, se abandonó definitivamente Texas, estableciéndose Icaria en un excelente lugar de Illinois. En 1855 el número de miembros de la comunidad era de 500, pero previendo un aumento de prosélitos, Cabet había comprado tres mil acres de tierra en Iowa, adonde empezaron a marchar colonos de Illinois. En realidad, la marcha a Iowa no era necesaria para la expansión, sino para justificar una escisión. Cabet murió en Saint-Louis de Missouri, en 1856, presintiendo el desastre que acabaría con los dos grupos de sectarios icarianos.

La escritura de fundación de la comunidad icariana de Iowa, que es del año 1860, no se diferencia más que en detalles de cualquier otra empresa cooperativa. Los socios son accionistas, que pueden retirar el capital al separarse de la comunidad. Pero el comunismo que se propone en el *Viaje* de Cabet y otros folletos de propaganda es mucho más avanzado que el que emplearon los icarianos en sus experimentos. Por ejemplo, la familia subsiste en Icaria y el concubinato está prohibido, pero la comunidad protege a las madres durante el período de gestación y lactancia y obliga a todas las mujeres, solteras y casadas, a recibir "cursos

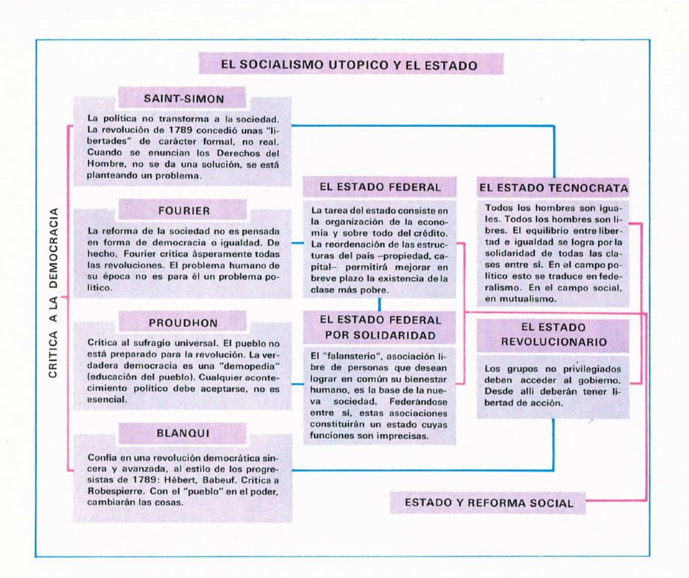
Robert Owen, por Sam Bough (The National Portrait Gallery, Londres). Este industrial inglés siguió más o menos los pasos de furieristas e icarianos y tuvo, como ellos, desastroso final. También intentó el traslado de sus ideas a América, en donde sembró la semilla del cooperativismo.



de maternidad". A la edad de cinco años, los pequeños quedan admitidos como pensionistas del estado, que cuida de desarrollar su inteligencia, su fuerza corporal y sus habilidades técnicas. A los dieciocho años pasan a ser obreros y a los veinticinco se les acepta solemnemente como ciudadanos. De este adiestramiento y del régimen icariano que sigue después dimana la felicidad perfecta. "Las preocupaciones del mañana, las querellas originadas por intereses encontrados, los sufrimientos de la miseria son desconocidos en Icaria. Como cada uno es feliz, se mantiene virtuoso, y así son tolerantes y buenos, deseando ver al mundo practicar su fraternidad para recibir las delicias que ellos comparten" *(Viaje a Icaria)*.

El fermento socialista del período romántico que hemos comparado a una tendencia ciclónica en la atmósfera del espíritu, no sólo agitaba a los franceses, sino que se manifestaba también en los demás países de Europa.

El caso más notable de esta coincidencia con Saint-Simon, Fourier y Cabet es el de Robert Owen en Inglaterra. Owen era de origen burgués. Fue un industrial próspero durante la primera parte de su vida. Aso-



ciado a su suegro, rico fabricante de hilados de Manchester, durante muchos años, no pasó de interesarse paternalmente por el bienestar de sus obreros.

Por iniciativa de su suegro, la industria se trasladó a New Lanark, en Escocia, junto a un gran salto de agua. Los estupendos beneficios del negocio permitieron a Owen conceder gradualmente participación en el negocio a los obreros. Se trabajaba en New Lanark sólo diez horas al día; los niños menores de diez años no eran admitidos al trabajo. Los talleres eran espaciosos, higiénicos y ventilados mecánicamente. Todo esto eran grandes innovaciones en la homicida industria de principios del siglo XIX. Pero, sobre todo, Owen había persuadido a sus obreros a que se asociasen en cooperativas de consumo y ayudaba a fundar enfermerías, casas-cuna y escuelas. Todas estas obras filantrópicas, en lugar de debilitar el capital, produjeron prosperidad a la compañía que presidía Owen.

Convencido de haber descubierto una manera de transformar el mundo y restaurar la edad de oro, Owen se sintió apóstol y publicó en 1812 sus *Nuevos horizontes de la sociedad, o ensayos sobre el carácter humano*. Propone la reforma de la educación para llegar a una especie de comunismo industrial e igualitario. Gastó más de un millón de libras en propaganda. Al principio puramente humanitaria, su predicación tuvo gran éxito. Logró ver su sistema industrial aprobado por numerosos partidarios. Hasta los hermanos del rey participaban de sus ideas. Con partido en el Parlamento, Owen se creía en vísperas de ver realizada la reforma en toda Inglaterra, pero como buen racionalista –raciocinaba demasiado– publicó un *Manifiesto de sistema racional de sociedad y religión*, que empezaba diciendo: "El sistema de sociedad que ha prevalecido hasta hoy se ha fundado sobre nociones imaginarias, resultado de un estado mental de la humanidad todavía grosero y sin experiencia". "Las circunstancias exteriores, que regulan la sociedad, son obra del hombre y se resienten de estas nociones primitivas e imperfectas." Owen cree que todos los males de la humanidad son la herencia del período irracional, y que el hombre se ha engañado, hasta resultar el más imperfecto y más inconsecuente de los seres; la historia de la humanidad con sus guerras y pillajes lo demuestra. Cada uno ha luchado contra todos, y todos contra cada uno... Al hablar así, Owen no contaba con el conservadurismo inglés, re-

EL PROCESO DE LOS SANSIMONIANOS

La decisión de llevar ante los tribunales a los sansimonianos la tomó el gobierno francés a fines de noviembre de 1831, pero debían transcurrir bastantes meses antes de que encontrara materia suficiente para instruir la causa; en efecto, hasta el verano siguiente, después de largas pesquisas e innumerables interrogatorios, no se concretaron las acusaciones contra la secta de Ménilmontant: reuniones ilegales (según el artículo 291 del Código Penal, que prohibía las reuniones de más de veinte personas), ofensas a la moral pública y a las buenas costumbres y estafa. En último término el ministerio fiscal prescindió de otros cargos, como hostilidad al rey e incitación a la rebelión, por estimar que carecían de base. El proceso duró dos días, el 27 y el 28 de agosto de 1832.

Sus actas demuestran que distó mucho de ser un proceso corriente y que abundó en detalles pintorescos e incluso cómicos; los acusados no sólo se defendieron con gran energía y orgullo, sino que pasaron incluso al ataque, lanzando invectivas contra la sociedad que les procesaba, aunque el tono general fue más bien de afirmación de sus creencias (Enfantin proclamó altivamente en su discurso los dogmas sansimonianos y su fe en su misión personal) y de deseo de que respetaran su modo de vivir; así, Duveyrier, uno de los acusados, dijo al jurado: "Vosotros sois unos sencillos burgueses que lleváis una vida tranquila y que apenas os preocupáis por el mundo, cuando no cae dentro del estrecho círculo de vuestros negocios y de vuestros afectos familiares. No turbéis, pues, esta seguridad de la que gozáis. Dejad a Dios su tarea y respetad el noble uso que hacen de su libertad los jóvenes que se levantan para servirle".

Fue relativamente fácil desvirtuar todas las acusaciones; resultó evidente que no podía probarse ningún caso de estafa, y en cuanto al artículo 291, no había vuelto a aplicarse desde la revolución de Julio, contra cuyos principios atentaba, y para colmo había sido condenado en un discurso por el propio Guizot, una de las figuras más destacadas del nuevo régimen. Más discutible era la acusación de ofensas a la moral, basada en determinados textos teóricos de los sansimonianos, pero en el debate la argumentación de los "apóstoles" de Ménilmontant fue mucho más hábil e incisiva que la de sus acusadores; en este sentido cabe destacar la réplica de Lambert, quien trató de demostrar a los jurados que carecían de competencia religiosa, moral y política para juzgar el caso. Sólo puede juzgarse una doctrina, afirmó, en nombre de principios proporcionados por una doctrina; ahora bien, la sociedad no tiene ninguna doctrina, y por lo tanto no tiene más remedio que callarse y dejar pensar y actuar a los hombres del porvenir.

El fiscal, Delapalme, defendió a la sociedad con argumentos un tanto sorprendentes: "Tenemos una sociedad, tenemos un orden social, y, bueno o malo, tenemos que conservarlo", dijo; y concluyó su requisitoria del modo siguiente: "En nombre de la moral, en nombre de la decencia, en nombre de la sociedad, os pedimos que disolváis, en medio de la gran sociedad, una sociedad particular que tiene unos intereses propios y distintos, que no está con nosotros, y que, por consiguiente, está contra nosotros".

El jurado dictó un veredicto de culpabilidad. Enfantin, Duveyrier y Chevalier fueron condenados a un año de prisión y a cien francos de multa cada uno; Rodrigues y Barrault, a cincuenta francos de multa, y se decretó además la disolución de la secta llamada sansimoniana. Los acusados abandonaron la sala en perfecto orden y sin mostrar la menor agitación, al salir de París, camino de Ménilmontant, entonaron uno de sus himnos.

La opinión general de la prensa fue favorable a los sansimonianos, estimando que la sentencia era tan injusta como exagerada; se había condenado a una asociación religiosa que no alteraba el orden público y, por lo tanto, en el caso se implicaba el doble problema del derecho de asociación y de la libertad religiosa; la mayoría de los periódicos, pues, aunque sin dejar de subrayar los aspectos ridículos y pintorescos del sansimonismo, manifestaron simpatía por el movimiento, calificando a sus miembros de "personas de carácter puro y honorable".

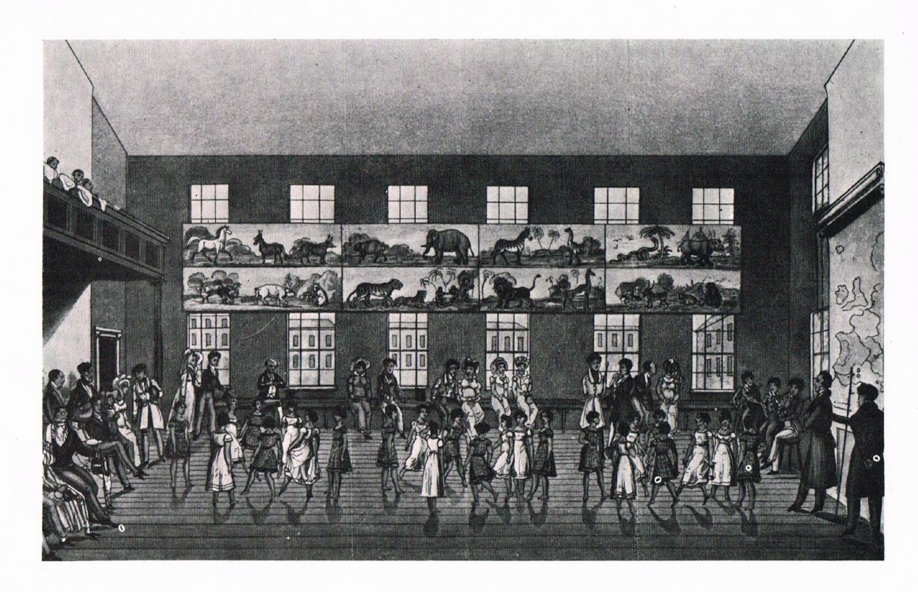
C. P.

presentado por la Iglesia anglicana. Owen decía: "La sociedad hasta hoy día ha sido esclava de la más monstruosa combinación de tres errores: la propiedad privada, los absurdos e irracionales sistemas religiosos y, por fin, el matrimonio, que hace de la mujer la propiedad del marido". Ya se comprende que con atacar estos tres "errores" no podía Owen conseguir en Inglaterra más que ser declarado hereje en los tres órdenes: político, religioso y social... En 1819, Owen había perdido completamente la popularidad y la fortuna. Como los furieristas e icarianos, marchó a buscar en los Estados Unidos un ambiente virgen donde poder aplicar sus principios con la integridad que requerían.

Owen fracasó en América con su colonia de la *Nueva Armonía,* pero dejó allí por lo menos la semilla del cooperativismo. Y en las modernas ideas de Henry Ford, que convierten al patrono en un patriarca y proponen como remedio de la cuestión social mejoras materiales para el obrero, esto es, un mínimo de trabajo y un máximo de higiene..., ¿no hay acaso un eco de las predicaciones de Owen?

Las cooperativas de producción y de consumo, tan poderosas en Inglaterra, están también inspiradas en las predicaciones de Owen y son como una consecuencia de sus experimentos en New Lanark. En América, una sola de las colonias socialistas, la de Oneida, en el estado de Nueva York, convertida en una cooperativa de producción, es todavía próspera, pero se ha aburguesado. En un principio, en Oneida hasta se hicieron experimentos de "filogenética", procurando o forzando la unión de veinticuatro parejas que, dadas las cualidades reunidas, debían como consecuencia producir hijos perfectos.

Pero sería inexacto considerar a Owen únicamente como el iniciador del cooperativismo y de las medidas humanitarias para mejorar el trabajo en las industrias. Owen, buen hijo del siglo, no puede dejar de filosofar románticamente acerca de nuestros



Escuela infantil de la colonia industrial de New Lanark, en la cual se empleaban ya métodos adoptados después por la moderna pedagogía.

males, acusando a la ignorancia y a la imprevisión de todo lo que nos daña. "La felicidad, la verdadera felicidad, producto de la educación y de la salud, consiste en el deseo de aumentar el bienestar de nuestros semejantes, en enriquecer nuestros conocimientos y en la asociación de seres que simpaticen. Sobre todo no puede haber felicidad con superstición, sin caridad y sin libertad." "La religión razonable es la religión de la caridad." Como culto consagra la ley del instinto, que ordena vivir según los impulsos de la naturaleza (¡las santas pasiones de Fourier otra vez!). "Vivir feliz, he aquí lo que yo llamaré hacerse agradable a Dios..."

Sin embargo, en una de las reuniones de los partidarios de Owen, después de regresado éste a Inglaterra, en 1836, se oyó por primera vez una palabra nueva, *socialism,* que tenía que durar más que la de *sociantisme* que había lanzado Fourier para definir la séptima etapa del desarrollo de la humanidad.

Es interesante observar que estos ensayos de vida social con comunidad de bienes e intereses no trascendían en seguida a las Cámaras, o sea al Parlamento. Hasta mucho más tarde no hubo partidos socialistas que forzaran la implantación de reformas humanitarias. Acaso fue ello debido a que los reformadores, como Saint-Simon, Fourier y Cabet, sentían escrúpulos políticos y consideraban los gobiernos derivados de las Constituciones como anacrónicos, con sus senados, cámaras y monarquías románticas. Los primitivos socialistas europeos pretendían ser prácticos, modernos. Además, en sus escritos se revela un entusiasmo excesivo que tenía que llevar al fracaso. Se olvidaron de la administración del grupo o falansterio. ¿Quién elegirá al jefe de gobierno? ¿Cómo se resolverán los casos difíciles? A quienes no se contenten con el bien que produce el orden, la tolerancia, la falta de envidia y ambición se les expulsará... ¡Conforme! ¿Pero qué tribunal juzgará sus faltas? ¿Se les concederá derecho a reintegrarse al grupo una vez demostrado que están verdaderamente arrepentidos?

¡No! Los primitivos socialistas no llegaron a precisar un Código Civil que pudiera servir de pauta para un nuevo régimen. Desearon demasiado o demasiado poco. Contaban siempre con el hombre natural, el ser perfecto que no había sido maleado por insanas pasiones y se aprovechaban todas las buenas inclinaciones, las que rigen o debían regir a todos los humanos.

BIBLIOGRAFIA

Ansart, P.	*Sociologie de Saint-Simon,* París, 1970.
Buber, M.	*Caminos de utopía,* México, 1955.
Cole, G. D. H.	*Historia del pensamiento socialista* (vol. I), México, 1957.
Charlety, S.	*Histoire du saint-simonisme,* Ginebra, 1965.
Evans, D.	*Le socialisme romantique,* París, 1948.
Fehlbaum, R. P.	*Saint-Simon und die Saint-Simonisten vom Laissez-Faire zur Wirtchaftsplannung,* Basilea, 1970.
Guérin, D.	*La lutte de classes sous la I République (1793-1797),* París, 1968.
Gurvicht, G.	*Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon,* Buenos Aires, 1958.
Kessel, P.	*Le prolétariat français avant Marx, 1789-1830-1848: les révolutions escamotées,* París, 1968.
Leroy, M.	*Les précurseurs français du socialisme, de Condorcet à Proudhon,* París, 1948. *Histoire des idées sociales en France* (3 vols.), París, 1946-1954.
Poulat, E.	*Cahiers manuscrits de Fourier,* París, 1957.
Saint-Simon	*Catecismo político de los industriales,* Buenos Aires, 1960.
Sigmann, P.	*1848. Les révolutions romantiques et démocratiques de l'Europe,* París, 1970.
Tierno Galván, E.	*Babeuf y los Iguales. Un episodio del socialismo premarxista,* Madrid, 1967.
Woodcock, G.	*P. J. Proudhon: a biography,* Nueva York, 1955.

PUBLICATIONS
SAINT-SIMONIENNES

LE GLOBE,
JOURNAL POLITIQUE, QUOTIDIEN.
Prix d'abonnement : 80 francs pour un an ; 40 francs pour six mois ; 20 francs pour trois mois ; 7 francs pour un mois.

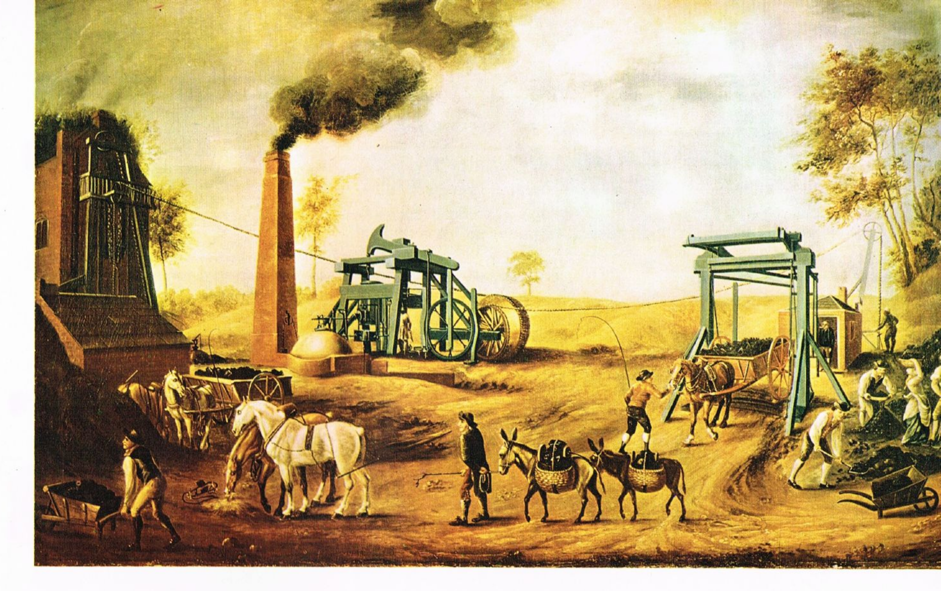
L'ORGANISATEUR,
GAZETTE HEBDOMADAIRE DES SAINT-SIMONIENS.

EXPOSITION de la doctrine de St-Simon,
TABLEAU SYNOPTIQUE de la doctrine de Saint-Simon.
LETTRES sur la Religion et sur la Politique.

APPEL AUX ARTISTES.
ENSEIGNEMENT CENTRAL.
CINQ DISCOURS aux Elèves de l'école polytechnique.

Se trouvent à Paris, rue Monsigny, n° 6, ou à chez M.

Pasquines que anunciaban las publicaciones sansimonianas, tanto de periódicos como de revistas, en París.



Trabajos del exterior de una mina inglesa a principios del siglo XIX (Museo de Arte, Liverpool). A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, gracias a los descubrimientos de la utilización del vapor como fuerza motriz, la metalurgia europea avanzó a pasos agigantados.

Comienzos del industrialismo moderno. La máquina de vapor y los ferrocarriles

El cúmulo de sacudidas políticas y sociales de fines del siglo XVIII y principios del XIX contribuyeron a transformar el mundo tanto o más que el invento de la máquina de vapor y otras invenciones prácticas. La independencia de las colonias inglesas en América, la Revolución francesa y, sobre todo, las guerras napoleónicas obligaron a buscar nuevas rutas para el comercio y fomentaron el progreso de las industrias. Casi todas las naciones se vieron obligadas a fabricar lo que antes importaban del extranjero; otras tuvieron que abrirse nuevos mercados para los productos que exportaban a naciones enemigas. Inglaterra, viéndose boicoteada en Europa por Napoleón, buscaba en Sudamérica, El Cabo y la India salida para sus productos. El bloqueo inglés obligó a Francia a fabricar con remolacha el azúcar, que antes llegaba de las Antillas... ¡Entonces se empe-



Marmita de Papin (Conservatoire d'Arts et Métiers, París). Fue éste uno de los primeros ingenios en que el hombre empezó a experimentar con el vapor y hasta se dice que el propio Papin quiso aplicar su aparato a la navegación.

zó a emplear la achicoria como sustitutivo del café! Aunque estas dificultades no tenían mucha importancia por ser artículos de lujo, eran síntomas que casi excusarían de explicar lo que pasó con los de primera necesidad: papel, vidrio, jabón, tejidos y metales. Cada nación forzó su industria a producir más y mejor de lo que antes fabricaba.

Pero erraría quien creyera explicar el gran cambio que se verificó en aquella época en Europa por una sucesión de hechos históricos perfectamente encadenados. Ni el determinismo político ni el fatalismo económico de los sociólogos modernos que hacen historia con cifras de precios y jornales pueden explicar la fenomenal transformación de Europa a principios del siglo XIX. Los datos de los economistas aparecen como una madeja embrollada. Los acontecimientos y descubrimientos, tal como los explican los historiadores, son una trama confusa en la que una mano invisible va tejiendo el hilo del progreso; pero no se puede explicar por qué esta mano se mueve ni las leyes que rigen su acción civilizadora. No podemos hacer más que agrupar los hechos y descubrimientos de un mismo género, procurando ordenarlos todo lo posible por turno cronológico.

El invento más conspicuo de esta época es, sin duda, la máquina de vapor. Se ha llamado el "siglo del vapor" al XIX. El efecto mecánico de la fuerza de expansión del vapor de agua había sido observado desde muy antiguo, pero no se había conseguido aprovechar para usos prácticos. El descubrimiento de la máquina de vapor se hizo gradualmente. En un principio sólo se pensó en utilizarlo para producir el vacío por la condensación del vapor dentro de un émbolo, de modo que la presión atmosférica le obligara a retroceder. En 1690, Denis Papin, con su famosa marmita, producía el vacío dentro de un recipiente que llenaba de vapor y después condensaba enfriándolo. Parece que Papin ya tuvo la idea de utilizar su aparato para producir fuerza motriz y emplearla en la propulsión de navíos. Pero los marineros de Munden, creyendo que la invención de Papin podía quitarles trabajo, destruyeron un barco de cuatro ruedas que había construido, y no sabemos lo que hubiera resultado de su invención. En cambio, pocos años más tarde Savery consiguió elevar agua con una máquina fundada en el principio de la marmita de Papin. Después de hecho el vacío en el recipiente, el agua empujada por la presión atmosférica subía para llenarlo. En 1717, Newcomen imaginó otro artificio, que ya fue un gran progreso respecto del de Savery: el vapor empujaba un émbolo, se condensaba, y la presión de la atmósfera hacía caer el émbolo, produciéndose un movimiento de balancín, que movía una palanca. Ésta hacía subir y bajar el pistón de una bomba para elevar el agua. El cilindro del émbolo de la máquina de Newcomen quedaba abierto por un lado, y así el vapor servía para empujar en una dirección; para retroceder se contaba con el vacío que producía el vapor al condensarse.

James Watt nació en 1736. Su padre era un comerciante acomodado de Edimburgo, pero perdió su fortuna y tuvo que enviar el niño a Londres. Allí aprendió el oficio de fabricante de instrumentos de física, y algo más, porque Watt no era un simple mecánico. Hizo también descubrimientos de química. A su regreso, los maestros de Edimburgo no quisieron reconocer el aprendizaje que Watt había hecho en Londres. Por ello Watt tuvo que encontrar ocupación como reparador de aparatos en el gabinete de física de la universidad y allí inventó la máquina de vapor, pues al componer una de las máquinas de

UNA PATENTE DE JAMES WATT

La revolución industrial tiene como telón de fondo político el desarrollo de los principios del liberalismo y, de forma muy acusada, la exaltación del derecho de propiedad a la categoría de dogma social. La propiedad sobre la tierra, los medios industriales de producción de riqueza y los bienes producidos constituyen el acicate económico fundamental de este proceso. Pero en la base de la revolución industrial hay toda una serie de adelantos técnicos que permitieron aumentar enormemente el rendimiento del trabajo humano. Para garantizar los derechos derivados de la creación de nuevas técnicas, por lo tanto, la propiedad de los "inventos", se desarrollaron las *patentes*.

Watt, como tantos otros, intentó proteger mediante patentes la serie de modificaciones que introdujo en las antiguas "bombas de fuego" y que permitieron utilizar con altos rendimientos la fuerza del vapor. Véase con qué lujo de detalles patentó en el año 1769 dos variaciones técnicas suyas encaminadas a conseguir este fin:

"Mi método para reducir el consumo de vapor, y por tanto de combustible, en las bombas de fuego se basa en los siguientes principios: 1) La cámara en que la fuerza del vapor debe emplearse para hacer funcionar la máquina, designada en las bombas de fuego ordinarias bajo el nombre de *cilindro* y que yo denomino *cámara de vapor*, se mantiene constantemente durante el funcionamiento de la máquina a la misma temperatura que el vapor que viene a llenarla. Esto se obtendrá, primeramente, rodeándola de una envoltura de madera o cualquier otro cuerpo mal conductor del calor; seguidamente, manteniéndola en contacto con una capa de vapor o de una sustancia cualquiera preparada a una temperatura elevada; finalmente, teniendo cuidado de impedir que el agua, o cualquiera otra sustancia más fría que el vapor, penetre allí o toque su pared. 2) En las máquinas que deben ser puestas en movimiento por la condensación del vapor, esta condensación se efectuará en recipientes cerrados, distintos de la cámara de vapor, aunque en comunicación con ella. Estos recipientes, a los que llamo *condensadores*, serán mantenidos constantemente a una temperatura tan baja como la del aire ambiente, siempre que la máquina esté en marcha."

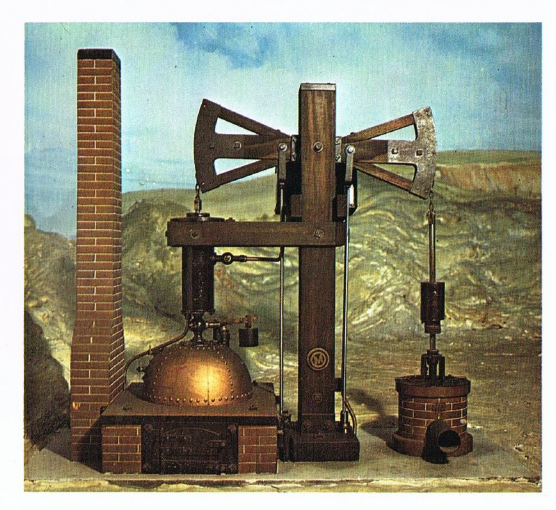
J. F.

elevar agua de Newcomen se le ocurrieron varias mejoras por las que pidió patente de invención. Consistían, esencialmente, en cerrar el émbolo por ambos lados, obligando al vapor a empujarlo en ambas direcciones. Así podía conseguir fuerzas mucho mayores que la de la presión atmosférica en el vacío. Otra gran invención de Watt fue la de un brazo articulado que podía transformar el simple movimiento de palanca de la máquina de Newcomen en un movimiento giratorio. En realidad, la máquina de Watt era ya la máquina de vapor que hemos usado hasta nuestros días. Se perfeccionó con doble émbolo, se le añadió un condensador, se inventó la caldera tubular, se le dieron proporciones gigantescas; pero el principio siempre fue el descubierto por Watt.

En 1775, Watt encontró un socio capitalista, Matthew Boulton, y la sociedad *Boulton and Watt*, de Birmingham, tuvo el monopolio de la construcción de máquinas de vapor por medio siglo. La continuaron los hijos de los fundadores. Las máquinas de Watt funcionaban a la perfección; sin embargo, al principio se emplearon casi únicamente en las minas de carbón. Servían para extraerlo a la superficie, en lugar de hacerlo las mujeres y niños con capazos, y para achicar el agua de las galerías inundadas. La famosa lámpara de Humphrey Davy, inventada en el año 1815, que disminuyó los riesgos del grisú, acabó de abaratar el carbón al hacer posible la explotación de minas que antes se consideraban peligrosas.

Las primeras industrias en utilizar la máquina de vapor fueron las de hilados y tejidos. Un carpintero, que también era tejedor, James Hargreaves, había inventado una máquina para hilar ocho cabos a la vez en lugar de las prehistóricas rueda y rueca, que se empleaban todavía. Otro humilde inventor, Richard Arkwright, en 1771, se ingenió para enlazar la máquina de hilar de Hargreaves con un salto de agua. El mecanismo, perfec-

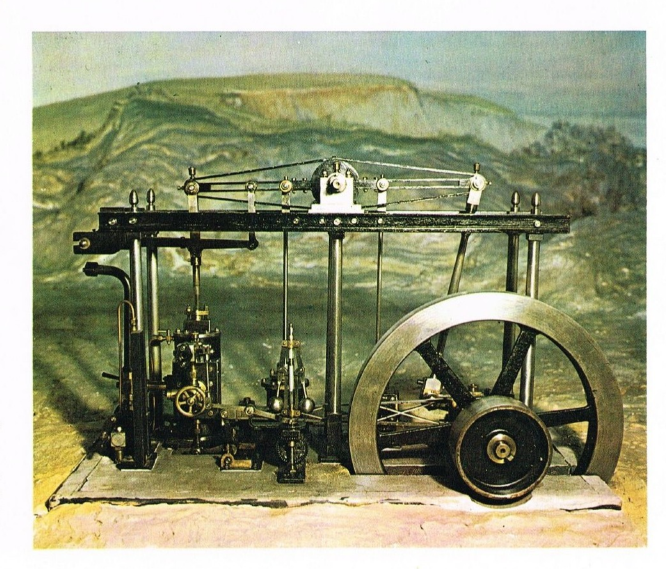
Máquina de Newcomen, en la cual se aplicaba la fuerza del vapor para extraer el agua de las minas (Museo de la Ciencia y de la Técnica, Milán).





cionado después por Crompton en 1779, se llamó "mula" porque era el acoplamiento de dos artefactos y exigía la vecindad de un curso de agua. Así, cerca de los arroyos se construyeron las primeras hilanderías, de las que aún se ven innumerables ruinas en el norte de la Gran Bretaña. Para sustituir el agua se emplearon máquinas de vapor y las hilanderías pudieron trasladarse a las ciudades. Empezaba el verdadero industrialismo moderno con todas sus consecuencias. Las "mulas" de hilar eran un gran progreso, pero no eliminaban al obrero enteramente. Éste hilaba más hilos, pero era él quien hilaba. La hilandera "automática" data de 1834. En un período de agitación obrera, los patronos recomendaron a la casa constructora de máquinas Sharp y Compañía que les fabricara una "mula" que requiriera el mínimo de atención por parte del operario. Pocos meses después uno de los socios de la casa Sharp, llamado Roberts, inventaba la máquina prodigiosa que no sólo hilaba, estiraba y torcía los hilos, sino que hasta los ensartaba, "como si tuviera cerebro, sentimiento y tacto superiores al de los obreros más experimentados". El "hombre de hierro", como llamaban a la "mula" automática, consternó a los trabajadores, pero el invento, en lugar de perjudi-

James Watt, inventor de la máquina de vapor, según litografía conservada en la Biblioteca Nacional de París.



Máquina de vapor de Watt (modelo ya perfeccionado), invento que consistió, en realidad, en cerrar el émbolo por ambos lados y añadirle un brazo articulado que transformase el movimiento de palanca en giratorio.

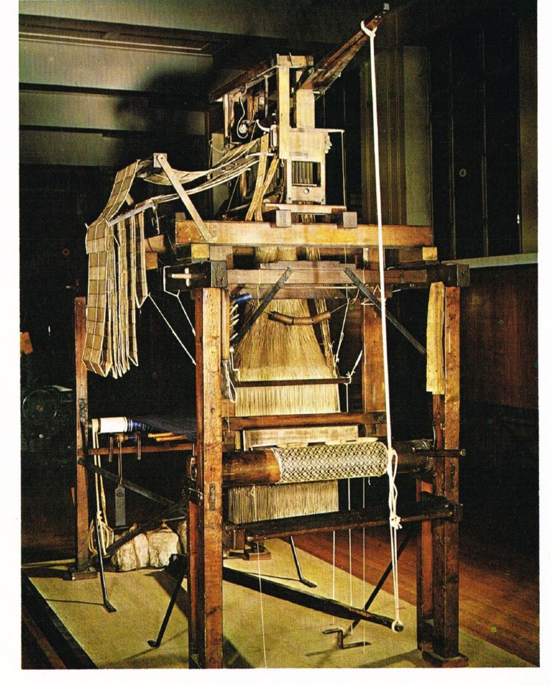
GRANDES INVENTOS (1709-1830)

1709	Fundición de coque, de A. Darby.
1738	Lanzadera volante, de John Kay.
1745	Acero fundido al crisol, de B. Huntsman.
1765	"Spinning-jenny", de J. Hargreaves.
1769	"Water-frame", de Arkwright y J. Kay.
	Primera patente de la máquina de vapor de Watt.
1779	"Mule-jenny", de S. Crompton.
1783	Pudelaje al coque laminado, de P. Onions y H. Cort.
1785	Telar mecánico, de E. Cartwright.
1786	Trilladora, de Meikle.
1796	Prensa litográfica, de Senefelder.
1800	Pila eléctrica, de Volta.
1803	Vehículo a vapor, de Trevithick.
1804	Telar para tejidos de seda, de Jacquard.
1807	Primera línea regular de vapores sobre el río Hudson, creada por Fulton.
1814	Primera locomotora de Stephenson.
	El "Times" es impreso por procedimientos mecánicos.
1819	Travesía del Atlántico por el "Savannah".
1825	Telar "self-acting", de Roberts.
1827	Turbina hidráulica, de Fourneyron.
	Máquina segadora, de Bell.
1830	Máquina de coser, de Thimonnier.
	Máquina segadora, de Mac Cormick.

carlos, les favoreció a la larga. La industria textil de la Gran Bretaña, con la superioridad mecánica que le daba la máquina de Roberts, pudo trabajar más barato, exportar, pagar más a los obreros y emplear a más de los que antes ocupaba.

Los inventos que habían perfeccionado las máquinas de hilar habían sido acompañados de otros en los telares, pero éstos llegaron más tarde y fueron recibidos con menos entusiasmo. El telar a mano todavía se usa hoy en ciertas partes de Escocia para hacer el tejido casero. El autor de este libro ha visto grandes fábricas de tejidos en España que, a principios del siglo XX, empleaban exclusivamente telares a mano. Esto es una anomalía; a pesar de la resistencia del telar a mano, el telar mecánico ha acabado por triunfar y hoy es una máquina tan perfeccionada como la moderna hilandera. El que inventó el primer telar mecánico, en 1784, fue un clérigo inglés llamado Cartwright. Tales fueron los beneficios que suponía haber recibido Inglaterra de su invención, que el Parlamento en 1809 le votó un premio de diez mil libras esterlinas. Sin embargo, según estadísticas, en 1813 había en Inglaterra sólo 2.300 telares mecánicos, y 15.000 en 1823, mientras que el número de telares a mano por las mismas fechas era todavía de 200.000 y de 250.000.

Las industrias de hilados y tejidos no progresaron regularmente. A mediados del siglo XVIII no se podía tejer algodón sin urdimbre de lino. Las nuevas máquinas permitieron fabricar tejidos enteramente de algodón y dieron tal desarrollo a esta industria, que el empuje conseguido en pocos años



Telar de Jacquard, de 1801 (The Science Museum, Londres). Por otra parte, las industrias del hilado y el tejido también evolucionaron. Los inventos se fueron sucediendo con rapidez. Entre ellos destaca el de Jacquard, que permitía obtener tejidos de seda y lana con dibujos combinados en diversos colores. La aplicación del vapor a los telares fue muy lenta, y los manuales se empleaban aún en grandes fábricas a principios de este siglo.

Modelo de la "mule" de Samuel Crompton (The Science Museum, Londres). Este mecanismo para hilar necesitaba la proximidad de un curso de agua; pero el agua se pudo sustituir por vapor y entonces aquella exigencia dejó de ser imprescindible.

por la fabricación de tejidos de algodón en Inglaterra acaso sea la página más extraordinaria en los anales de la industria humana. En 1780, el precio total del algodón que se importaba en Inglaterra era sólo de 17 millones de libras. En 1810 había ascendido a 123 millones. Hacia esta época en las fábricas de tejidos de algodón en Inglaterra había empleados 212.800 obreros.

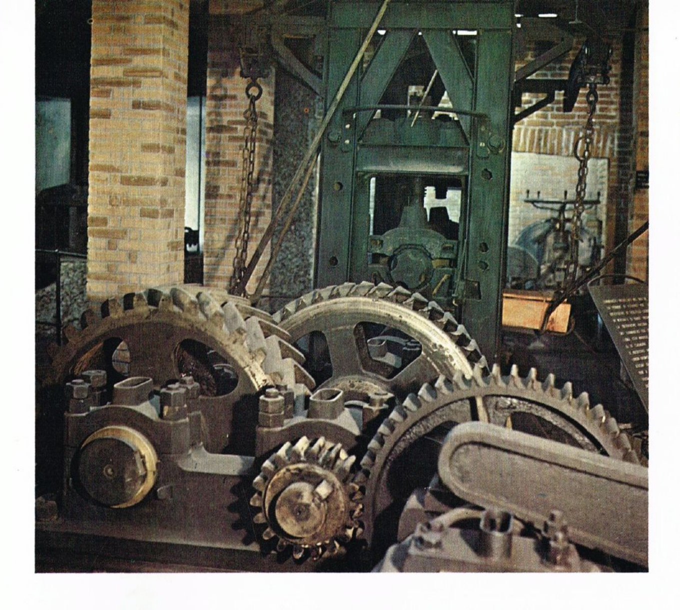
Mientras la Gran Bretaña se especializaba en los tejidos de algodón, Francia intensificaba la producción de telas de seda y de lana. Disponía de un telar inventado por Jacquard, inmejorable para tejidos con dibujos de colores. El buen gusto de los franceses por las cosas lindas y graciosas les hizo tan superiores en esta industria de lujo, que llegaron a convertirla en un gran negocio. En 1812 había en Francia 12.000 telares Jacquard, que se triplicaron en veinte años; la mitad de ellos estaban en Lyon. Las sederías de Lyon exportaban en 1822 por valor de 100 millones de francos.

Al mismo tiempo, Francia daba impulso a la fabricación de telas de lana. Hasta entonces había importado la lana de España porque se creía que los merinos no producirían la fina calidad del vellón al ser aclimatados; pero pronto se vio que, al contrario, la lana de las ovejas importadas mejoraba de generación en generación, y si la cantidad de tejidos de lana se triplicó en Francia desde 1812 a 1830, en cambio el precio se redujo a la mitad.

En 1750 la metalurgia en toda Europa se hallaba en un estado tan primitivo como en la Edad Media. La pirita de hierro se beneficiaba en hornos pequeños con carbón vegetal y fuelles a mano. El primer adelanto en la fabricación de hierro fue la introducción de fuelles movidos con máquinas de vapor. El segundo, ya un gran invento, fue el pudelado, que consiste en inyectar aire a través del hierro fundido para que, absorbiendo



Joseph-Marie Jacquard (Biblioteca Nacional, París), inventor de un telar que permitía obtener tejidos de seda y lana con dibujos en diversos colores.



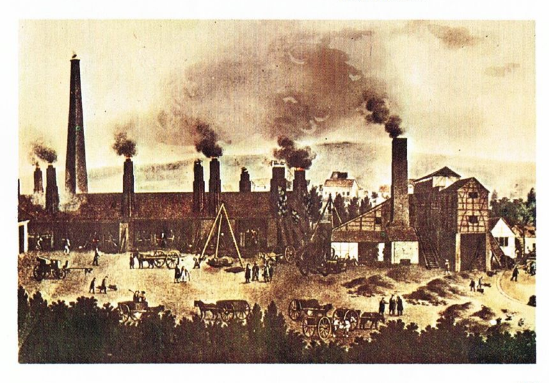
Laminador de una industria italiana de mediados del siglo XIX (Museo de la Ciencia y de la Técnica, Milán). Los sucesivos descubrimientos y realizaciones han hecho del XIX el siglo del hierro.

oxígeno, se convierta en hierro maleable. Este método se empezó a usar en Inglaterra en el año 1783, y al año siguiente se emplearon ya rodillos en lugar de martillos para forjar. Con tales procedimientos los ingleses se pusieron a la cabeza de la metalurgia, que hasta entonces habían casi monopolizado Francia y Suecia. Expuesta en cifras, la producción de hierro en la Gran Bretaña (que en 1750 era de 17.000 toneladas) en 1816 se elevó a 17 millones, y en 1830 se había más que duplicado: ¡39 millones de toneladas!

Estimulados por la competencia inglesa, los forjadores franceses aplicaron el pudelado y hasta fueron más allá, empleando hulla en lugar de carbón vegetal para la fundición. En 1841 los hermanos Schneider, del Creusot, inventaron el martillo de vapor; después vinieron los hornos Siemens y demás inventos, que hicieron del XIX el siglo del hierro.

El Imperio germánico, mal organizado por el Congreso de Viena en una vaga confederación de treinta y ocho estados con fronteras y aduanas entre unos y otros, más bien retrocedió que progresó en los años que van desde 1815 a 1834. Los antiguos gremios, que habían sido antes el nervio de los oficios en Alemania, con las ideas revolucionarias estaban en plena decadencia. Además, el industrialismo naciente de principios del siglo XIX necesitaba mercados exteriores y, sobre todo, capitales. Éstos no faltaban en la Europa central; había sufrido mucho con las guerras napoleónicas, pero quedaban grandes ahorros ocultos, aunque los barones alemanes preferían emplearlos en sus tierras; no eran, como los aristócratas ingleses, aven-

Acería de la cuenca del Ruhr, según grabado de la época. El desarrollo industrial de Europa desde la caída de Napoleón a la guerra franco-prusiana fue verdaderamente extraordinario.



LA RIVALIDAD FRANCO-ALEMANA Y EL FERROCARRIL

A mediados del siglo XIX, la construcción de una red de ferrocarriles suponía un esfuerzo financiero considerable. En la Francia de Luis Felipe, tras numerosos proyectos, la "Ley Guizot" decretaba la orientación general que debía regir la creación de una red básica. A partir de París, siete líneas en estrella debían alcanzar la frontera de Bélgica, el Canal de la Mancha, la frontera alemana, el Mediterráneo, los Pirineos occidentales, el Atlántico por Nantes y el centro de Francia por Bourges. Además, dos líneas unirían el Mediterráneo con la costa atlántica bordelesa y con el Rin. Los gastos de esta gran empresa corrían tanto a cargo del estado como de los departamentos afectados, los Ayuntamientos y la industria privada.

A pesar de este reparto de las cargas económicas, la envergadura de la operación suscitó numerosas críticas de "derechos", como queda señalado en otra parte de este capítulo. No obstante, los beneficios de orden económico y militar que eran previsibles y, sobre todo, la rivalidad precisamente económica y militar con Alemania jugaban a favor del proyecto. Por otra parte, el ferrocarril contaba con el prestigio de la "técnica" y el "progreso" y, en el siglo XIX, oponerse con éxito a la técnica y al progreso era muy difícil.

El discurso que reproducimos a continuación, pronunciado por Thiers el 10 de mayo de 1842, es una buena muestra de esta problemática. Aunque la ley Guizot fue promulgada en junio del mismo año y, por tanto, las tesis de Thiers –fundamentalmente la reducción de las construcciones a una línea única por el momento– no tuvieron éxito, el recurso de los argumentos antes mencionados –rentabilidad, rivalidad franco-alemana y la exaltación del "progreso" pese a sus peligros– justifican el interés del texto:

"Reconozco que los ferrocarriles, sobre todo por la competencia extranjera, son de interés nacional, importante y urgente como para autorizar un esfuerzo por parte del Gobierno, pero afirmo que este esfuerzo debe ser limitado. Afirmo que si se lleva a cabo un esfuerzo que abarque la totalidad de líneas de ferrocarril que se han proyectado, se cometería una imprudencia imperdonable. Y esto, por grave que sea, lo mantengo contra toda opinión.

"Afirmo que sólo podéis comprometeros por una suma muy limitada y que no podéis incluir en vuestros proyectos la totalidad de los ferrocarriles; sólo una cantidad reducida. No me toca a mí decidir si la inversión en ferrocarriles debe ser de 150 ó 200 millones. Digo, solamente, que esta inversión debe ser limitada, que así lo exige el estado de las finanzas y que sería una suprema imprudencia no hacerlo así...

"Jamás participé en el entusiasmo desbordado de hace algunos años por los ferrocarriles. No obstante, siempre creí en su porvenir y creo todavía en él, a pesar de las catástrofes que en alguna ocasión turban los espíritus. Creo en el inmenso porvenir de los medios de transporte que sustituyen la tracción animal por el todopoderoso –aunque muy peligroso– motor de vapor. Ya que los hombres han tenido el ingenio de aplicar este motor a los transportes terrestres, no puedo creer que renuncien a él, y, por mi parte, creo en el futuro del ferrocarril, como era necesario creer, hace algunos siglos, en el futuro de la imprenta y de la pólvora. Pero, repito, no comparto el entusiasmo de los que querrían, sin reflexión alguna, cubrir de líneas férreas todo el país de una sola vez.

"¿En qué basan este intento? En la rivalidad extranjera. Pues bien, ésta no ha sido examinada y debo declarar aquí que me asombra que los ministros no hayan venido a destruir las mentiras de los gobiernos alemanes, que intentan persuadir a sus súbditos de que un gobierno libre no es más que un conjunto de vana palabrería, incapaz de dar nada, de que ellos mismos dan mucho más de lo que da el gobierno francés. Se ha dicho esto, se ha hecho decir esto a la prensa alemana, se han editado mapas falsos para apoyarlo y, en consecuencia, se cree generalmente que en Alemania hay ferrocarriles por todas partes, que hay diez veces más que en Francia. Y bien, Alemania cree que está totalmente cubierta de ferrocarriles, y vosotros así lo creéis también. No digo que, en el futuro, los ferrocarriles de Alemania no puedan perjudicarnos, poco comercialmente, mas en el terreno militar...

"Ya que lo que teméis es la competencia extranjera, lo que os mueve, centraos en ella y ved donde esté; es decir, del Norte al Sur, de la Bélgica del Rin hasta Basilea. Y bien, ¿qué debe hacerse para paralizarla? Crear una única y gran línea, que podrá terminarse en cuatro o cinco años. Crear esta línea no significa que, una vez concluida, negaréis los subsidios necesarios para construir otras...

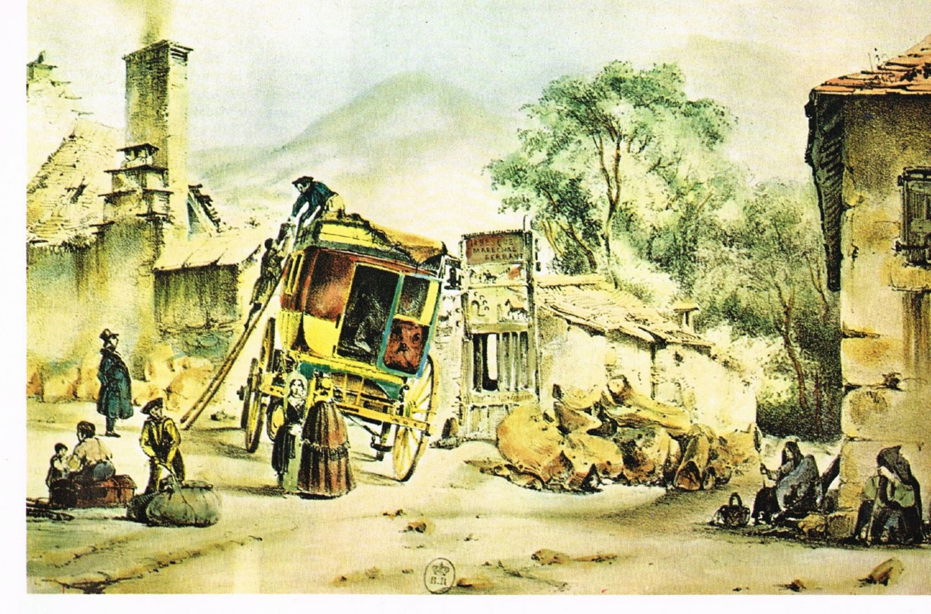
"Permitidme, señores, una comparación vulgar para acabar este discurso. ¿Sabéis qué efecto me produce esta dispersión de medios? ¿Sabéis, cuando queréis dispersar vuestros recursos para luchar contra la competencia extranjera, sabéis a lo que os parecéis? Os parecéis a los habitantes de una ciudad, por ejemplo París, que necesitara construir varios puentes sobre el Sena. ¿Qué diríais si estos habitantes de París, en lugar de construir primero un puente, después otro, y de asegurarse el paso del río en un lugar próximo, antes de intentarlo en varios, hubieran comenzado por construir un arco en todos los puentes del Sena?"

J. F.

tureros románticos que se lanzaban a colonizar y a empresas industriales.

El comienzo de la moderna industria alemana data de la instauración de la Unión Aduanera o *Zollverein*, con el libre paso de mercancías de un estado alemán a otro. Desde entonces, hilaturas, metalurgia, fabricación de productos químicos, azúcar de remolacha aumentan en Alemania en galope furioso de cifras. En Prusia, el número de telares de lana empleados inmediatamente después del Congreso de Viena era de 18.000 y bajó a 15.000 en 1831, pero después del Zollverein volvió a subir y ya fue de 21.000 en 1843. La fundición Krupp, inaugurada en 1810 con una docena de obreros, ocupaba ya doscientos ochenta en 1843 y pronto se contaron por miles.

La transformación de la industria, convertida de oficio manual y doméstico en trabajo en gran escala con máquinas de vapor, exigía la correspondiente expansión en el comercio. Para esto se necesitaban vías de comunicación. Acaso sea un resabio de mentalidad de otras edades que primero se pensara en el transporte por agua que por tierra. La iniciativa de construir canales la tomó el duque de Bridgewater. Tenía unas minas de carbón a siete millas de Manchester y la hulla se llevaba a la ciudad a lomos de mulos. Tal



Diligencia de 1836 (Biblioteca Nacional, París). El desarrollo conseguido con la industrialización precisó de comunicaciones rápidas, por lo cual se construyeron en todos los países kilómetros y kilómetros de buenas carreteras, por las que pudieran circular rápidamente las diligencias.

fue el éxito del canal hasta Manchester, que el duque lo continuó hasta Liverpool. El transporte de una tonelada desde Manchester a Liverpool, que por mulo costaba 40 chelines, con el canal se redujo a 6. El éxito del canal de Bridgewater estimuló la construcción de otros análogos. El Parlamento otorgaba concesiones a compañías particulares para que pudieran atravesar los terrenos que les conviniese a cambio de especiales tarifas de transporte. La construcción de canales acabó por convertirse en un negocio de Bolsa, con especulación en las acciones, ruinosa para muchos. De todos modos, en 1830, Inglaterra y el País de Gales contaban ya con más de tres mil millas de canales, que enlazaban los lugares más importantes del país.

Francia había empezado ya su red de canales en tiempo de Colbert con el famoso *Canal du Midi,* que unía el Atlántico con el Mediterráneo. Poco se hizo durante el período revolucionario y las guerras napoleónicas, pero los Borbones, apenas restaurados, ordenaron el estudio de un sistema de canales al que se pensaba dedicar la suma de mil millones. No se llegó a este extremo, entre otras razones, porque los ferrocarriles hicieron menos interesante el transporte por vías fluviales.

Hasta en España, donde las novedades europeas llegan tarde y amortiguadas, se construyó el canal de Aragón, que todavía sirve para riego. Es interesante que se lanzaran proyectos de canales fantásticos, probablemente con el solo objeto de especular, como el de Reus al mar, para el que no había una sola gota de agua.

La necesidad de comunicaciones rápidas movió a otros a mejorar los antiguos caminos. En Escocia, donde por su suelo montañoso los canales no eran tan prácticos como en Inglaterra, se inventaron los métodos de afirmado de carreteras empleados durante todo el siglo XIX. El más popular lleva todavía el nombre de su inventor, John Mac Adam, que vivió entre 1756 y 1836. Macadamizar una carretera consiste en remover el suelo hasta 20 centímetros de profundidad y allí poner una capa de grava de 10 centímetros y después otra capa de gravilla cubierta con tierra apisonada. Las nuevas carreteras permitieron a los correos y diligencias velocidades que todavía hoy nos asombran, dados los medios de locomoción de entonces. El coche entre Londres y Edimburgo, una

Vista del canal du Midi, realizado en tiempos de Colbert. La construcción de canales para facilitar el transporte de mercancías fue el primer paso que se dio ante la necesidad de vías de comunicación.

distancia de 395 millas (650 kilómetros), hacía el servicio en cuarenta y dos horas. El *Mercurio,* entre Londres y Brighton (80 kilómetros), salvaba la distancia en tres horas cuarenta minutos. Análogas mejoras se hicieron en Francia; en 1830 se habían construido 60.000 kilómetros de excelentes carreteras y caminos vecinales. La construcción de puentes fue facilitada por el invento de la cal hidráulica y del cemento Portland en 1824. Estos productos permitían construir cimientos debajo del agua.

Otro gran invento, consecuencia de la baratura del carbón, fue el gas del alumbrado. El procedimiento de destilar el gas del carbón de piedra se descubrió casi al mismo tiempo en Inglaterra y Francia. Boulton y Watt se anticiparon a los demás industriales de la época iluminando sus talleres de Birmingham con gas desde 1802. La fabricación de gas fue perfeccionada por el ingeniero francés Philippe Lebon, que registró su patente en 1799. El secreto de Lebon pasó a Inglaterra y allí se iluminó primeramente con gas el puente de Westminster en 1813. Tres años después, las calles de Londres estaban ya enteramente iluminadas con gas de alumbrado.

Los primeros ensayos para aplicar la máquina de vapor a los transportes se hicieron por la vía fluvial; hubo embarcaciones movidas por vapor antes, mucho antes, de que se pensara utilizarlo para arrastrar vehículos sobre carriles. Ya hemos dicho que Papin tuvo la idea de mover un buque con su artefacto. Se dice también que, entre 1776 y 1783, el marqués de Jouffroy hizo experimentos con dos barcos que se movían con fuego en el río Doubs y el Saona. James Ramsay, en 1786 en los Estados Unidos, y John Fitch, en Inglaterra en 1787, hicieron también tentativas, que no llegaron a nada práctico. Pero es evidente que el mover un buque por un procedimiento mecánico era una preocupación general, y cuando el espíritu humano se convence de una necesidad, no pasa mucho tiempo sin que encuentre la manera de satisfacerla.

En 1805, Robert Fulton, platero, pintor y mecánico de Pennsylvania, atraído hasta París por la gloria de Napoleón, demostró la posibilidad de la navegación de vapor delante de unos delegados de la Academia de Ciencias. El buque de Fulton navegó por el Sena a una velocidad de tres nudos (seis kilómetros) por hora. Era el momento en que Napoleón pensaba invadir Inglaterra. ¡Quién sabe lo que hubiera ocurrido si los "sabios" hubiesen hecho más caso del invento del joven platero norteamericano!



Robert Fulton, en grabado del siglo XIX. Este mecánico de Pennsylvania fue el primero en aplicar la fuerza del vapor al movimiento de los buques.

CIENCIA E INVENCION EN LAS PRIMERAS FASES DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL (según S. LILLEY, 1961)

¿Cuál es la relación entre ciencia e invención en los primeros momentos de la revolución tecnológica contemporánea de la revolución industrial?

Una opinión corriente sostiene que las principales invenciones del siglo XVIII son obra del ingenio personal de unos cuantos "prácticos", que carecen de toda formación científica, que construyen y perfeccionan los distintos inventos a través de una experimentación sistemática.

→ En el siglo XIX es la ciencia la que con sus descubrimientos y el estudio de fuerzas hasta entonces desconocidas suscita los progresos tecnológicos antes inimaginables.

→ CRITICA DE LILLEY A ESTA CONCEPCION TRADICIONAL

La afirmación de que la ciencia tiene un papel muy reducido en las principales invenciones del siglo XVIII es verdad por lo que respecta al campo de la mecánica, pero no en otros sectores como la geología, la termodinámica o la química.

Existieron contactos personales entre los círculos científicos y los principales industriales ingleses, que en numerosas ocasiones fueron aprovechados por estos últimos para plantear a los distintos especialistas los problemas más acuciantes para la industria.

Es plausible creer que a través de distintos mecanismos la clase industrial animó y dirigió a los científicos a seguir algunas investigaciones especialmente útiles para la industria. Las nuevas ciencias fueron cultivadas en los grandes centros industriales y algunos científicos destacados fueron financiados y protegidos por fabricantes grandes financieros.

Si se admite que la ciencia tiene un desarrollo autónomo, resulta sorprendente que la química, la termodinámica y la geología –las ciencias más utiles en los primeros momentos de la revolución industrial– empezaran a desarrollarse mediado el siglo XVIII y alcanzaran cierta madurez precisamente en el momento en que eran absolutamente necesarias para las nuevas industrias.

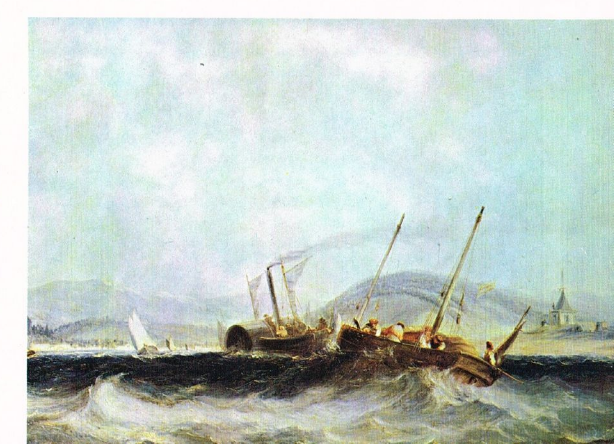
→ Existe una relación próxima entre ciencia e invención desde el siglo XVIII.

Los industriales pudieron crear la ciencia que necesitaban porque la ciencia como sistema y como método ya existía desde los siglos XVI-XVII.

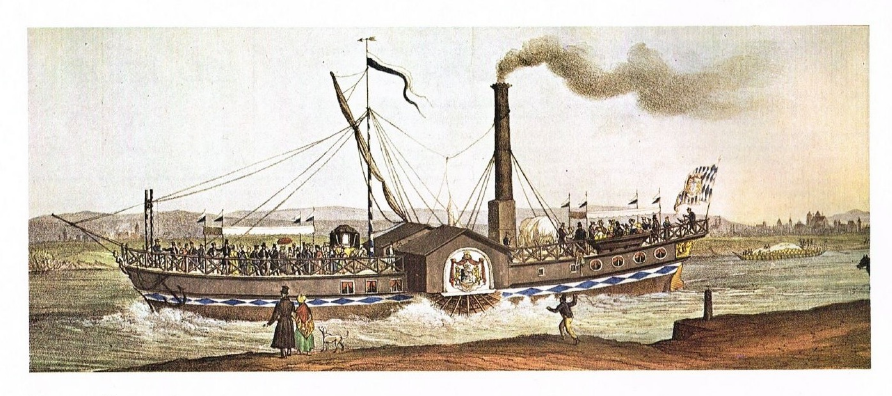
La ciencia tiene una dialéctica interna propia.

Muchos investigadores no tienen ninguna relación con el progreso industrial.

Fulton no se desanimó por su poco éxito en París. Marchó a Inglaterra y en el taller de Watt hizo construir una máquina de dieciocho caballos, cuyos planos facilitó él mismo. Con ella regresó a su país y allí equipó un nuevo buque, el *Clermont*, que hizo el primer viaje de Nueva York a Albany en agosto de 1807. La distancia entre ambas ciudades, por el río Hudson, es de 120 millas; el *Clermont* recorrió el trayecto de ida y vuelta en treinta y dos horas. Llevaba a bordo muy pocos pasajeros porque se temía que estallaran las calderas. Pero pronto el servicio de navegación por el Hudson se regularizó con otros barcos: el *Carro de Neptuno*, el *Ravitan*, el *Paragon*, y se extendió a otros ríos, sobre todo el Mississippi. Veinticinco años después del primer viaje de Fulton de Nueva York a Albany los norteamericanos contaban con una flota de ochocientos buques movidos por



La aplicación de la fuerza del vapor a los buques se basó en la tracción de unas ruedas laterales, que no eran prácticas en absoluto en mares encrespados. En esta ilustración vemos al "Fulton" zarandeado por el oleaje del canal de la Mancha. Cuadro de Bonington conservado en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid.



Barco movido por palas surcando las aguas de un río, tipo de navegación para el que sí son apropiadas las palas (Biblioteca Nacional, París).

vapor que desplazaban entre todos unas 160.000 toneladas.

Se tardó más en aplicar la máquina de vapor a la navegación de altura, porque era enojoso ver que, apenas conseguido en los de vela un gran adelanto en el trazado de la quilla y de disponer de velamen, un nuevo invento amenazaba invalidar aquellos progresos. A fines del siglo XVIII los veleros, pesados, lentos y de poca cabida, tardaban cuarenta días en ir de América a Europa. El servicio era también irregular y estaba sujeto a alternativas meteorológicas. Fue un gran paso que la *Black Ball Line* se decidiera, en 1816, a enviar cada primero de mes un barco de Liverpool a Nueva York. El negocio resultaba provechoso, obligando a doblar el servicio con otro barco el 15 de cada mes. Empezó la competencia, que dura todavía. En 1828 la *Red Star Line* iniciaba sus travesías el 21 de cada mes; la *Swallow Line* las hacía semanales al siguiente año. Los franceses inau-

Paquebote de vapor de la segunda mitad del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París).

EL MAQUINISMO Y LA CONDICION OBRERA SEGUN CARLOS MARX

Las primeras reacciones que se produjeron entre los trabajadores a raíz de la introducción masiva de máquinas en el sistema de producción fueron de rechazo. Se decía que una máquina era capaz de realizar el trabajo de diez, treinta o cien hombres. Por consiguiente, aparecía como una competidora aventajada de los obreros, capaz de dejar sin trabajo a muchos de ellos. Pero el desarrollo de la revolución industrial mostró que sólo coyunturalmente el maquinismo podía disminuir la oferta de trabajo y que a la larga, por el contrario, constituía un factor que aumentaba la demanda de mano de obra. Las máquinas no podían sustituir totalmente la mano de obra a lo largo de todo el proceso productivo. Y la creciente complejidad industrial exigía el desarrollo de nuevos sectores de base como la metalurgia y las industrias extractivas, grandes consumidoras de mano de obra. Pero este proceso fue relativamente lento y las consecuencias de la competencia entre el trabajo manual y el trabajo mecanizado fueron trágicas para muchas personas.

"El obrero pauperizado podrá consolarse pensando que sus sufrimientos son, en parte, sólo temporales..., pero allí donde la máquina va apoderándose poco a poco de un campo de producción, es causa de la miseria crónica de las clases obreras, obligadas a competir con ella. Si la transformación es rápida, afecta a grandes masas y sus resultados serán más graves. La historia no ofrece tragedia más horrible que la destrucción de los tejedores ingleses, arrastrada durante decenios y finalmente consumada en 1838. Muchos de ellos murieron de hambre, otros muchos vegetaron con sus familias durante algún tiempo, viviendo sólo con dos peniques y medio al día. Más agudos fueron los efectos que en las Indias Orientales produjo la maquinaria inglesa para la elaboración del algodón. El gobernador general hacía notar en 1834-35 'que no puede hallarse en la historia del comercio miseria semejante. Los huesos de los tejedores de algodón blanquean las llanuras de la India'. Es cierto que la máquina, si esos tejedores consideraran lo pasajero como una bendición, les producía sólo 'un inconveniente pasajero'" *(El Capital)*.

Pero a pesar de la importancia de estos efectos, lo cierto es que "cuantitativamente" el maquinismo no suponía una amenaza eterna para el trabajo obrero. Donde la incidencia del maquinismo tiene consecuencias duraderas es en la "calidad" del trabajo.

El profesor Artola sintetiza así las consecuencias del impacto producido por las máquinas:

1) La sustitución del trabajo masculino y especializado por el más económico y simple de las mujeres y menores de edad, cuya carencia de fuerza y habilidad puede suplir la máquina.

2) La descomposición del proceso productivo en fases distintas que permiten la máxima mecanización (división del trabajo), de forma que cada obrero es responsable en una ínfima parte del objeto producido, con el consiguiente distanciamiento entre la labor y sus resultados, que no existía en la producción artesanal.

3) El volumen del capital invertido en maquinaria determina el tránsito del taller a la fábrica, ya que el antiguo artesanado no podrá adquirir los medios de producción modernos. Esto supone un sensible empeoramiento de las condiciones de trabajo.

4) La transformación del artesano en proletario, ya que será incapaz de resistir la competencia de la producción mecanizada y, por consiguiente, será absorbido por las fábricas y su contexto urbano, los suburbios.

Carlos Marx, testigo y crítico de estos cambios, fue consciente de la importancia del papel jugado por la difusión del maquinismo en esta transformación. El contraste entre la situación artesanal y la nueva realidad creada por las máquinas aparece claramente analizado en el fragmento de *El Capital* que reproducimos a continuación:

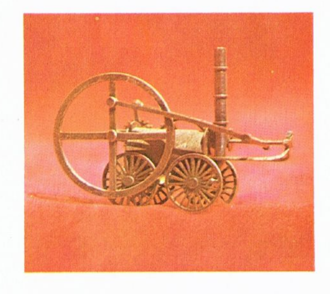
"En la manufactura y en el oficio, el obrero se sirve de la herramienta; en la fábrica se sirve de la máquina. En los dos primeros casos, el movimiento del medio de trabajo dimana del obrero, mientras que en el último es el obrero quien tiene que seguir al movimiento. En la manufactura, los obreros son miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica existe un mecanismo independiente de ellos, al cual se incorporan como secuela viva. El triste tormento de un trabajo infinito, que repite siempre el mismo proceso mecánico, se asemeja al trabajo de Sísifo. El peso del trabajo cae, lo mismo que la roca, constantemente sobre el obrero extenuado".

El trabajo mecánico, a la par que mantiene en tensión extrema el sistema nervioso, coarta el juego total del sistema muscular y cohíbe toda actividad corporal y espiritual. El mismo alivio de esfuerzo se convierte en instrumento de tortura, puesto que la máquina no libera al obrero del trabajo, sino que vacía de contenido al trabajo. Toda producción capitalista que sea no sólo un proceso de trabajo, sino a la vez un proceso de incremento del capital, tiene como característica común el que no es el obrero quien aplica la condición de trabajo, sino que es a la inversa, la condición de trabajo la que se aplica al obrero, pero sólo con la introducción de la maquinaria adquiere esta inversión técnica una realidad palmaria.

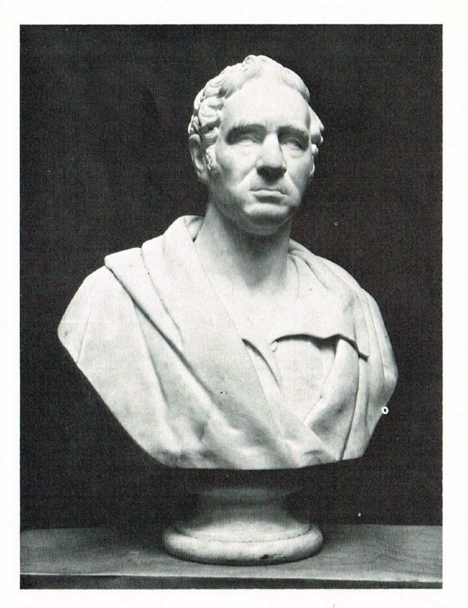
J. F.

guraron sus servicios El Havre-Nueva York también por aquella época.

Pero los barcos de estas compañías eran todavía veleros y anchos de quilla. Los europeos no se atrevían a construirlos más estrechos porque temían que se quebraran por la mitad en caso de temporal. Los norteamericanos entraron en la liza con sus *clippers*, de formas afiladas y grandes velámenes. Conseguían velocidades mucho mayores que los *bricks* europeos. Estaban orgullosos de su *Great Republic*, que hacía el viaje de Nueva York a Liverpool en catorce días. El *Flying Cloud* avanzaba a un promedio de 30 kilómetros por hora. Las velas recogían viento en 64



Modelo de la locomotora de Trevithick, de 1798, uno de los primeros intentos de aplicar la fuerza del vapor a la tracción terrestre (Museo de la Ciencia y la Técnica, Milán).

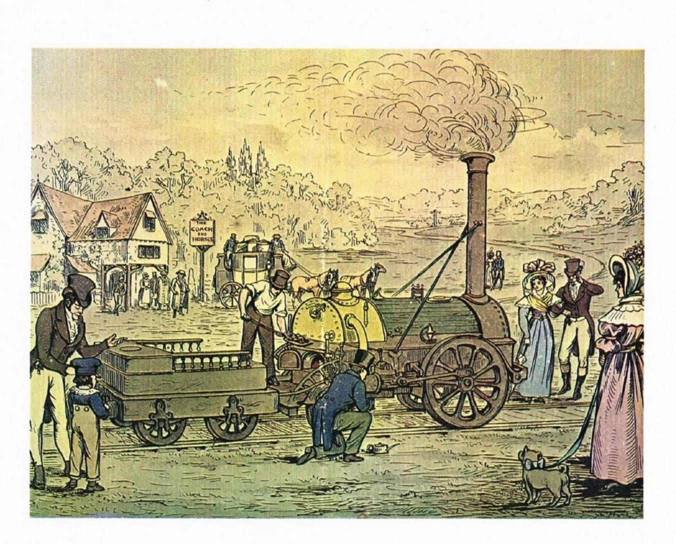


metros cuadrados de superficie. Todavía quedan por los mares supervivientes de aquellos veleros norteamericanos que despiertan nuestro entusiasmo. No es extraño que en sus días de gloria las gentes creyeran que los feos barcos de vapor con su paleteo de ruedas nunca podrían llegar a competir con los últimos veleros, graciosos y ligeros.

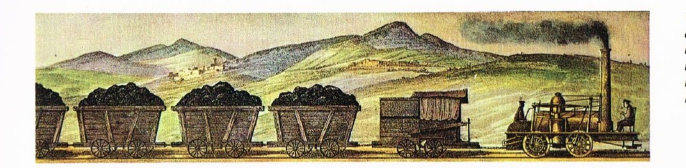
Sin embargo, uno de aquellos feos y ruidosos barcos con ruedas, el *Savannah,* hizo el primer viaje de Liverpool a Nueva York en 1819. Llevaba también velas por si acaso. Empleó en la travesía más días que un velero, pero pronto otras embarcaciones del mismo tipo fueron ganando tiempo. El 25 de abril de 1838, el *Sirius* y el *Great Western,* ambos movidos por vapor, llegaban simultáneamente a Nueva York: el uno había salido de Cork el 5 y el otro de Bristol el 8 del mismo mes; habían empleado, por lo tanto, veinte y diecisiete días en la travesía.

Lo que hacía más difícil la navegación trasatlántica de los buques de vapor era que se movían impulsados por ruedas, que exigen menos espacio para las transmisiones en el interior del buque y son todavía más apropiadas para ríos; mas para oleajes de alta mar no son prácticas. La hélice, que tenía que sustituir a las ruedas, fue inventada casi a la vez, en 1837, por el sueco Ericson y el inglés Smith. Conocemos lo que originó el invento en el caso de Smith. Fue una casua-

George Stephenson, inventor de la locomotora realmente práctica (The National Portrait Gallery, Londres).



Dibujo que representa la locomotora "The Rocket", construida por George Stephenson en 1829 para la línea Liverpool-Manchester (Biblioteca Nacional, París).



Vagones de carbón arrastrados por una locomotora (Biblioteca Nacional, París). La tracción terrestre se aplicó también, en primer lugar, a las minas.

lidad. Había imaginado hacer avanzar una pequeña lancha con una hélice de varias vueltas, casi como un juguete. Puesta en la popa, movida naturalmente con máquina de vapor, Smith creía que el artefacto empujaría al agua y ésta haría avanzar la embarcación por el antiguo principio del tornillo de Arquímedes. Mientras el tornillo estuvo entero, el buque se movió muy lentamente, pero se rompieron los anillos, excepto el último, y entonces, con gran sorpresa de Smith, la velocidad se multiplicó. Smith aplicó cuatro aletas en el eje como las aspas de un molino de viento... y la hélice marítima quedó inventada.

Un año después, en 1838, un buque de guerra, el *Arquímedes,* impulsado por hélices, hacía pruebas satisfactorias para el Almirantazgo inglés. Fue en veinte horas de Gravesend a Portsmouth, una distancia de 400 kilómetros. Casi al mismo tiempo Ericson lograba resultados análogos en los Estados Unidos, donde, como recompensa, le dieron inmediatamente el derecho de ciudadanía.

Los ferrocarriles empezaron movidos por fuerza animal. Al principio los carriles eran de madera y se empleaban sólo en minas. En un volumen publicado en 1797 asegura Carz que él fue el primero que tuvo la idea de sustituir los carriles de vigas por los de hierro. La primera concesión del Parlamento inglés para construir un ferrocarril –mejor dicho, tranvía– movido por caballos es del año 1801. Iba de Wandsworth a Croydon, con unos 13 kilómetros de carriles, y costó 60.000 libras. A este "tranvía" siguieron otros; algunos recorrían distancias mucho mayores, con ramales por toda una región. El invento era un gran negocio.

Muchos se preocuparon del empleo del motor de vapor para los coches sobre carriles, pero la locomotora verdaderamente práctica fue inventada hacia el año 1814 por George Stephenson. También empezó usándose primero en las minas. La locomotora de Stephenson podía arrastrar 30 toneladas de carbón a una velocidad de 7 kilómetros por hora. Los resultados eran más que suficientes para justificar el uso de la máquina en otros servicios. Sin embargo, hasta 1821 el Parlamento no autorizó la construcción de una vía con carriles entre Stockton y Darlington, con una cláusula como apostilla del decreto que permitía ensayar el empleo de la tracción de vapor. La línea se inauguró en 1825 con una máquina maniobrada por el propio Stephenson. El tren constaba de treinta y cuatro pequeños vagones e iba precedido de un postillón a caballo a la velocidad de 10 ó 12 millas por hora.

En los cinco años siguientes el Parlamento autorizó la construcción de veintitrés líneas de ferrocarril, sobre todo la famosa entre Liverpool y Manchester, que fue inaugurada en 1830. Copiamos algunos párrafos del libro de Porter, *Progress of the Nation,* publicado en 1838, donde se cuentan por primera vez los resultados de la construcción de ferrocarriles en Inglaterra:

"Es un detalle singular que en los ferrocarriles construidos hasta la inauguración de

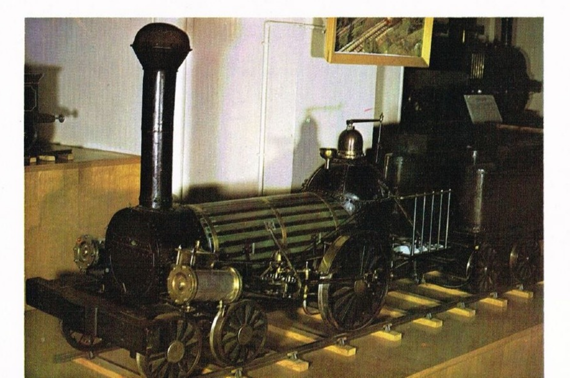


Inauguración del primer ferrocarril alemán, que circuló entre Nuremberg y Fürth (Biblioteca Nacional, París).

la línea Liverpool-Manchester nadie había pensado en transportar pasajeros". Se creía que los vagones sobre vía, arrastrados por caballos, eran más seguros que los que movían las locomotoras. "Los constructores de la línea Liverpool-Manchester osaron aventurar en el prospecto en que lanzaban las acciones al mercado, que era probable que la mitad del público que viajaba en coche entre las dos ciudades acabaría por emplear el tren, pues el precio del transporte sería menor. Los directores de la empresa previeron un beneficio extraordinario de 20.000 libras por billetes de pasajeros, pero el principal negocio esperaban hacerlo todavía transportando algodón, tejidos, carbón y ganado."

"El resultado superó las previsiones: los beneficios (el 10 por 100) de la compañía Liverpool-Manchester derivaron principalmente del tráfico de pasajeros. Desde entonces se ha observado también que al construirse una línea de ferrocarril entre dos ciudades el número de viajeros en aquel trayecto se ha cuadruplicado." "Podía sospecharse –sigue diciendo cándidamente Porter– que con la mayor facilidad de comunicaciones directas y personales que ofrecía el ferrocarril, se disminuiría el número de cartas cruzadas entre las ciudades. Nada de esto; la correspondencia, en lugar de disminuir, ha aumentado..." "El primer correo por ferrocarril se envió el 11 de noviembre de 1830... Los jefes de correos no se demoraron en aprovechar el nuevo invento. Las cartas de Londres que se echan en el buzón antes de las ocho de la noche llegan ahora [en 1838] a Manchester a tiempo para repartirlas al día siguiente antes del mediodía... Se envían cada día unas 740 sacas de correo por aquella línea solamente."

Locomotora norteamericana "Norris" (Conservatoire d'Arts et Métiers, París).



Respecto al método de concesiones empleado en Inglaterra para la construcción de ferrocarriles, creemos útil añadir aquí un párrafo de Porter. Espíritu independiente, en todo caso conservador, Porter no se dejaba llevar por la pasión en sus juicios; empero, en 1838 dice: "El *laissez faire,* sistema que prevalece en Inglaterra, donde se cree que el gobierno no debe emprender nada que puedan ejecutar los particulares, ha sido funesto para la nación cuando se han tenido que construir los ferrocarriles. Acaso nunca hubo una ocasión en que el gobierno pudiese justificar su intromisión con un derecho tan legítimo como era el de armonizar intereses contradictorios. Se hubieran evitado grandes daños para el público, resultantes de verificarse una revolución completa de los transportes sin dirección ni participación del estado. Esto no afirma que el gobierno hubiera debido tomar a su cargo la construcción de todos o algunos ferrocarriles necesarios para la comunidad, pero sí que se habría beneficiado la nación estructurando un plan general de ferrocarriles de antemano por técnicos competentes y desinteresados en su ulterior explotación" *(The Progress of the Nation,* tomo III, página 70).

Porter añade que la obtención de las concesiones del Parlamento para construir ferrocarriles costó sumas fabulosas, que se hubieran ahorrado de haberse iniciado la empresa por el gobierno. Asombra lo que tuvo que gastarse en abogados y acaso en propinas para obtener cada concesión. He aquí las ci-

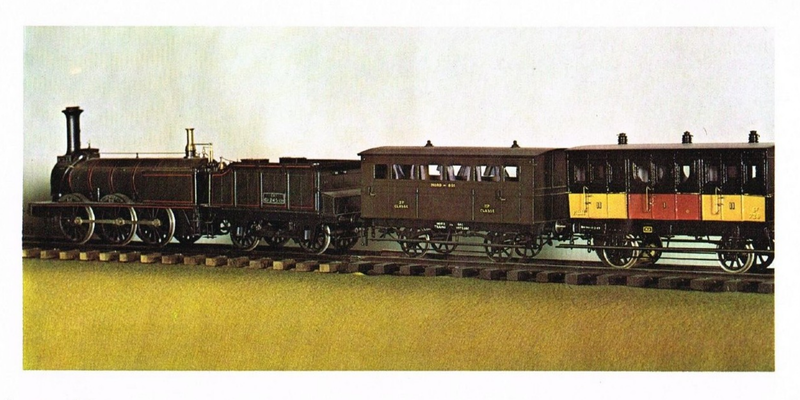
LA RED FERROVIARIA EN EL SIGLO XIX

(En miles de kilómetros, según C. Fohlen, 1971)

	1830	1840	1850	1860	1870	1880	1890	1900
Francia	38	497	3.010	9.439	17.733	25.925	36.672	42.826
Inglaterra	91	1.349	10.660	16.797	24.383	28.854	32.726	35.296
Alemania		580	6.053	11.724	19.719	33.888	42.869	51.391
Rusia		27	500	1.591	11.236	23.524	30.940	48.107
Suecia				531	1.734	5.761	8.018	11.320
Estados Unidos	30	4.500	14.400	48.000	83.200	150.113	276.890	325.782
Japón						158	2.733	6.204



Choque de trenes en el ferrocarril de Versalles a París, según estampa de la época, catástrofe ocurrida el 5 de mayo de 1848.



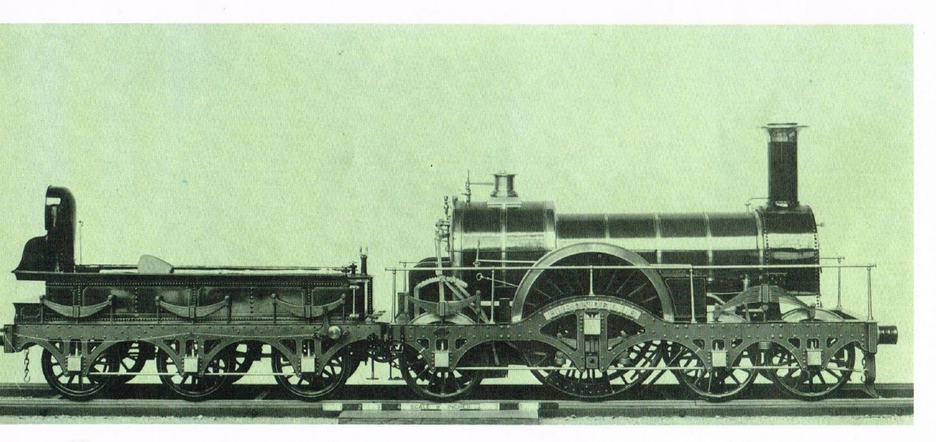
Tren francés, para el transporte de pasajeros, de mediados del siglo XIX (Conservatoire d'Arts et Métiers, París).

Modelo de la locomotora "Hirondelle" y su furgón, del ferrocarril norteamericano Great Western Railway, en 1848, ya muy perfeccionada (The Science Museum, Londres).

fras, que son mucho más enormes si se tiene en cuenta el valor de la moneda en aquella época: el *Great Western* costó de gastos preliminares casi ochenta y nueve mil libras; el *London and Birmingham,* setenta y dos mil; el *London and Southampton,* treinta y nueve mil...

Los ferrocarriles eran al principio de vía estrecha y sólo admitían velocidades de 15 a 20 kilómetros por hora; pero cuando escribe Porter, ya había el propósito de ensanchar las vías para conseguir una velocidad de 25 millas por hora, o sea de unos 40 kilómetros. La primera nación continental en aprovecharse del invento de los ingleses fue Bélgica. En 1835 funcionaban ya las dos líneas de Bruselas a Malinas y de Malinas a Amberes. El primer año transportaron cerca de 70.000 pasajeros. Dada la topografía del país, enteramente llano, las vías habían costado poquísimo y el precio del billete de Bruselas a Amberes (42 kilómetros) costaba sólo un franco: con todo, el beneficio para el estado ascendía al 16 por 100.

En Francia, los ferrocarriles entraron con retraso porque las carreteras nacionales y de-





FERRO-CARRIL CENTRAL DE CATALUÑA

Sociedad Anónima por acciones domiciliada en Barcelona

SECCION DE IGUALADA Á SAN SATURNINO DE NOYA

Capital efectivo 7.500,000 pesetas

SUBDIVIDIDO EN 15,000 ACCIONES AL PORTADOR DE 500 PESETAS UNA

segun Escritura pública otorgada en 12 de Febrero de 1882,

ante el Notario del Iltre. Colegio de Barcelona D. Antonio Vebils y Font del Sol.

SÉRIE B TÍTULO N.º 01160

TÍTULO PROVISIONAL DE CINCO ACCIONES AL PORTADOR

N.os 01796 A 01800

Barcelona 12 Febrero 1882.

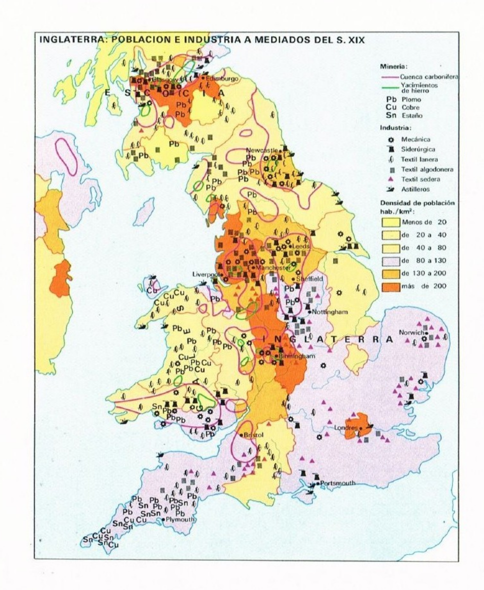
EL PRESIDENTE, EL DIRECTOR GERENTE, EL SECRETARIO,

La construcción de los ferrocarriles, que los estados dejaron en manos de compañías privadas que emitían acciones, permitió organizar hábiles operaciones especulativas. Título de cinco acciones de un ferrocarril catalán.

partamentales estaban perfectamente macadamizadas. Entre los años 1826 y 1832 se concedieron varios permisos para construir algunas líneas con carriles y tracción animal, pero al mismo tiempo el gobierno ordenaba el estudio de un plan general de ferrocarriles que sirviera a los intereses nacionales. Después de varios años de investigación y discusión quedó el plan formulado en 1837; pero el gobierno no manifestaba prisas por su ejecución. Los capitalistas, impacientes de aprovecharse de aquella nueva oportunidad de especular, importunaban al gobierno para que no demorara la ejecución del proyecto. Éste, en sustancia, consistía en la construcción de siete líneas principales de París hacia el Rin, el Atlántico y el Mediterráneo. El estado contribuía con 150.000 francos por kilómetro para el replanteo, construcción, túneles y puentes. Las compañías privadas aportaban los carriles, edificios y material rodado, cuyo coste venía a ser de 100.000 francos por kilómetro. Después de cuarenta años de explotación, sin grandes cortapisas, todo el sistema pasaba a propiedad del estado.

El proyecto se discutió en la Cámara. Thiers, que estaba en la oposición, lo combatió con razonamientos de político de derecha. Según él, Francia, que había gastado durante su gobierno mil millones en la "defensa nacional", no podía hacer aquel gasto. No era contrario a la locomoción por vapor –aunque la creía más peligrosa que la tracción animal–, pero le asustaba el gasto. Probablemente quería implantarla más tarde, cuando él volviera a gobernar.

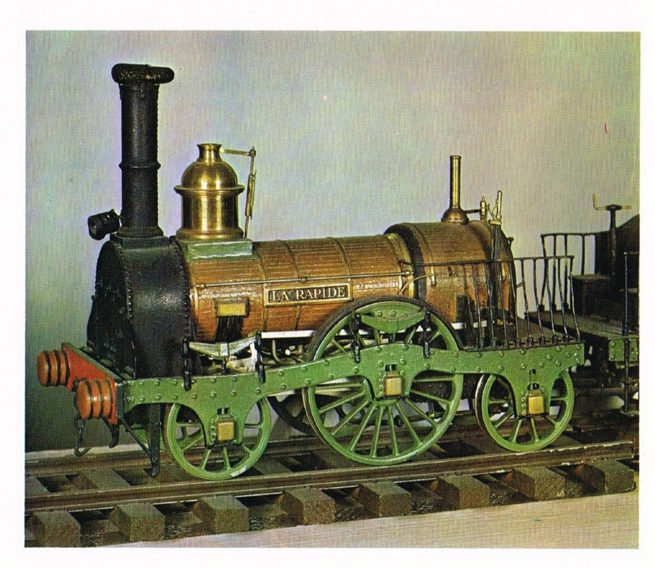
La oposición seria al proyecto la hicieron los románticos socialistas sansimonianos. Formaban una pequeña minoría en la Cámara. Lamentaban que los ferrocarriles no fueran desde el primer día "nacionales", construidos y administrados por el estado en interés general. Uno de los sansimonianos, Toussenel, enjuició el proyecto de la cons-



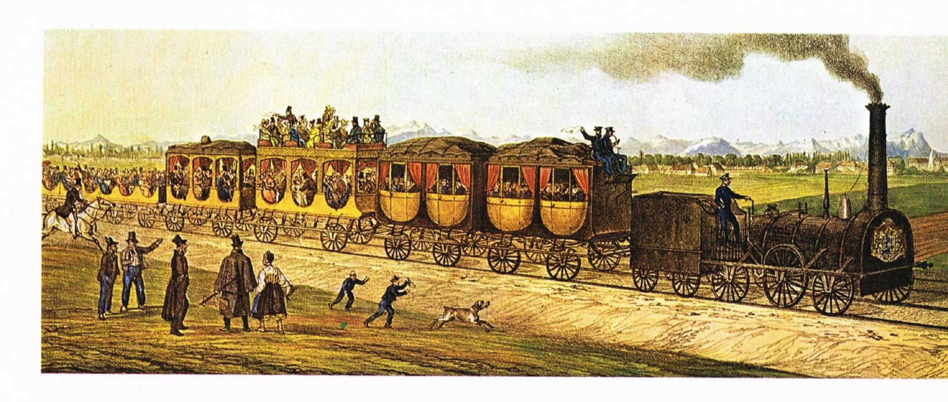
trucción de ferrocarriles con esta frase: "El estado hace el gasto de construir una vía –la del Norte– que le costará ciento cincuenta millones de francos, y la cederá a M. de Rothschild por cuarenta años. M. de Rothschild contribuirá con cien millones de francos para material, que le serán reembolsados al final de los cuarenta años... Por este anticipo, M. de Rothschild cobrará beneficios de explotación que se estiman de quince a veinte millones por año".

Participaron en la discusión Carnot, Arago y otros "científicos", sin hacer gran daño ni al gobierno ni a los capitalistas. En cierto modo salvaron el proyecto desviando la atención a un problema secundario: el de si sería mejor nacionalizar las vías principales o los ramales... En definitiva, se aprobó que las siete grandes líneas se concedieran a empresas particulares.

El gobierno no llegó a construir los ramales, sino que los construyeron también las grandes compañías o empresas particulares, y en 1857 toda la red estaba consolidada en seis grandes compañías: Norte, Este, Oeste, Lyon-Mediterráneo, Orleáns y Midi. Preocupadas por la reversión al estado a los cuarenta años, las compañías descuidaron los servicios y la construcción de nuevos ramales. Para obligarlas, en 1859 se tuvo que ac-



Locomotora francesa para tren de viajeros de 1870 (Conservatoire d'Arts et Métiers, París).



Uno de los primeros ferrocarriles que circularon por Europa (Biblioteca Nacional. París).

ceder al plan de un tal De Francqueville. Consistía en prolongar noventa y nueve años el plazo de los cuarenta de reversión y garantizar el gobierno el interés del 4 por ciento a las obligaciones ferroviarias. Además, el estado se comprometió a pagar las obligaciones a su vencimiento. Por fin, después de las guerras mundiales, cuando los ferrocarriles franceses no producían más que pérdidas, se han nacionalizado.

En Alemania, el primer ferrocarril se construyó en 1835. Era una línea de 7 kilómetros de Nuremberg a Fürth y hasta 1839 no se construyó una de verdadera importancia: la de Dresde a Leipzig. Dada la condición política de la confederación, cada estado era libre de construir sus vías de comunicación y el trazado se limitaba a servir intereses locales. Sin embargo, los estados de Alemania del Sur comprendieron, desde el primer momento, que el servicio de comunicaciones por ferrocarril era de importancia nacional y los gobiernos proyectaron y administraron las líneas. En Prusia, en 1848 se construyó el ferrocarril de Berlín a la frontera rusa y, como tenía gran importancia estratégica, fue construido y administrado por el estado.

La red, mejor dicho, la telaraña de ferrocarriles alemanes, fue motivo de grandes preocupaciones para Bismarck, que no cesó hasta consolidar y nacionalizar las líneas prusianas. Al retirarse, sólo el 6 por 100 de los ferrocarriles alemanes continuaban en manos particulares.

En España, los ferrocarriles se construyeron como concesiones privadas, con subvenciones y la reversión fijada para el término de los cien años. Pero también recibieron anticipos en diferentes ocasiones, que hubieran debido tenerse en cuenta para la reversión. Últimamente se han nacionalizado, con una generosidad excesiva.

En América, la construcción y explotación de los ferrocarriles constituyó el tipo de negocio más escandaloso que se ha perpetrado en el Nuevo Mundo. Se facilitaba la operación de lanzar emisiones cediendo a las compañías parcelas de terreno del dominio público a lo largo de los trayectos. Así, la especulación con los terrenos donde se esperaba que surgirían ciudades enardeció a muchos a proyectar vías de comunicación, y se construyeron algunas líneas que sólo aprovecharon a los banqueros. Éstos vendían las acciones en la Bolsa después de adquirirlas en bloque y de producir una alza ficticia. A continuación venía la quiebra; los mismos banqueros compraban otra vez las líneas, lanzaban otra emisión, quebraban otra vez... Algunas líneas sirvieron hasta para una docena de "operaciones". Finalmente, las grandes redes, como las de Pennsylvania, de Santa Fe, Central de Nueva York, se han estabilizado..., pero ninguna produce grandes rendimientos; hasta se ha hablado ya varias veces de unificarlas y nacionalizarlas. Mala señal, porque el capitalista no acepta nunca la nacionalización del negocio que rinde.

La locomoción interurbana con coches sobre raíles fue mucho más lenta en generalizarse que el ferrocarril. El primer ensayo de tranvía tirado por caballos se hizo en El Havre en el año 1878. Los periódicos describieron el acontecimiento con gran admiración; se aprobaba que los coches tuvieran una plataforma delante y otra detrás destinadas a los fumadores. El trayecto interurbano costaba 35 céntimos.

BIBLIOGRAFIA

Calan, P.	*Le coton et l'industrie cotonière,* París, 1961.
Hartwell, R. M.	*The Industrial Revolution and Economic Growth,* Londres, 1971.
Izard, M.	*Revolució industrial i obrerisme,* Barcelona, 1970.
Jutglar, A.	*La era industrial en España,* Barcelona, 1962.
Mantoux, P.	*La révolution industrielle,* París, 1963.
Romero, P.	*Historia de la industria,* Barcelona, 1952.
Rousseau, P.	*Histoire des techniques,* París, 1956.
Tetom, R.	*La science contemporaine,* París, 1961.
Vicens Vives, J.	*Burguesía, industrialización y obrerismo,* en "Historia social y económica de España y América", vol. V, Barcelona, 1957.



El primer tranvía europeo de tracción animal que circuló en Le Havre en 1873 (grabado de "L'Illustration").



Proclamación de la Segunda República francesa, el 4 de mayo de 1848, cuadro de J. J. Champin (Museo Carnavalet, París). El destronamiento de Luis Felipe por la revolución de 1848 llevó consigo la instauración por segunda vez en Francia del régimen republicano.

Segundo Imperio napoleónico. Primeros tratados de comercio

Las máquinas no habían disminuido los sufrimientos y miserias de las clases trabajadoras. Obreros y hasta políticos de pacotilla achacaban a las máquinas todas las antiguas y modernas injusticias sociales. Durante los motines que acompañaron la revolución de 1830, se destruyeron en París las nuevas prensas de imprimir recién llegadas de Alemania. En la revolución de 1848, los soliviantados demagogos se ensañaron otra vez en las máquinas. Talleres de imprenta tuvieron que defenderse contra nuevas agresiones; se quemaron hilanderías y fábricas de tejidos hasta en Barcelona; en otras partes se atentó contra los ferrocarriles... En Inglaterra la destrucción de maquinaria se organizó con simpatía de gran parte de la nación. Se necesitó medio siglo para que se reconocieran sus beneficios.

La exasperación de los obreros estaba, hasta cierto punto, justificada. La clase media, al remplazar a la antigua aristocracia en la responsabilidad de dirigir la economía nacional, empleaba la mano de obra con una falta de respeto a la dignidad humana, que hoy creeríamos imposible si no estuviéramos documentados. En Inglaterra les costó veinte años a Owen y sus discípulos conseguir una jornada máxima de once horas y reducir el trabajo de los niños menores de ocho años para que fueran a la escuela dos horas. En Francia se decía que era atentatorio a la libertad de contratar entre obreros y patronos que éstos no pudieran conseguir más que



Louis Blanc, el socialista incluido en el gobierno provisional francés creado tras el establecimiento de la Segunda República (Biblioteca Nacional, París).

jornadas de dieciséis horas con jornales de dos a tres francos.

El libro clásico de Villermé sobre el *Estado físico y moral de los obreros,* publicado en 1840, contiene párrafos como éstos: "En Mulhouse las hilanderías y fábricas de tejidos abren por la mañana a las cinco y cierran a las ocho o nueve de la noche... La jornada dura quince horas, con media hora para el desayuno y una para la comida. Trabajan, pues, por lo menos trece horas".

"Hay que verles llegar todavía de noche en días lluviosos y ateridos de frío. Vienen con ellos grupos de mujeres pálidas, delgadas, descalzas, que se cubren la cabeza con las faldas, y una caterva de niños tan sucios del aceite de las máquinas, que sus andrajos resultan impermeables."

Villermé describe los camaranchones en que viven las familias de obreros de Mulhouse, pero creemos más convincente este párrafo: "Su miseria es tan *profunda,* que, mientras en las familias de la clase media la mitad de los nacidos llega a la edad de veintinueve años, en las familias de tejedores e hiladores la mitad muere antes de los dos años". Condiciones análogas a las de Mulhouse predominaban en Lille, Roubaix, Saint-Quentin y Ruán. Villermé no era "filósofo" ni socialista. Era católico y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París y puede considerársele conservador. Su descripción de los sótanos donde se hacinaban por la noche los obreros de Lille es aterradora. Lo peor es que Villermé no relata nada excepcional. La condición del obrero en los demás países de Europa se consideraba peor que la del esclavo de la antigüedad. En Inglaterra se publicaban folletos ponderando el bienestar del esclavo negro en las colonias, mucho mejor tratado que el obrero blanco.

Estas injusticias, censuradas por lores, clérigos, filósofos y economistas, tenían que conducir a la reforma o la revolución. Lo primero ocurrió en Inglaterra, lo segundo en Francia.

El nubarrón parlamentario acumulado por la política conservadora del último ministerio de Luis Felipe, ya lo hemos visto, desencadenó la revolución de 1848. El rey escapó con su familia, y Francia tuvo otra vez que reorganizarse en República. Los sansimonianos y furieristas impusieron en los primeros días de la República algunas medidas humanitarias. Se decretó la jornada de diez horas para los obreros de París, y de once a doce para los de provincias. Se dio libertad a los esclavos de las colonias indemnizando a los propietarios. Se prohibieron los castigos corporales en el ejército y la marina y las penas degradantes en la justicia civil. La abolición de la pena de muerte ya no pasó de proyecto, pero se suprimió la prisión por deudas.

Es asombroso el número de periódicos que se empezaron a publicar en París así que saltó la mordaza de la prensa con la revolución de 1848. Los títulos de estos periódicos ya dan idea de su espíritu: *L'Acusateur Public, L'Ami du Peuple, L'Apôtre du Peuple, L'Arlequin Démocratique, Le Bien Public, Le Bonnet Rouge, La Bouche de Fer, Le But Social, Le Canard, La Cause commune, Le Censeur Républicain, Le Christ Républicain, Le Conciliateur, La Conspiration des Poudres* y un centenar más por el estilo.

Aunque la Revolución aumentó el número de beneficiarios o de "candidatos a la felicidad", no mejoró la situación de los obreros; al contrario, la agravaba por el pánico que producía en las clases adineradas. Los obreros habían dicho que soportarían tres meses de sufrimiento por la República; contaban que con tres meses habría tiempo suficiente para establecer un nuevo régimen que acabaría con su miseria. En el gobierno provisional no sólo había filántropos como el astrónomo Arago y el matemático Carnot, sino hasta un socialista profesional, Louis Blanc, e incluso un obrero, Albert.

Un remedio al paro y al hambre de París



Dibujo de la época de la revolución de 1848 en que un obrero defiende la libertad de prensa contra todos los poderosos. Después de dicha revolución y de desaparecer las trabas impuestas, fueron numerosos los periódicos que vieron la luz en París.

EL SEGUNDO IMPERIO (1852-1870)

1848 (10 diciembre) Luis Napoleón, presidente de la República francesa.

1851 (2 diciembre) Golpe de estado de Luis Napoleón.
(21 diciembre) Plebiscito-aprobación del golpe de estado.

1852 (14 enero) Luis Napoleón, elegido presidente de la República por diez años.
(2 diciembre) Proclamación del Imperio: Napoleón III.
(25 diciembre) Las atribuciones financieras del Cuerpo Legislativo pasan al emperador.
Fundación del "Crédito Rústico" y "Crédito Mobiliario".

1853 Haussmann, prefecto de París.
Primeras expediciones a Nueva Caledonia.

1853-1855 Legislación represiva contra la izquierda.

1854 Guerra de Crimea.

1856 Primer proyecto de ley sobre abolición de tarifas aduaneras.

1858 Expedición franco-inglesa en Extremo Oriente: tratado de Tien-Tsin.
Tratado de Plombières: acuerdo secreto entre Cavour y Napoleón.
Exposición Universal de París.
(14 enero) Atentado Orsini.
(19 febrero) Ley de Seguridad General: supresión del *habeas corpus;* penas de prisión o deportación por decisión administrativa.

1859 Guerra de Italia.
Ocupación de Saigón.

1860 Tratado de comercio con Gran Bretaña.
Reconocimiento a la cámara legislativa del derecho de crítica al gobierno.

1861 Proclamación del reino de Italia.

1862 Prusia: advenimiento de Bismarck.
Intervención internacional en México.

1863 Tratado de Hue: protectorado francés en Camboya.
Ley sobre las sociedades de responsabilidad limitada.
Triunfal campaña electoral de los partidos de oposición al régimen: la Unión Liberal.

1864 Thiers: las libertades necesarias.
Reconocimiento a los obreros del derecho a asociarse.

1865 Émile Ollivier funda un tercer partido, parlamentario y radical, con aspiraciones populistas.

1866 Guerra austro-prusiana: Sadowa.

1867 Las cámaras legislativas recobran el derecho de interpelación al gobierno.

1869 *Senatus-consulto* en que se establece una monarquía constitucional no parlamentaria.

1870 Ministerio Ollivier.
(8 mayo) Plebiscito para ratificar las reformas liberales.
(19 julio) Declaración de guerra a Alemania.
(2 septiembre) Batalla de Sedán.
(4 septiembre) Proclamación de la República en Francia.



Luis Bonaparte, rey de Holanda, y su hijo Napoleón, que después sería Napoleón III, por J. B. Wicar (Museo Napoleónico, Roma).

se creyó encontrar con la fundación de "talleres nacionales", que habían de ser vastos talleres de todas las industrias organizados y mantenidos por el gobierno. Pero como no había nada preparado ni el gobierno provisional tenía recursos, los "talleres nacionales" se redujeron a obras de desmonte y terraplén en el sector de París llamado Campo de Marte. Allí se dio trabajo, o mejor dicho, jornal sin trabajar, a cincuenta o sesenta mil desocupados. Estuvieron parados varios meses, hasta que con elecciones por sufragio universal se reunió otra Asamblea Constituyente. Ésta pensó por un momento en aprovechar las escuadras de obreros de los llamados "talleres nacionales" en algo más útil; incluso se pensó en nacionalizar los ferrocarriles, casi quebrados en aquel momento. Las compañías no protestarían de una expropiación ruinosa con tal de deshacerse de las líneas; el gobierno podía mejorarlas y extender sus ramales... Pero ni esto se hizo. Se decidió emprender en provincias otros trabajos del tipo de los que se habían hecho en París y enviar allí a los obreros sobrantes de la capital, especialmente los contaminados de socialismo. Poco a poco los parados fueron absorbidos por la industria privada o reclutados como soldados, y no se volvió a hablar de los "talleres nacionales". He aquí otra revolución fracasada por falta de plan y de técnicos.

Las elecciones para la Asamblea Constituyente demostraron ya que la revolución que había comenzado democrática y radical viraba hacia la burguesía y la derecha. Las primeras proclamas del gobierno provisional habían hecho alarde de querer establecer el régimen de la libertad en Francia para que sirviera de modelo a toda Europa. Con la máxima vaguedad que permite el estilo revolucionario, ofrecían "ayuda y apoyo moral" a los pueblos oprimidos, que no eran pocos. Francia se reservaba el decidir cuándo y cómo tenía que concedérsele la ayuda y el apoyo moral (15 de mayo de 1848). ¿Quería decir esto que Francia les "apoyaría" cuando les conviniera a ellos o cuando le conviniera a ella, esto es, cuando los necesitara como aliados? Seguros por lo menos del "apoyo moral" de la República recién establecida en Francia, todos los pueblos oprimidos se lanzaron a la rebelión animados por las proclamas del gobierno provisional. Pero la República –republicana, como ella misma se llamaba– no ayudó ni podía ayudar a nadie. Los belgas revolucionarios que pretendieron entrar en su patria fueron internados; los polacos y los húngaros, exterminados; los italianos del Piamonte que se lanzaron contra Austria fueron derrotados en Novara.

Pronto las elecciones a la presidencia de la República, que se verificaron limpiamente, con sufragio universal, acabaron de demostrar el carácter burgués y derechista de Francia en 1849. El candidato socialista Ledru-Rollin obtuvo 370.000 votos; el liberal republicano Cavaignac, 1.400.000, y el príncipe Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón I, 5.400.000. En realidad, la elección era un voto de censura al gobierno provisional. Francia se impacientaba con otra revolución de oradores y literatos. El elegido no tenía otros méritos que su parentesco con el gran emperador ni era personaje que el pueblo hubiera llegado a estimar por su conducta anterior. En 1848 fue elegido miembro de la Asamblea Constituyente sólo por el nombre que llevaba; allí no se distinguió ni como orador ni como político; en su campaña elec-

HACIA UNA CRONOLOGIA DE LA INDUSTRIALIZACION EN FRANCIA

"La industrialización es un fenómeno esencialmente dinámico, dominado por la difusión de un maquinismo en perfeccionamiento constante, por una tendencia a la concentración geográfica, económica y financiera creciente y unas inversiones y producción siempre en aumento" (P. LÉON, 1960).

Los orígenes de la industrialización en Francia se remontan al siglo XVIII por una razón negativa: los historiadores no poseen todavía materiales válidos y suficientes para adentrarse en la economía del siglo XVII.

Dentro del siglo XVIII se distingue entre los "sectores tradicionales" –la producción de telas de lino o lana, por ejemplo–, de crecimiento lento, y los "sectores nuevos" –metalurgia, industria algodonera–, que han conocido en la segunda mitad del siglo una primera expansión, gracias a la aplicación de procedimientos técnicos más avanzados y a una mayor inversión de capitales.

La influencia de estos sectores modernos sobre el conjunto de la economía es difícil de establecer. ¿Se ha transmitido su impulso a las otras industrias, a la agricultura y al comercio para hacer traspasar a la economía francesa los límites de la industrialización? No parece que haya sido así. Para Pierre Léon, la expansión es frenada por la escasa difusión de los progresos técnicos, por una política estatal intervencionista, en sentido conservador muchas veces, y por la hostilidad de las mentalidades y el medio social, poco favorables a la inversión industrial.

Otros economistas señalan el efecto retardador de una demanda estática, una onerosa política fiscal y una inclinación duradera a invertir preferentemente en el exterior. Había que superar además el obstáculo natural que representa la escasez de materias primas.

Para C. Fohlen, Francia en el siglo XVIII es un país esencialmente rural, cuya agricultura absorbe los escasos excedentes de mano de obra. La Revolución francesa no ha hecho sino consolidar con su reforma agraria estas condiciones inalteradas hasta 1850. Por su parte, los comienzos de la revolución industrial con la extensión del sistema doméstico en la industria textil, modo peculiar de utilización de la mano de obra campesina, favorece la estabilidad de la población rural, cuyos medios de subsistencia han aumentado. Las condiciones necesarias para el triunfo de la industrialización no se darían hasta el decenio 1850-1860.

En el siglo XIX, el crecimiento sostenido, especialmente acelerado en el decenio 1850-1860, es la tónica general en la industria metalúrgica y en la textil. A finales del siglo XIX e inicios del XX, la tendencia se transmite a otras industrias, calificadas a su vez de nuevas: la eléctrica o la automovilística.

No es posible evaluar de momento la influencia del crecimiento industrial sobre la producción agrícola.

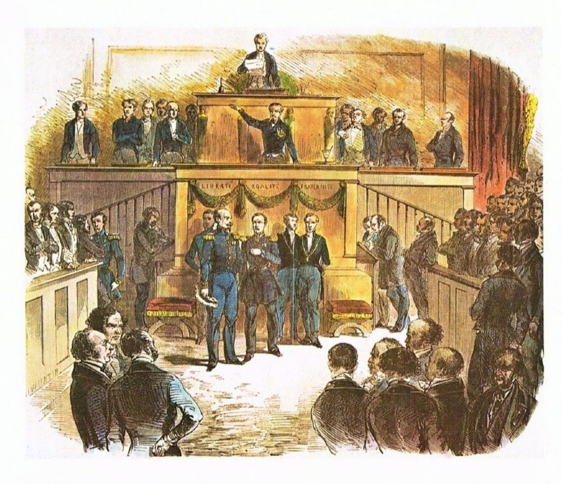
La generalización de los transportes ferroviarios en el período 1850-1870 coincide con la expansión industrial.

La evolución de la renta nacional está en estrecha conexión con las alteraciones de la producción industrial.

La industrialización, causa directa de la elevación del salario real, por consiguiente del nivel de vida, y factor decisivo de la concentración urbana, influye en la disminución de la mortalidad y el aumento de la tasa de natalidad, característicos de la demografía francesa del siglo XIX.

toral no manifestó más cualidades que la de saber disimular su ambición. No tenía dinero; había llegado lleno de deudas y con una amante inglesa que había instalado en Saint-Cloud, a la que por poco le embargan los muebles. Pagó su elección con 50.000 francos que le prestó el embajador español Narváez...

Durante los tres primeros años de su presidencia, Luis Bonaparte gobernó ateniéndose a las normas de la Constitución elaborada en 1848. Establecía una Asamblea Legislativa con 750 representantes elegidos por tres años; un Consejo de estado, que proponía las leyes a la Asamblea, y el presidente, que elegía sus ministros. El primer ministerio de Luis Napoleón estaba compuesto principalmente de monárquicos; la Asamblea era dócil; el Consejo de estado legislaba a gusto del presidente. Ya en 1849 se promulgaron varias leyes de tendencia absolutista. En este sentido fue más importante la ley de Instrucción Pública. Establecía la "libertad de enseñanza", pero con este título se disimulaba el casi privilegio de dar a las Órdenes religiosas la enseñanza privada, pues eran las únicas que estaban organizadas y tenían dinero para colegios. Por lo que toca a la escuela pública, quedó (según la ley de 1849) bajo la inspección del párroco del pueblo, con lo que se creía hacer de la escuela una dependencia de la Iglesia; mas no fue así: creó una rivalidad entre el cura y el maestro que dura todavía en Francia. Puede decirse que en Francia hay aún en cada pueblo un párroco y un antipárroco, que son el cura y el maestro



Luis Napoleón Bonaparte, ya elegido presidente de la República, jura la Constitución (Biblioteca Nacional, París). Aunque no se había distinguido como diputado de la Asamblea Constituyente, los votantes se sintieron subyugados por el nombre y triunfó por amplia mayoría sobre sus oponentes.

(curé y *anticuré);* representan dos tendencias opuestas: el catolicismo y el liberalismo.

El mismo año, el príncipe presidente decidió la primera intervención de la nueva República francesa en política internacional. Ya hemos dicho que las proclamas del gobierno provisional en 1848 prometían “ayuda y apoyo moral” a las naciones oprimidas. Los patriotas de los Estados pontificios se habían amotinado, confiando en aquellas promesas, como tantos otros. Habían proclamado una república romana. El papa Pío IX se había refugiado en Gaeta, ciudad del rey de Nápoles. Las tropas francesas republicanas (obsérvese: todavía republicanas) marcharon a reponerlo. Explicamos en detalle este episodio para que se vea cuán aprisa se olvidaban en Francia el espíritu y las promesas de la revolución.

En 1851, el presidente ya preparaba, con un jefe de policía adicto y un ministerio de partidarios, la restauración bonapartista. La técnica del golpe de estado de Luis Napoleón fue la misma empleada por Napoleón. Ante todo manifestó no desear este poder

Luis Napoleón, presidente de la República francesa, según una estampa popular contemporánea (Biblioteca Nacional, París). Elegido en 1849, tres años después dio un golpe de estado (diciembre de 1851) que le permitió deshacerse de sus enemigos republicanos. Según un plebiscito de pocos días después, se redactaba una nueva Constitución que rigió desde el 14 de enero de 1852, según la cual el presidente conservaría el poder durante diez años.

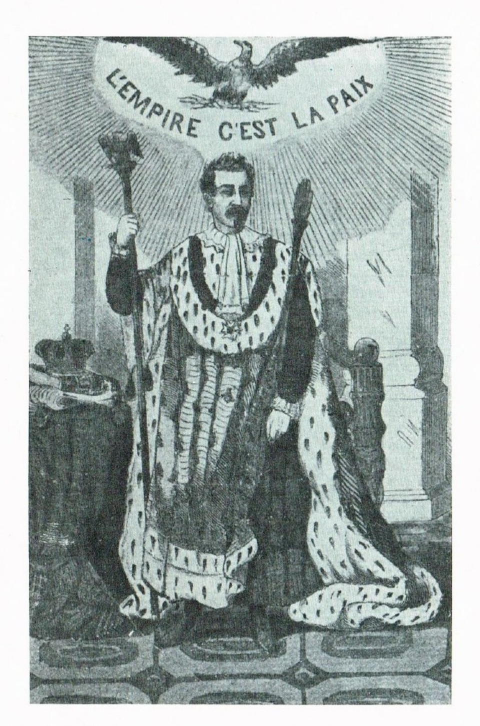


Luis Napoleón agasajado por la población de París a su regreso a la capital después del llamado "viaje de interrogación" por algunos departamentos franceses, en el cual mostró claramente el deseo de proclamarse emperador y pudo comprobarse que apenas habría oposición (Museo de Versalles).

que ambicionaba. Sus protestas familiarizaban al pueblo con la idea que aparentaba combatir. Primero sus manifestaciones fueron en el sentido de que rehusaría el poder si se le ofrecía; más tarde manifestó que lo aceptaría, si llegaba el caso, por pura necesidad; finalmente, acabó amenazando con tomárselo para el bien de Francia, no por su interés personal: "Si el país me impone *deberes,* sabré cumplirlos". "Acaso un día yo os diga: ¡Marchad, que yo sigo!... o bien, seré yo el que marche y diga: ¡Seguidme!" Era evidente que nadie le ofrecería el poder, pero que tampoco encontraría gran oposición si lo tomaba.

El golpe se dio la noche del día 2 de diciembre de 1851, aniversario de la batalla de Austerlitz. Sorprendió en la cama a los pocos que podían estorbar; no sólo a los republicanos de oposición, sino hasta parlamentarios como Thiers, que habían aceptado otros caminos y podían sentirse ofendidos porque no se les había consultado. Unos y otros, alrededor de setenta y cinco, fueron a la cárcel de Mazas, preparada de antemano. Por la mañana un gran despliegue de fuerza militar en París dio a entender a los parisienses que había ocurrido algo grave. La proclama del presidente, pegada en las esquinas, explicaba el porqué. Luis Napoleón quería más autoridad que la que le concedía la Constitución para "mantener la República..., salvar al país..., evitar la anarquía..., respetando la voluntad del pueblo..., los designios de la Providencia..., la soberanía nacional..., garantizar la libertad..., dar reposo y prosperidad... y sobre todo crear instituciones que durasen más que los hombres". El pueblo no protestó.

Hubo algunos motines en París, y en provincias buscaron y fusilaron a unos cuantos impenitentes republicanos. Varios miles fueron deportados a Guayana y Argelia; pero el golpe fue refrendado por dos plebiscitos. En 1851 se preguntaba: "¿Quiere el pueblo de Francia el mantenimiento de la autoridad de Luis Napoleón Bonaparte y le delega los poderes para reformar la Constitución?". Votaron sí, 7.400.000; votaron no, 647.000. Un año después se preguntó: "¿Quiere el pueblo francés la restauración de la dignidad imperial en la persona de Luis Napoleón Bonaparte con derecho a herencia en su sucesión directa o adoptada?". Votaron sí, 7.824.000; votaron no, 250.000... Se forzó algo el voto, hubo abstenciones, pero se tiene que reco-



Representación de Luis Napoleón como emperador aparecida mientras efectuaba el llamado "viaje de interrogación" (octubre de 1852).

nocer que aquellos resultados reflejaban la voluntad del pueblo francés... La República de 1848 había abdicado, deslumbrada por un solo nombre: ¡Napoleón!

Desde aquel momento, Napoleón III (el segundo Napoleón, hijo de Napoleón I, no llegó a reinar) gobernó con poder personal sin restricciones. Promulgó una Constitución, pero era sólo para facilitar su gobierno personal y disimular los excesos de su camarilla. Mantuvo una sombra de Asamblea elegida por sufragio universal, pero el gobierno proponía candidatos oficiales recomendando a los prefectos y alcaldes que favorecieran su elección. Se permitía la elección de algunos republicanos y legitimistas monárquicos, pero no podían tomar posesión sin jurar fidelidad al emperador. La elección duraba dos días; por la noche, entre el primero y el segundo, los alcaldes se llevaban las urnas a su domicilio particular. Puede calcularse que no era para guardarlas intactas sabiendo que el gobierno nombraba los alcaldes.

Así y todo, alguna oposición se infiltró en la Cámara; pero la prensa no podía publicar más reseñas de las sesiones que las que facilitaba el gobierno. Además de corromperles con dinero, el gobierno tenía una arma terrible contra los periódicos: la famosa Ley de Advertencias. El prefecto o gobernador advertía al periódico rebelde una vez, sólo una vez, sin consecuencias; a la segunda advertencia podía suspenderlo sin recurso de apelación.

El emperador gobernaba con un ministerio de parientes y amigos. Uno de ellos era el famoso duque de Morny, hijo natural de la reina Hortensia, y por tanto su casi hermano. Hombre de talento, financiero sin escrúpulos, arbitraba dinero para sí y el gobierno, a cambio de permitir todas las inmoralidades. Alphonse Daudet, que había sido por algún tiempo secretario del duque de Morny, ha descrito este personaje en su novela *El Nabab:* fue un potentado francés de tipo oriental. Otro colaborador de Napoleón III fue el conde Walewski, hijo del gran Napoleón y de la famosa condesa polaca Walewska, fiel a Bonaparte aun después de la deserción de María Luisa. Walewski era, pues, primo hermano del emperador y le sirvió discretísimamente en embajadas difíciles y en el ministerio de Negocios extranjeros. Los colaboradores del golpe de estado, el secretario confidente Persigny, el jefe de policía Maupas y el general de la guarnición de París, Saint-Arnaud, recibieron carteras de ministro. Después fueron ministros gentes de tipo más intelectual: el universitario Victor Duruy y el ex republicano Camille Olivier.

Napoleón III contrajo matrimonio en el año 1852 con una española mucho más joven que él, la condesa de Montijo. Por los retratos de Winterhalter comprendemos que era una perfecta belleza andaluza. El embajador austríaco Hübbner la describe diciendo que tenía "perfil de camafeo y ojos almendrados...". Añade que hablando "pasaba de uno a otro asunto, como hacen las mujeres españolas, que tienen más gracia que juicio". A pesar de este "elogio austríaco", el embajador reconoce que la emperatriz demostraba estar al corriente de los negocios importantes del gobierno, y no parece haber intrigado ni influido para decidir ningún asunto. En algunas ocasiones actuó como regente con gran discreción. En 1856 nació el príncipe imperial, regulándose así la sucesión prevista por el plebiscito de 1852. La corte se estableció en las Tullerías y, aunque la rancia nobleza legitimista nunca reconoció el Imperio, no faltaron damas de los nuevos ricos, esposas de generales y hasta aristócratas



Napoleón III, por Ch. L. Müller (Museo de Versalles). Tras un nuevo plebiscito del 21 de noviembre de 1852, el presidente Luis Napoleón fue proclamado emperador el 2 de diciembre de aquel mismo año.

de segunda clase para llenar los salones. Se bailaba al son de un órgano mecánico que movían un general y el maestro de ceremonias, "porque el emperador detestaba los músicos", pues decía "cuentan más tarde por la calle todo lo que han visto en el salón y lo que no han visto". Se representaban "cuadros vivos", y se daban sesiones de espiritismo con mesas parlantes.

Para apaciguar la "fiera revolucionaria", el Segundo Imperio francés hizo grandes obras públicas, sobre todo en París. La reforma de París la llevó a cabo un prefecto con poderes dictatoriales llamado Haussmann. Era de origen alsaciano. Sin patrimonio local que le inclinara a conservar el París pintoresco de plazuelas con mercados, conventos con tapias y jardines y callejas estrechas, especialmente buenas para días de barricadas, construyó espaciosos bulevares que, además de un anillo de vías a propósito para la circulación, comunicaban fácilmente las varias estaciones de ferrocarril. Haussmann manejó sin escrúpulos recursos casi ilimitados porque los Bancos y capitalistas hacían negocios fabulosos con la expropiación y el aumento de valor de los terrenos de la reforma. Se terminó el Louvre, se construyó la Ópera y los grandes mercados. El París actual es todavía el París del Segundo Imperio, mejor dicho, el París de Haussmann. Se rehabilitaron los ferrocarriles con subvenciones y alargando el plazo de reversión. Innumerables empresas de orden industrial o económico fueron sostenidas o patrocinadas por el gobierno. Toda iniciativa que pudiera a la larga producir riqueza, aunque representara un privilegio escandaloso disfrazado de interés público, estaba segura de encontrar el apoyo oficial.

Se fundaban compañías por acciones para toda clase de empresas, que muchas veces resultaban provechosas sólo por su carácter de monopolio. De todas éstas, la más importante es la del canal de Suez, realizado con capital francés en su mayor parte. El jedive contribuyó con labor forzada: 25.000 hombres se vieron obligados a trabajar por cuenta del



Carlos, duque de Morny, hermano bastardo de Napoleón III y su ministro de Hacienda, retratado por Daudet en su novela "El Nabab" (Biblioteca Nacional, París).

LA REVOLUCION BANCARIA DEL SEGUNDO IMPERIO

Con el Segundo Imperio, la economía francesa se transforma en una economía moderna, con un mercado de ámbito nacional; favorecida, ciertamente, por un cambio de la coyuntura económica que, a partir de los años 1850-1851, se caracterizará por una alza de precios que durará casi un cuarto de siglo, más impulsada de forma decisiva por un estado abiertamente intervencionista, en el que la iniciativa personal de Napoleón III –su preocupación fundamental, nutrida en su exilio inglés, era hacer de Francia un país rico– encontró su justificación teórica, y los hombres capaces de hacerla realidad, en el sansimonismo, con su ideal de progreso humano fundado en el económico, con su exaltación de la clase industrial.

Francia conocerá, pues, entre 1852 y 1870 –a semejanza de los demás países occidentales– un período de prodigioso desarrollo del régimen capitalista explicado en gran medida –pues se trata de una de las causas fundamentales del indicado cambio de coyuntura– por la puesta en circulación de una enorme masa monetaria tras los descubrimientos –en 1845 y 1851, respectivamente– de las minas de oro de California y Australia: en veinte años (1850-1870), la producción de oro en el mundo casi iguala a la cantidad acumulada desde el descubrimiento de América (Dupeux).

Tan favorable oportunidad requería, para su pleno aprovechamiento, la realización de profundas modificaciones en la estructura del sistema bancario francés, dominado hasta entonces por la alta banca o banca privada, es decir, por un pequeño número de bancos (alrededor de una docena), surgidos generalmente a principios del siglo XIX, sin sucursales, carentes de toda espectacularidad y caracterizados por dos notas fundamentales:

1.ª Trabajan con sus capitales personales, abundantes y constantemente acrecentados por inversiones muy estudiadas.

2.ª Sus inversiones son a largo plazo y se realizan en las grandes empresas económicas: industrias, minas, transportes, participando también, con gran frecuencia, en la colocación de fondos del estado (Lesourd y Gérard).

La alta banca, en la que suelen distinguirse dos grupos: el de origen judío (Rothschild, Worms, Heine) y el de origen protestante (Mallet, Mirabaud, Verne), consolidará su poderío durante la monarquía de julio, participando en la creación del sistema ferroviario y en el desarrollo de la industria metalúrgica.

Este dominio de la alta banca se verá limitado durante el Segundo Imperio:

A) Con la creación, entre 1848 y 1864, de los más importantes establecimientos de crédito, aún hoy día subsistentes en Francia: el *Comptoir National d'Escompte de Paris* (1848), el *Crédit Industriel et Commercial* (1859), el *Crédit Lyonnais* (1863) y la *Société Général* (1864).

Frente a la alta banca, los establecimientos de crédito se caracterizaban, de una parte, por trabajar con su capital social, formado por el conjunto de sus acciones y reservas y con los depósitos a la vista, y, de otra, por realizar únicamente operaciones a corto plazo (custodia de depósitos, descuentos, cambio entre monedas extranjeras, adelantos sobre títulos). Obtendrán un gran éxito.

B) Mas, sobre todo, adquirirán gran auge los bancos de negocios, que, a semejanza de la alta banca, se dedican a operaciones a largo plazo (que inmovilizan el dinero durante varios años) y que, como los establecimientos de crédito, constituyen su capital por acciones. Hay un importante desarrollo del crédito territorial con garantía hipotecaria *(crédit foncier)*, a partir del decreto-ley de 28 de febrero de 1852 que autoriza la creación de sociedades de crédito inmobiliario que prestarán sumas reembolsables a largo plazo por anualidades. Surgen así la *Banque foncière de Paris*, la *Société foncière de Marseille*, la *Société foncière de Nevers*. Cuando la *Banque* de París se incorpore a las otras dos, surgirá el *Crédit foncier de France*.

Importa destacar como el crédito territorial se orienta mucho más hacia la propiedad urbana que hacia las explotaciones agrícolas.

Faltaba en Francia, sin embargo, la institución orientada a la industria y al comercio, la que se ha denominado, entre las creaciones de la época, "la más atrevida..., la más significativa... por sus tendencias..., la más original por sus objetivos" (L'Homme): el *Crédit Mobilier*, fundado en noviembre de 1852 y con un capital de 60 millones, dividido en acciones de 500 francos, por los hermanos Émile e Isaac Péreire, judíos de origen portugués, antiguos sansimonianos.

Bajo el impulso de los Péreire, el crédito se convierte, según la expresión de Jean L'Homme, en una "industria motriz". La idea clave es la de movilizar los ahorros que crecen con la prosperidad del país y que hasta entonces permanecían estériles o se empleaban improductivamente, proporcionando a las empresas que empiezan el crédito que no les facilita la alta banca, preocupada por las inversiones seguras.

Los recursos los obtendría mediante la emisión de obligaciones a largo plazo por imposición del gobierno y los prestará a las sociedades que se quiere agrupar, de manera que las más sólidas garanticen de alguna manera a las menos seguras.

Los resultados fueron excepcionales. Distribuyendo pronto enormes dividendos, dio un gran impulso a los más varios negocios industriales y mercantiles: gas, seguros, transportes marítimos, construcción inmobiliaria..., interviniendo también en la construcción de ferrocarriles dentro y fuera –norte de España, Suiza, Austria, Rusia– de Francia. En 1863 controlaba diecinueve compañías y más de tres mil millones de francos de capital.

Temiendo desde los primeros momentos la hostilidad de la alta banca, especialmente de los Rothschild, su intento de convertirse en banca de emisión, le atrajo la oposición de la *Banque de France*. Fuertes inmovilizaciones –especialmente la compra de terrenos de Marsella– quebrantaron su crédito y la crisis de 1866 hizo caer en la Bolsa la cotización de los valores que constituían la cartera del *Crédit*, dimitiendo los hermanos Péreire. La sociedad desapareció en 1871, no sin haber desempeñado un papel muy importante en el desarrollo económico de Francia.

Para concluir, puede señalarse, con Lesourd y Gérard, que durante el Segundo Imperio:

1.º Se pasa progresivamente de una Banca que trabaja con capitales propios, que pertenecen a algunos miembros de una gran familia o a algunos poseedores de capitales, hacia otro tipo que utilizará, sobre todo, los fondos de los depositantes o de gran cantidad de accionistas u obligacionistas. Se hablará de "plebiscito de los capitales".

2.º Se produce una especialización cada vez más clara entre operaciones a largo y a corto plazo.

3.º La revolución (de tal forma cabe calificarla) de la Banca francesa permite movilizar el crédito que hará posible la transformación económica de Francia. París será considerado, después de Londres, como el gran mercado financiero del mundo, lo que explica la atracción de los países extranjeros hacia las inversiones francesas.

A. M.



Eugenia de Montijo, la española con quien casó Napoleón III (Museo Carnavalet, París).

Estampa popular que representa el matrimonio de Napoleón III y Eugenia de Montijo (Biblioteca Nacional, París).



estado. Como propina, el estado egipcio recibió una participación de 176.000 acciones de las 400.000 de la compañía del canal, pero encontrándose el jedive en dificultades financieras, vendió sus acciones al gobierno inglés por cuatro millones de libras esterlinas. Esta transacción no sólo proporcionó a los ingleses el dominio del canal, sino que fue económicamente un gran negocio. Hubo años que produjo el 50 por 100. El canal de Suez fue inaugurado en 1869 por la emperatriz. El director fue Ferdinand de Lesseps, a quien vimos entre los discípulos de Saint-Simon, pero los sansimonianos no tenían escrúpulos en participar en los grandes negocios del Segundo Imperio, aunque ellos eran de honradez casi mística. Mientras una obra representara un progreso, poco les importaba que costase demasiados millones; su moral no era la del bien y el mal, sino del más o el menos progreso. Los adelantos científicos impondrían otra justicia; lo esencial era la marcha adelante en lugar de la marcha atrás. Con la civilización, las reformas sociales no se tendrían que conceder; políticamente serían inevitables. Al lado de los ferrocarriles se instalaba el telégrafo público, hecho más importante que discutir sobre tal o cual punto de filosofía. La moral era colectiva; el individuo no contaba.

George-Eugène, barón de Haussmann, prefecto del Sena bajo Napoleón III, que llevó a cabo una trascendental reforma urbana de París.



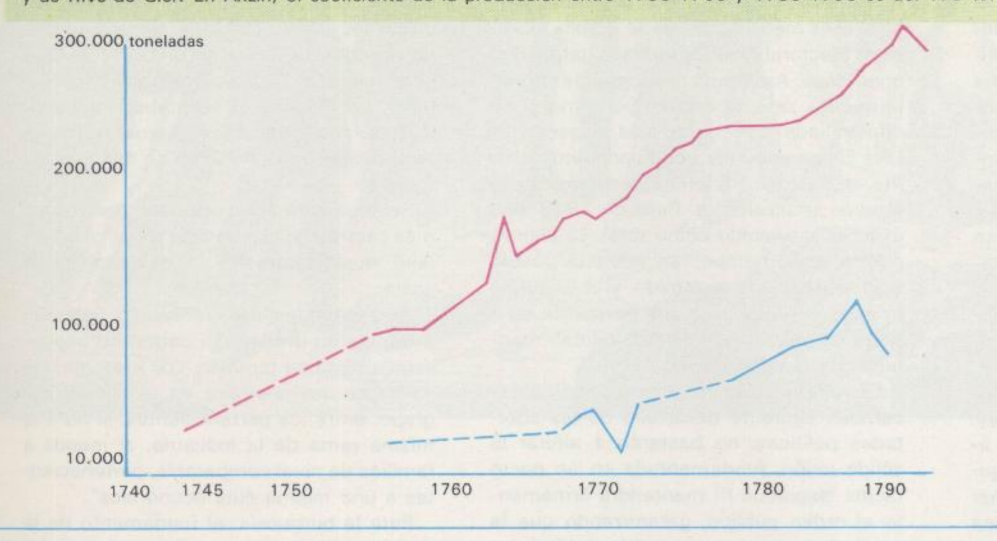
Velada musical en París durante el Segundo Imperio (Biblioteca Nacional, París).

EL CRECIMIENTO DE LA INDUSTRIA FRANCESA EN EL SIGLO XVIII: LA PRODUCCION DE HULLA

(según P. Léon, "La industrialisation en France en tant que facteur de croissance économique du début du XVIII^e siècle à nos jours", Première Conférence d'histoire économique, 1960)

Cuenca de Anzin
Cuenca de Rive-de-Gier

Ejemplo del crecimiento de un sector nuevo en el siglo XVIII: la producción hullera pasaría de 50.000 ó 75.000 toneladas a principios de siglo a 6.000.000 ó 7.000.000 en 1789. Estas cifras globales, poco exactas y discutibles, son confirmadas por estudios parciales, como la evolución de la producción en la cuenca de Anzin y de Rive-de-Gier. En Anzin, el coeficiente de la producción entre 1756-1760 y 1786-1790 es del 176 %.



Inauguración de los trabajos de apertura del canal de Suez, el 25 de abril de 1859 (Museo Carnavalet, París).

LA GRAN BURGUESIA

¿Qué debe entenderse por gran burguesía?

Para Jean L'Homme se trata de una clase social constituida por personas: 1.º, que trabajan, no manualmente, pero sí ejerciendo funciones directoras; 2.º, que se hallan comprometidas en actividades particularmente remuneradas; 3.º, que disponen de enormes ingresos. Los dos primeros elementos separan a la gran burguesía de la antigua aristocracia terrateniente; el tercero la separa de las demás burguesías: pequeña y mediana, ya que son únicamente diferencias de riqueza las que trazan la frontera entre la gran burguesía por una parte y, por otra, la mediana (comerciantes, funcionarios medios, profesionales libres) y la pequeña (tenderos y pequeños funcionarios).

Precisando más, la estructura de la gran burguesía se presenta de la siguiente manera:

a) En la cúspide, una doble serie de industriales y banqueros.

b) Ligeramente después el gran comercio y el grupo constituido por altos funcionarios ministeriales y hombres de ley: notarios, procuradores, estrechamente ligados todos ellos al mundo de los negocios. Mas no basta el cargo para formar parte de la clase, siendo preciso que sea cuantioso su rendimiento económico.

c) Por último, un grupo heterogéneo en el que se integran funcionarios, abogados, profesores, literatos, periodistas, que, por supuesto, con altos ingresos figuren en un escalón suficientemente elevado de la jerarquía administrativa o pongan sus talentos al servicio de la clase.

Se ha señalado cómo cada una de las tres revoluciones ocurridas entre 1830 y 1848 resulta efectuada contra una clase definida: la de 1830, contra la aristocracia terrateniente; la de febrero de 1848, contra la gran burguesía; la de junio de 1848, contra el pueblo de París, en el que empezará a surgir entonces una auténtica conciencia proletaria.

Por consiguiente, en 1830, la coalición de gran burguesía y clases medias desplazará a la aristocracia territorial. Durante la monarquía de julio, decepcionadas las clases medias, apenas se amplía el sistema electoral, la Guardia Nacional se descompone... Asistimos al apogeo de la gran burguesía, que se constituye como clase diferenciada con caracteres específicos: Luis Felipe gobernará con banqueros (Laffite o Casimir Périer). Clases medias y obreros se alzarán en París en 1848 y su éxito es tan rápido como total. La alianza durará poco tiempo; en junio el pueblo será brutalmente reprimido, y el Segundo Imperio verá como la alta burguesía continúa, al menos en lo fundamental, manteniendo la supremacía.

Las diferencias con el emperador: librecambio, aparente desarrollo de las libertades políticas, no bastarán a alterar la sólida unión, fundamentada en un pacto tácito. Napoleón III mantendrá firmemente el orden público, garantizando que la propiedad –tan amenazada a principios de 1848– sea respetada y la alta burguesía –no sólo ella, por supuesto– acepte el régimen dictatorial. Habrá, sí, una renovación del personal político, pero éste será escogido por el emperador entre la gran burguesía, repitiéndose sus nombres: Magne, Baroche, Rohuer, "el viceemperador sin responsabilidad", Fould, Billault... al frente de los departamentos ministeriales. Seguirá, pues, dominando, ciertamente con un nuevo espíritu, el sansimonismo, necesario para adaptarse a la evolución capitalista.

Ya se ha aludido a la heterogénea estructura de la alta burguesía. Mas, evidentemente, es su estrato superior el que mejor la caracteriza. Estudiada ya la revolución de las finanzas, interesa ahora hacer alguna referencia a la gran industria, cuyo desarrollo es manifiesto, aprovechando, sí, la coyuntura económica favorable, pero impulsada por capitanes de empresa dinámicos: los Wendel, Schneider y Talabot, en la metalurgia; los Kuhlmann, Guimet, Deutsch de la Meurthe, Desmarais, pioneros de la industria química..., que son capaces de innovar y que realizan un proceso de concentración industrial: técnico –en los grandes establecimientos– y geográfico –en las ciudades o cerca de las mismas–, gracias al cual aumenta la productividad, desapareciendo el viejo mundo artesanal (fenómeno especialmente visible en la industria textil): los establecimientos de Wendel ocupan más de 9.000 obreros a finales del período, y las fábricas Schneider pasan de 2.500 en 1845 a 6.000 en 1860 y 10.000 en 1870, y en el campo de los ferrocarriles las 42 sociedades existentes en 1851 son sólo 6 en 1860.

Hay que destacar que la concentración no se reduce sólo a las empresas, sino que afecta a las funciones y a los cargos: un colaborador de Proudhon, Georges Duchêne, afirmará que en 1868 los Péreire gobernaban unas 19 compañías, con 3.500 millones de francos de capital, y que los administradores de sociedades no pasaban de 183 personas, de las que una treintena: Morny, Rothschild, los Talabot, los Péreire... presentaban impresionantes acumulaciones. Estos hombres controlarían más de 20.000 millones de francos.

Resta, finalmente, esbozar los rasgos más característicos de esta clase, que tenderá manifiestamente a constituirse en casta:

"Los múltiples lazos familiares... tienden a reforzar la unidad del patronato capitalista, a cerrarse también. Los matrimonios se hacen casi siempre en el interior del grupo, entre los pertenecientes, si no a la misma rama de la industria, al menos a familias de nivel comparable, pertenecientes a una misma élite económica".

Para la burguesía, el fundamento de la sociedad no puede ser más que la propiedad, que permite el beneficio y proporciona la seguridad. De aquí, que las virtudes burguesas sean las que se ven recompensadas por un acrecentamiento de la riqueza: saber práctico, cálculo, prudencia, orden, economía. Y los vicios más degradantes, los que perturban los negocios: deshonestidad, robo... (Dupeux).

Peculiares características presenta la vida familiar, dominada por los intereses, con el matrimonio como problema fundamental, sujeto, por ello, a minucioso cálculo. Vida familiar de la que R. Pernoud señala: "La mujer está literalmente ausente del Código Civil. La mujer, aún más que bajo el Antiguo Régimen, permanece una eterna menor, pasando de la tutela del padre a la del marido... El Código Civil ignora al niño: es el futuro propietario el que interesa a los juristas".

La búsqueda sin escrúpulo de la riqueza supondrá explotar a toda una clase, de la que se exige que acepte su suerte con paciencia: una relativa excepción, la burguesía protestante de Alsacia, dominante en la industria textil, que fue la primera en preocuparse del bienestar material de sus obreros (ciudades obreras, cantinas, escuelas, etc.).

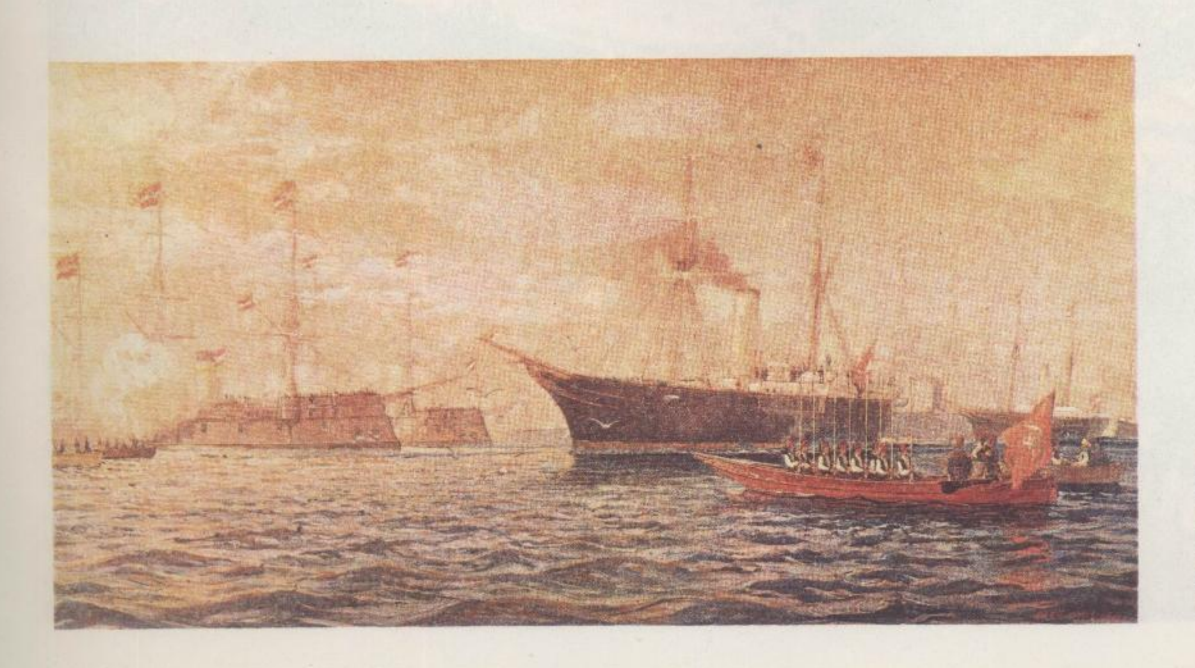
Pero el rasgo más característico de la mentalidad burguesa es la "buena conciencia". Los pensadores de la burguesía se preocuparán, ante todo, no dudando en recurrir a la Historia, de justificar que aquélla ocupa en la sociedad el lugar que le corresponde, el primero (Dupeux).

A. M.

Llegada a Alejandría de los invitados del jedive a la inauguración del canal de Suez, el 17 de noviembre de 1869 (Civica Raccolta Bartarelli, Milán).

La política exterior compensaba a los franceses de la atonía del Parlamento y la disminución de su libertad en Francia. La revolución de 1848 había sido una chispa de poca duración, pero había encendido otras hogueras mucho más revolucionarias por toda Europa. De grado o por fuerza, Francia tenía que intervenir en Italia, en Grecia y hasta en México y en Oriente. En otros capítulos detallaremos la parte que tomó Francia en las revoluciones de México e Italia. Pero la guerra de Crimea requiere ser tratada aquí porque representa la primera cooperación militar de Francia e Inglaterra, que parecía imposible después de Waterloo.

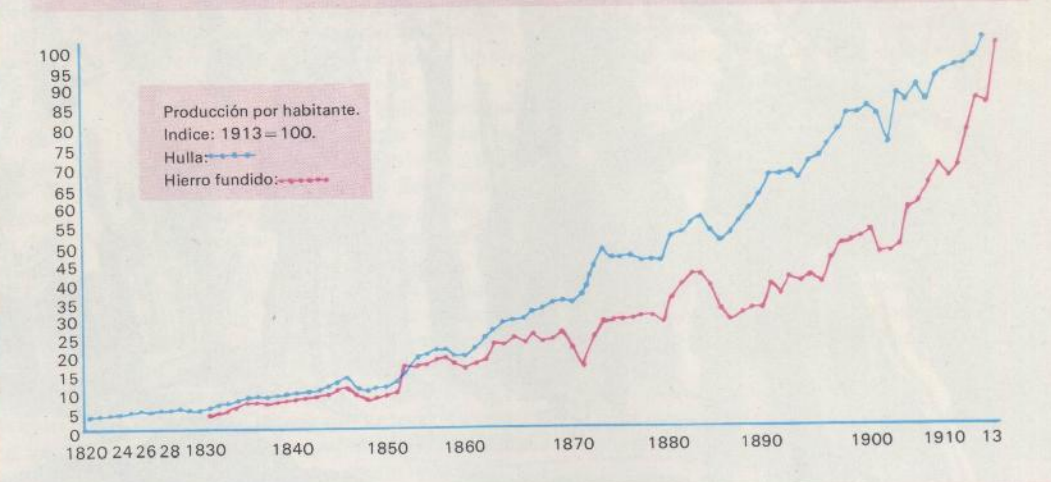
La guerra de Crimea tuvo por objeto detener a Rusia en su proyecto de avanzar hasta los Dardanelos. En el famoso programa de expansión que se llamó en Rusia "el testamento de Pedro el Grande", se presupone la anexión de Constantinopla y el acceso de Rusia al Mediterráneo. En 1850, el Imperio



Reunión de buques para la inauguración del canal de Suez, entre ellos aquel en que iba el emperador de Austria Francisco José (Museo del Ejército, Viena).

EL CRECIMIENTO DE LA INDUSTRIA FRANCESA EN EL SIGLO XIX: LA PRODUCCION SIDERURGICA

(según P. León, "La industrialisation en France en tant que facteur de croissance économique du début du XVIII[e] siècle à nos jours", Première Conférence d'histoire économique, 1960)



El sostenido crecimiento de un sector básico como la metalurgia es un signo de la afirmación irreversible de la industrialización en la Francia del siglo XIX. La producción de hulla se acrecienta en un 3.212 % entre 1821-1824 y 1910-1913 y la de hierro en un 1.890 % entre 1830-1833 y 1910-1913. El porcentaje de crecimiento varía según los períodos. En la producción hullera pasa de 4,9 en 1820-1850 a 6,1 en 1851-1873, para reducirse a 2,4 en 1874-1896 y 1,7 en 1896-1913. La evolución de la producción de hierro es semejante, lo cual sitúa el momento de máximo crecimiento industrial en los años 1850-1870, que culminan una expansión iniciada en 1820-1830. Estas consideraciones son también válidas para la industria textil. Desde 1870, el crecimiento industrial es más lento; la tendencia tiende a acentuarse en la producción carbonífera, pero no en la producción de hierro, que recobra a principios del siglo XX su ritmo, aunque sin alcanzar otra vez los niveles del Segundo Imperio.

El canal de Suez abierto a la navegación (Biblioteca Nacional, París).



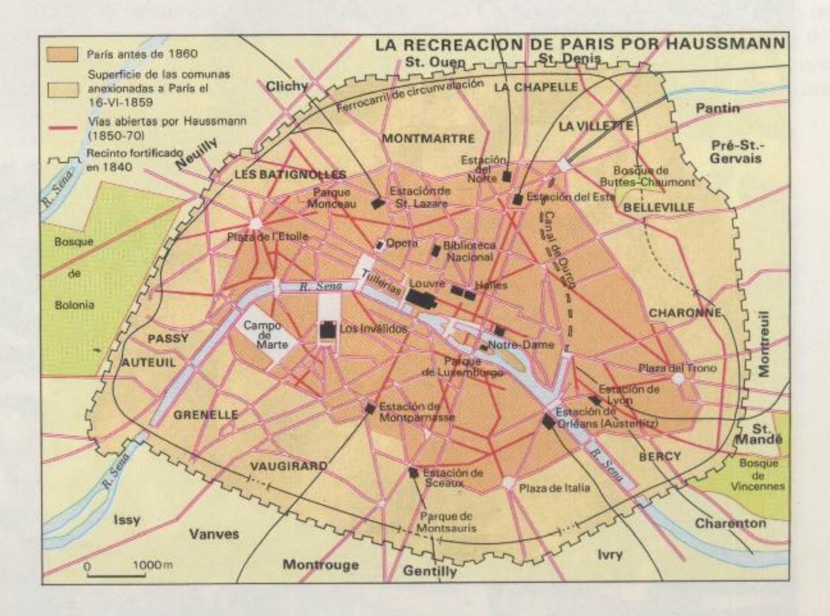


El general Mac Mahon con sus fuerzas en el asalto del fuerte Malakof, en Sebastopol, el 8 de septiembre de 1855 (Museo del Ejército, París). Este hecho de armas y la inmediata capitulación de Sebastopol pusieron fin a la guerra de Crimea, en la que Gran Bretaña, Francia y Piamonte se habían opuesto a las intenciones rusas de aprovecharse de la debilidad del Imperio otomano. El tratado de paz se firmaría en París el 30 de marzo de 1856.

turco era ya "una nación enferma" que Rusia creía poder maltratar sin peligro, devolviéndola al lugar de su origen: las altas planicies de Anatolia. El zar proseguía una política desenfadada "protegiendo a cristianos" en tierra de turcos, según convenía a su política. En 1853, con la excusa de defender a los cristianos de Tierra Santa, envió un ultimátum feroz a Turquía, la cual, sintiéndose apoyada por Inglaterra y Francia, declaró la guerra. Al cabo de seis meses de escaramuzas sin consecuencia en las llanuras rumanas, los aliados, ingleses, franceses, piamonteses y turcos, se encontraron sitiando al ejército ruso encerrado en Sebastopol, fortaleza de Crimea. El sitio duró casi un año. Los aliados sufrieron frío y enfermedades, pero no hubo grandes combates. Las flotas inglesa y francesa abastecían de víveres y municiones a los ejércitos sitiadores. Sebastopol tarde o temprano tenía que rendirse, pero si los rusos hubiesen movilizado un segundo ejército la campaña hubiera podido continuar. Quién sabe si no habrían acabado peleándose los aliados entre sí.

Tal como terminó, la guerra de Crimea fue un éxito personal de Napoleón III. Si convenía, podía llamarse gran victoria militar para fines políticos. Presidió la Conferencia de la Paz, reunida en París, aquel ya mencionado Walewski, bastardo de Napoleón el Grande. Fue ocasión de grandes fiestas. Asistieron a ella no sólo compromisarios de las naciones beligerantes, sino también de Austria y Prusia. En el tratado se consignó la neutralización del mar Negro, donde ni Rusia ni Turquía podían tener marina de guerra; se garantizó la integridad del Imperio otomano, aunque concediendo autonomía a la provincia turca que después fue Rumania... Resultados poco gloriosos. Se discutió secretamente sobre Polonia e Italia. Cavour no perdió la ocasión de hablar personalmente con el emperador y se estableció entre el gran político y Napoleón III aquella amistad sincera que acabó por decidir a éste a intervenir varias veces en Italia.

Pero, como ya queda dicho, el más importante resultado de la guerra de Crimea fue que se echaron las bases de una "inteligencia" entre Francia e Inglaterra. El emperador había pasado su juventud entre los ingleses y no sentía deseo de "venganza" con-



El puerto de Balaklava, en Crimea, donde se dio otro notorio hecho de armas en aquella campaña.

Estampa popular que representa la batalla de Inkermann, uno de los hechos de armas de la guerra de Crimea (Biblioteca Nacional, París).

tra los implacables enemigos de su tío. La reina Victoria, joven todavía, admiraba al emperador porque carecía de la "versatilidad y ligereza de los franceses". Decía que Napoleón "no tenía como ellos atrofiado el sentido moral". Durante el verano del sitio de Sebastopol (1854), la reina Victoria, acompañada del príncipe consorte Alberto, hizo su primer viaje a la ciudad de París y regresó entusiasmada de la familia imperial, considerada como familia modelo.

Estas relaciones, empezadas con un fin político, tuvieron la consecuencia menos esperada. Acabaron con un tratado de comercio, el primer tratado puramente comercial efectuado entre naciones de la época moderna.

El asunto es tan importante que, para que

LOS PREFECTOS

Se trata de un tema clave para entender la Administración francesa, imitada, como es sabido, por buena parte de los países europeos durante el siglo XIX. García de Enterría ha subrayado como el prefecto ha llegado a ser en Francia el prototipo de administrador profesional, cuyo contacto con la capa política se reduce sólo a lo estrictamente necesario. No ha sido así siempre: la situación bajo el Segundo Imperio es buena prueba de ello.

Pero el estudio del sistema prefectoral es también clave para entender cómo se desarrolló realmente la vida política francesa bajo la dictadura de Luis Napoleón.

El cuerpo prefectoral tiene su antecedente en los intendentes, funcionarios nombrados y separados libremente por el rey, con amplísimas competencias: *"Le Roi présent dans la province"*, factores básicos de la política de centralización de Richelieu, que habrían de perdurar hasta la Revolución francesa.

La gran revolución, en su ataque inicial a la centralización absolutista (se dividirá Francia en 83 departamentos, regidos por una Asamblea Electiva y un Consejo Ejecutivo surgido de la misma), pondría en peligro la unidad nacional al permitir el predominio de los intereses locales frente al interés común. Confusión e ineficacia caracterizan una situación a la que pondría fin el golpe de estado del 18 Brumario.

Con Napoleón como primer cónsul se opera una reacción centralizadora como único medio de consolidar la República. La Administración local se estructura en departamentos (95), *arrondissements* y municipios, a cuyo frente habría prefectos, subprefectos y alcaldes. La Ley de 17 de febrero de 1800 crea los prefectos, que, asistidos por dos consejos: *Général* y de *Préfecture*, límite escaso a su amplia esfera de acción, gobernarían los distritos de forma efectiva en nombre del poder central.

Dos notas resaltan desde el primer momento en el cuerpo prefectoral, señala Chapman: en el departamento eran la suprema autoridad, con poderes en su mayoría indeterminados legalmente, de hecho amplísimos, pero en sus relaciones con el centro tenían que ser meros agentes ejecutivos, subordinando su voluntad y sus creencias políticas a los fines del gobierno, que podía destituirlos sin ningún condicionamiento. Grandes poderes locales, pues, pero estricta obediencia al centro. La actividad de los prefectos se extendió rápidamente, "fuerza motriz de Francia en los campos social, político y económico", que proporcionaría la firme base de gobierno necesaria a Napoleón para constituir su Imperio. Adquiriendo, a semejanza de su creador, cierto gusto por la dictadura, el cuerpo prefectoral perdurará con la Restauración, asemejándose a los sucesivos gobiernos. Con Luis XVIII (1815-1825), Carlos X (1825-1830), Luis Felipe (1830-1848), la Segunda República (1848-1852) y Napoleón III (1852-1870), los prefectos, desde luego, no exclusivamente, fueron de forma principal agentes electorales y jefes de policía (Chapman).

Con el Segundo Imperio, los prefectos (que han creado, con sus informes alarmantes sobre la situación social en sus departamentos, la *Peur de 1852* que, de manera importante, facilitaría el golpe de estado) jugarían un papel político clave.

La Constitución de 15 de enero de 1852 establecía el sufragio universal, pero la libertad de elección es pura ficción. Por ejemplo: en la primera Cámara de 1852 no hubo oposición, y en 1857 se decidió presentar, salvo a Montalembert, como candidatos oficiales a todos los salientes, etcétera. Y es el prefecto el encargado de dirigir la manipulación electoral, empleando todos los medios posibles: desde la corrupción a la violencia. La obstrucción de los cauces políticos constitucionales habría de obligar a la oposición a una actuación ilegal, que el gobierno reprimiría con enorme dureza –es significativo el nombre *Préfets à poigne*– a través de la policía, encomendada también a los prefectos.

Algunos textos pueden ilustrar acerca del espíritu prefectoral y de lo que el gobierno esperaba del cuerpo: "Para nosotros, funcionarios públicos, en cualquier grado, de la jerarquía en que estemos colocados, no debemos olvidar que la autoridad y la influencia legítima que otorgan las funciones que nosotros tenemos de la confianza del gobierno deben consagrarse por completo a hacer prevalecer sus decisiones y a hacer respetar las leyes", dirá el prefecto de l'Aube, y Persigny, ministro del Interior, en 1852: "El bien público sólo puede ser asegurado a condición de que el cuerpo legislativo esté en perfecta armonía de ideas con la cabeza del estado. Consecuentemente, el señor prefecto, por medio de los varios agentes de la Administración y por todos y cualesquiera de los medios que considere oportunos en relación con los sentimientos de su territorio (y si fuere necesario mediante instrucciones imperativas a los municipios), dará todos los pasos necesarios para llamar la atención de los electores de su departamento sobre los candidatos que el gobierno de Luis Napoleón juzga ser los más útiles para ayudarle en su trabajo de reconstrucción".

Los prefectos siguieron siendo utilizados como agentes políticos en los inicios de la Tercera República y sólo cuando, a partir de 1879, se consolidó firmemente el régimen, se inició el proceso que les llevaría a convertirse, como se señaló al principio, en prototipo del administrador profesional.

Hasta aquí, el aspecto sombrío: la deformación política de la institución. Hay, sin embargo, otra cara, pues no es posible olvidar que muchos prefectos fueron administradores y hombres políticos destacados: Henri Audifret, en Nantes; Chevrant, en el Puy; Paul, en Vannes; Janvier de la Motte, en Evreux..., que supieron mantener la seguridad del país, realizar una dirección provincial efectiva y promover y desarrollar la industria y la riqueza locales. Fue también el cuerpo prefectoral un instrumento importante para la formación de hombres públicos y sirvió para organizar la Administración de las zonas de expansión francesa en el Mediterráneo.

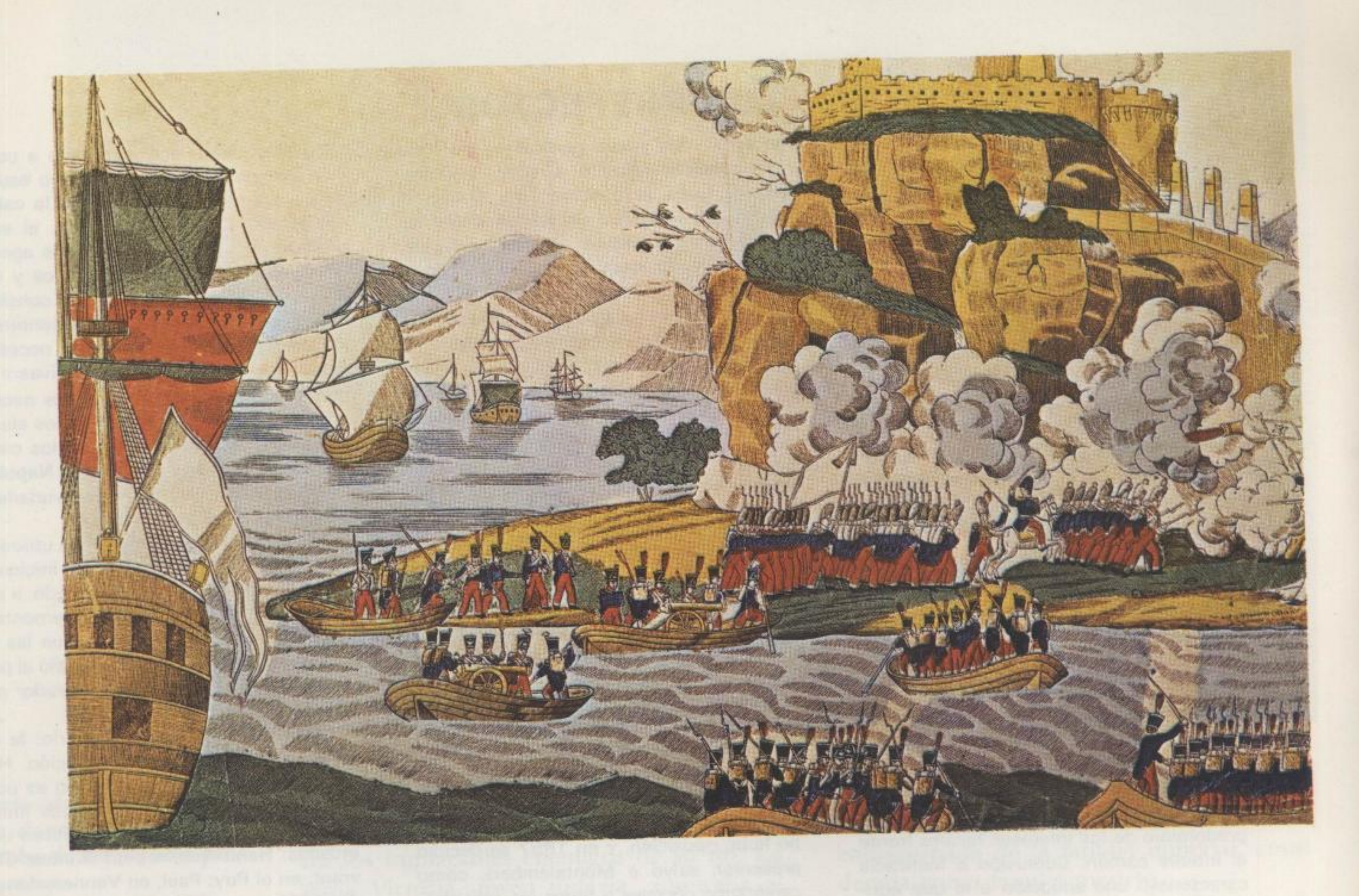
Para concluir, es indispensable la referencia a los prefectos del Sena, a Rambuteau, a Haussmann (1853-1870), el hombre que, agrupando junto a él a figuras de la talla de Alphand o Belgrand, supo realizar la obra quizá más importante del Segundo Imperio: la transformación de París en una ciudad moderna que, con defectos, pues creó un París popular en oposición a un París burgués, hizo realidad el sueño londinense de Napoleón III: la creación de una gran capital europea capaz de ser el cerebro de un gran imperio industrial (Pradalié).

A. M.

el lector comprenda toda su trascendencia, tenemos que ponerle en antecedentes. Será preciso empezar con algo que parece muy lejano a nuestro asunto: luchas económicas en Inglaterra que dieron, sin embargo, el impulso inicial para llegar a un tratado de comercio con Francia.

Hacía tiempo que en Inglaterra, Cobden, apoyándose en las teorías de Adam Smith, había conseguido disminuir o hacer desaparecer muchos derechos de aduanas. Cobden, como Adam Smith, tenía el convencimiento de que el comercio exterior, desarrollado sin trabas, se regularía por la ley natural de la oferta y la demanda.

En Francia, las doctrinas de Adam Smith y la propaganda de Cobden encontraron un admirador en Frédéric Bastiat. Publicaba el



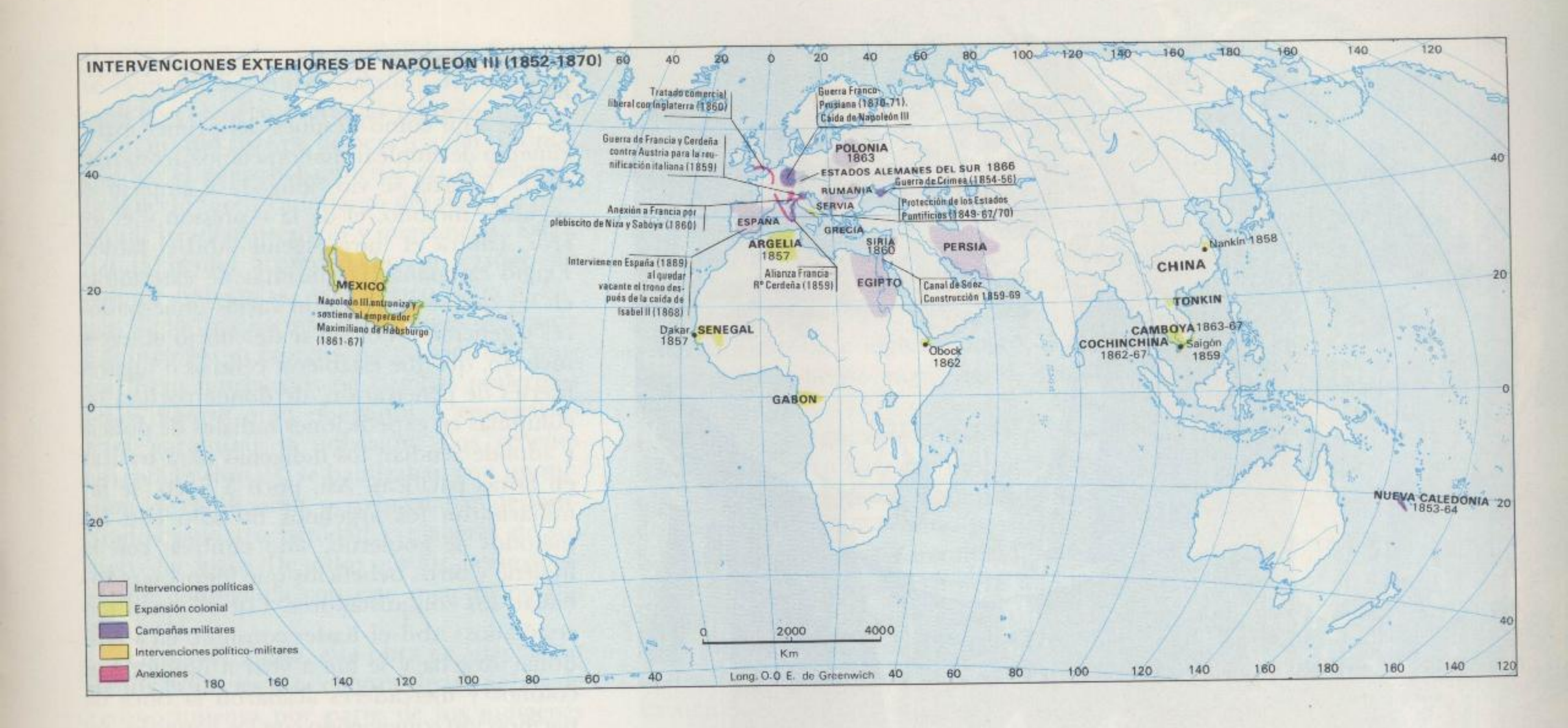
Toma de Argel por los franceses en 1830, según estampa de la Biblioteca Nacional de París. La conquista de la región costera de Argelia fue rápida, pero la del interior resultó mucho más laboriosa.

Journal des Economistes y había formado una *Liga para libertad del intercambio* a imitación de la Liga de Cobden. Sin embargo, los librecambistas ingleses no esperaron los resultados de la propaganda de Bastiat... Cobden fue a París para convencer al emperador en 1859. Éste se manifestó en su entrevista con Cobden enteramente convencido de la superioridad del régimen del libre cambio sobre el del mercantilismo proteccionista, pero dijo: "Aquí no es posible; en Inglaterra hacéis transformaciones del régimen; en Francia sólo hacemos revoluciones".

No obstante, las negociaciones de Cobden produjeron un resultado formidable: el tratado de comercio entre Francia e Inglaterra del año 1860. Se necesitó toda la autoridad del gobierno "tiránico" del Segundo Imperio napoleónico para imponerlo. Y aún, obsérvese, no fue la puerta abierta entre las naciones que pedían Adam Smith, Cobden y Bastiat, sino la puerta entreabierta. El tratado era por diez años; establecía que no había prohibiciones para nada; los derechos de aduana para los productos ingleses no podían pasar del 30 por 100 *ad valorem* los primeros cinco años; desde el año 1864, el máximo sería del 25 por 100; Inglaterra se beneficiaba de toda reducción concedida a cualquier otra nación; era la cláusula que, andando el tiempo, en los tratados de comercio de alcance internacional ha recibido el nombre de cláusula de "nación más favorecida".

Familiarizados como estamos hoy con la idea de los tratados de comercio, este tratado de Inglaterra con Francia no parece más que un simple convenio entre naciones, sin trascendencia y "sin consecuencias". Sin embargo, con él empezaba a tejerse la red de convenios comerciales que ha acercado a los

Tipo argelino de mediados del siglo XIX (Sección de grabados del Museo de Arte Moderno, Barcelona).



pueblos acaso más que las predicaciones de paz y amistad de los filósofos. La humanidad reunida así por tratados fue rebajando las vallas de las fronteras y acostumbrándose a una vida de eficaz colaboración.

A pesar de sus cambios dinásticos y revoluciones, Francia, casi sin darse cuenta, reconstruía el imperio colonial deshecho por las guerras del siglo XVIII y de Napoleón. Después de Waterloo no quedaba a Francia más que cinco establecimientos en la India, de los que uno solo, Pondichéry, era ciudad. En las Antillas, perdidos Haití y Santo Domingo, conservaba las islas de Martinica y Guadalupe, de mínima importancia. Habiéndose visto obligada a evacuar Canadá y vendida Luisiana, no tenía en América más que los islotes de San Pedro y Miquelón y el desierto inhabitable de Guayana. En África mantenía un puesto en la costa del Senegal y era francesa la isla de Borbón.

Pero, ¡cosa rara!, los franceses, que en cierto modo fracasaron en su política europea y en su gobierno interior, han revelado durante el siglo XIX un extraordinario talento para entenderse con los indígenas de remotos países. Así, Francia consiguió establecer un imperio colonial en África y el Extremo Oriente que aparentaba ser más sólido que el de los ingleses con sus *dominions*, enteramente independientes.

La primera aventura colonial francesa en el siglo XIX es la conquista de Argelia. Puede decirse que Argelia fue una especie de laboratorio para experimentar, uno tras otro, los métodos propuestos para obligar a las razas indígenas a cooperar con los europeos.

La conquista de Argelia fue una secuela de la Santa Alianza. En el Congreso de Aquisgrán de 1818 se decidió que Francia e Inglaterra harían una demostración naval ante el dey de Argel para que libertara los esclavos cristianos que retenía y cesara de fomentar el corso protegiendo a los piratas. El dey de Argel era nominalmente un feudatario del sultán de Turquía, y se sintió lo bastante fuerte para no hacer caso de los reproches de los ingleses y franceses. No sólo continuó la piratería, sino que exigió que los franceses desmantelaran sus puestos de comercio y que para continuar traficando pagaran una contribución mucho mayor que el pequeño canon que venían pagando como derechos de pesquería y aterraje.

Francia no tuvo más remedio que organizar una expedición de conquista o de castigo, que salió de Tolón en mayo de 1830. Se componía de 37.000 hombres, iban más de cien barcos de guerra y trescientos transportes. La conquista de la ciudad de Argel y algunos puntos de la costa fue rápida, pero la completa pacificación del interior no se logró hasta 1860. Al principio, después de haber destituido al dey o a sus tres representantes, Francia trató de sustituirlos por tres príncipes turcos que importó de Túnez, creyendo que con gobernantes más acomodaticios podría mantener a Argel como un simple protectorado. Pero se levantó un enemigo común de turcos y franceses: Abd-el-Kader, de pura raza árabe, supuesto descendiente del profeta, de gran fuerza física y tremenda fuerza moral. Esto impuso otra clase de política.

Medalla de Napoleón III (Museo Marítimo, Barcelona).





Defensa de una posición en el Alto Níger (Biblioteca Nacional, París). Otro punto de penetración francesa en África fue la costa del Atlántico, a partir de la cual se penetró hasta el Níger.

Abd-el-Kader combatió a los franceses con fortuna varia durante casi veinte años. En ocasiones se resignó a transigir, repartiéndose el territorio y la autoridad con los franceses, pero luego se rebelaba otra vez y ponía en peligro la permanencia de las guarniciones de la costa. En Francia había partidarios de abandonar la colonia; no hay duda que si Abd-el-Kader hubiese sido más tratable, hubiera acabado por ser un soberano independiente con la sola molestia de un residente francés que habría consentido a todo, menos a lo que podía perjudicar al comercio. Pero Abd-el-Kader había hecho de joven su peregrinación y, en cierto modo, era más mahometano que Mahoma. Porque, según los ulemas o doctores de la mezquita de Kairuán, en Túnez, el Corán no impone a los musulmanes una resistencia indefinida; pueden aceptar la dominación extranjera cuando no es posible triunfar. Esta sentencia fue confirmada por la universidad árabe de Al-Azhar en El Cairo y aun por los doctores de Medina, Bagdad y Damasco, reunidos en la misma Meca para el caso de Abd-el-Kader.

He aquí cómo después del primer experimento de emplear mahometanos acomodaticios, Francia se vio obligada a emplear el segundo método, el de la represión y el terror, contra el intransigente Abd-el-Kader. Exigió campañas larguísimas de exterminio en las que se acreditaron varios gobernadores y generales. Por fin se descubrió el tercer método, que fue establecer centros o lugares fuertes de penetración, de donde partían las columnas en expediciones radiales de policía y adonde acudían los indígenas para traficar en horas pacíficas. Así, poco a poco, se familiarizaron los argelinos no sólo con los métodos de gobierno, sino también con la higiene y otros beneficios que les proporcionaban los conquistadores. Este régimen dio resultados: Abd-el-Kader consintió en abandonar Argelia y se fue a vivir a Egipto. Los colonos y mercaderes acabaron la obra de pacificación conviviendo con los naturales del país. Demostrada la bondad del método utilizado en Argelia, Francia lo empleó después en todas sus penetraciones coloniales.

Pero hay que reconocer que, si bien en el tratamiento de las colonias por los funcionarios de administración y militares, Francia ha demostrado una mayor capacidad para comprender los problemas de la asimilación de los indígenas, por lo que toca a inmigrantes que van a beneficiarse del país, Francia ha estado muy por debajo de los holandeses e ingleses. Para empezar, el campesino francés no emigra; y raras veces el hombre de los bajos fondos de las ciudades francesas consentiría en coger el arado, roturar el suelo y radicar en lo que sería una Nueva Francia si supiera aprovecharla. En 1847, en vísperas de la revolución de febrero, había poco más de cien mil europeos en Argelia y la mitad eran españoles. En 1861 se habían duplicado, y en 1870, el día de la caída del Segundo Imperio napoleónico, los europeos de las tres provincias de Argel, Constantina y Orán sumaban sólo 300.000. Era poquísimo dada la vecindad del África del Norte y los esfuerzos colonizadores del gobierno de París. Se habían construido mil kilómetros de ferrocarril y carreteras para llegar a los lugares más apartados. El Ministerio de las Colonias ayudaba a las compañías colonizadoras. El gobierno repartía tierras a particulares en lotes de 2 a 12 hectáreas y además aperos de labranza, semillas y víveres para mantenerse hasta que el suelo produjera. Se calculó, sin embargo, que con 27 millones de francos se habían establecido sólo 27.000 colonos. Se edificaron ciudades militares como las construidas en Argelia por los romanos; se crearon "centros" de población; se estudió

el país, su pasado, sus posibilidades futuras; se estimuló la "europeización" de los naturales con escuelas y granjas modelo.

El mismo sistema de penetración colonial empleó el general Faidherbe en el Senegal. Estableció fuertes a lo largo del río para desde allí irradiar prestigio y mercancías. Éstas, naturalmente, acompañadas de castigo en caso de rehusarlas. Así penetró hasta el Níger. Creó una Escuela de Rehenes destinada a formar los intérpretes partidarios de Francia. Eran muchachos de familias poderosas cuyos padres eran obligados a entregarlos para garantizar la adhesión. Los rehenes aprendían francés, se bautizaban con un mínimo de catolicismo, pero quedaban deslumbrados por la urbanidad y maneras de sus amos europeos. De todos modos, la europeización conseguida con este método no fue completa.

En mayor escala, esta obra de adaptación de los franceses a la cultura de un país y de reconocimiento por parte de los indígenas de la superioridad de la civilización francesa se realizó en Indochina. Los tres reinos de Siam, Annam y Cambodge, que constituían la Indochina, estaban en 1850 en igual condición de independencia con respecto a China que estaba el dey de Argel con respecto a Turquía al comenzar el siglo. Pero ni la China podía hacer valer su autoridad en Siam, Annam y Cambodge ni los tres reyezuelos de estos países eran más que muñecos manejados por ministros ladrones y opiómanos. Su autoridad se derrumbó al aparecer los primeros barcos de guerra. No hubo allí necesidad de establecer fuertes militares ni expediciones de castigo. Los franceses supieron conservar cuidadosamente todo lo que no era en Indochina escandalosa supervivencia de un pasado infame. Crearon escuelas para los indígenas, un Colegio de Intérpretes para hacer letrados, jurisconsultos y funcionarios, un Instituto de Estudios Superiores, etc. Hasta el año 1945, la Indochina francesa estuvo formada por la colonia de Cochinchina y los protectorados de Annam, Tonquín, Cambodge y Laos. Siam, estado tapón entre las posesiones francesas e inglesas, logró, precisamente por este hecho, mantener su independencia.

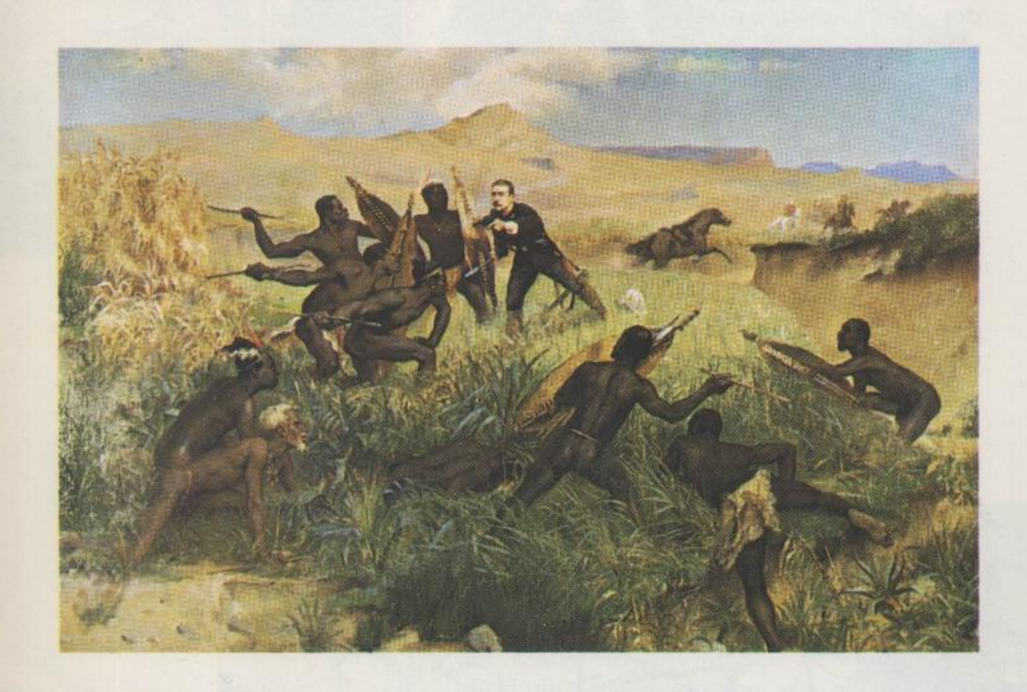
Y, sin embargo, este Imperio próspero, relumbrante, cayó barrido, no por un huracán revolucionario ni por ataques repetidos de enemigos exteriores, sino por un simple bufido de Bismarck. La frivolidad política y moral lo había agrietado. No era sólo la corrupción política la que le hacía presa del fiero alemán: era la inmoralidad personal, en los negocios, en la familia, en el hogar. La única libertad que quedaba a los franceses del Segundo Imperio era para el libertinaje. Fue la gran época de las cortesanas y del triángulo sentimental. Desde el emperador, que hasta en su vejez y enfermo protegía a concubinas de ocasión, hasta el tendero, todos creían que tenían que mantener su prestigio con una dosis mayor o menor de adulterio. La Iglesia condenaba este régimen social –sin divorcio y concubinato–, pero con cierta timidez, para no dañar la buena causa con violencias. Lo hacía con oradores elocuentes y sacando partido de conversiones dramáticas. Éstas eran referidas con grandes detalles en los insípidos periódicos y comentadas en Notre-Dame por oradores famosos.

Bombardeo de Fu-Cheu por la flota francesa. La actividad de Francia en Oriente no se redujo a la formación de la Indochina francesa, sino también a la intervención europea en China.



BIBLIOGRAFIA

Blanchard, M.	*Le Second Empire,* París, 1950.
Chapman, B.	*Los prefectos y la Francia provincial,* Madrid, 1959.
Dupeux, G.	*La société française, 1789-1960,* París, 1964.
Duveau, G.	*La vie ouvrière dans le Second Empire,* París, 1946.
Duverger, M.	*Les Constitutions de la France,* París, 1971.
Lavedan, P.	*L'oeuvre du baron Haussmann,* París, 1953.
L'Homme, J.	*La gran burguesía en el poder (1830-1880),* Barcelona, 1965.
Niveau, M.	*Historia de los hechos económicos,* Barcelona, 1968.
Pernoud, R.	*Histoire de la bourgeoisie en France* (tomo II), París, 1962.
Ponteil, F.	*Les classes bourgeoises et l'avenir de la démocratie,* París, 1968.
Pouthas, Ch.	*Démocratie et capitalisme (1848-1860),* París, 1961.
Pradalié, G.	*Le Second Empire,* París, 1969.



Eugène-Louis Bonaparte,
hijo de Napoleón III y Eugenia de Montijo, cuadro de P. Jamin.
Ingresó, tras la muerte de su padre después de su derrota por los alemanes e inmediato destronamiento, en el ejército inglés y murió en 1879 luchando en África contra los zulúes.



La fundición, por A. Menzel (Staatliche Museen, Berlín). Los efectos del descubrimiento del modo de aprovechar la fuerza del vapor y la revolución industrial que ello provocó tuvieron una repercusión similar a la revolución agrícola del neolítico.

La revolución industrial y la aparición del gran capitalismo

por ANTONI JUTGLAR

La decidida configuración del nuevo dinamismo surgido de la modernidad –potenciado en sus más diversas facetas por importantes factores tales como los ya promovidos por el renovador impulso intelectual surgido del movimiento renacentista o por los nuevos horizontes de iniciativa y actividad abiertos por el desarrollo del primer capitalismo, etcétera– permitió en Europa occidental la puesta en marcha de un creciente proceso de maduración que, de forma especial a lo largo del siglo XVIII, cristalizaría, por una parte, en el formidable movimiento intelectual de la Ilustración y, por otra, en la creación de las condiciones favorables al desarrollo y evolución, constantes y sorprendentes, de un doble movimiento técnico-científico que, dado el creciente auge de las actividades burguesas y la paralela sensibilización socioeconómica de los núcleos burgueses y emprendedores, pondrá en marcha los mecanismos que, de forma plena desde el arranque de la revolución industrial en Inglaterra, a partir de 1780, iba a transformar de forma extraordinaria las realidades económicas, sociales, políticas y culturales.



Modas parisienses de hacia 1830 (Biblioteca Nacional, París). La revolución industrial repercutió también en el vestir, en el sentido de fomentar determinados gustos y provocar la necesidad de satisfacerlos.

En efecto, la eficaz combinación del espíritu ingenioso y estudioso (que propulsó, especialmente a partir de 1730, el desarrollo de los artefactos maquinistas) y de la visión económica de las promociones de empresarios decididos (que supieron adivinar las inmensas posibilidades de multiplicación de las manufacturas y, en definitiva, de aumento extraordinario de beneficios, que representaría la utilización de los nuevos ingenios maquinistas) haría posible la aparición de un horizonte favorable a la introducción, creciente y profunda, de innovaciones técnicas, que no solamente aumentarían la riqueza de sus beneficiarios, sino que revolucionarían además de forma decisiva tanto el conjunto de las realidades económicas como las líneas tradicionales de la vida social y de las formas de cultura. El aprovechamiento de las posibilidades abiertas por el maquinismo en favor de los intereses capitalistas produciría una profunda conmoción en el campo de las técnicas y estructuras económicas, que solamente puede compararse, con las debidas matizaciones, al impacto que muchos siglos antes, en el arranque dinámico del neolítico, supuso la revolución agrícola (es decir, la introducción de las técnicas que cambiarían las perspectivas generales de la economía y de la vida social de los antiguos pueblos afectados por tales innovaciones).

Tal como acertadamente han subrayado algunos autores del prestigio y autoridad de un C. M. Cipolla, la revolución industrial es un fenómeno tan fundamental en la historia humana que cambia de forma irreversible modos multiseculares de producción, organización social y esquemas de vida. De hecho, en la larga serie de actividades, inventos, innovaciones, etc., que acompañan la aventura histórica del hombre, sólo alcanzan un nivel, especialmente destacado y decisivo, de hitos transformadores dos movimientos de renovación sustancial de las técnicas eco-

TRAYECTORIA DE EVOLUCION DE LAS INNOVACIONES MAQUINISTAS E INDUSTRIALES

Innovaciones maquinistas. → Aplicación del maquinismo y de los nuevos descubrimientos técnicos y científicos al desarrollo de las "comunicaciones" (ferrocarril, navegación a vapor, telégrafo, teléfono, etc.). → Facilitación de las comunicaciones, procurando mayor rapidez y capacidad en el transporte de personas y mercaderías (rápido y fundamental incremento de las migraciones interiores y exteriores; multiplicación sustancial del volumen del comercio interior y exterior).

REVOLUCION INDUSTRIAL

Acción intelectual de los magistrados y toma de conciencia burguesa en torno a los objetivos de su revolución política y a las fórmulas de libertad económica. → Aumento considerable de la producción, que condiciona urgentes necesidades de ampliación de las áreas de mercado, facilitadas por incitación al consumo y por la mejora de las comunicaciones. → Consolidación de la sociedad industrial y del gran capitalismo.

PROCESO DE INDUSTRIALIZACION Y AUGE DE LOS FENOMENOS URBANOS

A propósito de la extraordinaria trascendencia de los fenómenos derivados de la revolución industrial, se ha hablado repetidamente de la época dorada de los "burgueses conquistadores", del apogeo de la burguesía. Efectivamente, al tiempo que consolidaban su hegemonía con el logro de los objetivos de su revolución política de clase (revolución burguesa), el control y la orientación de los importantísimos resortes de evolución técnica y económica de la revolución industrial proporcionaron a la burguesía audaz y emprendedora los instrumentos que le permitieron ocupar –de forma clara e indiscutible– el primer lugar de la vida social. Y, paralelamente, con el decisivo ascenso de la burguesía, la realidad de las peculiares condiciones, a través de la puesta en marcha de las formas de industrialización, iba a consagrar también, de forma poderosa e irreversible, el auge de las ciudades, el auge de los cada vez más complejos y desarrollados núcleos urbanos, de tal modo que se situaría el papel de tales aglomeraciones humanas en un primerísimo lugar de la vida social, no sólo desde el punto de vista cuantitativo de la distribución de la población en las zonas desarrolladas de Occidente, al pasar a controlar numéricamente a masas cada vez mayores, en detrimento del tradicional predominio de los porcentajes rurales, sino al consagrar a las grandes ciudades como eje y centro nervioso poderosos y fundamentales, a través de los cuales se elaboran, configuran y adoptan las decisiones que controlan y movilizan la vida económica, social, política y cultural. El apogeo de las ciudades, en consecuencia, destacará como uno de los fenómenos más importantes de la historia del siglo XIX y su realidad podrá ser definida como resultado básico y decisivo de las transformaciones del sistema industrial.

En la línea apuntada, la evolución de los mecanismos de producción en el seno de la nueva dinámica industrializadora afectaría profundamente los antiguos esquemas demográficos, no sólo en el sentido de que el cambio profundo y decidido que en el conjunto socioeconómico mundial iba a suponer el hecho de que el factor primordial de la actividad económica no iba a seguir siendo la agricultura e incidiría necesariamente en las realidades de la estratificación de los sectores agrarios, sino que además el nuevo sector, llamado a ocupar el primer lugar en la actividad productiva, se determinaría a través de formas muy concretas de organización del trabajo y de la empresa industrial, que condicionarían necesariamente crecientes movimientos migratorios –trasladando núcleos de población desde el campo a la ciudad– al constituirse, especialmente para la nueva figura productiva de la "fábrica", unos poderosos movimientos de concentración humana, que se concretarían en grandes contingentes de obreros industriales, empleados en el manejo y funcionamiento de las máquinas, agrupados en grandes talleres y naves de producción. La aplicación creciente y sistemática del sistema maquinista suponía, en suma, la superación de las viejas formas de trabajo atomizado (de pequeñas unidades productivas constituidas por un número muy pequeño de operarios) en favor de las grandes fábricas, que utilizaban los servicios de centenares e incluso millares de obreros.

Más aún, dada la complejidad de las nuevas técnicas económicas, la multiplicación efectiva y decisiva de las formas de división del trabajo no supondría una autonomía de cada iniciativa y sector industrial. Antes al contrario, la división técnica y social del trabajo respondería a una creciente complejidad de un sistema económico que día a día establecía lazos y redes más densos de vinculación y relación. La especialización se combinaría con la racionalización general del sistema económico, de forma que una fábrica aislada (por importante y numerosa que fuera en el número de máquinas y cantidad de obreros) no podría prosperar en la nueva dinámica industrial porque la concentración de esfuerzos y energía en un tipo de empresa debería acompañarse, para ser rentable y competitiva, de la ubicación de la apuntada unidad de producción en una zona que pudiera facilitar rápidamente y sin grandes dispendios los contactos con otras ramas de la producción (que la misma configuración del maquinismo disponía como una interdependencia necesaria: la gran fábrica textil, con maquinaria al día, precisaba, por ejemplo, de la proximidad de la fábrica o talleres productores de máquinas, tanto para asegurar servicios de reparaciones como para "actualizar" en cada momento el equipo, etc.), que se encontrara bien comunicada y que pudiera proporcionar pronto aquellas primeras materias o elementos más o menos elaborados que cada fábrica precisaba para cumplir de una manera satisfactoria su cometido, al tiempo que facilitaría el rápido acceso de las manufacturas producidas a las redes de mercado de consumo.

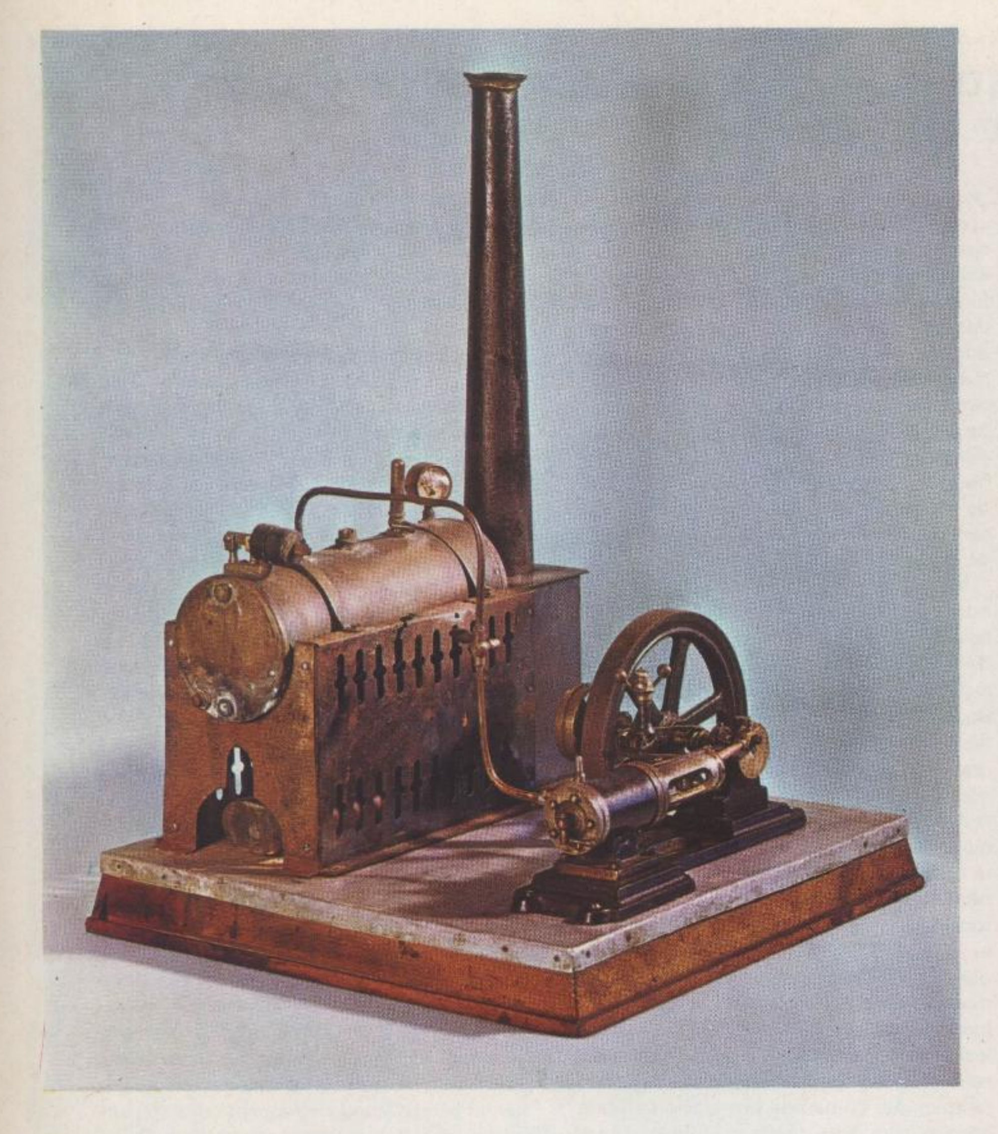
En resumen, factores de interrelación de unidades de producción, necesidades de comunicación unidas a decisivos intereses que debían dinamizar el contacto con los núcleos financieros y políticos de todo tipo, etc., actuarían con suma eficacia en el desarrollo de los centros urbanos, en los que, al tiempo que asistían a la multiplicación de empresas importantes, instaladas en sus áreas geográficas, así como al aumento de servicios complementarios de todo tipo (centros ferroviarios, navieros, oficinas bancarias, instalaciones de correos, telégrafos, prensa, etc.), contemplarían el paralelo desarrollo de las áreas dedicadas a inmuebles de tipo diverso, a fin de albergar a los crecientes núcleos de población que se iban instalando.

En pocas décadas, no sólo aumentó en los países desarrollados de Occidente el porcentaje de población instalada en núcleos urbanos de más o menos envergadura, sino que –complementando y marcando decisivamente la pauta de tal proceso transformador– las grandes ciudades aumentaron espectacularmente su número de habitantes y la importancia global de su peso y actividades en sus respectivos países, e incluso en el área global internacional. De manera paralela, al auge mencionado acompañaría, particularmente en los Estados Unidos, la aparición casi súbita y rapidísima de importantes núcleos urbanos, conocidos como ciudades-setas.

En este sentido, el desarrollo de núcleos como Chicago, Detroit, Pittsburgh, Sant Louis, etc., coincidente con la euforia de las grandes ciudades europeas como Londres, París, Viena, Berlín, etc., o el auge de centros tan diversos como Nueva York o Tokio, demostraría no sólo la importancia de los nuevos fenómenos del industrialismo en el desarrollo urbano, sino que consagraría además la profunda e irreversible repercusión de las nuevas realidades en el seno de una civilización cuya trayectoria evolutiva, a partir del siglo XIX, giraría cada ves más en torno a las iniciativas, vicisitudes e inquietudes de todo tipo que irían manifestándose en zonas densamente pobladas, con una capacidad para seguir aumentando sus recursos de población, y en las que se demostraría –entre otras manifestaciones de las posibilidades del hombre para acomodarse a nuevas circunstancias– la efectiva realidad de que núcleos en constante aumento, de varios millones de habitantes, no sólo podían instalarse y vivir en un reducido número de kilómetros cuadrados, sino que aun eran capaces de influir en las realidades de vida y cultura de todo el conjunto social de que formaban parte e incluso modificarlas.

En resumen, la industrialización alienta la hegemonía de las ciudades, y el apogeo de dichos sectores llegará hasta el extremo de "urbanizar", cada vez más, a los núcleos rurales subsistentes, llegando su influencia hasta los sectores más alejados. La era de las megápolis, proyectando un futuro de sociedades totalmente o casi totalmente urbanas, empezaba a configurarse de modo sólido a lo largo del siglo XIX.

A. J.



Máquina de vapor de finales del siglo XIX (Mentora Alsina, Barcelona).

nómicas. Dos hitos separados por miles de años.

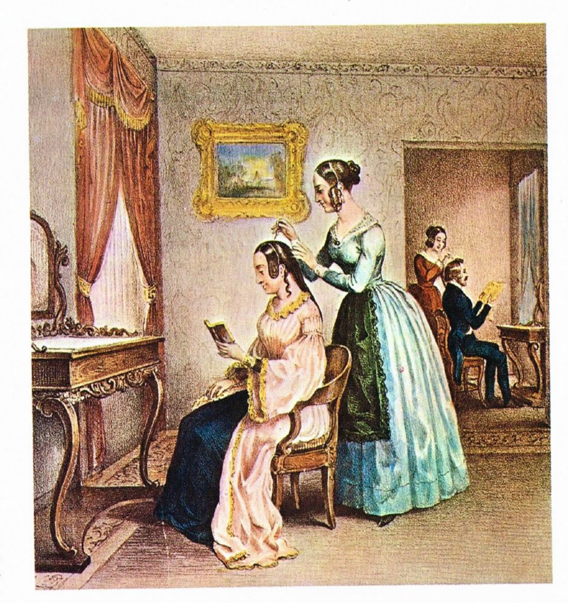
La revolución de la agricultura en el neolítico, en efecto, supuso un conjunto de innovaciones de tanta trascendencia que durante un gran número de siglos el signo agrario ocuparía el primer lugar de la vida económica, incluso después de haberse producido –entre la segunda mitad del siglo XV y principios del XVI– el impulso innovador del capitalismo inicial. Será preciso esperar las consecuencias de la revolución industrial para que se invierta el signo de la actividad económica en favor de la creciente hegemonía de la industria, a partir de la cual se modificarán profundamente las formas de civilización no sólo del denominado mundo occidental, sino que a lo largo de los dos últimos siglos alcanzarán todos los confines de la tierra. De ahí el peso decisivo de la revolución industrial en el proceso histórico de la humanidad. Con el triunfo del industrialismo, en definitiva, la historia humana asistirá a un proceso formidable de crecimiento y desarrollo como jamás se hubiera podido soñar antes. Paralelamente, este formidable movimiento de progreso técnico y económico desencadenaría una serie de cambios en las formas de vida y de civilización, de una trascendencia y repercusión sumamente importantes.

El gran proceso innovador potenciado a partir del auge de la revolución industrial, iniciada en Inglaterra a fines del siglo XVIII, no sólo iba a suponer una importante aportación al progreso técnico y económico al proporcionar –a través de la aplicación de los crecientes horizontes descubiertos tras el inicio de la revolución maquinista– un poderoso medio de multiplicación de la productividad del trabajo, junto a la afirmación irreversible de la hegemonía del sector industrial sobre el agrícola, sino que además estaba llamado a modificar, de forma rápida y masiva, la estructura de la población, las comunicaciones, las relaciones entre los hombres, las modas, etc.

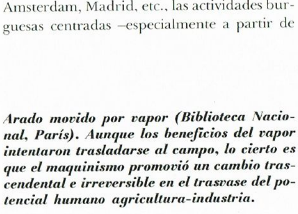
De forma concreta y significativa, el éxito del industrialismo iba a consolidar decisivamente una vocación histórica, que desde el arranque de la revolución comercial y urbana, a partir del siglo XII, se encontraba íntimamente vinculada con el dinamismo creciente de la burguesía, o sea la clase social que promocionaría (y se beneficiaría) el movimiento industrializador. Se trata de la consolidación del papel de la ciudad, convertida en eje y centro, decisivos y fundamentales, de las nuevas realidades económicas, sociales, políticas y culturales, hasta tal punto que, a partir del éxito de la revolución industrial, quedó significativamente consagrada la peculiar acepción progresiva del término "civilización" (de *cives,* ciudadano, o sea habitante de la ciudad). Lo civilizado (de raigambre profundamente urbana) se opondría de manera positiva a los conceptos que, a partir de la industrialización, representarían el mantenimiento de realidades negativas de anacrónicas estructuras socioculturales de signo agrario. Y, en esta línea, la "civilización" no sería solamente el vapor (con sus espectaculares aplicaciones, ya en los campos de la producción fabril, ya en los transportes: ferrocarril, navegación a vapor, etc.), sino todas las novedades y las modas que se fraguaban en las ciudades: formas de vestir, prensa, tiendas y almacenes provistos de los productos más "modernos", mobiliario y decoración de las casas acomodadas, etc. Definitivamente, las ciudades iban a regir los destinos del mundo moderno.

En la línea apuntada, a la hegemonía de la industria, superando cada vez más la importancia de la actividad agrícola en el conjunto de la vida, correspondería un creciente

Peluquería parisiense del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París).



y fabuloso movimiento de trasvase de población. El éxito de la revolución industrial cambiaría, por fin, el fiel de la balanza, que durante tantos siglos había señalado un porcentaje mayoritario de población agrícola en todos los países. Así, a pesar del auge de las activas ciudades (beneficiarias del renacimiento comercial a lo largo de la Baja Edad Media y centro del impulso mercantil que animó el capitalismo inicial a partir de la segunda mitad del siglo XV y de los primeros lustros del XVI), que, siglo a siglo, habían ido consolidando prestigio, riqueza e influencia, como ocurriría definitivamente, en la edad moderna, por ejemplo, con núcleos urbanos de la envergadura de Londres, París, Viena, Amsterdam, Madrid, etc., las actividades burguesas centradas –especialmente a partir de



Arado movido por vapor (Biblioteca Nacional, París). Aunque los beneficios del vapor intentaron trasladarse al campo, lo cierto es que el maquinismo promovió un cambio trascendental e irreversible en el trasvase del potencial humano agricultura-industria.



Barcos destinados al transporte de algodón con destino a Nueva Orleáns (Biblioteca Nacional, París). La industria textil, y en especial la del algodón, fue la que más beneficióse de los nuevos inventos de la era maquinista.

la definición del capitalismo– en las actividades comerciales (comercio colonial, etc.) y en el auge de las actividades financieras, con la creciente importancia del papel de los núcleos bancarios y bursátiles, no conseguirían cambiar el signo de predominio de lo agrario, a pesar del aumento del número de habitantes de muchas ciudades de Europa occidental a partir del siglo XVII. Incluso en Inglaterra, donde se había producido el mayor incremento de la población urbana, el predominio numérico de las zonas rurales no sería superado hasta el pleno éxito del movimiento industrializador.

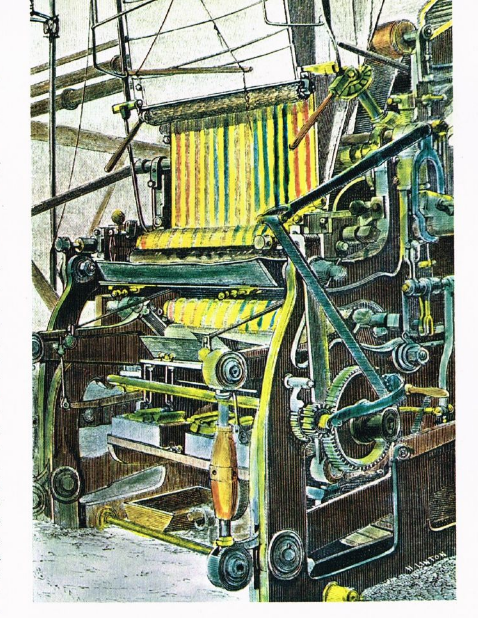
El auge del industrialismo, efectivamente, originaría en todo el mundo occidental en desarrollo un importante movimiento migratorio de las gentes del campo hacia las ciudades, que se iban industrializando, hasta dibujar claramente (junto con un mayor porcentaje de población activa dedicada a actividades industriales y a servicios [sector terciario] en cuanto al de población activa agrícola) el predominio de las concentraciones más o menos urbanizadas, respecto a los núcleos campesinos. De esta forma crecerían –en un proceso rápido y formidable– ciudades que cobijarían millones de habitantes, junto al aumento continuado de la densidad de población instalada en poblaciones de mayor o menor tamaño, que formarían el *hinterland* de los nuevos y poderosos centros industriales de Occidente.

Evidentemente, el movimiento de la revolución industrial no surgió por generación espontánea ni pudo imponerse con facilidad. El éxito de la industrialización se encuentra vinculado en cada caso a la conjunción de una serie de factores de tipo muy diverso. En primer lugar, a la serie de invenciones e ingenios que, cada vez con mayor intensidad, se irían aplicando –desde principios del siglo XVIII– a las actividades manufactureras y a la minería, y de modo muy particular a la industria textil (y dentro de la misma, por condicionamientos muy concretos y significativos, preferentemente a la algodonera), definiendo de este modo al fundamental pro-

ceso de innovaciones técnico-científicas, que quedará caracterizado por el movimiento maquinista. Las innovaciones maquinistas reducen la fatiga del hombre trabajador, mejoran la manufactura y, de modo especial, aumentan la producción. Así, por ejemplo, en determinados casos, un hombre al frente de una máquina realiza la producción de veinte hombres en el mismo espacio de tiempo.

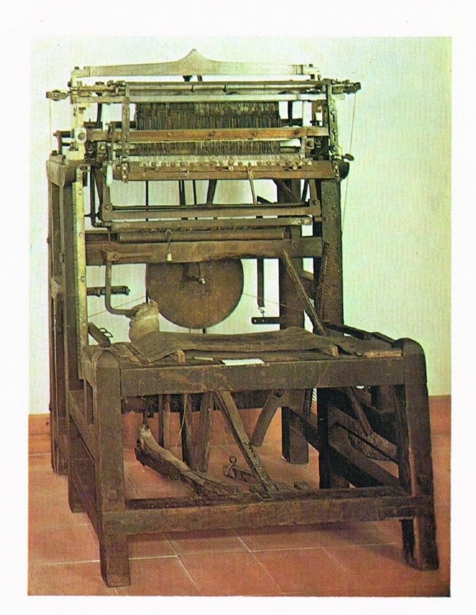
Las posibilidades de multiplicación de los beneficios a través de la utilización de las revolucionarias innovaciones maquinistas fueron rápidamente captadas por los capitalistas emprendedores y dotados de ambición. Sin embargo, en tanto permaneciera el esquema rígido de la organización privilegiada y estamental del Antiguo Régimen, no sería fácil a los burgueses deseosos de enriquecerse utilizar a fondo las posibilidades del maquinismo. El sistema socioeconómico del estado de la monarquía absoluta (que no en vano encontraba sus raíces en los viejos compromisos y condicionamientos del feudalismo medieval) no sólo partía del principio del poder arbitral o arbitrario del monarca como centro de la vida jurídica, sino que además se mantenía sobre bases de inmovilismo, equilibrio relativo y compensaciones que en modo alguno podían favorecer la realización de los nuevos anhelos y horizontes capitalistas. Por ello, a las innovaciones del maquinismo se debieron unir –para conseguir el éxito de las nuevas posibilidades industriales– otros factores, entre los cuales pasaría a ocupar un papel principal y destacado la realización de los objetivos de la revolución burguesa. Es decir, la sustitución del sistema del Antiguo Régimen por un nuevo orden político-jurídico, que otorgara a los capitalistas emprendedores plena libertad de iniciativa y gestión.

De este modo, en la historia contemporánea de Occidente se encontrarían estrechamente ligados los fenómenos de maduración del maquinismo, de toma de conciencia y de movilización de la burguesía en un decisivo y fundamental proceso de revolución política junto con la realización de las condiciones de tipo económico necesarias para la financiación y promoción de las iniciativas industriales. En este conjunto de cohesiones, relaciones y dependencias, de las que se de-



Telar de cinco colores de "Establecimientos Dollfuss-Mieg Cía." (Biblioteca Nacional, París).





Máquina tejedora de garibaldinas (Museo Arqueológico, Olot). Los inventos también tuvieron que ver con la política; así, hubo que idear esta máquina porque las señoras querían lucir una especie de blusas rojas como las que llevaban Garibaldi y sus voluntarios.

rivaría la profunda transformación del mundo contemporáneo, culmina el proceso renovador abierto por el movimiento renacentista y el dinamismo creciente del capitalismo.

Los principios de individualismo, racionalidad, iniciativa e igualdad, que habían ido definiéndose desde los inicios de la modernidad, se concretaban, en pleno auge de perspectivas renovadoras, en el afán por conseguir mejores condiciones de vida (es decir, mayores posibilidades de enriquecimiento), en el aumento y perfeccionamiento de los productos manufacturados (contribuyendo tanto al mayor enriquecimiento de los empresarios con capacidad de iniciativa como a la satisfacción de una demanda de bienes destinados a hacer más confortable la existencia de las personas acomodadas), en la maduración y perfeccionamiento de "artefactos" –así serán denominados en el lenguaje de la época– ideados por el ingenio e inventiva de técnicos y científicos (deseosos de hacer menos fatigoso y más rentable el trabajo humano), en la revolución intelectual que consolidaría tanto las líneas maestras de la moderna ciencia occidental como la definición de los esquemas ideológicos del liberalismo, que servirían de poderosa palanca para la obtención de los ambiciosos objetivos revolucionarios de los burgueses emprendedores...

Paralelamente, los nuevos horizontes que dibujaba la posible utilización de las innovaciones maquinistas iban a engendrar, tal como ha señalado un autor tan prestigioso como Ch. Morazé, un profundo y trascendental cambio de mentalidades y de actitudes, sin el cual sería imposible comprender plenamente la realización de los paralelos y complementarios procesos de revolución burguesa y de revolución industrial. En efecto, la plena posibilidad de aplicar a fondo los mecanismos competitivos del capitalismo, claramente intuida a partir de la cristalización de las innovaciones maquinistas, debía conseguirse a través de un cambio amplio y profundo de la manera de enfocar y entender la vida que imperaba en el seno de las sociedades del Antiguo Régimen, en las que las concepciones tradicionales predominaban incluso en las concentraciones urbanas y concretamente entre amplios sectores burgueses vinculados a las formas pluriseculares de tipo gremial, colegial o corporativo.

En pleno siglo XVIII, buena parte de la vida mercantil y artesanal de las ciudades europeas seguía vinculada a las prácticas que habían presidido la vida laboral y los negocios de los maestros al frente de sus talleres y tiendas, generación tras generación. Para esta masa de pequeños burgueses del Antiguo Régimen, encerrados en el mimetismo continuista de las actividades y formas de comportamiento de sus ascendientes, el mantenimiento del sistema corporativo y privilegiado –que reglamentaba y presidía hasta el más mínimo detalle de su actividad económica– era la más firme garantía de su estabilidad y de su futuro. Para esta burguesía menuda, atomizada, el sistema estamental cerrado era la base de su confianza ante la vida y el pilar que apoyaba su concepción de la sociedad. Una confianza y un pilar que se encontrarían radicalmente en entredicho ante el impacto de las innovaciones maquinistas.

La introducción más o menos gradual, según los casos, de ingenios maquinistas debía afectar evidentemente la vida social, repercutiendo tanto en las actitudes de los artesanos asalariados como en las de los maestros establecidos y en las de los capitalistas. En primer lugar, conviene destacar que el aumento de productividad representado por las innovaciones del maquinismo no obedecía a una presión del mercado; es decir, no era fruto de un aumento de la demanda de productos manufacturados, sino el resultado de la aplicación de las experiencias inteligen-

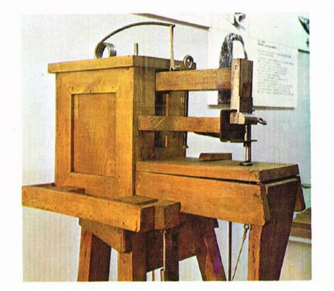
Complejo industrial destinado a la obtención del cobre, en 1862 (Biblioteca Nacional, París). La mayoría de los inventos realizados en esta época perseguían hacer menos fatigoso el trabajo del hombre.

tes de una serie de personas ingeniosas, que mejoraban los instrumentos de trabajo para hacerlo menos fatigoso.

En una primera fase, por tanto, el aumento de la producción –resultado de la aplicación del ingenio humano a las técnicas laborales– dio como resultado una serie de significativos desequilibrios que mayormente girarían en torno a dos planos fundamentales y significativos. Por una parte, al no haberse ampliado el mercado en la misma proporción que aumentaba la multiplicación de productos, conseguida a través de la utilización de máquinas, se producía un primer conflicto entre artefactos, maquinistas y artesanos asalariados: en esta perspectiva, la máquina expulsaba al hombre. Es decir, si la demanda de productos no había aumentado sustancialmente y un obrero, con una máquina, efectuaba el trabajo de veinte hombres, sobraban los otros diecinueve.

Por otra parte, al propio tiempo que el capitalista, dotado de abundantes medios económicos, descubría el ahorro de jornales que tales innovaciones maquinistas suponían (creando con ello un incentivo más para su utilización), se daba una delicada situación entre burgueses modestos, vinculados a las formas tradicionales de organización corporativa, que impedían la competencia, la publicidad, etc., y que, en su rígido inmovilismo, habían venido configurando su mayor y mejor prenda de seguridad ante el presente y el porvenir.

Hasta la penetración de las innovaciones



Máquina de coser, de B. Thimonnier, de 1830 (Museo de la Ciencia y de la Técnica, Milán). Pero como al mismo tiempo que facilitar el trabajo del hombre, la máquina aumentaba la producción, se produjo el hecho de que la máquina expulsaba al hombre, de donde surgieron los primeros grandes conflictos entre operarios y los dueños de las máquinas. Así, por ejemplo, el invento de la máquina de coser halló vivísima oposición a su desarrollo.

LA PROBLEMATICA CONFLICTIVA DEL NUEVO SISTEMA INDUSTRIAL

No es ningún secreto el hecho de que la configuración de las modernas modalidades de sociedad industrial ha supuesto un factor de gran importancia en el terreno de los estudios sociológicos y de historia social, al configurar –de forma definida y patente– unas realidades conflictivas de tipificación muy concreta, cuyo análisis permitiría grandes avances a las investigaciones sociales. La importancia, por otra parte, no se limitaría evidentemente a proporcionar elementos para el desarrollo de los estudios y experiencias de diversas ciencias sociales, sino que lógicamente debería manifestarse en su incidencia profunda en las relaciones humanas de todo tipo.

En efecto, la configuración del sistema industrial, al modificar no sólo las técnicas productivas y el ritmo de la economía, sino al variar sustancialmente el orden, la jerarquía y el contenido global de las pirámides sociales de los países desarrollados, ofrecería una serie de fenómenos de tensión y de conflictos que de forma especial quedarían tipificados en torno a los antagonismos básicos que, de modo más patente o más latente, según circunstancias coyunturales muy concretas y definidas, enfrentarían a las clases sociales más directamente vinculadas a la organización del sistema industrial y convertidas, por tanto, en protagonistas colectivos principales de la historia contemporánea.

Se trata de los sustanciales antagonismos existentes entre la clase burguesa (en cuyo seno se agruparían los grandes propietarios, directores y beneficiarios del nuevo sistema industrial) y la clase obrera (que, al aumentar de forma importante el número de asalariados industriales, en relación directa e inseparable al desarrollo de las nuevas formas de producción, adquiriría un peso creciente en el seno del conjunto global de población no propietaria de las nuevas realidades industriales), cuyos conflictos y enfrentamientos tipificarían buena parte de la trayectoria histórica de los dos últimos siglos.

En primer lugar, es importante destacar el papel desempeñado en dichas realidades por los factores de concentración industrial y urbana al acumular masas importantes de asalariados en fábricas y barrios ciudadanos, paralelos a la patentización del divorcio, cada vez más público, entre el capital y el trabajo (el propietario o los propietarios no son ya antiguos maestros corporativos que trabajan, "en familia", con dos o tres operarios, en el mismo pequeño taller, etc.) y a la comprobación del hecho irrebatible de que las nuevas técnicas industriales aumentaban en gran manera la riqueza colectiva, si bien el reparto de dicho aumento se efectuaba de forma que favorecía sobremanera a los ricos, mientras que los asalariados humildes no obtenían, de hecho, ninguna participación sustancial de la multiplicación de bienes en la que tan decisivamente participaban. Un conjunto de factores y elementos que, en las mismas fechas que los burgueses acomodados consolidaban sus posiciones de poder y riqueza, planteaban la configuración de un decisivo proceso de toma de conciencia, que otorgará a la clase obrera industrial una de sus características más peculiares.

Así, el contacto cotidiano, la acumulación y la mezcolanza de asalariados en fábricas y barrios ciudadanos contribuirían a la formación de un proceso de intercambio de problemas y de experiencias, que conduciría a la adquisición, por parte de significativos e importantes núcleos proletarios, de una nueva conciencia social. Las condiciones negativas vividas, día tras día, por los miembros de las capas más humildes de la sociedad (y que en épocas anteriores, gracias a la dispersión de los núcleos rurales y al pequeño número de asalariados que trabajaban en cada pequeño taller artesanal, habían mantenido un tipo de conciencia personal de la desgracia, del fracaso, de la miseria, etc., en el contexto de una actitud individualizada y parcelada, que toleraba y, más aún, soportaba sus males en función de una perspectiva religiosa que hablaba de resignación y del premio que en la otra vida se otorgaría a los pobres, pacientes, mansos y pacíficos) adquirían una perspectiva nueva y trascendental al comprobarse que tales condiciones negativas de vida y trabajo afectaban no a pequeños o aislados núcleos de personas, dado que eran el común denominador de grandes masas de población, sino que además el peso numérico de los afectados por tales condiciones negativas serviría de palanca movilizadora, a partir de la cual se irían concretando proyectos y acciones en pro del logro de importantes reivindicaciones obreras. Las condiciones negativas de vida y trabajo, al comprobarse que afectaban a extensos núcleos de población, ofrecerían un complejo horizonte de cohesiones y solidaridades, a partir de la idea base de que la unión hace la fuerza.

Con mayor o menor rapidez y profundidad, según los casos y las circunstancias diversas de espacio y tiempo, una nueva imaginación alentaría horizontes de esperanza, concebidos como algo posible de obtener en la tierra y en el transcurso de la vida, concreta y personal, de cada hombre afectado por circunstancias adversas. Una imaginación y unos horizontes surgidos a partir de la consideración del hecho de que un hombre aislado, viviendo en condiciones precarias, no puede superar su plataforma negativa y se encontrará aprisionado por la impotencia y la inseguridad, mientras que el mismo hombre, en idénticas condiciones, puede obtener mejoras más o mejos sustanciales en la medida misma que muestre su capacidad por realizar una labor coordinada, solidaria y conjunta con otros muchos hombres situados en su mismo estado.

En este sentido se comprobaría, por una parte, que las ínfimas aportaciones monetarias –una pequeña parte del salario– efectuadas por numerosos grupos de proletarios, actuando en forma de mutualidad o modalidades parecidas, podían hacer frente a terribles eventos como los derivados de un accidente de trabajo, de una enfermedad, de una crisis económica con paro y disminución de los puestos laborales, de la muerte del principal sustentador de la familia, etc. Paralelamente, las mismas experiencias de cooperación mutualista descubrirían nuevas perspectivas que, en buena parte, se centrarían en torno al desarrollo de las posibilidades del cooperativismo (adquiriendo, de este modo, bienes de consumo mucho más baratos para los asociados), etc., fomentando la ayuda mutua, que contribuiría, por ejemplo, a aumentar los índices de alfabetización, la higiene, etc. Por otra parte, las experiencias de solidaridad, en las que el número demostraría sus posibilidades frente a las carencias y precariedades de los individuos aislados, iban a encontrar un amplio terreno de experimentación a la hora de discutir, negociar o luchar con los empresarios, a fin de obtener mejoras de salarios, de condiciones de trabajo, de reducción de la jornada laboral, etc.

Concretamente, si la atomización individual –ayudada por decisivos fenómenos demográficos– favorecía los intereses empresariales, empeñados en pagar salarios bajos, se comprobaba, por otro lado, que (en una coyuntura económica en la que la cartera de pedidos efectuados a los fabricantes tendía a crecer e, incluso, a saturarse) la actitud colectiva de los trabajadores, solidarios en sus reivindicaciones y formas de comportamiento, podía variar el signo de las formas de contratación, imponiendo el pago de salarios más elevados, por ejemplo, al demostrar que a través de la huelga podían paralizar las máquinas, interrumpiendo la producción y perjudicando los intereses de los empresarios, que, ante la amenaza de ver esfumarse los beneficios que los pedidos podrían proporcionarles, se avenían a ceder a las presiones obreras, a fin de que no se interrumpiera un sistema de producción que les era sumamente rentable.

Evidentemente, tal proceso de toma de conciencia, de maduración de las formas de solidaridad obrera y su culminación en actitudes colectivas de huelga o formas de lucha análoga, etc., complicaría más y más la problemática conflictiva del nuevo

sistema industrial, ya que mientras, por una parte, un cúmulo muy diverso de factores fortalecería y enardecería al movimiento obrero, se crearían, por otra parte, explicables movimientos y reacciones definitivas de los núcleos de propietarios, empeñados en conservar sus posiciones de ventajas, en mantener sus beneficios y, por encima de cualquier otra consideración, en consolidar estructuras sociopolíticas que les otorgaran la seguridad efectiva, probada a toda costa, de que los desheredados no podrían jamás cambiar un orden social y económico que era la base de su particular bienestar.

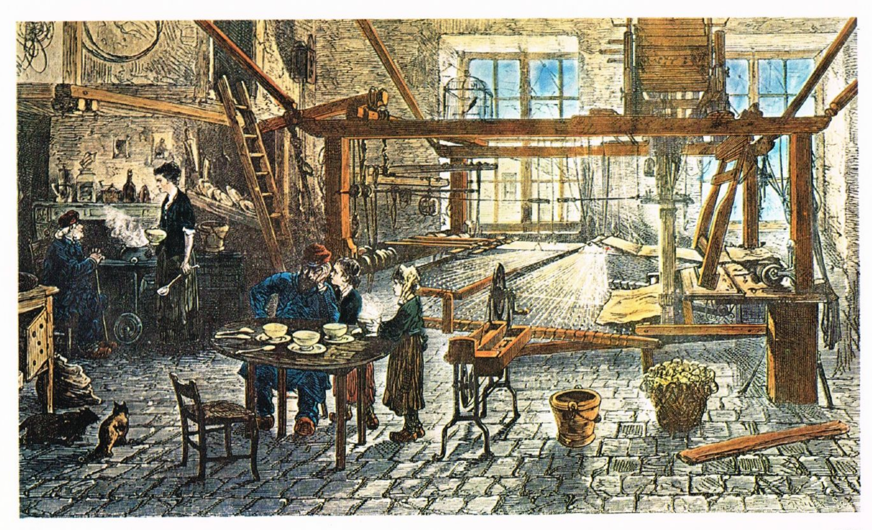
La obsesión conservadora de tales minorías, preocupadas por la seguridad y perpetuación de sus peculiares y beneficiosas fuentes de bienestar, constituiría paralelamente un elemento más de exasperación y radicalización de extensas masas de trabajadores que, paulatinamente, irían adquiriendo experiencia práctica y teórica en la complicada estrategia de los conflictos apuntados y que, tras la dura y amarga lección de trágicas coyuntivas como las de la *Commune* de 1871, constituirían la plataforma que presidiría los importantes fenómenos desarrollados, en las diversas partes del mundo, durante las primeras décadas del presente siglo.

A. J.

maquinistas, la masa de burgueses estamentales venían colocando su crédito y su previsión en el mantenimiento del orden tradicional, garantía de la seguridad propia y de la de sus hijos. A estos maestros tradicionales, con concretos y complejos problemas de vida cotidiana, les quedaba escaso margen para el ahorro. De hecho, vivían al día. El impacto maquinista cambiaría radicalmente un horizonte plurisecular. Por una parte, la multiplicación de las manufacturas –a través de la utilización de máquinas– creaba un inevitable y fundamental problema de competencia. Por otra, la máquina costaba dinero; hacía falta ser rico para poder adquirir máquinas. Las actitudes, la mentalidad y el comportamiento de los pequeños maestros artesanos tradicionales debían, por tanto, sufrir modificaciones fundamentales en función del fenómeno maquinista.

El reto de la máquina (enriqueciendo, más y más, a los capitalistas adinerados que podían adquirirlas y utilizarlas cada vez con mayor intensidad) obligó al burgués tradicional a plantearse una alternativa, crucial y decisiva. O bien conseguía enriquecerse para poder adquirir máquinas y hacer frente a la competencia, o bien debía aceptar su ruina como maestro que había poseído taller autónomo o emancipado, y debía pasar a un nivel socioeconómico inferior, desclasándose y convirtiéndose en un asalariado. La tras-

Interior de la casa de un tejedor de seda, de Lyon (Biblioteca Nacional, París). Los maestros tradicionales se hallaron ante un problema: la máquina, al aumentar la producción, creaba un problema de competencia; pero adquirir una máquina costaba dinero. De ahí que la vida de los pequeños artesanos en muchos casos pasara por crisis de miseria antes de abandonar la lucha y fundirse con el elemento obrero, que, por otra parte, tampoco disfrutaba de una posición mucho mejor.





Anuncio de una fábrica de blondas y encajes catalana (La Enrejolada – Museo Santacana, Martorell, Barcelona). Típico de esta época fue el perfeccionamiento de los productos manufacturados destinados a hacer más confortable la existencia de las personas acomodadas.

cendencia de tal alternativa iba a ser, pues, profunda y decisiva.

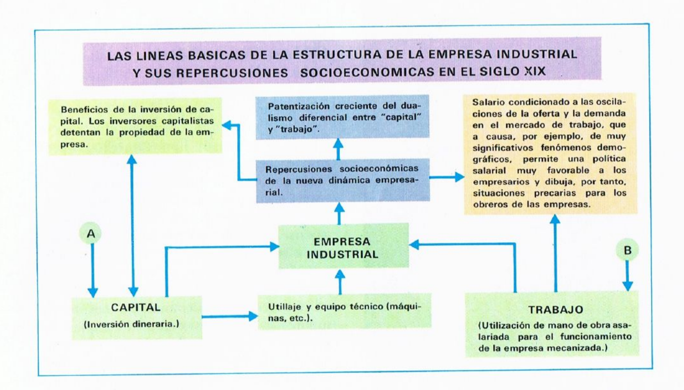
Evidentemente, muchos maestros trataron de enfrentarse a las amenazas de la máquina acudiendo a los tribunales e instituciones de todo tipo destinadas a la protección del sistema corporativo. No fue fácil vencer las resistencias de los intereses tradicionales. Y, por ello mismo, los nuevos burgueses emprendedores tenían sobrados motivos para justificar su movilización revolucionaria frente al Antiguo Régimen, en busca del triunfo de una fórmula constitucional que acabara con los impedimentos jurídicos y corporativos que se oponían al desarrollo del proceso maquinista y al auge de las grandes y nuevas posibilidades que dicho proceso abría en el campo industrial.

De todas formas, tal como se comprueba en diversos países, como Francia y España, incluso antes de que se hubiera hundido el Antiguo Régimen, el sistema gremial estaba en franca crisis y difícilmente se podía detener el constante incremento de las nuevas actividades propulsadas por el maquinismo. De hecho, pues, potenciando decisivamente la nueva orientación de la burguesía emprendedora, los antiguos maestros artesanales –ante la dramática alternativa que se les presentaba– tratarían, en buena parte, de adaptarse a las nuevas circunstancias, planteando su actividad empresarial como un negocio destinado, de forma primordial y decidida, a proporcionar el mayor número de ingresos posibles, a fin de obtener los capitales que, cada vez con mayor urgencia, necesitaban para integrarse en el nuevo sistema de producción y resistir la competencia de los poderosos.

En tales circunstancias, la ideología económica imperante se enlazaría con una nue-



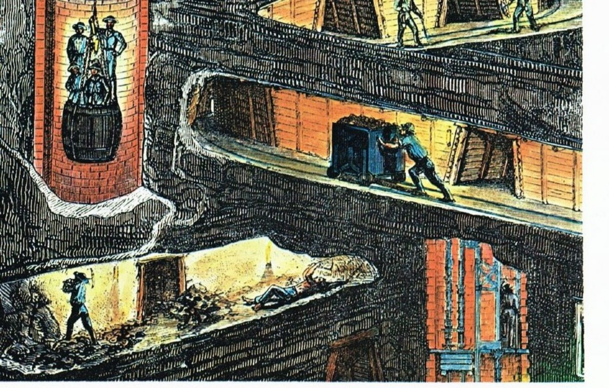
Manifestación de mujeres durante una huelga de las minas de carbón francesas (Biblioteca Nacional, París).



va actitud ante la vida, que quedaría simbolizada en el *slogan,* archirrepetido, de "¡enriqueceos!", paralelo a los principios del "dejar hacer" y de libertad completa de fabricación, de iniciativa y de gestión en las más diversas esferas de la vida económica.

Los ideales de enriquecimiento, vinculados a concepciones muy concretas acerca de la inteligencia, el éxito y el fracaso, y que quedarían gráficamente representados en la conocida frase decimonónica de que "la pobreza es signo de estupidez", se encontrarían positivamente apoyados por los *slogans* (movilizadores de masas) de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que permitirían la potenciación de un amplio y poderoso movimiento que, al derribar al Antiguo Régimen, permitió a los nuevos empresarios actuar sin res-

Interior de una fundición en Augrée, por C. Meunier (Museo de Bellas Artes, Lieja). La industria metalúrgica se desarrollaría potentísima con la aplicación del maquinismo a las industrias extractivas.



Interior de una mina de carbón hacia 1850 (Biblioteca Nacional, París).

tricciones de ningún tipo. Con ello, el proceso de expansión del industrialismo iba a alcanzar cotas extraordinariamente altas, que contribuirían, en cadena, al fomento y desarrollo de nuevos y más extraordinarios inventos. Así, de los primeros ingenios aplicados a la industria textil y la posterior aplicación de la máquina de vapor de Watt se pasaría a las formidables innovaciones que en el terreno de las comunicaciones iban a suponer la locomotora (con su complejo de accesorios ferroviarios) y el buque de vapor. No sólo iba a ser más fácil, rápido y barato el transporte de hombres y mercancías, sino que la proliferación de ingenios mecánicos, la construcción de locomotoras, de vagones, de carriles, de calderas, de buques, etc., iba a desarrollar una potentísima industria metalúrgica, apoyada sobre un fabuloso incremento del consumo de dos minerales decisivos (el carbón y el hierro) que promovería un espectacular auge de las regiones de Europa occidental y de los Estados Unidos que poseyeran en sus límites reservas significativas de ambos minerales o de uno de ellos.

De esta forma, el movimiento de la revolución industrial (que había comenzado en Inglaterra a partir de 1780 y que se manifestaría desde las primeras décadas del siglo XIX en el continente europeo y en las zonas más cercanas al océano Atlántico de los Estados Unidos) se convertiría en un complejísimo fenómeno que abarcaría todas las ramas de la producción industrial y tendría profundas y decisivas repercusiones en todos los sectores de la vida económica. Así, el movimiento de perfeccionamiento maquinista, que –a partir de la invención de la lanzadera volante en el tercer decenio del siglo XVIII– había desarrollado de forma importante la industria textil y en particular el sector algodonero (más inédito y menos controlado por esquemas corporativos del antiguo orden estamental), encontraría su proyección decisiva en el auge creciente de las actividades metalúrgicas, especialmente en la formación de una potente y cada vez más perfeccionada industria siderúrgica, que colocaría el signo predominante de los nuevos horizontes de la vida económica no en la hegemonía de la in-

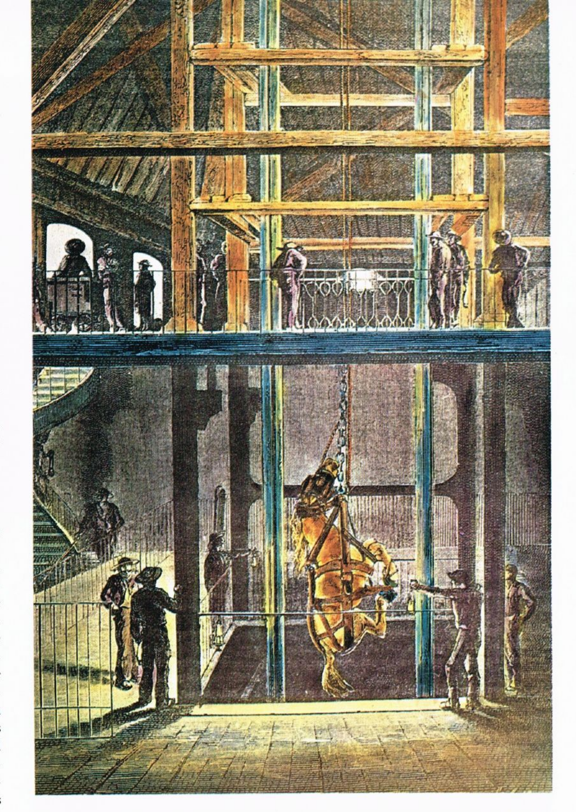
Descenso de los mineros a una mina de Le Creusot en 1865 (Biblioteca Nacional, París).

dustria ligera (textil básicamente), sino en la preponderancia de la industria pesada, condicionando decisivamente no sólo el abastecimiento creciente de todo tipo de maquinaria y material de equipo que precisaría el formidable desarrollo industrial del siglo XIX (vías férreas, material diverso para ferrocarril y navegación, estructuras metálicas para la construcción de obras públicas y grandes centros dedicados al cobijo de instalaciones industriales y de servicios muy diversos), sino que además el predominio creciente de la industria pesada se proyectaría –de forma significativa y decisiva– en el equipo bélico, en el aprovisionamiento y perfeccionamiento de armas y material de muy diverso tipo (buques de guerra, ingenios de artillería y transportes) a las fuerzas militares de los países más avanzados industrialmente.

De este modo se comprobaría en pocos decenios como el progreso y la potencia que la inversión de capitales, la creciente aplicación del maquinismo, unidos a una racionalización sistemática y profunda de los objetivos y posibilidades de industrialización, provocarían no solamente el florecimiento extraordinario de la vida económica en dichos países, sino que además proporcionaría a los estados beneficiarios de tal desarrollo industrial las oportunidades para convertirse en centros importantes de acción política internacional, especialmente al disponer de enormes y modernísimos equipos e instalaciones militares, que en la segunda etapa de florecimiento del gran capitalismo, movilizado por la revolución industrial, permitiría a un reducido pero decisivo número de países (especialmente Gran Bretaña, Francia, el II Reich alemán, Estados Unidos, etc.) desarrollar una importante actividad imperialista, directamente vinculada a las exigencias del nuevo movimiento económico promovido por la industrialización.

Aunque en las primeras etapas de las innovaciones maquinistas, conectadas todavía con esquemas de tipo preindustrial, el aumento de la producción no respondía a unos fenómenos paralelos de significativa ampliación del consumo, el proceso transformador de la revolución industrial logró variar los signos tradicionales y aumentar cada vez más el consumo, que favorecía el desarrollo de la producción. Sin embargo, las exigencias derivadas del aumento de la producción y de la magnitud de los intereses puestos en juego por el industrialismo pasaron a plantear problemas de gran envergadura que en la práctica comportaban un cambio significativo del papel del nuevo estado (al que se había pretendido, en principio, encerrar básicamente en los límites de la función de mero guardián del orden y de la ley, que permitiera el más libre ejercicio posible del "dejar hacer") para pedir una creciente intervención del mismo (y no sólo ante las crecientes complicaciones y conflictos sociales, que acarreaba el desarrollo del industrialismo), movilizándolo especialmente en favor de la defensa fundamental de los "productos nacionales" frente a la competencia extranjera.

Una actitud de política proteccionista que en un determinado estadio se planteó como hito decisivo la consolidación de los nuevos intereses industriales en el marco del concreto "mercado nacional", pero que en el desarrollo de su cometido se complicaría con una serie de facetas más o menos vinculadas a las distintas corrientes de los nacionalismos burgueses y –en una posterior etapa de aumento de las exigencias de todo tipo, recogidas



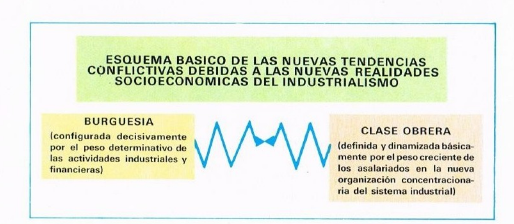
Descenso de un caballo a una mina en 1865 (Biblioteca Nacional, París).

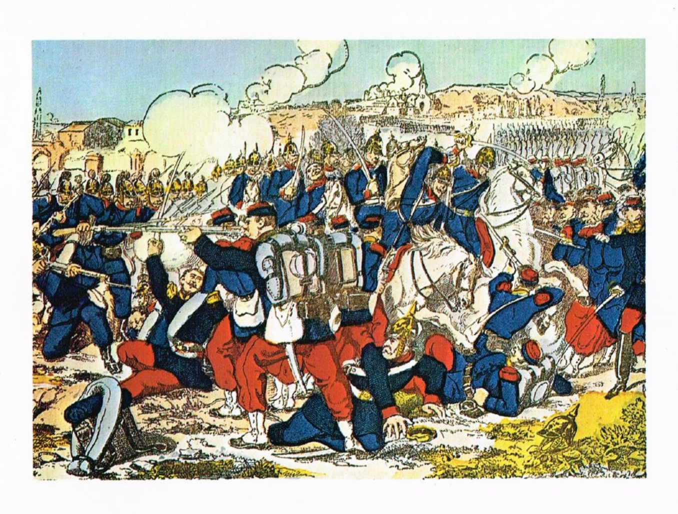
Vista de la fundición de Königshütte, en Alta Silesia, hacia 1841 (Museo Nacional, Nuremberg). La aparición de la industria pesada daría origen a nuevos equipos bélicos, lo cual provocaría una importante actividad imperialista en cierto número de países.

del creciente volumen de las estructuras económicas de una dinámica industrializadora que había dado plena forma al gran capitalismo–, en el ámbito de las relaciones internacionales, no sólo con los roces y tensiones entre los diversos estados, defendiendo sus concretas áreas de actividad económica, sino con la necesidad de que el estado, convertido en una potencia militar de envergadura, apoyara eficazmente la penetración creciente de sus núcleos capitalistas en nuevas "zonas de influencia", en nuevos mercados más o menos controlados, en la posesión de nuevos territorios coloniales.

Es decir, dadas las fundamentales motivaciones de competitividad que desde un principio potenció la doble relación entre inversión creciente de capitales y aumento significativo de la producción a través del desarrollo maquinista, los intereses capitalistas de los diversos países –y concretamente las grandes potencias– condicionaron una intervención creciente de los recursos políticos y militares del estado en una serie de episodios y procesos de complejidad cada vez mayor, que finalmente –entre las grandes potencias– desembocaría en el auge del fenómeno imperialista.

En concreto, de los esfuerzos por obtener, por parte de las respectivas burguesías nacionales, el máximo rendimiento y control posibles de sus respectivos mercados interiores se pasaría a la expansión (creciente y tensa) de las diversas "áreas de influencia", de acuerdo o no con los módulos teóricos del librecambismo, para pasar posteriormente a plantearse la necesidad de fortalecer y consolidar las grandes estructuras industriales del gran capitalismo, a través de una acción de abierta y competitiva política de tipo colonial dirigida tanto a obtener el control de la mayor cantidad posible de primeras materias, que permitieran el auge de las industrias metropolitanas, como a crear mercados complementarios, en los que se pudiesen colocar fácilmente los excedentes de producción. En todo caso, la ampliación de los horizontes de mercados, a través de los esfuerzos por ampliar las "áreas de influencia" económica y por obtener colonias en cantidad y calidad satisfactorias, plantea abiertamente la estrecha relación entre la evolución del industrialismo y del gran capitalismo con los



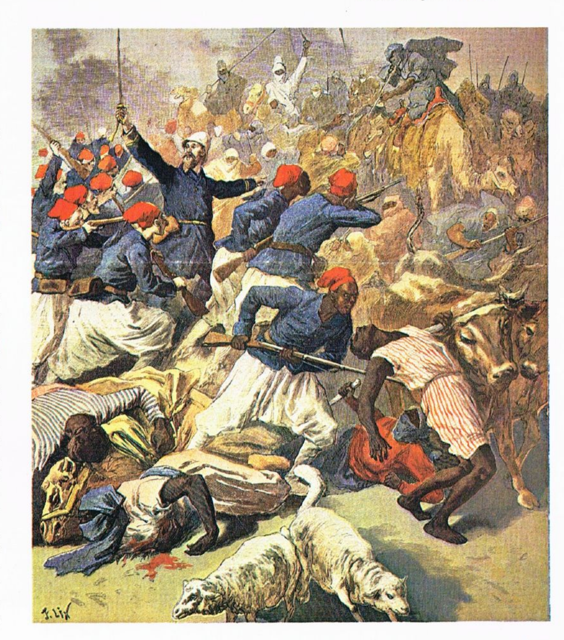


Batalla de Gravelotte, durante la guerra franco-prusiana (Biblioteca Nacional, París). Al disponer de modernísimos equipos e instalaciones militares, Prusia fue una de las naciones que desarrolló una gran política imperialista.

Derrota de los tuareg por tropas francesas en abril de 1894 (Biblioteca Nacional, París). La defensa de los "mercados nacionales" llevó a las potencias imperialistas, como Francia, a crear "áreas de influencia" y obtener colonias que permitieran colocar los excedentes de producción.

complejos fenómenos contemporáneos del imperialismo político, militar y colonial, definido en función de la vocación de imperialismo económico manifestada por las nuevas corrientes capitalistas, que de forma tan decisiva y espectacular potenciarían y dinamizarían los fenómenos derivados del arranque de la revolución industrial.

Centrando las líneas fundamentales del proceso transformador, que se deriva del éxito y del desarrollo crecientes de los nuevos fenómenos de la industrialización, es preciso subrayar que en la dinámica apuntada se afirma como uno de los elementos más decisivos, significativos y claves el hecho del influjo creciente de la técnica en el desarrollo de la vida económica. Una conjunción de innovaciones técnicas y de nuevos horizontes económicos que, junto con la afirmación del poderoso papel de las máquinas como elementos multiplicadores de la producción, configuran una peculiar "civilización industrial", de la que sería uno de sus símbolos básicos la "fábrica". Una fábrica de la que escritores y artistas de todo tipo harán el elogio y la sublimación a lo largo del siglo XIX y que representa, por otra parte, la liquidación del viejo atomismo del sistema de producción artesanal de la etapa premaquinista, en la que –en buena parte– el proceso de producción-venta aparecía confundido de hecho, hasta el extremo de que en muchos casos se podía afirmar que se elaboraba el producto ante los mismos ojos del comprador



REALIDADES DEMOGRAFICAS Y DESARROLLO DEL INDUSTRIALISMO

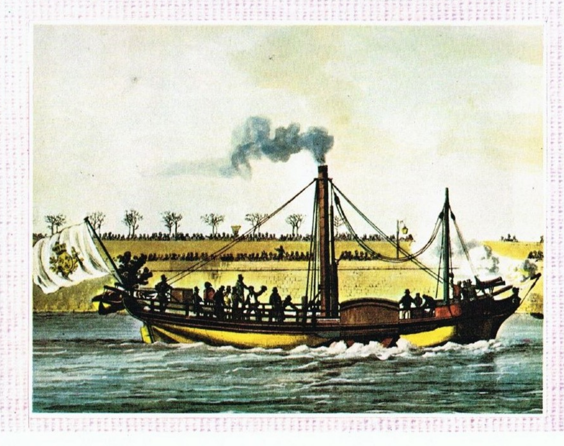
Es sabido que en el arranque del trascendental movimiento de la revolución industrial coinciden, entre otros, dos importantes factores, que se presentarían como sumamente favorables para el rentable desarrollo de las nuevas modalidades capitalistas. Por una parte, el aliciente de las grandes ganancias que podían proporcionar las máquinas, empleadas a gran escala, a los empresarios audaces y decididos que pudiesen contar con capital suficiente para financiar satisfactoriamente el nuevo equipo industrial. Por otra parte, las favorables consecuencias para el negocio empresarial, derivadas del crecimiento demográfico. En efecto, una vez superados complejos problemas se había iniciado, desde el siglo XVII, una tendencia al aumento de la población europea, que quedaría claramente afirmada en el siglo XVIII y proseguiría en el XIX y que, tal como se examina seguidamente, configuraría la aparición de dos tipos o series de oportunidades, manifestadas de forma paralela, que resultarían sumamente interesantes para la realización de los objetivos de los empresarios capitalistas.

Por un lado, se trata de la incidencia del aumento de la población en los mecanismos del mercado de trabajo. En este sentido, el crecimiento demográfico (consolidado, además, de forma decisiva por los notables avances higiénicos y sanitarios, que paulatinamente irían aumentando el número de años de esperanza media de vida) constituiría un factor fundamental para la promocion de las orientaciones favorables a la acción capitalista en el seno de un mercado de mano de obra cada vez más amplio y numeroso, en el que la demanda (de importancia decisiva para la supervivencia del jornalero) de oportunidades de trabajo, al superar, de forma sustancial, el conjunto de posibilidades de puestos de trabajo ofrecidos, alentaba claramente la realización de una política salarial sumamente favorable para los empresarios, al permitir la fijación de remuneraciones laborales muy bajas. La realidad del mencionado exceso de mano de obra, de aspirantes a un puesto de trabajo, respecto a la estructura de las empresas se vería mantenida, a lo largo del siglo XIX, por el flujo constante de corrientes migratorias de hombres del campo hacia la ciudad en los diversos países de Europa occidental, asegurando de esta forma la continuidad de una reserva de mano de obra excedentaria, que permitiría a los empresarios seguir negociando fórmulas de salarios bajos.

La conversión del campesino en habitante de un núcleo urbano; la transformación del trabajador agrícola en un obrero industrial, etc., se encuentran estrechamente vinculadas a poderosos movimientos que comportarían un creciente trasiego de habitantes de las zonas rurales a los sectores urbanos, al margen de esquemas de planificación y racionalidad que acoplaran el ritmo migratorio al ritmo de desarrollo industrial y de servicios paralelos, de forma que sólo emigraran hacia las ciudades el número exacto de personas que podían ocupar nuevos puestos de trabajo. La realidad fue muy distinta y, en el seno de unas sociedades en efervescencia, cuya población global aumentaba continuamente, las migraciones orientadas hacia las ciudades ofrecían el hecho de un número de solicitantes de puestos de trabajo superior al que era posible de ser acoplado o integrado. Ello, es preciso subrayarlo, favorecía los intereses salariales del empresariado, en el marco de una "lógica" de mercado libre de trabajo, en que la "ley de la oferta y la demanda" marcaba sus pautas decisivas, en el sentido señalado concretamente por un librecambista tan conocido como Cabden, que concretaba sus puntos de vista en torno a las oscilaciones del mercado de trabajo, de la forma siguiente: si dos empresarios buscan a un obrero para emplearlo, los salarios suben; si, por el contrario, dos o más obreros van tras un empresario para obtener trabajo, los salarios bajan. El crecimiento demográfico, canalizado, por otra parte, por las tendencias migratorias apuntadas, aseguraría de hecho, en casi todas las coyunturas, el predominio de la segunda circunstancia marcada por Cobden.

Por otra parte, en la paralela definición de una segunda tipología o serie de oportunidades favorables a los intereses de los empresarios, en las etapas de desarrollo de los mecanismos derivados de la implantación del industrialismo, el crecimiento demográfico supondría también una ampliación constante de las posibilidades del mercado de consumo. Ciertamente, superadas las dificultades estructurales básicas en el marco del capitalismo industrial, el aumento de la población debía conducir a un paralelo aumento del consumo, un aumento que –dadas las características del nuevo sistema industrial, centrado en torno al incremento de la producción– aparecía como necesario y fundamental, ya que el funcionamiento de la nueva realidad de economía de mercado comportaba, fundamentalmente, la exigencia de responder a las exigencias de una producción que, para poder cumplir con los objetivos de rentabilidad empresarial, debía ser vendida satisfactoriamente en un mercado consumidor cada vez más amplio. De esta forma, el auge demográfico, aprovechado por los promotores y beneficiarios de las nuevas modalidades industriales, incidiría paralelamente en las realidades de la producción y en las del consumo. Y asimismo, en su repercusión sobre el desarrollo de los hábitos y tendencias de consumo, el crecimiento demográfico se encontraría significativamente complementado por las variadas repercusiones derivadas de los fenómenos migratorios.

En efecto, la importancia, continuidad y volumen de los movimientos de población orientados hacia la ciudad constituiría un factor que facilitaría el desarrollo de los productos de todo tipo (fortaleciendo, en consecuencia, el auge del industrialismo), tal como se pondría de manifiesto, por ejemplo, en la evolución del papel desempeñado por realidades urbanas tan meri-



dianas y significativas como las de la existencia de tiendas, almacenes, puestos de venta de volumen muy diverso, que en las distintas ciudades facilitaban el contacto entre compradores y vendedores, superando el aislamiento, la falta de variedad de productos, la dificultad de comunicaciones que tradicionalmente habían presidido el ámbito mercantil de las zonas rurales y que lógicamente se iría modificando, con mayor o menor intensidad, tanto por influencia del desarrollo mercantil urbano como por las mejoras de los medios de transporte (especialmente el ferrocarril).

Las instalaciones mercantiles urbanas, de muy diversa índole (y con notables diferencias de volumen, especialidad y mecanismo de funcionamiento), ofrecían rápidamente al público todo tipo de novedades y aseguraban al propio tiempo el aprovisionamiento eficaz de los más variados productos, a través del perfeccionamiento de una compleja red de organizaciones comerciales que trazaba una cadena que facilitaba el paso de los *stocks* de productos salidos de las fábricas a los almacenes de los grandes distribuidores, para pasar seguidamente –y con la intervención, según los casos, de un múmero mayor o menor de intermediarios– a la colocación de las mercaderías, en cantidad y variedad suficientemente satisfactorias, en los puestos de venta al detalle.

En el marco de esta red de relaciones mercantiles, que aseguraban no sólo el abastecimiento de los productos indispensables, sino –y ello es muy importante– la penetración cada vez mayor de productos no imprescindibles, el auge de las ciudades comportaba el desarrollo creciente de sus mecanismos mercantiles y, con ello, el incremento del consumo. Si, por una parte, es evidente que la ampliación del volumen de productos vendidos se encontraría facilitada, de forma sustancial, por el considerable aumento de los apetitos consumidores de los sectores más acomodados, que paralelamente contarían con mayores medios económicos para emplear en tales menesteres, debemos situar en su lugar propio, por otra parte, el papel desempeñado por la afluencia de inmigrantes, que –pese a todo tipo de condicionamientos negativos, respecto a ingresos y poder adquisitivo– encontraban en las ciudades y núcleos urbanos mayores facilidades (y asimismo mayores incentivos a través de formas de mimetismo social, de modalidades de propaganda, de evolución de los hábitos que presidían la vida cotidiana, etc.) para adquirir todo tipo de productos.

De hecho, la experiencia acabaría de demostrar ampliamente a los empresarios que una determinada racionalización en la forma de aprovechar la doble incidencia de los fenómenos demográficos –y en particular los migratorios– en la producción y el consumo permitió ampliar de forma notable el volumen de ventas de manufacturas de diverso tipo, contribuyendo de ese modo a una decisiva consolidación del nuevo sistema industrial.

A. J.

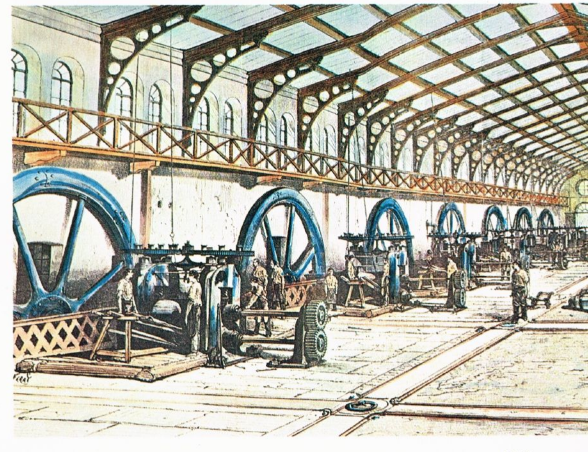
en un mecanismo económico de total simplicidad.

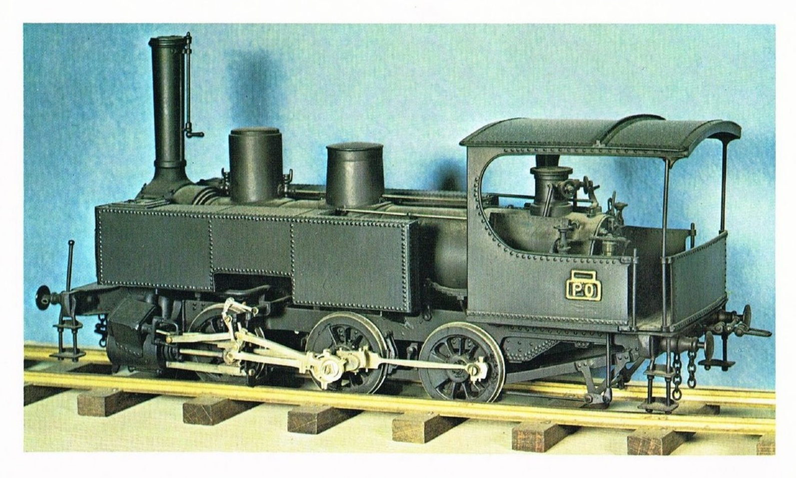
La fábrica, con sus máquinas, con su equipo complicado, no significará solamente la "quintaesencia" simbólica de la era industrial y el contrapunto –con sus naves capaces de contener centenares e incluso millares de obreros– del pequeño taller del artesano tradicional (de estructura cuasi familiar), sino que además supondrá un importante y creciente factor de cristalización de las formas de mayor división del proceso productivo, que asimismo aparece separado del circuito de venta. Una división del proceso productivo (en el que cada unidad de producción definida realizará la parte de tarea industrial que le corresponda) y que, en la vida de la nueva sociedad, se proyectará en una creciente complicación de las formas de división social (y de jerarquización) del trabajo.

Paralelamente, el proceso de división y de complicación apuntado tenderá a afirmar, cada vez más, las tendencias de predominio *cantidad*, situadas por encima de la idea de *calidad*. La potenciación de la cantidad, por otra parte, no significa que las nuevas realidades industriales produjeran *(fabricaran)* manufacturas peores, de menos calidad, que las obtenidas antes del éxito del movimiento maquinista. Se trata fundamentalmente, en este sentido, de destacar que el aumento de beneficios, a través de las posibilidades del industrialismo, dependía no del mantenimiento o mejoramiento de la calidad del producto, sino de la multiplicación de dicho producto. Vender más significaba ganar más. Y para vender más –junto con la ampliación del mercado– era preciso producir más.

Por ello, la multiplicación de la producción, en una era de grandes avances de la técnica, en unas etapas de formidables manifestaciones de las posibilidades abiertas al progreso técnico, debe contemplarse de forma estrechamente vinculada a las nuevas po-

Nave de una fundición de cinc en la Alta Silesia en 1860 (Biblioteca Nacional, París). La fábrica significa la liquidación del sistema artesanal, al tiempo que la quintaesencia simbólica de la era industrial.





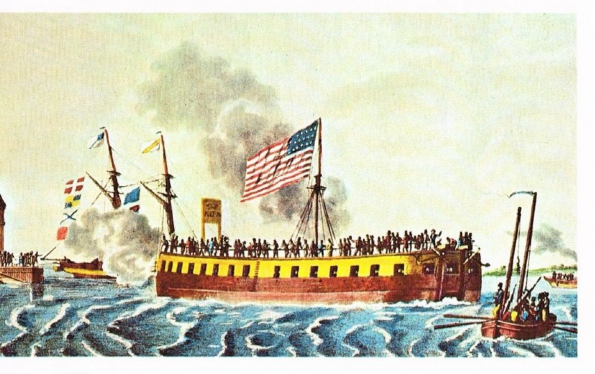
Modelo de locomotora francesa para mercancías, de 1877.

La fragata de vapor "Fulton" maniobrando en la rada de Nueva York (Biblioteca Nacional, París). Los buques de vapor facilitaron también los movimientos de mercaderías, pero tendrían un importantísimo papel en el enorme proceso emigratorio que significó el trasvase de millones de hombres a América, sobre todo a Estados Unidos.

sibilidades de bienestar, confort y comodidad, que dibuja el desarrollo de la civilización industrial. En este sentido puede entenderse el optimismo cientifista que, concretado desde principios del siglo XVIII, se mantiene en buena parte de los sectores acomodados del mundo occidental, durante el siglo XIX. Estos núcleos escribirán y comentarán, entusiasmados, que "el hombre ha llegado a dominar y a conquistar plenamente la naturaleza, orientándola y sujetándola a sus intereses y conveniencias", o bien afirmarán que "se había conseguido la liberación del hombre a través del éxito de la técnica y la máquina".

Los hechos, por otra parte (si bien se encargarían de demostrar las exageraciones y el infantilismo que presentan muchas de las manifestaciones del optimismo cientifista), evidenciarían la gran cantidad y trascendencia social que llegaría a revestir el impacto creciente de la técnica no solamente sobre la actividad económica, sino además sobre el conjunto de la vida social, sobre las formas de ver, entender y vivir la vida. Así, a partir del desarrollo de la máquina de Watt, los ingenios de vapor no moverían sólo los telares mecánicos y se aplicarían, por ejemplo, a las cada vez más complejas y poderosas industrias siderúrgicas, sino que el hombre común se aprovecharía de las posibilidades de la máquina de vapor para facilitar las comunicaciones, permitiendo una considerable multiplicación de los contactos y "acercando" los puntos más distantes del planeta.

La capacidad y velocidad de los transportes ferroviarios, paralelas a las de la navegación a vapor, aumentarían no sólo la circulación de viajeros y mercaderías, sino que constituirían factores técnicos de gran importancia en el trasvase de población, en el creciente proceso migratorio, del campo a las ciudades. Concretamente, los buques de vapor –al poder transportar cifras más elevadas de pasajeros y de forma más rápida y segura– fueron una pieza fundamental en el



EL IMPACTO DE LAS INNOVACIONES MAQUINISTAS Y DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL EN EL DESARROLLO DE LA BURGUESIA

BURGUESIA

Consolidación de la hegemonía económica de la clase burguesa con la configuración del gran capitalismo resultante del empuje de las actividades industriales y de la acción financiera.

Obtención y consolidación de la dirección de la vida política, con el triunfo del movimiento de la revolución burguesa, que otorga a la nueva clase directora una sólida plataforma jurídico-política de control de la pirámide social. Una revolución que, por otra parte, se hizo inevitable para la burguesía si deseaba obtener el satisfactorio rendimiento de las nuevas perspectivas abiertas por el maquinismo.

Clase directora y principal beneficiaria de la nueva organización social del industrialismo.

formidable proceso de movimientos de población, que trasladaron a millones de personas de diversos países de Europa a todos los continentes, especialmente a América y, en particular, a los Estados Unidos, que cubrirá sus amplias posibilidades territoriales con numerosos contingentes de inmigrantes, constituidos por los excedentes demográficos de las Islas Británicas, Alemania, los países eslavos, etc.

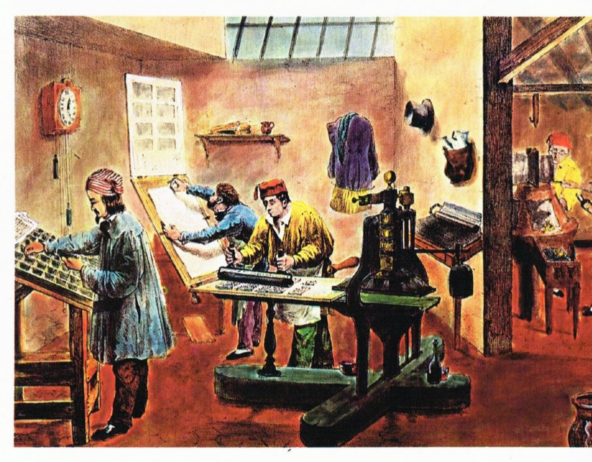
Paralelamente, las innovaciones técnicas afectarían a otros muchos aspectos de la vida económica y social. Así, aparecerían nuevas formas de poner en contacto a los hombres, revolucionando las concepciones tradicionales en torno a las comunicaciones y la transmisión de ideas, opiniones y noticias. Por ejemplo, antes de conocerse exactamente los "misterios" de la electricidad, ésta es utilizada en el telégrafo, inventado por Morse, y en el teléfono de Bell. Se tenderán redes nacionales e internacionales, cables submarinos, etc., y las noticias adquirirán perspectivas de instantánea, facilitando tanto los negocios de los especuladores capitalistas como revolucionando los mecanismos de opinión pública, dando una gran envergadura a la prensa de todo tipo.

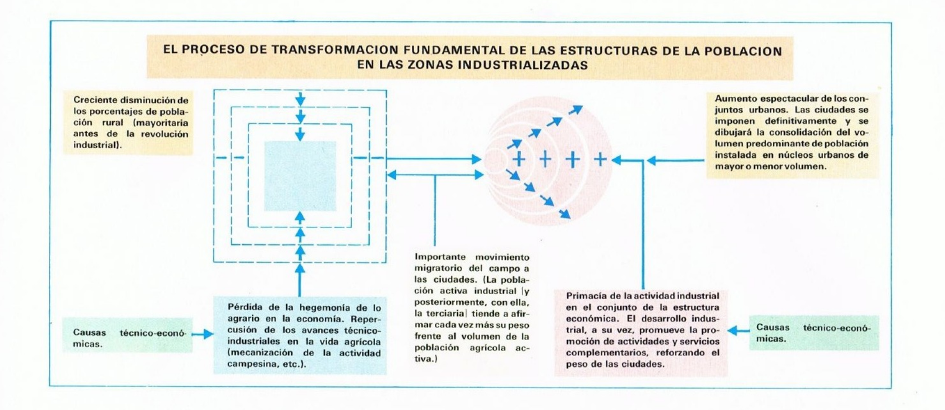
El desarrollo técnico alcanza todos los campos y de esta forma, por ejemplo, se perfecciona la aplicación industrial de la química, que, a su vez, encontró aplicación en la agricultura, promocionando –junto a la mecanización de muchas tareas campesinas– la etapa que, con toda propiedad, podría denominarse como la segunda fase de la revolución agraria del mundo desarrollado.

Se ha señalado antes el hecho fundamental y significativo de que, por una parte, la máquina cuesta dinero y, por otra, multiplica la riqueza. O sea que desde un principio, en el seno del capitalismo comercial, el impacto maquinista marca una trayectoria de profunda repercusión histórica: los ricos tienen en sus manos un medio sumamente provechoso que les permite aumentar más y más su riqueza. De esta forma, desde el arranque de la revolución industrial se dibuja una relación muy significativa entre el desarrollo industrial y el auge de las finanzas, fácilmente comprensible, que, por otra parte, iba a ofrecer unas líneas muy concretas del progreso económico del siglo XIX.

En efecto, la financiación de la revolución industrial –la puesta en marcha, de forma profunda y rentable– exigía, desde un principio, la inversión de grandes capitales. La promoción de los grandes complejos textiles, de las instalaciones siderúrgicas (altos hornos, etc.), el tendido y equipo de las lí-

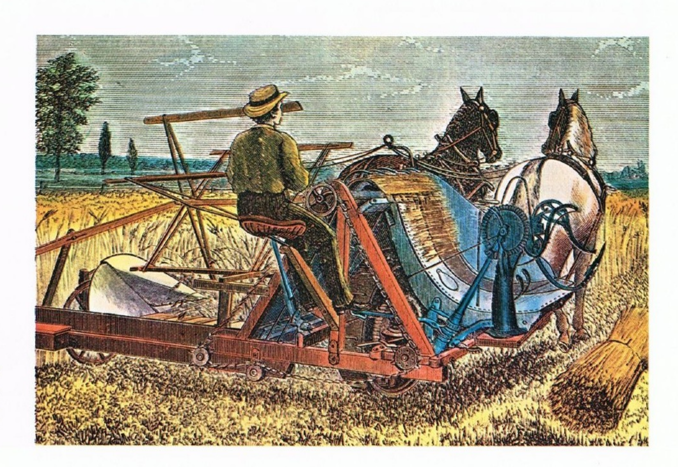
Interior de una imprenta parisiense a finales del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París). Junto a la revolución industrial se produjo una serie de inventos técnicos, como el telégrafo y el teléfono, que facilitaron la comunicación instantánea entre los hombres y dieron gran envergadura a la prensa.





neas ferroviarias, la construcción de buques para las grandes compañías de navegación, etcétera, precisaban la utilización de un capital acumulado que, al propio tiempo que condicionaba que básicamente los empresarios adinerados pudieran embarcarse en las aventuras industriales, establecía una relación entre el empresario (fabricante, armador) de negocios industriales y el banquero. Es decir, el industrialismo configuró la aparición y consolidación del capitalismo industrial, pero la efectiva y eficaz promoción de la nueva modalidad capitalista tuvo que apoyarse en el decidido apoyo de los grupos financieros.

El progreso económico, que en la sociedad estamental del Antiguo Régimen había venido apoyándose en el crédito supuesto por la garantía del mecanismo del privilegio controlado por el monarca (o sea, un crédito basado en factores de tipo psicológico y político), se verá decisivamente potenciado y

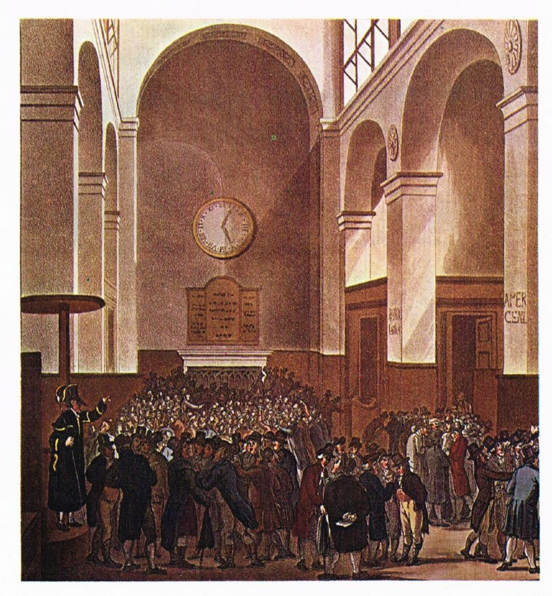


Segadora de madera de 1880 (Biblioteca Nacional, París). El desarrollo técnico promocionó la mecanización de muchas tareas campesinas.



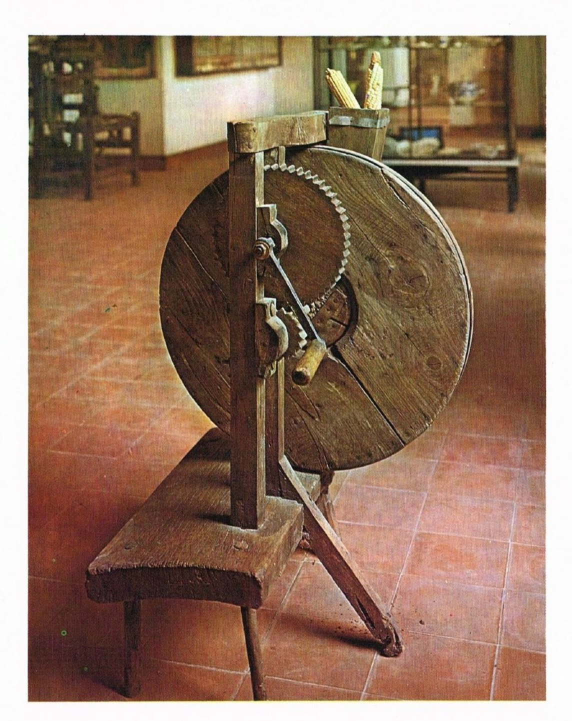
La Bolsa de París. Las necesidades imperiosas de dinero originaron un mercado de capitales que, junto a las especulaciones en Bolsa y las maniobras de las redes bancarias internacionales, fue configurando el nuevo sistema financiero.

Sala de Contratación del New Stock Exchange de Londres (Museo Británico, Londres).



desarrollado en el siglo XIX por una nueva y revolucionaria noción del crédito: el crédito monetario, el crédito supuesto por la sistemática utilización de los préstamos efectuados por los financieros, en favor de la promoción industrial. Esta nueva *praxis* del crédito configura la robusta plataforma en la que, a mediados del siglo XIX, se encuentra sólidamente apoyada la estructura del gran capitalismo, un capitalismo que de la promoción del capitalismo industrial, desbancando el antiguo capitalismo comercial y colonial, pasa a concretar sus líneas decisivas de acción en el juego importantísimo del capitalismo financiero.

La lógica del mercado capitalista, al impulsar crecientes inversiones dinerarias, al exigir sustanciales y significativas realidades de acumulación de capitales, permitió el fabuloso auge del sistema industrial, que –en función de su misma base de importante inversión dineraria– desembocaba en el florecimiento y desarrolló crecientes y fabulosos de las diversas modalidades que caracterizan el capitalismo financiero, obligando a multiplicar y perfeccionar la red de establecimientos de crédito y de negociación dineraria, que permitiera movilizar grandes masas monetarias, importantes sumas del ahorro privado, orientándolas y dirigiéndolas a las inversiones industriales que ofrecían mayores garantías de rentabilidad.



Máquina desgranadora de maíz (Museo Arqueológico, Olot).

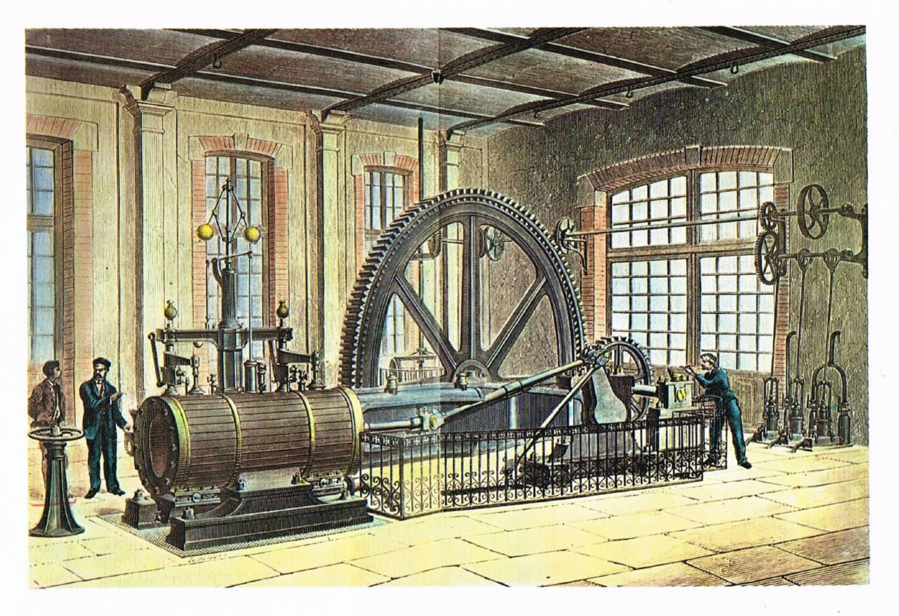
De esta forma, los grandes banqueros se erigen en árbitros efectivos del desarrollo industrial, canalizando el dinero hacia diversos sectores de inversión y permitiendo, de este modo, el paralelo auge de las grandes sociedades anónimas –industriales y comerciales–, que precisaban de importantes capitales para cumplir sus objetivos. Las grandes anónimas, con las participaciones de capital repartidas en acciones, consagran una tendencia a la concentración capitalista y empresarial, que, de hecho, es el contrapunto de las viejas prácticas corporativas de los antiguos talleres y negocios, con su pequeño tamaño y la carencia casi total de capitales.

Con el desarrollo del gran capitalismo y la maduración de las nuevas formas del sistema financiero, adquirirían creciente importancia los grandes mercados de capitales y las especulaciones de Bolsa, junto a las maniobras de las redes bancarias internacionales. Así, en tanto los jóvenes Estados Unidos irían preparando el creciente papel de sus ejes de dinamismo financiero, que se centraría en torno a Wall Street, las grandes capitales como Londres y París –centros estos dos de las grandes Bolsas europeas– desempeñarían un papel de activa animación y maduración de múltiples actividades económicas, encontrando paralelamente el complejo financiero su encarnación más decisiva a través del papel de las grandes redes, corresponsales y relaciones de los Bancos de crédito e inversión industrial, entre los que destacaron, por ejemplo, las empresas de los Rothschild y los Pereyre, de especial repercusión, respectivamente, en Gran Bretaña y en Francia. De forma especial, el caso Rothschild, con una cadena de centros bancarios en las más diversas capitales europeas, marcará la pauta y se convertirá en prototipo y símbolo de la Europa de los banqueros, árbitro y elemento fundamental en el proceso de desarrollo del industrialismo.

De esta forma, a mediados del siglo XIX, la conjunción entre factores industriales y financieros consagraría la configuración y la consolidación del extraordinario predominio del gran capitalismo, con intereses y conexiones internacionales, controlando sectores de producción y redes de ventas en muy distintos países y demostrando su capacidad para realizar funciones decisivas en las más diversas actividades económicas de Europa y de los Estados Unidos de América.

La hegemonía del gran capitalismo, por otra parte, al tiempo que definió y condicionó el proceso expansivo de las grandes potencias económicas (en su tarea de ampliación de zonas de influencia, de ampliación del mercado y de elaboración de la política futura del imperialismo colonial), promovió –por consecuencia del mismo espíritu expansivo y emprendedor del nuevo movimiento capitalista– el desarrollo económico de países exóticos, como el Japón, que daría muestras de una fabulosa actividad emprendedora y de una gran capacidad de gestión económica que permitirían el trascendental y rápido proceso que, en pocas décadas, convertiría el antiguo Imperio oriental de esquemas feudales a lo *samurai* en una gran potencia mundial.

La consolidación del gran capitalismo, la expansión y complicación internacional de los intereses, así como las conexiones de los grandes sectores emprendedores, consagran la hegemonía y trascendencia del proceso de mundialización de la economía capitalista, que impondría sus pautas y el predominio de sus poderosos núcleos dominantes a los más diversos confines de todos los continentes. Así, paralelamente al fabuloso auge de



Máquina de cien caballos de vapor de la destilería Grand Springer, hacia 1860 (Biblioteca Nacional, París).

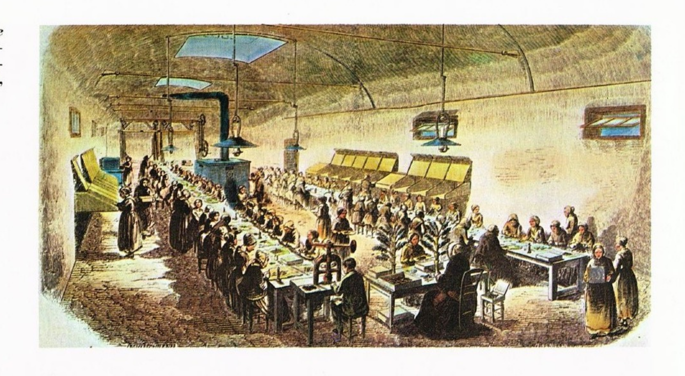
los países de Europa occidental y de los Estados Unidos, junto con la aparición de dinámicas novedades como la nipona, se dibujaría plenamente el proceso de supeditación de las grandes zonas de economía subdesarrollada a los intereses y objetivos de los grandes capitalistas, que contarían decisivamente para el logro de sus fines no sólo con el papel de influencia y coacción política y diplomática de las grandes potencias a las que se encontraban vinculadas, sino incluso con la abierta intervención militar de estos mismos estados, afirmando y garantizando la solidificación del papel hegemónico de los grandes financieros e industriales a lo largo y ancho del planeta.

La plena realización de la etapa imperialista del nuevo sistema político, social y económico se concreta en la formación de los grandes conjuntos coloniales dependientes de las grandes potencias, con su ejemplo –su realidad más importante y decisiva– más significativo en el formidable imperio colonial británico, con posesiones en los más diversos continentes, dibujando un ejemplo, extraordinariamente importante, de las dimensiones, complicaciones, conexiones y posibilidades que podía ofrecer –en el seno del sistema industrial controlado por el gran capitalismo– una poderosa y amplia política colonialista.

En esta etapa de desarrollo de los objetivos imperialistas, que puso en marcha y potenció el crecimiento y la consolidación del gran capitalismo, las grandes potencias del desarrollo industrial, en las que en líneas generales se concreta, entre 1870 y 1880, la plena instalación de la gran burguesía (grandes industriales, grandes financieros) en el poder, el peso internacional de los nuevos directores de la vida económica, social y política quedaba concretado no sólo en el escaparate externo de desarrollo y "civilización" que presentaban las grandes potencias industriales (Gran Bretaña, Imperio alemán, Francia, Estados Unidos, Holanda, Bélgica, Italia), sino en la expresión afectiva de sus aspiraciones de expansión colonial, acompañada por la abierta y profunda intervención en los asuntos internos correspondientes a grandes zonas del mundo.

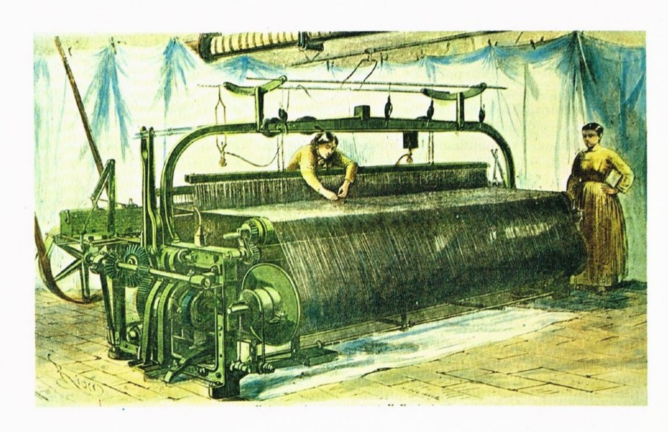
Es decir, a los extensos territorios que controlarían directamente las grandes potencias (y que constituirían la clave de los com-

Taller para la fabricación de aparatos de telegrafía eléctrica que emplea personal femenino (Biblioteca Nacional, París).



plementos de reserva y de explotación de recursos, así como de colocación de excedentes, en favor de los intereses de los poderosos dirigentes de las nuevas realidades económicas del sistema industrial) y que afectaban a las más diversas zonas del mundo: península indostánica, Birmania, Indochina, Australia, Canadá, etc., y asimismo las zonas africanas –abiertas a la creciente ambición colonizadora gracias a las grandes exploraciones con viajes y aventuras tan significativos como los protagonizados por Livingstone y Stanley– y cuyo reparto y adscripción a los intereses de las potencias europeas se concretó significativamente en la Conferencia de Berlín, a las mencionadas grandes extensiones territoriales ligadas al imperialismo de las diversas metrópolis (a través de figuras de tipo colonial entre las que destacaría, en caso de necesidad, la elocuente fórmula del "protectorado") se unirían, efectivamente, las realidades de decisiva actuación de las potencias capitalistas en regiones tan varias, extensas y significativas como los países de América latina o China.

La culminación del proceso de expansión de los grandes beneficiarios del capitalismo industrial dibuja, por otra parte, una de las características más significativas que va a dibujar la trayectoria socioeconómica del siglo XIX. Se trata del contraste sociocultural –paralelo a importantes y decisivos desequi-



Telar mecánico construido por M. Mercier hacia 1860 (Biblioteca Nacional, París).

librios económicos– que se dibujará entre los países industrializados y las colonias y zonas de influencia subdesarrolladas. Contraste que se concretará en torno a los conceptos de civilización y de incivilización, que tomarán un fuerte contenido de deformación ideológica, al tratar de recubrir, por ejemplo, buena parte de los intereses económicos sustentados por el imperialismo, a través de "explicaciones justificatorias" que presentarán la intervención de las grandes potencias desarrolladas como una acción fundamentalmente dirigida a la realización de una humanitaria y altruista labor "civilizadora" de los países bárbaros y atrasados. Es evidente, por otra parte, que tales fenómenos socioculturales se encuentran en relación directa con las transformaciones que origina el proceso industrial y con las formas arcaicas y anacrónicas de tipo económico, social y cultural mantenidas por la permanencia de las viejas estructuras agrarias en aquellas zonas que no se beneficiaron de los cambios fundamentales que potenció el maquinismo.

En la línea apuntada, en las últimas etapas del siglo XIX, la consolidación de las nuevas estructuras del sistema industrial (y las nuevas realidades surgidas del desarrollo del gran capitalismo y del imperialismo económico) presenta el apogeo de otras estructuras de civilización, en las que los esquemas urbanos, las modas, los gustos, las iniciativas de las grandes ciudades juegan un papel decisivo al cambiar actitudes y mentalidades y proporcionar, por otra parte, el marco de exteriorización que la gran burguesía –beneficiaria de las ventajas de la nueva realidad económica– necesitaba para dar ostentosa "fe de vida" y testimonio de su lugar preeminente, destacado y decisivo en la sociedad: ensanches urbanos, grandes edificios públicos, teatros, hoteles, barrios residenciales, paseos, parques, avenidas, etc., constituían el escaparate que permitía manifestar públicamente, y de forma constante y significativa, el alto nivel de vida, los refinamientos y comodidades que el éxito en la gestión industrial y financiera otorgaba a los nuevos dirigentes de la vida económica. Unas innovaciones, unos refinamientos y unas comodidades que, por otra parte, paralelamente a la radicalización conflictiva de los movimientos obreros, fomentaron un mimetismo social, patente no sólo entre múltiples sectores urbanos que sentían el afán de "aburguesarse", sino incluso entre las mismas zonas rurales que subsistían.

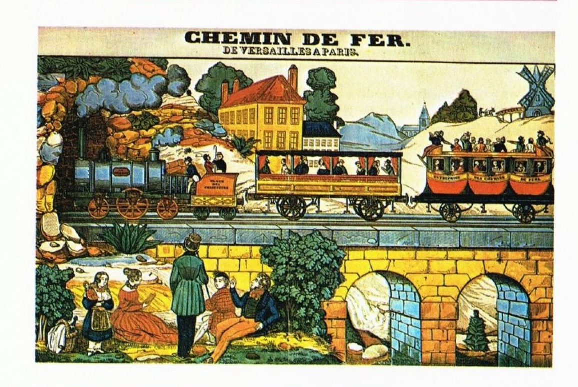
El triunfo de la "espuma" de la burguesía, con la paralela consolidación hegemónica de las formas de civilización urbana, coincidía, pues, con la profunda transformación de los esquemas de vida, las mentalidades, las formas de relación, dando idea del profundo alcance del proceso de grandes cambios que, en un número relativamente corto de décadas, conseguiría el éxito del movimiento de la revolución industrial. Un éxito que, sin embargo, encerraba desde un principio profundas contradicciones en su seno, tal como se pondría de manifiesto, ya en el mismo siglo XIX y de modo especial en las graves convulsiones que agitarán prácticamente a toda la humanidad, en diversos momentos del presente siglo, ofreciendo fenómenos de conflicto, crisis y cambios de profundas repercusiones, acompañadas de significativas realidades de violencia, como las puestas de manifiesto por las graves y trágicas contiendas conocidas como primera y segunda Guerras Mundiales. Guerras de crisis y de dramáticos enfrentamientos que no podrán dejar de patentizar la profunda complejidad del concreto movimiento dialéctico de la historia contemporánea, que prácticamente se puso en marcha a partir de la revolución industrial.



Uno de los varios edificios conservados en Barcelona de la Exposición Universal de 1888. Las exposiciones son los muestrarios en que las naciones presentan sus realizaciones fabriles.

BIBLIOGRAFIA

Ashton, T. S.	*La revolución industrial (1760-1830),* México, 1957.
Baumont, M.	*L'essor industriel et l'imperialisme colonial,* París, 1949 (2.ª ed.).
Braudel, F.	*Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social,* Madrid, 1969.
Cipolla, C. M.	*Història econòmica de la població mundial,* Valencia, 1969.
Cole, G. D. H.	*Introducción a la historia económica (1750-1950),* México, 1957.
Jones, P. A.	*La sociedad consumidora. Historia del capitalismo estadounidense,* México, 1968.
Mantoux, P.	*La revolución industrial en el siglo XVIII,* Madrid, 1962.
Morazé, Ch.	*La France bourgeoise (XVIIIe-XXe siècles),* París, 1946. *El apogeo de la burguesía,* Barcelona, 1965.
Mori, G.	*Revolución industrial. Historia y significado de un concepto,* Madrid, 1970.
Pernoud, R.	*Histoire de la bourgeoisie en France;* vol. II: *Les temps modernes,* París, 1962.
Schneb, R.	*El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914),* vol. VI de "Historia general de las civilizaciones", Barcelona, 1960.
Vicens Vives, J.	*Historia económica de España,* Barcelona, 1959. *Historia social y económica de España y América,* vol. V, Barcelona, 1959.
Weber, M.	*Historia económica general,* México, 1956 (2.ª ed.).



Estampa de la segunda mitad del siglo XIX que representa el ferrocarril de Versalles a París (Biblioteca Nacional, París).

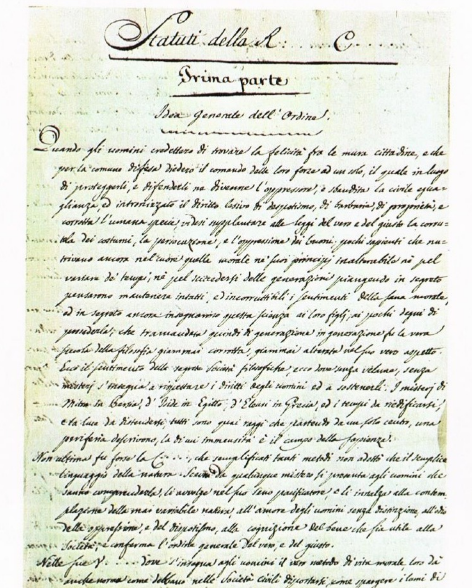


Batalla de San Martino (24 de junio de 1859), empeñada entre austríacos y franco-piamonteses, en que estos últimos lograron la victoria (Museo del Risorgimento, Turín).

"Risorgimento" y unidad italiana

La liquidación del período napoleónico por el Congreso de Viena había dejado a la península italiana sojuzgada y dividida. Austria conservaba a Lombardía y el Véneto como provincias del Imperio. Los ducados de Parma, Módena y Toscana estaban regidos por archiduques austríacos; el papa no sólo gobernaba como en la Edad Media los estados pontificios, sino que extendía su gobierno a las provincias del Adriático llamadas *legaciones*. En Nápoles y Sicilia, eliminado el peligro de Murat (establecido allí por Napoleón), volvían a gobernar los Borbones según sus métodos tradicionales.

Todos estos monarcas eran enemigos de las ideas democráticas y se sentían autorizados a su represión por los principios de la Santa Alianza. Hasta el Piamonte, que con Saboya, Génova y Cerdeña formaba un reino casi italiano, toleraba con dificultad la propaganda del régimen constitucional. En las provincias austríacas el mayor crimen era hablar de constitución e independencia. Las prisiones de Austria dejaron gran fama de crueldad. A un prisionero incomunicado, Maroncelli, se le quitaron los lentes para que no pudiera distraerse leyendo. A Silvio Pellico el carcelero le pasó una carta de su padre con dirección y firma solamente; todo lo demás había sido censurado. A otro, Bachiega,

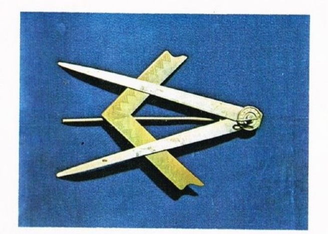

Statuti della R∴ C∴....

Prima parte

Idea generale dell'Ordine.

Quando gli uomini credettero di trovare la felicità fra le mura cittadine, e che
per la comune difesa diedero il comando delle loro forze ad un solo, il quale in luogo
di proteggerli, e difenderli ne divenne l'oppressore, e sbandita la civile egua=
glianza, ed intronizzato il diritto lesivo di despotismo, di barbarie, di prepotenza, e
corrotta l'umana specie, videsi supplantare alle leggi del vero e del giusto la corru=
tela dei costumi, la persecuzione, e l'oppressione dei buoni: pochi sapienti che nu=
trivano ancora nel cuore quella morale ne' suoi principj inalterabile nè pel
variare de' tempi; nè pel succedersi delle generazioni piangendo in segreto
pensarono mantenere intatti, ed incorruttibili i sentimenti della sana morale,
ed in segreto ancora insegnarono questa scienza ai loro figli, ai pochi degni di
possederla; che tramandata quindi di generazione in generazione fu la vera
scuola della filosofia giammai corrotta, giammai alterata nel suo vero aspetto.
Ecco il sentimento delle segrete Società filosofiche; ecco dove senza velame, senza
misterj s'insegna a rispettare i diritti degli uomini ed a sostenerli. I misterj di
Mitra in Persia, d'Iside in Egitto, d'Eleusi in Grecia, ed i tempj da riedificarsi,
e la luce da distendersi, tutti sono quei raggi che partendo da un solo centro, una
periferia descrivono, la di cui immensità è il campo della sapienza.
Non ultima fu forse la C∴..., che semplificati tanti metodi non adottò che il semplice
linguaggio della natura. Scevra da qualunque mistero si presenta agli uomini che
sanno comprenderla, li avvolge nel suo seno purificatore, e li innalza alla contem=
plazione della mai variabile natura, all'amore degli uomini senza distinzione, all'odio
dell'oppressione, e del dispotismo, alla cognizione del bene che sia utile alla
Società; e conferma l'ordine generale del vero, e del giusto.
Nelle sue V∴... dove s'insegna agli uomini il vero metodo di vita morale loro dà
anche norma come debbano nelle Società civili diportarsi, come spargere i lumi di
verità, e disseminare ovunque i principj della vera filosofia, ed il diritto dell'eguaglianza

Estatutos de los "carbonarios" (Museo del Risorgimento, Turín). Los "carbonarios", sociedad secreta que había empezado en Nápoles a reunirse en chozas de carboneros, contribuyeron a difundir las ideas revolucionarias de la unificación por toda Italia. A la derecha, símbolos masónicos de la Italia del "Risorgimento" (Museo del Risorgimento, Turín). La masonería también ayudó a expandir las ideas revolucionarias por Italia.



por orden real se le quitó un gorrión que había conseguido entrar por la aspillera de la celda y se había acostumbrado a vivir en compañía del recluso.

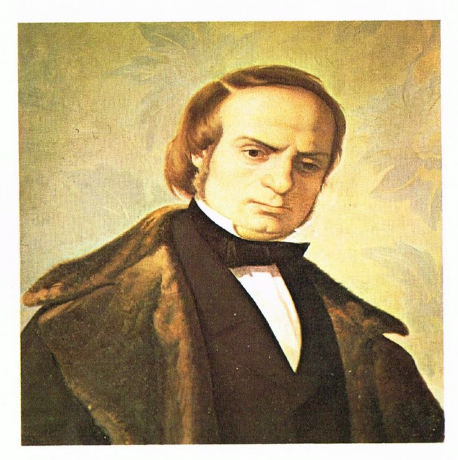
En Parma, que era un centro de libertinaje, se era inexorable con los liberales. Stendhal, en su novela *La Cartuja de Parma,* ha descrito vivamente aquella corte donde todo era alegría, menos el castillo-prisión. En la corte de Módena, además de los antiguos métodos de tortura, se empleaban drogas para obtener delaciones provocando el delirio en los conspiradores. El duque de Toscana era el déspota más benévolo y sus súbditos los más flojos; lo aceptaban con "pacífica beatitud", pero, según un escritor de la época, Toscana era un paraíso sin los árboles de la vida y del conocimiento.

En otros estados italianos la detención de los prisioneros no acostumbraba ser tan larga como en las prisiones de Austria, donde se retenía a los reclusos doce o quince años. La *maffia* y la *camorra,* los *banditi* y *sicarii,* despachaban a los sospechosos ya antes de ser encarcelados. Los que llegaban a entrar "morían" con relativa facilidad.

Sin embargo, continuaban propagándose las ideas revolucionarias. Todo lo facilitaba; el progreso material imponía su correlativo progreso en las instituciones. En el Piamonte se introdujeron las máquinas de hilar y tejer de Inglaterra, y la mayor producción requería más vasto mercado, que sólo podía ser la Italia unificada. Los ferrocarriles facilitaron las comunicaciones y con ellas la unificación de los diversos estados. No debe, pues, sorprendernos que los príncipes reaccionarios y absolutistas los aceptaran a regañadientes. El primer ferrocarril en la península fue el de Nápoles a Portici, inaugurado en 1839; pero el gobierno borbónico consideraba el invento como peligroso para la moral, y así sometió su desenvolvimiento a una serie de restricciones, como la prohibición de que los trenes viajaran de noche o en domingo. El ferrocarril de Milán a Venecia fue empezado por los austríacos en 1840, y el de Liorna a Pisa, por el gran duque de Toscana en 1844. El Piamonte, que hubiera debido ser el iniciador de este progreso, llegó tarde, pero en seguida se pensó en una línea a lo largo de la costa, desde Génova a Nápoles, y en horadar el Apenino. Los partidarios de la nueva Italia decían que los ferrocarriles "coserían el cuero de la bota" del mapa de la península.

Con la excusa de *Congressi degli Scienziati* se reunían patriotas de todos los estados para tratar de problemas de economía y ciencias, de los que quedaba en Italia algún rescoldo desde las escuelas del Renacimiento. Pero hasta los temas más inocentes llevaban a los congresistas a discutir el régimen político; muchos congresistas eran carbonarios y masones, y todos liberales. Por esto el papa y el duque de Módena prohibieron a sus súbditos reunirse en congresos científicos y Austria los permitía con gran sospecha de carácter diabólico. Los primeros congresos científicos se celebraron en Pisa y Turín los años 1839 y 1840; al congreso de Nápoles, de 1845,

Monumento en Roma a Giuseppe Mazzini, defensor de la solución de implantar una república unitaria en Italia.



Vincenzo Gioberti, por Puccinelli (Museo del Risorgimento, Turín). Este político sostenía que la mejor solución a la unidad de Italia consistía en la federación de los estados y colocar al papa al frente de ella.

acudieron mil cuatrocientos *Scienziati,* demasiados para hablar sólo de ciencia; el último, de 1847, fue ya en Venecia en pleno dominio austríaco y en vísperas de la revolución. A consecuencia de algunos discursos que habían pronunciado durante la celebración del congreso, los dos principales agitadores vénetos, Manin y Tommaseo, fueron encarcelados.

Las sociedades secretas tuvieron mayor eficacia en la difusión de las ideas revolucionarias, porque muchos italianos eran todavía analfabetos y no podían comprender la literatura patriótica que circulaba clandestinamente. Todas las sociedades secretas tenían en común la fraseología oscura de las fórmulas de iniciación, que atraía al público con el misterio de sus símbolos y la jerarquía de los grados. Los *carbonarios* de Nápoles habían empezado por reunirse en chozas de carboneros con un tronco de árbol por sillón presidencial. Las logias se llamaban *barracas* o *ventas,* y al lado de la cruz de Cristo se veía

LA UNIDAD ITALIANA

1849 Víctor Manuel II, rey del Piamonte-Cerdeña.

1850 Cavour, ministro de Comercio y Agricultura en el gabinete de d'Azeglio.

1852 Víctor Manuel designa primer ministro a Cavour.

1858 Entrevista de Plombières: apoyo francés a la causa de la unidad italiana.

1859 (4 de junio) El ejército italo-francés derrota a los austríacos en Magenta.
(24 de junio) Nueva victoria en Solferino.
(12 de julio) Napoleón III firma el armisticio con Austria.
(10 de noviembre) Paz de Zurich: Lombardía se incorpora al reino de Piamonte-Cerdeña.

1860 Un plebiscito sanciona la anexión de Toscana, Parma, Módena y Romagna al reino de Piamonte.
(4 de abril) Fracaso de un levantamiento nacionalista en el reino de Nápoles.
(11 de mayo a 20 de julio) Expedición de Garibaldi contra Sicilia.
(agosto-septiembre) Ocupación del reino de Nápoles por Garibaldi.

1861 (13 de febrero) Capitulación de Fernando II, rey de Nápoles en Gaeta. Unión de Sicilia, al sur de Italia, Umbría y las Marcas con Piamonte-Cerdeña. Víctor Manuel II es proclamado rey de Italia en Turín.
(6 de junio) Muerte de Cavour.

1862 Sin apoyo oficial, Garibaldi intenta conquistar Roma.

1864 Compromiso entre Napoleón III y Víctor Manuel II: las tropas francesas evacuarán los Estados Pontificios a cambio de que el gobierno italiano respete y defienda su integridad.

1866 Como consecuencia de la participación italo-francesa en la guerra austro-prusiana, Austria cede Venecia al reino de Italia.

1867 Nueva intentona de Garibaldi contra Roma, desbaratada por la intervención de las tropas francesas y pontificias.

1870 (2 de septiembre) Derrota francesa en Sedán. El ejército francés se retira de los Estados Pontificios.
(20 de septiembre) Ocupación de Roma por las tropas italianas.

Garibaldi en América del Sur, por Malinski (Museo del Risorgimento, Turín). Garibaldi, el revolucionario eterno, que había luchado en las guerras civiles de Uruguay y Argentina, sería un elemento decisivo en el triunfo de la tercera teoría para la unificación de Italia: la de la anexión a la monarquía del Piamonte.

una hacha y un martillo. Cristo, decían, había sido la primera víctima de los tiranos, y en el juramento del grado supremo había la cláusula de exterminar a los reyes. Los carbonarios se extendieron hacia el norte de Italia y aun fuera de la península; pero en algunos estados la masonería local, aunque menos pintoresca, les hacía la competencia: en el Piamonte había *adelfos;* en Lombardía, *federales,* y en Módena y Parma, *güelfos.* Todos conspiraban al mismo fin: derribar los tronos absolutistas y establecer un régimen constitucional.

El romanticismo, que en Italia se confundía con el llamado *Risorgimento letterario,* tomaba allí involuntariamente carácter político. Temas en apariencia puramente históricos y literarios se encontraban llenos de alusiones a la "esclavitud y tiranía". Donde no se toleraba la crítica se empleaba la sátira, y los asuntos más inocentes se interpretaban con malicia. La novela de Manzoni *I promesi sposi,* cuyo argumento es de los tiempos de la dominación española, se leía como si los extranjeros fueran austríacos. Los autores clásicos tomaban un valor inesperado de profetas revolucionarios. Cuando el cardenal Mai descubrió en el Vaticano un libro perdido de Cicerón, Leopardi le aclamó como un héroe; le llama en su oda famosa *italo ardito.* Más cercanos, más estimulantes, eran todavía los autores del Renacimiento, como Maquiavelo y Guicciardini, que habían gemido y gritado contra la dominación extranjera. Aun la música servía para propaganda: en los coros de ciertas óperas se alteraban las palabras para que tuvieran significado político.

Sobre todo, lo que unía a los italianos era la lengua. Podían estar separados por fronteras, con monarcas extranjeros impuestos por la Santa Alianza, pero todos los tiranos de la tierra no podían desposeerles de aquella *divina favella* en la que hablaron Dante, Boccaccio y Petrarca. El mayor de todos,

Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte (Museo Central del Risorgimento, Roma) se puso a la cabeza del entusiasmo desencadenado en Italia por la revolución de 1848 en París y su secuela en Viena, y quiso ayudar a los patriotas de Milán combatiendo a los austríacos. Su acción terminó en fracaso.

Dante, había deplorado como ninguno la triste condición de la Italia de su tiempo, ni mejor ni peor que la de entonces: *Italia, Italia, di dolore ostello, – barca senza nochier in gran tempesta, – non luogo di consiglio, ma bordello.* (Italia, Italia, de dolor hospicio, – barco sin timonel en gran tormenta, – no lugar de consejo, sino burdel.)

¿Pero quién podía ser el timonel de la nueva Italia a mediados del siglo XIX? ¿Dónde establecer el consejo para acabar con el burdel? Se proponían tres soluciones: una, la federación de los estados italianos con el papa a la cabeza, que era la solución de Gioberti; otra, la República unitaria, liberal y constitucional, que era la solución de Mazzini, y, por último, la anexión de todos los demás estados italianos al Piamonte, que era el único que había reconocido la necesidad de la unificación. Esta era la solución de Massimo d'Azeglio que Cavour hizo prevalecer.

La federación de los estados italianos bajo los auspicios del papa parecía la más viable y tenía, antes de la revolución de febrero (1848), muchos partidarios. Era el programa de los güelfos de la Edad Media, modernizado con una base filosófica por Vincenzo Gioberti en *La primacía de Italia* y por Cesare Balbo en *La esperanza de Italia.* Gioberti quería aceptar el hecho real de la división y aun la variedad de los italianos, compensada con la existencia en Italia del poder unificador del papado. Los italianos podían ser súbditos de diferentes señores, pero todos eran católicos y ninguno quería aparecer como enemigo del papa. ¿Por qué, pues, improvisar



Medalla connemorativa del mariscal Radetzky, jefe de las fuerzas austríacas en territorio italiano (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

Reconstrucción, en el Museo del Risorgimento de Turín, de la habitación donde murió Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte en su exilio en Oporto (Portugal).



Víctor Manuel II (Museo del Risorgimento, Turín), rey de Cerdeña-Piamonte, en el mismo campo de Novara. Durante su reinado se consumó la unificación de Italia.



un estado nuevo, cuando el de la Iglesia podía servir de eje, centro, corazón y cerebro de una Italia confederada?

Gioberti había, como tantos otros, recibido la influencia de los discípulos de Saint-Simon: el papado podía convertirse en organización de tipo sansimoniano casi socializante, y por el papado Italia ser la nación primada de una católica humanidad.

Estos neogüelfos estaban animados por el carácter del nuevo papa Pío IX. Elegido en 1846, de familia liberal, en su juventud había tenido amistad con los revolucionarios. Inteligente, culto, buen orador, era de salud delicada y naturalmente poco entusiasta para la obra que le exigían sus partidarios de transformar Italia y el papado: "Quieren hacer de mí un Napoleón, y no soy más que un sacerdote". Sin embargo, al principio, para manifestar que no sería papa oscurantista ni reaccionario, abolió la censura de la prensa, libertó a setecientos prisioneros encarcelados por ideas liberales, prometió apoyo a los congresos científicos y nombró una comisión para estudiar la red de ferrocarriles. "Pío IX –decía Gioberti– ha reconciliado la Humanidad con la religión, porque es amigo del progreso."

Pero no bastaba con un papa casi liberal: era necesario que la curia romana consintie-

ra en aceptar una constitución y tolerar funcionarios laicos en el gobierno de las cosas temporales. Sin esto no podían Gioberti y sus amigos proponer el estado pontificio como centro de atracción de los demás estados de la península. Los revolucionarios eran liberales; no sólo querían unidad de Italia, sino también constitución. El patriotismo local en Toscana, en Sicilia, en Venecia, era todavía muy intenso; los soberanos absolutistas no eran todos despóticos y reaccionarios. Era quizá demasiado exigir a los italianos que renunciaran a sus tradiciones locales para agregarse al estado de la Iglesia, que no era el que ofrecía precisamente más garantías de liberalismo, no por la persona del papa, sino por la curia, que era algo muy distinto de él y no quería transigir con las nuevas ideas. Su resistencia terminó por prevalecer y el papa acabó por asustarse de haber entrado en la pendiente constitucional. Los tumultos republicanos de noviembre de 1848, que obligaron al papa a huir de Roma, desvanecieron toda duda, y desde entonces ya no se volvió a hablar de güelfismo o de federación con el papa a la cabeza.

La segunda solución, propuesta por Mazzini, era la República italiana unitaria, barriendo de una vez los tronos, únicos interesados en conservar fronteras dentro de la península. Esto era difícil; ya se había visto en Francia. Las revoluciones republicanas de 1789 y 1830 habían acabado con restauraciones monárquicas. Europa, cuando predicaba Mazzini, no estaba madura para repúblicas. La revolución de 1848, al derribar por tercera vez el trono de Francia y enviar a Luis Felipe al destierro, evolucionaba hacia el Segundo Imperio de Luis Napoleón, que fue la recaída en el régimen monárquico. Además, en Italia había la inmensa dificultad del papado. Si el papa no era cabeza de la nueva Italia, sería un huésped difícil de mantener dentro de la República. Sus derechos eran

El mariscal Radetzky y su estado mayor después de la batalla de Novara (Museo del Ejército, Viena), en que fue derrotado Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte, que abdicó allí mismo y se retiró a Portugal.



UNA NACION SIN LENGUA COMUN

La idea de que lengua y nación estén ligadas en una relación de correspondencia y estrecha unidad no fue invención del romanticismo alemán; los románticos no la crearon, sino que la heredaron de una remota tradición histórica.

En la tradición cultural italiana, desde Dante hasta Muratori, es decir, mucho antes del *Risorgimento,* había estado muy presente la idea de que la lengua era símbolo de nación y que la adhesión a sus normas era un signo de nacionalidad. Esta idea había mantenido a través de los siglos un embrión de conciencia política unitaria, en el que puede verse una de las más fuertes razones que garantizaron la existencia de un sistema lingüístico común a toda la península itálica.

Ahora bien, la primacía del italiano en la península es algo seguro sólo en el terreno cultural y político, no en el efectivo plano lingüístico. A la idea de que el italiano fuese verdaderamente el idioma principal usado por los italianos, se oponían hábitos y caracteres que, radicados en la sociedad italiana, habían producido condiciones lingüísticas bastante singulares, es decir, la paradoja de una lengua muy celebrada, pero no usada, extranjera en su propia patria.

Casi siempre se ha hablado de la situación lingüística de la península itálica desde el punto de vista de la lengua literaria, olvidando la existencia de los dialectos. La situación lingüística italiana de 1870, la amplia difusión de los dialectos, era naturalmente resultado de una serie de circunstancias geográficas, históricas y políticas muy anteriores, consecuencia tangible de las cuales es el surgir y prosperar de una "selva" de idiomas fuertemente diversos unos de otros.

Por esto, el hecho de que la adopción, a partir del *Trecento,* de una lengua común nacional (el florentino, en las normas fijadas por Dante, Petrarca y Boccaccio) no haya casi atenuado la diversidad de los dialectos, no nos tiene que sorprender; los mismos hechos que consintieron y favorecieron la formación y sobrevivencia de las varias tradiciones dialectales, habían obstaculizado la difusión y limitado obviamente la exigencia de un idioma común a toda aquella península.

Durante siglos, la lengua italiana, caso único entre las lenguas nacionales europeas modernas, había vivido exclusivamente como lengua de gente culta, que la usaba sólo en sus escritos o en las ocasiones más solemnes, y aun no en todas (Vittorio-Emanuele II, primer rey de Italia, hablaba en piamontés incluso en las reuniones ministeriales, y en Nápoles, el dialecto era usado normalmente en la corte). Este restringido uso del italiano ha incidido no sólo en la actitud estilística de prosistas y poetas, sino sobre todo en las estructuras fonológicas, morfológicas, lexicológicas y sintácticas, sobre la forma interna de la lengua y sobre su evolución histórica. Las evoluciones normales sufridas por las demás lenguas románicas habladas no alcanzaron al italiano, que sufrió poquísimas transformaciones, y así se llega al siglo XIX, con una lengua muy culta que, junto a una tremenda superabundancia léxica y fraseológica en algunos sectores, presenta una pobreza y carencia asombrosa en otros, sobre todo los referentes a la flora y fauna, a la vida doméstica o a la artesanía, es decir, a todo lo que más cerca está del vulgo analfabeto (en el momento de la Unidad, era más del 80% de la península) que hasta entonces había usado al hablar, no el italiano, sino uno de los diversos dialectos peninsulares.

Así, pues, en los años de la Unidad, cuando se trató de dar a la península una lengua nacional, la tarea fue ardua y difícil. Se tenía que emprender una tarea de adaptación e imposición, y pretender hacerlo únicamente a base de la enseñanza del italiano en las escuelas, hubiera sido trabajo ingente, dado el porcentaje de analfabetos y la casi inexistencia de una organización escolástica capaz.

La unidad política, el contacto más estrecho entre los pobladores de la península, entre las distintas clases sociales, como consecuencia de la creación de una administración pública, de un ejército nacional, de unos periódicos que imponían el uso de una lengua común, hizo que lentamente se fueran venciendo las barreras que desde siglos atrás se habían opuesto a la unidad lingüística y se creara finalmente esta lengua viva que es el italiano actual.

H. P.



Asalto y toma del fuerte de Malakof, en Sebastopol, según grabado contemporáneo de la Biblioteca Nacional de París. La asociación del Piamonte a Gran Bretaña y Francia en la guerra de Crimea le granjeó las simpatías de Europa y en especial de Napoleón III.

reconocidos por toda la cristiandad católica, y al atacarlo la revolución italiana se suicidaría, porque un ejército internacional acudiría a defender al pontífice amenazado.

Estas dificultades no arredraban a Mazzini. Conspiraba en favor de una Italia unificada, constitucional y con Roma por capital. Sus escritos inflamados, elocuentes, eran sinceros: "Yo podré engañarme –decía al comenzar su *Tratado de los Derechos del hombre*–, pero no puedo engañaros". Toda la filosofía de Mazzini es de un sentimentalismo vago, cuya eficacia hoy no se explica, porque nuestra mentalidad es diferente de la de su generación. No basta con que la semilla sea buena ni es suficiente que caiga en tierra fértil; cada simiente requiere una composición apropiada en el suelo destinado a recibirla. La semilla de Mazzini no ha perdido su valor, pero nuestras almas no tienen las mismas cualidades receptivas que tenían las de los discípulos de Mazzini. Sus conceptos de Dios, de la Humanidad, de la libertad y del deber nos parecen propios de un orate. Pero prueba de que las semillas eran buenas es que fueron estímulo irresistible para que se sacrificase toda una generación. Mazzini quería para los italianos la primacía, el lugar de honor y de peligro en la tierra; mas para conseguirlo era preciso que los italianos se anticiparan con sus virtudes al resto de la Humanidad.

Con este ideal de una Italia unificada y una Italia guía, maestra de la *Europa joven*, Mazzini viajó y predicó incesantemente. No era rico: nacido en Génova de un médico burgués que nunca comprendió los extremismos de su hijo, vivió de una pequeña pensión que a hurtadillas le pasaba su madre, o de socorros de sus amigos. Expulsado del Piamonte y aun de Suiza, tuvo que refugiarse en Londres; allí trabó amistad con Carlyle y otros influyentes intelectuales ingleses. Pactó alianza con los revolucionarios de otros países, sobre todo húngaros y polacos, y logró hostigar a Austria con revueltas simultáneas en Hungría y Polonia siempre que le pareció conveniente para la causa italiana.

La *Joven Italia,* como se llamaba el partido de Mazzini, tenía ramificaciones más o menos secretas por toda la península. Los carbonarios y masones, no hay que decirlo, simpatizaban con la *Joven Italia* porque era francamente revolucionaria. Mazzini contaba reclutar tantos adeptos a la *Joven Italia,* que un día toda la población se podría levantar "en masa" y acabar de una vez con los monarcas absolutistas.

Hoy parece que Mazzini, de salud endeble y poco a propósito para la acción, tenía que haber adoptado como ejecutor providencial de sus planes a Garibaldi, pero no



Napoleón III, por Genaille (Museo Central del Risorgimento, Roma), en la época de su intervención en Italia. Tras la entrevista de Plombières, Francia y Cerdeña-Piamonte atacaron a Austria, derrotada en Magenta y Solferino.



Camilo Benso, conde de Cavour, por Francisco Hayez (Pinacoteca de Brera, Milán). Cavour fue el verdadero artífice de la unidad italiana, cuya consecución unió íntimamente a la política europea de la época.

GARIBALDI Y AMERICA

Después del fracaso de la insurrección genovesa de 1834, con una condena a muerte a sus espaldas, Garibaldi huye, primero a Niza y luego a Marsella. Allí vive la vida de discusión estéril y vacía de los exiliados, una vida de intrigas que no llevan a nada, de amarguras y nostalgia inadecuada para un carácter como el suyo. Es un hombre de acción, y cuando le ofrecen el puesto de segundo de a bordo en el *Nautonier*, que parte hacia Rio de Janeiro, lo acepta con entusiasmo.

Su fama de revolucionario le ha precedido, y en el muelle le esperan entusiastas los mazzinianos exiliados en Brasil, que aguardan con ansia el momento soñado de "la llamada universal". Tienen incluso una nave de 20 toneladas, la *Mazzini*, dispuesta para surcar el oceano cuando llegue esta llamada, pero el tiempo va pasando y la monotonía del exilio va entrando en la vida de aquellos ardientes patriotas, enfriando sus ánimos. A Garibaldi no se le escapan los peligros de la inacción, y propone a Mazzini usar la embarcación para emprender acciones corsarias contra naves sardas o austríacas: el maestro rechaza la idea. Garibaldi, desilusionado, escribe a un amigo: "Estoy cansado de arrastrar una existencia tan inútil para nuestra tierra. Ten por seguro esto: estamos destinados a mayores empresas, estamos fuera de nuestro elemento".

Pero un buen día la monotonía provinciana se ve de repente sacudida por la llegada a Rio de un singular prisionero, el conde Livio Zambeccari, ingeniero, revolucionario y aventurero, que había escapado por milagro de Módena en 1831, apareciendo luego en Brasil convertido en la mano derecha de Bento Gonçalves, jefe del movimiento secesionista de Río Grande do Sul.

Garibaldi, junto con otro mazziniano. Rossetti, descendiente del poeta, le visita en la cárcel y ofrece la *Mazzini* a la causa revolucionaria de Bento. Un mes después llega la aceptación: Garibaldi tendrá como misión interceptar las naves del gobierno brasileño. La primera víctima es la *Lucía*, con carga de café para Rusia, bajo bandera brasileña, pero el armador es austríaco. ¡Combatiendo por Rio Grande se ayudaba al *Risorgimento!* No pudiendo gobernar dos naves, hunde la *Mazzini*, más pequeña y, a bordo de la *Lucía*, cuyo nombre cambia por el de *Farropilha* (harapienta), llega a Uruguay. Pero Garibaldi no sabía aún a qué velocidad cambian las cosas en Sudamérica: el gobierno favorable a los secesionistas había cambiado y se ve obligado a zarpar inmediatamente, sin poder aguardar a Rossetti, que se había trasladado a Montevideo para encontrar comprador para el café.

Recorre la costa sin alejarse demasiado, sorteando escollos y arrecifes, hasta que la nave es atacada por dos lanchas brasileñas. La lucha es cruel, y Garibaldi es herido gravemente; evitado el abordaje, se dirigen casi a la deriva hacia el Río de la Plata. Una nave argentina los remolca hasta Gualeguay; el capitán de la misma, el español Lucas Tartabul, junto con su amigo y "hermano" de masonería el catalán Jacinto Andreu, saltan a bordo al saber las graves condiciones en que se encuentra el "hermano" Garibaldi. En Gualeguay, Garibaldi pasa un año como prisionero al ser calificada su gesta como acto de piratería, pero la cárcel es toda la ciudad, por la que Garibaldi se mueve libremente. Se convierte casi en un gaucho, echa el lazo, maneja las boleadoras y toma gusto al mate, una afición que ya no podrá dejar.

Nuevos cambios políticos. Rosas, el dictador argentino, entra en escena: nueva y más rigurosa prisión, pero por breve tiempo, hasta que, por fin, le dejan en libertad para que se traslade a Montevideo, donde vive, a causa de un mandato de arresto contra el comandante de la nave-pirata *Farropilha*, en clandestinidad muy relativa. Todo el mundo sabe de su presencia, es ya un héroe; aquel tiempo le sirve para ponerse al corriente de la situación.

Cuando en Uruguay a Rivera, el campeón de la independencia, le sucede Oribe, gran amigo de Rosas, éste cree llegado el momento de realizar su ambicioso plan político: fundar la confederación de estados del Plata: Argentina, Rio Grande y Uruguay; sólo falta que Rio Grande se separe definitivamente del Brasil, pero las circunstancias cambian con rapidez americana: Rivera ha vuelto al poder, y Oribe, refugiado en Argentina, prepara con Rosas la "guerra grande" entre Argentina y Uruguay.

En agosto de 1838, Garibaldi parte de Montevideo hacia Rio Grande. Bento, el líder separatista, ve en él un verdadero almirante y le nombra comandante de todas las fuerzas navales riograndenses, en total dos naves, aún en construcción, de 15 y 18 toneladas. Terminadas las naves, empiezan los ataques piratas contra la escuadra brasileña, cerca de la Laguna de los Patos. Evidentemente era imposible que dos pequeñas naves pretendieran luchar abiertamente contra una escuadra, pero con su guerra de guerrilla, con sus ataques aislados y rápidos amparándose siempre en la oscuridad o el mal tiempo, Garibaldi logra pequeñas importantes victorias, manteniendo siempre entretenida cerca de la Laguna a la flota brasileña.

Pero quizá lo que más fama le dio durante aquel período fue una escaramuza en tierra con un tal Moringue, medio soldado, medio bandido, militante entonces en el bando imperial; era lo que hoy llamaríamos un "duro", y su solo nombre infundía pánico. Garibaldi, sorprendido casi solo en la choza que le servía de vivienda, hizo frente al personaje y a sesenta de sus seguidores, logrando ponerlos en fuga.

El nombre de Garibaldi va tomando magnitud de fábula, sus empresas son grandiosas, tienen sabor épico, como, por ejemplo, el intento de liberación de Santa Catalina. Era una empresa marinera, pero las naves de Garibaldi estaban acorraladas en la Laguna por la flota brasileña; se le ocurre entonces una idea genial: poner las dos naves sobre unas plataformas con ruedas y arrastrarlas 60 millas hasta el lago Tramandahy, más que un lago una serie de lagos, que desembocan en el océano; hasta entonces ninguna nave había llegado a la desembocadura. Garibaldi, con su pericia, lo logra, pero al entrar en el Atlántico una tremenda tormenta, a la que resistieron toda la noche y buena parte del día, deshace las naves, todo se pierde. Garibaldi, junto con unos pocos supervivientes, se encuentra sin saber cómo en la orilla; de allí, se dirige a pie a Laguna.

Allá, en Laguna, conoce a Anita. Bella y muy inquieta, Anita estaba casada con un hombre beato, puntilloso y timorato, partidario siempre del orden constituido, con quien estaba en continuo contraste; él era lealista, ella revolucionaria. El primer encuentro de Garibaldi con Anita, casual o provocado por ella, fue un verdadero flechazo, y dos meses después, el 23 de octubre de 1839, empiezan la vida en común. Garibaldi, sin encontrar resistencia alguna, entró en su casa y se la había llevado.

Poco después, Garibaldi recibe la orden de partir hacia Imaruhy, que se ha rebelado. Con él va Anita, ya encinta; de regreso a Laguna, se encuentran con los imperiales, que están liberando la ciudad. Garibaldi queda envuelto por la flota brasileña. Anita, bajo el continuo fuego de los cañones, va a tierra en busca de refuerzos; lo único que llega es la orden de quemar las naves y huir. A caballo, seguido siempre de Anita, Garibaldi se convierte en jefe de banda.

Entre asaltos, retiradas y ataques nace Menotti, el primer hijo de Garibaldi y Anita, la cual durante los nueve meses de gestación, en la terrible retirada del ejército republicano, apenas había desmontado. Valiente y decidida, quería únicamente vivir cerca de su hombre; si le seguía no era por afán guerrero, era para no perderlo; las granadas no la asustaban, aun cuando la rozasen, pero perdía la cabeza cuando no veía a su José. No llegó nunca a comprender los ideales de Garibaldi, pero los compartió siempre hasta morir por ellos, creyéndolos sacrosantos porque él así los consideraba. Convertida ahora en su compañera, quiere hacer de él un marido tranquilo y casero, regularizando su posición. En un momento de calma, el propio Garibaldi certifica la muerte del marido de Anita, y en Montevideo, el 26 de marzo de 1842, se casan.

Garibaldi espera con ansia las noticias

procedentes de Italia, aguardando el momento del regreso cuando "estalle el incendio". Quizá por esto, cuando el incendio estalla en Montevideo, Garibaldi no se deja tentar, pero cuando, en nombre de la humanidad, amenazada por el déspota Rosas, se le pide su colaboración, no duda ya, no resiste más; para él la guerra era la verdadera vida: era un hombre de acción, constantemente en busca de un ideal que justificara esta acción, y ahora Uruguay se lo ofrecía. Le dieron el grado de coronel y el mando de tres naves, y le asignaron una misión: forzar el paso de Martín García, remontar el Paraná hasta la Bajada de Entre Ríos, para llevar armas a aquella población, sublevada contra Rosas. Logra la primera parte del plan, burlando a Brown, jefe de la armada argentina, excelente marinero, discípulo de Nelson; pero más tarde la flota uruguaya es destruida, primero por el enemigo y luego por el fuego, para evitar que aquél se apodere de ella.

Garibaldi regresa a Montevideo y con sus marineros da pruebas de valor y tesarudez que acrecientan su leyenda de hombre indestructible. Las salidas de Garibaldi eran un verdadero espectáculo; al grito de "¡Garibaldi parte!", balcones y terrazas de las casas próximas al muelle se convertían en un anfiteatro lleno a rebosar de gente, que con sus anteojos seguía las hazañas del héroe al asalto de una goleta argentina o sus estratagemas para lograr que una nave de socorro entrara en el puerto mientras él entretenía a la armada de Brown.

Batallas, escaramuzas, derrotas, todo hacía de Garibaldi un héroe, de todo salía incólume, usando la fuerza y el valor, pero también la astucia cuando la situación lo requería, como la famosa huida, después de la batalla de San Antonio, por entre las filas del enemigo dormido, de puntillas y a favor de la oscuridad. Quizá recordó un episodio del *Orlando enamorado,* pues, aunque tenía una formación muy irregular, Garibaldi conocía muy bien la obra de Ariosto.

El almirante inglés lord Howden, comandante de las fuerzas inglesas que habían ido en socorro del Uruguay, dice de Garibaldi: "Era el único desinteresado entre una muchedumbre de individuos que buscaban únicamente el propio interés". Efectivamente, su participación en los hechos uruguayos no le produjo ningún beneficio económico; él y su familia vivían casi en la miseria.

Las noticias que llegaban de Italia eran contradictorias, pero alentadoras, y las reuniones de los exiliados italianos en Uruguay se cerraban ahora con los gritos de "¡Viva el papa!", "¡Viva Carlo Alberto!", "¡Viva Mazzini!" y "¡Viva Gioberti!".

El momento de la partida está próximo: Anita y los niños (después de Menotti nacieron Rosita, que murió pronto, Teresita y Ricciotti) habían embarcado ya para Niza. Garibaldi tiene ya una nave, la *Speranza.*

El 15 de abril de 1848 zarpa de Montevideo con sesenta y tres legionarios; de nuevo los balcones y ventanas del puerto se llenan de gente al grito de "¡Garibaldi parte!": el héroe del Nuevo Mundo iba a la conquista del Viejo.

H. P.



La última fase de la batalla de Magenta (Museo del Risorgimento, Milán). En este hecho de armas, las tropas francopiamontesas consiguieron vencer a las austríacas gracias a la llegada del mariscal MacMahon con tropas de refuerzo francesas. En la batalla, el propio Napoleón III estuvo a punto de caer prisionero. MacMahon recibió el título de duque de Magenta.

Batalla de Solferino, según estampa de la época (Museo Central del Risorgimento, Roma). Poco después de esta batalla, Prusia inició la movilización de sus tropas, por lo cual Napoleón III se apresuró a concertar un armisticio con Austria, a espaldas de los piamonteses.



fue así. Mazzini y Garibaldi eran demasiado diferentes en educación y maneras para que pudieran estar de acuerdo en lo que no fuera la unidad de Italia y la revolución. Garibaldi había empezado como grumete y marino, mientras Mazzini había seguido la carrera de abogado; Garibaldi había luchado en las guerras civiles del Uruguay y la Argentina, hasta llegar a general; Mazzini había conseguido todas sus victorias con folletos y discursos... Reaparecía en ellos el eterno conflicto entre intelectuales y guerrilleros que ha hecho fracasar tantas revoluciones. Pero Garibaldi no era un guerrillero vulgar y perdonaba la incomprensión de Mazzini. Bajo la camisa roja del caudillo de la Pampa palpitaba el corazón de un niño. Incapaz de doblez, de envidia o ambición, Garibaldi com-

Entrada de Víctor Manuel II y Napoleón III en Milán (8 de junio de 1859), por G. Bertini (Museo del Risorgimento, Milán).

prendió el papel que le tocaba en los campos de batalla de Italia saturada de civilización. El *general* Garibaldi tenía que convertirse en un forajido y bandido y forzar el curso de los acontecimientos con sus imprudencias. Sin señor ni amo, no dependiendo de nadie, se arriesgaba con unas cuantas *camisas rojas,* y si conseguía triunfar era Italia la que salía ganando; si, en cambio, era vencido, era él quien perdía.

Sin embargo, después de varios golpes fracasados, Mazzini y Garibaldi comprendieron que Italia nunca conseguiría desembarazarse de Austria sin un monarca con ejército regular que se pusiera decididamente de parte de la revolución. Y éste no podía ser más que el rey del Piamonte. El gobierno de Turín se dio cuenta de que la revolución era inevitable, mejor dicho, que ya estaba en marcha. Cuando un país consigue el estado de agitación revolucionaria que conmovía a Italia poco antes de 1848, no se debe tratar de detenerla en modo alguno, sino más bien de aprovecharla. Parecía que era sólo cuestión de obrar en momento oportuno. *Italia farà da se* (Italia obrará por sí misma).

Se creyó que había llegado el momento cuando se recibieron las noticias de la revolución de febrero de 1848 en París, con la correspondiente secuela de los motines en Viena y la dimisión de Metternich. Venecia se sublevó, y el pueblo de Milán, amotinado contra los austríacos, obligaba, después de cinco días de lucha por las calles –¡las *cinque giornate* gloriosas!–, al gobernador Radetzky con su guarnición de veinte mil soldados a retirarse al cuadrilátero fortificado por Austria entre los ríos Mincio y Adigio.

Toda la Italia revolucionaria se movilizó en leva tumultuosa electrizada por los sucesos de Milán y Venecia. Mazzini y Garibaldi acudieron precipitadamente a Lombardía con

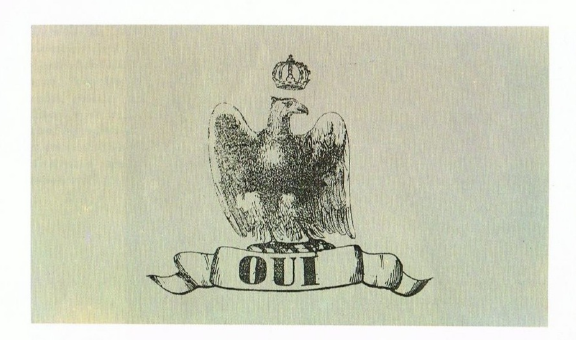


Francisco José de Austria, por Winterhalter (Museo de Arte e Historia, Viena). Napoleón III se entrevistó con el emperador de Austria en Villafranca, y en el subsiguiente tratado de Zurich, Austria cedía a Francia Lombardía, que Napoleón III entregaba al Piamonte.





Anverso y reverso de la medalla conmemorativa de la anexión de Niza y Saboya a Francia en 1860 (Biblioteca Nacional, París).



Papeleta para el plebiscito celebrado en Niza el 15 de abril de 1860 para legalizar su incorporación a Francia (Museo Masséna, Niza).

sus bandas de insurrectos. El entusiasmo popular era irresistible. El Piamonte, poniéndose a la cabeza de todos los enemigos de Austria y haciéndose eco de sus deseos, declaró la guerra el día 25 de marzo...

El 9 de agosto todo estaba perdido; Radetzky había recibido refuerzos de Viena y el rey del Piamonte, Carlos Alberto, no tuvo más remedio que firmar un armisticio. Las hostilidades recomenzaron al año siguiente para acabar con una completa derrota de los piamonteses en los llanos de Novara. Carlos Alberto abdicó en el campo de batalla y marchó a morir a Portugal. Su hijo Víctor Manuel II trató con Radetzky.

Las condiciones eran las siguientes: retirada al otro lado del Tessino; ocupación por los austríacos de la fortaleza de Alessandria en el corazón del Piamonte, y pagar los piamonteses los gastos de la guerra, que se habían calculado en setenta y un millones.

La lección que el Piamonte y toda Italia sacó de las guerras del 48 y 49 fue que no bastaba el concurso de un príncipe italiano para que triunfara la revolución: nunca se podrían libertar las provincias sujetas a la dominación austríaca sin el apoyo de una potencia extranjera con un ejército fuerte. El *Italia farà da se* no era, en el fondo, más que una frase...

Esta convicción quedó bien clara en la mente del primer ministro de Víctor Manuel, el conde de Cavour, liquidador del desastre de Novara. Europa, en equilibrio inestable, sufriría una guerra en la que Austria tomaría parte; y entonces el Piamonte, aliado con los enemigos de Austria, fueran quienes fuesen, conseguiría al fin expulsarlos de Italia



Garibaldi y los "Mil" embarcan en Quarto para la conquista de Sicilia, por Induno (Museo del Risorgimento, Milán). Dos meses después del plebiscito en Saboya y Niza, Garibaldi desembarcó en Sicilia y expulsó de ella a los Borbones.

MAZZINI Y "LA JOVEN ITALIA"

Las revoluciones italianas de 1820-1821 y de 1831, inspiradas y dirigidas por los movimientos carbonarios, habían sido consecuencia de las revoluciones liberales española y francesa. De espíritu revolucionario-napoleónico, tuvieron más carácter regional que nacional y no afrontaron en modo alguno el problema unitario de la creación de una nueva Italia; lo único que perseguían con la lucha era la instauración de nuevos gobiernos constitucionales.

El fracaso de la revolución del 31 fue un golpe mortal para la Carbonería. La incertidumbre de los programas, la mala organización, la mezquindad de algunos de sus cabecillas, junto, claro está, con las circunstancias adversas, habían sido la causa de su fracaso.

Teniendo en cuenta que la situación fragmentaria de Italia no permitía llevar a cabo abiertamente ninguna acción política en pro de los intereses nacionales, las sectas afines a la Carbonería fueron desapareciendo, mitigando su acción, y pronto se vieron sustituidas por otra sociedad secreta, muy distinta en todos los aspectos a las demás: *La Giovine Italia.* No se trata de una multiplicidad de asociaciones, distintas tanto por su nombre como por sus fines, sin ningún vínculo orgánico entre sí, sino de una asociación única, con un programa preciso y madurado, formulado por un jefe enérgico e incansable, Giuseppe Mazzini.

Nacido en Génova en 1805, en un ambiente de tradición republicana poco devoto a la dinastía Saboya, se inscribe pronto en el movimiento carbonario; en 1830 es detenido y encarcelado en Savona, donde empieza a madurar sus ideas políticas.

Emigra luego a Marsella y allí, en contacto con los exiliados del 31, acaba de convencerse de los fallos de la Carbonería. Según él, el movimiento para el resurgimiento de Italia no debía limitarse a una acción empíricamente política de pocos individuos o restringidas clases sociales, sino que tenía que ser una profunda y amplia corriente de renovación espiritual, con carácter religioso y moral ante todo, fundada en una fe sólida y profunda en Dios y en la humanidad, depositaria de la ley divina del progreso, fe que debía llenar y mover a todo el pueblo. Éste, el pueblo, no debería esperar su salvación de los soberanos, sino crearla él mismo por su propia obra. La redención política iría acompañada de la redención social. La revolución italiana debía ser la versión para Italia de un programa destinado a transformar toda la humanidad, que se resumía en el binomio "Dios y pueblo". En esta obra de redención humana le correspondía a Italia el papel de iniciadora, de propugnadora; su causa se convertía en la de la misma humanidad, adquiriendo un valor y una función universales. Bajo la guía italiana, los pueblos asociados contra el gobierno debían llevar a cabo las libres y solidarias sociedades nacionales, la nueva Europa, organizada en naciones y grupos de naciones, y con ella la humanidad asociada y redimida avanzaría por la vía del progreso indefinido, hacia la sublimación divina.

Éstos son los ideales que mueven a Mazzini a fundar en 1831, en Marsella, *La Joven Italia,* cuyo programa decía: *"La Joven Italia* es la hermandad de los italianos que creen en una ley de progreso y deber, los cuales, convencidos de que Italia está llamada a ser una nación y de que puede crearse tal con sus propios esfuerzos..., de que el secreto de la fuerza está en la unión y en la constancia de los esfuerzos, consagran, unidos en asociación, el pensamiento y la acción al gran intento de hacer de Italia una nación de hombres libres e iguales, Una, Independiente, Soberana". *"La Joven Italia* es republicana y unitaria, republicana porque todos los hombres de una nación están llamados por ley de Dios y de la humanidad a ser libres, iguales y hermanos, y la institución republicana es la única que asegura este porvenir; unitaria porque sin unidad no hay fuerza, e Italia, rodeada de naciones unitarias potentes y ambiciosas, tiene necesidad, ante todo, de ser fuerte." "La nación es el ayuntamiento de los italianos hermanados en un pacto, que viven bajo una ley común."

Novedad capital del programa es la idea de unidad italiana, hasta entonces espejismo incierto de unos pocos, no profesada por nadie en forma tan precisa y resuelta y propugnada por Mazzini con aquel entusiasmo y aquel alto idealismo propios de su espíritu, que hicieron de él uno de los artífices de la nueva Italia y dieron al *Risorgimento* italiano un valor universal.

Mazzini empezó rápidamente la obra de propaganda y organización. Grupos de afiliados a *La Joven Italia* aparecen en Génova, Toscana, Umbría, en fin, un poco por toda Italia, atrayendo también restos del movimiento carbonario. Se publica el periódico *La Joven Italia,* que se introduce clandestinamente en la península, y en el que Mazzini desarrolla su gran actividad de escritor, continuada más tarde en otros periódicos y en infinidad de opúsculos, que junto con sus cartas, fruto de un intenso carteo con las más diversas personalidades de la época, le proporcionaron un lugar insigne en la literatura política, moral y religiosa italiana.

Pero es evidente que Mazzini, miembro de la alta burguesía, más noble que plebeyo, no conocía bien al pueblo, especialmente al pueblo italiano de la Italia que pretendía crear. Sus ideales no le permitían ver la realidad, como la veía a pesar de su ingenuidad Garibaldi, que con su teatralismo logró más que Mazzini con sus ideales abstractos y remotos, válidos quizá para la posteridad, mas no para el momento histórico al que iban dirigidos.

Mal psicólogo, no apreció nunca y menos en la primera entrevista que tuvieron en Marsella, allá por los tiempos de la creación de *La Giovine Italia,* las cualidades de Garibaldi, su honestidad, su buena fe, su inquebrantable entusiasmo y valentía, todo lo que, en resumen, daba al carácter de aquel personaje hechizo y calor humanos.

Mazzini despreciaba profundamente todo lo que no fuese cultura, inteligencia y pensamiento riguroso, y olvidaba que para lograr lo que él pretendía y en el modo en que lo pretendía, tenía que valerse de una "mano de obra revolucionaria", a la que no comprendía y que además despreciaba. Tenía constantemente en la boca la palabra "pueblo", pero no lo conocía; olvidaba que el pueblo en Italia estaba demasiado retrasado, era demasiado ignorante y mísero para poder cultivar aquellos ideales de libertad y patria que él les atribuía y que eran sólo monopolio de una pequeña *élite* culta.

Había creído siempre que bastaría solamente una pequeña chispa para que prendiera en las masas la llama de la revolución, aunque continuos fracasos hubieran debido enfriar su ciega fe en algo que no existía en la Italia de entonces, un pueblo consciente de su papel, y no un sufrido o entusiasta espectador, según las circunstancias, como era aquella multiforme masa peninsular.

H. P.

a cambio de los servicios militares que prestara.

Los acontecimientos no vinieron exactamente en esta forma; Cavour tuvo que prestar los servicios antes de sacar provecho del conflicto que esperaba. En una palabra, ayudó a los que debían ayudarle a él después, sin pedir nada de momento. La ayuda fue asociarse el Piamonte, Francia e Inglaterra en la guerra de Crimea, donde el gobierno de Turín y los demás de la Italia *irredenta* tenían poco o nada que ganar. Quince mil piamonteses fueron al sitio de Sebastopol y costó la campaña varios millones al Piamonte.

Entrada triunfal de Garibaldi en Nápoles (Museo Central del Risorgimento, Roma). Conquistada Sicilia, el caudillo italiano ocupó el reino de Nápoles y obligó a Fernando II de Dos Sicilias a refugiarse en Gaeta.



Encuentro de Garibaldi y Víctor Manuel II en Teano (Museo del Risorgimento, Turín). La monarquía sarda y Garibaldi no siempre estuvieron de acuerdo, e incluso la primera llegó a oponerse a acciones del patriota italiano. De todos modos, al invadir el reino de Nápoles el ejército sardo, Garibaldi saludó a Víctor Manuel II como rey de Italia en Teano y dos días después embarcaba hacia Caprera, la isla en que había fijado su residencia.



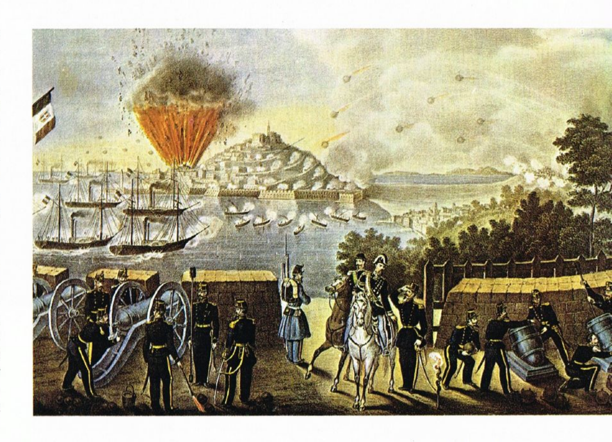
Cavour defendió la intervención y los gastos en discursos breves, sencillos, persuasivos, razonables. Claro está que el fondo secreto de sus motivos no lo exponía categóricamente a la Cámara; se necesitaba la lucidez de vidente más que de político que tenía Cavour para comprender que atacando a los rusos en Sebastopol se atacaba a los austríacos en Milán y Venecia. Cuando le decían que Austria no participaba en la guerra de Crimea y que aún estaba al lado de Francia e Inglaterra, respondía: "Tanto mejor; esto probaría que Austria había cambiado, no nosotros...". Puro sofisma, es verdad, pero sólo para explicar la profunda convicción de su ánimo de que los austríacos eran por naturaleza enemigos de lo que en aquel momento representaban los franceses, ingleses e italianos: la idea liberal.

He aquí un párrafo de Cavour en su discurso del 26 de febrero de 1855 defendiendo la participación del Piamonte en la guerra de Crimea: "Si las cuestiones políticas y el destino de los pueblos estuvieran regulados por tribunales imparciales, como los que juzgan cuestiones de derecho privado, no haría falta intervenir, pero sabemos desgraciadamente que los consejos de la diplomacia y los congresos de las naciones no están regulados por normas de derecho estricto, sino que pronuncian sentencias que no son justas y, para mayor desgracia, inapelables".

Con objeto de evitar sentencias contrarias a los intereses de Italia, Cavour había incluido en el tratado de alianza con Francia e Inglaterra que el Piamonte tendría voz y voto como las grandes potencias en el congreso de la paz después de la guerra turco-rusa. Quince mil soldados y unos cuantos millones compraron, pues, la silla de Cavour en el Congreso de París del año 1856. Allí defendió la causa de Italia *a viso aperto,* pero sin arrebatos meridionales. Se hizo estimar de todo el mundo y estableció las amistades que debían después proteger al Piamonte en sus anexiones. Tenía su plan sin precisarlo.

Hubo que esperar todavía. Fueron años dificilísimos para todos; hubo conspiraciones, motines y represiones sin cuento. La política de Cavour desde la derrota de Novara, en 1849, enviando ejércitos a Rusia en lugar de invadir las provincias austríacas en Italia y acudiendo a congresos diplomáticos en lugar de conspirar con Garibaldi y Mazzini, parecía verdadera traición. Por fin, el año 1859, Napoleón III, en el pináculo de su prestigio, llamaba a Cavour para tratar de la guerra contra Austria.

La entrevista se celebró en Plombières, balneario de los Vosgos, donde el emperador aparentó ir por motivos de salud. Cavour llegó de riguroso incógnito. Las cláusulas del contrato, mantenido secretísimo, eran que Francia atacaría a Austria con un ejército de 200.000 hombres y el Piamonte aportaría 100.000. Austria tendría que ceder Lombardía y Venecia al Piamonte. Con Toscana y los ducados se haría un reino para un



Bombardeo de Gaeta y explosión de un polvorín (Museo Central del Risorgimento, Roma). Sitiada la ciudad, donde se había refugiado Fernando II, por tierra y por mar, fue sometida a intensos bombardeos y capituló el 13 de febrero de 1861.

Fernando II de Dos Sicilias se despide del papa después de la capitulación de Gaeta (colección Bartarelli, Milán).



primo de Napoleón. El papa quedaría señor de sus estados, y Nápoles y Sicilia continuarían borbónicos, a menos que una revolución reclamase al hijo de Murat. Sin embargo, Garibaldi se encargaría de fomentar esta revolución y darle un final muy diferente.

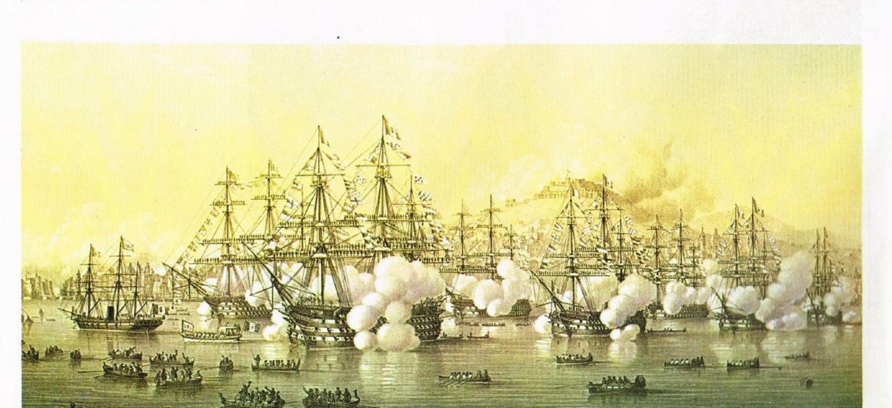
Aparentemente un mal negocio, porque establecía un príncipe francés en Toscana, retrasando más que nunca la unificación. Mas, para Cavour, lo importante era expulsar a los austríacos y hacer del Piamonte, con la anexión de Lombardía y Venecia, un reino de once millones de habitantes en lugar de los tres millones que tenía en aquel momento.

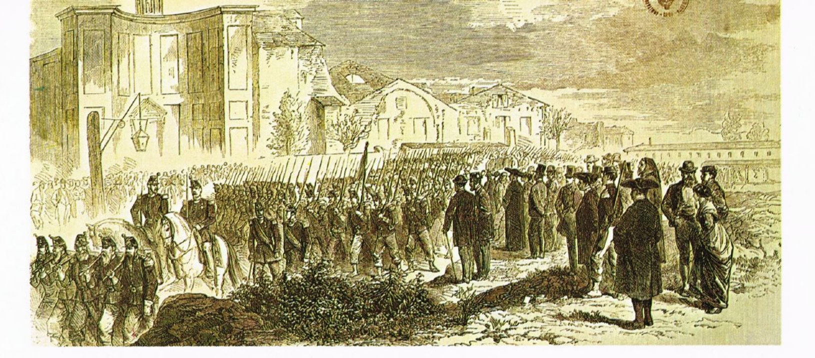
La guerra empezó en abril de 1859. Napoleón III y Víctor Manuel, al frente de los contingentes estipulados en Plombières, derrotaron a los austríacos en Magenta y Solferino. De haber continuado las hostilidades, es seguro que podían expulsar a los austríacos hasta del último terruño de Italia; pero Prusia movilizaba y Napoleón, sin consultarlo con sus aliados piamonteses, concertó un armisticio con el emperador de Austria. Una entrevista de ambos en Villafranca y el tratado de Zurich convinieron los términos de la paz. Una *media paz,* según decía Cavour. Por el tratado de Zurich, Austria cedía a Francia –la cual a su vez la cedía al Piamonte– la Lombardía. Todo lo demás de Italia quedaba igual. Venecia continuaba siendo dominio austríaco. Era, por tanto, sólo una parte de lo que se había convenido en Plombières.

Pero el tratado de Zurich había demostrado que Austria podía perder y el Piamonte podía ganar. La revolución haría el resto. Y, en efecto, en marzo de 1860, Toscana y los ducados en rebelión descarada expulsaron a sus antiguos dueños, y Austria ya no estaba allí para restablecerlos. Según lo convenido en Plombières, con Toscana y los ducados de la Italia central se tenía que formar un reino para un primo de Napoleón. Pero los toscanos pedían la anexión al Piamonte –el grito era "Italia y Víctor Manuel"– y el Piamonte se "resignaba" a aceptarlos. Los ingleses –mejor dicho, los amigos ingleses de Cavour– propusieron la solución: un plebiscito. Celebrado éste, fue casi unánime en favor del Piamonte.

Para recompensar a Napoleón III por no haberse formado en la Italia central el reino para su primo, Cavour tuvo que cederle Niza y Saboya. Fueron los momentos más amar-

Llegada de Víctor Manuel II de Italia a Nápoles, en mayo de 1862, escoltado por las escuadras francesa e inglesa (Biblioteca Nacional, París).





Las tropas francesas del Segundo Imperio en Roma (Museo Central del Risorgimento, Roma). Por su cuenta y riesgo, Garibaldi realizó (en 1862 y 1867) dos intentonas de ocupar aquella ciudad. En ambas ocasiones, las fuerzas francesas lo hicieron fracasar.

gos de su vida. Niza era la patria de Garibaldi y Saboya era el solar antiguo de la dinastía del Piamonte. Estaban ambos territorios al otro lado de los Alpes, es verdad, pero eran tierras casi italianas. "Somos traficantes o bandidos", dijo Cavour al firmar la cesión. También allí se justificó el traspaso de nacionalidad con un plebiscito. Saboya se declaró francesa casi por unanimidad. Niza también aceptó y es todavía hoy muy francesa.

Por otra parte, los sucesos se precipitaban; no permitían vacilaciones ni regateos. La cesión de Niza y Saboya se había tratado en marzo de 1860, y en mayo del mismo año, Garibaldi, con 1.027 voluntarios, la mayor parte muchachos estudiantes, habían desembarcado en Sicilia y desencadenado allí una revolución. Los ejércitos borbónicos, impotentes, se habían retirado a tierra firme. Garibaldi cruzaba el estrecho de Mesina el 22 de agosto, y el 7 de septiembre entraba en Nápoles. En octubre el rey del Piamonte Víctor Manuel invadía el territorio napolitano, después de ocupar gran parte del estado pontificio, y pocos días más tarde Garibaldi salía a recibirle saludándolo con el título de "Rey de Italia".

Así, a comienzos de 1861 toda Italia estaba unida al Piamonte, con la excepción de Roma, todavía pontificia, y Venecia, todavía austríaca. Había que esperar. Cavour nunca perdió las esperanzas de que ambas a poco tardar se reunirían a Italia; pero murió aquel mismo año, agotado por inquietudes y zozobras.

Italia obtuvo a Venecia como consecuencia lejana del convenio de Plombières. En 1866, aliada con Prusia, declaró la guerra a Austria y sufrió varios reveses; pero Austria, vencida en Sadowa, pidió a Napoleón III que intercediera cerca de Bismarck para obtener mejores condiciones de paz, y ofreció Venecia como premio. A su vez, Napoleón III cedió Venecia a Víctor Manuel. Para Roma se tuvo que esperar a que Francia pasara por la crisis del año 1870. Napoleón III, instigado por su esposa, había decidido mantener el poder temporal del papa; pero, después de la guerra franco-prusiana, este apoyo francés desapareció y el pontífice, sin recibir ayuda extranjera, ya no pudo defenderse de las bandas de garibaldinos en agresión descarada y los ejércitos de Víctor Manuel. Roma cayó el 20 de septiembre del año 1870.

La situación del papa después de la toma de Roma por los italianos debía quedar reglamentada con la llamada Ley de Garantías; pero fue un convenio unilateral, porque la curia pontificia no lo quiso aceptar. Según la Ley de Garantías, se asignaba al papa un importante subsidio en concepto de indemnización y se le aseguraba libre comunicación con el mundo católico; el papa conservaba en Roma cinco edificios: el Vaticano, el Letrán, la Cancillería, el Santo Oficio y la Propaganda. Dentro de ellos –terreno extraterritorial– tenía los honores de soberano. Según la Ley de Garantías, su categoría de monarca reinante no había disminuido, sólo que su dominio quedaba reducido a aquellos cinco palacios. Estaban éstos en distintos barrios de Roma, y como quiera que para ir de uno a otro tenía que pisar territorio italiano, y sus idas y venidas hubieran ocasionado dificultades, prefirió quedar prisionero voluntario dentro del Vaticano. La incómoda situación, aunque se suavizara poco a poco a partir de 1905, no se resolvió hasta el Tratado de Letrán de 1929, que dio origen al estado de la Ciudad del Vaticano. Para legitimar la usurpación, el gobierno italiano convocó un plebiscito. De los 167.000 romanos con voto, 133.000 votaron por la anexión al reino de Italia; sólo 1.500 por la continuación del gobierno pontificio.

La poca resistencia que opusieron las

"RISORGIMENTO", REVOLUCION POLITICA E INDUSTRIALIZACION

GRAMSCI señala una diferencia esencial entre la Revolución francesa entendida como revolución burguesa "normal" y el "Risorgimento". En Francia, la burguesía, al hacerse con el poder, reorganiza el estado según sus necesidades y se atrae el apoyo de la clase campesina con una reforma agraria radical. La revolución de la burguesía se hace entonces irreversible y nacional. La burguesía italiana, protagonista y beneficiaria del "Risorgimento", no dobla su acción política con la puesta en práctica de un programa democrático y el planteamiento de una reforma agraria. El "Risorgimento" será una revolución burguesa a medias, un proceso de modernización económica inacabado. De aquí la permanente debilidad constitucional del estado italiano moderno.

Para ROMEO, la estructura agraria de la Italia unificada favorece la industrialización del país.

Durante el período 1861-1880, la producción agrícola italiana crece rápidamente. Una parte de este incremento de producción debe satisfacer las necesidades de una población que aumenta de manera constante. Otra parte pasa a incrementar las rentas de la tierra, ya que durante todo el período la renta "per cápita" de la población campesina permanece invariable.

El crecimiento de la renta agrícola es una fuente de acumulación primitiva del capital en cuanto es utilizado, una vez drenado hacia las arcas estatales por una fiscalidad muy gravosa para los ingresos agrícolas, en la edificación de una infraestructura económica, requisito indispensable para el comienzo de la industrialización.

El período 1860-1880 prepara la industrialización; entre 1880 y 1887 tiene efecto una primera fase de auge industrial: la aparición de la industria a gran escala.

Si hubiese habido una reforma agraria, la producción agrícola no hubiera crecido o los campesinos no habrían tolerado la pesada carga fiscal sobre sus ingresos; en consecuencia, la formación de la infraestructura se habría retrasado y la fase de auge industrial de 1880-1887 no hubiera tenido lugar.

A partir de estos presupuestos, GERSCHENKRON señala su disconformidad con determinados puntos de la interpretación de ROMEO.

La primera fase de auge industrial de 1880-1887 es modesta. No puede identificarse con la fase de auge inicial característica del proceso de industrialización. La industrialización italiana se retrasó otros quince años después de 1880.

El concepto de acumulación primitiva posibilitando la industrialización no puede aplicarse a Italia. No existía en este país una acumulación de riqueza suficiente que estuviese en las manos adecuadas para que en el momento preciso fuera invertida en la industrialización del país. ROMEO llama acumulación primitiva al proceso de detracción fiscal de capitales de la renta agrícola de una manera continua, para invertirlos seguidamente en la edificación de la infraestructura económica del país. Pero esto no es más que un sustitutivo de la verdadera acumulación primitiva.

Lo que resulta claramente de los datos sobre el auge industrial de 1880-1887 es la escasa fuerza y eficacia de este sustitutivo. La creación y el mantenimiento de una gran industria requerían unos capitales que el estado y los bancos italianos no poseían. Para que la industrialización se produjese se requería que el estado italiano proporcionase un sustitutivo adecuado y suficiente que compensase las dificultades financieras con las que el proceso chocaba.

GERSCHENKRON difiere de ROMEO en la interpretación de los resultados obtenidos a partir del modelo de industrialización propuesto por el economista italiano.

La contraposición de las tesis de GRAMSCI y ROMEO le parece a GERSCHENKRON inadecuada en cierto modo. La tesis de GRAMSCI sería sobre todo política. El libro de ROMEO es un estudio del desarrollo industrial italiano, y como tal cabe juzgarlo.

La observación de GERSCHENKRON acerca de la inadecuación de la contraposición ROMEO-GRAMSCI es acertada en parte. No puede olvidarse que el mismo ROMEO presenta su libro como una réplica a la tesis de GRAMSCI, y del modelo económico de industrialización que propone se derivan inmediatas proposiciones políticas. Esta trascendencia política mantendrá abierta y viva largo tiempo una polémica económica.

naciones católicas a reconocer el hecho consumado de Roma capital de Italia se debió a la coincidencia de estar Francia desangrada, España con revolución y el papa enemistado con Austria por haber aceptado ésta una constitución pocos años antes. Pío IX había ido tomando resueltamente una posición antiliberal; en el *Syllabus* y en la encíclica *Quanta cura,* publicados conjuntamente en 1864, se condenaban el indiferentismo religioso, la legislación laica y regalista y el principio de separación de Iglesia y estado.

Diez años antes, en 1854, se había declarado dogma la Concepción Inmaculada de María, esto es, que la Madre de Jesús había sido concebida en el seno de su madre sin el pecado original inherente a la naturaleza humana por el pecado de Adán.

La Iglesia se fue dando cuenta de que su proceder y su fuerza estaban en el orden puramente espiritual. Como consecuencia de esto, convocó el Concilio Vaticano, que dio como resultado la definición del dogma de la infalibilidad del papa. Este asunto merece que le concedamos alguna atención.

Desde los primeros años de su pontificado, Pío IX había tenido la ilusión de convocar un concilio ecuménico para resolver los problemas de su época. El tiempo fue pasando sin que llegara la oportunidad. Por fin, el concilio fue convocado para diciembre de 1869, un año antes del gran cataclismo de la guerra franco-prusiana y de la toma de Roma por los italianos. Al concilio no fueron invitados los soberanos de estados católicos ni había en él representantes del poder civil como los hubo en Trento. No se trató ya de liberalismo, sino que las sesiones del concilio se centraron sobre el punto de la infalibilidad del pontífice cuando habla *ex cathedra.* Al principio no había unanimidad, pero pronto se llegó al asentimiento de la gran mayoría de los prelados asistentes. Fuera del concilio algunos grupos de católicos se ma-



Una sesión del Concilio Vaticano I, en el que se condenaron las teorías modernistas y se proclamó la infalibilidad pontificia.

nifestaron en contra del nuevo dogma, como el escritor tradicionalista francés Montalembert, y en Alemania y Suiza surgió el cisma de la pequeña minoría de los "viejos católicos". Newman, el insigne prelado de la Iglesia católica inglesa, que al principio opinó en contra, una vez definido el dogma lo acató obedientemente.

El texto finalmente aprobado es como sigue: "Por revelación divina se declara dogma que cuando el Romano Pontífice habla *ex cathedra,* esto es, cuando ejercita su oficio de pastor maestro de la Cristiandad definiendo la fe o la moral que ha de mantener la Iglesia, está, por la asistencia divina prometida a San Pedro, poseído de la infalibilidad... y por tanto, sus definiciones son inalterables y no necesitan el consentimiento de la Iglesia". Esta definición fue aprobada por unanimidad.

Provisto de esta infalibilidad, el papa obtuvo la máxima autoridad para atajar los progresos del constitucionalismo y liberalismo político. Era, sobre todo, la corriente llamada *modernismo,* término inapropiado, puesto que los modernistas católicos deseaban un retorno a la simplicidad evangélica, cuando la Iglesia estaba descentralizada y los laicos tenían más participación en los asuntos eclesiásticos. Los modernistas reconocían la autoridad del papa y no discutían ya su infalibilidad, declarada por concilio ecuménico, pero hubieran querido que en cada iglesia las personas de fe acrisolada fueran consultadas para los asuntos que no eran de orden teológico.

Además, los modernistas católicos insinuaban que nada que fuera progreso y conocimiento positivo podía estar en desacuerdo con la revelación. Algunos proponían interpretarla a su manera, como los que decían que la fórmula "Dios es una persona" debe interpretarse hoy como "tratad a Dios como si fuera una persona", pero nunca llegaron a ponerse de acuerdo y establecer una base mínima de doctrina modernista. En una reunión que tuvieron en 1907 en Molveno, se manifestaron una gran variedad de matices de pensamiento. Tan endeble doctrina no podía seducir a muchos. El modernismo fue condenado por la encíclica de Pío X *Pascendi,* en 1907, la cual, como cura y previsión de toda recaída, proponía "que la teología escolástica fuera la base de las ciencias religiosas". La *Pascendi* confirmaba la encíclica de León XIII *Aeterni Patris,* que para "la defensa y adorno de la fe católica, para el bien de la sociedad y para el progreso de todas las ciencias", proponía el restaurar "la sabiduría dorada de Santo Tomás, propagándola con todas las fuerzas disponibles y hasta los más remotos confines". Así se originó el *neotomismo,* la escolástica medieval convenientemente purificada de anacronismos y adaptada con gran acierto a las necesidades y problemas del mundo de nuestro tiempo.

BIBLIOGRAFIA

Berti, G.	*I democratici e l'iniziativa meridionale nel Risorgimento,* Milán, 1962.
Candeloro, G.	*Storia dell'Italia moderna,* vol. IV, Milán, 1964.
Clough, S. B.	*The Economic History of modern Italy,* Nueva York, 1964.
Delzell, Ch. F.	*The unification of Italy, 1859-1861,* Nueva York-Londres, 1965.
Gramsci, A.	*Il Risorgimento,* Roma, 1949.
Grew, R.	*A Sterner Plan for Italian unity: the Italian National Society in the Resorgimento,* Princeton, 1963.
Leprè, A.	*Storia del Mezzogiorno nel Risorgimento,* Roma, 1969.
Mack Smith, D.	*Garibaldi and Cavour, 1860,* Cambridge, 1954. *The making of Italy,* Londres, 1968.
Maturi, W.	*Interpretazzioni del Risorgimento. Lezioni di storia della storiografia,* Turín, 1962.
Pieri, P.	*Storia militare del Risorgimento,* Turín, 1962. *Figure e gruppi delle clase dirigente piemontese nel Risorgimento,* Turín, 1968.
Quazza, G.	*La lotta sociale nel Risorgimento. Classi e governi dalla Restaurazione all'Unità, 1815-1861,* Turín, 1961.
Romano, A.	*Storia del socialismo italiano* (2 vols.), Milán, 1954.
Romeo, R.	*Risorgimento e Capitalismo,* Roma, 1959. *Cavour e il suo tempo,* Bari, 1969.
Salvatorelli, L.	*Il pensiero politico italiano dal 1700 al 1870,* Turín, 1942. *Pensiero e azione del Risorgimento,* Turín, 1942.



El papa Pío IX en un mosaico de la basílica de San Lorenzo Extramuros, de Roma. Pío IX vio la desaparición del poder temporal de los papas, se declaró prisionero en el Vaticano y convocó el Concilio Vaticano I.



Coronación del emperador Fernando I de Austria en 1835 (Palacio Real, Praga). Ascendió al trono en dicho año y gobernó el Imperio con un consejo de regencia del que formaba parte Metternich. La revolución de 1848 le hizo huir de Viena y poco después abdicó en su sobrino Francisco José, emperador que asistiría a la derrota de Austria como directora de la Confederación Germánica, a la pérdida de las provincias italianas y al desmoronamiento del Imperio.

Formación de la moderna Alemania. Bismarck

Las revoluciones de julio (1830) y febrero (1848) en Francia repercutieron en Alemania. Hubo motines populares para conseguir cartas constitucionales que concedieran parlamentos elegidos por sufragio restringido y con poca eficacia legislativa. Las querellas con los diferentes soberanos de los estados libres llenan páginas de historia local. Estos conflictos entre la revolución y el absolutismo en Alemania cuentan, sin embargo, poco para el resto de Europa. Lo importante fue la unificación de los diversos reinos, principados, ducados y ciudades libres en un Imperio alemán, impuesto y mantenido por Prusia al margen de la revolución. Fue la obra de un solo hombre, Bismarck, luchando a veces enteramente solo contra la fantasía revolucionaria, otras veces secundado por revolucionarios románticos que veían en el nuevo Imperio la reviviscencia del pasado..., pero nunca Bismarck fue el agente, el ejecutor de una fuerza nacional revolucionaria que le em-

LA UNIDAD ALEMANA

1861 Guillermo I, rey de Prusia.
1862 El Parlamento rechaza los proyectos de reorganización militar del rey.
Bismarck, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores.
Declarada la reforma del ejército, condición necesaria para la unidad alemana, Bismarck la impone al Parlamento y la dobla de una reforma fiscal que aumenta los ingresos del estado.
1863 Fracasa un proyecto austríaco dirigido a garantizar la dirección de la Confederación de Estados Alemanes al emperador Francisco-José.
Contra la convención acordada en Londres en 1852, el rey de Dinamarca pretende anexionarse los ducados de Schleswig-Holstein, cuya autonomía reivindican Austria y Prusia.
1864 Dinamarca rechaza un ultimátum austro-prusiano y su territorio es inmediatamente invadido por los ejércitos alemanes. La guerra, desfavorable para los daneses, concluye con la paz de Viena, que traspasa la administración conjunta de los ducados a Prusia y Austria.
1865 La convención de Gastein sustancia provisionalmente las diferencias surgidas entre las potencias alemanas con respecto a la administración de Schleswig-Holstein.
1866 La guerra austro-prusiana: Sadowa.
La actitud de Bismarck, que renuncia a toda cesión de territorios austríacos, facilita la firma de un tratado de paz entre Austria y Prusia.
Tratado de Praga: Austria cede a Prusia sus derechos sobre el Schleswig-Holstein, acepta la disolución de la Confederación germánica y promete no entrometerse en los asuntos del norte de Alemania.
Bismarck crea la Confederación del norte de Alemania.
1867 Entra en vigor la constitución de la Confederación del norte de Alemania, que reserva al rey de Prusia, su presidente, la dirección de la política exterior y la convocatoria y disolución del Parlamento federal, elegido democráticamente.
Bismarck, canciller federal.
1870 Un incidente diplomático provoca la guerra franco-prusiana. Bismarck cuenta con el apoyo de los estados meridionales de Alemania.
La victoria de Sedán, el entusiasmo nacionalista subsiguiente y el espíritu negociador de Bismarck empujan a los estados meridionales a la unión con Prusia. Luis II de Baviera, en nombre de los príncipes alemanes, ofrece la corona imperial a Guillermo I.
1871 Guillermo I es proclamado emperador de Alemania en la Galería de los Espejos del palacio de Versalles.

pujara a obrar o que, cuando menos, le defendiera en sus horas de desaliento. Encontró una Germania disgregada y feudal y dejó una Alemania imperial y confederada.

Napoleón había barrido ya muchos de los minúsculos estados alemanes. Eran más de trescientos antes de las guerras napoleónicas: el Congreso de Viena los restauró sólo en parte. Así y todo, Alemania, por obra de Metternich, quedó dividida en treinta y ocho estados muy diferentes por su importancia y tradición. Contribuía también a diferenciarlos el carácter que les habían imbuido por su distinto temperamento los príncipes de las diferentes familias reinantes. Algunos eran autoritarios y fanáticos por naturaleza; otros, aficionados a la erudición; unos eran luteranos, otros eran católicos; pródigos o avaros,



Reunión de la Asamblea Nacional de Francfort (Historisches Museum, Francfort). A sus sesiones, por lo demás inoperantes, asistía Bismarck, que pudo darse cuenta de la debilidad de Austria y los demás estados confederados.

místicos o galantes. El catálogo de los soberanos alemanes a mediados del siglo XIX comprendía los más extraordinarios y disparatados tipos de complejo espiritual. El territorio de los diferentes estados variaba desde el de las ciudades libres hasta el de Prusia, con diecisiete millones de habitantes. Seguía Baviera, con cuatro millones; Hannover, con millón y medio; Sajonia, castigada por sus veleidades en favor de Napoleón, se había visto reducida a poco más de un millón de habitantes; el censo de Württemberg arrojaba igual número.

El Congreso de Viena hizo demasiado o hizo poco. Sin acabar de organizar una Alemania nueva, hubo de transigir con las exigencias de los tiempos. Los treinta y nueve estados en que la dejó desmenuzada el Congreso de Viena quedaron asociados en un *Deutscher Bund* (que quiere decir "Liga-alianza germánica", pero que se traduce por Confederación). Cierto que no era una confederación alemana, como la entendió después Bismarck, lo que se propusieron hacer de Alemania primero Metternich y después Stein, el ministro prusiano, de 1815 a 1848. Francfort, ciudad alegre, aristocrática, conserva todavía el palacio semibarroco donde se reunía la *Bundesversammlung*, o Dieta federal. Los representantes de los treinta y nueve estados, mejor dicho, de los treinta y nueve soberanos, votaban según instrucciones que recibían de ellos directamente. Las sesiones de la Asamblea de Francfort eran más reuniones de embajadores que congresos de diputados federales. Presidía el representante de Austria; los de los cinco reyes de Prusia, Baviera, Württemberg, Hannover y Sajonia tenían un voto cada uno. Los demás, personificando a príncipes, duques y ciudades, votaban en grupos, porque entre todos los reunidos no se contaban más que diecisiete votos.

Esta Asamblea hubiera podido organizar gradualmente un Imperio alemán si los soberanos o los patriotas de los diversos países se hubiesen empeñado en conseguirlo; pero los príncipes estaban todos celosos de sus privilegios, y los intelectuales y los patriotas eran demasiado románticos para precisar la organización de una Alemania unificada y liberal. Las dos potencias mayores, Austria y Prusia, antes de Bismarck tampoco tenían convicción para imponerse a las demás. Austria contaba con su carácter secular y sus derechos imperiales, mas para continuar siendo árbitro de las naciones germánicas creía que le bastaba su heredado prestigio histórico. No sospechaba que fuera necesario hacer méritos para mantener su hegemonía. Prusia, por su parte, no se había dado cuenta de su fuerza y de la oportunidad que le ofrecía la inevitable decadencia de Austria, debilitada por su ultramontanismo y por los enemigos interiores, cuales eran las provincias italianas y Hungría, que conspirando y amenazando constantemente le impedían atender a sus derechos de cabeza del *Bund*. Austria era un país rico que para conservar su tesoro se empobrecía; para preservar sus posesiones en Italia o mantener a Hungría bajo su dependencia se debilitaba y enervaba. El daño que le inferían dichas provincias se manifestó en su imposibilidad de participar en el *Zollverein*, o unión aduanera, de los demás pueblos germánicos.



Vista del Palacio Real de Berlín y el puente sobre el Spree.

Mientras el *Bundesversammlung* de Francfort debatía con impotencia diplomática negocios de alta política, Prusia, entendiéndose con sus vecinos, había conseguido convencerlos de la necesidad de formar una unión aduanera. El *Zollverein* pasó por diferentes etapas de crecimiento. Empezando modestamente en el año 1818 entre pocos, creció a partir de 1833, estimulado por los ferrocarriles, y alcanzó su máximo y definitivo esplendor en 1853. Austria comprendía el peligro de aquella unión aparentemente comercial encabezada por Prusia: hubiera querido entrar en ella para esterilizarla, pero se lo impedían sus posesiones, Hungría e Italia. Tal era la fuerza de los prejuicios seculares del antiguo Imperio, que no se concebía que los territorios no germánicos de Austria pudieran formar parte del *Bund* ni de la unión aduanera.

LA INDUSTRIALIZACION ALEMANA

Una concepción muy común entre los historiadores considera que el proceso de industrialización de cada uno de los países europeos reproduce fielmente las etapas y características del proceso de industrialización inglés. Marx cree que "los países industrialmente más avanzados presentan a los menos desarrollados una imagen de lo que será su futuro", y recientemente Rostow presenta el crecimiento económico moderno como una secuencia de cinco etapas, repetida de manera uniforme en todos los países.

Frente a esta tesis se ha destacado el carácter único e irrepetible de la experiencia inglesa. Primera industrialización, industrialización en solitario, sin competencia alguna, el modelo de desarrollo inglés no parece apropiado para ser adoptado por naciones cuya industrialización se realiza a partir de la realidad inglesa y en contra de la competencia inglesa.

Es Gerschenkron quien ha valorado la noción de atraso –atraso con respecto al país avanzado que es Inglaterra– como condicionante de la industrialización europea. La industrialización de los países atrasados es muy diferente a la inglesa, y el grado de atraso a partir del cual se inicia el crecimiento condiciona el curso y el carácter del mismo.

Hacia 1850, los países europeos podían ser divididos en tres grandes grupos según el grado de desarrollo económico alcanzado: países avanzados como Inglaterra, países moderadamente atrasados como Alemania, y países muy atrasados como Rusia.

Como en todo país atrasado, el éxito de la industrialización alemana dependió en gran parte de la adopción rápida de las modernas técnicas practicadas por los ingleses y la preferencia por aquellas actividades en las que han sido más rápidos los avances tecnológicos. En este terreno, los países atrasados pueden competir con los avanzados, pues la tendencia de estos últimos es prolongar el rendimiento de los viejos equipos industriales y aplazar su modernización.

→ La difusión de la tecnología inglesa en Alemania se realiza a partir de instituciones educativas como el Instituto Técnico de Berlín, con una mayoría de profesorado extranjero o formado fuera del país; por la labor de empresas inglesas dedicadas a la fabricación de maquinaria y establecidas en el país, como la empresa James de Aquisgrán, y también por la presencia de técnicos ingleses a la cabeza de las principales compañías alemanas.

La tecnología moderna aplicada desde el primer momento por los países atrasados implica la generalización de un tipo de empresa de tamaño superior a la predominante en los países avanzados y mucho más rentable.

→ La sociedad anónima, que encuentra muchas dificultades para desarrollarse en Inglaterra aun a mediados del siglo XIX, se afirma muy pronto en Alemania.

En el proceso industrial de un país atrasado, el crecimiento de los bienes de producción supera al crecimiento de los bienes de consumo.

→ W. G. Hoffman calcula el incremento del primero en un 6'3 % frente a un 2 % del segundo durante el período 1834-1860 en Alemania.

En un país atrasado, las instituciones cuya finalidad es incrementar la oferta de capital a las nuevas industrias tienen un papel importante en la industrialización.

→ Es el papel jugado en Alemania por los grandes bancos y en Rusia por el estado frente a la financiación de la industrialización inglesa, basada en el ahorro personal o familiar y la reinversión.

El clima intelectual en que la industrialización se desarrolla es muy distinto según el país sea atrasado, muy atrasado o avanzado.

→ En Alemania, la industrialización es el programa económico del nacionalismo.

La guerra de Crimea desprestigió y debilitó aún más a Austria. Lo que pudieron hacer Prusia y demás estados del *Bund*, permaneciendo estrictamente neutrales, no podía hacerlo Austria. Su proximidad y sus intereses en Oriente la obligaban a participar en el conflicto. Se mantuvo vacilando entre rusos y aliados durante los años de la guerra, y el resultado fue que el Piamonte, poniéndose al lado de los aliados, consiguió libertar del yugo austríaco la mayor parte de Italia.

Todos estos cambios eran observados con malicia en Francfort por el representante de Prusia en la Dieta del *Bund*, que entonces era Bismarck. Nacido en 1815, con escasos estudios en Gotinga y un poco de aprendizaje en ministerios prusianos, Bismarck no era entonces, ni lo fue nunca, el hombre taciturno

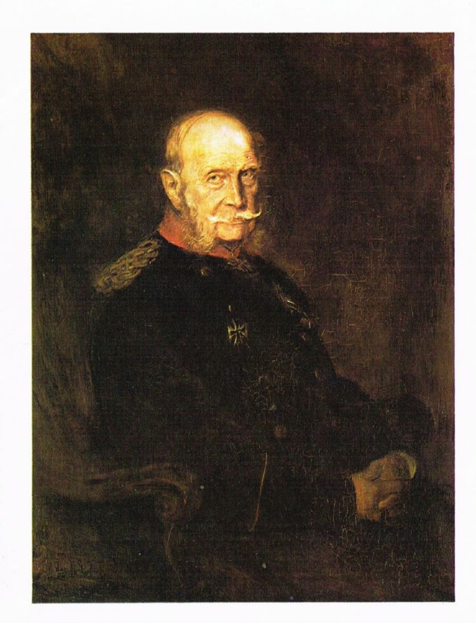
y malhumorado que ha creado la leyenda. En 1850-1852, cuando estaba en Francfort, era un agigantado prusiano de pelo oscuro y ojos negros. Montaba a caballo como un antiguo escita, y cuando caía decía que lo único desagradable era sentir encima el peso del caballo. Francote, gran bebedor, gran fumador, gran hablador, era mucho más sincero y explícito que los diplomáticos perfumados de la escuela de Metternich. Tal era la cordialidad de las conversaciones de Bismarck, que las gentes no llegaban a creer que sus genialidades pudieran expresar verdaderamente lo que pensaba. Las frases de Bismarck parece imposible que llegara a pronunciarlas, y se diría que son estratagemas de un furioso que desea que lo inhabiliten. Y, sin embargo, eran expresión de lo que pensaban los demás sin atreverse a confesarlo. Un día, desde Francfort, le escribía a su soberano: "Vuestra Majestad debería absolutamente exigir que sus ministros bebieran más champaña; yo quisiera que ninguno de ellos fuera al Consejo sin haber tomado media botella; entonces nuestra política sería más respetable". Algunas de las frases que se le atribuyen, como la famosa *Macht geht vor Recht* (Fuerza prevalece contra derecho), son interpretaciones de sus palabras comentadas por sus enemigos. Raramente Bismarck pronunciaba frases lapidarias; era demasiado natural, primitivo, para concretar su pensamiento en una fórmula filosófica.

En septiembre de 1862, Bismarck fue nombrado ministro de estado de Prusia. La corona se encontraba en una situación difícil: el rey Guillermo I se había empeñado en mantener un ejército permanente de sesenta y tres mil hombres, y para ello necesitaba recursos que le negaba el Parlamento. Al ofrecer el puesto de confianza a Bismarck, el rey le dio a leer antes su acta de abdicación, pues estaba decidido a renunciar al trono si no encontraba un ministro que gobernara sin el Parlamento o que le proporcionara recursos sin autorización parlamentaria. Bismarck se ofreció a realizar este enojoso servicio. Su primer discurso en el Parlamento prusiano defendiendo los créditos militares contiene frases poco a propósito para tranquilizar a una asamblea de burgueses: "La situación geográfica de Prusia nos obliga a mantener en pie una fuerte milicia... El resto de Alemania no admira a Prusia por su liberalismo... Las graves cuestiones de nuestra época no serán resueltas con discursos y votos de mayoría, sino con sangre y hierro".

Esta alusión a la sangre y al hierro produjo malísimo efecto. Hasta el propio rey se atribuló por la intemperancia de su ministro. Es la frase que más tarde dio a Bismarck el título de "canciller de hierro". El Parlamento votó casi por unanimidad contra los créditos militares y las palabras de Bismarck no pudieron convencerle. El ponente de la mayoría de la comisión de presupuesto decía: "Sólo aquel gobierno que mantenga la Constitución en toda su integridad podrá contar con el hierro y la sangre de la nación para defender el territorio".

Bismarck gobernó así, con Cámaras hostiles, la mayor parte de su vida política. El rey lo sostenía. Bismarck para legalizar su acción se valía de la Cámara alta, la Cámara de señores, senado aristocrático que votaba todo lo que se le pedía. Con el rey y los señores frente al pueblo y al Parlamento no había peligro. Bismarck trató de explicar su conducta diciendo que no podía aceptar que el soberano se reconociera sujeto a la voluntad de un Parlamento. "Tanto valdría como que los Hohenzollern abdicaran en favor de una asamblea", decía.

Por no querer aceptar este principio, Carlos I de Inglaterra perdió la corona y la cabeza; sobre todo si los créditos no se justificaban con victorias, el ejército de Guillermo I podía llevarlo al mismo fin. En cambio, si



Guillermo I, rey de Prusia y después emperador de Alemania, por F. Lenbach (Alte Pinakothek, Munich). Heredó el trono de Prusia en 1861, a la muerte de su hermano Federico Guillermo IV, si bien había actuado como regente por enfermedad mental del rey. Con la ayuda de Bismarck y Moltke, llevó a Prusia a su mayor época de poderío.

EL KULTURKAMPF

Para Lichtenberger, el catolicismo romano encontró en la Alemania del siglo XIX dos adversarios principales: el catolicismo reformista, por un lado, y de otro, el estado laico. Sobre ambos obtendría una serie casi ininterrumpida de victorias.

El catolicismo liberal tenía en Alemania auténtica fuerza a comienzos del siglo XIX, especialmente entre el alto clero y las universidades católicas: Hermes de Bonn trataría de fundamentar en el kantismo el dogma católico, y sus ideas se impondrían en las universidades de Breslau, Tréveris, Colonia, Braunsberg y Münster. Condenado por Roma, el hermesianismo fue extinguiéndose lentamente. Privado de bases teóricas, las aspiraciones reformistas encaminadas a construir una Iglesia nacional, relativamente autónoma respecto de la Santa Sede, y a democratizar la estructura interna de la Iglesia, tuvieron cada vez menos eco en los fieles. Y la proclamación –supremo triunfo de los ultramontanos– de la infalibilidad pontificia, pese a la valía personal de los que se opusieron: Doelinger, Schulte, Friedrich..., no tuvo –salvo quizás en Bonn o en Munich– una oposición seria. La jerarquía eclesiástica y los fieles la aceptaron con escasa resistencia.

De la misma forma, el catolicismo romano se enfrentaría al estado nacional y laico, característico del último tercio del siglo XIX europeo, obteniendo finalmente el grado de libertad católica que consideraba necesario para la independencia de la Iglesia.

Tras una serie de enfrentamientos previos, la proclamación de la infalibilidad pontificia en el Concilio Vaticano I, que configuraba el gobierno de la Iglesia como rigurosamente absolutista, fue vista como un intento de dominación mundial por parte del papado y la Iglesia y derivó en una lucha inevitable con un Imperio alemán que, con influencia protestante, representaba de forma arquetípica el laicismo y el nacionalismo propios de la época.

El conflicto estalló en 1871, enfrentando a Bismarck con la curia romana, el clero alemán prusiano y polaco y el partido católico del *Zentrum*, y recibiendo de los liberales el nombre de *Kulturkampf*, o lucha cultural, subrayando el aspecto anticatólico, anticlerical y nacionalista de aquél, siquiera para el canciller lo fundamental era la imposición de la autoridad estatal a las instancias eclesiásticas.

La lucha, llena de pasión, duró años y está unida al nombre del ministro de Cultura, Adalbert Falk, a quien se deben las principales medidas legislativas: ruptura de relaciones diplomáticas con el Vaticano, expulsión de la Compañía de Jesús junto con lazaristas, redentoristas, hermanos del Espíritu Santo y Sociedad del Sagrado Corazón, adición al Código penal del Reich del *Kanzelparagraph*, o párrafo 130 sobre los púlpitos, que condenaba a prisión –hasta dos años– a los sacerdotes que en su predicación trataran temas de política, poniendo en peligro la paz, extendiéndose después la medida a las publicaciones escritas; introducción del matrimonio civil; supresión del departamento de asuntos religiosos en el ministerio prusiano del Interior; supresión de la vigilancia practicada por la Iglesia en la escuela; exigencia a todos los clérigos de un examen cultural; constitución de un tribunal especial para asuntos eclesiásticos; prenotificación obligatoria de los nuevos cargos, incluidos los de párroco, etc.

El fanatismo se extendió por Alemania, cometiéndose toda clase de excesos policiales contra miembros del clero, muchos de ellos condenados a duras penas de prisión y destierro. En 1878 sólo permanecían cuatro obispos en sus puestos y más de mil parroquias estaban oficialmente cerradas.

Sin embargo, Bismarck comprobó que los católicos seguían fieles a su Iglesia y, sobre todo, que el antagonismo entre el Reich y la Iglesia católica no era irremediable. El cambio de postura del canciller coincide con la terminación de su alianza con los liberales (1878-1879) y con la postura conciliadora de León XIII. Falk es destituido en 1879, y entre 1881 y 1887 la mayor parte de las disposiciones anticatólicas –las leyes de mayo– son derogadas o dejan de tener efectividad real. En resumen, el estado renuncia a toda intervención en los asuntos propiamente eclesiásticos, aun cuando facultades anteriores de la Iglesia, como la intervención en la escuela, no se restablecerán nunca. El último vestigio del *Kulturkampf*, la prohibición de residencia de los jesuitas en Alemania, desaparecerá en 1904.

Asimismo, el *Zentrum* católico, partido de base social heterogénea, integrado, como establece Lamprecht, por aquellos que, perteneciendo a diversas clases sociales, con predominio burgués y, en menos medida, aristocrático, reprueban el régimen capitalista y aspiran a una limitación de la libre concurrencia, al establecimiento de un régimen de solidaridad fundamentado en bases cristianas, pero que supo adaptarse hábilmente a la realidad, en defensa de los intereses temporales del catolicismo, terminaría reconciliándose con Bismarck –pese a la ruptura de su jefe Ludwig Windthorst con el canciller–, aceptando al Imperio e integrándose en su política nacional.

Partido de oposición total hasta 1881, comenzó su integración en el sistema político del Reich entre 1881 y 1887. Aun cuando, bajo la presión de la facción aristocrática dirigida por Ballestrem, Huene, Schorlemer..., pareció que en 1889 se aliaría con la derecha, a fin de intentar una reforma en sentido conservador de la legislación escolar y religiosa, sus elementos liberales, hostiles a los feudales agrarios, y bajo la dirección del Dr. Lieber, se orientaron en una dirección ligeramente progresiva (Lichtenberger). Su importancia creció después de 1890, adquiriendo una posición sumamente fuerte, como uno de los grupos políticos más influyentes en el Reichstag.

A. M.

las guerras producían el engrandecimiento de Prusia –primer ideal de Bismarck–, y ya una vez engrandecida Prusia heredaba la posición de núcleo del Imperio germánico que Austria no sabía o no podía desempeñar, entonces todo el mundo aprobaría la política antiparlamentaria. Bismarck explica en sus Memorias –más de lo que generalmente hacen los estadistas– cómo provocó las guerras, cómo venció y cómo se aprovechó de las victorias, sin piedad para con el vencido. Las guerras bismarckianas fueron tres en siete años: la de 1863 contra Dinamarca, la de 1866 contra Austria y la de 1870 contra Francia. En tres jugadas elevó a Prusia a la categoría imperial. A primera vista, Bismarck parece más grande, más eficaz que Cavour, pero Bismarck contaba con más medios y, sobre todo, sus dificultades eran mucho menores. Cavour tenía la enorme complicación internacional del papado, y Austria era un gigante al lado del pequeño Piamonte. En cambio, las víctimas de Bismarck no tenían categoría superior a la suya, fueron forzadas a combatir y sacrificadas porque convenía al engrandecimiento de Prusia.

La guerra contra Dinamarca tuvo por excusa una cuestión de nacionalismo, de países de frontera. Entre Prusia y Dinamarca había unos ducados, Schleswig y Holstein, de am-

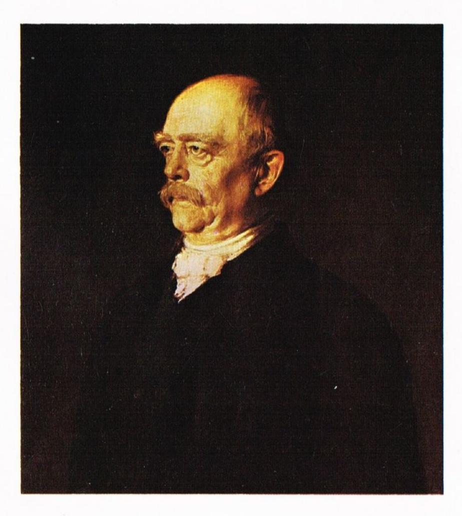
CONFEDERACION GERMANICA (1815-1866) Y CONFEDERACION DEL NORTE DE ALEMANIA (1866-1871)

Limites de la Confederación Germánica
Limites de la Confederación del Norte de Alemania

1 - DUCADO DE SAJONIA-ALTENBURGO
2 - 5 - DUCADO DE SAJONIA-COBURGO-GOTHA
3 - DUCADO DE SAJONIA-HILDBURGHAUSEN
4 - DUCADO DE SAJONIA-MEININGEN
6 - GRAN DUCADO DE SAJONIA-WEIMAR
7 - DUCADO DE ANHALT-DESSAU
8 - DUCADO DE ANHALT-BERNBURG
9 - DUCADO DE ANHALT-KOTHEN

bigua nacionalidad. Eran tierras como Alsacia, el Tirol y Silesia, eternamente descontentas. Ambos, Holstein y Schleswig, formaban entonces parte de Dinamarca; pero mientras Holstein estaba habitado casi exclusivamente por alemanes, Schleswig tenía sólo una fuerte minoría de población de raza germánica. Después de la guerra de 1914, el tratado de Versalles impuso un plebiscito a una parte de Schleswig, y éste, a pesar de casi cincuenta años de forzada germanización, votó por su anexión a Dinamarca.

En la época de Bismarck las dificultades eran mayores, porque a la cuestión de nacionalidad se añadía el legitimismo dinástico. Los ducados fronterizos tenían un pretendiente: el príncipe de Augustenburg, que aspiraba a ser duque de Schleswig-Holstein. Austria y otros países alemanes pensaron que, una vez libertado de Dinamarca, el Schleswig-Holstein, alemán o semialemán, entraría a formar parte como miembro de la Confederación germánica, y que de este modo el *Bund* tendría simplemente un soberano más. Pero mucho antes de comenzar la guerra, Bismarck se había ya formado la idea de anexar los ducados a Prusia. Embrolló de tal



Otto von Bismarck, por F. Lenbach (Staatsmuseen, Berlín). El creador de la moderna Alemania supo reorganizar la Europa central en tres jugadas en beneficio de Prusia y detrimento de Austria. En política exterior persiguió que se afirmara el preeminente papel de Alemania en Europa. En política interior, luchó contra la Iglesia católica (Kulturkampf) y la socialdemocracia.

DEL LIBRECAMBIO AL PROTECCIONISMO

Hasta mediado el siglo XIX, Europa, que ha contemplado el desarrollo de grandes estados (Inglaterra, Francia, España...) y el paralelo auge del sentimiento nacional, practicará una política económica estrictamente nacionalista. La reglamentación del comercio exterior se caracterizará, en consecuencia, por la búsqueda del interés nacional en la forma más estrecha y egoísta (Birnie). No se concibe otro sistema que el proteccionista, fundamentado en el mercantilismo.

El mercantilismo, caracterizado, dejando de lado sus peculiaridades nacionales, por la identificación de la riqueza con el dinero, oro y plata, y por su doctrina de la balanza comercial favorable –"La balanza comercial es la verdadera balanza del poder" (Forbonnais)–, quedó doctrinalmente desacreditado, de manera definitiva, tras la publicación en 1776 de la *Wealth of Nations* de Adam Smith, quien, identificado, como señala Birnie, con el individualismo y el optimismo característicos de la filosofía del siglo XVIII, opuso al intervencionismo estatal "el sencillo y obvio sistema de la libertad natural", y al ideal de la suficiencia nacional, la superioridad de la división económica del trabajo.

Los comienzos del liberalismo comercial, ya en el ámbito de la realidad económica, deben situarse en 1786, al concluir Pitt el Joven el Tratado Eden con Francia, y fueron interrumpidos por las guerras de la Revolución y el Imperio, que hicieron reaparecer, junto al nacionalismo político, el nacionalismo económico.

Sin embargo, el movimiento librecambista acabaría imponiéndose en Europa a partir de Inglaterra. En Inglaterra –adelantada de la Revolución industrial, donde los intereses industriales no podían temer competencia alguna en el mercado interno, con una indiscutible preponderancia en el ámbito comercial que le permitiría dominar los mercados extranjeros–, el proteccionismo, popularizado por las campañas de Richard Cobden (1804-1865), se establecería prácticamente por Robert Peel en 1846. El resto de los países europeos (Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, los Países Escandinavos, Suiza, Italia, España, Portugal) sigue, a mayor o menor distancia, el ejemplo inglés.

Respecto a Alemania, debemos comenzar señalando que el Congreso de Viena, en 1815, había reducido sus 350 estados a 39, reuniéndolos en una confederación bajo la presidencia de Austria. Pronto, sin embargo, empieza a destacar el papel económico de Prusia –cuyo desarrollo industrial y mercantil se inicia en la misma fecha bajo la inspiración de Beuth, subsecretario de estado para el comercio y la industria desde 1815 a 1845, fundador del "Instituto Técnico" de Berlín y de la "Asociación para el fomento del conocimiento técnico", y de Rother, secretario de Comercio Exterior (1820-1848), reorganizador del Banco de Prusia–.

Las aportaciones más importantes de Prusia, como ha señalado W. O. Henderson, a la reanimación de la economía alemana fueron, por un lado, la participación activa en la construcción de ferrocarriles a partir de 1840-1850, y por otro –y especialmente– la fundación del *Zollverein*.

Desde 1818, Prusia se orienta hacia un relativo librecambismo rebajando los aranceles aduaneros. La necesidad de constituir una unión aduanera entre todos los estados alemanes se hace cada vez más evidente: "Treinta y ocho murallas arancelarias –señalará List– impiden el comercio interior y tienen el mismo efecto que si cada miembro del cuerpo humano fuera atado de tal manera que no pudiera circular la sangre". El proceso constitutivo permite destacar los siguientes momentos claves:

1.º El 18 de enero de 1828, Baviera y Württemberg constituyen una unión aduanera –Unión Aduanera del Sur–.

2.º El 14 de febrero del mismo año lo hacen Prusia y Hesse-Darmstadt –Unión Aduanera del Norte–.

3.º El resto de los estados alemanes, preocupados ante la presumible hegemonía prusiana, forman la "Unión comercial de la Alemania media".

Poco a poco, los estados fueron abandonando la "Unión comercial", que se reveló ineficaz –no llegó a constituir un arancel común– y se incorporó a la Unión Aduanera del Norte, haciéndolo finalmente Baviera y Württemberg y quedando constituido el *Zollverein* alemán en 1833.

Hasta la unificación política de 1871, el *Zollverein* (dominado por Prusia, que supo excluir a Austria) estableció unas tarifas uniformes, relativamente liberales, para todos los estados, suprimiendo entre ellos las barreras arancelarias y desempeñó un papel clave, como mercado único, en el arranque del crecimiento industrial alemán (Niveau).

La tendencia general se orienta, pues, a mediados del siglo XIX hacia el librecambio (Lesourd y Gérad). La consecuencia fue la notable expansión, entre 1860 y 1880, del comercio europeo.

Sin embargo, en el último cuarto del siglo se asiste en toda Europa a un retorno vigoroso del proteccionismo, debido a una pluralidad de factores tales como la intensificación del sentimiento nacional después de la guerra franco-alemana; la necesidad de incrementar los recursos de los estados para hacer frente a los cuantiosos gastos militares; la afluencia a los mercados europeos de trigo americano barato, etc. El proceso, general en toda Europa, fue encabezado por Alemania.

Las tarifas discretamente liberales que el Imperio heredó del *Zollverein* no fueron modificadas por Bismarck hasta 1879 e



incluso en 1873 la necesidad de contar con el partido nacional liberal –orientación librecambista– para obtener la mayoría parlamentaria determinó el establecimiento de una tarifa aduanera aún más baja. En 1878, Bismarck rompe con el partido liberal y se apoya en el conservador, constituido en su parte más importante por los *junkers*, grandes propietarios territoriales que, librecambistas hasta entonces, viran hacia el proteccionismo ante la competencia del trigo americano y ruso, más barato. Asimismo la gran industria metalúrgica pedía protección arancelaria.

En suma, Bismarck, presionado también por las necesidades financieras del Imperio y no pudiendo hacer frente a los déficit continuos más que con un aumento de los derechos de aduanas, ya que la Constitución del Reich reservaba a los estados miembros las demás fuentes de ingresos, estableció en 1879 una tarifa proteccionista que gravaba productos antes libres, como los cereales, el hierro y el petróleo. El aumento de los derechos de aduanas no fue excesivo, pero supuso, no obstante, triplicar los ingresos estatales por este concepto.

Como ha señalado Baumont, "Bismarck venció a Cobden". La trascendencia de este cambio en la política comercial de uno de los mayores estados de Europa fue muy grande, repercutiendo incluso en Inglaterra –fiel al librecambismo hasta 1931–, donde en los años ochenta aparece el llamado "movimiento del comercio justo", de tendencia proteccionista, si bien su éxito fue escaso. En resumen, puede decirse, con Lesourd y Gérad, que el nacionalismo político representado por Bismarck, la voluntad de poder de las nuevas nacionalidades y el deseo de constituir un estado vigoroso e independiente destruyeron el sueño de la burguesía liberal de constituir una fraternidad universal, instrumentalizada sobre la base del libre comercio entre las naciones.

A. M.

manera la situación, que obligó a Dinamarca a declarar la guerra. Fue aparentemente una guerra de liberación de pueblos oprimidos. El *Bund* y Prusia contra Dinamarca, que representó el papel de verdugo... Austria cooperó con un ejército de 23.000 hombres; los otros estados alemanes aportaron contingentes menores. La dirección de las operaciones militares corrió a cargo de Moltke, que con Bismarck y el rey Guillermo es el tercer factor de la unidad alemana.

Moltke ha sido también desfigurado por la leyenda. No era un hombre frío ni un estratega. Consideraba la guerra más bien como una obligación que como una profesión. A la edad de cuarenta y un años casó con una muchacha de dieciséis que se enamoró de él. Apasionado por el arte y la música, conocía a fondo a Bach y a Beethoven. Cuando la guerra de los Ducados, Moltke tenía sesenta y cuatro años. Era alto, fornido, con gran nariz aguileña, labios finos y cerrados, gestos tranquilos y acompasados; parecía más bien magistrado que militar. Había previsto las guerras. Decía: "Todos estos tapujos diplomáticos de Bismarck nos traerán la guerra, y si Prusia no vence, está perdida; en cambio, si vence se pondrá al frente de la Confederación germánica, como conviene".

Bismarck, al contrario, conociendo lo di-

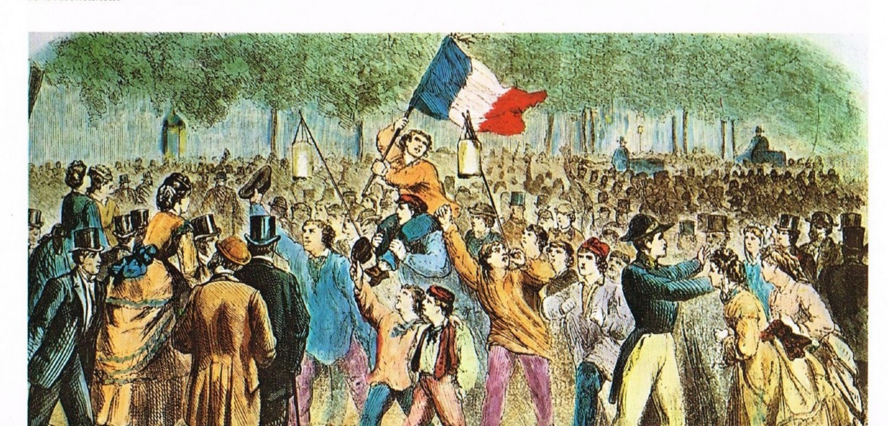
Estampa con la representación de la batalla de Sadowa (Biblioteca Nacional, París). La nueva máquina que era el ejército prusiano dio rápida cuenta de las tropas de Francisco José de Austria. En la paz subsiguiente, este Imperio quedaba separado de Alemania.



La artillería austríaca después de la batalla de Sadowa, por Rudolf Ritter (Heeresgeschichtliches Museum, Viena).

ficil que era hacer aquellos tapujos que despreciaba Moltke, creía que lo arduo era provocar la guerra, llevar a los pueblos a un callejón sin salida donde no tuvieran más remedio que pelear. "Unos cuantos hombres empuñan el fusil, otros acuden en apoyo de sus camaradas, viene después otra compañía, y he aquí una batalla... ¡La guerra!", decía, fumando y bebiendo jovialmente. Lo difícil era la paz.

La guerra de los Ducados acabó con la derrota definitiva de Dinamarca. Pero, ¿qué hacer después con el botín? ¿Dar los Ducados a Augustenburg para que fuera otro miembro, otro estorbo en la Dieta de Francfort? Ésta era la teoría de Austria, mientras



Manifestaciones organizadas en París en apoyo de la política de fuerza del gobierno frente a Alemania.



Fotografía de Napoleón III y el ministerio que el 19 de julio de 1870 declaró la guerra a Prusia (Biblioteca Nacional, París).

Prusia sostenía que los vencedores los retuvieran en su poder; en la convención de Gastein se acordó que Austria administraría el Holstein y Prusia el Schleswig. En realidad, el convenio de Gastein no satisfizo a nadie, y Austria y Prusia se prepararon para la guerra. Es curioso que Francia sostuviera a Prusia en sus pretensiones. Bismarck había pasado años en la embajada de París, contrajo amistad íntima con Napoleón III y se había asimilado de los franceses la aparente ligereza y buen humor, que ocultaban el apasionamiento y la ambición. Bismarck visitó a Napoleón en Biarritz en 1865, y después envió a Roon, ministro de la Guerra prusiano, para discutir personalmente con el emperador el asunto de los Ducados. Francia consentía y hasta animaba a Prusia a anexarlos.

Grabado titulado "En el music-hall como en el Senado" (Biblioteca Nacional, Madrid), que demuestra la efervescencia que produjo en París el telegrama de Ems, el inicio de la tercera jugada de Bismarck para conseguir la unidad alemana.

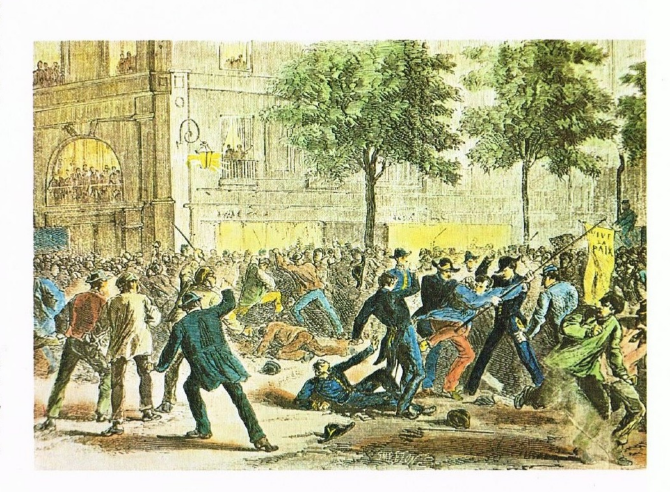


La razón de esta actitud era que Napoleón creía que Austria vencería y Francia conseguiría obtener ventajas en la zona del Rin.

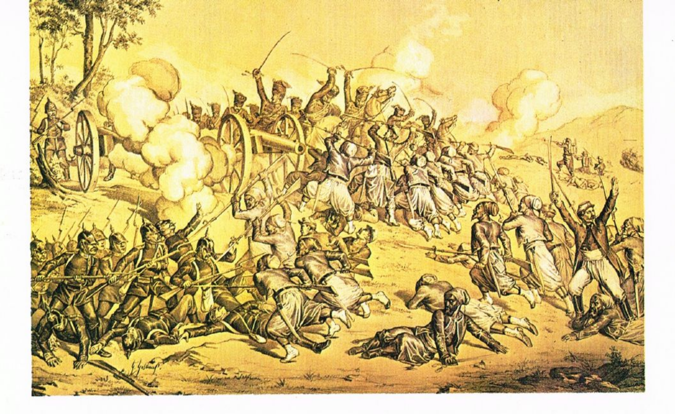
Bismarck, deseoso también de esta nueva guerra, una vez obtenida la aquiescencia del emperador de los franceses, concertó una alianza con Piamonte, elevado a la categoría de reino de Italia. Bismarck contaba con que cuando llegara la guerra y los prusianos atacaran a Austria de frente, los italianos podrían atacarla por la espalda, invadiendo las provincias que todavía conservaba en Italia.

Los desaciertos del gobierno de Viena favorecieron a Bismarck. Creyéndose maestros de diplomacia, los austríacos equivocaban cada movimiento de las piezas del tablero cancilleresco. Era evidente que la antigua diplomacia empezaba a fallar con los nuevos elementos de formar la opinión: la prensa y el Parlamento. Bismarck los aprovechaba de manera admirable. Tenía un verdadero gabinete de prensa que redactaba notas, artículos sensacionales y reseñas tendenciosas de acontecimientos. A menudo su técnica consistía en lanzar en un periódico local de provincias noticias sensacionales falsas que los periódicos más leídos recogían, aplastando al pobre diario con comentarios injuriosos. Así se promovían controversias patrióticas que Bismarck no dejaba de explotar publicando una contranoticia para excitar la opinión en el sentido que convenía a su política. Pero no bastaba esta técnica mefistofélica; hacía falta genio, visión, perspectiva, que parecía haber

Emile Ollivier, presidente del Consejo de ministros francés que declaró la guerra a Prusia. Se refugió en Italia ánte el fracaso del Segundo Imperio y después publicó libros en que trató de justificar su conducta.



Poco después de la declaración de guerra, en París se produjeron manifestaciones contrarias a la lucha, como ésta del 23 de julio que recoge el grabado (Biblioteca Nacional, París).



Aspecto de la batalla de Wisenburg, el 4 de agosto de 1870, según grabado de la época. El ejército francés, que carecía de plan de operaciones, se lanzó a la ofensiva con el ánimo de aislar a Prusia de los estados alemanes del Sur, pero esta intención fue desbaratada por los contraataques prusianos, uno de los cuales fue el de Wisenburg.

monopolizado Bismarck en detrimento de los petimetres de Viena. Jugaba con los sucesores de Metternich como el gato juega con los ratones.

Bernstein dice que Bismarck practicaba el truco de todos los diplomáticos y pícaros redomados, que consiste en hacer alarde a veces de una sinceridad desconcertante para poder en otras emplear el mismo lenguaje para disimular las verdaderas intenciones.

La guerra contra Austria no era popular en Alemania como lo había sido la guerra contra Dinamarca. Era, pues, necesario que fuera Austria la que atacara, cosa difícil en una nación acostumbrada más bien a triunfar defendiéndose. Austria llevó sus quejas a la Dieta de Francfort, y allí, en 1866, denunció la convención de Gastein y propuso la resolución del problema de los Ducados. Al mismo tiempo, Prusia presentó un proyecto de constitución unitaria de Alemania. La Dieta votó en favor de Austria y Prusia se declaró entonces separada de la Confederación germánica.

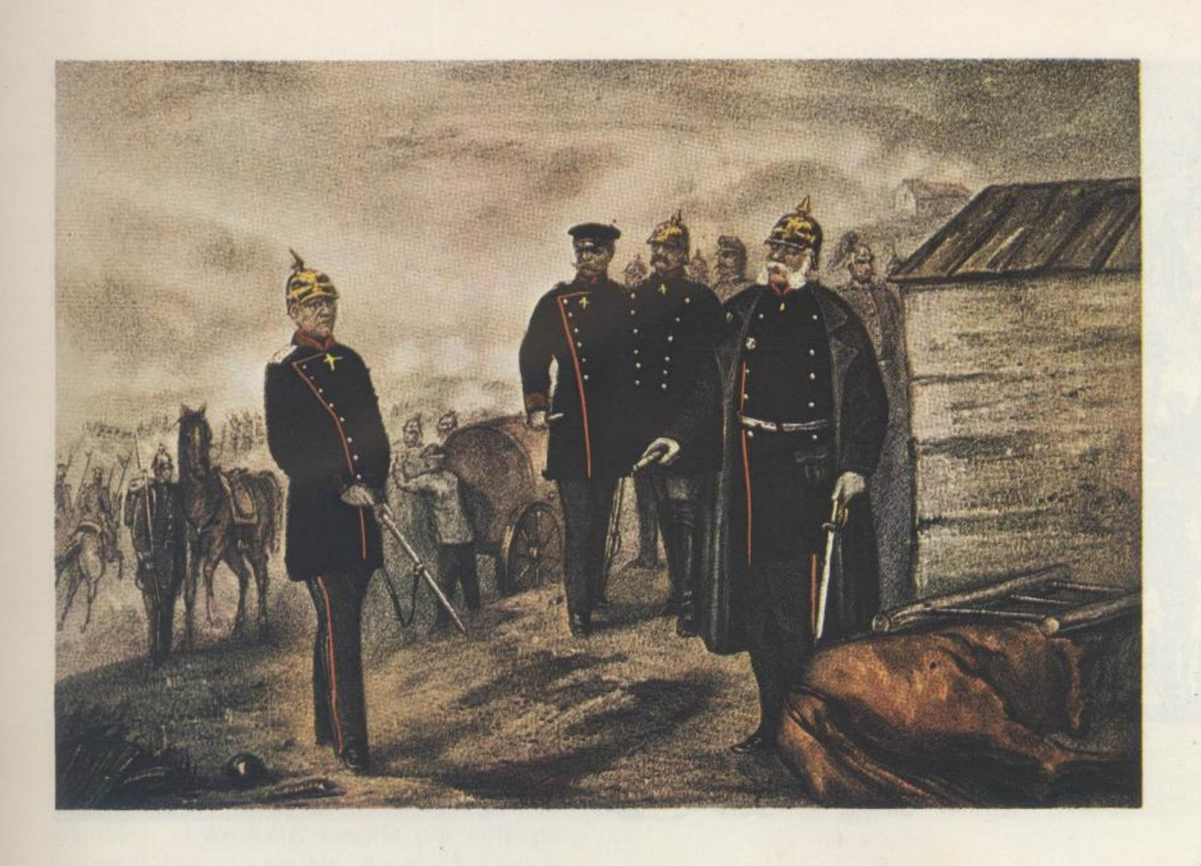
Guillermo I de Prusia aclamado por la multitud berlinesa cuando iba a partir hacia el frente (Biblioteca Nacional, París). El Estado Mayor prusiano tenía previstos los planes de movilización, y en unos veinte días llegó a reunir 460.000 hombres, mientras continuaba la incorporación de reservistas.



La alta tasa de crecimiento de las industrias extractivas y la siderurgia ha hecho que sean consideradas como el sector pautador de la industrialización alemana. El desarrollo de los ferrocarriles ha posibilitado este crecimiento, base, a su vez, de la industria metalúrgica nacional. La industria pesada colocará a Alemania a la cabeza de los países industrializados. De 1860 a 1875, la producción alemana de hierro se ha multiplicado por cuatro, mientras en Francia apenas ha doblado. La producción alemana supera a la francesa ya en 1880, a la inglesa en 1900.

Acero
Fundición de hierro y acero
Mineral de hierro
Carbón
Lingote de hierro
Cambios
+ 100%
+ 70
+ 50
+ 20
0
− 10
− 20
− 30
− 40
− 50
1820 25 30 35 40 45 50 55 60 65 70 75 80 85 90 95 1900 05 10 15

A ello siguió la guerra. Esta vez Prusia sola contra Austria y los demás estados alemanes del *Bund,* que tibiamente continuaban a remolque de Viena. Italia, según lo convenido, mantuvo en jaque algunas fuerzas austríacas; pero, acaso porque Cavour había muerto años antes, no atacó con el ímpetu que esperaba Bismarck. No hizo falta. El ejército prusiano, maravillosamente preparado, movilizó rápidamente, y después de varias escaramuzas y marchas y contramarchas, Moltke, con la batalla decisiva de Königgrätz o de Sadowa, acabó el 3 de julio de 1866 con la resistencia del Imperio austríaco. Sus aliados alemanes, desorientados y sin nadie que combinara sus esfuerzos, fueron cediendo gradualmente. Austria pidió a Napoleón III que interviniera, y las negociaciones de paz terminaron con la adquisición por Prusia del Schleswig-Holstein, el reino de Hannover, el electorado de Hesse, Nassau y Francfort. Austria, además de perder sus derechos a los Du-



El general Moltke anuncia a Guillermo I la victoria de Rezonville, el 14 de agosto de 1870 (Museo de Berlín). Este general había preparado con amplio sentido moderno a su ejército y fue el brazo ejecutivo de los ideales de Bismarck. Poco después de esta batalla, Bazaine decidió encerrarse en Metz con 200.000 hombres.

Torre de la fortaleza de Metz, donde Bazaine, que seguía una política tortuosa, se encerró con el ejército francés.

cados, cedía el Véneto a Italia y quedaba eliminada de Alemania.

Para que no pareciera que se había hecho la guerra con el solo objeto de que Prusia suplantara a Austria en el *Bund* imperial, de momento se dividió Alemania en dos grupos de estados: la Confederación del Norte, más arriba del río Main, y la Confederación del Sur, con sólo cuatro estados: Baviera, Württemberg, Baden y Hesse-Darmstadt. Por lo que toca a la Confederación del Norte, no había duda de que necesariamente tenía que ser dirigida por Prusia, pero la prueba de que se imponía una unión de todos los estados es que la Confederación de los cuatro del Sur nunca llegó a constituirse y uno tras otro fueron concertando alianzas defensivas y ofensivas con Prusia. Además, por razones dinásticas e históricas más que por conveniencia nacional, Prusia tenía su territorio dividido en dos sectores: las provincias orientales de Prusia estaban separadas de las occidentales por Hannover, Hesse-Cassel, Nassau y la ciudad libre de Francfort. Su anexión la justificó afirmando que debían sufrir las consecuencias de la guerra por haberse puesto al lado de Austria. ¡Qué diferencia de Cavour, que hacía preceder toda anexión de un plebiscito! Mas Bismarck se burlaba de la tortuosa y paciente táctica de Cavour, que designaba con sarcasmo llamándola de "caminos sardos". Bismarck infligía por el crimen de patriotismo el castigo que se había de aplicar en 1918, y después, a su país y a

Napoleón III tras la capitulación de Sedán (estampa conservada en la Biblioteca Nacional, París).

El ejército francés rendido en Metz (27 de octubre de 1870) es internado en Alemania (Biblioteca Nacional, París).

otros vencidos. En 1866 impuso la paz diciendo que era "la voluntad de Dios". A plenipotenciarios de los antiguos estados anexados o disminuidos que protestaban, Bismarck les interrumpía diciendo: "¿Acaso no os acordáis de que podría haceros detener como prisioneros de guerra?...", por haber luchado al lado de Austria.

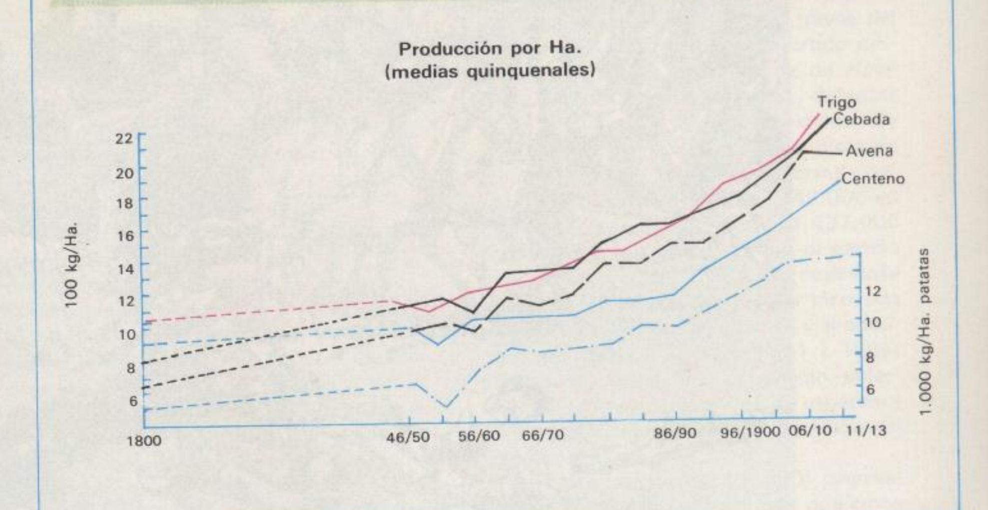
Prusia pasó en seguida a reorganizar a Alemania según los deseos de Bismarck. La nueva Confederación del Norte se gobernaba con dos asambleas, casi una Cámara doble, como la de la Constitución americana. El Senado o *Bundesrat* se componía de cuarenta y tres miembros, de los cuales sólo diecisiete eran nombrados por Prusia y podían quedar en minoría y prevalecer la opinión de los confederados. El *Bundesrat* venía a ser una ampliación de la *Bundesversammlung* de Francfort, con la única y exclusiva diferencia de que en lugar de presidirlo el representante del emperador de Austria lo presidía el canciller del rey de Prusia.

Pero además se estableció una segunda asamblea, el *Reichstag*, elegida por sufragio universal directo y secreto. Bismarck conocía por experiencia el partido que un canciller podía sacar de las rivalidades de dos Cámaras y no quería estar a merced de una Dieta como la de Francfort, donde a menudo se llegaba a un punto muerto. La gran novedad era que el rey de Prusia asumía todos los poderes militares y diplomáticos, con el derecho de declarar la guerra, conferir la paz y concertar tratados. Con esta excepción, los demás soberanos conservaban toda su autoridad en los respectivos territorios (justicia, educación, obras públicas, cultos, etc.), pero se obligaban a mantener un ejército proporcionado a su categoría y disciplinado y organizado según el modelo del de Prusia: servicio obligatorio, tres años en la milicia activa y cuatro en la reserva.

No se creó un gobierno federal con ministerios; el canciller nombraba sus secretarios para los diversos departamentos. El presupuesto del gobierno federal se nutría de dos ingresos principales: las aduanas y las cuotas que pagaban a prorrata de su población los diferentes estados. Los gastos del gobierno federal eran el ejército, la marina, el cuerpo diplomático, correos, telégrafos, ferrocarriles y sanidad.

PRODUCTIVIDAD AGRICOLA EN ALEMANIA DURANTE EL SIGLO XIX
(según W. G. Hoffman, 1960)

El aumento constante del rendimiento por hectárea, consecuencia de la modernización de los métodos agrícolas, es hasta 1860 uno de los factores importantes del crecimiento de la producción agraria alemana. Pasará a ser factor único cuando, a partir de esta fecha, las expectativas de expansión de las superficies cultivadas sean prácticamente nulas. El débil incremento de los rendimientos entre 1860 y 1890 explica el relativo estancamiento de la producción agrícola del período; el crecimiento intensivo de ésta entre 1790 y 1913 obedece a una alza espectacular de la productividad motivada por la aplicación sistemática de los abonos.





El general Gaston-Alexandre-Auguste, marqués de Gallifet (Biblioteca Nacional, París). Militar técnico del cuerpo de Caballería, se distinguió en el frente de Sedán, donde dirigió una salida a la cabeza de los cazadores de África.



Napoleón III, ya prisionero, es conducido tras las líneas alemanas; a su lado cabalga Bismarck (Museo de Historia, Berlín). El sueño de Bismarck se había realizado: no sólo Francia estaba derrotada, sino que toda Alemania había aceptado la guerra impuesta por Prusia.

El primer *Reichstag* constituyente, elegido en febrero de 1867, se mostró razonable, dispuesto a olvidar agravios y a trabajar por el bien de Alemania. Hubo protestas de los conservadores, que deploraban el predominio excesivo de Prusia, y protestas de los liberales, descontentos porque los acuerdos del *Reichstag* estaban sujetos a la aprobación del *Bundesrat* o cámara de representantes de los estados, pero todos aceptaron con disciplina germánica el hecho consumado. Bismarck podía decirles: "Ya tenemos a Alemania puesta bajo la silla; ahora sólo falta cabalgar".

Cabalgar, para Bismarck, era la guerra. Faltaba una tercera guerra para probar que Alemania podía cabalgar y aun trotar. Bismarck lo explicó después categóricamente en sus *Memorias:* "Estaba convencido –dice– de que, para llenar el abismo abierto entre el norte y el sur de Alemania por las dos Confederaciones, hacía falta una guerra contra el pueblo vecino...". Así Bismarck pensaba hacer servir a los franceses de víctima "para conseguir la organización general de la nueva Alemania". ¡Qué inmoralidad, acuchillar a un pueblo para crear otro!, pero a la vez ¡qué grandeza, por lo menos en la ruda franqueza de exponerlo!

Bismarck disimuló de momento sus intenciones llevando al rey de Prusia a París con motivo de la Exposición Mundial de 1867. Moltke era de la comitiva; y Bismarck y Moltke pudieron darse cuenta de la fragilidad del Segundo Imperio francés y, consciente o inconscientemente, prepararon la guerra inmediata. Según el método de Bismarck, era necesario provocar una oposición en el contrario para que él declarara la guerra. Pero Napoleón, acostumbrado a recibir "propinas", como decía Bismarck, sin hacer más que intervenir como árbitro, no sentía necesidad de pelear con Alemania. Además, estaba gravemente enfermo de la vejiga, lo que hacía de él el soberano menos apto en Europa para aventuras bélicas.

La única esperanza que podía caber a Bismarck era que los ministros de Napoleón hicieran una tontería que él pudiera convertir en insulto nacional valiéndose de la prensa y el Parlamento. Y esto, dado el carácter de los gobernantes del Segundo Imperio francés, no era imposible ni difícil. Bismarck provocó el paso en falso de los ministros franceses, poniéndoles la trampa para que cayeran, con motivo de la sucesión del trono de España.

Un golpe de estado en España había destronado a Isabel II, y Prim, convencido de que la República era prematura, buscaba un rey liberal entre las cortes de Europa. Bismarck manejó las cosas de tal modo que la candidatura con más probabilidades de éxito fue la del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, lejano pariente del rey de Prusia.

LA SOCIALDEMOCRACIA

Las disensiones en el seno de la I Internacional –entre los antiguos miembros de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, de Bakunin, y el Consejo General, dirigido por Marx– concluyeron con su disolución formal en el año 1876. Desde entonces, la revolución socialista sólo era posible a partir de los partidos socialistas nacionales. Entre estos partidos, la socialdemocracia alemana había sido la primera en constituirse. Fruto, como señala Droz, de una serie de compromisos, obligado a integrarse en un estado fuertemente estructurado, aun cuando afirmase siempre su vinculación a la ortodoxia marxista (lucha de clases, revolución...), se verá obligado a intentar alcanzar, por medio del sufragio universal y de las libertades constitucionales, las reformas inmediatas que podrían mejorar la suerte de los trabajadores.

El primer partido socialista alemán: la Asociación General de los trabajadores alemanes *(Allgemeiner deutscher Arbeiterveiren)*, se funda por Ferdinand Lassalle el 28 de septiembre de 1863. Sosteniendo la necesidad de que los obreros se constituyeran en un partido político independiente del progresista, defensor de los intereses de la pequeña burguesía, incluía en su programa las reivindicaciones que los trabajadores venían sosteniendo desde el triunfo de la reacción en Alemania (1848): sufragio universal, jornada de diez horas, abolición de la legislación contraria a las actividades sociales del proletariado, desaparición de los impuestos indirectos y creación de un impuesto progresivo sobre la acumulación de capitales, enseñanza obligatoria para la infancia desde los cinco años, etc. Sin embargo, el "socialismo de estado" de Lassalle, el cual pensaba que correspondía al estado la implantación de la justicia social, así como su nacionalismo –era partidario de la unidad alemana bajo Prusia–, le apartaban de la ortodoxia marxista. Muerto Lassalle en 1864, la Asociación, centralista, autoritaria, vivió dominada por figuras de escaso relieve como Becker, o equívocas como Schweitzer, en una época de intensos conflictos internos, que no interrumpieron, sin embargo, su desarrollo.

En la misma fecha (1863) y sobre una base radicalmente opuesta, descentralizada, se constituyó la Unión de las Asociaciones de trabajadores alemanes *(Verband Deutscher Arbeitervereine)*, por W. Liebknecht y A. Bebel, de donde surgirá en el año 1866 el Partido popular sajón.

En el Congreso de Nuremberg –1868–, la Unión, preocupada hasta entonces primordialmente por la defensa del particularismo alemán frente al imperialismo prusiano, adoptó un programa socialista, adhiriéndose a la Internacional, y finalmente en el Congreso de Eisenach –agosto de 1869– se crea el primer partido socialdemócrata de trabajadores *(Sozialdemokratische Arbeiterpartei)*, con un programa que conjugaba ampliamente el pensamiento marxista promulgado por la Internacional con las reivindicaciones democráticas.

Así pues, en 1869 el movimiento socialista alemán se hallaba escindido en dos grupos rivales: el lassalliano, bajo la dirección de Schweitzer, y el de Eisenach, que, siguiendo a Marx y adherido a la Primera Internacional, dirigirán Liebknecht y Bebel. En las elecciones de 1871 para el Reichstag los dos grupos consiguieron más de 100.000 votos, y en las de 1874, 351.670, el 6 % de los emitidos, obteniendo los lassallianos tres escaños, y seis los de Eisenach.

Perseguidos por el gobierno, alarmado por estos éxitos electorales, inútiles ya por la Constitución del Imperio alemán después de la victoria de Prusia sobre Francia (1870), las discusiones sobre la organización de Alemania, los contactos entre los dos grupos, llevarán a la unificación del movimiento socialista alemán en el Congreso de Gotha (1875), sobre la base de un programa redactado por Liebknecht, criticado por Marx y Engels, quienes no aceptaban la ley de bronce de los salarios ni cierta despreocupación por la organización sindical, ni la fundación de cooperativas con ayuda estatal, etc.

De hecho, sin embargo, el nuevo Partido *(Sozialistsche Arbeiterpartei Deutchsland)* impulsa el movimiento socialista: 493.000 votos y doce diputados en las elecciones de 1877. El socialismo era ya una fuerza política creciente que, como señala Droz, atacó la política de Bismarck, oponiéndose a la anexión de Alsacia y Lorena, defendiendo la Comuna, etc. El canciller decide entonces aplastar a la socialdemocracia y, tomando como pretexto los atentados contra Guillermo I, de Hödel y Nobiling (mayo y junio de 1878, respectivamente), dos perturbados que actuaban por cuenta propia, disuelve el Reichstag, consigue una mayoría favorable y argumentando: "A las ideas patológicas del socialismo, enemigo del estado y de la sociedad, no se les puede cortar el paso con la ley común", consigue –221 votos contra 149– que se apruebe en octubre de 1878 una ley de excepción por un plazo de dos años, pero que sería prorrogada, en los años 1884 y 1886, hasta 1890.

La legislación excepcional, que prohibía las agrupaciones socialdemócratas, las reuniones y manifestaciones públicas, la prensa socialista, etc., aunque no impedía que los socialistas figurasen como candidatos en las elecciones ni que fuesen miembros del Reichstag, perturbó seriamente al Partido –encarcelamientos, prohibición de periódicos, necesidad de emigrar...–, pero no pudo quebrantar su vitalidad y su cohesión orgánica, manifestadas desde 1880 en la actuación clandestina, orientada por los Congresos de Zurich (1882), Copenhague (1883) y Saint-Gall (1887). Fundamentado, subraya Abendroth, en un pensamiento marxista muy simplificado, que le hacía atractivo para las masas, expresado a través del *Sozialdemokrat*, órgano del partido dirigido por Eduard Bernstein, y de *Neue Zeit*, editado por Karl Kautsky, defensor de la igualdad de derechos –incluso de voto– para la mujer, lo que le atrajo a las minorías cultas, aumenta de forma continua su número de votos: 549.000 en 1884; 763.000 en 1887; 1.427.000 en 1890. Había llegado a ser el partido más numeroso del Reich, no dejándose atraer por la legislación social inspirada por los socialistas de cátedra y promulgada por Bismarck entre 1881 y 1885: seguros de accidentes de trabajo, enfermedad y retiro obrero, con la esperanza de retirarle adhesiones en el mundo del trabajo.

La caída de Bismarck (1890) coincide con el momento en que los gobiernos europeos, presionados por el movimiento obrero, en base a una compleja motivación sentimental y política, tiende a adoptar medidas tutelares respecto a los trabajadores. El nuevo káiser Guillermo II subrayará: "Es menester demostrar al pueblo trabajador que el gobierno desea de todo corazón su bienestar". En esta línea, el Reichstag derogará las disposiciones de excepción contra los socialistas (enero de 1890), ocho meses antes de su terminación legal. Bismarck había sido derrotado.

La socialdemocracia, dice Abendroth, había llegado a ser suficientemente fuerte para obligar al gobierno a notables concesiones de índole político-social, lográndose mejorar la situación obrera. Sus éxitos fueron posibles por cuanto el partido, fiel a sus principios socialistas, supo aprovechar cualquier posibilidad legal de lucha.

En esta línea, un nuevo programa, redactado por Kautsky en el Congreso de Erfurt (1891), se mantiene fiel a la ortodoxia marxista, a la socialización de los medios de producción, a la idea de dictadura del proletariado..., pero recoge una serie de fines que han de ser obtenidos dentro del sistema capitalista en el que se insertan: sufragio universal, imposición progresiva sobre la renta, jornada de ocho horas... Jacques Droz concluye: "Ortodoxo en lo doctrinal, el programa de Erfurt suponía una acción reformista que permitiría la transformación progresiva de la situación del mundo obrero, así como la reforma progresiva y pacífica de la sociedad".

A. M.

El 11 de junio de 1870, Prim declaraba en las Cortes de Madrid que los otros candidatos, Fernando de Portugal y los duques de Aosta y Génova, habían rehusado la corona de España, pero que esperaba anunciar dentro de pocos días la aceptación de un cuarto candidato. Nadie dudó en España y fuera de España de que Prim se refería el príncipe de Hohenzollern.

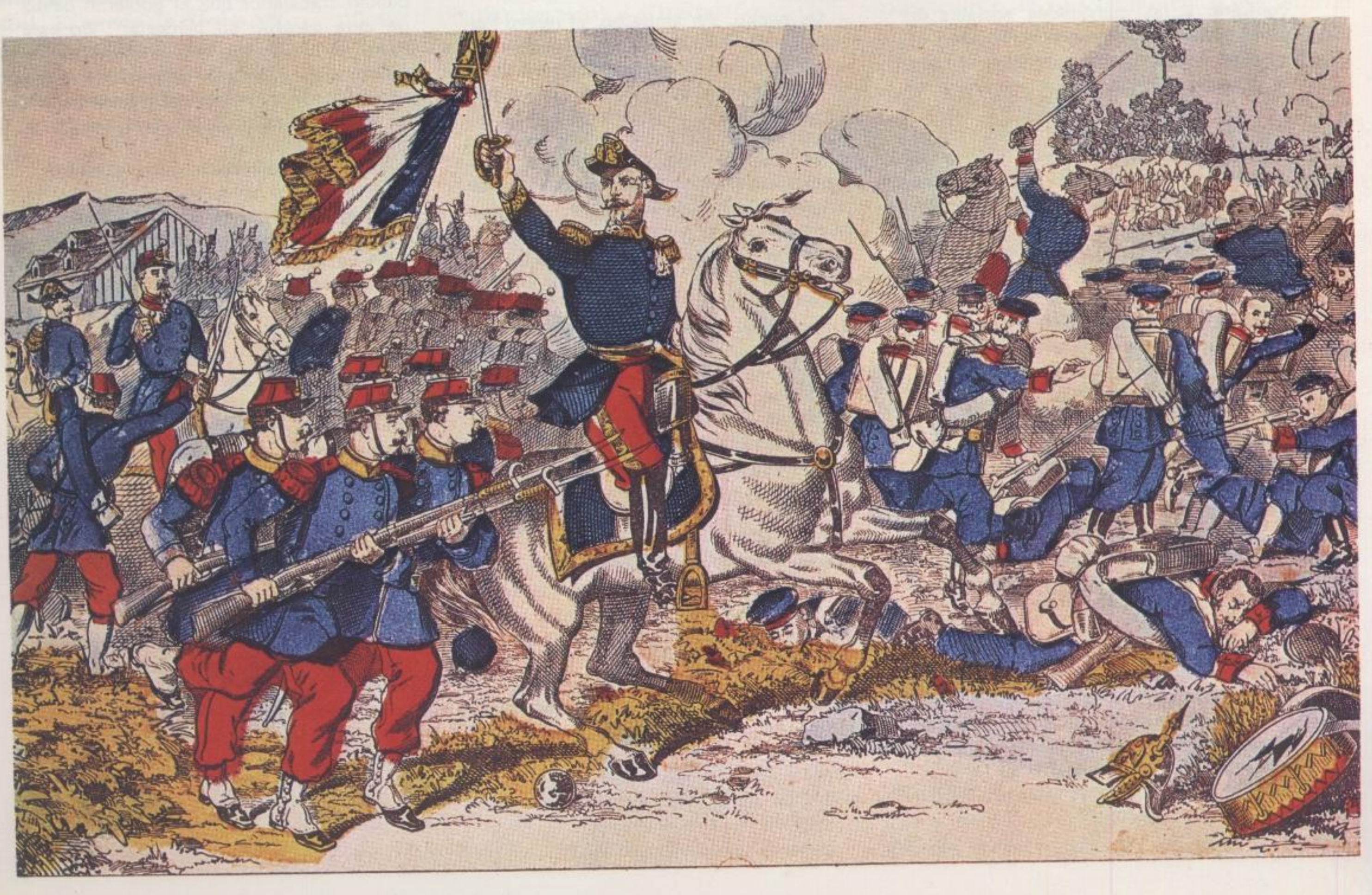
La instalación de un príncipe prusiano en el trono de España no podía agradar a los franceses. Volverían a encontrarse, como en tiempo de Carlos V, con un enemigo alemán por el Este y otro por el Sur. Esta eventualidad se discutió en la Cámara de Diputados francesa el 6 de julio con exaltación patriótica. La fiebre de la Cámara se extendió por París: los periódicos comentaron la sesión en términos más violentos todavía. *Le Soir* decía: "Quieren instalarnos un procónsul en la frontera meridional para que nos tenga bajo su vigilancia. Seremos los franceses 38 millones de prisioneros de los alemanes...".

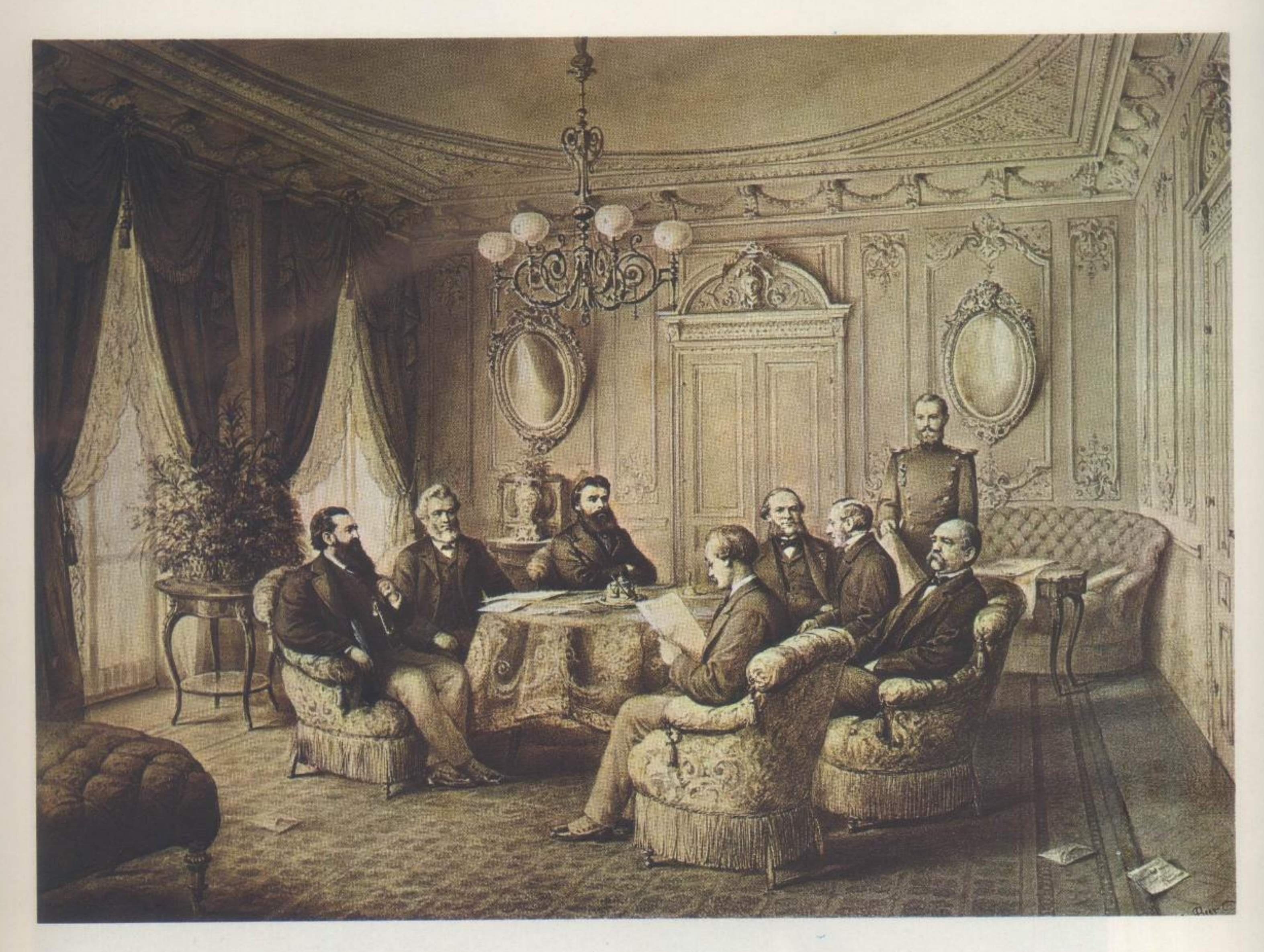
Los demás estados europeos tomaron cartas en el asunto. Austria apoyaba a Francia; Inglaterra reconocía que las negociaciones constituían una ofensa; Italia predicaba la paz; Rusia daba consejos. En realidad, nadie quería la guerra más que Bismarck. Viendo la tormenta que se preparaba, el príncipe de Hohenzollern retiró su candidatura; el rey de Prusia prefería también no arriesgarse a perder lo que había ganado en las guerras contra Dinamarca y Austria.

Napoleón, no hay que decirlo, tenía bastante trabajo en cuidar de su vejiga. Sin embargo, le quedaba a Bismarck la posibilidad de que los ministros franceses hicieran la esperada tontería. De no haberla cometido, al cabo de pocos días nadie se hubiera acordado de la candidatura del Hohenzollern. Pero el ministro de Negocios Extranjeros francés tuvo la impertinente idea de exigir al rey de Prusia, por mediación del embajador de Francia en Berlín, promesa formal de que nunca otorgaría a su sobrino el consentimiento para ocupar el trono de España, dado el caso de que volvieran a ofrecerle la corona.

Esta casi grosería enojó a Guillermo I, pero no hasta el punto de hacerle pensar en la guerra. El embajador francés lo había visitado en Ems, donde tomaba baños, y desde allí el rey, sin darle gran importancia, telegrafió la noticia a Bismarck. El telegrama de Ems llegó la noche del 13 de julio al palacio de Wilhelmstrasse en Berlín, donde estaban cenando Bismarck, Moltke y Roon, ministro de la Guerra. El texto del secretario

Batalla de Bapaume, del 3 de enero de 1871 (Biblioteca Nacional, París). Mientras la rendición de Metz permitió a los alemanes reforzar el bloqueo de París, el Ejército del Norte, al mando de Faidherbe, consiguió, con acciones como ésta, evitar la ocupación de los departamentos más septentrionales de Francia.





Negociaciones entre franceses y prusianos en presencia de Bismarck (Historisches Museum, Francfort). El resultado para Francia de la guerra con Prusia fue la pérdida de las provincias de Lorena y norte de Alsacia y el pago de una fuerte indemnización.

del rey de Prusia contando la "manera indiscreta" como el embajador francés, paseando por el parque con Guillermo I, le había hecho aquella demanda, estaba redactado en forma suave y sin conceder gran importancia al asunto. Bismarck, después de leerlo, preguntó a Moltke y Roon: "¿Estamos preparados?...". Moltke y Roon contestaron: "¡Estamos prontos!". Bismarck tomó la pluma y redactó el texto del telegrama real como sigue: "La noticia de la renuncia al trono de España por el príncipe de Hohenzollern ha sido comunicada al gobierno francés por el gobierno español. El embajador francés, además, ha insistido con Su Majestad el rey de Prusia en Ems para que le autorizara a telegrafiar a París que nunca jamás daría su consentimiento si se volvía a tratar de la candidatura del príncipe de Hohenzollern. Su Majestad ha rehusado contestar al mencionado embajador y le ha hecho saber que, por su parte, no tenía nada más que comunicarle".

Este telegrama, ni exagerado ni trucado, como generalmente se dice, fue redactado enteramente por Bismarck. Se comunicó inmediatamente al periódico de la noche *La Alemania del Norte,* obligándole a hacer una edición especial, y en Berlín se interpretó como si el rey en Ems ya hubiera dado los pasaportes al embajador de Francia. ¡Era la guerra! En París, las noticias, abultadas por las agencias, hicieron el efecto que deseaba Bismarck de "un trapo rojo delante del toro francés". Todavía hubiera podido evitarse la guerra examinando el asunto con sangre fría y deshaciendo con habilidad la telaraña de mala intención que había tejido Bismarck, pero no se podía esperar tanto de los ministros del Segundo Imperio napoleónico. Al día siguiente de la publicación del telegrama de Ems, el duque de Gramont en el Senado y Émile Olivier en la Cámara de Diputados de París leyeron una comunicación gubernamental que recogía el guante arrojado por Bismarck: "Hemos hecho todo lo posible



Las relaciones entre Bismarck y Guillermo II, nieto de Guillermo I, se fueron agriando hasta el punto de que el canciller tuvo que dimitir en 1890. Así se le veía en Francia cinco años después, al cumplir ochenta de edad, y tres antes de morir.

para evitar la guerra; vamos a prepararnos para sostener la que se nos ofrece, dejando la responsabilidad al agresor". Empezaba en Francia la discusión de las responsabilidades. En Berlín solamente se cantaba *Die Wacht am Rhein*. Aquella noche se decretó la movilización general. Bismarck explicó el *casus belli* en el *Bundesrat* en estos términos: "No hay otra alternativa: o la guerra o la garantía del gobierno francés de que no recibiremos más amenazas como ésta".

Para comunicar la noticia al *Reichstag* esperó hasta el 16 de julio. Había ya recibido la noticia del comienzo de las hostilidades. Su discurso se redujo a muy pocas palabras: "Tengo que informar a esta alta Asamblea de que el representante de Francia acaba de entregarme la declaración de guerra".

Según la Constitución de la Alemania del Norte, tenían que intervenir en el conflicto todos los estados, menos Austria. Era una prueba peligrosísima que imponía Bismarck a la nueva Alemania obligándola a luchar en una guerra injusta y cuando el vínculo de unión era reciente y poco preciso en sus derechos y deberes. Los estados del Norte no vacilaron; en seguida declararon la guerra cada uno individualmente a Francia, y a los pocos días el entusiasmo se había contagiado asimismo a los cuatro estados que componían la Federación del Sur y éstos también cooperaron con sus contingentes militares.

La guerra franco-prusiana fue una guerra fácil. La primera batalla fue el 2 de agosto, y el 31 un ejército francés de 81.000 hombres, entre ellos el emperador en persona, se rendía en Sedán al rey de Prusia. Otro ejército mandado por Bazaine quedaba sitiado en Metz. La fuerza militar de Francia estaba aniquilada por muchos años. Para castigarla y debilitarla se la despojó de Alsacia y Lorena.

Los ejércitos alemanes acamparon delante de París. Éste había sido fortificado y encerraba una guarnición suficiente para su defensa, además de la guardia nacional y ciudadanos voluntarios armados. Pero no es éste el lugar oportuno para explicar los episodios del sitio de París y su consecuencia, la tercera República francesa. Lo importante para nosotros es que, cimentada la unidad alemana por la victoria, los soberanos de todos los estados de la Confederación del Norte y los aliados del Sur reconocieron al rey de Prusia como emperador de Alemania. Se le coronó en Versalles. El *Reich* o Imperio alemán dejaba a los antiguos soberanos cierta autonomía, pero quedaban como feudatarios del rey de Prusia. El Káiser tenía en el Imperio el mismo poder autoritario que tenía en Prusia como rey. La Constitución no establecía ninguna manera de enmendarla por votación popular: las reformas las iría haciendo el Káiser por el canciller. La Constitución del Imperio alemán era una carta de "real política": era Bismarck hecho ley.

Proclamación de Guillermo I, rey de Prusia, como emperador de Alemania en la Sala de los Espejos del castillo de Versalles el 18 de febrero de 1871 (Biblioteca Nacional, París). Los resultados de la guerra fueron para Bismarck la organización de un Imperio en que los demás soberanos de Alemania quedaban como feudatarios del rey de Prusia.



BIBLIOGRAFIA

Abendroth, W.	*Historia social del movimiento obrero europeo,* Barcelona, 1970.
Birnie, A.	*Historia económica de Europa,* México, 1944.
Clapham, J.	*The Economic Development of France and Germany, 1815-1914,* Cambridge, 1921.
Droz, J.	*Le socialisme démocratique, 1864-1960,* París, 1966. *Histoire des doctrines politiques en Allemagne,* París, 1968. *Les origines de la grande industrie allemande,* París, 1933.
Eckert, G.	*Wilhelm Liebknecht. Briefwechsel mit K. Marx und F. Engels,* La Haya, 1963.
Henderson, W. O.	*The Zollverein,* Londres, 1959.
Lichtenberger, H.	*La Alemania moderna,* Madrid, 1909.
Mehring, F.	*Geschichte der deutschen Sozialdemokratie,* Stuttgart, 1898.
Ramos Oliveira, A.	*Historia social y política de Alemania,* México, 1964.
Vermeil, E.	*L'Allemagne, du Congrès de Vienne à la révolution hitlerienne,* París, 1934. *L'Allemagne contemporaine, sociale, politique, culturelle,* París, 1953.



Cómo se vieron en Francia las negociaciones para la paz con Prusia (Biblioteca Nacional, París).



El Parlamento de Londres. Este edificio, realizado por Charles Barry y comenzado en 1837, alberga las dos cámaras legislativas inglesas, la de los Lores y la de los Comunes, creación típica de este pueblo y adaptada a su propia mentalidad.

Creación del Imperio británico

Al terminar las guerras napoleónicas, las Islas Británicas no contaban más que con diecisiete millones de habitantes. La deuda había aumentado en más de 860 millones de libras, pero el Congreso de Viena dio a los ingleses, como botín de guerra, Malta, Ceilán, las islas Mauricio y Trinidad y la Colonia de El Cabo. Sin embargo, la mayor ganancia que allegaron a la Gran Bretaña las guerras napoleónicas fue infundirle un sentimiento de su propio poder, lo que hoy se llama complejo de superioridad, que en este caso puede definirse como mezcla de celo por el honor nacional y de conciencia de los deberes individuales. Una frase, que fue la sola directiva de combate de Nelson en Trafalgar, comunicando a toda la tripulación, como orden pura y simple de la inminente batalla: "Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber", quedó indeleble en la mente de los ingleses. Durante el siglo XIX hubo casos de inmoralidad en la política interior; desórdenes, descuidos y aun desaciertos en las colonias, pero estas faltas, en número muy inferior a las de los gobernantes de otros países europeos, estaban aliviadas por grandes virtudes.

La aristocracia inglesa, en su lucha con-

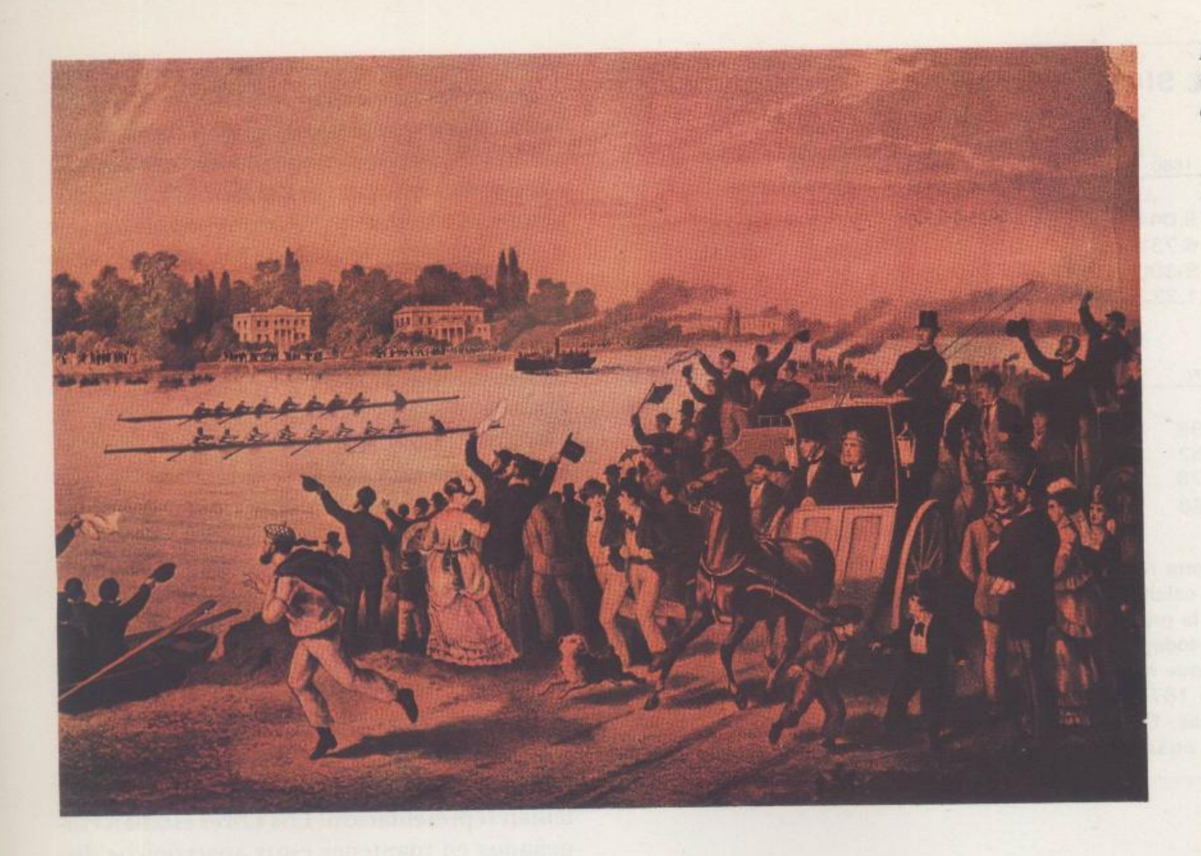


Venta de votos en un "burgo podrido", segun pintura de Hogarth (Soane Museum, Londres). El envío de diputados a la Cámara de los Comunes no fue siempre resultado de elecciones puras, sino que el cohecho y el soborno fueron tan notorios, que hasta los artistas se hicieron eco de tales anomalías.

tra Napoleón, había adquirido el hábito de resolver en cada caso, por su propia iniciativa individual, dificultades insospechadas. La historia del período de formación y consolidación del Imperio británico está salpicado de innumerables ejemplos del sublime empleo de sentido común, más geniales que los de sacrificio heroico o de gallarda valentía, que a menudo sólo sirven para inmortalizar un acto o una persona, pero raramente benefician a toda la nación. Los tenaces ingleses que se establecieron en remotas regiones; los escoceses que administraron con admirable flema el todavía no bien trabado Imperio; hasta los fanáticos irlandeses, que exigieron un máximo de autonomía, supieron dar largas a asuntos cuya solución era prematura, se mantuvieron sin claudicar aun cuando no columbraban progresos ni ventajas y se resignaron a cambiar de opinión al convencerles de que habían errado en sus propósitos.

Los dos personajes más nobles de la política inglesa en el siglo XIX, Peel y Gladstone, se convirtieron hasta el punto de hacer triunfar los principios políticos que durante mucho tiempo habían considerado extraviados o erróneos. La nación, por su parte, convencida de que "Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber", no impuso castigos ni desdoró despectivamente a los vencidos ni a los fracasados. Un gobernador inglés en las colonias no tenía que temer el ridículo de la maledicencia de los que comentaban sus fracasos en los círculos de Londres. Sabía que, aun equivocándose, hasta sus mismos enemigos justificarían sus intenciones por la parte de progreso lograda con su vencimiento, pues, como dicen los ingleses, no hay nube sin borde de luz.

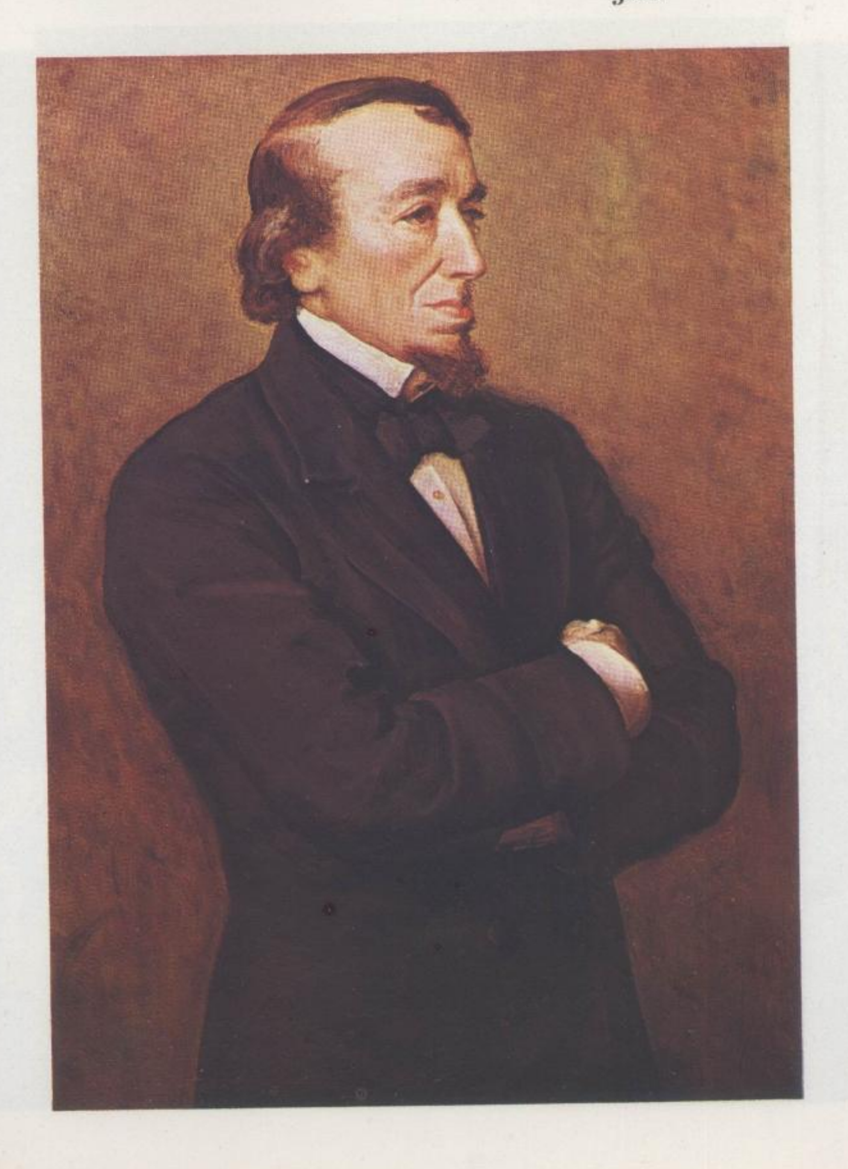
Tal es la causa de la grandeza de la Gran Bretaña, no su régimen político. La creencia de que el feliz encumbramiento de Albión hasta erigirla en árbitro del mundo y dueña de los mares, con su Imperio vastísimo y sus riquezas inagotables, se debió a un sistema de gobierno (parlamentario, o lo que sea), es infundada. En un libro de Disraeli, jefe del partido conservador, que además escribía novelas (pecado grave hoy, pero pecado venial en un político de su tiempo), el protagonista se prepara a emprender el viaje a Palestina porque es tierra donde no encontrará un gobierno de "chabacano régimen parlamentario". Palmerston, jefe del partido liberal, que por gotoso dormía sentado, daba cabezadas



Regatas entre los equipos de Oxford y Cambridge (grabado de la época).

en el banco ministerial y sólo se despertaba a la hora de votar. Los partidos ingleses muy a menudo no representaban ninguna ideología; eran grupos acaudillados por famosos personajes que tenían muy vagas nociones de lo que harían cuando se les deparase oportunidad de gobernar. Por mucho tiempo hubo un grupo en la Cámara de los Comunes que se llamaba de los *adulamitas* porque en la Biblia se dice que David se refugió en la cueva de Adulam, donde se le reunieron cuatrocientos hombres, "todos afligidos, todos cargados de deudas, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu" (I, *Samuel,* 22, 2). Los adulamitas votaban con uno u otro partido según les convenía en cada momento.

La grandeza de la Gran Bretaña se debió al material humano, que, a pesar del régimen, superó dificultades que para otras gentes hubieran sido catastróficas. Pero valga advertir que el régimen inglés a principios del siglo XIX no era democrático ni representativo. El Parlamento constaba de dos cámaras: la de los Lores y la de los Comunes. La primera era enteramente hereditaria, formada exclusivamente por títulos del reino, con la excepción de algunos obispos. Los Lores legislaban por derecho divino o porque sus padres y abuelos fueron capaces de legislar. Desde esta cámara alta, los Lores pueden deshacer lo que han hecho los Comunes. En otro país, la obstrucción de los Lores hubiera desencadenado la revolución. Franklin,



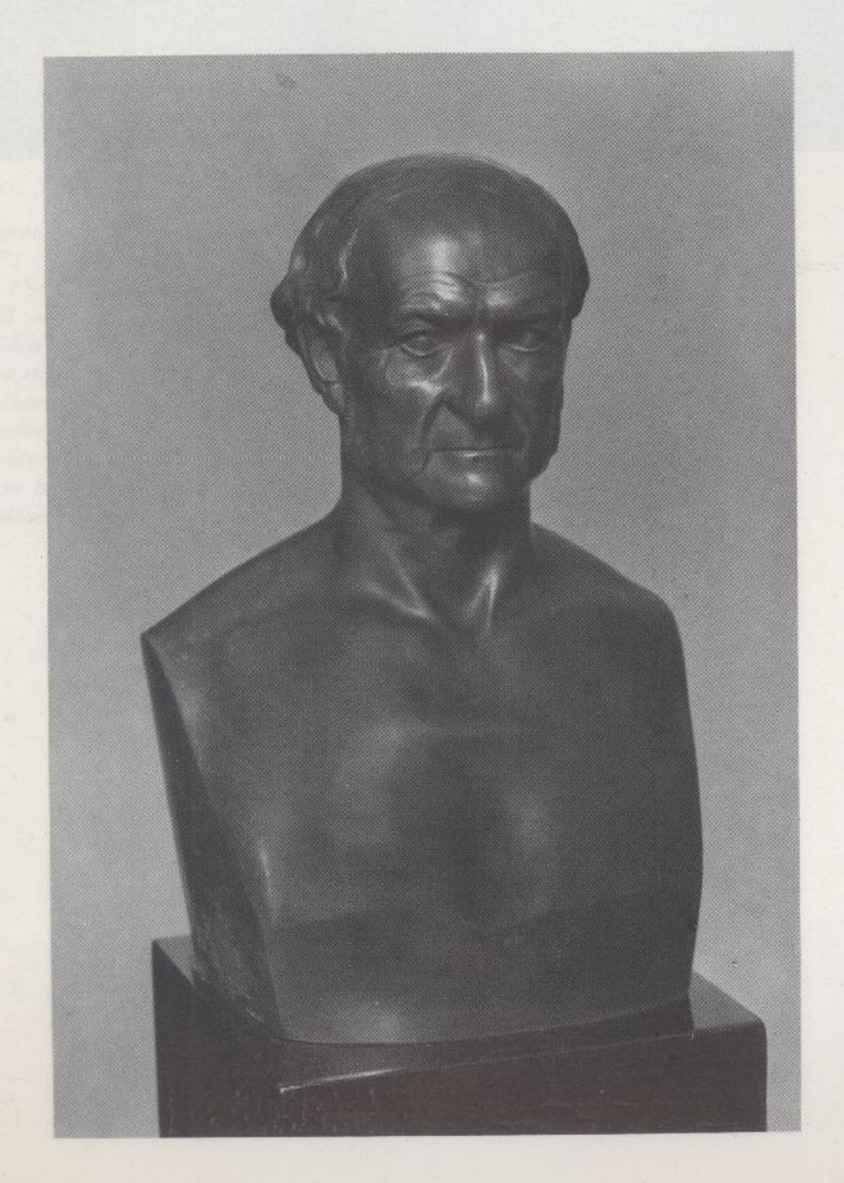
Benjamin Disraeli, lord Beaconsfield, por Millais (The National Portrait Gallery, Londres). Fue jefe del partido conservador y uno de los fundadores del imperialismo inglés.

INGLATERRA EN EL SIGLO DEL HIERRO Y EL ACERO

Producción de hulla y lignito	1850	1860	1870	1880	1890	1900
Estados Unidos	8.536	19.041	40.340	79.400	147.700	269.700
Alemania		16.731		59.118	89.291	149.788
Francia	4.434	8.300	13.400	19.362	26.083	33.404
Inglaterra	57.500	81.322		149.021	184.529	228.784

Producción de fundición	1870	1880	1890	1900
Estados Unidos	1.690	3.897	9.350	14.010
Alemania	1.262	2.468	4.100	7.550
Francia	1.178	1.725	1.962	2.714
Inglaterra	6.059	7.873	8.031	9.103

Durante todo el siglo XIX, Inglaterra reina como primera potencia indiscutible y su primacía se asienta, en parte, en su calidad de primer productor de combustibles minerales sólidos y fundición. Hasta 1850, la producción inglesa de hulla y lignito es el 60 % de la mundial; en 1890 representa todavía el 35 %. Sólo en 1900, Inglaterra comparte su posición con Estados Unidos, que muy pronto la superará. La situación es semejante en la producción de fundición. En 1870, la producción inglesa equivale a la de Estados Unidos, Francia y Alemania unidas. El crecimiento rapidísimo de la producción de los Estados Unidos dejó muy pronto atrás las cifras inglesas.



Busto de Gladstone, jefe del partido liberal inglés de mediados a finales del siglo XIX (The National Portrait Gallery, Londres). Con frecuencia los partidos ingleses no han representado ideologías diferentes; han sido grupos reunidos alrededor de personajes famosos.

con su simplicidad colonial, no podía comprender que un cargo político fuera hereditario; decía que era más fácil que un matemático engendrara a otro matemático, que un legislador a otro legislador. Pero en Inglaterra las reformas se consiguieron a pesar de los Lores. A veces se logró aprobar leyes creando el rey algunos nuevos pares, para aumentar el número de votos de los Lores reformistas, ya que siempre había algunos de tendencia liberal, pero en la mayoría de los casos bastó la persistencia y paciencia de los Comunes. Los Lores generalmente se resignaban, y en una noche que los irreductibles estaban intencionadamente ausentes, el gobierno conseguía una votación favorable para una reforma rechazada en años anteriores.

La Cámara de los Comunes no era a principios del siglo XIX muy democrática. Los diputados se elegían por distritos electores que representaban el estado de la población de tres siglos antes. Distritos ya casi despoblados enviaban diputados, mientras que ciudades como Manchester y Birmingham no tenían representación. Los Lores estaban empeñados en mantener estos anacrónicos distritos electorales, enclavados dentro de sus señoríos, porque les permitían elegir allí diputados a su gusto y conveniencia. De esta manera contaban con votos en la Cámara de los Comunes, además del voto que tenían en la Cámara de los Lores.

La necesidad de la reforma de la Cámara popular se venía sintiendo desde 1785, en que Pitt propuso un primer proyecto de redistribución de distritos electorales. Pero la alianza de los Lores con los diputados *cuneros* de la Cámara de los Comunes impidió su aprobación. Casi cada año algún político liberal comentaba el escándalo de los llamados "burgos podridos" o "distritos corrompidos". La ley se aprobó el 4 de junio de 1832, después de motines y dimisiones de ministros recalcitrantes. Se abolían enteramente 56 distritos; en otros se reducía el número de diputados, y se asignaron 143 puestos a nuevos centros de población: Londres recibió diez, y a Birmingham, Liverpool, Manchester y Newcastle se les adjudicaron dos sitios en los Comunes. Quedaba el sufragio restringido en las ciudades a los que poseían

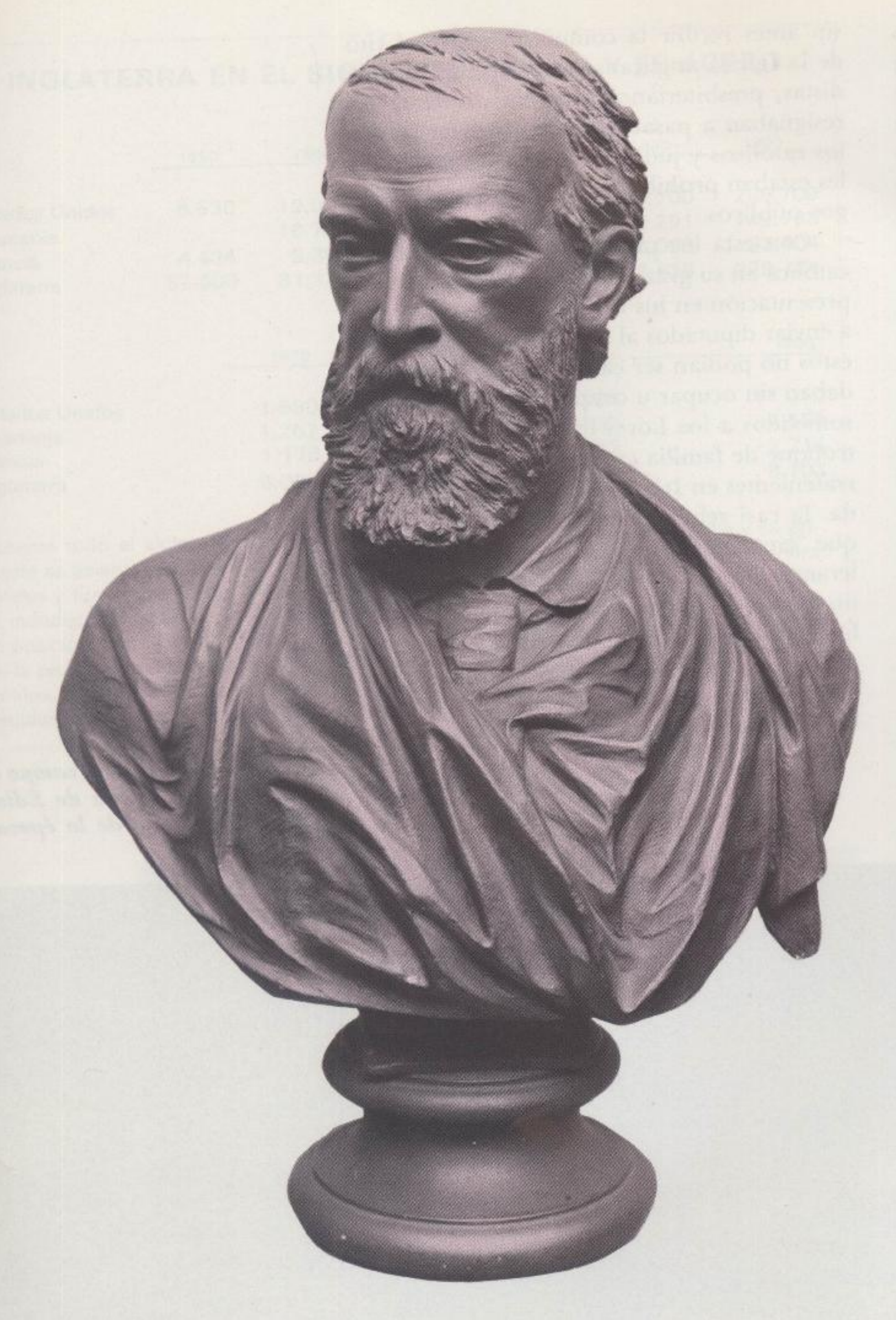
o alquilaban una propiedad tasada en más de diez libras. Con el tiempo se redujo a cinco libras, lo que empeoró la situación, porque los inquilinos que pagaban poco eran menos independientes y estaban más sujetos a la aristocracia que los que pagaban más de diez libras, ya casi de la clase media. El sufragio universal de "cada hombre un voto" no se consiguió hasta 1885, y el de las mujeres mucho más tarde, en 1918. La intervención de los Lores, considerada poco democrática, quedó radicalmente limitada en la reforma de 1911, de modo que sólo podían suspender durante dos años la validez de las leyes si los Comunes las votaban por tres veces. Y esta especie de veto temporal fue reducido a un solo año en 1949.

Hay que añadir la inconcebible prohibición de ocupar cargos públicos, y por tanto un sitio en el Parlamento, a los que no fueran miembros de la Iglesia oficial del estado. Una ley del tiempo de la revolución de 1688 exigía que nadie podía tomar posesión de un cargo en el ejército o en la administración sin antes recibir la comunión según el rito de la Iglesia anglicana. Los baptistas, metodistas, presbiterianos y demás disidentes se resignaban a pasar por esta prueba. Pero a los católicos y judíos, a menos de apostatar, les estaban prohibidos sin apelación los cargos públicos.

Con esta ley puede decirse que Irlanda, católica en su gran mayoría, quedaba sin representación en los Comunes; tenía derecho a enviar diputados al Parlamento, mas como éstos no podían ser católicos, los sitios quedaban sin ocupar u ocupados por diputados sometidos a los Lores ingleses, que por entronque de familia eran también grandes terratenientes en Irlanda. La presión de Irlanda, la casi rebelión de 1829, impuso la ley que "emancipaba" a los católicos de la intolerancia de la Iglesia anglicana. Los judíos no fueron "emancipados" hasta 1858, en que fue necesario cambiar todavía el juramento de fidelidad para que el banquero Nathan Rothschild pudiera sentarse en la Cámara de los Comunes. Pero la condición de ser pro-

Partida de golf en el campo de St.-Andrews, cerca de Edimburgo (grabado de la época).





Charles Stewart Parnell, jefe del partido irlandés en el Parlamento.

pietario o inquilino para votar reducía en la paupérrima Irlanda el censo de votantes a un puñado de electores.

Detalle importante, aunque no merecería ocupar nuestra atención si no fuera porque revela cuánto de injusto y retrasado quedaba en Inglaterra a principios del siglo XIX, es que en Irlanda se obligaba a todo el mundo a pagar el diezmo a la Iglesia anglicana. Se había esperado que clérigos anglicanos impuestos por el gobierno de Londres acabarían por convertir a los irlandeses, pero, además de que los irlandeses eran incapaces de "reformarse", los pastores ingleses a mediados del siglo pasado no representaban más que una burocracia muy inferior, por lo que toca a la espiritualidad, a la del clero católico irlandés, perseguido y tan pobre como sus feligreses.

Creemos oportuno insistir con cifras. Los anglicanos en Irlanda sólo sumaban 800.000, una décima parte de la población; para apacentar este rebaño, la Iglesia anglicana necesitaba veintidós obispos y cuatrocientos clérigos casados, con casi un millón de libras anuales, que pagaban por igual católicos y anglicanos. En conjunto, la condición religiosa impuesta a Irlanda era una anomalía que sólo puede tolerar la mente anglosajona. El peculiar carácter de ingleses e irlandeses explica que la solución inevitable –esto es, la separación de la Iglesia del estado– en Irlanda no se consintiera por el Parlamento de Londres hasta 1869, impuesta por Gladstone. Errores pasados, temores presentes, mantuvieron al gobierno inglés a la expectativa para resolver la "cuestión de Irlanda" durante todo el siglo XIX. Que había una cuestión irlandesa nadie lo dudaba, pero mientras los conservadores creían que ni reformas ni aun la completa separación podrían acabar con la animosidad de los irlandeses, los liberales pensaban que era imprescindible conceder a Irlanda un mínimo de autonomía, para ir gradualmente aumentándola si sabía hacer buen uso. Gladstone preparó una ley o estatuto que concedía el *Home rule,* pero el jefe del partido irlandés parlamentario, Parnell, tuvo que defenderse en un caso de divorcio y adulterio, y, siendo Irlanda católica, aquel escándalo le incapacitaba para la inmediata aplicación de la nueva ley que había redactado Gladstone. Falto de un jefe a quien confiar la implantación del estatuto irlandés, Gladstone retrocedió y empezó una era de violencias.

No fue Irlanda la única en sufrir errores pasados y temores presentes en Inglaterra en el siglo XIX.

El Código Civil inglés es un archivo de sentencias compiladas en un *Statute-Book* o libro de decisiones, caótico, sin articulación sistemática de delitos y penas. En Inglaterra todavía se administra justicia recordando precedentes análogos más que disposiciones legales. En otros países tal ambigüedad produciría abusos, pero tratándose de ingleses, el acusado podrá temer que el juez resulte incapaz, pero muy raras veces corrompido y venal.

Con tal jurisprudencia, a principios del siglo XIX se ahorcaba en Inglaterra a los carteristas, a los que robaban ropa tendida, a los falsificadores, a los cazadores furtivos, y hasta doscientos tipos de criminales de esta calaña. La crueldad medieval de la pena venía criticándose año tras año dentro y fuera del Parlamento, pero ni Lores ni Comunes podían concebir que la sociedad subsistiera

si no se eliminaba a los que saltaban una valla o metían mano en bolsillo ajeno.

En 1821, Peel tuvo que hacer un gran esfuerzo para exceptuar de la pena capital más de cien clases de delitos. Se decía después de la legislación de Peel que Inglaterra parecía otro país, que casi se hablaba otra lengua, más humana, menos brutal, más social, más moderna. El resultado de la reforma de Peel fue que disminuyeron los crímenes en vez de aumentar, y esta experiencia siempre se menciona por los partidarios de la abolición de la pena de muerte cuando discuten con los que creen que sólo por medio del terror puede acabarse con el crimen.

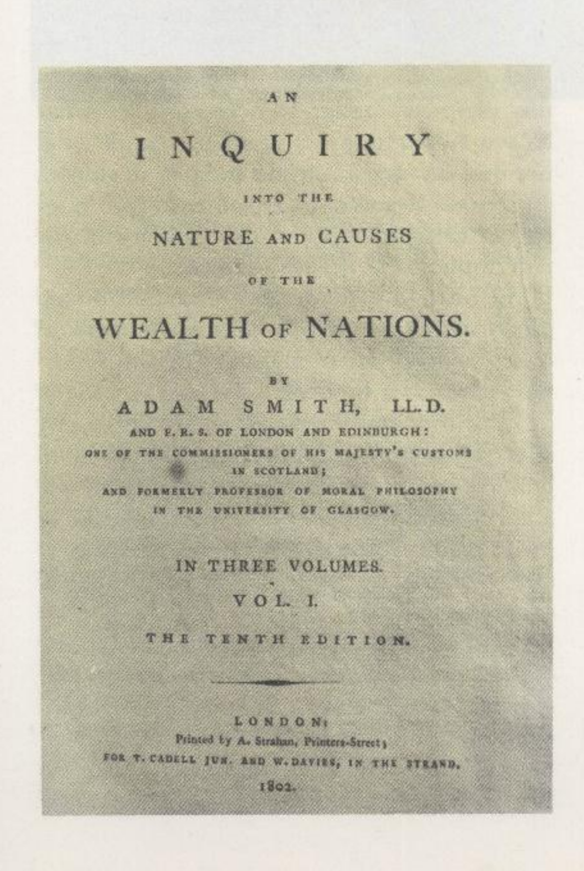
Todavía más importante por sus resultados fueron las leyes sobre el trigo, de tendencia librecambista, impuestas por Cobden y Peel. Inglaterra tenía a principios del siglo XIX aduanas que imponían derechos no sólo a los objetos de importación, sino también a la exportación de sus propios productos. Había toda clase de trabas e impuestos para introducir y extraer del país primeras materias y artículos manufacturados. No se podía exportar lana en bruto porque se creía que la lana inglesa de fibra larga era superior a todas las demás lanas del mundo. En cambio, estaba enteramente prohibido importar artículos de seda.

Mientras el grano del país no alcanzara el elevado precio de setenta chelines por cuarto de tonelada, nadie podía introducir trigo en Inglaterra. Después de esta cotización se podía importar trigo extranjero, pero pagando todavía derechos de aduana crecidísimos. En años de mala cosecha, el obrero inglés pagaba por un pan de dos libras y media, chelín y medio, que representaba para los jornales de entonces un precio elevadísimo. No es extraño que en la Inglaterra de 1835 hubiera motines pidiendo pan y los obreros murieran materialmente de hambre.

El contraste entre la riqueza y la pobreza era tan escandaloso, que los economistas ingleses de principios del siglo XIX se preocuparon de encontrar una solución. Ésta, para ellos, era de *libre cambio*. Fundaban su sistema en la semifilosofía del escocés Adam Smith, cuyo escrito "Investigación acerca de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones", se cita comúnmente abreviado por *The Wealth of Nations*. Adam Smith había empezado en 1751 siendo profesor de Moral en la universidad de Edimburgo, donde contrajo amistad con Watt y le animó a terminar su invento de la máquina de vapor. Smith ejerció su cargo académico hasta 1764; en esta fecha dimitió para acompañar a un joven duque escocés en sus viajes por Europa.

El sistema de Adam Smith es el mismo de Turgot, del *laissez faire*, del que ya hemos hablado en otra parte de esta obra, pero mucho más documentado y apoyado en dos grandes principios. Primero: la moneda es sólo un medio de facilitar los cambios de productos. Éstos son la única y verdadera riqueza. Segundo: las naciones, como los individuos, por su diferente suelo y clima, tienen su especialidad. Con la división del trabajo se facilitará la "producción", y con el intercambio todos serán más ricos. Sería inconcebible que Inglaterra se empeñara en producir vino cuando puede producir carbón y que Italia quisiera producir algodón cuando puede producir aceite. Adam Smith también tuvo en cuenta la psicología y habilidad técnica de cada pueblo.

De todo ello sacó en consecuencia que impedir el intercambio entre dos naciones es ruinoso e imposible. Ruinoso, porque disminuye la riqueza de ambas; imposible, porque la prohibición se supera con el contrabando. En una palabra, no se debe ni se puede restringir el comercio entre naciones, como no se puede ni se debe restringir el comercio en-



AN

INQUIRY

INTO THE

NATURE AND CAUSES

OF THE

WEALTH OF NATIONS.

BY

ADAM SMITH, LL.D.

AND F. R. S. OF LONDON AND EDINBURGH:

ONE OF THE COMMISSIONERS OF HIS MAJESTY'S CUSTOMS IN SCOTLAND;

AND FORMERLY PROFESSOR OF MORAL PHILOSOPHY IN THE UNIVERSITY OF GLASGOW.

IN THREE VOLUMES.

VOL. I.

THE TENTH EDITION.

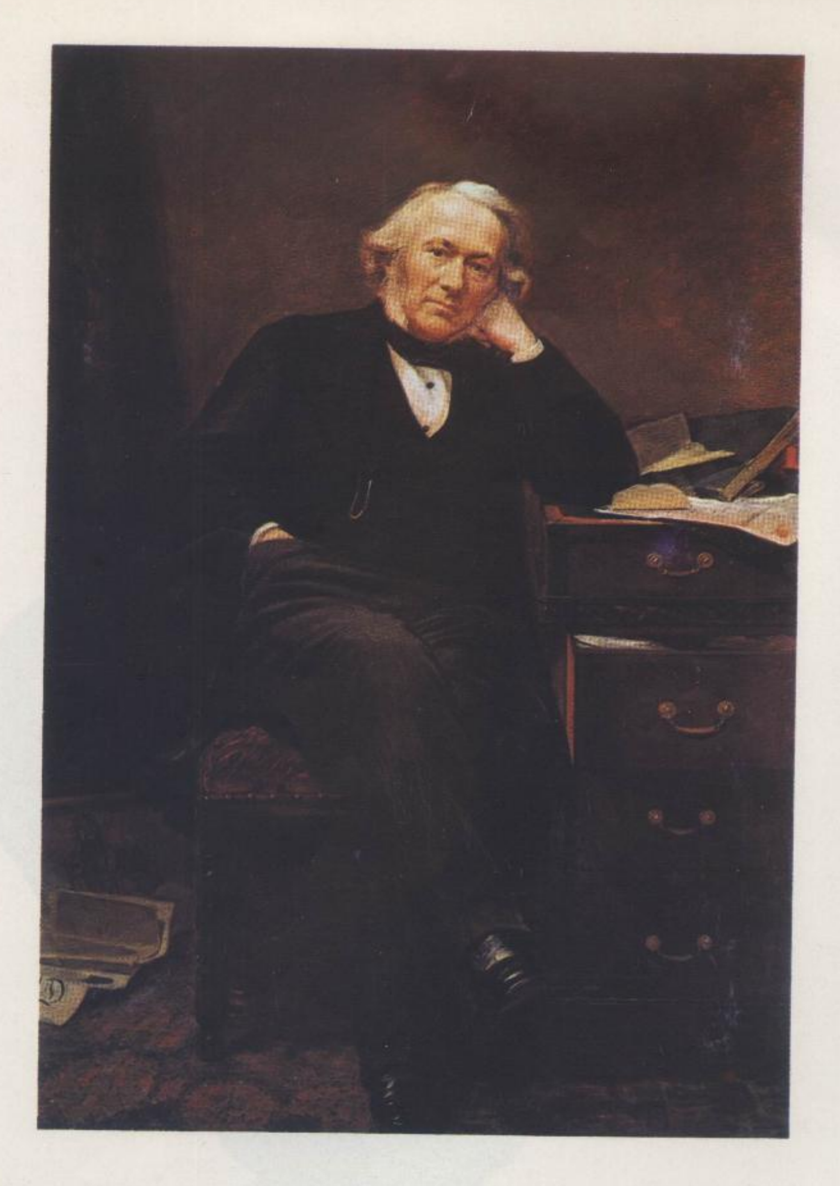
LONDON:

Printed by A. Strahan, Printers-Street;

FOR T. CADELL JUN. AND W. DAVIES, IN THE STRAND.

1802.

Portada de la décima edición (1802) de la obra del filósofo y economista Adam Smith "An Inquiry into the nature and causes of the Wealth of Nations" (Biblioteca Central, Barcelona).



Richard Cobden, por L. Dickinson (The National Portrait Gallery, Londres). Apóstol de las teorías del librecambio, organizó una Liga contra la ley del trigo, cuyo fin mediato era la abolición de las aduanas.

tre individuos. El antiguo régimen de aduanas, régimen "maligno y perverso", se llamaba por Adam Smith "sistema mercantil", y el nombre de mercantilismo todavía se emplea en sentido despectivo. En un principio quería decir de protección fiscal o aduanera, sistema opuesto al del librecambio.

El libro de Adam Smith, publicado en pleno siglo XVIII (1776), no tuvo inmediatas consecuencias. La predicación del librecambio empezó en Inglaterra durante el apogeo de la revolución industrial. Se podía discutir si la protección y el librecambio convenían igualmente a las naciones industrializadas que a las de economía primitiva, pero no cabe la menor duda que en Inglaterra y hacia el año 1825 era un error sujetar con trabas el comercio exterior.

El apóstol de las ideas del librecambio fue el gran propagandista Richard Cobden. Nacido y educado entre comerciantes de Manchester, Cobden conocía todos los inconvenientes que resultaban del mercantilismo o comercio restringido por tarifas de aduanas. Decidido a acabar con él de una vez, organizó por toda la Gran Bretaña una Liga contra la ley del trigo *(Anti-Corn-Law league)*. Con la perspectiva de rebajar el precio del pan, Cobden creía atraer partidarios para después proponer el librecambio. Su estrategia consistía en minar el sistema antiguo quitándole el puntal derecho del trigo; una vez conseguido el trigo libre de aduanas, el resto caería por su propio peso.

Cobden fue elegido miembro de la Cámara de los Comunes en 1841. La discusión de la ley del trigo pasó de la calle al Parlamento. La reforma se hizo gradualmente; varios ministros se gastaron imponiéndola a pequeñas dosis. Por fin, en 1846 Peel consiguió su aprobación con la ayuda de Wellington. El Duque de Hierro, como llamaban a Wellington, ya de sesenta y siete años, se presentó en la Cámara de los Lores para suplicarles como un último favor –una última muestra, bien merecida, de confianza– que votaran las leyes del trigo de Peel. Las leyes pasaron, pero Peel fue derrotado en otra votación aquel mismo día y, como castigo de haberse impuesto con la ley del trigo, tuvo que dimitir.

En 1860, puede decirse que Inglaterra era una nación enteramente librecambista. Había sólo cuarenta artículos de importación que pagaban derechos de aduanas y más tarde se redujeron a veinte. Los productos alimenticios entraban libremente y se importaban de aquellas naciones que los producían más baratos. La vida era fácil y la industria, pagando jornales pequeños, podía producir mucho más económicamente que la de otros países proteccionistas.

Así se formó gradualmente la Vieja Inglaterra, *Old England*, admirada y odiada, discutida y combatida, pero sobre todo temida hasta erigirla en déspota de Europa. Y no hay duda que a Inglaterra se la puede odiar y admirar, pero de ningún modo imitar. El régimen parlamentario con dos Cámaras y ministros responsables, depuestos por votación de la mitad más uno, funcionó con relativa eficacia en Inglaterra, pero ha producido confusión y desorden en las demás naciones que trataron de implantarlo. Acaso podrían exceptuarse los países escandinavos; pero éstos son de raza teutónica tan afines a los anglosajones, que el éxito del régimen parlamentario allí puede explicarse por las mismas razones que en la Gran Bretaña. Se trata de razas acostumbradas al debate y a la reflexión, que pesan más la verdad que puede caber en las razones que opone el adversario que en la suya propia. El método obstruccionista, que no es un juego limpio, para obtener ventajas parlamentarias, fue inventado por los irlandeses de raza céltica, no an-

glosajones. Para combatir la obstrucción irlandesa, los ingleses emplearon el método cachazudo de "la guillotina" o de hacer aprobar las leyes paulatinamente a tajadas. Hubo también en Inglaterra sesiones que duraron varios días, oradores que pronunciaron discursos de largas horas, agudos bufones parlamentarios, picos de oro que encantaban a los oyentes con elocuencia escolástica empleando latinajos y sentencias de otras edades. A menudo, para conseguir la aprobación de una ley por los Lores y Comunes, tuvo que movilizarse el "látigo", o sea un miembro de la Cámara encargado de procurar mayoría al ministerio por todos los métodos imaginables... y otras calamidades, pero en menor escala de lo que produjeron en otros países los Parlamentos.

Error muy grande sería también creer que el éxito del régimen parlamentario en Inglaterra derivó exclusivamente de la calidad de su aristocracia, con su educación universitaria de humanidades y su moral protestante. No; la nación entera, el pueblo inglés con sus diferentes estamentos, encontró en el régimen parlamentario el tipo de gobierno que le convenía, pero por la misma excepcionalidad de aquel pueblo insular es insensato aplicar idénticos principios a gentes de distinta psicología.

Tampoco hubo en Inglaterra en esta época ninguna personalidad eminente hasta el punto que sobresaliera entre los políticos y dominara el Parlamento. En el primer tercio del siglo XIX, Wellington tuvo influencia decisiva en la Cámara de los Lores, que ejerció para aprobar la ley del trigo, pero no se significó como estadista. Los demás jefes de partido fueron tan sólo inteligentes servidores del estado, doradas medianías. Los príncipes reinantes tampoco impidieron o forzaron con personalidad destacada el curso natural de la transformación de la nación inglesa en Imperio británico. Los tres reyes de la casa de Hannover que ocuparon el trono después de Waterloo, Jorge III, Jorge IV y Guillermo IV, pudieron entorpecer algo el curso de los acontecimientos, pero no desviaron su dirección. Jorge III tenía accesos de locura. Jorge IV, vano y disoluto, ocasionó vergüenza y disgustos sin cuento. Su hermano y sucesor, Guillermo IV, era un infeliz aficionado a la marina. Le llamaban el rey marino, pero, en realidad, no era más que un marinero rey. Ninguno se entremetió en las cosas de gobierno.

Muy diferente fue su sucesora, Alejandrina Victoria. Tenía sólo dieciocho años al morir su tío Guillermo IV, el 20 de junio de 1837. Desde este día, primero de su reinado, se condujo con tal dignidad y conciencia de su estado, que fascinó a sus propios consejeros.



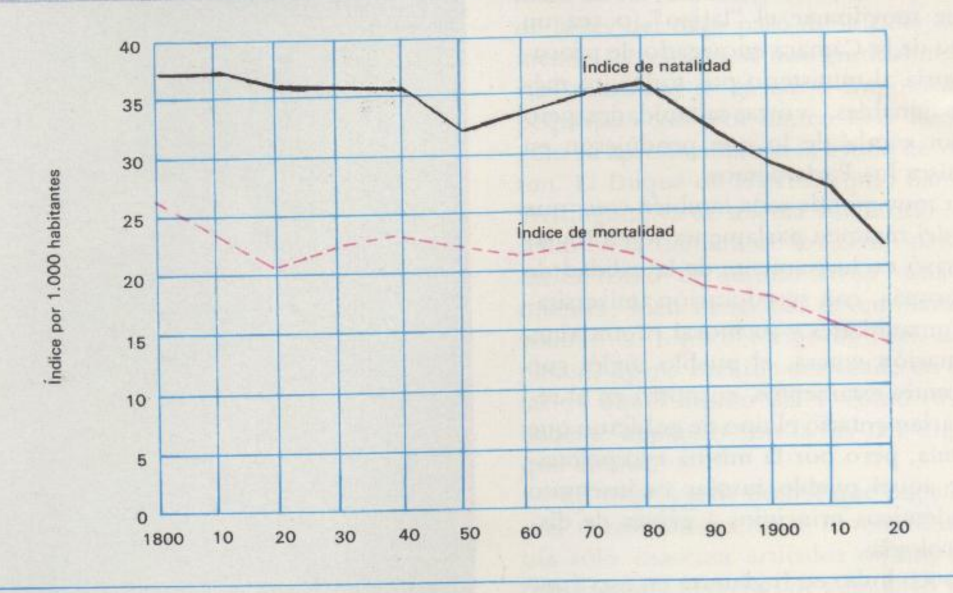
La reina Victoria en su coronación, según cuadro retrospectivo de G. Rayter (The National Portrait Gallery, Londres). Sobrina y sucesora de Guillermo IV, reinó de 1837 a 1901; durante su reinado ejerció notable influencia en la política de su país e Inglaterra alcanzó el máximo esplendor imperialista. Casó con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, quien desempeñó un discreto papel de príncipe consorte.

Durante los sesenta y cuatro años de su reinado –murió el 22 de enero de 1901–, la reina Victoria participó con sincero interés en el drama tremendo de la formación de su Imperio, sin extralimitarse ni forzar resoluciones de los consejos ni en el Parlamento. Victoria no fue, como Luis XIV, su propio ministro, pero comunicó a los ministros su desapasionada manera de pensar y, sobreponiéndose al tumulto político, enviaba a sus ministros notas impersonales, redactadas como sugestiones: "La Reina cree que después de la discusión de la Cámara...". "Aunque la obra de conciliación parece difícil, la Reina imagina que..." "La Reina tiene que decir que..."

Estas comunicaciones reales tenían además la ventaja de reflejar un criterio femenino, o por mejor decir, neutro, porque su ma-

LA POBLACION INGLESA DURANTE EL SIGLO XIX

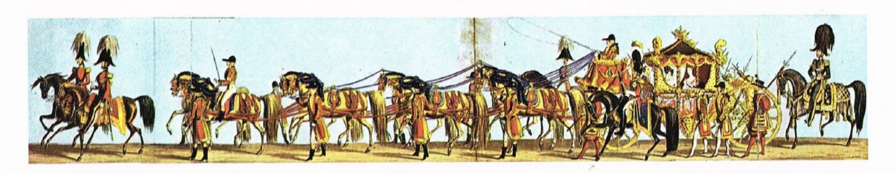
En 1801, Inglaterra tenía 15.250.000 habitantes; en 1911, 45.560.000. La población inglesa había crecido durante el siglo XIX en un 180 %. El crecimiento no ha sido uniforme. De 1800 a 1850, el índice fue del 92 %; de 78 %, entre 1850 y 1900, para reducirse a un 20 % en los primeros decenios del siglo XX. Hasta 1870-1880, el factor principal de la expansión es una natalidad muy elevada, sensible, sin embargo, a la coyuntura económica, como lo demuestra el notable impacto de la crisis de 1847-1849. Pero desde estas fechas, la natalidad disminuye por la generalización del control de nacimientos, y el mantenimiento del crecimiento se debe al retroceso de la mortalidad, consecuencia del aumento del nivel de vida y los progresos de la medicina. Extinguidos los efectos de esta baja revolucionaria de la mortalidad, la población inglesa se estabiliza.



rido, el príncipe consorte, la sostenía y aconsejaba. Victoria había casado muy joven, cuatro años después de ascender al trono, con un primo suyo alemán, que desempeñó admirablemente el papel de rey consorte. El príncipe Alberto fue algo más que un esposo de Victoria; fue su maestro en ciencia política, sin salir de la penumbra del hogar. Nunca se mezcló directamente en asuntos de política candente, pero como la familia vivía estrechamente unida y Victoria adoraba a su marido, que era discreto e inteligente, éste no podía dejar de influir en el ánimo de la reina. Con todo, ni las cualidades excepcionales de la reina Victoria ni la prudencia del príncipe consorte explican el éxito del régimen parlamentario en Inglaterra ni la feliz expansión de un Imperio allende los mares. No; fue el genio inglés, el espíritu británico el que, valiéndose de un instrumento de gobierno apropiado a su raza, logró resultados sin precedentes en la Historia. Los ingleses se alabaron de mantener el mayor Imperio que ha existido desde que el mundo es mundo, confiando en que sería sólido como el peñón de Gibraltar.

El primer Dominio colonial inglés que quedó como centro de gravedad del Imperio británico fue la India. La *East India Company* (Compañía de las Indias Orientales) fue autorizada por la reina Isabel en 1600. Como todas las compañías coloniales de la época, estaba capacitada para mantener un ejército y gobernar el país con oficiales elegidos por el consejo de administración, radicado en Londres. Fue método de penetración colonial que no emplearon los españoles en América, donde todos los funcionarios dependían de la corona. Casi contemporáneamente se estableció en la India otra Compañía francesa, en sus comienzos más próspera y mejor recibida por los naturales del país que la de los ingleses. Ambas habían construido sus factorías en la costa y a poca distancia unas de otras. Las guerras del siglo XVIII iniciaron la ruina de la Compañía francesa, porque no había allí una persona del talento y del valor de Clive, apoderado de la Compañía inglesa, quien supo jugar con dos barajas, levantando a los príncipes semiindependientes de la India contra los franceses, y aprovechando las querellas de los príncipes entre sí acabó por conquistar los reinos de Bengala y de Bahar. Clive obró por cuenta propia sin consultar a sus directores de Londres y valiéndose de los recursos que le pro-





Cortejo de guardias y carroza utilizada para la coronación de la reina Victoria de Inglaterra (Biblioteca Nacional, París).

porcionaba el país. La India estaba entonces aisladísima; el velero en que Clive se embarcó como simple escribiente de la Compañía tardó dos años en llegar a Madrás. Clive ganó la gran victoria de Plassey contra el rey de Bengala el año 1757. Fue una acción arriesgadísima, y el provecho, al parecer, sólo para la Compañía de las Indias. El gobierno inglés sólo sacaba de sus enormes beneficios las contribuciones fiscales. En el año 1784, Pitt reformó el estatuto de la Compañía instituyendo un Consejo de Inspección elegido por el gobierno de Londres. El gobernador de Bengala, que conservaba este título como agente de la Compañía, llevaba además desde hacía unos años el de gobernador general de la India. Lo nombraba el rey a propuesta del Consejo de Inspección.

El marqués de Wellesley, hermano mayor de Wellington, fue uno de los primeros gobernadores generales y defendió la India durante el período de las guerras napoleónicas. Bonaparte, obsesionado por la idea de recuperar la influencia francesa en la península indostánica, mantenía allí agentes que intrigaban contra los ingleses. Wellesley se aprovechó de estas veleidades de los rajaes para invadir sus estados, aunque a costa de desa-

LOS INGLESES EN LA INDIA

1742-1760	Enfrentamiento franco-inglés en la India.
1756-1757	Robert Clive conquista Bengala para la Compañía de las Indias Orientales.
1775-1782	Resistencia nacional hindú contra los ingleses: primera guerra maratha.
1780-1784	Guerra de Maisur.
1784	El Parlamento rechaza un plan de conquista de la India elaborado por el gobernador general Hastings.
1790-1792	Malabar y Kurg son cedidas a Inglaterra.
1798	Ceilán se convierte en colonia inglesa bajo la autoridad inmediata de la corona.
H. 1800	Anexión de la costa meridional de la India y Surata.
1800	Formación en el norte de la India del imperio de los Sikhs.
1802-1805	Segunda guerra contra la Confederación maratha.
1810-1814	Los ingleses se anexionan las islas del océano Índico dominadas por los franceses.
1818	Inglaterra impone su arbitraje a todos los estados hindúes: la *Pax Britannica*.
1824-1826	Primera guerra de Birmania: Inglaterra ocupa los pequeños estados vecinos de Birmania.
1829	Campañas de lord Bentinck contra los suttis.
1833	Abolición de la esclavitud.
1835	El inglés es proclamado lengua oficial de la India.
1839	Primera guerra afgana.
1840	La dominación inglesa se extiende a la orilla derecha del Indo, Peshawar, Kabul, Kandahar y Ghasni.
1843	Conquista del Sind.
1845-1849	Guerra contra los Sikhs y anexión del Pendjab.
1850	Fundación de las universidades de Calcuta, Bombay y Madras.
1856	Conquista de Udh.
1857-1859	Levantamiento de los cipayos contra Inglaterra.
1858	Disolución de la Compañía de las Indias Orientales y organización del gobierno de la India bajo la directa autoridad de la corona inglesa y su Parlamento.

LAS CONDICIONES DE VIDA DE LOS TRABAJADORES INGLESES

El desarrollo del capitalismo en Inglaterra supuso un crecimiento enorme de la miseria: el artesanado quedó arruinado por el desarrollo de la industria; el pequeño propietario, por las leyes de cercamiento *(enclosure acts)*, que supusieron un gigantesco traspaso de la tierra inglesa a los grandes terratenientes.

El proletariado agrícola ocupó los campos, sufriendo las crisis agrarias y manteniendo una tensión latente, salpicada de violentos estallidos: 1810-1814, 1822, 1831, 1846-1848...

Mediada la centuria, las condiciones de vida de este proletariado agrícola aparecen reflejadas en todo su intenso dramatismo en la autobiografía de George Edward (1850-1934), de la que recogemos algunos párrafos, citados por Paul A. Samuelson: "... En la época de mi nacimiento, mi padre era un boyero que trabajaba los siete días de la semana, saliendo de casa antes del amanecer y no regresando hasta la noche... Por entonces, el salario de mi padre lo habían reducido a siete chelines por semana, y de no ser porque mi madre podía aumentar en algo los ingresos tejiendo a mano en casa, la familia hubiera muerto de hambre. Recuerdo haber visto a veces a mi madre sentada ante el telar durante dieciséis de las veinticuatro horas que tiene el día, a pesar de lo cual, y después de aquella jornada larga, no conseguía obtener más que cuatro chelines por semana, y con frecuencia ni siquiera eso. La cabaña en que nació el niño era miserable, con sólo dos dormitorios, donde tenían que dormir el padre, la madre y seis hijos. En aquella época, la familia se encontraba en la más absoluta pobreza. Cuando la madre aún guardaba cama, su alimento se componía solamente de caldo de cebolla y, como consecuencia de la mala comida, o hablando con exactitud, de la falta de comida, sólo pudo amamantar a su hijo durante una semana, después de lo cual tuvieron que cuidarlo con pan remojado en leche desnatada...".

Si cabe, era peor la situación del proletariado industrial, agrupado en ciudades que crecen de forma extraordinaria, cercadas de fábricas y talleres, llenas de pequeñas y miserables viviendas agrupadas en calles sin pavimentar, sin alcantarillado, carentes por completo de condiciones sanitarias, cercanas, con frecuencia, a las casas de los ricos: "Madrigueras de ladrones y prostitutas se soterraban bajo las mismas narices de los abogados del Temple o de los legisladores de Westminster, detrás de las nuevas vidrieras de las bellas tiendas de las calles Regent y Oxford. Los pobres de la ciudad se agazapaban sobre fango e inmundicias peores que las de un corral de cortijo".

La situación era conocida, aunque no quizás en su exacta gravedad, pero el estado, preso de los dogmas económicos del liberalismo, nada podía hacer por remediarla. Bryant, en su excelente estudio sobre la vida inglesa entre 1840 y 1940, subraya como muchos hombres honorables y dignos, filántropos distinguidos y dispuestos a ponerse al frente de toda cruzada humanitaria, que habían abolido la esclavitud en todos los dominios británicos, mejorado la legislación penal, protegido a los animales, pensaban que los sufrimientos de los trabajadores eran inevitables: el progreso económico exigía el respeto absoluto a la ley de la oferta y la demanda; el estado debía abstenerse de toda intervención en los mecanismos económicos; patronos y obreros debían, pues, contratar el trabajo en total libertad.

Pronto, sin embargo, una serie de estudios e informes mostrarían a la opinión pública la situación real. Engels publicaría "La situación de la clase obrera en Inglaterra" *(The condition of de working class in England in 1844)*, donde recoge numerosos testimonios de las terribles condiciones higiénicas en que vivían los obreros y señala sus causas: "En todo tiempo, excepto en los breves períodos en que la prosperidad llega al súmmum, la industria inglesa tiene forzosamente una reserva de trabajadores sin ocupación para poder producir, durante los meses de gran animación comercial, las cantidades de mercancía que exige el mercado. Esta reserva es más o menos considerable, según la situación del mercado permita ocupar una parte mayor o menor de la misma. Enorme durante la crisis, e importante también durante el espacio intermedio entre esta última y el súmmum de prosperidad, constituye el 'excedente de población' que se procura lo necesario para vivir miserablemente mendigando y robando, barriendo las calles, recogiendo estiércol, haciendo transportes con borricos o carretillas, ejerciendo el oficio de vendedor ambulante o ejecutando algunos pequeños trabajos".

Un impacto más profundo sobre la sensibilidad del país había causado el "Primer informe de la Comisión sobre el trabajo infantil", de 1842, sobre las condiciones de trabajo de los menores en las minas de carbón, inspirado por lord Ashley y redactado por el médico Southwood Smith, el economista Thomas Tooke y los inspectores industriales R. J. Saunders y Leonard Horner. El país, horrorizado, descubrirá que en las minas de carbón era normal el empleo de niñas y niños de siete a ocho años –incluso de tres– que eran obligados a arrastrar vagonetas "enganchados como perros a un carrito", a estar con los pies sumergidos en agua más de doce horas, azotados para mantenerles despiertos...

Comisiones e informes proliferan. Por otra parte, entre 1845 y 1850, las novelas de Dickens, Disraeli y Charles Kingsley, los folletos de Carlyle y los poemas de Elizabeth Barrett Browning descubrirán la cuestión social a las clases cultas y estimularán en éstas el deseo de reforma (Bryant). ¿Una nueva sensibilidad? En alguna manera sí, mas también el temor creado por el movimiento cartista a una insurrección social. De la Ley de Pobres de 1834, con sus hospicios y asilos, se pasó a un importante desarrollo de una actividad tutelar espontánea, manifestada en la creación de numerosas instituciones asistenciales.

Poco a poco, los factores citados, unidos a las reformas electorales democráticas de 1867 y 1884, que aumentarían la influencia de la clase trabajadora, determinarían un cambio en la actitud del estado, manifestado en el desarrollo de la legislación industrial, contrario al *laissez faire*. Bentham iría siendo desplazado por Stuart Mill. En 1847 se promulgaría la Ley de Diez Horas para el trabajo de mujeres y niños, considerada por Marx como una gran victoria para los principios de la clase trabajadora (Birnie). Vencida la oposición patronal hacia 1860, se acepta de forma casi unánime el principio de la legislación industrial: de 1878 es la reunión en un Estatuto General de las leyes sobre fábricas. De 1875 es la Ley de Sanidad Pública, encaminada a mejorar las condiciones higiénicas de los barrios bajos. El siglo terminará con lo que Trevelyan ha denominado "socialismo municipal": "Baños y lavaderos, museos, bibliotecas públicas, parques, jardines, espacios abiertos, casas para obreros, fueron adquiridos, construidos o pagados a base de los impuestos. En muchos sitios se municipalizaron los tranvías, el gas, la electricidad y el agua". Los movimientos de reforma social se multiplican: Barnett, Booth, los Webbs, Henry George...

El problema social no es ya un problema individual, sino un problema político que tenderá a desplazar a los restantes.

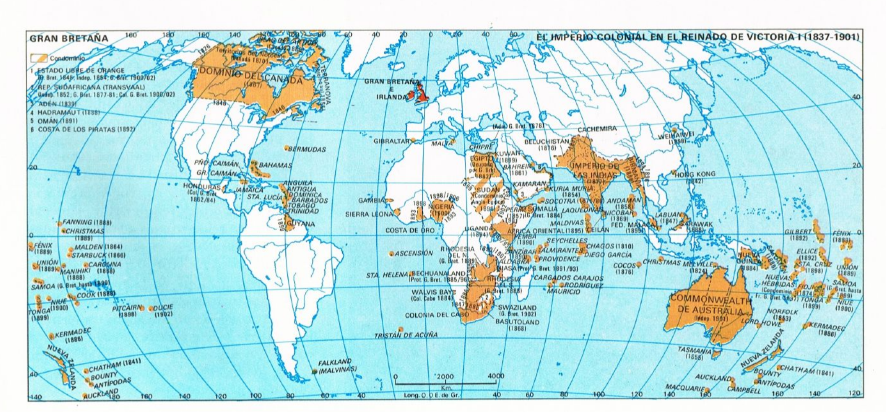
A. M.



gradar a los directores de la Compañía, que desde Londres no comprendían el aspecto imperial de sus campañas y sólo se daban cuenta de los enormes gastos que ocasionaban.

Wellesley tuvo que dimitir, y empleó el resto de sus energías en Europa combatiendo a Napoleón. A sus sucesores en la India les quedó un trabajo aparentemente fácil de consolidación y expansión por el mismo método empleado ya por Clive: divide y vencerás. Pero en 1857, al celebrarse el centenario de la batalla de Plassey, cuando la supremacía inglesa en la India parecía asegurada, estalló la formidable rebelión conocida con el fatídico nombre de la *Indian Mutiny*. Debajo

Los soldados ingleses entran en Delhi por la puerta de Cachemira el 20 de septiembre de 1857 (Biblioteca Nacional, París).



Soldados del ejército hindú a mediados del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París).



David Livingstone, por F. Havill (The National Portrait Gallery, Londres). Este misionero protestante contribuyó, como tantos otros, a la extensión del Imperio inglés.



de la aparente resignación con que los indígenas habían aceptado la penetración inglesa latía un enorme descontento. La sublevación fue general y maravillosamente organizada; nadie hizo traición, y en guarniciones muy apartadas unas de otras y compuestas de cipayos o soldados hindúes murieron a sus manos los oficiales ingleses y hasta en algunos casos sus familias. Los rebeldes eligieron emperador de la India al viejo rey de Delhi, que vegetaba pensionado por los ingleses. La India parecía perdida; a pesar del telégrafo eléctrico, que ya funcionaba entre diversos países, las noticias tardaron semanas en llegar a Londres. En cualquier otro país habrían aparecido derrotistas, pero ni en Inglaterra ni en la India nadie habló de abandonar aquella lejana posesión. Los grupos de supervivientes que quedaban de la guarnición inglesa emprendieron en seguida la obra de reconquista. La rebelión había empezado en mayo, y en septiembre los ingleses entraban otra vez en Delhi. A medida que llegaban refuerzos, las demás posesiones fueron recobradas, y en ellas tanto indios como europeos hicieron alardes de bravura.

La "pacificación" de la India costó dos años, y los ingleses se aprovecharon de la crisis para fortalecer su situación. En cambio, los indígenas demostraron ser incapaces de cooperar y organizarse, divididos en dos mil castas, treinta religiones y centenares de lenguas diversas.

EL CARTISMO

El movimiento obrero cartista surge de la conjunción de diversos factores y circunstancias. En primer lugar, la espantosa miseria de la clase obrera, agravada por la crisis económica que, iniciada en 1836, se prolonga hasta 1843; después, la frustración producida en los trabajadores –y en los radicales burgueses– por la reforma electoral de 1832, todavía muy alejada del sufragio universal, y que resumirá, expresando la opinión general, el periódico "El Defensor del Pobre" *(The Poor Man's Guardian)*, de Hetherington y Bronterre O'Brien:

"El bill se convirtió en ley. ¿Y ahora dará al honrado obrero sus derechos? No, no se los dará; excluirá al pobre, y en tanto que los pobres estén excluidos de sus derechos, seguirán siendo miserables y extraños a los beneficios de la civilización y de la vida social. La causa de todos nuestros males es la corrupción, y los hombres que se benefician con el bill de reforma son los verdaderos instrumentos de la tiranía, de la corrupción y el vicio" (citado por Dolléans).

Finalmente, la difusión entre los obreros de las ideas socialistas, a través de una serie de autores: Godwin *(Political Justice)*; Owen, acercado a las masas por Thomson *(Research into the Principles of the Distribution of Wealth)*; Hodgskin *(Labour Defended)*, Gray, Bray, etc., y de una prensa en que destaca "El Defensor del Pobre" y el "Northern Star", con Harney y, sobre todo, con O'Brien, traductor de Buonarrotti, de visión clara de la lucha de clases, de las contradicciones capitalistas y del que se ha señalado: "Anduvo un largo camino en dirección a las teorías con las que más tarde Marx y Engels habrían de construir la doctrina del materialismo histórico".

El cartismo, iniciado en 1837, se fundamentó en dos documentos: una petición nacional, preparada por R. K. Douglas, y un proyecto previo de Lovett, de la *London Working Men's Association* (L. W. M. A.), que recogían los seis puntos inspiradores del movimiento: sufragio universal, parlamentos anuales, voto secreto, suspensión de la obligación de ser propietario para ser miembro del Parlamento, indemnización a los miembros del Parlamento y circunscripciones electorales iguales.

El movimiento prendió con inmensa fuerza en las masas, resumiendo todas las aspiraciones y encuadrando a las principales corrientes del movimiento obrero: la sindicalista, preocupada ante todo por reivindicaciones profesionales; la radical y la socialista, para la que la obtención de los Seis Puntos no era más que un paso importante para lograr el poder político con el que cambiar el orden social. Con el cartismo, señalan Tate y Morton, la clase obrera se hizo más consciente, no sólo de los males de la opresión que padecía, sino también de su poder potencial.

En el movimiento se integran diversos grupos: radicales burgueses; artesanos, base de la L. W. M. A., dirigidos por Lovett, Hetherington, Cleave, etc.; tejedores a mano, dirigidos por O'Connor, el gran agitador del cartismo; obreros fabriles y mineros, el grupo más sólido y de actitud más firme. Se trataba, pues, de un movimiento complejo. Su fuerza radicó en la capacidad de integrar a grupos distintos. Esta diferenciación interna fue también su debilidad.

El desarrollo del cartismo permite distinguir varias fases:

1.ª Iniciado en 1837, crece de forma explosiva, produciéndose concentraciones de masas de magnitudes hasta entonces desconocidas: 200.000 en Birmingham, 250.000 en Keersal Moor, cerca de Manchester. Se recogen firmas para una petición formalmente dirigida al Parlamento en demanda de los Seis Puntos y se convoca una Convención, como órgano de dirección.

El 12 de julio de 1838, el Parlamento rechazaría la petición por 235 votos contra 46. La Convención no fue capaz (muchos de sus miembros estaban llenos de prejuicios legalistas) de adoptar una decisión enérgica y la represión gubernamental determinó su disolución el 12 de septiembre del mismo año y el paso del cartismo a la clandestinidad. Durante el año siguiente, parece que hubo proyectos –incluso algún intento como el de Newport– de insurrección armada, pero retenidos los dirigentes más destacados: O'Brien, O'Connor, Lovett, Roberts, Benhow..., la actividad cartista fue decayendo y el movimiento parecía acabado a principios de 1840.

2.ª La segunda fase, iniciada en 1841, tras un proceso de reflexión en el que, señalan Tate y Morton, los dirigentes cartistas se dan cuenta de la necesidad de una organización más fuerte, con una dirección centralizada y de un contacto más estrecho con las organizaciones sindicales, supone la creación del que se ha considerado como el primer partido auténtico de la clase obrera, la Asociación Nacional de la Carta *(National Charter Association)*, que aumenta rápidamente. Dirigida por O'Connor, se emprende la campaña en favor de una segunda petición nacional que, aun reuniendo más de tres millones de votos, será, como la primera, rechazada por el Parlamento.

Como en la fase anterior, la convención cartista tampoco pudo adoptar una actitud enérgica. Ni siquiera la Asociación Nacional de la Carta fue capaz de orientar la agitación obrera espontánea.

El gobierno lanzó una nueva oleada represiva, la crisis económica cedió en parte, y el cartismo, carente de una adecuada dirección, pareció definitivamente extinguido.

3.ª A partir de 1845 crece en la clase trabajadora, sobre todo entre los obreros calificados: ha habido cierto aumento salarial, se han conseguido algunas mejoras, como la Ley de las Diez Horas, la tendencia a un sindicalismo apolítico, como medio eficiente para mejorar la situación obrera.

El cartismo, pues, sólo contará desde entonces con los obreros no calificados y con una minoría socialista muy preparada. Por lo tanto, el resurgir cartista de 1847-1848 tenía un carácter revolucionario más claro, pero no contaba ya con las masas de otros tiempos. Una nueva petición, con cerca de dos millones de firmas, fue, como siempre, rechazada por el Parlamento, y esta vez el cartismo, como fuerza política organizada, no sobrevivió a la represión.

El cartismo fue, pues, derrotado, pero su significación dentro de la historia del movimiento obrero es grande. Como señala Abendroth, los obreros ingleses mostraron a los obreros del continente, de una parte, la posibilidad de un movimiento político verdaderamente nacional de la clase obrera, y de otra, que era posible hacer salir al poder público del abstencionismo y obligarle a intervenir en la vida económica.

En efecto, al cartismo se deben, entre otras, la Ley de las Diez Horas, la Ley de Minas de 1842 y la Ley sobre Fábricas de 1844.

Engels escribiría en *The British Labour Movement*: "La clase obrera de Gran Bretaña ha luchado ardientemente e incluso violentamente durante años por la Carta al Pueblo... Ha sido vencida, pero la lucha impresionó de tal forma a la burguesía victoriosa, que desde entonces se siente dichosa si puede conseguir un armisticio prolongado al precio de concesiones sucesivas a los trabajadores" (citado por Morton y Tate).

Asimismo, su influjo en el marxismo, a través de hombres como O'Brien, Harney y Jones, mas también del conocimiento directo que Marx y Engels, residentes durante aquel tiempo en Inglaterra, relacionados con sus hombres, tuvieron del cartismo, es indudable.

Sin embargo, en Inglaterra, el fracaso cartista orientó a las masas obreras, siquiera, como dice Mac Kenzie, la elaboración de las doctrinas socialistas continuara firme y sostenidamente hacia un sindicalismo escasamente politizado, hacia una aceptación del sistema existente, dentro del que pensaban podrían mejorarse sus condiciones de vida.

A. M.

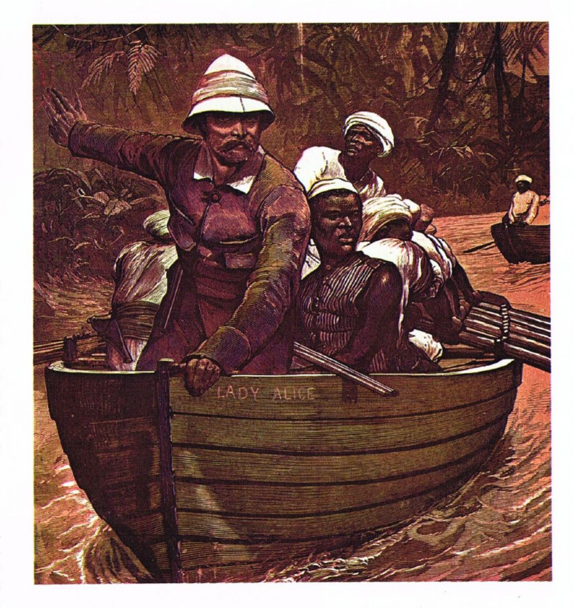


Sala de la India House, en Londres, donde se efectuaban las transacciones del té (Museo Británico, Londres).

La rebelión tuvo por natural consecuencia la sustitución de la Compañía de las Indias Orientales por el gobierno inglés en todas sus funciones. La corona, que asumía la responsabilidad de la defensa, debía tener también el privilegio de la administración. Se creó un ministerio o secretariado para la India; al gobernador general se le llamó desde entonces virrey, y por fin, en el año 1877, la reina Victoria fue proclamada emperatriz. La táctica de penetración cambió poco; los funcionarios del *India Service* se mantuvieron apartados de los indígenas, formando una especie de supercasta, cual otros "intocables" rubios, silenciosos y flemáticos, que jugaban al criquet, al polo o al tenis y con toda corrección bebían licores importados.

Durante el siglo XIX, Inglaterra contó además con un ejército invisible, una diplomacia sin uniforme, un cuerpo de agentes de negocios sin sueldo que le produjeron tantas conquistas como los gubernamentales. Estos agentes, diplomáticos y colonizadores, fueron los misioneros protestantes, que se infiltraron en los más remotos lugares del África y del Asia. Eran personas sinceras que, además de predicar el Evangelio, curaban o prevenían enfermedades, extraían muelas, ayudaban a resolver disputas. Y todo ello sin remuneración. Vivían simplemente con los recursos que recibían de Londres. Pero estableciendo amistades y descubriendo territorios, preparaban el camino a los agentes consulares y después al destacamento de intervención. El más sincero y noble de éstos fue sin duda Livingstone, que exploró grandes regiones del África, cruzándola varias veces de parte a parte. Sus hazañas llegaron a conmover a la Humanidad, y para descubrir su paradero el *New York Herald* organizó la expedición de Stanley, que contribuyó muchísimo a precisar la geografía de África.

De la época de lord Wellesley es también la ocupación de los territorios de los estrechos de Malaca, con su formidable base naval de Singapur. Hong-Kong, en una isla admirablemente situada para comerciar con China, se obtuvo como indemnización de una guerra forzada por los disparates de un cónsul inglés perverso, que quiso mantener el comercio del opio, prohibido por los mandarines de Cantón. Se empezó a querer extirpar el vicio de esta droga, pero por los beneficios que producía su comercio pelearon



Stanley en busca de Livingstone (Biblioteca Nacional, París). La desaparición de Livingstone conmovió a toda la Humanidad y el periódico norteamericano "The New York Herald" organizó una expedición en su búsqueda que dejó a las órdenes de Stanley y que contribuyó en gran medida al mejor conocimiento de África.

los ingleses. Desde entonces vienen los chinos calificando de "diablos extranjeros" a los europeos.

Australia, Tasmania y Nueva Zelanda eran a principios del siglo XIX casi desconocidas y sólo servían para deportar criminales. En 1820 comenzaron a emigrar a Australia colonos incitados por las perspectivas de la cría de merinos y el comercio de la lana. Las humanitarias leyes de Peel, que disminuyeron las sentencias de muerte, alarmaron a las

El célebre encuentro de Stanley y Livingstone publicado por "The Illustrated London News" en agosto de 1872 y al que el primero consideró "tan correcto como si hubiera sido fotografiado".



colonias: creyeron que iban a recibir deportados a todos los malhechores que antes eran ahorcados, y sus quejas obligaron por fin a desistir del sistema de deportación. Estimuló también la inmigración en Australia el descubrimiento de minas de oro, pero ya se han agotado, y actualmente la principal riqueza es la agricultura. Australia carece de mano de obra indígena; los aborígenes australianos son escasísimos y refractarios a la civilización. Por de pronto, Australia es un país de gran oportunidad para experimentos sociales; no hay irreducibles intereses creados ni aristocracias de antiguos emigrados celosos de sus privilegios. La constitución es federal; sin embargo, puede decirse que el régimen político de Australia está todavía en embrión, pues, como buenos anglosajones, los colonos no se han encadenado con una inalterable constitución dogmática.

En Nueva Zelanda los ingleses encontraron a los nobles maoríes, de raza polinesia, los verdaderos aristócratas del océano Pacífico. Han demostrado ser capaces de coope-

Aspecto parcial de Kow-Loon, en Hong-Kong, puesto adquirido por Inglaterra en la costa de China para comerciar con esta inmensa nación.

Vista parcial de Singapur, donde los ingleses establecieron una formidable base naval que defendía los estrechos de Malaca, punto de comunicación entre los océanos Índico y Pacífico.

rar con los europeos en un alto grado. Aunque se mantienen algo aislados, los maoríes envían sus representantes al Parlamento colonial, y uno de ellos ha llegado a ocupar el puesto de ministro.

Para mantener abierta la ruta de la India, Inglaterra exigió la cesión de la Colonia de El Cabo en los repartos del Congreso de Viena. Más tarde tuvo que intervenir en Egipto y conquistar el Sudán para defender el canal de Suez, que abreviaba considerablemente el viaje. La Colonia de El Cabo y Egipto han producido días de luto, horas de tragedia, a la nación inglesa, que se han de cargar naturalmente en la cuenta de la India. En su partida de cargos, los ingleses no se olvidan nunca de incluir las guerras del Sudán –extensión de Egipto– y las campañas contra los bóeres en Orange y Transvaal. Las guerras de África del Sur exigieron la movilización de ejércitos y pusieron a prueba la resistencia y estabilidad del Imperio británico apenas formado.

La Colonia de El Cabo, holandesa en su origen, tenía muchos descendientes de los fundadores que vivían y hablaban como sus mayores. En 1836, al encontrarse en minoría por la llegada de nuevos colonos ingleses, un enjambre de bóeres holandeses emigró al otro lado del río Vaal, fundando la República de África del Sur o del Transvaal. Otro enjambre se asentó en la región del río Orange, constituyendo allí una segunda república holandesa. Estos dos estados independientes quedaban interpuestos entre la Colonia de El Cabo, que era inglesa, y los zulúes y matabeles, los únicos indígenas de pura raza negra que han tenido capacidad para organizarse y atacar a los blancos colonizadores. Tal era el peligro que los zulúes representaban para holandeses e ingleses, que en 1877 los bóeres no opusieron resistencia a la anexión del Transvaal y Orange con tal que Inglaterra los defendiera de sus salvajes enemigos. Pero más tarde, libres del peligro de los zulúes, reanudaron los bóeres sus pretensio-

EL IMPERIO INGLES

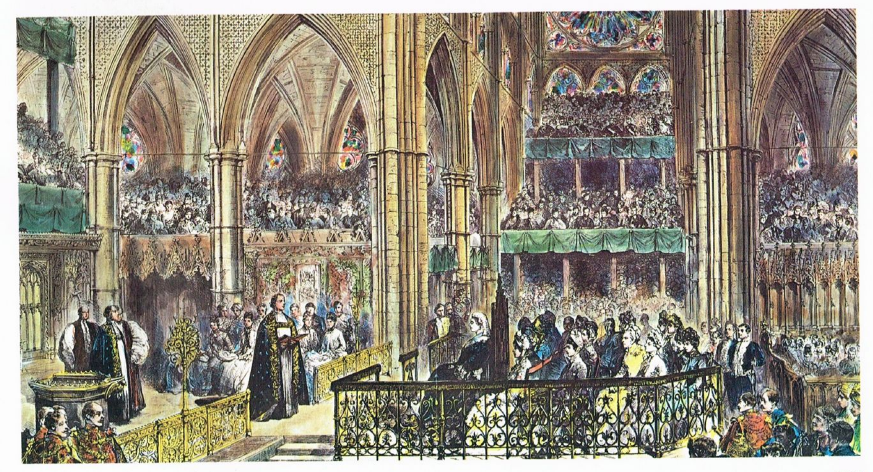
Después de la larga serie de guerras que, entre 1793 y 1815, han asolado a Europa, Inglaterra se convierte en la primera potencia colonial y marítima, anulada definitivamente la competencia francesa y muy comprometida la española.

El dominio inglés se asienta en una serie de bases fortificadas –Gibraltar, Freetown, Ascensión, Santa Elena, El Cabo, isla Mauricio, Ceilán– que garantizan las comunicaciones de la metrópoli con las distintas colonias.

Durante todo el siglo XIX proseguirá esta política de ocupación de puntos estratégicos:
1833 Las Malvinas, en el Atlántico sur.
1839 Adén, en el mar Rojo.
1842 Hong-Kong, en las puertas de China.
1878 Chipre, en el Mediterráneo oriental.
1882 Suez.

Se doblará, además, de una política de extensión territorial: expansión del Canadá, ocupación del sur de África desde la colonia del Cabo, conquista de la India y poblamiento de Australia desde la colonia de Nueva Gales del Sur.

Desde 1882, y tras la conquista de Egipto, el imperialismo inglés se concentrará en África, rivalizando con Francia.



Bodas de oro de la reina Victoria con la corona inglesa, celebradas en la abadía de Westminster el 2 de junio de 1897 (Biblioteca Nacional, París).

LA FORMACION DEL PARTIDO LABORISTA

Fracasado el movimiento cartista, el movimiento obrero inglés se desarrolló, encuadrado en un sindicalismo apolítico, al margen del socialismo. Las organizaciones sindicales *(Trade Unions)* posteriores al cartismo, constituidas casi exclusivamente por trabajadores especializados *(Skilled)*, aceptaron, en general, el sistema de libre empresa, buscando la negociación y el acuerdo con los patronos antes que el conflicto y la huelga. Esta orientación es explicable por la supremacía económica inglesa, indiscutible hasta el último cuarto del siglo XIX, generadora de una prosperidad interior que benefició en alguna manera a la clase trabajadora, especialmente a la calificada, así como por la flexibilidad de la clase dirigente inglesa, muy superior a la de sus contemporáneos del continente, capaz de hacer concesiones en los momentos críticos y más orientada hacia la atracción de los trabajadores que a la represión de sus organizaciones sindicales. Los trabajadores, por consiguiente, no actuaron políticamente como grupo independiente durante este período, comprendido aproximadamente entre 1850 y 1880; si bien representantes obreros fueron elegidos como diputados para los Comunes, lo fueron a título de miembros del Partido Liberal *(Lib-Lab)*, actuando en la Cámara como grupo de presión.

Como señalan Tate y Morton, la conexión política entre los dirigentes del movimiento sindical y el Partido Liberal era muy estrecha. Entendían aquéllos que, legalizada la situación de los sindicatos y extendido "de forma satisfactoria" el derecho de voto, quedaban cumplidas las finalidades políticas sindicales. Los sindicatos obreros, pues, habían aumentado el número de sus miembros y su potencia económica, también consiguieron mejoras profesionales importantes, pero habían perdido casi totalmente la conciencia de clase y la combatividad de la época cartista.

Sin embargo, las crisis industriales que azotan a Inglaterra después de 1887 determinaron un renacimiento socialista. Como indica Dolléans, se asiste en Inglaterra, como en la época del cartismo, a la coexistencia de una crisis industrial y de nuevas creencias que se oponen al individualismo. La conjunción de los factores económico y psicológico, el encuentro de la miseria y la esperanza, renovará el movimiento obrero. El nuevo sindicalismo que surge en los años ochenta agrupará especialmente a los trabajadores no calificados *(Unskilled)*, hasta entonces fuera de unas organizaciones sindicales que dificultaban su entrada y exigían cuotas elevadas, a los *dockers* de los puertos, a los ferroviarios..., rechazando el viejo sindicalismo, los dirigentes del nuevo, Keir Hardie, Tom Mann, John Burns..., atraerán a las masas –en las que se infiltra el socialismo como única explicación racional de las crisis económicas–, con reivindicaciones tales como la jornada de ocho horas y el salario independiente de la coyuntura económica.

Momento clave es el de la huelga del puerto de Londres, de 1889. Dirigidos por los socialistas, los trabajadores terminan imponiéndose y el viejo sindicalismo se renueva: los sindicatos tradicionales aceptan las nuevas reivindicaciones y crece la formación de uniones sindicales entre los *unskilled*. En el Congreso de las Trade Unions (T. U. C.) de 1890 se votaban por vez primera, según J. Burns (citado por Droz), una serie de mociones, primeras llamadas al estado y a las municipalidades, a fin de obtener para el obrero lo que el sindicalismo no había podido lograr.

Asimismo, en los años ochenta aparecen diversas corrientes socialistas en Inglaterra: primeramente, la Federación Social Democrática (F. S. D.), constituida en 1881 por intelectuales radicales y miembros de la Primera Internacional. Su figura principal fue H. M. Hyndman, autor de obras como *England for Alls, The Historical Basis of Socialism, Socialism and Slavery*..., cuya idea clave era, según Droz, el renacimiento cartista bajo la inspiración de Marx.

Entre sus seguidores destacarán Eleonore Marx-Eveling, hija de Marx, y especialmente William Morris, el gran poeta, profundo conocedor del materialismo histórico, autor de obras como *News from Nowhere, The Dream of John Ball, Socialism: Its Growth and outcome*..., en las que alienta un "violento y apasionado grito de protesta y una confesión de fe en que la fraternidad y la belleza eran tan vitales para la vida como el pan". Hostil a un capitalismo que había destruido la belleza de la vida y el sentido del trabajo, Morris pensaba que sólo por la lucha de clases sería posible la creación revolucionaria de un mundo nuevo.

Eleonore Marx y William Morris fundarán, separándose de la Federación, la Liga Socialista, que acabó bajo control anarquista, volviendo parte de sus miembros a la Federación, que no logró constituirse en el gran partido socialista que soñaba Hyndman, debido a su debilidad doctrinal, basada en una deficiente interpretación de Marx: desprecio del sindicalismo, considerado como fuerza reaccionaria, y alejamiento de las actividades de las clases trabajadoras, en vez de orientarlas y dirigirlas. Los obreros nunca se identificaron con un marxismo mal comprendido y la Federación nunca sobrepasó los diez mil miembros.

Por aquellos años se funda también la "Sociedad Fabiana", que agrupa una serie de intelectuales influidos por el positivismo: Stuart Mill, Owen, los marginalistas, Marx, Ruskin..., que concebían el socialismo como la forma de organización social que habría de llegar inevitablemente mediante el desenvolvimiento progresivo de las instituciones existentes. La función de la sociedad era difundir estas ideas, contribuyendo a crear una democracia industrial, realizable a través de un socialismo administrativo, mediante la "municipalización" o colectivización a nivel municipal de los más importantes servicios públicos: agua, gas, enseñanza, transportes... Concebían el estado no como un organismo al servicio de una clase, sino como una institución neutra que serviría indiferentemente a cualquier grupo que dominase en el Parlamento, como un "enorme ministerio impersonal y eficiente", en frase de Mac Kenzie.

El número de miembros de la sociedad –entre los más destacados, Sidney y Beatrice Webb (autores del libro más importante del movimiento: "Democracia industrial"), Bernard Shaw, H. G. Wells...– fue siempre muy pequeño, pero su influencia en el laborismo inglés ha sido decisiva, dando una versión peculiar del socialismo concebido como "una técnica de reformas legislativas dentro del marco de la sociedad capitalista, cuya evolución al socialismo veía como inevitable".

La formación de un tercer partido que, fuera del estrecho marco ofrecido por conservadores y liberales, defendiese específicamente los intereses obreros surgió, no de los grupos socialistas, sino del sindicalismo recabado. La iniciativa vino de Keir Hardie, fundador del *Scottish Labour Party* en 1888, y que sería elegido como "socialista independiente" –por vez primera, los representantes obreros dejaban de ser elegidos como liberales–, junto con Burns y J. H. Wilson en 1892.

Sobre esta base se constituiría en 1893 el llamado "Partido Independiente del Trabajo" (I. L. P.), distante a la vez, subraya

Droz, del sindicalismo tradicional y del marxismo de la Federación. Pese a sus éxitos iniciales, su debilidad teórica y la fuerza de los "viejos sindicalistas" opuestos a la idea de un partido de la clase obrera impidieron que el I. L. P. adquiriera una fuerza real.

Hacia los años 90, el reaccionarismo patronal y ciertas amenazas legislativas a las actividades obreras determinaron, después que el Congreso de las Trade Unions de 1899 invitara a participar en sus sesiones a los grupos socialistas, la constitución en 1900 del Comité para la representación del trabajo *(Labour Representation Committee,* L. R. C.), integrado por representantes del T. V. C. (Sam Woods. V. C. Steadman, Will Therne y Richard Bell), del I. L. P. (Keir Hardie y Ramsay MacDonald), Fabianos (E. R. Pease y G. Bernard Shaws) y de la S. D. F. (R. H. Taylor y H. Quelch).

Sindicalismo y socialismo se funden en un partido autónomo. Pero era difícil resolver los conflictos internos y el peso de la tradición apolítica sindical. Sólo después del pleito de la Taff Vale Company, donde se estableció la responsabilidad sindical por los daños causados por sus miembros, y los sindicatos vieron amenazado el derecho de huelga, creció la influencia del L. R. C., que consiguió crear en 1903 un fondo para hacer frente a los gastos de elección de representantes laborales. El número de sus miembros ascendió de 469.000 en 1901 a 861.000 en 1903 (cifras dadas por Droz), y tras las elecciones de 1906, en que de 53 candidatos trabajadores elegidos, 29 lo fueron por el L. R. C., éstos, Keir Hardie y R. MacDonald, entre ellos, fundaron el mismo año el Partido Laborista *(Labour Party),* que, fiel a la influencia fabiana, actuando siempre dentro del marco constitucional y luchando, más que "por imponer una concepción del mundo", por la obtención de concretas mejoras, terminaría por desplazar al Partido Liberal dentro del sistema político inglés.

A. M.

nes y se levantaron contra los ingleses, obligándoles a retirarse y a reconocer su independencia. Después de una derrota vergonzosa para el Imperio británico en Majuba (febrero de 1881), Gladstone consintió en transigir, aceptando todo lo que querían los bóeres mientras éstos se conformaran en reconocer la supremacía *(suzerainty)* de la reina Victoria. Se hizo gran hincapié en la palabra *suzerainty* (supremacía) en lugar de *sovereignty* (soberanía). Los filósofos del Parlamento descubrieron que provenían de dos raíces latinas muy diferentes.

La paz duró poco. Se descubrieron minas



Iglesia inacabada que empezaron a construir los primeros deportados ingleses enviados a Porth Arthur, en Tasmania.

Monumento en Pretoria a Andries Pretorius, colonizador bóer trasladado al norte del Vaal. Dirigió la lucha antibritánica hasta 1852, en que obtuvo de Inglaterra la independencia de los bóeres del Transvaal.



Louis Botha, político y militar sudafricano que, después de luchar contra Inglaterra, marchó a ese país como representante del Transvaal y contribuyó a que Gran Bretaña concediera gobierno autónomo a su país. Presidió el primer gabinete transvaliano y formó la Unión Sudafricana, de la cual fue presidente.

de oro en el Transvaal, y allí afluyeron los ingleses, predominando en algunas regiones, donde se mantuvieron extraños y separados de los holandeses. Esto debía provocar conflictos, agravados por la terquedad de los holandeses en no querer conceder derechos de ciudadanía a los *uitlanders* o forasteros recién llegados. Bóeres y *uitlanders* formaban dos poblaciones enteramente distintas en la misma tierra. Los bóeres tenían todos los privilegios de justicia; los *uitlanders* eran considerados como intrusos, sin poder conseguir la naturalización en la República. Sus quejas llegaban hasta Londres y sobre todo hasta El Cabo, donde gobernaba como primer ministro el gran aventurero Cecil Rhodes. Convencido de que los *uitlanders* o ingleses atropellados por los bóeres acabarían por rebelarse, Rhodes preparó la anexión del Transvaal y Orange. Colocó un ejército en la frontera, pronto a penetrar en la República de África del Sur (Transvaal) para "restablecer el orden" así que se supiera que había estallado la revolución de los *uitlanders*. Éstos, en

Lord Horatio Hebert, vizconde Kitchener, por C. M. Hersfall (The National Portrait Gallery, Londres). Este militar inglés tomó parte en todas las acciones en Egipto, fue gobernador general en Sudán y jefe de las fuerzas británicas en África del Sur, además de ocupar otros puestos. Ministro de la Guerra al estallar el conflicto de 1914 a 1918, murió a mediados de 1916 al chocar con una mina el crucero en que viajaba.



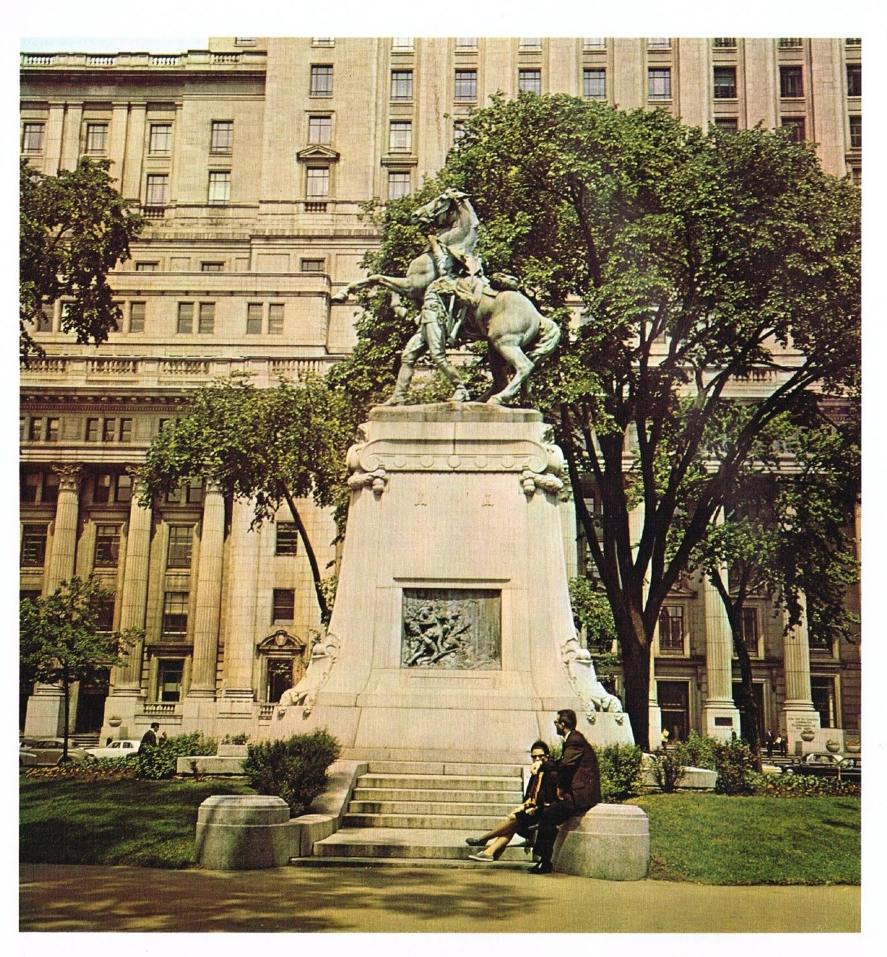
realidad, se amotinaron en diciembre de 1895 en Johannesburg, y el ejército apostado en la frontera por Cecil Rhodes, sin esperar detalles, creyendo que encontraría aliados en los *uitlanders,* penetró prematuramente en el Transvaal y fue copado en masa por los bóeres. Este hecho militar es conocido en la Historia por el *Jameson Raid* o razzia del doctor Jameson, porque guiaba la expedición el médico del propio Rhodes, llamado Jameson.

Rhodes desautorizó a su agente diciendo que había obrado por su cuenta. Durante un tiempo los bóeres quedaron en paz, pero los ingleses tenían atragantados los desastres de Majuba en 1881 y del *Jameson Raid* en el 1895. Por otra parte, los bóeres cobraron ínfulas e hicieron cada día más penosa la condición de los *uitlanders.* La guerra estalló de nuevo en 1901. Los bóeres estaban pertrechados de material de guerra; habían importado cañones de mayor alcance y con mejor puntería que los ingleses; su infantería montada no perdía bala; conocían el terreno, defendían su patria con sentimiento de europeos y tenacidad de africanos. Disputar a los bóeres sus tierras parecía pecado que Dios castigaría como en los ejemplos de la Biblia.

Y sin embargo, igual que en el caso de la rebelión de la India, nadie ni en Inglaterra ni en las colonias habló de abandonar la partida. Para acabar con aquella nación de colonos patriarcas, Inglaterra movilizó 200.000 soldados. Los bóeres nunca tuvieron más de 30.000 hombres armados. Inglaterra confirió la dirección de la campaña a su mejor militar, lord Roberts, que había ganado su título subyugando el Afganistán, y a Kit-



Manifestaciones de júbilo que tuvieron lugar en Londres al conocerse el establecimiento de la paz entre los bóeres de Sudáfrica y los británicos (Biblioteca Nacional, París).



Monumento en Montreal a la caballería canadiense, que participó en la guerra de los bóeres. La guerra surgida entre Inglaterra y África del Sur sirvió para demostrar la solidez del Imperio, pues todas las colonias acudieron en auxilio de la metrópoli.

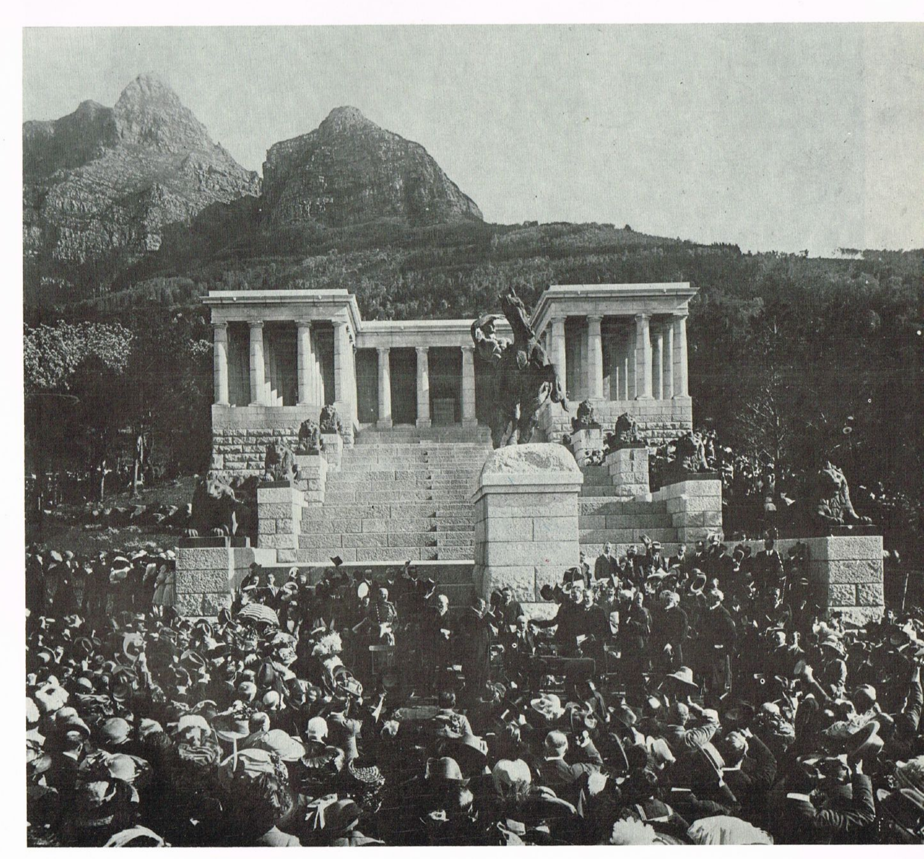
chener, cuya fama provenía de la conquista del Sudán. Los generales de los bóeres eran estrategas improvisados, pues la víspera de la guerra estaban en sus haciendas cuidando los rebaños. Con todo, infligieron a los invasores terribles derrotas, y hubo días en que todo parecía perdido.

Pero, sin desanimarse, los ingleses avanzaron y la paz se firmó en Pretoria, capital de la república bóer. Más admirable todavía es que aquella prueba sirvió para consolidar el Imperio. Las colonias acudieron en auxilio de Inglaterra, hasta la India se mantuvo leal, y los irlandeses pelearon y murieron en el Transvaal al lado de los ingleses. A pesar de ello, cuando al terminar la guerra quiso

la reina Victoria pagar la deuda visitando a Irlanda, que no por ello dejaba de reclamar su autonomía, se temían trastornos y descortesías; pero el recibimiento fue respetuoso, aunque frío, y la soberana permaneció dos semanas en Irlanda sin que ocurriera ningún incidente desagradable. Esta cortesía no liquidó la desafección irlandesa. Irlanda persistió en su demanda de un régimen autónomo y, tras innúmeros incidentes parlamentarios y terroristas, se concedió todo lo que exigía.

Entre tanto, en El Cabo, ingleses y holandeses se conformaron con el inevitable destino y fundaban la Unión del África del Sur, en la que los bóeres y anglosajones iban a cooperar cordialmente. Y para que fuese más fácil y menos duro para los vencidos, dirigieron la nueva Unión dos de los generales bóeres que más se habían distinguido peleando contra los ingleses, los generales Botha y Smuts. Con este epílogo ya no es extraño que gentes de tal índole puedan cooperar hasta... en los Parlamentos.

Inauguración, cerca de El Cabo, del memorial a Cecil Rhodes, que fundó el Imperio británico en África del Sur. Fue presidente de la colonia de El Cabo y fundó Rhodesia. Su política imperialista contribuyó a provocar la guerra anglo-bóer.



BIBLIOGRAFIA

Bryant, A.	*Cien años de vida inglesa (1840-1940)*, Barcelona, 1946.
Elton, Lord G.	*El Imperio británico*, Barcelona, 1948.
Knaplund, P.	*El Imperio británico, 1815-1939*, Barcelona, 1945.
Knowle, L., C. A.	*The Industrial and Commercial Revolution in Great Britain during the Nineteenth Century*, Londres, 1922.
Mackenzie, N.	*Breve historia del socialismo*, Barcelona, 1969.
Schnerb, R.	*El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914)*, en vol. VI de la "Historia General de las Civilizaciones", Barcelona, 1969.
Strachey, L.	*La reina Victoria*, Madrid, 1941.
Tate, G., y Morton, A. L.	*Historia del movimiento obrero inglés*, Madrid, 1971.
Tougan-Baranowski	*Las crisis industriales en Inglaterra*, Madrid (s. a.).
Trevelyan, G. M.	*English Social History*, Londres, 1923. *Historia política de Inglaterra*, México, 1943.



Bóer a caballo (Biblioteca Nacional, París). Los bóeres de África del Sur, grandes conocedores del terreno y luchando en defensa de su propia patria, presentaron gran resistencia a las fuerzas desplegadas contra ellos por Gran Bretaña.



El laboratorio de Lavoisier, reconstruido en el Conservatorio de Artes y Oficios de París. Una de las aportaciones más notables de Lavoisier a la ciencia fue la desautorización de la teoría del "flogisto".

La ciencia romántica

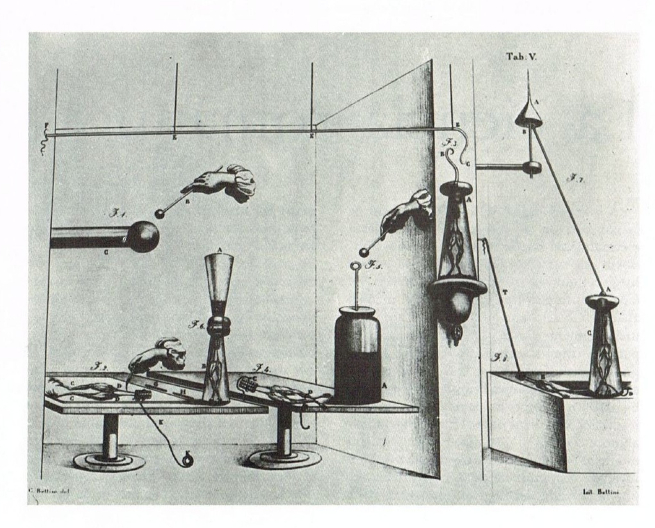
A fines del siglo XVIII las ideas acerca de la constitución de la materia eran todavía esencialmente medievales. Los cuerpos sólidos al quemarse perdían flogisto, que era un fuego o fluido de naturaleza poco precisa. La teoría del flogisto, propuesta por el médico alemán G. E. Stahl en 1730, fue aceptada unánimemente hasta por químicos tan respetables como Cavendish y Priestley. La hipótesis aristotélica de un "cuerpo ligero por esencia" resucitó en el flogisto, que explicaba algunos fenómenos. Pero estaba en contradicción con otros hechos bien observados; algunos cuerpos al quemarse, por ejemplo el estaño al "calcinarse" dentro de un crisol, en lugar de disminuir de peso, como debía ser por la pérdida del flogisto, aumentaban de peso; por lo tanto, no sólo no expedían materia, sino que la absorbían. La segunda observación que hizo imposible mantener la doctrina del flogisto fue que comparando los diferentes gases que desprendían los cuerpos al desflogistizarse se notó que no eran idénticos. Uno era aire desflogistizado (oxígeno), otro aire flogístico (amoníaco), etc. La combustión era, pues, todo lo contrario de lo que proponía la química flogística; en lugar de ser emanación de algo que contenían los cuerpos, era una absorción de algo que no estaba antes en ellos. Lavoisier había probado que, en la mayoría de los casos, este algo era el oxígeno del aire. Lavoisier descompuso y recompuso varias sustancias, revelando que la materia estaba compuesta de un nú-



mero limitado de cuerpos simples. Por los trabajos de Lavoisier, proseguidos por Proust, sabemos que en cada cuerpo compuesto los elementos simples entran a formarlo según proporciones constantes y definidas. Así, para formar el agua se necesitan dos partes de hidrógeno por una de oxígeno... ¡Qué infantiles parecen hoy estos conceptos! Sin embargo, ¡qué gran paso! Después de las investigaciones y experimentos de Lavoisier y Proust ya no se habló más de cremas, extractos, mantecas de antimonio o de azufre o cobre, sino de óxidos, sulfatos y nitratos.

En los primeros decenios del siglo XIX se continuó la obra de Lavoisier estudiando, analizando y pesando los cuerpos simples. Se ordenaron en lista preliminar, y Dalton, en su *Nuevo sistema de filosofía química,* formuló la ley de los llamados *pesos específicos.* Las sustancias elementales –cuerpos simples– de la naturaleza se creyeron formadas por átomos, que pesan diferentemente; y, según la ley de Dalton, sus pesos atómicos se ordenan en una serie matemática tan regular, que casi puede predecirse la existencia de un cuerpo desconocido cuando su lugar de la serie no está todavía ocupado por uno de los cuerpos ya descubiertos. El que se toma como unidad es el hidrógeno; el peso de los demás aumenta hasta el uranio, cuyo átomo pesa 238 veces el del hidrógeno.

A.-L. Lavoisier y su esposa, por F. S. Bradford. Este químico francés se dedicó sobre todo al estudio de los procesos de oxidación, lo que le llevó a analizar también la respiración animal. Perteneciente al cuerpo de recaudadores de impuestos, fue detenido por la Convención y ejecutado.



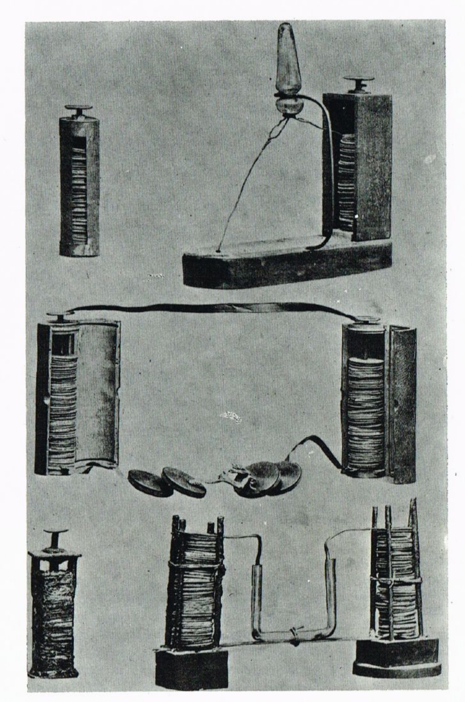
Experimentos eléctricos de Galvani, según un grabado del siglo XIX (Museo de Ciencia y Técnica de Milán).

Esto era ni más ni menos la antigua teoría atómica de Demócrito, el filósofo griego del siglo V antes de Jesucristo, que Galileo había recordado con interés, y Boyle y Newton habían mencionado en sus especulaciones. Después quedó algo olvidada, pero nunca enteramente refutada. La materia se componía de átomos existentes desde la eternidad y destinados a permanecer eternamente en su indivisible solidez. Según Demócrito, los átomos eran diferentes en forma y medida, pero idénticos en sustancia. Demócrito atribuye las diferentes propiedades de los cuerpos a la variable posición que toman los átomos en los compuestos.

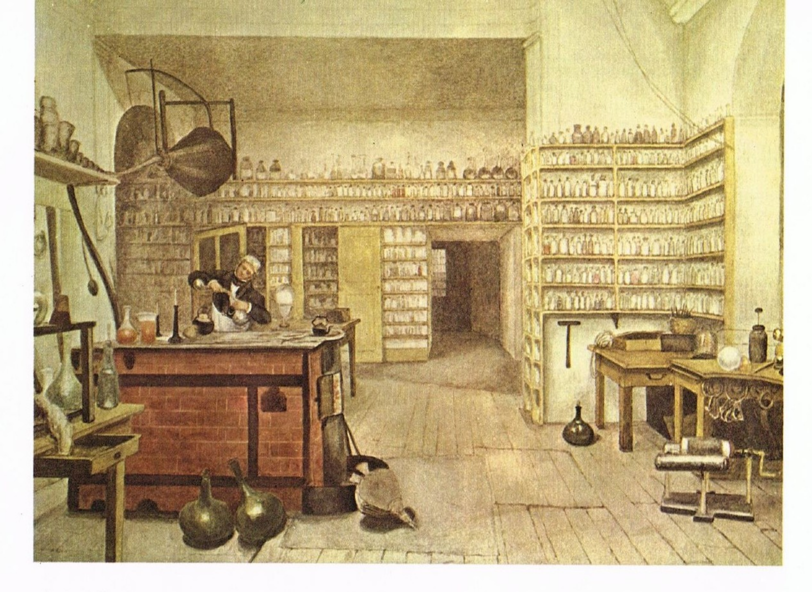
Hasta la regularidad de la serie de los pesos atómicos hizo encontrar razonables las ideas de Demócrito acerca de la unidad de la materia. Se llegó a pensar que una sola sustancia más o menos comprimida –el hidrógeno– formaba todo el universo. Esta idea no prosperó; ya entrado el siglo XX, se ha retrocedido en cierto modo al concepto de la unidad esencial de la materia, porque parece que la materia es pura electricidad, pero durante el siglo XIX se creyó que cada cuerpo simple era una sustancia homogénea esencialmente distinta de la de los demás. Hay en la creación algo más de cien clases hasta ahora reconocidas de materia (cuerpos simples) que se combinan entre sí para formar las moléculas de los compuestos. Los elementos simples no sólo tienen distinta calidad, sino que se manifiestan con diferente capacidad de mezclarse: un átomo de oxígeno tiene doble voracidad que el de hidrógeno; el del nitrógeno, triple; el átomo de carbono, cuatro veces más. Las moléculas se representan como si fueran poligonales, con vértices donde se insertan los átomos de los cuerpos simples al formarse el compuesto. Así la molécula de ácido clorhídrico tiene un átomo de cloro y uno de hidrógeno, Cl-H; la de agua, dos de hidrógeno y uno de oxígeno, H-O-H; la de amoníaco, un átomo central de nitrógeno y tres de hidrógeno; la molécula del metano o gas de los pantanos, un átomo de carbono rodeado de cuatro átomos de hidrógeno.

Estas ideas de la constitución de la materia según los químicos del siglo XIX eran puras hipótesis. Nadie podía ver una molécula o un átomo porque debía de haber millones de ellos en un milímetro cúbico. Pero como hipótesis sirven admirablemente para estudiar las reacciones de los diferentes elementos y explicar de manera algo ingenua su comportamiento químico.

Simultáneamente, los físicos estudiaban las cualidades que podríamos llamar exteriores de la materia: frotamiento, adherencia, capilaridad, elasticidad, etc. Lagrange formuló los principios matemáticos de la mecánica, y Cauchy, Carnot, Hertz y Jacobi añadieron nuevos teoremas que regulan la acción de las fuerzas sobre los cuerpos produciendo fenómenos de movimiento. Estas fórmulas matemáticas de la mecánica de Lagrange y sus continuadores las empleamos todavía, pero la verdadera esencia de las fuerzas continúa tan enigmática como lo era para los griegos. Así, por ejemplo, no comprendemos la causa de la fuerza centrífuga, y es un misterio completo la razón de la más importante de estas fuerzas universales de la materia, o sea la gravitación. Para facilitar por lo menos su comprensión, Lamé lanzó la idea del éter, tan hipotética como la del flogisto. Nunca se aclaró por sus propugnadores si el éter es o no materia enrarecida; se supone que ha de existir algo que llene los espacios interestelares e intermoleculares y que este algo



Diversos tipos de las pilas empleadas por Volta. Este científico italiano fue el creador de la pila para el estudio de la electricidad. Obtuvo de Napoleón máximos honores por su invento.



Faraday en su laboratorio de la Royal Institution, según acuarela de Moore (The Royal Institution, Londres).

es el éter. Pero su existencia la presuponemos solamente, porque la imaginación se resiste a aceptar la idea del vacío absoluto y porque no comprendemos que los cuerpos puedan atraerse a distancia sin un agente para transmitir sus atracciones. Y a este agente imaginario lo llamamos *éter*. Pero desconocemos sus cualidades.

El éter era también conveniente para explicar la electricidad, que puede decirse que fue descubierta en 1800 por Volta. Antes sólo se conocían los fenómenos eléctricos producidos por frotamiento y la electricidad de la atmósfera, pero, en 1780, Galvani había observado que el contacto de un conductor cargado de electricidad obtenida por frotamiento hacía mover los nervios de unas ranas despellejadas. Se creyó al principio que la electricidad era puramente animal, que era una fuerza que estaba activa o latente en la materia viva, y por esto se habló de magnetismo.

Repitiendo Volta los experimentos de Galvani, observó fenómenos eléctricos producidos por agentes que no tienen nada que ver con la vida; notó que un trapo húmedo entre dos metales desarrolla electricidad y esto le llevó a inventar su pila. El nombre de *pila* proviene de su forma: las primeras pilas de Volta eran columnas con series de discos metálicos separados por rodajas de lana húmeda. Poco después inventó Volta la pila con los metales sumergidos dentro de un líquido ácido, que es ya en principio la pila que usamos hoy. En marzo de 1800 comunicó Volta a la *Royal Society* de Londres el descubrimiento de su pila, y en noviembre del mismo año la presentó personalmente al Instituto de París, haciendo experimentos de choques y chispas eléctricas. Parece extraño que aquellos insignificantes efectos de la electricidad engendrada por la pila primitiva pudieran causar sensación a sabios y profanos; nadie podía sospechar el tremendo porvenir de la minúscula fuerza que allí se manifestaba. Con todo, Bonaparte pidió al Instituto que otorgara a Volta la medalla de oro y le nombró conde y senador de su República Cisalpina.

Desde aquel momento los descubrimientos se suceden rápidamente. En Inglaterra, Carlisle, operando con una serie de dieciséis pilas, notó que la electricidad descomponía el agua. Davy, operando con una batería de 250 pilas, descompuso la potasa cáustica, y en el polo negativo recogió el potasio. Hecha la misma operación con la sosa, separó el sodio. El propio Davy, en el año 1812, con una batería formidable de pilas Volta, hizo pasar la electricidad por dos bujías de carbón y produjo el arco voltaico, cuya tempe-

ratura funde todos los metales, incluso el platino. El cuarzo, el zafiro y el magnesio se licuan en la llama del arco voltaico y el diamante se quema completamente. Así, en pocos años, con la electrólisis, o separación de los cuerpos al pasar electricidad a través de ellos, y la fusión conseguida con el arco voltaico, se trastornaron por completo las ideas que tenían los físicos y químicos acerca de la materia y sus propiedades. La electricidad se convertía en luz y calor, y se sospechó que el calor y la luz podían convertirse en electricidad.

La transformación de la electricidad en fuerza mecánica, y viceversa, fue descubierta gradualmente. Arago, en 1820, había observado que las limaduras de hierro eran atraídas al pasar una corriente eléctrica cerca de ellas; Boisgiraud, el mismo año, observó que una aguja de acero flotante en el agua también se desviaba; Ampère es el verdadero fundador de la electrotecnia. Por lo menos acertó a imaginar una teoría que explicara su funcionamiento. Para Ampère, la electricidad era un fluido –el fluido eléctrico– que circulaba por los hilos conductores, iba del polo positivo al negativo; las corrientes eran ya en cierto modo movimiento. Ampère empleaba, por lo tanto, la palabra electrodinamismo en lugar de electromagnetismo, que sugería todavía el magnetismo animal y los experimentos de Galvani. El libro de Ampère, *Théorie des phénomènes électro-dynamiques déduits de l'expérience,* publicado en 1826, se ha comparado en importancia al *Libro de los principios,* de Newton.

Pero el fenómeno llamado de *inducción,* o producción de una corriente eléctrica en un circuito metálico acercando otro circuito cargado de electricidad o simplemente un imán, fue descubierto por Faraday, hijo de un herrero de Londres. En 1821, a la edad de treinta años, empezó a ocuparse en electricidad. Prosiguiendo los experimentos de Ampère, Faraday colocó dos circuitos metálicos uno al lado del otro; uno de los circuitos estaba electrificado y Faraday creía que la corriente del electrificado produciría una corriente simpática en el vecino... No ocurrió así, sino que sólo al pararse la corriente inductora el circuito vecino se cargó misteriosamente de electricidad. Era un efecto a distancia, que podía también producirse con un imán: acercando o retirando un imán de un circuito sin electricidad se producían descargas eléctricas... Y si acercando o separando un imán de un circuito se producía electricidad en aquel hilo "muerto" antes de "inducirlo" el imán, también, viceversa, haciendo pasar una corriente por un circuito se podía atraer a un imán. Así tenemos ya electricidad convertida en movimiento y movimiento convertido en electricidad: el imán, al acercarse al circuito, producía corriente; la corriente, pasando por el circuito, acercaba el imán. En este sencillo descubrimiento de Faraday se fundan todas las dínamos y motores eléctricos que tenemos hoy en el mundo.

El fenómeno de la inducción, que origina una corriente por la vecindad de otra electrizada, hizo reflexionar acerca de la naturaleza de la electricidad. Primero, con los experimentos de Galvani se había creído que la electricidad era un fenómeno biológico; después Volta creyó que era un fluido especial, independiente, que corría por los hilos o estaba en los imanes. Pero la inducción no se explicaba con esta hipótesis; los circuitos inductor e inducido estaban separados, y ¿cómo podía el fluido eléctrico pasar del uno al otro, salvar la distancia sin notarse chispas ni efectos eléctricos en el aire? Maxwell fue el primero que trató de explicarlo con la idea de que la electricidad podía transmitirse por el éter, que ya hemos dicho que llenaba los espacios intermoleculares e interestelares.

THÉORIE MATHÉMATIQUE

DES PHÉNOMÈNES

ÉLECTRO-DYNAMIQUES

UNIQUEMENT

DÉDUITE DE L'EXPÉRIENCE

PAR

ANDRÉ-MARIE AMPÈRE

DEUXIÈME ÉDITION

CONFORME A LA PREMIÈRE PUBLIÉE EN 1826

PARIS

A. HERMANN, LIBRAIRIE SCIENTIFIQUE

8, RUE DE LA SORBONNE, 8

1883

Portada de la segunda edición (1883) de la obra "Théorie mathématique des phénomenes électro-dynamiques", de Ampère, cuya posición científica se explica claramente en la segunda parte del título: "Únicamente deducida de la experiencia" (Biblioteca Central, Barcelona).



Sir Humphrey Davy, por T. Lawrence (The National Portrait Gallery, Londres), investigador inglés que descubrió el fenómeno del arco eléctrico; trabajó en la electrólisis de las sales, con lo que pudo descubrir el sodio y el potasio; ideó la lámpara de seguridad de su nombre para el trabajo en las minas de carbón y descubrió las propiedades del platino como catalizador.

Esta idea fue aceptada en seguida por Hertz en Alemania y Henry en América. Parecía corroborada por la circunstancia de que la luz, también transmitida por el éter, y la electricidad tenían casi la misma velocidad. Se había medido y daba para ambas, con los métodos imperfectos de entonces, casi la misma: 300.000 kilómetros por segundo. Con este dato, Maxwell llegó a creer que la luz era un fenómeno electromagnético. Faraday, en el año 1845, había insinuado ya lo mismo, diciendo: "...por fin he logrado electrificar un rayo de luz y he iluminado una corriente eléctrica".

Simultáneamente se hacían esfuerzos para apreciar la relación del calor y la luz; el calor con la expansión hace vibrar placas metálicas y produce ruidos; la luz hace mover las aspas de un molinito encerrado dentro de un recipiente de cristal en el que se ha hecho el vacío. Así, después del concepto fracasado de la unidad y uniformidad de la materia, aparecía el análogo concepto de la unidad y uniformidad de la energía. Parecía seguro que la cantidad de energía almacenada en el universo era siempre la misma: podía transformarse de un tipo de energía en otro, pero en cantidad no aumentaba ni disminuía. Se calcularon las cantidades de energía, se *pesó,* por decirlo así, el movimiento, la luz, el calor, y la suma después de las transformaciones era la misma. Elevar en un grado la temperatura de una libra de agua, según Joule, representaba un trabajo igual a elevar la misma agua 778 pies. Imagínense las consecuencias; viceversa, calentando un grado una libra de agua se podía elevar un peso de 778 libras a un pie de altura o una libra a 778 pies, y haciendo hervir el agua que estaba a cero se podían elevar 77.800 libras si no había pérdidas en el mecanismo.

Pero ¿cuál era la causa o la naturaleza de esta energía que se transmite produciendo cambios físicos y químicos en las sustancias? ¿Qué es lo que transforma la electricidad en luz, en movimiento, y viceversa? A principios del siglo XIX se creía que era el calor. Lavoisier, observando el calor que se origina en las reacciones químicas, había enunciado textualmente que "el calor es la fuerza viva que resulta de movimientos insensibles de las moléculas de los cuerpos". Rumford, preocupado, obsesionado por el misterio del calor, se pregunta: "¿Es que habrá algo que podríamos llamar fluido ígneo?"

Se desprendía calor cuando se agitaban o rozaban los cuerpos, y parecía el factor más importante del movimiento; el calor mantenía las moléculas unidas y obligaba a los átomos a combinarse para formar la molécula. Si tal era la correlación entre el calor y la energía, el calor podría servir para medir las fuerzas y el movimiento: por tantos grados de calor, una máquina (descontando las pérdidas por rozamiento) producía un número proporcionado de caballos de fuerza y, por consiguiente, trabajo. Así se originó casi una ciencia aparte, la llamada *termodinámica,* cuyas primeras leyes formuló Sadi Carnot; no había duda de que a cierta cantidad de calor correspondía una cantidad determinada de movimiento o de trabajo que podía medirse con fórmulas matemáticas.

Sin embargo, el calor-teórico, el calor-energía, es algo tan imaginario como el flogisto y el éter; es un elemento abstracto, hipotético y romántico que sirve para medir los fenómenos físicos y químicos, pero diferente del calor-calor. Berthelot, en 1853, formuló la ley capital de la termoquímica, que demuestra que el calor tiene, por lo que toca

a las reacciones químicas, fantasías especiales de comportamiento. La ley de Berthelot dice así: "En toda combinación química se forma aquel compuesto para cuya producción se libera más calor". Es decir, que si dos o más cuerpos simples se ponen en un recipiente y se pueden formar con ellos varios tipos de compuestos, se forma aquel que se calienta más al formarse.

La idea algo abstracta del calor-agente se desechó para ser sustituida por la hipótesis del éter que llena los intersticios de la materia y transmite la energía. El calor es ya un subordinado del éter. El calor es también vibración y el éter lo transmite como el aire transmite el sonido. Pero ¡qué comparación más romántica! El aire es; el aire se mueve en realidad, las ondas del sonido se perciben mecánicamente, hacen vibrar la membrana de un tambor. El éter no es, y pensar en sus vibraciones es tratar de explicar lo que existe con lo que no existe... Sin embargo, todo ocurre como si existiera, y las ondas de este éter que no existe se calculan en fórmulas matemáticas como antes el calor; con ellas se construyen máquinas que marchan a la perfección. La irracionalidad de las hipótesis hoy no nos preocupa; sabemos que las hipótesis son más instrumentos de trabajo que explicaciones de los fenómenos. Pero en la época romántica las hipótesis se creían realidad, y parecía probarlo el que hechos nuevos venían a confirmarlas. A veces un fenómeno se explicaba con dos o más hipótesis distintas.

La óptica también prosperó con la hipótesis del éter. Newton creía que la luz era algo que se exhalaba o emitía por los cuerpos luminosos. Al introducirse la idea del éter vibrando para transmitir la luz, quedaba inexplicado que las ondas luminosas no se desparramaran como las ondas del sonido, y que luz y sombra tuvieran una definición tan exacta. Fresnel desvaneció estas dificultades y lanzó la teoría de que el color de la luz –mejor dicho, los colores– depende de la diferencia de las vibraciones de las ondas del éter que conducen la luz a la retina.

Contemporáneamente a las explicaciones más o menos arbitrarias de la naturaleza de la materia y algunas de sus propiedades, la ciencia romántica trató de explicar el mecanismo del universo y las peculiaridades del globo terrestre. Laplace publicó en 1796 su *Sistème du Monde,* donde, después de hacer

TRAITÉ

DE

MÉCANIQUE CÉLESTE,

PAR P. S. LAPLACE,

Membre de l'Institut national de France, et du Bureau des Longitudes.

TOME PREMIER.



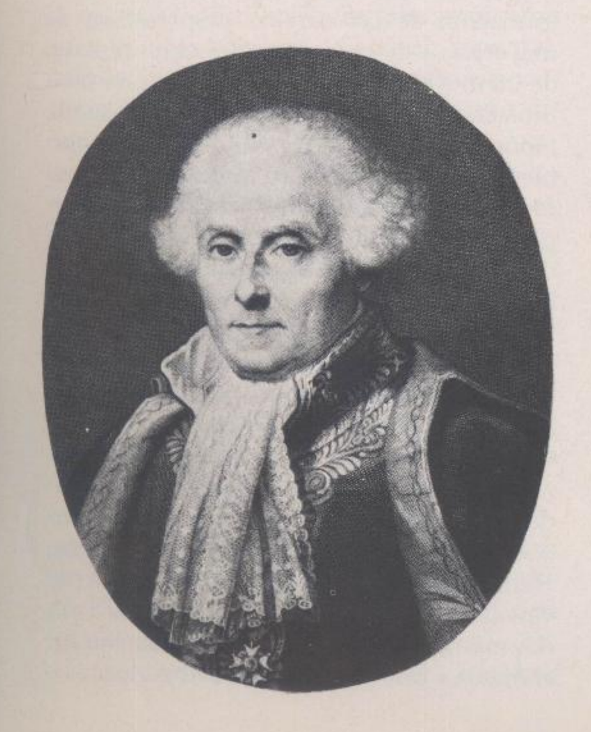
DE L'IMPRIMERIE DE CRAPELET.

A PARIS,

Chez J. B. M. DUPRAT, Libraire pour les Mathématiques, quai des Augustins.

AN VII.

Portada del "Traité de mécanique céleste", de Laplace, que, junto con su "Sistème du Monde", sentaba la primera hipótesis moderna sobre el mecanismo de la formación del Universo (Biblioteca Central, Barcelona).



Efigie de Laplace aparecida en el volumen primero de sus "Obras completas", editadas en París en 1878 (Biblioteca Central, Barcelona).

LA EVOLUCION

Hasta mediado el siglo XIX, el fijismo es la teoría sobre el origen de las formas actuales de vida comúnmente aceptada. En el mundo actual existen las mismas especies que un día fueron creadas por Dios, no ha aparecido ninguna especie nueva. Las especies se multiplican, pero no varían.

El concepto de evolución se encuentra, sin embargo, en la filosofía griega, y en el siglo XVIII es claramente formulado por el filósofo y físico francés Maupertuis (1698-1759), para quien una variación accidental causa la aparición de especies nuevas.

Su experiencia como naturalista llevó a Buffon a admitir un transformismo limitado a la variabilidad de tipos dentro de una misma especie. Su amigo y colega Lamarck, profundizando las ideas del mismo Buffon sobre la acción del medio en los animales, adelantó una explicación de la variabilidad de las especies. La necesidad crea los órganos necesarios para la supervivencia, el uso los desarrolla y la falta de práctica los atrofia. Los caracteres adquiridos por acción del medio son transmitidos hereditariamente. También el biólogo Erasmus Darwin defendió la idea de un transformismo integral: una partícula primordial, dotada por su creador de la facultad de transformarse indefinidamente por la acción de causas externas, es el origen de toda la vida orgánica.

Para que estas teorías hubieran podido llegar a imponerse habría sido necesario la acumulación de pruebas sobre la variabilidad de las especies y la superación de la limitada cronología bíblica, que hacía inverosímil el cambio lento y gradual que supone la evolución.

La demostración de la existencia de faunas distintas es la obra de los primeros paleontólogos, como Cuvier y Saint-Hilaire.

Lyell demuestra la antigüedad de la Tierra.

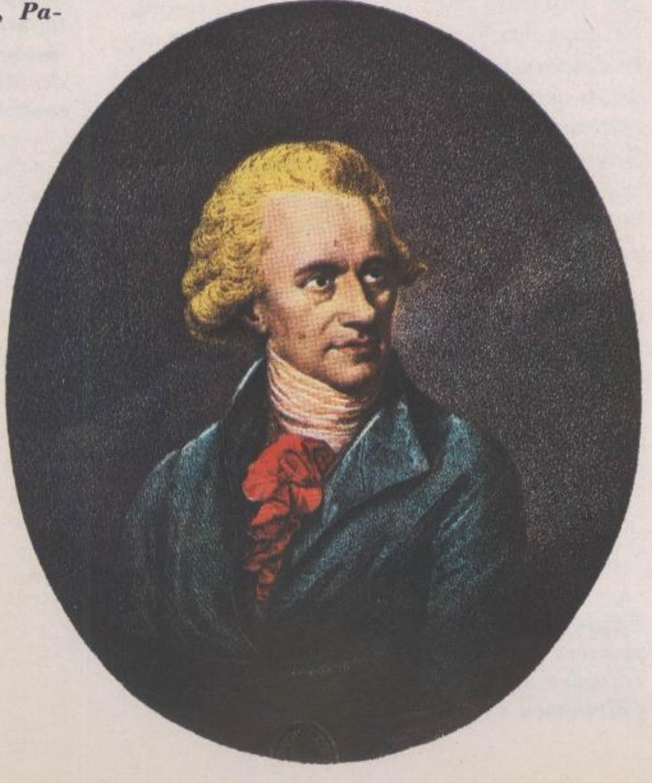
La obra de Darwin.

La afirmación del hecho de la evolución orgánica.

La selección natural como factor de la evolución.

Darwin aplicaba a la biología el principio de la uniformidad natural, que ya Lyell habia defendido en sus teorías geológicas.

F. W. Herschel, el primer astrónomo que vio un planeta desconocido por los antiguos (Academia de Ciencias, París).



historia de la astronomía, expuso la idea de formación de las estrellas desprendidas de una *nebulosa* de gases incandescentes provista de un movimiento de rotación. En otra obra titulada *Mecánica celeste,* Laplace completó la hipótesis con cálculos y detalles aparatosamente científicos. El libro hizo sensación, casi escándalo; cuéntase que al ser presentado Laplace a Napoleón, éste se lo reprochó diciendo: "Monsieur Laplace, me dicen que no habéis puesto a Dios en esta voluminosa descripción del universo...", y que al contestar Laplace que no había tenido necesidad de tal *hipótesis,* Napoleón replicó, como un pragmatista moderno: *"Ah, c'est une très belle hypothèse; ça explique beaucoup de choses".*

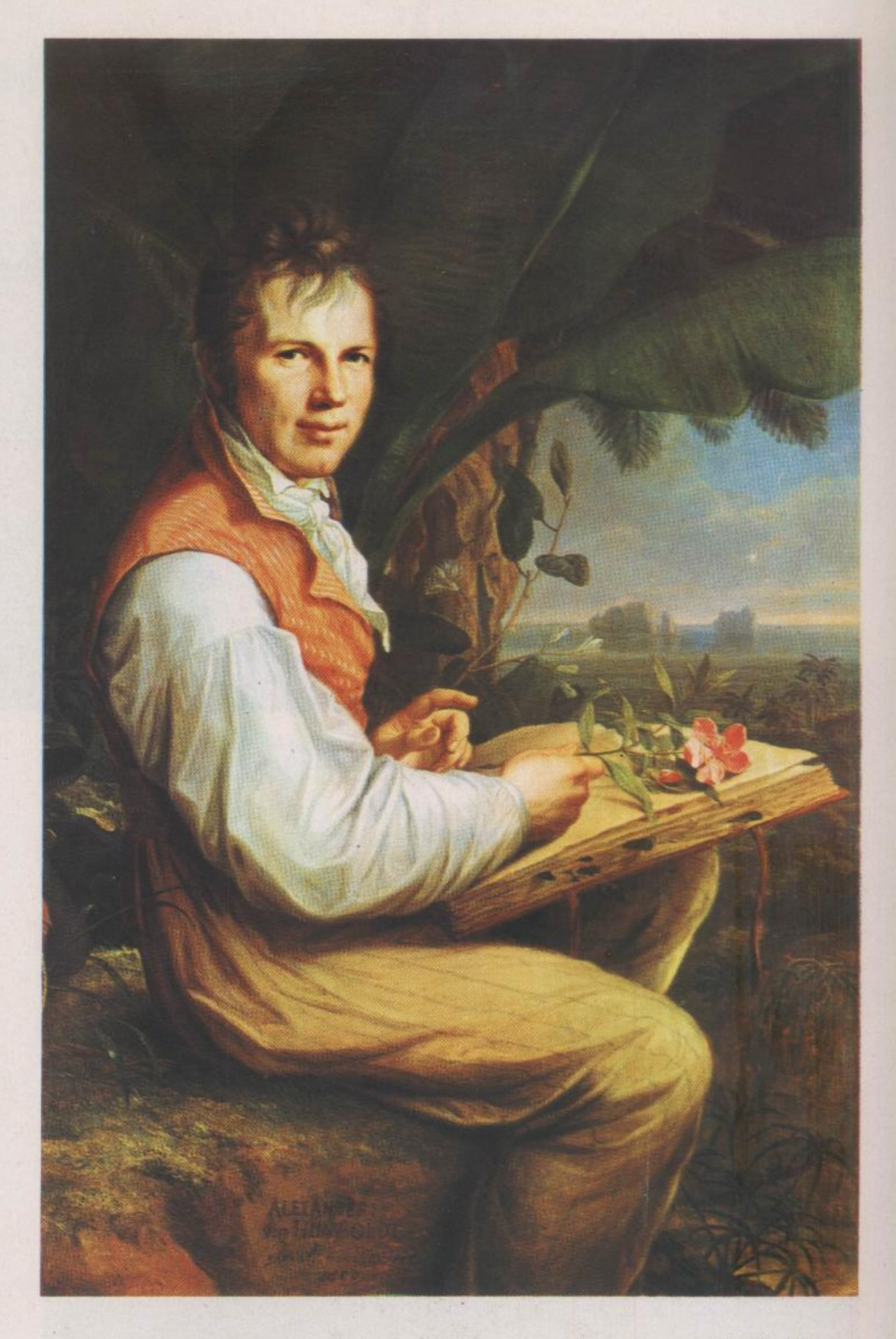
Y, efectivamente, las hipótesis han servido para explicar muchas cosas desde los tiempos románticos hasta hoy. Así, por ejemplo, Herschel, un alemán emigrado en Inglaterra, descubrió con el telescopio un planeta, Urano, más allá de los que habían conocido los antiguos y que parecían los únicos dueños y

señores posibles de los cielos. Pero los movimientos del planeta Urano estaban perturbados por un agente extraño que no podía explicarse más que por la existencia de otro planeta todavía en el sistema solar. Leverrier precisó matemáticamente en 1846 la posición del planeta desconocido. Le dio el nombre de Neptuno. En efecto, tres semanas después Galle, de Berlín, lo divisó con el telescopio en el lugar señalado, pero Leverrier nunca quiso rebajarse a contemplar con los ojos aquel cuerpo celeste que había descubierto con la mente. Para él, Neptuno era una fórmula más que un cuerpo celeste animado de movimiento.

No sólo el cielo se pobló de nuevos astros, sino que hasta se pudo llegar a averiguar de qué sustancias estaban formados el sol, los planetas y las estrellas. Estas eran diferentes no sólo en medidas, sino en calidad. Herschel compara el cielo a un jardín con multitud de plantas. En el jardín de las estrellas unas son frescas y jóvenes, otras se secan, otras se dividen y procrean. El análisis de la composición química de los cuerpos estelares se hizo y se hace todavía con el espectro de su luz. Espectro es la faja de colores en que se descompone la luz al atravesar un prisma. Va del rojo al violeta. Newton lo había ya descrito, pero Fraunhofer, en 1814, notó que la faja del espectro estaba interrumpida por rayas y que éstas aparecían igualmente en el espectro de la luz del sol que en el espectro de la luz de las estrellas.

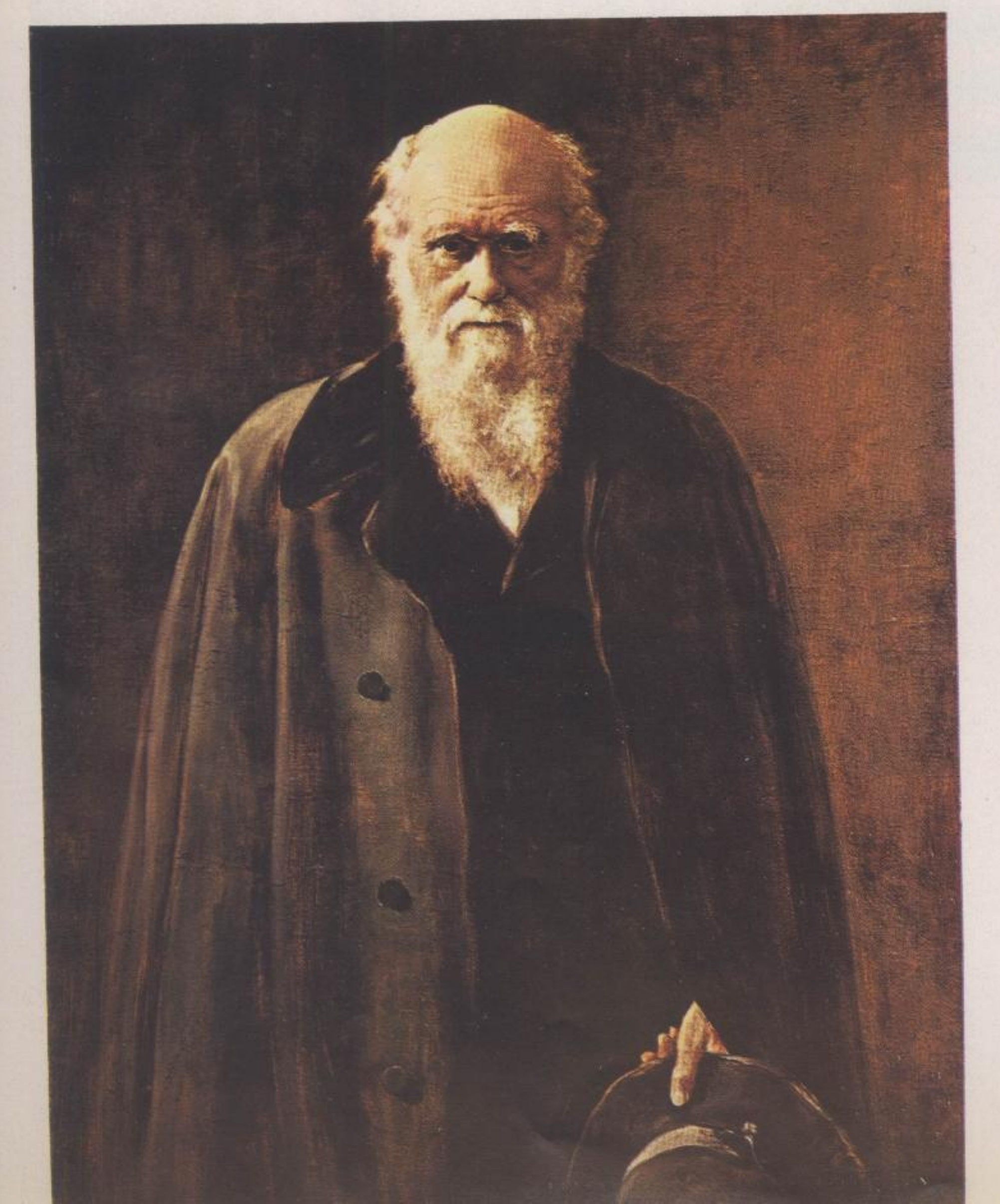
Herschel anticipó que las rayas del espectro podían servir para el análisis químico, pues quemando un cuerpo en una llama la presencia o ausencia de ciertas rayas podía representar la presencia o ausencia de un elemento simple en el cuerpo compuesto que se quemaba. Kirchhoff y Bunsen inventaron métodos más precisos de análisis espectral, descubriendo con su auxilio nuevos elementos, o cuerpos simples. La comparación del espectro de la llama donde queman los cuerpos terrestres y el espectro de la luz de los cuerpos estelares probó que éstos contienen los mismos elementos que encontramos en la tierra. Hay algunas excepciones: parece que el Sol no tiene litio, o lo tiene en pequeñísimas cantidades; en cambio, el helio, que se descubría en la masa solar por unas rayas que parecían ser exclusivas del astro por su manifestación en el espectro, fue descubierto también en la cleveíta.

Conocida la materia que formaba los astros, ¿cuál era el aspecto global del que nosotros habitamos? La primera descripción científica del "haz de la tierra" fue intentada por Alexander von Humboldt con su libro *Kosmos*. El barón de Humboldt era un aristócrata prusiano, de abundantes recursos. Acompañado de un naturalista francés, Bonpland, Humboldt viajó durante los años 1798 a 1805 por la América española. Desde 1828 a 1830 viajó por el Asia rusa, llegando hasta China. Con el material recogido en sus exploraciones, Humboldt regresó a París y allí compuso un libro admirable, tanto por su estilo como por la variedad de conocimientos que revela. Humboldt, además de la forma de los continentes con sus depresiones y montañas, trató de explicar las grietas gigantescas de los océanos, la causa de las tempestades tropicales y los ciclones, las variaciones



Alexander von Humboldt, que viajó por diversas partes del mundo y recogió sus impresiones en la obra "Kosmos". Cuadro de Weitsch en la Staatsgalerie de Berlín.

Balsa de transporte en el río Guayaquil, grabado según esquema de Humboldt (Biblioteca Nacional, París).



de intensidad de la fuerza magnética, la actividad de los volcanes, los terremotos, marcó en el mapa de la Tierra por primera vez las líneas isotermas o de igual temperatura; en una palabra, la geografía de Humboldt es más que una pura descripción o anatomía de la Tierra: es casi una fisiología y psicología del planeta. El cuarto y último volumen del *Kosmos* de Humboldt se terminó poco antes de su muerte, en 1858, cuando el autor frisaba en los noventa años.

Los primeros volúmenes del *Kosmos* espolearon a otros a realizar investigaciones del mismo tipo. En 1831, el Almirantazgo inglés envió el buque *Beagle* "para estudiar la costa de la Patagonia, Tierra del Fuego, Chile y Perú, lo mismo que ciertas islas del Pacífico, y hacer mediciones geodésicas y geológicas alrededor del mundo". El viaje se hacía "por objetivos exclusivamente científicos". Como "naturalista" adscrito a la expedición iba Charles Darwin, que después publicó un

Charles Darwin, por J. Collier (The National Portrait Gallery, Londres). Este naturalista inglés defendió la teoría de la evolución de las especies.

LA GEOLOGIA MODERNA

Según el relato bíblico, la Tierra sólo tenía 6.000 años de existencia; para que en este corto espacio de tiempo la corteza terrestre hubiera podido transformarse con la intensidad que indicaban los testimonios geológicos a los primeros estudiosos era preciso pensar en una historia primitiva del planeta muy distinta de la actual, en unos tiempos en que la Tierra había sido sacudida por catástrofes sucesivas, de las que el diluvio bíblico era tan sólo un ejemplo.

Esta explicación fue aceptada y defendida, entre otros, por:
G. Cuvier (1769-1832).
W. D. Conybeare (1787-1857).
A. Sedwick (1785-1873).
W. Buckland (1784-1856).

Aun cuando muchos geólogos defendieron la idea de una mayor actividad del planeta en las primeras etapas de su constitución y Lyell mismo hizo observar que nunca había creído que los factores geológicos hubiesen actuado siempre de una manera uniforme, la geología, como ciencia que explica la formación del planeta desde sus orígenes hasta la actualidad mediante leyes naturales y constantes, nace con la obra de Lyell y sus discípulos en el segundo cuarto del siglo XIX.

En la geología se afirma por primera vez con éxito un principio básico de la ciencia del siglo XIX: el principio de la uniformidad natural, es decir, la actividad universal y constante de las causas y fuerzas observables en el mundo contemporáneo. De la misma manera que los científicos del Renacimiento habían superado las distinciones establecidas por los sabios griegos entre la Tierra y los otros cuerpos celestes, se derribaban ahora las barreras que separaban un período primitivo, en el que sólo Dios parecía actuar, de un mundo contemporáneo abandonado a las leyes de la naturaleza.

Pero ya en el siglo XVIII, el geólogo inglés J. Hutton (1726-1797) vio en los distintos estratos el resultado natural de un fenómeno observable: el continuado depósito de sedimentos. Hutton postulaba los presupuestos de los que surgiría la geología moderna: la remota antigüedad del planeta y la acción constante de los mismos factores geológicos en su constitución.

W. Smith descubrió un conjunto de treinta y dos estratos con diferentes fósiles cada uno, a los que asignó edades relativas. Como Hutton, consideró que los estratos se habían formado por una lenta acumulación de sedimentos.

Ch. Lyell suscribió estos mismos principios explicativos, como indica el título de su obra principal: "Principios de la geología por medio de los cuales se intentan explicar los anteriores cambios de la superficie terrestre según causas hoy día en acción" (1830-1833), la primera historia científica de la evolución del planeta.

El desarrollo moderno de la geología parte de la aceptación general de las teorías de Lyell en la segunda mitad del siglo XIX y se centra en torno a algunas cuestiones importantes:

Las diversas teorías sobre la formación de las montañas.

El estudio de las formas del terreno y sus cambios, iniciado ya en el siglo XVIII por Guettard.

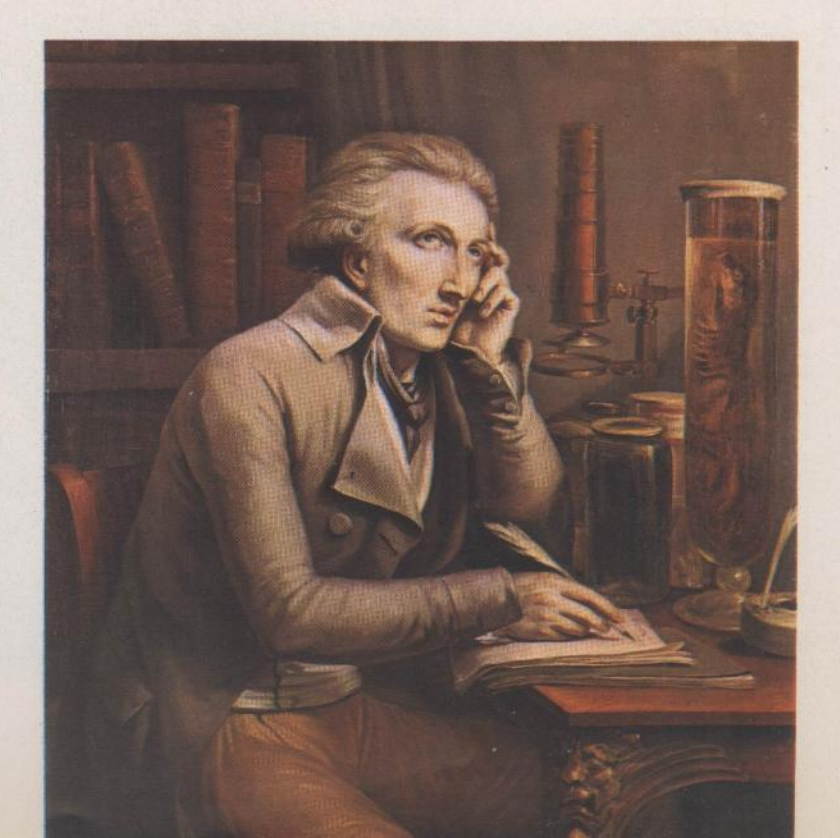
La creación de servicios geológicos nacionales en todos los países, encargados de confeccionar mapas geológicos.

1815	W. Smith, "Mapa geológico de Inglaterra, País de Gales y parte de Escocia".
1815	Griffith, "Mapa geológico de Irlanda".
1826-1832	L. von Buch, "Mapa geológico de Alemania".
1847-1873	E. de Beaumont, "Mapa geológico de Francia".
1856	Murchison y J. Nicol, "Mapa geológico de Europa".

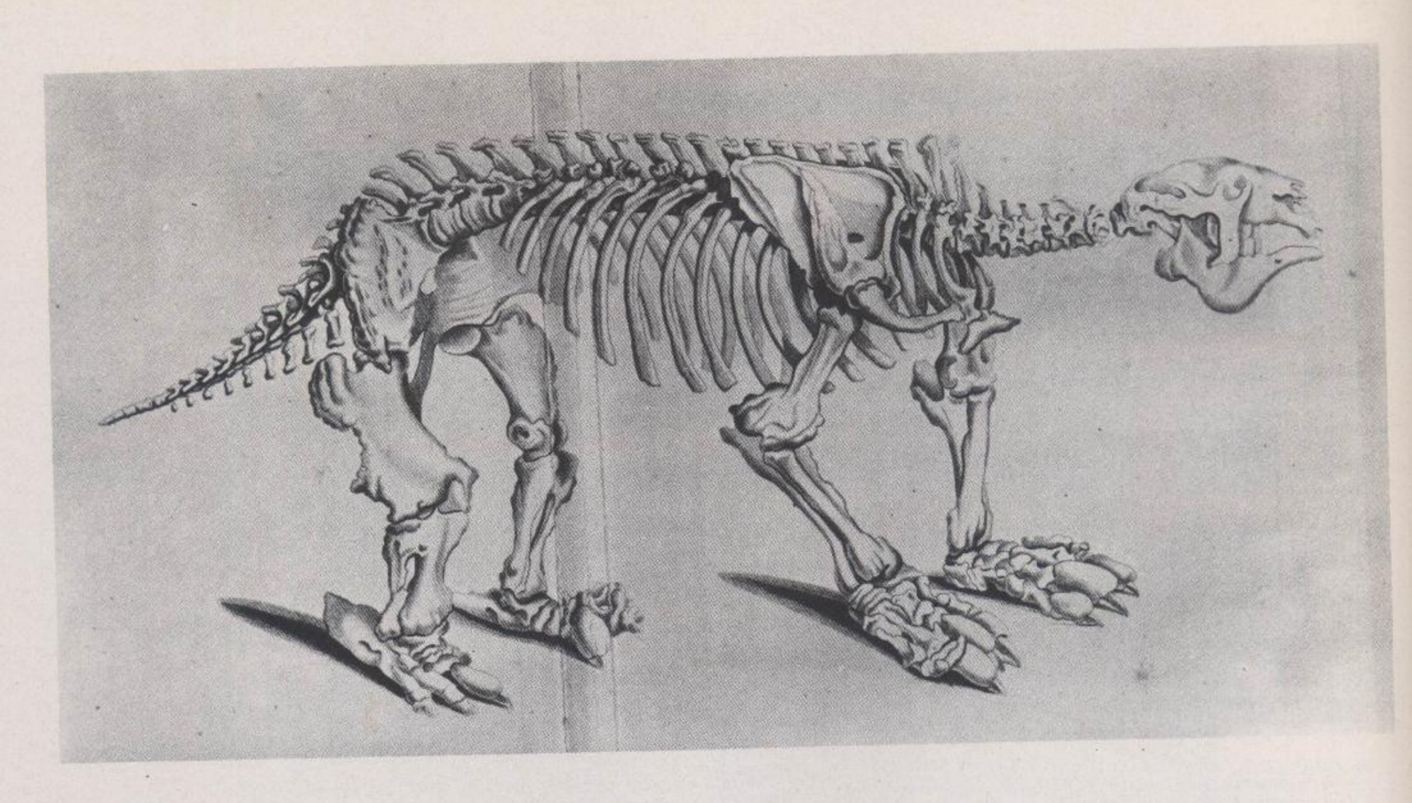
libro con sus observaciones: *Voyage of the Beagle*.

A esta expedición científica, honra de la marina inglesa, siguieron la del buque *Rattlesnake* a los mares australianos, llevando como médico adscrito a Th. Huxley, campeón de las ideas de Darwin acerca de la evolución, y la del *Challenger,* que debía navegar muchos años por el Atlántico y el Pacífico para recoger "todos los datos posibles en materia de oceanografía, historia natural y cuanto pudiera creerse de interés científico a juicio de los navegantes".

Viajeros y exploradores empezaron a notar en la superficie del planeta señales de erosión y levantamientos que revelaban gran antigüedad. La doctrina tradicional de la formación de la Tierra parecía estar también en desacuerdo con la presencia de fósiles de animales en terrenos antiquísimos. Los filósofos griegos se habían ya preocupado de los



Georges Cuvier, por Van Bahe (Museo de Historia Natural, París). Este naturalista francés, considerado como uno de los fundadores de la anatomía comparada, estableció además las bases de la paleontología.

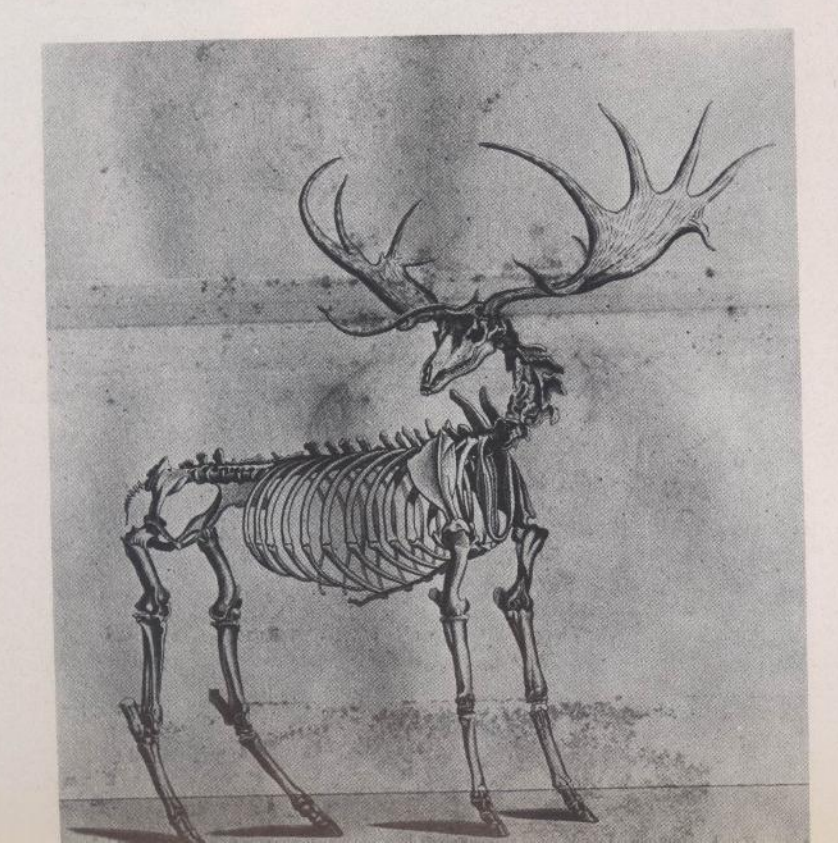


Megaterio y ciervo gigante, dibujos que ilustran la obra de Cuvier "Discours sur les révolutions du globe", publicado en París en 1840 en su octava edición (Biblioteca Central, Barcelona).

fósiles, pero no habían sabido encontrar más explicación de su existencia en el seno de las rocas sino que la Naturaleza tiende a producir formas y que cuando no puede crearlas vivas y animadas, las forma de piedra inerte. Consideraban los fósiles como *ludus naturae* (bromas de la naturaleza) y resultado de una *vis plastica* (energía o voluntad plástica) del mundo. En la Edad Media los fósiles se creyeron tretas del diablo, que intentaba imitar la obra del Creador. Bernard Palissy fue el primero que reconoció en los fósiles reliquias de animales y plantas petrificados, y en el siglo XVIII se empezaron a coleccionar como tales. A principios del siglo XIX, en pleno período romántico de la ciencia, Georges Cuvier intentó la reconstrucción de animales desaparecidos, *antediluvianos,* con los restos de fósiles y huesos que se descubrían en los alrededores de París. Para explicar la desaparición de estas faunas que habían poblado antes el planeta propuso una serie de "catástrofes". Era evidente que se necesitaba más de un diluvio para tantas capas de fósiles sumergidos en los terrenos, pero creía que después de cada catástrofe algunos seres vivos que habían escapado a la destrucción en islas u oasis se extendieron de nuevo sobre la tierra seca.

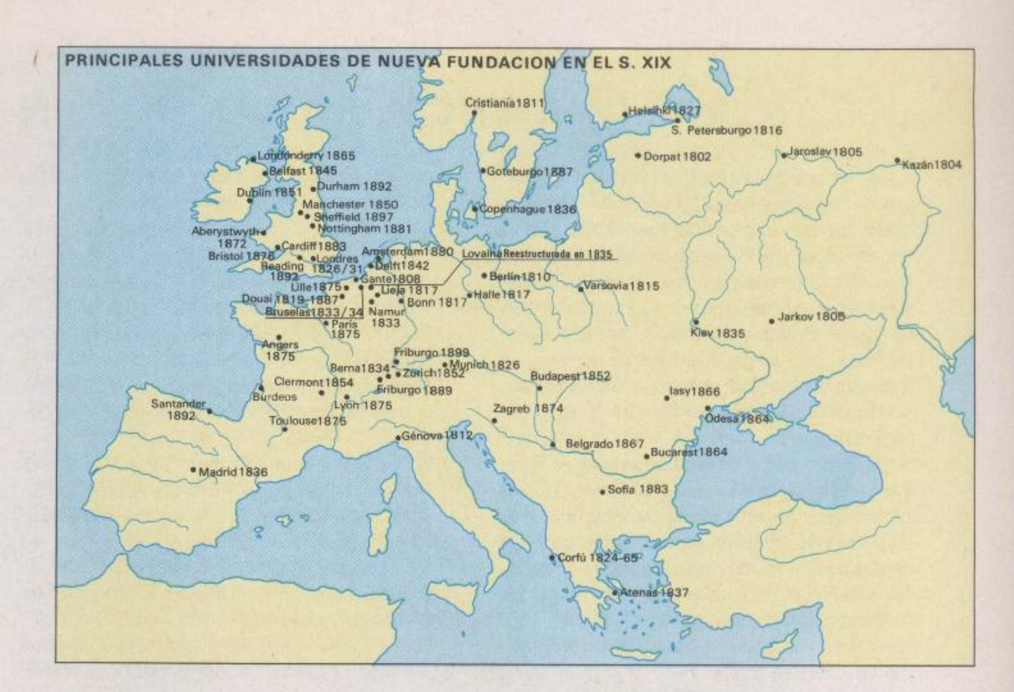
Cuvier sólo conocía las montañas del macizo central francés y los Alpes, que se prestan a esta interpretación; más adelante, cuando la geología se convirtió en una ciencia, no se pudo sostener la tesis de las catástrofes y hubo necesidad de explicarlo por largos períodos de enfriamiento.

La sistematización científica de los conocimientos geológicos había comenzado ya en el siglo XVIII con la obra del escocés Hutton, *Teoría de la Tierra.* Según Hutton, muchas de las actuales rocas derivan de otras más antiguas por erosión del viento y de las aguas. Este proceso de destrucción y sedimentación continúa todavía; no hay, pues, necesidad de proponer fenómenos catastróficos para explicar lo que ocurrió en otras edades. Hutton era sólo un aficionado a ob-

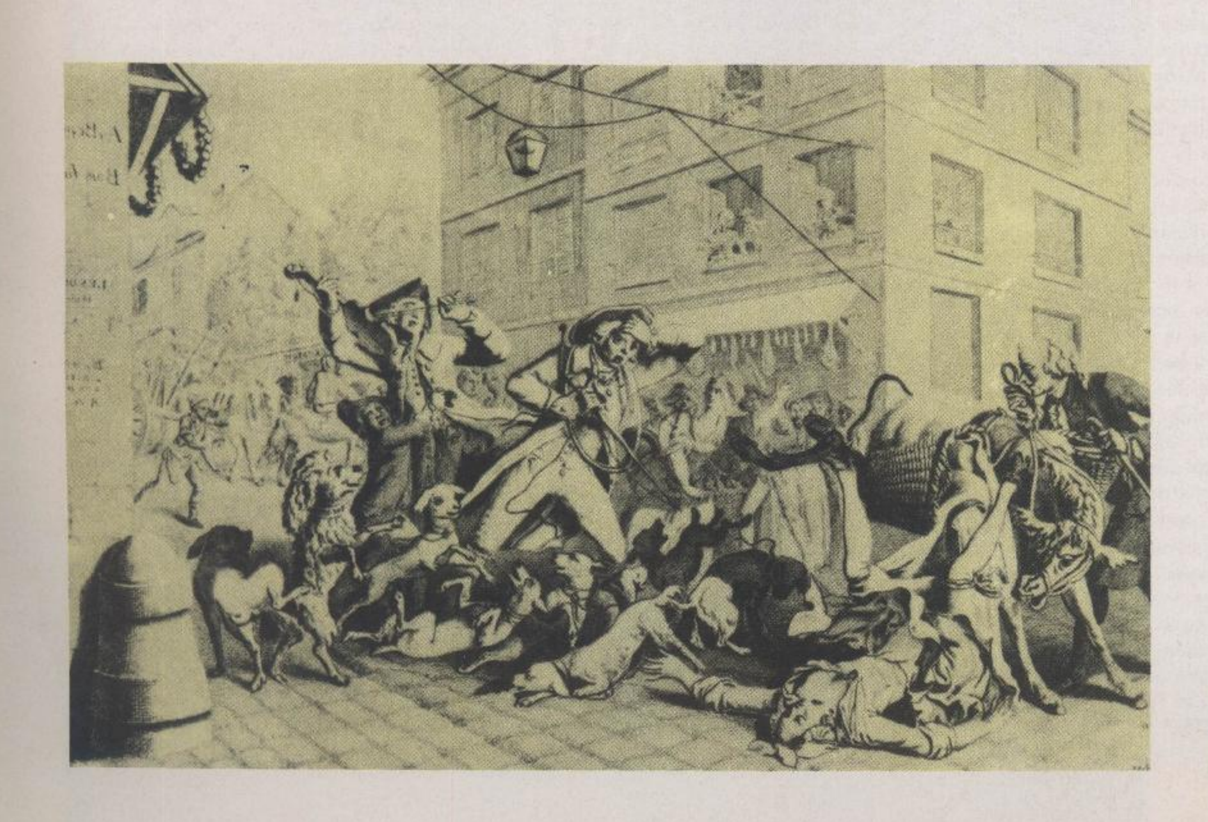


servar los terrenos como tantos otros, pero sus ideas geniales fueron la directiva de los estudios metódicos de Charles Lyell. Este era ya un graduado de Oxford, que pudo viajar y compilar bastantes datos para sus *Principios de Geología*. Lyell desterró de sus *Principios* todo cuanto era fantasía y superstición, y trató de explicar lo remoto por lo presente, lo que ocurrió en anteriores períodos geológicos por lo que ocurre ahora en la Tierra. Posteriormente Lapparent, D'Orbigny y otros continuaron los estudios de estratigrafía de las diferentes capas de terrenos, dividiendo la historia del planeta en cuatro períodos: primario, secundario, terciario y cuaternario. Cada uno de éstos se subdivide en otros períodos, a los que se dieron nombres derivados de los lugares donde aquel terreno se manifiesta más francamente, como el jurásico, que recibe su apelación del Jura.

Mientras tanto se hacían esfuerzos para averiguar algo del fenómeno más sensacional que se manifiesta sobre la corteza terrestre, o sea la vida. Empecemos por las teorías generales. Linneo, a fines del siglo XVIII, consideraba el universo creado definitivamente por Dios para que le honre y glorifique. Pero expresa su fe o su duda diciendo que el Señor del universo "puede llamarse Destino o Fatalidad, porque todo depende de su decisión; puede llamarse Naturaleza, porque todo emana de El; puede llamarse Providencia, porque todo ocurre según su voluntad". La vida, según Linneo, se mantiene por la respiración con auxilio de un *fluido vital*.



Buffon, "jardinero del rey" o director del Jardín de Plantas de París, trató también en el siglo XVIII de ser más preciso que Linneo. Influido por Voltaire, se resiste a creer que el origen de la vida sea un acto particular de la creación; la vida, dice, no es una cualidad metafísica de las criaturas vivientes, sino un fenómeno físico de la materia. Para explicar las diferentes formas que toman los seres vivos, Buffon presupone una serie de "moldes internos", inherentes a la Naturaleza y que la obligan a organizarse según dichos moldes. Qué son y por qué son estos moldes in-



El magnetismo en acción, caricatura francesa contra el mesmerismo.

LA CIENCIA ROMANTICA EN ESPAÑA

Los descubrimientos científicos del siglo de las luces llegaron a España con notable retraso, siguiendo en esto la tónica de lo ocurrido durante la época de los Austrias. Sin embargo, ese retraso fue aminorándose paulatinamente: España, abierta hacia Francia, fue asimilando las corrientes de pensamiento imperantes en esta última nación y, a través de ella, conoció la producción de los principales sabios europeos.

El parentesco lingüístico entre el francés y el castellano facilitó mucho esta receptividad. En el reinado de Felipe V, Félix Palacios traduce el curso de química de Lémery (1675), que equivale a la introducción de la nueva química; en 1735, los oficiales de marina Jorge Juan y Antonio de Ulloa acompañan a la expedición de La Condamine al Perú y toman parte en los trabajos de medición de un grado de meridiano. Los resultados obtenidos probaron que la Tierra está aplastada por los polos, tal y como exigía la teoría de Newton. A su regreso publicaron el libro *Relación histórica del viaje a la América meridional* (Madrid, 1748), que puede considerarse como uno de los primeros, si no el primero, de los signos del renacimiento intelectual español.

El reinado de Fernando VI (1746-1759) es el punto de arranque del resurgir científico, que estuvo a punto de conseguir la incorporación intelectual de España a Europa: se acortan rápidamente distancias. En un momento de internacionalismo de las ciencias, de libre mercado de "cerebros" como diríamos hoy, España se transformó, al igual que Rusia, en uno de los mejores mecenas de los científicos y capta a cuantos puede: Bowles, Proust, Herrgen, Storr y, aunque fracasa al querer importar a Linneo y Lagrange, consigue, en cambio, incorporarse al movimiento matemático y botánico gracias a los estudiantes españoles que amplían estudios en París. Y de regreso a la patria se ven protegidos por el gobierno ilustrado, que frena, si es necesario, las impaciencias y suspicacias de los tradicionalistas, que aún sueñan en una Inquisición al "viejo estilo" de la época de Felipe II. Y si los introductores de las nuevas corrientes científicas caen en manos de la Inquisición (fueron bastantes los que se hicieron sospechosos), se procura que las molestias que se les inflijan sean mínimas.

La época de Fernando VI representó para España la introducción del cálculo infinitesimal, en el cual descollaron Jorge Juan, Vimercati (italiano, profesor de la Escuela de Artillería de Segovia y más tarde de la de Guardias Marinas) y Bails, autor de una enciclopedia de matemáticas que, si bien sigue fielmente el modelo francés, tiene ya un nivel digno para la época en que se escribe; además es en su reinado cuando se fundan el Real Gabinete de Historia Natural (1752) y el observatorio de marina de Cádiz (1754), trasladado en 1798 a San Fernando.

Así, a fines de siglo y principios del siguiente, el XIX, España se ha incorporado ya, y en ciertos casos se ha puesto a la vanguardia, al movimiento creador de la Europa coetánea. Baste pensar, en este último aspecto, que españoles fueron los descubridores de tres nuevos elementos químicos: el platino, el tungsteno y el vanadio.

El platino aparece descrito por primera vez por Ulloa en el libro antes ya citado. Dice haberlo encontrado en las arenas de Río Pinto (Colombia) en 1736 y que es "una piedra de tanta resistencia que no es fácil romperla ni desmenuzarla con la fuerza del golpe sobre el yunque de acero". Existen —es evidente— algunas alusiones anteriores, de tipo popular, sobre este metal, pero ninguna es tan correcta y exacta. Las propiedades del mismo fueron estudiadas primero por Watson (1750) y luego, en el laboratorio de Vergara, por Chavenneau (1786).

En este mismo laboratorio hicieron sus experimentos dos pensionados del gobierno español tras sus estudios en la escuela de minas de Freiberg (Sajonia), y en Suecia, los hermanos Elhuyar. Si el descubrimiento del platino puede considerarse como resultado de la observación más que de un esfuerzo continuado y eficaz por parte de Ulloa, no ocurre lo mismo con el tungsteno o volframio.

Juan José de Elhuyar (1754-1796) había oído hablar a sus maestros suecos, Scheele y Bergman, de la posible existencia de un nuevo cuerpo. Llegado a España, y gracias al maravilloso utillaje del laboratorio de Vergara, que, según testimonios de extranjeros dignos de crédito, era el mejor de la Europa de la época, pudo conseguir aislar el nuevo metal. En cambio, el vanadio se obtuvo en México por Andrés Manuel del Río (1765-1849), quien estudió en Freiberg, Chemnitz —en donde fue condiscípulo del barón de Humboldt— y París, ciudad en la que trabajó con Lavoisier. Luego pasó a engrosar el profesorado del Seminario de Minería de México, dirigido por Fausto de Elhuyar (1755-1835). Por razones del cargo recorrió el territorio mexicano y en el plomo pardo de Zinopán descubrió (1801) el vanadio, que él llamó pancromo y eritronio; el nombre actual procede de Berzelius.

Este desarrollo tan brillante de la minería y de la incipiente geología quedó truncado bruscamente, pero no de un modo tan dramático como el de las restantes ciencias, gracias a que Fausto de Elhuyar, de regreso en España (1821), alcanzó altos cargos administrativos que le permitieron influir eficazmente en la política cultural de su departamento, continuar en conexión con Europa y formar buenos discípulos —como Ezquerra del Bayo— que ampliaron estudios en diversos países y consiguieron poner en marcha la gran obra del mapa geológico de España y mantener un nexo de unión con la geología y minería españolas del siglo XVIII.

Los orígenes de la botánica hay que buscarlos en los trabajos de la familia barcelonesa Salvador (1641-1761), del médico de los ejércitos de Felipe V y Fernando VI, Quer (1695-1764), en los trabajos del sueco Loefling (1729-1756), enviado por Linneo a España al no aceptar éste la invitación de Fernando VI de instalarse en nuestro país. Los trabajos de Gómez Ortega (1740-1810) y de Cavanilles (1745-1804), ya en los reinados de Carlos III y Carlos IV, nos presentan una botánica que en nada desmerece de la mejor de entonces. Es ahora cuando se emprenden las grandes expediciones destinadas a inventariar las riquezas naturales de la América hispana: así, José Celestino Mutis (1732-1808) dirigió la confección de la *Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada* y descubrió o estudió el té de Bogotá, el guaco, la ipecacuana y varias especies de quina; el colombiano criollo Francisco José de Caldas (1768-1816) inventó un hipsómetro mucho más exacto que los conocidos en la Europa contemporánea; Antonio Pineda y Luis Nee tomaron parte en la expedición de Malaspina (1789-1794) por el Pacífico; Martín Sessé recorrió, de 1795 a 1804, el virreinato de Nueva España, etc.

En otro sentido no puede dejar de mencionarse a dos ilustres catalanes, Antonio de Martí i Franqués, también conocido como Martí d'Ardenya (1750-1832), y Francisco Salvá y Campillo (1751-1828). Al primero se debe la determinación de la proporción exacta de los dos "aires" principales que componen nuestra atmósfera, determinando (1790) que el oxígeno está en proporción comprendida entre el 21 % y el 22 %. En todos sus estudios demuestra estar al día de los métodos de trabajo y resultados obtenidos por los principales científicos de la época (Priestly, Cavendish) y conoce bien la obra de Lavoisier, al que admira, sigue y en determinados lugares completa. A él se debe un artificio para poder reducir sus observaciones a las condiciones normales de presión y temperatura, que constituye un precedente de la bureta normal de Hempel. Su labor quedó truncada por la guerra de la Independencia; su casa fue saqueada y los últimos años de su vida transcurrieron en experimentos centrados en torno a la generación espontánea que no condujeron a ningún resultado. Amigos suyos, y discípulos en parte, fueron personajes que destacaron luego en botánica [Mariano de la Paz Graells (1808-1898)] y física [Juan Agell (1809-1868)].

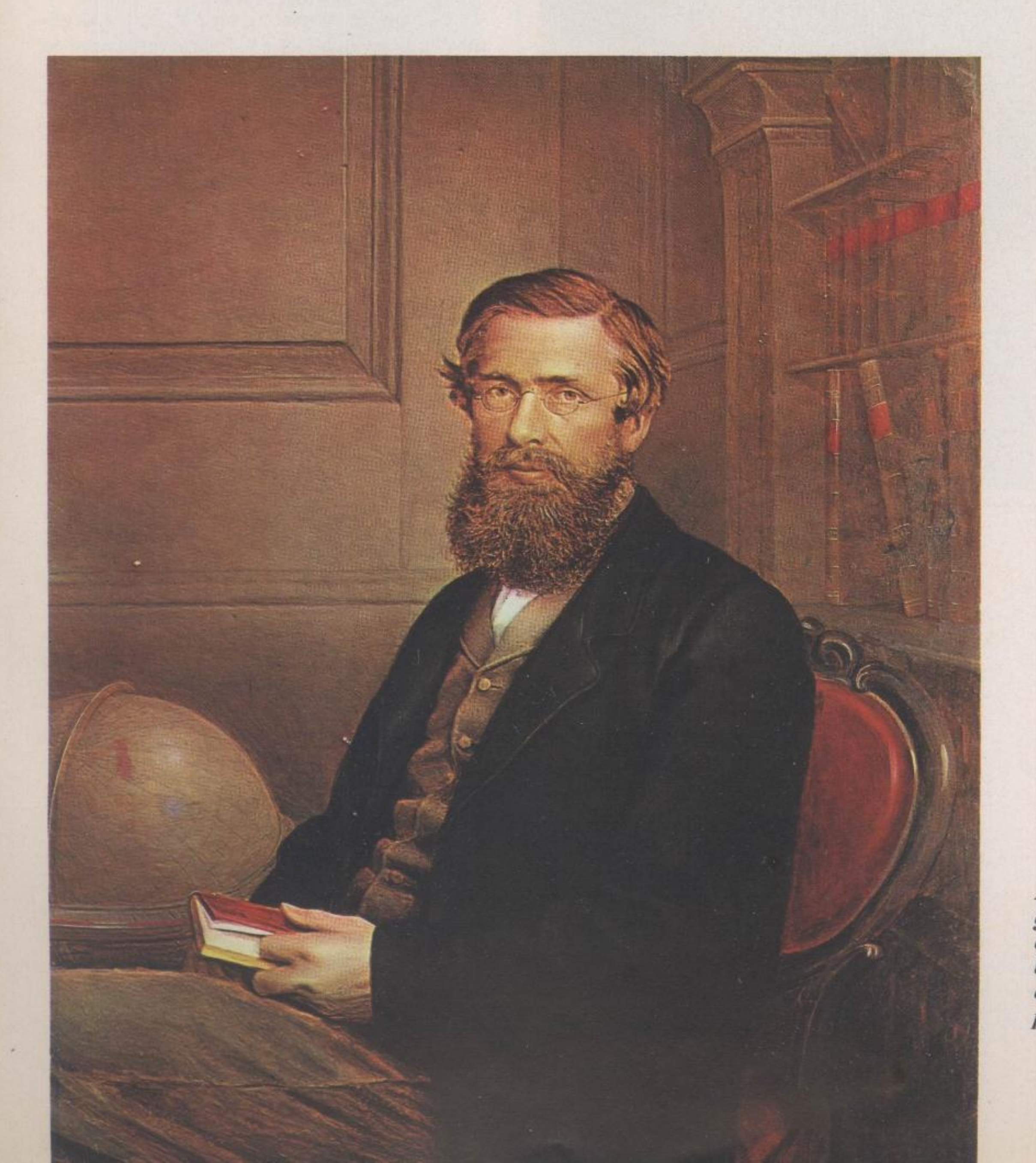
A Salvá se deben los primeros experimentos hechos en España para aplicar la electricidad a la telegrafía (1793) y que, según nos informa la *Gaceta* de Madrid

del 29 de noviembre de 1796, tuvo un éxito completo: "El Excmo. Sr. Príncipe de la Paz, que por todos los medios desea fomentar los progresos de la ciencia útiles en el reino, noticioso de que el Dr. D. Francisco Salvá había leído a la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona una Memoria sobre la aplicación de la electricidad a la telegrafía, y presentando al mismo tiempo un telégrafo eléctrico de su invención, quiso examinarlo por sí mismo, y satisfecho de la sencillez y prontitud con que se habla con él, proporcionó al inventor la honra de hacerlo ver a los Reyes nuestros Señores. Al día siguiente, y en presencia de S.S.M.M., el mismo Señor Príncipe hizo manifestar al telégrafo las palabras que juzgó oportunas, con mucha satisfacción de las Reales Personas. Pocos días después este telégrafo pasó al cuarto del Serenísimo Señor Infante Don Antonio, y S.A. se propuso hacer otro más completo y averiguar la fuerza de electricidad que se necesita para hablar con dicho telégrafo a varias distancias que sea, ya por tierra, ya por mar: a este fin ha mandado S.A. construir una máquina eléctrica, cuyo disco tiene más de 40 pulgadas de diámetro, con los demás aparatos correspondientes, y con ella ha resuelto emprender S.A. experimentos útiles y curiosos que le ha propuesto el mismo Dr. Salvá, de los que a su tiempo se dará noticia al público".

Todo este movimiento queda truncado por la invasión francesa y la restauración fernandina, con la persecución de los ilustrados afrancesados y liberales, que eran, en definitiva, quienes habían introducido la ciencia europea en España.

Sólo cuando queda asentada definitivamente en el trono Isabel II, y cuando se han perdido cincuenta años, se inicia de nuevo tímidamente la incorporación de España a la ciencia contemporánea siguiendo una política similar a la empleada por los gobiernos ilustrados; así, se funda la Real Academia de Ciencias y gran número de instituciones, muchas de las cuales aún perduran. La revolución de 1868 hizo el resto, permitiendo la introducción de ideas que no se consideraban excesivamente ortodoxas, como son las teorías de la evolución de las especies, de la pluralidad de los mundos habitados, etc. Desde este momento la ciencia occidental no ha dejado de ir fluyendo en nuestro país, y ciñéndonos al campo de la matemática baste con citar a Echegaray, quien introdujo la geometría de Charles y el cálculo de variaciones; Eduardo Torroja, la geometría de Staudt; Reyes Prosper, las geometrías no euclídeas; García de Galdeano, la teoría de funciones de variable compleja de Cauchy, etc.

J. V.

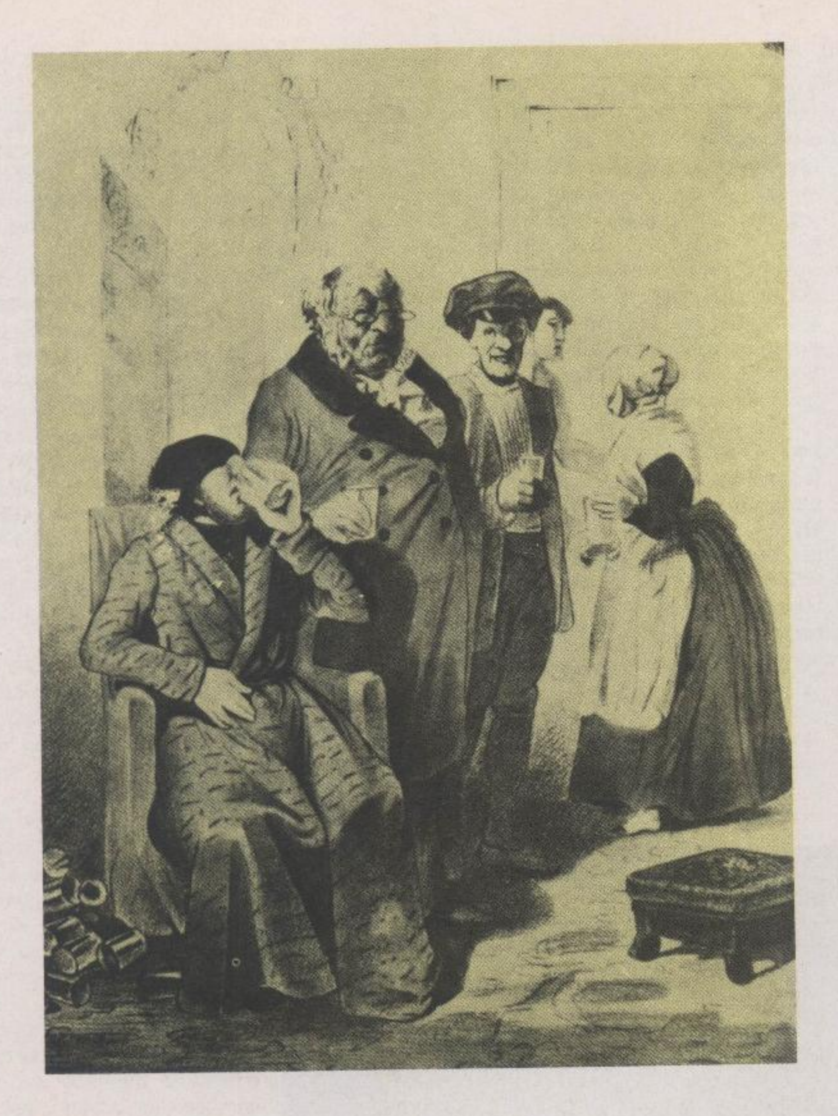


A. R. Wallace, naturalista inglés que, casi al mismo tiempo que Darwin, también propuso la evolución para explicar la aparición de las nuevas especies.

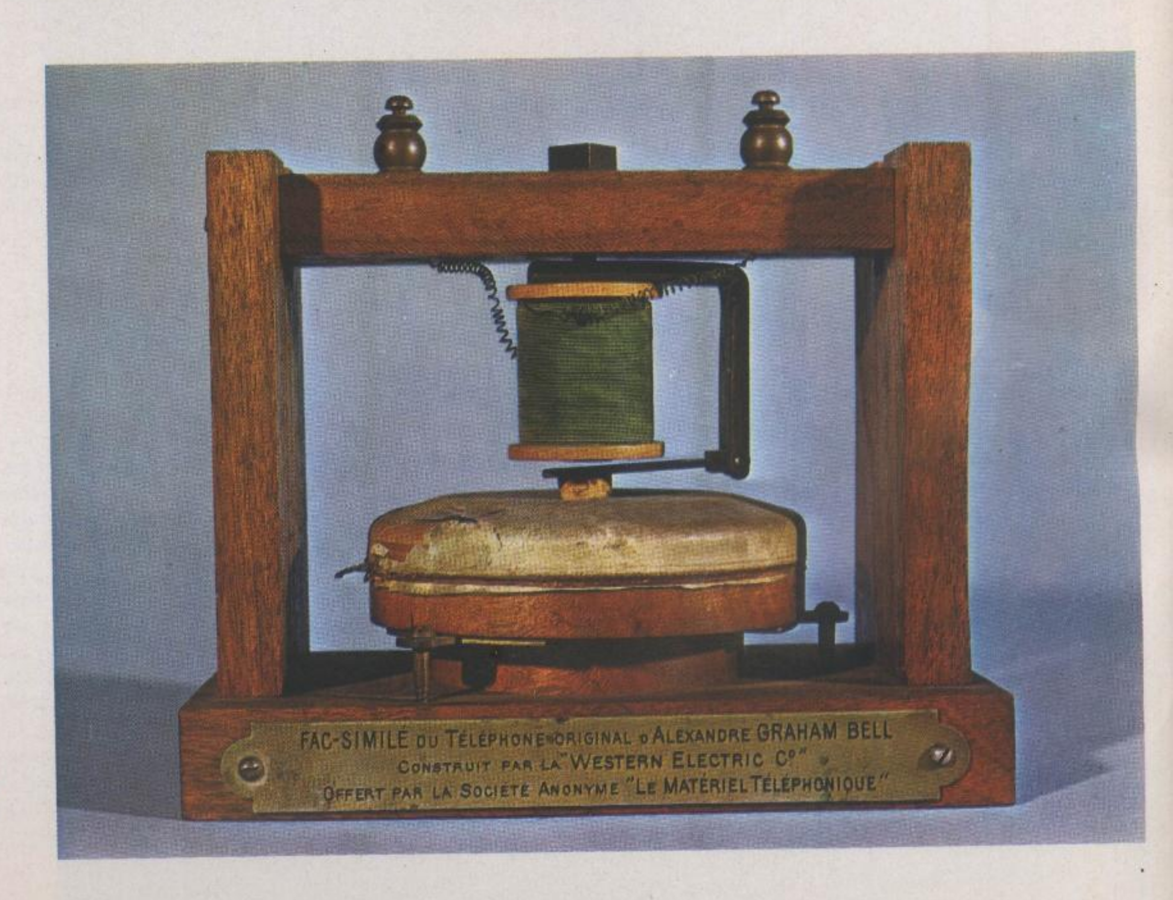
ternos, ni siquiera trata de explicarlos Buffon; queda más vago todavía que la causa primera aceptada por Linneo.

No continuaremos con las hipótesis acerca del origen de la vida expuestas por los filósofos naturalistas románticos, porque la mayoría eran puros panteístas. Más original es el concepto de Erasmus Darwin, muerto en 1820, abuelo del evolucionista, también naturalista, que concebía la vida originada por la propiedad de "irritarse" de ciertas fibras que son la sustancia básica de todos los cuerpos animados. Pero al comenzar el siglo XIX, como no podía menos, la vida se hizo depender de un fluido, una especie de fuego, que Lamarck llama fuego etéreo. Se transmite por la fecundación del embrión y produce lo que se llama *orgasmo vital,* fenómeno que mantiene las moléculas del cuerpo vivo en estado de tensión, asignándoles lugar y servicio en cada órgano. La sangre, sigue explicando Lamarck, secreta el fuego etéreo y lo distribuye por el cuerpo mediante el sistema nervioso.

Los primeros trabajos de química orgánica habían manifestado claramente que la materia viva se componía de las mismas sustancias que encontrábamos en los minerales. Esto animó a Berzelius a regresar al concepto de Buffon desechando todo agente extraordinario para explicar la vida. "Debe de ser una consecuencia necesaria de la combinación de los elementos inorgánicos cuando es-



Caricatura francesa contra el furor por la hidroterapia, sistema de curación de algunas enfermedades que alcanzó gran predicamento en aquella época.



Reconstrucción del teléfono de Graham Bell (Conservatoire d'Arts et Métiers, París).

LA OBRA PALEONTOLOGICA DE G. CUVIER

Durante los siglos XVII y XVIII, los hallazgos de restos de grandes vertebrados fósiles se repiten con cierta frecuencia. En la mayoría de los casos, se les considera testimonios de la existencia de especies de animales gigantes que, según la leyenda, poblaron la Tierra en los tiempos primitivos. Buffon, en 1778, adelanta una interpretación correcta de tales descubrimientos: no son sino huesos de animales desaparecidos, sin equivalente en el mundo actual. En 1787, Camper formula por primera vez una teoría que tendrá gran éxito: ciertas especies animales han sido destruidas por las revoluciones y cambios violentos que han sacudido la corteza terrestre desde la creación.

De acuerdo con las ideas de Buffon y Camper y sobre sus sólidos conocimientos de anatomía comparada fundamentará Cuvier una nueva ciencia: la paleontología o estudio de los fósiles.

De sus estudios de anatomía comparada ha deducido Cuvier un principio general de los organismos vivientes, la correlación de las formas, que él mismo expone así: "Todo ser organizado forma un conjunto único y autónomo, cuyas partes se corresponden entre sí y se influyen recíprocamente, colaborando todas a un mismo objeto. Ninguna de ellas puede cambiar sin que resulten alteradas al mismo tiempo las demás y, por tanto, conocida una de ellas, pueden deducirse sin dificultad todas las demás. Si los intestinos de un animal están hechos sólo para digerir carne, es necesario que sus molares puedan devorar la presa, que sus garras puedan retenerla y sus dientes desgarrarla, que todos sus órganos del movimiento estén prestos para la caza y el acecho, para percibirla sus sentidos, y que halla lugar en su cerebro para un instinto poderoso que le enseñe a esconderse y tender trampas a sus víctimas. Éstas son las condiciones generales del sistema carnívoro. Todas estas condiciones deben estar rigurosamente coordinadas entre ellas, porque si una de ellas falta, el organismo no puede funcionar ni el animal subsistir".

Los trabajos paleontológicos de Cuvier se inician en 1793 y su primer objetivo será la reconstrucción del esqueleto completo del mayor número de especies de mamíferos fósiles a partir de los fragmentos o partes de osamenta encontrados en cuevas y excavaciones.

Compara luego con la especie actual los esqueletos obtenidos de las especies fósiles.

De lo que deducirá que faunas distintas se han sucedido sobre la Tierra.

Establece una relación constante entre ciertas especies fósiles y determinados estratos de la corteza terrestre.

Propone para este fenómeno una doble explicación a la vez geológica y paleontológica: la discontinuidad entre los estratos demuestra la acción de violentas sacudidas de la superficie terrestre, que acarrearían la desaparición repetida de toda fauna viviente.

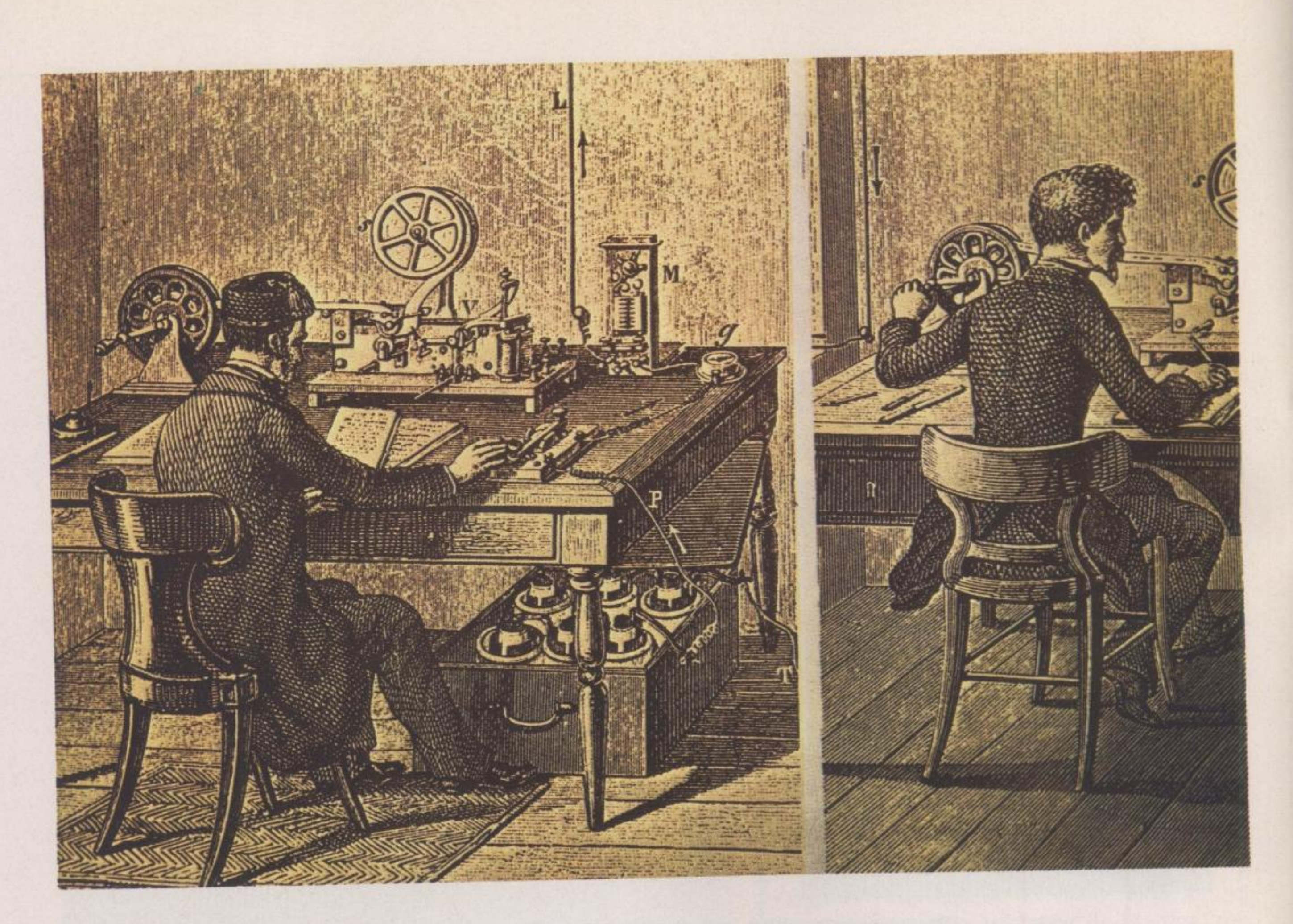
Es decir, para Cuvier está demostrado por la geología la existencia de faunas distintas y sucesivas, pero también la no relación entre ellas. Esta conclusión plantea inmediatamente el problema de la aparición de cada una de las sucesivas faunas que los discípulos de Cuvier, si no él mismo, intentarán resolver, postulando la necesidad de varias creaciones sucesivas. El relato bíblico quedaba desbordado por los mismos que creían necesario salvar su verdad científica.

La no relación entre las distintas faunas supone en Cuvier una negativa absoluta de cualquier transformismo o evolucionismo. En la Academia de Ciencias de París, Cuvier será el adversario decidido de las teorías de Saint-Hilaire y Lamarck. En polémica con ellos, acuñará el argumento clásico de los antievolucionistas: la evolución no ha sido probada experimentalmente, pues no se han encontrado los eslabones intermedios entre el animal fósil y el actual.

tán dispuestos como en los cuerpos vivos..." "Aunque no parezca razonable..., sin embargo, nuestro juicio, nuestra memoria, nuestras reflexiones, lo mismo que los mecanismos del cerebro, del abdomen, de los pulmones, son puramente resultados de combinaciones químicas de un tipo superior a las que forma normalmente la materia inorgánica."

A principios del siglo XIX se había ya perfeccionado el microscopio hasta el punto de distinguir el núcleo de la célula. Blainville fue el primero que declaró, con una confianza que todavía influye en nuestros juicios, que la célula es el elemento esencial de la vida. Las moléculas, absorbidas y expelidas por las células, forman como una especie de torrente circulatorio; el cuerpo orgánico es un gran crisol donde se transforma la materia. El impulso que produce esta composición y descomposición no lo declara Blainville.

Pero la mayor contribución a la biología moderna de esta época romántica fue el progreso de la ciencia que hoy llamamos anatomía comparada. No era enteramente nueva, ya que Aristóteles y Galeno se habían fijado en las semejanzas y discrepancias de los órganos de los animales. En el siglo XVIII investigadores como Hutton, Buffon y Dauberton habían hecho de la comparación de los órganos de los seres vivos un estudio especial.



Instalación telegráfica de tipo morse de hacia 1854. Morse inventó un sistema de transmisión en que las letras del alfabeto se sustituían por impulsos eléctricos representados por puntos y rayas.

En 1805 Cuvier publicó unas *Leçons sur l'anatomie comparée,* en las que con sobriedad y elegancia francesa puntualiza la mayoría de los casos de analogía y diferenciación en los órganos de los animales estudiados hasta entonces desde aquel punto de vista. Cuvier no va más allá de fijar datos; sólo añade una teoría algo peligrosa de correlación: "Si un órgano cambia por alguna causa exterior, de casi todos los otros puede predecirse en qué sentido cambiarán". Por lo tanto, si un animal de tipo herbívoro se convierte en carnívoro, no sólo cambian sus dientes, sino que aparecen las garras para capturar la presa; el aparato digestivo y las secreciones, los órganos de la vista y del olfato han de cambiar correlativamente. Hoy se ha probado que no es exacta esta teoría de la correlación, que parece tan sensata. El elefante, por ejemplo, tiene grandes dientes y, sin embargo, no mastica las hojas que engulle.

Los verdaderos fundadores de la moderna anatomía comparada, ya en pleno siglo XIX, fueron Geoffroy Saint-Hilaire y Vicq d'Azyr. Ambos creyeron encontrar tales pruebas de progreso continuado en la serie de los órganos de las diferentes especies zoológicas, que permitían asegurar que cada especie derivaba de otras anteriores, y todas de materia orgánica casi amorfa, o protoplasma. Esta idea pareció reforzarse con el estudio de los embriones; todos empezaban siendo casi idénticos, poco a poco se iban complicando con más elementos y en los animales llamados superiores los órganos conseguían con el tiempo su máxima complicación.

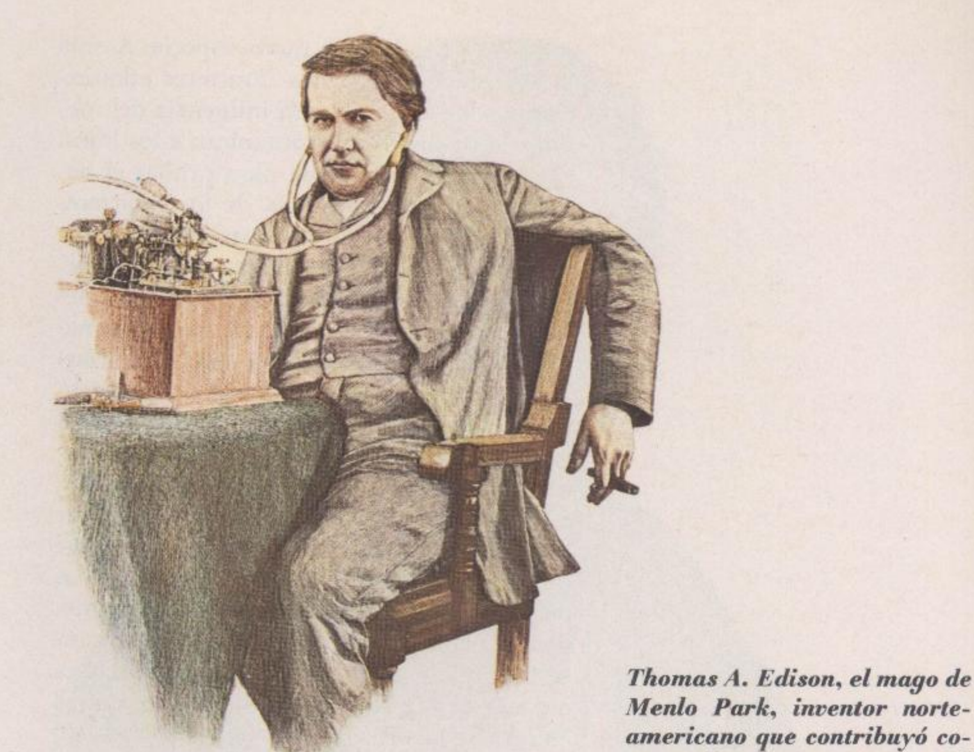
Lamarck, profesor de zoología en París, trató de explicar los cambios por una teoría que llamó *transformismo.* Se basaba en cuatro leyes que él creía esenciales de la materia orgánica: la vida tiende a aumentar hasta un cierto límite que está en la naturaleza de cada ser; los órganos cambian según las necesidades; nuevos órganos se desarrollan si es necesario, y, finalmente, los cambios ocurridos en los organismos padres, según las tres leyes anteriores, se transmiten a su descendencia. He aquí el ejemplo clásico: las jirafas tienen el cuello largo porque poco a poco han tenido que comer hojas de ramas cada vez más altas.

La segunda explicación de los cambios que se notaban en los organismos según los trabajos de anatomía comparada es la famosa teoría de la *evolución,* mucho más aceptable que el transformismo, hoy desacreditado, de Lamarck.

La obra en la que Darwin trató de explicar

las causas de la gradual evolución de los órganos hasta formar especies diferentes tiene por título: *Origen de las especies por medio de la natural selección, o sea preservando las razas favorecidas en la lucha por la existencia.* Este largo título, generalmente reducido a su primera parte, *Origen de las especies,* concentra la teoría de Darwin. El factor esencial para producir el cambio de una especie en otra es la lucha por la existencia, con el triunfo del más fuerte. Resumiendo, las razones de Darwin son como sigue: primero, el medio ambiente puede influir en la forma de un animal; la abundancia de comida hará desarrollar una especie enana, y viceversa. Segundo, la costumbre cambia también la forma; el pato doméstico olvida el vuelo, los perros tienen las orejas caídas porque viven en la domesticidad. Darwin dice que el hombre produce estos cambios a menudo voluntariamente en los animales y plantas. Pero la tercera y capital causa de evolución es la lucha por la existencia. Los fuertes de una cría son generalmente los únicos que sobreviven en una familia numerosa. La destrucción de los débiles es absolutamente necesaria en la Naturaleza. Un par de elefantes, los animales que se reproducen más lentamente de todos los seres de la creación, se multiplican hasta formar, en 750 años, un rebaño de diecinueve millones de individuos. Casi contemporáneamente a Darwin, Wallace proponía también el factor de la evolución para explicar la aparición de nuevas especies; era, pues, una hipótesis inevitable de la época. La vida, como todo en la época romántica, era un proceso trágico, fatal, inexorable, de evolución.

El resultado de la lucha por la existencia, según Darwin, es una selección natural que



Thomas A. Edison, el mago de Menlo Park, inventor norteamericano que contribuyó como nadie al progreso material humano (Biblioteca Nacional, París).



Fonógrafo de Edison (Museo de Ciencia y Técnica, Florencia), el sencillo principio de nuestros actuales equipos de alta fidelidad.

acaba por producir la nueva especie. Acepta la idea de Lamarck: los caracteres adquiridos por los padres con la influencia del medio y la costumbre se comunican a los hijos. Los ejemplos que añade para probar el hecho capital de la herencia de los caracteres adquiridos son casi ridículos; sospecha que los hijos de los obreros de las minas de carbón en Inglaterra tienen las manos grandes porque a sus padres se les hicieron las manos grandes con el trabajo. Mas para Darwin el factor capital de la evolución es siempre la selección. Se eliminan los individuos inferiores, y así de una manera natural –inconsciente– se produce la especie superior. Sin embargo, hay fenómenos tan raros que parecen resultado de un esfuerzo inteligente de la vida para salvar especies amenazadas de destrucción. Así, por ejemplo, el mimetismo, o propiedad que tienen algunos insectos de cambiar de aspecto, les sirve para esconderse o pasar inadvertidos, tomando el color y la forma de hojas secas; en el suelo se hace difícil para las aves el distinguirlos, pues se ocultan en la hojarasca con una mímica perfecta. Aves que anidan en lugares oscuros ponen huevos blancos; las que están en riesgo de que les roben sus huevos los ponen con cáscara oscura de apariencia engañosa. Hay mímica de sonidos y de colores.

El libro de Darwin causó escándalo superior al de Laplace. La Iglesia anglicana creyó que la doctrina de la evolución estaba en contradicción con la verdad revelada. Sin embargo, Huxley, Carlyle y, sobre todo, Herbert Spencer defendieron el darwinismo. En Francia la resistencia fue mayor; los discípulos de Cuvier: Quatrefages, Milne Edwards y De Beaumont se resistieron a aceptar las ideas evolucionistas. Darwin fue elegido miembro correspondiente de la Academia de París tras vivas controversias y aun en calidad de botánico. En Alemania la batalla en favor y en contra de la evolución dividió a los naturalistas en dos campos casi de la misma importancia. El darwinismo se asimiló al

LA POLEMICA SOBRE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE

Hasta finales del siglo XVIII, los textos bíblicos sobre la creación y los primeros tiempos de la humanidad se consideran científicamente exactos. Toda la raza humana primitiva, una población de gigantes según la tradición, ha sido destruida por el diluvio universal. La antigüedad de los hombres actuales, descendientes de Noé y su familia, se remonta al sexto milenio antes de Jesucristo. En tanto este esquema explicativo no es puesto en cuestión, los hallazgos de industrias líticas prehistóricas, junto a restos de animales fósiles e incluso restos humanos, son negados o tergiversados, y se ignoran u olvidan los primeros intentos por interpretar su significado al margen de la teología.

1797 J. Frere descubre una industria lítica asociada a restos de una fauna desconocida en Hoxne, cerca de Diss, y en Suffolk. En carta dirigida a la Sociedad de Anticuarios de Londres, de la que es miembro, afirma: "Si bien no son en sí mismos objetos de particular curiosidad..., creo que deben considerarse como tales, dada la situación en que se hallaron... Creo que son evidentemente armas de guerra, fabricadas y utilizadas por un pueblo que no había llegado al uso de los metales... La situación en que se hallaron estas armas pueden tentarnos a referirlas a un período muy remoto, incluso más allá del mundo actual". Impresa en la revista de la asociación "Archaelogia", la carta de Frere pasó desapercibida.

Durante los primeros cincuenta años del siglo XIX se suceden las excavaciones o descubrimientos de grutas, en las que restos humanos o de animales fósiles aparecen junto a objetos de piedra.
1823 A. Boué descubre cerca de Estrasburgo restos de mamíferos extinguidos y parte de un esqueleto humano. La antigüedad del esqueleto es negada por el gran paleontólogo Cuvier, para quien el hombre es posterior a toda fauna extinguida.
1829 P. C. Schmerling encuentra en las grutas de Engis y Engilhoul, cerca de Lieja, sílices tallados, huesos de animales fósiles y osamentas humanas, pero atribuye a cada clase de hallazgos una antigüedad distinta.
1839-1840 J. Mac Ennery considera contemporáneos los sílices y la fauna extinguida encontrados en la Kent's Caverne, en el Devonshire, pero renuncia a publicar su tesis ante la hostilidad de sus colegas.

Director de la Sociedad de Emulación, de Abbeville, Jacques Boucher de Perthes colecciona pedernales tallados recogidos a orillas del Somme. En 1838 expone en Abbeville y París algunos de los objetos hallados y publica el primer volumen de su obra "La Creación: ensayo sobre el origen de la progresión de los seres", donde afirma la contemporaneidad de las hachas talladas y el mamut y otras especies extinguidas. En 1847, su libro "Antigüedades célticas y antediluvianas" matiza su tesis, sin negarla. La población actual nada tiene que ver con la raza fósil cuya industria lítica ha sido descubierta. Fue aquélla la raza antediluviana de cuya completa destrucción nos hablan los libros sagrados.

El "annus mirabilis" de 1859.
1858-1859 W. Pengelly, en representación de la British Association, dirige nuevas excavaciones en la Kent's Caverne y en algunas cuevas vecinas y corrobora las conclusiones inéditas de Mac Ennery.
1859 Boucher de Perthes recibe el apoyo de Rigollot, paleontólogo de Amiens, que acepta su teoría sobre la antigüedad de los sílices del Somme. En la Academia de Ciencias de París se lee una memoria favorable por primera vez a las investigaciones de Boucher.
Tras un viaje a Abbeville, los sabios británicos Prestwich y J. Evans dan una conferencia en la Royal Society de Londres sobre los trabajos de Boucher y declaran probada la remota antigüedad de la raza humana.
El geólogo Ch. Lyell declara estar en condiciones de probar las conclusiones de Prestwich y Evans.

materialismo, se publicaron poesías, sermones, caricaturas, novelas, charadas, que ridiculizaban la evolución. Paralela a la teoría de evolución se lanzó la correspondiente teoría de degeneración. Si los individuos mejor seleccionados por la Naturaleza se mezclaban para producir un tipo superior, cuando por falta de estímulo del medio o de la costumbre se mezclaban individuos deficientes se producía un tipo inferior, el degenerado. La teoría se presentó en forma casi científica por Morel en 1857 en su *Traité des Dégénérescences.*

Las ideas de evolución y degeneración biológica influyeron en todas las ciencias. La fisiología, pedagogía e historia aprovecharon el concepto del cambio progresivo para explicar transformaciones en el lenguaje, en la psicología del niño, en los pueblos. En literatura fue moda presentar casos de evolución y degeneración; Zola, en la serie de novelas de los *Rougon-Macquart,* estudió los fenómenos de herencia, con caracteres adquiridos, en una familia entregada a excesos sexuales y a la bebida. La criminología, con Lombroso, trató casi de excusar a los criminales, como individuos degenerados. Tenían fisonomía con rasgos de acentuada animalidad, el cerebro pequeño, pocas circunvoluciones, cejas prominentes, gran maxilar y forma especial de los músculos de los oídos. Según Lombroso, el 40 por 100 de individuos en las cárceles presentan este tipo de degenerado peludo con tatuajes, poca sensibilidad a las heridas, sexo indefinido, y con frecuencia perezosos: en una palabra, el tipo regresivo hacia los monos antropoides.

Muchas teorías más o menos científicas, derivadas de la fundamental idea de evolución y degeneración, están hoy desacreditadas, pero en sociología contribuyó a formar la doctrina del moderno comunismo enunciado por Karl Marx en *Das Kapital...*

Del mismo modo que los poetas románticos invadían el campo de la ciencia, los hombres de ciencia de la primera mitad del siglo XIX estaban contagiados de romanticismo. Al principio se manifiesta en un interés creciente por el sonambulismo, mesmerismo, magnetismo, hipnotismo y los fenómenos eléctricos de polarización que hacen parecer los cuerpos naturales como dotados de sexo y pasiones. Se escriben libros de *Patología comparada de las ideas* (Hoffman, 1839), *Historia del alma* (Schubert, 1808-1850), *Aspecto nocturno de la ciencia.* La naturaleza y las causas de las enfermedades toman nombres fantásticos; se proponen como tratamiento la homeopatía, el vegetarianismo, y empieza el furor de la hidroterapia: Carlsbad, Wiesbaden, Ems y otros balnearios curan todas las dolencias.

Resumiendo: el romanticismo se percibe en los grandes hombres ya de la primera mitad del siglo XIX por la manía de fabricar hipótesis sin completa información. Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire son todavía románticos en sus teorías, aunque a veces parezcan ya positivistas por la manera de reunir los datos. Prueba de ello es la famosa querella de Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire. Ambos coincidían en que los tipos de animales de cada género tenían cierta analogía de plan; pero Geoffroy afirmaba que todos los animales tenían tanto de común, que podía decirse que no había animales diferentes. *Un seul fait les domine, c'est comme un seul être qui apparaît. Il est, il réside dans l'Animalité: être abstrait, qui est tangible par nos sens sous des figures diverses.* Esto es puro romanticismo, por lo menos es romántica la manera de enunciarlo. No es extraño que levantara protestas en un clasificador de la escuela de Linneo como era Cuvier y que alegrara a un romántico como Goethe. Para Goethe, la disputa Cuvier-Geoffroy tenía más importancia que la revolución de julio de 1830, que se consumaba simultáneamente.

El romanticismo se encuentra todavía en frases como ésta de Claude Bernard: "Cuando decimos que las grandes ideas nacen en el corazón, queremos decir que se originan de nuestros sentimientos, que tienen su ori-



Nicéphore Niepce, inventor de la fotografía.



Máquina fotográfica de Daguerre, firmada por su autor (Observatorio Fabra, Barcelona).

gen psicológico en los centros nerviosos y actúan sobre el corazón".

Con estos conceptos ya puede comprenderse que la práctica de la medicina tenía forzosamente que caer en aberraciones. Se continuó creyendo en los fluidos magnéticos, y se empleó el magnetismo y la cura de aguas con más confianza de la que merecían. En este caso, como ocurre ahora con las vitaminas y los extractos de hormonas, se extremó hasta llegar al borde del crimen. La caricatura de aquellos tiempos revela la maliciosa combinación de fraude y romanticismo de los métodos curativos. Sin embargo, precisamente en esta época de abusos y aberración se emplearon por primera vez los narcóticos para producir la anestesia en las operaciones quirúrgicas. Era de moda entonces el emplear drogas narcóticas para procurarse "paraísos artificiales": poetas y artistas hacían alarde de usarlas; ¿por qué no emplearlas para adormecer al enfermo cuando se necesitan intervenciones dolorosas? El primero en usar éter para anestesia en cirugía fue un dentista americano, Morton, en el año 1844. En 1846 se empleaba ya en el Hospital de Boston y en 1847 era de uso corriente en Edimburgo.

Epoca de fantasía y romanticismo, fue, sin embargo, de grandes inventos prácticos. El progreso lo consiguieron los inventores, no los investigadores ni los experimentadores. Algunos inventos fueron debidos a la pura casualidad. Morse, para inventar la clave telegráfica que todavía usamos, no tuvo que hacer experimentos preliminares. Se había pensado primeramente en enviar comunicaciones por electricidad valiéndose de un haz de hilos, uno para cada letra. Morse imaginó el empleo de una serie de grupos de corrientes largas y cortas, como puntos y rayas, que se podrían combinar haciendo veinticuatro combinaciones, una para cada letra del alfabeto. La invención del teléfono ya requirió más estudio, porque hubo que combinar un sistema de pequeños carbones que permiten o interrumpen el paso de la electricidad al ser movidos por la vibración de una membrana. Inventado por Graham Bell en 1876, el teléfono tardó en perfeccionarse; no se pudieron establecer comunicaciones telefónicas interurbanas hasta 1895.

Acaso nadie ha contribuido tanto al progreso material como Thomas A. Edison, y sin embargo fue el perfecto tipo del inventor ingenioso, autodidacto, sin estudios universitarios. Le llamaron el *mago* porque sus inventos tenían algo de mágico y sobrenatural. Le debemos el fonógrafo, la lámpara de filamento incandescente, el perfeccionamiento de la dínamo y un sinfín de aparatos de distribución y regulación de la electricidad que han abaratado la vida.

Pero ningún invento tiene el carácter tan

romántico de revelación casual como el de la vulcanización de la goma por Goodyear. El caucho es naturalmente flojo y tierno, sin dureza ni resistencia a la fricción. Goodyear observó que se endurecía sin perder sus propiedades elásticas al calentarlo con algunas sales de azufre y cloro.

En el ramo de la óptica, el gran descubrimiento de la época romántica fue la fotografía. Como tantos inventos prácticos de la humanidad, cual la imprenta, el automóvil, etc., no puede decirse en realidad que fue el invento de un solo hombre. La Necesidad y la Posibilidad se encontraron; el agente humano en este caso apenas cuenta. Hacia el 1820, cierto Niepce, de París, sabiendo que el betún de Judea se hace insoluble exponiéndolo a la luz, revistió una plancha metálica de betún y la expuso en la cámara oscura. Las partes que habían sido iluminadas quedaban cubiertas de barniz, y al limpiarlas con ácido se formaba una imagen. El betún de Judea requería una exposición de 6 a 8 horas para fijarse. Casi al propio tiempo, Daguerre hacía experimentos con sales que se descomponían a la luz. Niepce y Daguerre se asociaron, consiguiendo ya resultados que prometían éxito en una explotación industrial. Pero Arago, dándose cuenta de la importancia del asunto, logró que Daguerre y su asociado divulgaran el secreto a cambio de una pensión anual del estado de 6.000 y 4.000 francos, respectivamente.

Cada invención romántica es una verdadera novela, muchas veces una novela de crímenes y latrocinios. Por lo general, los inventores recibieron pocos beneficios, y sus desvelos y esfuerzos en pro del progreso y de la ciencia no obtuvieron la recompensa que merecían; sus inventos fueron explotados por otros que por lo regular ninguna participación habían tenido en ellos. Tal es el caso de la máquina de coser, inventada por Elias Howe en 1846 y explotada en seguida comercialmente por Singer. Y como éste podríamos citar otros ejemplos, que, por desgracia, abundan en grado superlativo.

Pero todo lo que es puro invento científico llega un día, y no lejano, en que se hace práctico, utilizable, aunque se pretenda evitarlo con derechos de invención y leyes de propiedad.

Cuadro de Ch. Schussle titulado "Hombres del progreso" (The National Portrait Gallery, Washington), con los principales inventores norteamericanos. Entre ellos destacaremos al primero de la izquierda, N. T. G. Morton, que aplicó el éter como anestésico; el tercero es S. Colt, inventor del revólver; el primero de los sentados es Ch. Goodyear, descubridor de la vulcanización del caucho; el que está frente a él, Morse, y en la extrema derecha, T. Blanchard, que ideó una máquina para hacer clavos, y E. Howe, la máquina de coser.



BIBLIOGRAFIA

Adams, F. D.	*The birth and development of the geological sciences,* Nueva York, 1954.
Bernal, J. D.	*Historia social de la ciencia,* Barcelona, 1964.
Bodenheimer, F. S.	*The history of biology,* Londres, 1968.
Butterfield, H.	*Los orígenes de la ciencia moderna,* Madrid, 1971.
Gaudant, M. y J.	*Les théories classiques de l'évolution,* París, 1972.
Gilson, E.	*D'Aristote à Darwin et retour. Essai sur quelques constantes de la biophilosophie,* París, 1971.
Gillispie, Ch. G.	*Genesis and Geology,* Harvard Univ. Press, 1951.
Hölder, H.	*Geologie und Paläontologie in Texten und ihrer Geschichte,* Friburgo, 1960.
Leicester, H. M.	*The historical backround of Chemistry,* Nueva York, 1956.
Limoges, C.	*La selection naturelle. Étude sur la première constitution d'un concept (1837-1859),* París, 1970.
Meyer, H. W.	*A history of electricity and magnetism,* Massachusetts, 1971.
Ronchi, V.	*Histoire de la lumière,* París, 1956.
Seans, J.	*L'évolution des sciences physiques,* París, 1951.



Lámpara de gas de mediados del siglo XIX (Museo de la Ciencia, Londres). Al descubrir la lámpara de incandescencia, Edison facilitó en grado extraordinario la iluminación tanto doméstica como de las ciudades.



Lección de Claude Bernard, por L. Lhermitte (Facultad de Ciencias, París). Dentro del positivismo, el papel de Bernard fue primordial al aplicar de manera sistemática el estudio experimental a las ciencias biológicas.

Positivismo y ciencia experimental

En el capítulo dedicado a historiar los orígenes del socialismo romántico mencionamos a Auguste Comte como uno de los discípulos de Saint-Simon. Fue el heredero de todo lo que Saint-Simon tenía de filósofo y científico. Comte continuó la obra de su maestro para catalogar las ciencias y descubrir la síntesis del conocimiento, mientras otros se extraviaban convirtiendo el sansimonismo en religión. Pero tal era la fuerza de la corriente mística entre los sansimonianos, que ni aun Comte, el filósofo, el pensador, el científico pudo librarse del contagio del mal de su época. A mediados del siglo XIX todo el mundo padecía de teofobia o teofilia, y muchas veces la teofobia era una teofilia inconsciente o disimulada. Comte calificó de pura charlatanería el misticismo socialista de los sansimonianos, pero balbuceó un confuso idealismo con el reconocimiento del "Gran Ser", alma colectiva de la Humanidad. Así nació entre los *positivistas,* como se llamaban los discípulos de Comte, otra semirreligión. Comte publicó un calendario con los nuevos santos, uno para cada día del año. Entre los grandes bienhechores de la Humanidad, los santos positivistas, incluye a doña María de Molina y el doctor Francia, dictador del Paraguay. Se conservan todavía en París y en Rio de Janeiro (donde se estableció una numerosa colonia de adeptos positivistas) Templos a la Humanidad, y

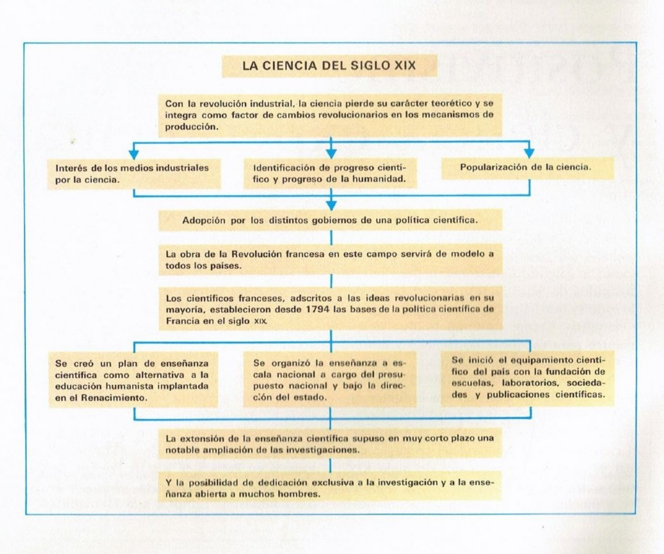


la imagen de Auguste Comte se venera en ellos como un profeta. Están allí también los retratos de los *ángeles* femeninos que inspiraron al fundador de la escuela positivista, sobre todo Clotilde de Vaux, que durante el último año de su vida ejerció en Comte consoladora influencia.

Estas recaídas morbosas de los discípulos de Comte en un seudomisticismo no merecerían recordarse aquí, pues repiten los mismos extravíos de los discípulos de Fourier, Owen y Saint-Simon en sus colonias comunitarias. Pero revela lo profundo e incurable del mal romántico el que los llamados positivistas, que hacían profesión de desdeñar todo conocimiento no procedente de rigurosa observación y comprobado por repetida experimentación, se desviaran también hasta construir templos al "Gran Ser". Sin embargo, no es el romanticismo lo que caracteriza a los discípulos de Comte, sino su positivismo. Littré dice resueltamente: "Lo que llamamos espíritu no es más que una propiedad de la materia, como el calor y la pesantez".

Comte empezó por afirmar que la Humanidad, lejos de ser un ente de razón absoluto, había crecido y evolucionado como un ser vivo. Había pasado por tres etapas, que él llamaba estados de conocimiento: el teológico, el metafísico y el positivista. Durante la etapa teológica la Humanidad atribuía la causa de los sucesos a una o varias entidades di-

Auguste Comte (Biblioteca Nacional, París), el apóstol del positivismo, sistema filosófico que propugna la observación directa de los fenómenos y su exposición, pero sin la pretensión de explicar sus causas primeras.



HUMANITÉ. VIVRE POUR AUTRUI.

CLASSIFICATION POSITIVE

DES DIX-HUIT FONCTIONS INTÉRIEURES DU CERVEAU,

OU

TABLEAU SYSTÉMATIQUE DE L'AME;

PAR L'AUTEUR DU *SYSTÈME DE PHILOSOPHIE POSITIVE*.

AVIS. L'ensemble de ces dix-huit organes cérébraux constitue l'appareil nerveux central, qui, d'une part, stimule la vie de nutrition, et, d'une autre part, coordonne la vie de relation en liant ses deux sortes de fonctions extérieures. Sa région spéculative communique directement avec les nerfs sensitifs, et sa région active avec les nerfs moteurs. Mais sa région affective n'a de connexités nerveuses qu'avec les viscères végétatifs, sans aucune correspondance immédiate avec le monde extérieur, qui ne s'y lie qu'à l'aide des deux autres régions. Ce centre essentiel de toute l'existence humaine fonctionne continuellement, d'après le repos alternatif des deux moitiés symétriques de chacun de ses organes. Envers le reste du cerveau, l'intermittence périodique est aussi complète que celle des sens et des muscles. Ainsi, l'harmonie vitale dépend de la principale région cérébrale, sous l'impulsion de laquelle les deux autres dirigent les relations, passives et actives, de l'animal avec le milieu.

(AIMER, PENSER, AGIR.)

[AG]IR PAR AFFECTION, ET PENSER POUR AGIR.

PRINCIPE.

10 MOTEURS AFFECTIFS. (Penchants, dans l'état actif, et sentiments, dans l'état passif.)

7 PERSONNELS.

INTÉRÊT. . . .
- Instincts de la conservation . . .
  - de l'individu, ou *instinct nutritif* . . . . . . (1).
  - de l'espèce. . .
    - *instinct sexuel*. . . . . . . (2).
    - *instinct maternel* . . . . . (3).
- Instincts du perfectionnement . .
  - par destruction, ou *instinct militaire* . . . (4).
  - par construction, ou *instinct industriel*. . . (5).

AMBITION. . .
- Temporelle, ou Orgueil, besoin de domination. . . . (6).
- Spirituelle, ou Vanité, besoin d'approbation. . . . (7).

Égoïsme.

3 SOCIAUX.

Spéciaux.
- ATTACHEMENT. . . . (8).
- VÉNÉRATION. . . . . (9).

Général.
- BONTÉ, ou amour universel (sympathie), *humanité*. . . . (10).

Altruisme.

Décroissement d'énergie, et accroissement de dignité, d'arrière en avant, de bas en haut, et des bords au milieu.

IMPULSION. (LE CŒUR.)

MOYEN.

5 FONCTIONS INTELLECTUELLES.

CONCEPTION. .
- Passive, ou Contemplation, . . . d'où matériaux objectifs.
  - Concrète, ou relative aux êtres, essentiellement *synthétique*. . . . (11).
  - Abstraite, ou relative aux événements, essentiellement *analytique* (12).
- Active, ou Méditation, ... d'où constructions subjectives.
  - Inductive, ou par comparaison, d'où *Généralisation*. . . (13). . .
  - Déductive, ou par coordination, d'où *Systématisation* . . (14). . .

EXPRESSION. . Mimique, orale, écrite, d'où *Communication*. . . . (15) . . .

(Savoir pour prévoir, afin de pourvoir.)

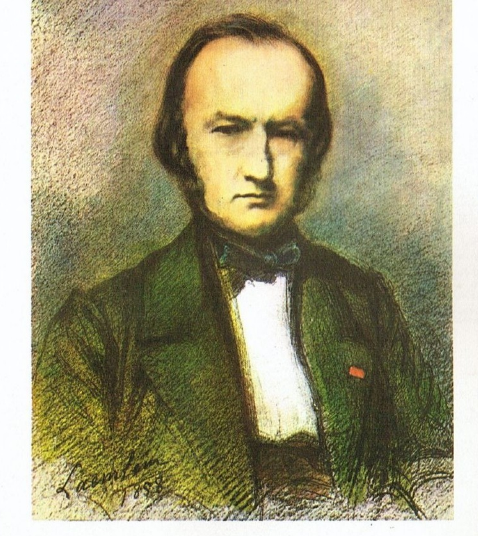
CONSEIL. (L'ESPRIT.)

Clasificación de las funciones del cerebro, según Comte, con los dieciocho tipos de actividad, aparecida en su obra "Système de politique positive", cuando ya intentaba convertir su filosofía en una religión de la humanidad.

vinas. Genios o dioses los producían a capricho. Durante el segundo estado (el metafísico) la Humanidad supone el curso de los acontecimientos dirigidos por principios extraños a la materia: agentes espirituales, fluidos, fuerzas, éter, alma, que siendo metafísicos son imposibles de conocer y calcular. Por fin, en la época de Comte se empezaba, según él, a reconocer lo absurdo de estas explicaciones que nada resuelven y no hacen más que complicar los problemas. En este tercer estado la Humanidad observa los fenómenos sagazmente, sin pretensión de explicar sus causas primeras. Como ejemplo, sus discípulos ponían los efectos del opio. Según los árabes, estos efectos provenían de la voluntad de Dios –estado teológico–. Según los científicos del Renacimiento, dimanaban de un principio o "agente soporífero" –estado metafísico–. Según los biólogos de la época de Comte, el opio con sus compuestos químicos alteraba la materia nerviosa y originaba extraños ensueños sin necesidad de agente exterior –estado positivista–. Comte no niega la futura posibilidad de una cuarta etapa de conocimiento, un último estado más allá del positivista; pero añade que no podía ser más que una síntesis de los tres estados anteriores: el teológico y el metafísico, explicados y comprendidos por el positivista.

Era, pues, de la mayor importancia conocer el mecanismo de los fenómenos, su prelación, esto es, el orden con que se originaban, para construir no sólo el inventario del conocimiento, sino su filosofía. Los descubrimientos de la ciencia positiva en lo que se llevaba ya del siglo habían evidenciado dos postulados imprevistos por las generaciones. Primero: la correlación de unas ciencias con otras; era difícil estudiar física sin matemáticas y se necesitaban ambas para la química. La Ciencia era un árbol cuyas ramas mantenía unidas el mismo tronco. Segundo: el conocimiento y acaso los fenómenos mismos no permanecían inalterables. Había un progreso continuado cuyos límites era imposible precisar y probablemente inasequibles, porque todas las ciencias, según Comte, tendrían siempre un "residuo irreducible" de misterio, "lo incognoscible", que los discípulos de Comte prefirieron llamar "lo desconocido".

Comte clasificó provisionalmente las ciencias en seis ramas: la Matemática (que incluía la Mecánica), la Astronomía, la Física, la Química, la Biología y la Sociología. Esta última tenía tanta o más importancia que las cinco primeras juntas. La Humanidad, factor esencial para explicar las otras, era como una imagen abreviada del mundo entero. Por esto los positivistas pueden considerarse como verdaderos fundadores de varias ciencias políticas modernas: Antropología, Sociología, Economía y Estadística, que han acabado por formar una tercera parte de los programas de curso de nuestras universidades. Puede decirse que los positivistas fundaron también la historia moderna, como parte de la socio-



Claude Bernard (Biblioteca Nacional, París). En su obra "Introducción al estudio de la Medicina experimental", Bernard redactó un resumen de cómo en su tiempo se interpretaba la ciencia.

logía, aplicando para describir el pasado la gran fórmula de Descartes: "No aceptar nada como verdadero a menos que se tenga la completa evidencia de que lo es". Hubo antes historiadores preclaros, como Mabillon y Montfaucon, que acumularon documentos con rigor científico, pero la coordinación de los datos para hacer historia viva, lo que llamamos resurrección del pasado, no se intentó hasta mediados del siglo XIX por los positivistas. Es interesante comparar los párrafos elocuentes de un gran historiador romántico, como Gibbon, empedrados de latiguillos moralizadores, con los relatos sobrios, precisos y cuajados de realidad de Thierry, Froude, Duruy, Taine, Renan y la totalidad de los historiadores positivistas.

Otra ciencia, colocada como puente entre la Sociología y la Biología por los positivistas, fue la Psicología. Su nombre revela ya orígenes metafísicos; era la ciencia del alma, de la psique, que según los positivistas no existe o es incognoscible. Los positivistas audazmente conservaron el nombre de la antigua psicología, pero la remplazaron por una ultrafisiología. Estudiaron los fenómenos del cuerpo humano en sus relaciones con los actos, y así creyeron descubrir leyes fisiológicas de la voluntad, de las pasiones, de la conducta, en una palabra, de todo lo que antes se derivaba de la psique o alma.

Un laboratorio de psicología positivista se parece más a un gabinete de química para analizar los cuerpos que al confesonario para hacer la disección de las almas que hasta entonces había sido el gabinete de psicología.

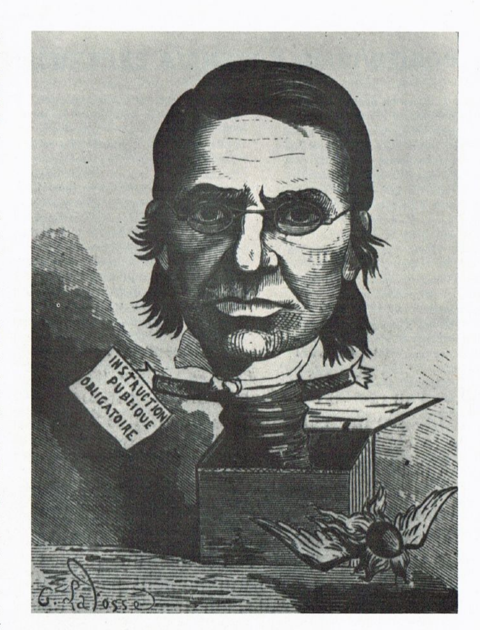
Los positivistas pesan allí cerebros, miden sus temperaturas, observan sus reacciones al





Caricatura de un médico frenópata. A la derecha, el doctor Gall, iniciador de la frenología, examinando el cráneo del rey Luis Felipe de Francia tras haberse quitado éste la peluca. La frenología fue una desviación de la psicología positivista según la cual el desarrollo correspondiente a cada función mental modelaría la forma del cráneo.

Caricatura de Émile Littré, según dibujo aparecido en el periódico "Le Trombinoscope". Discípulo de Comte, estudió la filosofía positivista en varios libros y fundó y dirigió la "Revue de philosophie positive". Sin embargo, su obra más importante fue lingüística.



recibir los estímulos de los sentidos. Después comparan los efectos de una droga, de un sonido, de una descarga eléctrica en hombres sanos y en animales (hombres incompletos, como los calificaba Comte), en los niños (hombres inacabados) y en dementes o enfermos (hombres estropeados) e infieren de sus efectos lo que tienen de común y en lo que discrepan dada la naturaleza de la sensación. Repiten los experimentos varias veces hasta asegurarse de que no hay error, y si es posible calculan los resultados con vara de medir, fijándolos con fórmulas matemáticas. El yo, el *ego,* la conciencia y las ideas abstractas quedan naturalmente fuera del campo de la psicología positivista. Podría decirse con irreverente ironía que Comte y sus discípulos negaron el alma porque no pudieron medirla y pesarla. Pero con sus ingeniosos aparatos para estudiar al hombre como un mecanismo, Wundt y los demás psicólogos positivistas consiguieron reunir un cúmulo de datos que evidencian las constantes relaciones entre causas físicas (sensaciones) y efectos psíquicos (voliciones). Claude Bernard creyó que se podían provocar reacciones mentales en el cerebro como se provocaban reacciones químicas en el crisol. Si la sugestión y el hipnotismo podían producir estados de delirio análogos a los que produce la enfermedad, acaso algún día se podría curar la locura, la epilepsia y otros desórdenes nerviosos en el gabinete de la psicología.

Una desviación de la psicología positiva fue la frenología. Si la conducta se alteraba a consecuencia de perturbaciones de los centros nerviosos, sobre todo del cerebro, por la forma y cantidad de las circunvoluciones cerebrales se debía predecir el carácter de cada individuo. Lo que fue la alquimia para la química, fue la frenología para la psicología: una aberración no del todo inútil.

Los métodos de los positivistas se emplearon con gran éxito en las ciencias biológicas. Claude Bernard legisló sobre el nuevo sistema de obtener el conocimiento. Su libro *Introducción al Estudio de la Medicina experimental,* más que lo que el nombre indica, es el catecismo de la Ciencia en general tal como se entendía a mediados del siglo XIX. Inaugura un género literario y es el modelo de cuantos redactaron después tratados científi-

LA GENETICA EN EL SIGLO XIX

Aunque fundamentales para la hipótesis evolucionista, los estudios sobre genética, muy importantes ya en el siglo XIX, no alcanzarán resonancia hasta principios del siglo XX. Es significativo que Darwin ignorara las investigaciones de Mendel.

La genética se inicia como biometría, como estudio estadístico de las variaciones individuales, con las obras:
1873 A. Quetelet, "Antropometría".
1889 F. Galton, "La herencia natural".

El método de investigación genética había sido elaborado ya a finales del siglo XVIII: se estudiaban experimentalmente los elementos hereditarios y su transmisión cruzando variedades que ofrecían diferencias definidas.

En el último cuarto del siglo XVIII algunos botánicos estudian fenómenos de hibridación en las plantas.

Ch. Naudin (1815-1899) estudia desde 1856 hibridaciones interespecíficas, tratando de obtener formas nuevas y estables. Enuncia algunas de las características de las distintas generaciones de híbridos, que posteriormente Mendel formulará como leyes.

G. Mendel (1822-1884) enuncia las leyes de la herencia.

A. Jordan (1814-1897), antievolucionista destacado, logrará cultivar más de doscientas variedades estables de una misma especie. Para Jordan, la variabilidad de las especies no desmiente las teorías fijistas de Linneo. Es la yuxtaposición de variedades estables, a manera de unidades elementales –jordanon–, lo que constituye la especie linneana.

K. Korginski (1860-1900) y Hugo de Vries (1848-1935), admitiendo las hipótesis evolucionistas de Darwin, consideran que la evolución se produce no por cambios graduales y lentos, sino por mutaciones bruscas.

POSITIVISMO Y CIENCIA EXPERIMENTAL EN ESPAÑA

La época de la ciencia experimental llegó con mucho retraso a España. La guerra de la Independencia y la reacción absolutista trajeron la consiguiente persecución de afrancesados y liberales, en cuyas filas militaban la mayoría de los científicos que habían salvado la vida durante los seis años de guerra. Y estos antecedentes fueron causa de la emigración de unos, de la persecución de otros, como Isidoro Antillón (1778-1814), y la retirada voluntaria de toda actividad pública en unos terceros, como Félix de Azara (1746-1822), confinado en sus posesiones.

Luego, cuando a partir de 1826 y, más aún, de 1833 la vigilancia gubernamental sobre los intelectuales empezó a decrecer, cuando se suprimieron los expedientes de limpieza de sangre para los aspirantes al profesorado oficial y cuando los viajes por el extranjero y la importación de libros llegaron a ser casi tan fáciles como antes de 1808, empezó un lento resurgir de la ciencia experimental, que con frecuencia se vio cortado por los paroxismos políticos: guerras carlistas, luchas y persecuciones entre moderados y progresistas, etc.

Sin embargo, el colapso que sufrió la ciencia española en el primer tercio del siglo XIX no tuvo igual intensidad en todas las disciplinas: brutal en matemáticas y astronomía, fue mucho más moderado en el campo de la medicina y poco sensible en el de la geología, gracias, en este último, a la influencia de Fausto de Elhuyar (1755-1833), que, repatriado a España como consecuencia de la independencia de México, defendió, desde los altos cargos políticos que desempeñó, a los geólogos cualquiera que fuera su ideología y les facilitó la marcha al extranjero en viajes de estudio. El ejemplo más patente es el de Ezquerra del Bayo (1793-1859). Así se explica que, ya en 1849, pudiera crearse la comisión del Mapa Geológico, que ponía a nuestro país a nivel europeo. En la química, la marcha de Proust y su negativa a regresar a España después de 1815 si no se facilitaba el acceso a las cátedras a sus más brillantes alumnos se dejó sentir agudamente, pero, en cierto modo, quedó paliada por la eficaz labor de algunos farmacéuticos que, gracias a la independencia económica que les daba su profesión, pudieron investigar por su cuenta. Y lo mismo puede decirse del núcleo fundacional de la Sociedad Española de Historia Natural (1871).

En las instituciones oficiales o semipúblicas esto fue, inicialmente, imposible. Las actas y comunicaciones de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona muestran un descenso de nivel sorprendente entre 1815 y 1870. Y además las comunicaciones del período son, cualitativamente, menos interesantes que las de la época de la Ilustración. La creación de la Real Academia de Ciencias de Madrid (1847) fue la manifestación de los buenos propósitos de un grupo de sabios que se preocupaba por el futuro de su patria. Contribuyó de modo eficaz a superar el estancamiento mediante dos series de publicaciones, la erudita (Memorias) y la popular, que, a través de la revista *Las Ciencias*, dio a conocer al gran público de la época los principales avances del saber humano. Lo mismo ocurría en el campo de la medicina con *El Siglo Médico.*

Otro problema que denota la mentalidad de esos años es el que afecta a la función de la universidad. Mientras que en Europa ésta recupera vigor y es, a la vez, centro de docencia e investigación, en España no ocurre lo mismo. Se opone a ello la escasez de subvenciones (las consignaciones de la cátedra de Química general de la universidad de Barcelona subieron entre los años 1872 y 1882 de 500 a 712,50 ptas. anuales). Y cuando un hombre muy capaz, Luanco, pidió mayores medios recibió un rapapolvo de sus superiores, que, eso sí, lo arroparon bajo forma de exposición de política científica. Porque la mentalidad de entonces consideraba que el catedrático tenía que ser un orador. Por eso el fisiólogo Joaquín Hysern (1804-1883) llegó a ser reprendido por preferir la enseñanza en el laboratorio a la exposición oral. Basta, para convencerse de lo que decimos, leer cualquier colección de discursos académicos de principio de año escolar. Las excepciones a esta regla son muy raras y ello explica que un reglamento de ayudantes de 1844 piense exclusivamente en el aspecto docente.

Los manuales utilizados procedían casi siempre de obras extranjeras, bien traducidas, bien seguidas casi al pie de la letra. Tales la *Física* de Vieta (1815) o la *Astronomía esférica* de Bubnov (1869). En la década 1870-1880 la recuperación se acelera y aparecen dignos manuales de química, zoología y botánica. Las materias que de cerca o de lejos podían rozar con las ideas religiosas tradicionales eran tratadas en ellos con especial circunspección. Sólo en el momento inmediato a la Gloriosa se presenciaron extralimitaciones que fueron origen de una serie de circulares y reales órdenes contradictorias según los partidos en el poder. Las fechas cruciales son 21 de octubre de 1868 (libertad), 29 de septiembre de 1874 (Orovio restringe la disposición anterior, imponiendo la enseñanza confesional y monárquica, que fue causa de la destitución o dimisión espontánea de numerosos catedráticos, que se agruparon en la Institución Libre de Enseñanza) y 3 de marzo de 1880, con la derogación de la circular de 1874.

Este período de anulación casi total de la ciencia española puede considerarse que termina con la polémica en torno a nuestro valer intelectual y que es muy conocida aún hoy por el público, dada la intervención en ella de Marcelino Menéndez Pelayo (*La ciencia española,* Madrid, 1876-1879), José Echegaray y Vallín y la fundación de la Institución Libre de Enseñanza (R. D. 16 de agosto de 1876).

Las distintas ramas del saber se pusieron al día, de modo y en fechas muy desiguales. Las matemáticas alcanzan un nivel aceptable después de 1890; la astronomía náutica mantenía su tradición gracias a la excelencia de los trabajos de José Mendoza (1763-1816) y Ferrer y Cafranga (1763-1818), desarrollados por José Sánchez Cerquero (m. en 1850), quien en sus *Elementos de cronología analítica* simplificó determinados procedimientos de Gauss sobre el mismo tema.

No puede decirse lo mismo de la astronomía descriptiva: si bien se tradujeron algunos trabajos de John Herschell (1836 y 1844) y de Arago (1839), las tesis de Flammarion sobre la pluralidad de los mundos habitados (1877) dieron lugar a abundante polémica y eran aún muchos los que negaban el sistema heliocéntrico o creían en la influencia de los cometas sobre los seres humanos. Señalemos, como simple curiosidad, que durante el eclipse de sol del 18 de julio de 1860 se obtuvieron algunas fotografías. La figura más interesante de todo el período es el geodesta Carlos Ibáñez Ibáñez (1825-1890), quien realizó la unión geodésica de Argelia con España e ideó algunos aparatos para la medición de bases, que trajeron a Madrid a bastantes científicos extranjeros, deseosos de utilizarlos en sus propios países. Con la inauguración de los observatorios Fabra (1904) y del Ebro (1905) puede considerarse terminado el período de estancamiento de esta disciplina.

La física es mucho más desafortunada. Existen buenos docentes como Pedro Vieta y Gibert (1778-1856) o Venancio González Valledor (m. en 1867). Pero entre todos ellos descuella Juan Agell y Torrent (1811-1868), catedrático de química, pero cuyas aficiones le llevaron a investigar en el campo de la electricidad. Sus conclusiones fueron expuestas en la Real Academia de Ciencias de Barcelona. Otro físico de interés es Francisco de P. Rojas y Caballero Infante (1832-1909), que trabajó sobre mecánica de fluidos y, a partir de 1884, sobre la lámpara de incandescencia.

Hemos apuntado que la química no sufrió fuertes vaivenes gracias a la labor de muchos farmacéuticos, como Francisco Carbonell y Bravo (1758-1837), José Antonio Balcells y Camps (1777-1857) y la familia de químicos Bonet: Francisco, Magín, Miguel y Baldomero, que llenan todo el siglo XIX. Pero entre todos sobresalen Laureano Calderón y Arana (1847-1894), que por ser republicano permaneció separado de la enseñanza entre 1875 y 1881, período que aprovechó para trabajar con Berthelot, Claude Bernard y otros notorios sabios de la época (se le deben algunos

descubrimientos en cristalografía); Manuel Ríos Pedraja (1815-1887), que introdujo en España la obra de Justus von Liebig; José Ramón Luanco y Riego (1825-1905), que dio a conocer la teoría atómica molecular y escribió un buen manual que tuvo varias ediciones siempre al día, y Gabriel de la Puerta Ródenas y Magaña (muerto en 1908).

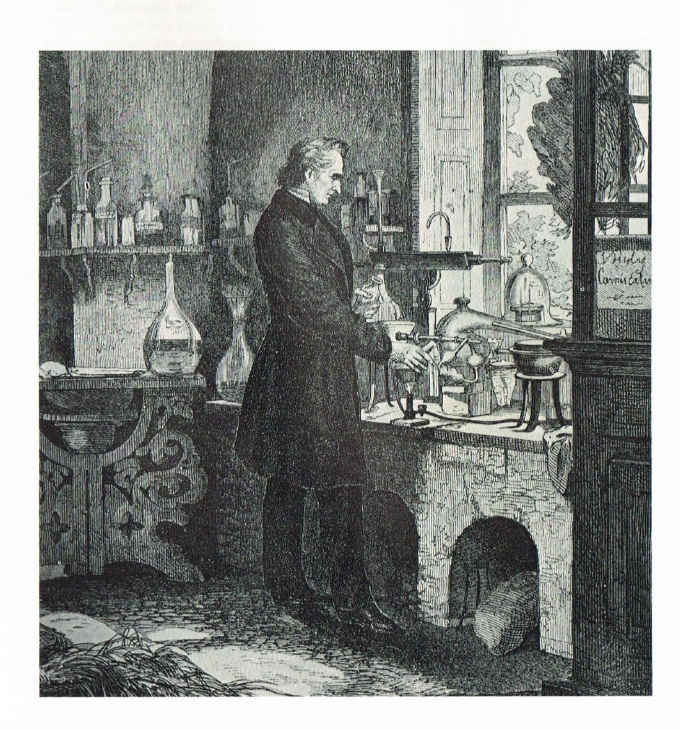
Los trabajos de los geólogos se centraron en torno al Mapa Geológico. Tuvieron importante papel Casiano de Prado y Valle (1797-1866) y Lucas Mallada Pueyo (1841-1921), quien además en su libro *Los males de la Patria* (1890) descubrió la realidad del paisaje y del suelo españoles, tan lejos de la visión que presenta la literatura de laudes. La cristalografía fue introducida por José Rodríguez González (1770-1824), discípulo de Haüy. Como botánicos hay que citar a Miguel Colmeiro (1816-1901), que realizó una importante labor de historiador de esta ciencia, y Mariano del Amo y Mora (1810-1893), y como zoólogos a Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898); Laureano Pérez Arcas (1822-1894), autor de un importante *Tratado de zoología* (1861), y Mariano de la Paz Graells (1808-1898), entomólogo y silvicultor.

La técnica queda bien representada con los precursores del submarino Narciso Monturiol (1819-1885) e Isaac Peral y Caballero (1851-1895).

La medicina conoce una serie de grandes clínicos, que sería fatigoso enumerar. Citemos simplemente a Ezequiel Martín de Pedro (1837-1875) y a Bartolomé Robert Yarzábal (1842-1902), a los cirujanos Melchor Sánchez Toca (1807-1881) y Federico Rubio Galí (1827-1902) y a algunos de los creadores de las modernas especialidades de medicina legal e higiene (Pedro Mata), otorrinolaringología (Rafael Ariza), dermatología (José Eugenio de Olavide) y pediatría (Mariano Benavente).

La situación de la ciencia española en este período queda reflejada en el discurso que pronunció Práxedes Mateo Sagasta en el acto de su recepción como académico en la Real de Ciencias. Titulado *Concepto de las Academias de Ciencias*, muestra hasta qué punto un ingeniero de caminos, número 1 de su promoción y rector de la política española de la Restauración, carecía de una idea clara sobre cómo debía conducirse la política científica. Y es que los más brillantes intelectuales del siglo pasado –y él era uno de ellos– abandonaban pronto los callados trabajos de campo y laboratorio por aquellos otros mucho más vistosos del Parlamento y del Senado.

J. V.



Justus von Liebig en su laboratorio de la universidad (Biblioteca de Munich). De este científico alemán se puede decir que creó la química orgánica.

cos. Mientras Comte con su premioso estilo empleaba seis volúmenes gruesos en sus lecciones de *Filosofía positivista,* Claude Bernard condensa los principios de la investigación científica en un leve tomito de doscientas páginas que devora con igual placer el lego que el científico. Leyendo a Claude Bernard se comprende que Comte quedara postergado en su tiempo y que aún ahora se estudie a través de sus comentadores. Otra gran diferencia entre Comte y Claude Bernard es que Comte sólo fue un pensador y a veces pensaba demasiado, mientras que Claude Bernard, clínico y psicólogo, hablaba de la ciencia que él fraguaba, de sus propias observaciones y experimentos, no de lo que otros podían o debían hacer. Precisó la función del hígado en la economía del cuerpo humano y descubrió el origen de la diabetes en los desórdenes del páncreas. Además, no hay que olvidar la diferencia de fechas, pues el último tomo de la *Filosofía positivista* de Comte se imprimió en 1842 –ocho años antes de la aparición del *Origen de las Especies* por Darwin–, mientras que Claude Bernard publicó su *Introducción al Estudio de la Medicina experimental* en 1865. ¡Tres jalones en poco más de veinte años!

Resultado del positivismo es también ha-



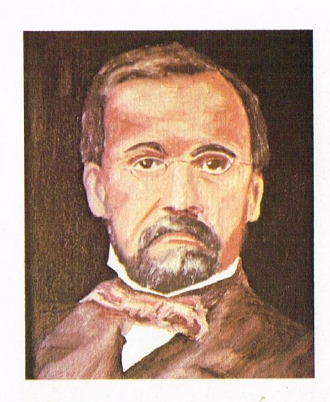
J. Wöhler, discípulo de Liebig, que sintetizó el primer cuerpo orgánico: la urea.



Aparatos empleados para análisis de las sustancias orgánicas por Berzelius en 1827 (arriba) y Liebig en 1830 (abajo) (Museo de la Ciencia, Londres).

ber acelerado el progreso creando centros de investigación con profesionales para la labor científica. Antes el sabio tenía que enseñar u ocuparse en otros asuntos, a menos que fuese rico como Boyle o Cavendish. Desde mediados del siglo XIX no se fue tan exigente con los profesores dotados de cualidades para la investigación, y el estado sintió el deber de actuar como mecenas. El convencimiento de la unidad de las ciencias y de su intrincada correlación estimulaba a los positivistas a asociarse con objeto de acabar con "la dispersión anárquica de los especialistas" que exasperaba a Comte. Un grupo de físicos, químicos y biólogos se concentró en Cambridge; otro se reunió en Giessen (Alemania) alrededor de Liebig; otro, en Berlín con Virchow; pero acaso el más importante se mantuvo en París, en los pésimos locales del Colegio de Francia, donde trabajaban Claude Bernard, Jean-Baptiste Dumas y Louis Pasteur.

El grupo inglés que hemos situado en Cambridge tenía su centro de atracción en la *Royal Society* de Londres, y sólo encontró en los positivistas una modernización de las fórmulas científicas de Roger Bacon y Newton. ¿No había declarado Bacon en plena Edad Media que "observación y experimentación para reunir los datos, e inducción y deducción para descubrir las leyes, son los únicos instrumentos apropiados del conocimiento"?... ¿En qué se distingue esta sentencia de las recomendaciones de Comte y Claude Bernard? Los positivistas ingleses mostraron preferencia por las ciencias físicas y la astronomía, en las que se habían distinguido sus antepasados. El gran paso fue arrinconar en el desván de los trastos viejos el flogisto y los fluidos calórico y lumínico, agentes metafísicos que antes habían sido necesarios para explicar todos los fenómenos naturales.

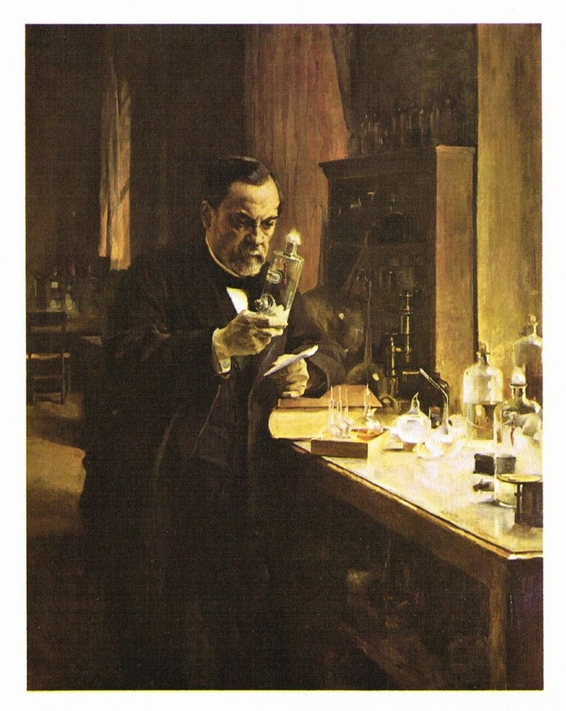


Pasteur, el genial investigador de los procesos de fermentación (col. Gelase), acerca de lo cual mantuvo áspera controversia con Liebig.

En Alemania, la física tomó el rumbo moderno, libre de romanticismo, con Helmholtz y la biología con Virchow, mientras la escuela de Liebig puede decirse que creaba la química orgánica. También se fabricaron sintéticamente aceites colorantes para sustituir el índigo y otros productos carísimos de la tintorería. Pero se fue más allá: se ambicionó producir los cuerpos orgánicos, cuya estructura molecular complicadísima se había analizado, y que son los que forman principalmente los seres vivos. Comte había enunciado que los cuerpos orgánicos serían el "residuo

LA MEDICINA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

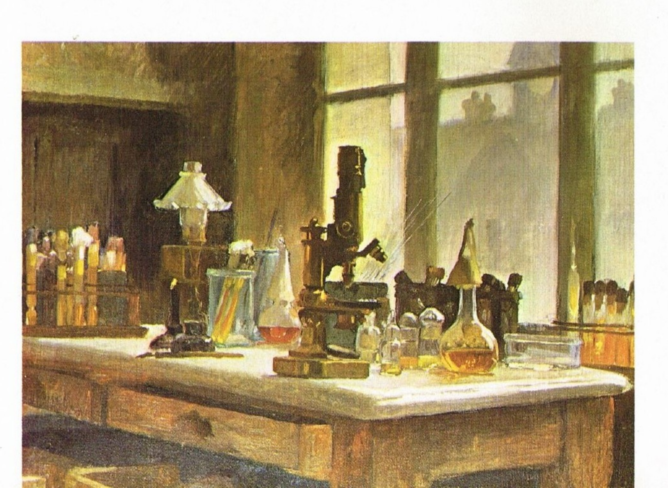
1850 Helmholtz inventa el oftalmoscopio.
1853 Pravaz inventa la jeringa hipodérmica.
1857 Se inicia la bacteriología científica con los estudios de Pasteur sobre la fermentación láctica.
1858 Virchow crea las bases de la patología celular.
1859 Niemann descubre la cocaína.
1861 Semmelweis publica sus primeros estudios sobre la fiebre puerperal.
1867 Lister introduce la antisepsia con ácido fénico en Inglaterra.
1869 Liebreich fabrica el primer narcótico artificial.
1877 Porro perfecciona la operación cesárea.
1880 Koch descubre el microbio causante del tifus.
1881 Hansen descubre el bacilo de la lepra.
Se inician trabajos sobre la vacuna antirrábica de Pasteur.
1882 Koch descubre el bacilo de la tuberculosis.
1883 Schmiedeberg inicia la era científica de la farmacología.
1884 Metchnikov descubre la función de los glóbulos blancos.
1887 Morton perfecciona la operación de apendicitis.
1889 Primeras investigaciones de Brown-Séquard sobre las hormonas.
1893 E. von Behring encuentra un suero contra la difteria.
1894 Schleich adopta la anestesia local.
Yersin aísla el bacilo causante de la peste.
1895 Roentgen descubre los rayos X.
1896 Primeras experiencias sobre inseminación artificial.
Rehn efectúa por vez primera una cardiografía.
1899 Obtención de la aspirina por Dreser.
1900 Landsteiner estudia los distintos grupos sanguíneos.



irreducible" de la química; esto es, que la química no podría nunca atravesar el límite entre lo orgánico y lo inorgánico y fabricar lo orgánico como fabricaba lo inorgánico artificialmente. Para Comte, la materia orgánica era algo tan complicado y misterioso, que el hombre nunca sería capaz de recomponer su estructura con elementos minerales. Observe el lector que no se trata de los cuerpos vivos, sino de las sustancias que los constituyen, formadas principalmente de carbono, oxígeno, nitrógeno e hidrógeno en proporciones bien conocidas. Comte creía que no se podrían producir nunca artificialmente cuerpos como la glucosa, el azúcar, el almidón, la gelatina, los aceites y los ácidos, que tan directamente intervienen en la composición de la materia viva. Y, sin embargo, antes de morir, Comte hubo de ver superada esta barrera: los hombres de la retorta y del crisol iban más allá y más de prisa que los pensadores de gabinete. Ya en el año 1829 Wöhler, discípulo de Liebig, en los laboratorios de la universidad de Gotinga, había producido artificialmente la urea –un cuerpo orgánico–, y Berthelot, en Francia, continuó por el mismo camino, descubriendo la manera de sintetizar el alcohol y la glicerina.

Pero si los ingleses mostraban preferencia por la física y los alemanes por la química, los franceses conseguían el supremo triunfo de la ciencia positiva en la biología. Nos referimos al capital descubrimiento de Pasteur de los microorganismos: vibriones o bacterias, como se llamaban entonces. El nombre *bacteria,* que en griego quiere decir bastón, provenía de que tenían la forma de palitos o bastoncitos. Los vibriones y bacterias ha-

Pasteur en su laboratorio, por Edelfelt (Instituto Pasteur, París). Este sabio, contra los prejuicios antimicrobianos de su época, hubo de volver a demostrar que todo ser vivo procede de un huevo.



Laboratorio de Pasteur, en óleo de Amedée Buffet (Instituto Pasteur, París).

bían sido vistos por Leeuwenhoek, Malpighi y Kircher ya en el siglo XVII con microscopios rudimentarios; era inevitable que al perfeccionarse el microscopio (Pasteur manejaba instrumentos que multiplicaban 500 veces) se viera en el seno de los líquidos agitarse pequeños cuerpos extraños que parecían crecer y reproducirse. Al principio no se les dio ninguna importancia ni se les consideró causantes de enfermedades epidémicas, putrefacción y descomposición de la materia orgánica en general. Había muchos que creían todavía en la generación espontánea y otros absurdos que habían sido ya refutados por Redi, Spallanzani y otros biólogos de los siglos XVII y XVIII. Tal era el prejuicio contra los microorganismos en pleno período de ciencia positivista, que Pasteur tuvo que probar otra vez que *omne vivum ex ovo* –todo ser vivo procede de un huevo–, y comprobar que los microbios que fermentaban los líquidos estaban en el aire, caían, llovían constantemente sobre los cuerpos en putrefacción. Liebig no quiso aceptar la teoría demostrada por los experimentos de Pasteur de que las fermentaciones fueran producidas por miríadas de microorganismos que devoraban la masa secretando otra sustancia. Liebig, contra lo que aseguraba Pasteur, creía que "cuando una sustancia orgánica entra en putrefacción es porque lleva mezclados otros cuerpos en estado de descomposición que originan el proceso *fermentativo,* dislocan las moléculas y las destruyen". Así, según Liebig, en el vino que se volvía vinagre, en la leche que se agriaba, en el caldo de lúpulo y malta que se transformaba en cerveza había un cuerpo acidificador en cantidades homeopáticas que se mantenía invisible e inactivo hasta que, estimulado por el calor, empezaba su función fermentadora. Pero todo sucedía sin microbios, sólo intervenía la materia inorgánica. Se hablaba de "moléculas orgánicas".

Liebig había escrito en 1845, en sus *Cartas sobre la Química,* "que la doctrina que pretendía explicar la putrefacción de las sustancias animales por la presencia de seres microscópicos le parecía semejante a la idea que tendría un niño al suponer que la corriente del río se produce por la agitación de las ruedas de los molinos de las márgenes". Tratándose de un sabio del valor de Liebig, Pasteur trató de convencerle visitándolo en Munich en 1869, donde vivía entonces en el pináculo de su fama. Pero "la tiranía de las ideas preconcebidas", para usar una frase de Pasteur, impidió que Liebig prestara atención al noble adversario que había hecho aquel largo viaje para convencerle con razones y experimentos. Liebig continuó atacando a Pasteur en sus escritos y éste, por fin, lo retó desde la Academia de Ciencias de París para que una comisión neutral juzgara entre ambos. Liebig ni contestó; empezaba el antagonismo entre la ciencia francesa y la alemana, que se ha ido agravando día por día. Los franceses, por otra parte, no se mostraron mucho más convencidos que Liebig de las teorías de Pasteur acerca de la fermentación. Algunos persistían en creer que cuando la vida está a punto de abandonar un cuerpo orgánico a veces evoluciona, se metamorfosea y se crea otro tipo de ser vivo, sin que sea necesario explicar el cambio por lluvias de vibriones que caen del aire o bacterias que están adormecidas dentro del muerto.

Pasteur a menudo empleó la controversia, el duelo científico, para defender sus doctrinas. Fue otro Bayardo, un caballero investigador sin tacha, arrojado, agresivo, audaz como los de la leyenda. Sentía la importancia de su misión porque con sus trabajos ayudaba a los productores de las comarcas agrícolas, como aquella de donde procedía.



Lister, médico escocés que hizo suyas las teorías de Pasteur sobre los microbios. Obra de T. Brock en The National Portrait Gallery, Londres.

EXPLORACIONES Y DESCUBRIMIENTOS GEOGRAFICOS DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX A PRINCIPIOS DEL XX

1850-1855	H. Barth dirige una expedición al Sáhara y al Sudán.
1853-1856	D. Livingstone atraviesa el continente africano.
1855	Descubrimiento de las cataratas Victoria.
1858	Barton y Speke descubren el lago Victoria.
1864	Fr. W. Junghuhn explora Java y Sumatra.
	G. Schweinfurth explora Egipto y el Sudán oriental.
1867-1873	Livingstone recorre el Congo.
1869-1872	G. Schweinfurth explora los territorios comprendidos entre el Nilo y el Congo.
1869-1874	G. Nachtigal dirige una nueva expedición al Sáhara y al Sudán.
1870-1888	Viajes de Prjevalski por el Asia central.
1872-1876	Expediciones oceanográficas de J. Murray y B. Thomson.
1874-1877	Stanley en el Congo.
1875	Cameron atraviesa el África central.
1881	Wissmann cruza África de Oeste a Este.
1888	F. Nansen recorre de Este a Oeste el sur de Groenlandia.
1889	H. Meyer y Purtscheller escalan por primera vez el Kilimanjaro.
1893	La expedición de F. Nansen al polo norte en el *Fram*.
1894-1897	Viaje al Tíbet de N. S. Hedin.
1899	Nuevos viajes de Kozlov al Tíbet y Asia central.
1901	Gillen y Spencer recorren Australia occidental.
1902	Primeras expediciones antárticas de Scott.
1903	H. Meyer escala el Chimborazo.
1904	Expedición dirigida por G. Märzbacher a Asia central.
1905	Bruce y Lavard cruzan el desierto de Gobi y el Tíbet.
	Un globo sonda alcanza la altura de 25.800 m.
	S. Hedin alcanza el Transhimalaya.
1909	R. E. Peary llega al polo norte.
1910	J. Murray dirige la primera expedición oceanográfica de carácter científico.
1911	Amundsen alcanza el polo sur, frustrando los intentos paralelos de Scott.

Investigaba y peleaba por el pueblo de Francia, representado en sencillos vinicultores, cerveceros y sericicultores. Su padre, curtidor, había sido uno de ellos; Pasteur, en París, al principio echaba de menos el olor de tanino de su casa. Empezó siendo químico, y un tomo completo de sus obras está dedicado a trabajos de cristalización y estructura molecular que había realizado. Pero poco después comenzó a interesarse vivamente por los fermentos para ayudar a los vinicultores cuyos vinos "se torcían".

Una epidemia que atacaba los gusanos de seda en las regiones del mediodía de Francia fue la causa de que Pasteur se desviara definitivamente hacia la microbiología. La enfermedad de los gusanos de seda causaba estragos, hasta el punto de amenazar con la ruina a las comarcas francesas que antes habían prosperado con la sericicultura. Se discutían en el Senado procedimientos para combatir el mal, se calculaban los millones que se perdían cada año, se iba a decidir la tala de las moreras y se proponían otros cultivos... o remedios descabellados. Algunos fumigaban gusanos enfermos, otros los trataban con electricidad, otros los rociaban con alcohol o creosota. Por fin, el ministro tuvo la inspiración de comisionar a Pasteur, el hombre de los cristales y fermentos, a estudiar la epidemia de los gusanos en los lugares invadidos del mediodía de Francia. El químico se convirtió en biólogo.

Pasteur, con calma verdaderamente científica, instaló su modesto laboratorio en una casa del pueblo de Alais, donde había un pequeño criadero de gusanos. El primer año sólo pudo darse cuenta de dos hechos: primero, que la enfermedad era antigua, había existido siempre, aunque entonces por causas misteriosas se había exacerbado hasta causar una catástrofe; segundo, que el síntoma del mal era una roña de corpúsculos o manchitas negras que aparecían en los gusanos, lo mismo en las crisálidas que en las mariposas. Pasteur fue cuatro años seguidos a Alais en la época del cultivo de los gusanos y no sólo concretó la causa del mal, sino que propuso el remedio. Como había algunos insectos que escapaban de la infección, el método de evitarla al año siguiente era conservar tan sólo los huevos de las mariposas libres de corpúsculos. El sericicultor, al acoplar las parejas, debía tener cuidado de conservarlas junto con sus huevos. Si observadas al microscopio ambas mariposas estaban libres de la roña, seguramente la puesta sería sana y de los huevos saldrían gusanos robustos, voraces y activos para elaborar la seda el año próximo. Si, por el contrario, el macho o la hembra de las mariposas tenían señales de corpúsculos roñosos, los huevos debían destruirse para evitar la reproducción de individuos tachados. Hoy estamos tan familiarizados con los fenómenos de infección y herencia, que esta humilde victoria de Pasteur sobre los enemigos microscópicos del gusano de seda no nos causa sensación, ni la causó entonces más que a los sericicultores, que proponían hacerle a Pasteur "una estatua de oro". Pero aquellos experimentos de Pasteur en Alais abrieron horizontes in-

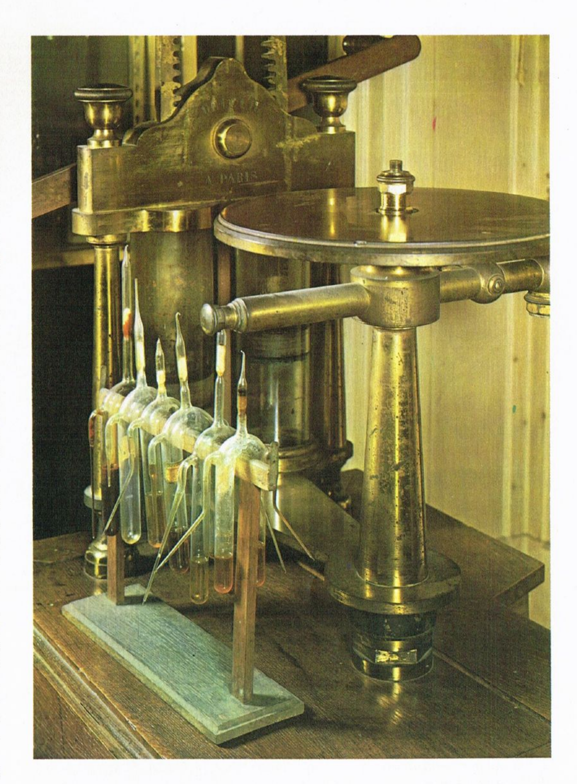
mensos a la Biología y hasta a la Medicina. Puede decirse sin exageración que con ellos empiezan otra Biología y otra Medicina, por no decir, más concretamente, la Biología y la Medicina verdaderas.

Pasteur confirmó sus ideas acerca de la causa de las epidemias estudiando el cólera de las gallinas y otra plaga en las ovejas, cuya sangre se volvía espesa y negra como el carbón. No podemos explicar en detalle las curiosas observaciones que hizo de los animales enfermos ni los remedios que propuso para evitar el contagio. Pero lo que sacó en claro del estudio de estas epizootias de las ovejas y las gallinas es que los vibriones que las causaban podían cultivarse en líquidos favorables para su desarrollo, que se mantenían vivos en tubos de vidrio con infusiones a propósito, y se podía infectar un tercero y así sucesivamente sin que debieran por necesidad los vibriones proceder de los animales enfermos. En cambio, los líquidos de los tubos infectados producían invariablemente la enfermedad en los corderos o en las gallinas. Observó también que las bacterias requerían condiciones de temperatura especiales y adecuadas para propagarse eficazmente y que sobre todo había resistencia variable en cada individuo enfermo, pero que todos los enfermos se defendían poco o mucho de la infección.

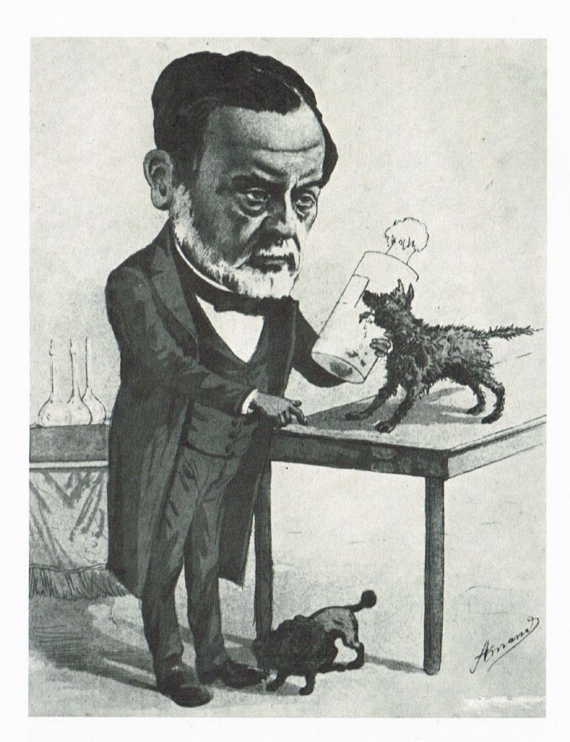
Pasteur observó que "cultivos" de las bacterias causantes del cólera de las gallinas perdían virulencia si se conservaban por largo tiempo y se "cultivaban" fuera del cuerpo de los animales. Esto hízole sospechar que algún día se podría inocular (vacunar) un animal o el hombre mismo con cultivos de microorganismos atenuados y acabar de una vez con la pesadilla de las enfermedades infecciosas.

Tal era en 1878 el estado de la discusión sobre los microorganismos que hemos llamado hasta ahora vibriones y bacterias. El nombre que ha quedado definitivo es el de *microbio,* usado primeramente por Sedillot, médico militar de Estrasburgo en 1870; pero Pasteur lo empleó definitivamente después de consultar a Littré, quien lo aprobó, porque como compuesto de las dos palabras griegas *micro,* pequeño, corto, y *bios,* vida, vivir, quería decir animálculo, o ser de corta vida, y daba buena idea del carácter de los microorganismos.

Desde el primer momento el estudio de los microbios había producido utilidades prácticas a la agricultura y ganadería, pero los médicos y cirujanos se resistían a reconocer las ventajas que podrían derivarse de aquel descubrimiento. Por lo general, los clínicos creían y creen aún que importa más conocer al enfermo que su dolencia, que cada caso es un problema diferente y tienen disimulada o franca antipatía por el hombre de laboratorio "que mata a muchos conejillos y cura a pocos enfermos". Pasteur exhortaba a los cirujanos por humanidad a practicar lo que hoy se llama asepsia: lavarse las manos, lavar los instrumentos y aun pasarlos por la lámpara antes de las operaciones. La mortandad de los que sucumbían de septicemia o infección de pus después de una operación era enorme, y en la misma proporción las parturientas morían de fiebre puerperal; hoy todos sabemos que tanto el pus de las heridas de los operados como la fiebre puerperal son causados por microbios..., pero en tiempo de Pasteur sólo él con unos cuantos discípulos sostenían esta idea. Decía Pasteur en la Academia de Medicina de París, en el



Cultivos de microorganismos sépticos en tubos en U (Instituto Pasteur, París).



Caricatura de Pasteur en la época en que realizó sus estudios antirrábicos.

año 1879: "Con profunda tristeza me veo obligado aquí a defenderme y con igual tristeza leo la prensa médica, que continúa sin tener en cuenta los principios de la ciencia experimental... Dos doctrinas están enfrentadas: una antigua y otra que acaba de nacer. La primera cuenta todavía con inmenso número de partidarios y se apoya en el concepto de la espontaneidad de las enfermedades transmisibles; la segunda es la de los gérmenes, para explicar el contagio con todas sus legítimas consecuencias, y ésta, que es la verdadera, prosigue ignorada".

La aplicación de las doctrinas de Pasteur a la Medicina y Cirugía se inició en la Gran Bretaña, no en Francia, por Joseph Lister, cirujano de Edimburgo, el primero en practicar curas antisépticas. Recuerde el lector que Pasteur sólo proponía limpieza y asepsia a sus colegas de la Academia de Medicina; Lister, más atrevido, trataba de combatir los microbios con soluciones antisépticas. Al principio usaba una solución de ácido fénico, que destruía no sólo los microbios, sino también los tejidos. Después empleó el yodoformo, que se utiliza todavía. Lister reconoció la deuda que tenía con Pasteur en un primer artículo sobre el "Nuevo método de curar las fracturas con heridas", publicado en *El bisturí (The Lancet)* de Londres en 1867, diciendo que "un torrente de luz ha llegado de las *investigaciones filosóficas* de Monsieur Pasteur, que ha demostrado con absoluta evidencia que no es el oxígeno ni otro gas alguno la causa de la descomposición de las sustancias orgánicas, sino partículas minúsculas que flotan en el aire y son los gérmenes de varias formas de vida inferior. Antes se habían visto en las materias en corrupción tales gérmenes, pero se consideraban como accidentes secundarios de la fermentación, mientras que ahora, como ha demostrado Pasteur, sabemos que son la causa esencial del fenómeno, pues resuelven las sustancias orgánicas complejísimas en otros compuestos de composición química más sencilla...".

Así hablaba Lister en Escocia cuando Pasteur se defendía "con tristeza" en la Academia de París. Pero, por lo visto, Pasteur no se enteró del artículo de Lister, y siete años después el cirujano de las *curas antisépticas* quiso estrechar amistad con el profesor de las *investigaciones filosóficas* escribiéndole una carta de la que son los siguientes párrafos: "Permitidme manifestaros mi gratitud por haber, con vuestras brillantes investigaciones, demostrado la verdad de la teoría de los gérmenes de la putrefacción y haber establecido los principios de la cura antiséptica... Si alguna vez venís a Edimburgo, creo que será digna recompensa para vos ver en nuestro hospital cómo el género humano aprovecha vuestros trabajos. No he de añadir que sería para mí una satisfacción máxima poder mostraros lo que ya os debe la cirugía".

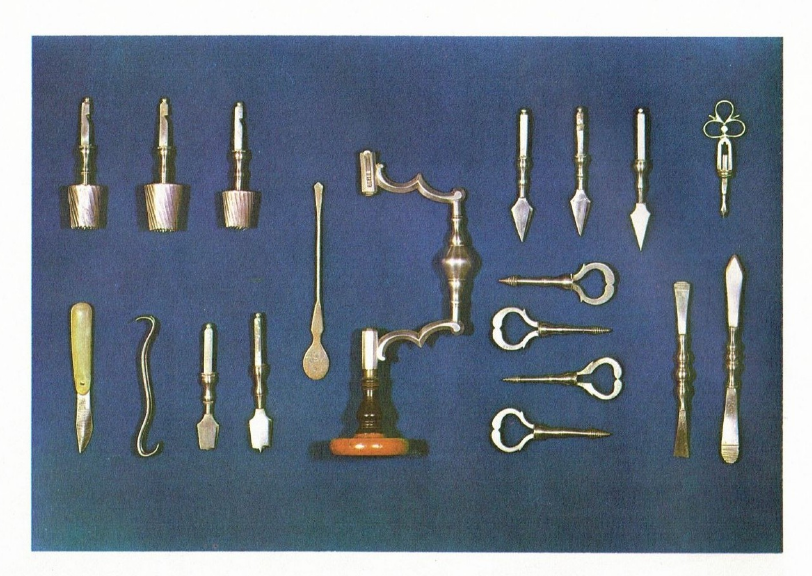
Hay que leer la conferencia de Lister ante los miembros de la Asociación Británica de Medicina reunidos en Edimburgo en 1875 para comprender el fervor de apóstol con que Lister practicaba y difundía la cura antiséptica inspirada por Pasteur. En el anfiteatro de la *Royal Infirmary* con unos 500 médicos y cirujanos venidos de diversos puntos de las Islas Británicas, Lister, con bata blanca y ante la mesa con el enfermo, habló en estos términos: "Señores: Me propongo esta mañana exponer los métodos y valor de la cura antiséptica... Aquí tenemos un paciente con la rodilla hinchada; creo que la supuración es inminente... Me propongo hacer una incisión y drenar el pus con un tubo... Desde luego que practicarlo sin un tratamiento antiséptico sería locura... Pero, señores, aun-



Areómetros de fines del siglo XIX (Museo de la Ciencia, Londres).

LOUIS PASTEUR (1822-1895)

1843	Ingreso en la Escuela Normal de París.
1847	Se doctora en Física y Química en la misma.
1848	Estudios sobre cristalografía.
1854	Profesor y decano en la Facultad de Ciencias de la universidad de Lille.
1857	Inicia sus investigaciones sobre la fermentación alcohólica, láctica y butírica. Administrador y director de investigaciones de la Escuela Normal de París.
1859-1861	Polémica sobre la generación espontánea con Pouchet, director del Museo de Historia Natural de Rouen.
1865	Comisionado por el gobierno para el estudio de la pebrina y otras enfermedades propias del gusano de seda.
1867	Sigue los cursos de fisiología de C. Bernard en la Sorbona.
1870	Investigaciones sobre los agentes patógenos de las enfermedades infecciosas.
1876	Polémica sobre la generación espontánea con Bastian.
1879	Descubre la vacuna contra el cólera de las aves de corral.
1881	Experiencia pública sobre los efectos de la vacunación anticarbunco en ciertos animales, acto patrocinado por la Sociedad Agrícola de Melun. Primeros trabajos sobre la rabia.
1885	La vacuna antirrábica experimentada con éxito en el hombre.
1888	Suscripción internacional para costear el Instituto Pasteur, dedicado a la investigación biológica.
1895	Muerte de Pasteur.



Instrumental médico inglés del siglo XIX (Museo de los Laboratorios del Norte de España, Masnou, Barcelona).

que parezca paradójico, con tratamiento antiséptico, cuanto más libre y manifiesta está la infección, más rápida es la cura. Primero purificaremos la piel con fuerte lavado de ácido fénico al 1 por 20; luego obtendremos una atmósfera antiséptica con un pulverizador que difunda por el aire un rocío de solución del mismo ácido al 1 por 40. Es probable que yo introduzca el dedo en la herida después de hecho el corte en la rodilla; pero observad que mi dedo será un dedo antiséptico, limpiado también con una fuerte solución de ácido fénico y cuidando de que penetre en las arrugas de mi piel y bajo la uña... Señores, para lograr resultados satisfactorios con este tratamiento debéis acostumbraros a ver con los ojos de la mente los fenómenos sépticos tan claramente como veis las moscas y los demás insectos con los ojos del cuerpo. Si podéis verlos con vuestra vista intelectual, os mantendréis en guardia contra ellos; y si no, estaréis constantemente en peligro de descuidar vuestras precauciones...".

Es interesante comparar esta conferencia de Lister de 1875 con su último discurso del año 1890 en el Congreso Internacional de Medicina de Berlín. En éste, la terminología usada es ya la moderna; los microbios se han clasificado y bautizado con nombres individuales. No se trata de gérmenes anónimos como en 1879. No menciona el ácido fénico, sino el sublimado al 1 por 500 y dice:

"Por lo que toca a la pulverización del aire durante las operaciones, me siento avergonzado de haberla recomendado para destruir los microbios de la atmósfera... Desde que abandonamos la pulverización hace tres años, hemos compensado sus servicios con toallas antisépticas alrededor de la mesa de operaciones, y descartando la pulverización, sentimos más la necesidad de limpiar los instrumentos y las heridas...".

Quedaba, pues, en claro, hacia 1885, que "toda fermentación se produce por el desarrollo de un microbio especial y cada enfermedad infecciosa tiene asimismo su microbio causante. Estos microbios, cultivados en ciertas condiciones, pierden su virulencia, y de extremadamente peligrosos pueden convertirse en vacunas que producen sólo una ligera indisposición".

Esta última parte era la que, más aún que la antisepsia o lucha directa contra los microorganismos en plena actividad, permitiría luchar contra los microorganismos, utilizando los microbios atenuados para precaverse de los virulentos. Había precedentes. La inmunización por medio de vacunas se venía practicando de un modo empírico en Inglaterra hacía medio siglo. Una cierta lady Mon-

tagu había observado en pleno siglo XVIII que las mujeres turcas se prevenían contra la viruela tocando variolosos que parecían tener la enfermedad atenuada. Desde tiempo inmemorial los chinos y turcos habían descubierto que la infección, maligna al principio, acaba por perder virulencia y degenerar. E. Jenner, en 1796, no sabemos si estimulado por la noticia de lady Montagu, practicó las primeras vacunaciones ya poco más o menos como las practicamos hoy. El opúsculo en que daba cuenta de sus experimentos es otro modelo de rigor científico, como el *Motu Cordis* de Harvey, anticipándose proféticamente a la ciencia experimental. Después de breve exordio de introducción, Jenner describe los casos tratados con vacuna: "Caso I. Joseph Merret, jardinero del duque de Berkeley, a menudo ordeñaba las vacas de su amo. En 1770 las vacas enfermaron con pústulas en las ubres y pronto aparecieron también en las manos de Merret. En 1775 hubo una epidemia de viruela en el lugar, y toda la familia sufrió de ella; yo traté repetidas veces de contagiar a Merret con inyecciones de pus varioloso, pero sólo conseguí provocar leves erosiones en la piel..." "Caso XVII. Escogí un robusto muchacho de ocho años y le inyecté el pus de las pústulas que tenía en la mano una lechera del lugar, producidas por la infección de vacas variolosas. Al séptimo día el muchacho perdió el apetito, tuvo fiebre, dolor de cabeza; los puntos en donde había hecho la inyección supuraron, pero todo desapareció en pocos días. Un mes más tarde le inyecté pus de viruela y no se desarrolló la enfermedad...", etc.

La vacunación contra la viruela dio lugar a terribles controversias en la Gran Bretaña, y todavía hay refractarios que consideran peligrosa la vacuna. Pero acabó por prevalecer y el Parlamento británico otorgó a Jenner dos pingües recompensas por su descubrimiento.

Lo que aparecía claro de los experimentos de Jenner, a la nueva luz que Pasteur había conseguido derramar sobre los microorganismos, es que la enfermedad de las vacas era la misma que la viruela en el hombre, producida por el virus de una bacteria que se había amortiguado en los animales. El jardinero Merret y los millones de individuos que después de vacunados sufrían la enfermedad, pero ya atenuada, quedaban inmunes de nuevos ataques del mismo virus. Pasteur trató de generalizar el procedimien-



Estampa francesa contra la vacunación (Biblioteca Nacional, París). La vacuna ha sido el medio de inmunizar a la humanidad contra los microorganismos infecciosos.

to a otras enfermedades infecciosas y consiguió producir en el año 1880 un suero para prevenir el carbunco del ganado. Los resultados del suero parecían realmente milagrosos.

Cuatro años después, ya en el ocaso de su vida, Pasteur atacó el problema de la vacuna preventiva y la cura de la hidrofobia con inyecciones de materia nerviosa desecada y obtenida de conejillos a los que se les había contagiado la hidrofobia en toda su virulencia. Los discípulos de Pasteur, no sólo los de su Instituto de París, sino del mundo entero, siguieron sus métodos para obtener vacunas contra la difteria, el tifus, el cólera y la fiebre amarilla.

La microbiología fue la ciencia sensacional de la última mitad del siglo XIX. Era algo dramático descubrir esta fauna y flora minúsculas, invisibles y al mismo tiempo formidables. Pasteur, en una carta a Lister, le dice que el microbio del vinagre es de longitud como de una milésima de milímetro. Muchos microbios eran incoloros y no se distinguían por mucho que multiplicara el microscopio. El paso preliminar para combatir cada uno de los gérmenes de las enfermedades infecciosas era el descubrir la sustancia colorante que tiñera el tejido o el líquido en que estaba multiplicándose. Cada microbio, caprichosamente, si se nos permite la expresión, requería una sustancia colorante distinta; era una casualidad descubrir aquella tintura con la que, sin saber cómo ni por qué, se pintaría el microbio. Una vez descubierta ésta, se podía examinar cómodamente el microorganismo con auxilio del microscopio, observar su forma y su manera de reproducirse. Se notó que los microbios podían agruparse por familias, que muchas enfermedades que tenían un curso y complicaciones análogas, tenían gérmenes microscópicos de aspecto físico muy parecido. Era la microbiología, la bacteriología naciente, que, acogida por unos con escepticismo, por otros con indiferencia, y con entusiasmo por los más optimistas y amantes de la ciencia, con el tiempo había de adquirir el desarrollo ex-



Edward Jenner, por J. Northcots (The National Portrait Gallery, Londres), fue el creador de la vacuna antivariólica.



La vacunación en familia (Biblioteca Nacional, París).

traordinario que disfruta en nuestros días, hasta llegar a constituir la base inconmovible sobre la que descansan los modernos adelantos de las ciencias médicas y la más firme esperanza con que éstas cuentan para desenvolverse y prevenir y curar las afecciones que más estragos causan a la Humanidad.

Cuando se quiso combatir el microbio causante de una enfermedad con productos antisépticos introducidos o inyectados en el cuerpo del enfermo se causó más daño que provecho. Se atiborró a los tísicos de creosota, que debía saturar la sangre y aniquilar el bacilo de los pulmones. Se llegó a inundar los pulmones cancerosos con soluciones antisépticas para limpiarlos como si hubieran sido objetos de metal o porcelana. La batalla eficaz contra los microbios fue por asepsia, o por vacunas y sueros.

Actualmente el terror de los microbios se va desvaneciendo. Pero hacia el final del siglo XIX todavía duraba la obsesión de que bastaba uno solo de estos invisibles enemigos para provocar una dolencia mortal. Metchnikoff, el sucesor de Pasteur, impedía a su esposa e hijos que comieran caramelos porque podían haber sido envueltos con un papel por una persona que fuese tísica o sifilítica. Todas las verduras tenían que hervirse y se pusieron de moda las bujías de bizcocho de porcelana para filtrar el agua en las casas. Estas perdieron eficacia al enterarse de que había enfermedades producidas por virus que atravesaban filtros. Además se reconoció que para el contagio se necesitaba un individuo que no tenga resistencia combativa... No; la gran importancia de reconocer la causa de las enfermedades infecciosas fue el desarrollar una higiene basada en datos científicos, no empírica y supersticiosa como la que se empleaba antes de Pasteur. Sobre todo fue una higiene social; los municipios cuidaron de evitar epidemias aislando los enfermos, manteniendo las aguas puras o esterilizándolas con cloro; las basuras se recogieron y quemaron; las cloacas fueron rociadas con fuertes soluciones antisépticas; se persiguieron roedores y parásitos, que son conductores de microbios, y se exigió un mínimo de higiene para los nuevos domicilios. Pero en esta vía el objetivo deseable y realizable es todavía algo lejano.

BIBLIOGRAFIA

Abbagnano, N.	*Storia delle scienze,* Turín, 1962 (3 vols.).
Andoyer, H.	*L'oeuvre scientifique de Laplace,* París, 1902.
Cresson, A.	*Claude Bernard, sa vie, son oeuvre, sa philosophie,* París, 1960.
Delhomme, L.	*De Claude Bernard à d'Arsonval,* París, 1939.
Laín Entralgo, P.	*Historia de la Medicina* (7 vols.), Barcelona, 1972 (en curso de publicación).
Laín Entralgo, P., y López Piñeiro, J.	*Panorama histórico de la ciencia moderna,* Madrid, 1965.
López Piñeiro, J.	*La literatura científica en la España contemporánea,* Barcelona, 1968.
Mauriac, P.	*Claude Bernard,* París, 1954.
Prandtl, W.	*Deutsche Chemiker in der ersten Hälfte des neunzehnten Jahrhunderts,* Weinheim, 1956.
Shryock, R. H.	*Histoire de la médecine moderne,* París, 1957.
Vallery-Radot, R.	*La vie de Pasteur,* París, 1957.
Varagnac, A.	*La conquête des energies,* París, 1972.



Laboratorio de química de 1895 (Museo de la Ciencia, Londres).



Nueva York a mediados del siglo XIX, por H. Sebron (Museo Franco-Americano, París). Durante este siglo, las colonias norteamericanas independizadas de Gran Bretaña fueron adquiriendo los territorios que limitaban con ellas y proporcionando a Estados Unidos su fisonomía actual. Una tragedia interna, en que los estados del Norte se impusieron a los del Sur, consolidó su fusión y les permitió lanzarse a una franca política de expansión.

Desarrollo y consolidación de los Estados Unidos

La Constitución de los Estados Unidos tenía el mérito y el defecto de su máximo laconismo. Cabría toda ella en dos páginas de este libro. Los *coloniales* del Congreso de Filadelfia del año 1787 la habían redactado con vaguedad que se prestaba a varias interpretaciones. Esperaban que se iría precisando al crecer la Unión y que los cambios sociales y políticos que traerían los tiempos podrían incorporarse con simples enmiendas a la Carta constitucional. Esto era extremadamente peligroso; las antiguas colonias tenían encontrados intereses que tratarían de defender con las diferentes interpretaciones a que se prestaba la vaguedad de la Constitución.

Muchos de los nuevos órganos de gobierno que aparecen en la Constitución de los Estados Unidos nos son hoy familiares y hasta algunos se han hecho ya anacrónicos. Pero en su tiempo eran grandes novedades... Así no es de extrañar que sus autores se sintieran obligados a gran reserva y casi ambigüedad. La idea de una república con presidente elegido cada cuatro años, en lugar de monarca hereditario, era un experimento arriesgado en 1789, antes de la Revolución francesa. Además se introducían nuevos tipos de autoridad. El Congreso o Parlamento con dos Cámaras, imitación de las inglesas, tenía jurisdicción sobre el presidente. Las atribuciones de éste eran poco precisas. Podía con su voto anular una ley, pero las Cámaras podían votarla por segunda vez, y entonces el presidente tenía que sancionarla. Se instituía una autoridad nueva: el Tribunal Supremo, con jurisdicción sobre el Congre-



Aspecto parcial de un rancho de Texas. Tras la compra de la Luisiana a Francia, Florida a España y la adquisición de Oregón, enormes extensiones casi despobladas pertenecientes a México se ofrecían a los Estados Unidos. La falta de visión del presidente Santa Anna, que impulsó la inmigración norteamericana en territorio de Texas, facilitó, junto con la inestabilidad política del propio México, la intervención de Estados Unidos en esta región.

so y el presidente, pero no se precisaba cuántos jueces tendría el Tribunal ni sus exactas atribuciones. Sobre todo quedaba indefinido el punto capital. ¿Dónde radicaba la soberanía? La Constitución parecía prejuzgar que las antiguas colonias inglesas, que desde entonces se llamarían estados, continuaban siendo árbitros de sus destinos cada una de por sí, y que se confederaban sólo en Unión temporal para su "tranquilidad y defensa". Pero cabía también la otra interpretación de la Constitución, esto es, que la Unión era una nueva persona política con plenos derechos y autoridad sobre las antiguas colonias, que habían transferido a aquélla sus prerrogativas de independencia.

Un rastro de esta duda, como un estigma, quedará para siempre palpable en el nombre que se dio a la Unión. Se la llamó en la Constitución, y oficialmente se llama todavía, "Estados Unidos de América", no "Estados Unidos de Norteamérica", y no se le dio un nombre personal o geográfico como los de Bolivia, Colombia, Australia. Esto da interés apasionante a la historia de la Unión norteamericana, porque ha sido y aún es *a nation in the making* (una nación que se está haciendo, una nación en el yunque).

En otro lugar de esta obra ya hemos explicado que este punto de la soberanía quedó mal definido en la Constitución porque, cuando la redactaba el Congreso de Filadelfia, Thomas Jefferson estaba en París de embajador y no pudo imponer sus ideas de soberanía de los estados. Prevalecieron las ideas de su adversario, Alexander Hamilton, que soñaba con una nación americana enteramente nueva, sin la rémora de los antiguos localismos y prejuicios coloniales.

La influencia de Hamilton fue enorme en su tiempo y continúa todavía siéndolo en los Estados Unidos; pero murió pronto, en un duelo, y la tendencia unificadora federalista fue de momento desviada por su opuesta, la dirección "republicana". Con este calificativo se entendían entonces los partidarios de la supremacía de los derechos del individuo y de los estados sobre los de la Unión. Su doctrina se hacía derivar del tratado *De Re Publica* de Cicerón y su principal exponente era Jefferson. Éste era un "filósofo" colonial, con las ideas y maneras de los antiguos romanos, que parecían revivir en los terratenientes de Virginia y otros estados del Sur. Jefferson fue elegido tercer presidente de los Estados Unidos, después de Washington y Adams, y pudo por lo menos frenar la tendencia unificadora durante su gobierno.

Sin embargo, era imposible mantener estricta la doctrina de la independencia de los

estados porque la Unión iba adquiriendo, por expansión natural, nuevos territorios más allá de las antiguas fronteras coloniales. El propio Jefferson, en el tiempo que fue presidente, tuvo que comprar la Luisiana a Francia por quince millones de dólares. Decimos que "tuvo" porque casi se vio obligado a llevar a cabo aquel negocio. Como hemos dicho ya, la Luisiana, en su origen francesa, se había cedido a España y ésta a su vez, en 1801, la reintegraba a Francia, entonces en pleno período napoleónico. Era peligroso dejar un territorio vecino a los Estados Unidos, con la agravante de estar allí la desembocadura del Mississippi, en poder de Bonaparte. Podía entrarle el deseo de conquistar a América como fue a Egipto y Siria, con la excusa de atacar a Inglaterra por el Canadá. Podía, por lo menos, cerrar las entradas del gran río, embotellando el comercio americano desde Nueva Orleáns.

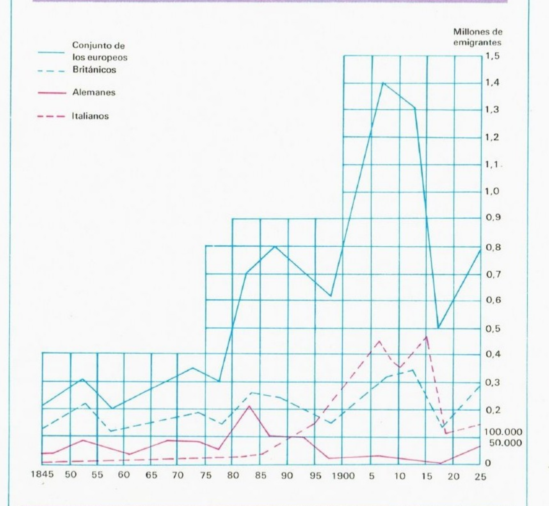
A la adquisición de Luisiana siguió la de la Florida, de España, en 1810-1819, por cinco millones de dólares, con una frontera ambigua, mal limitada, que podía originar toda clase de conflictos. ¿A quién pertenecerían estos nuevos territorios? No podían adjudicarse en parcelas a los estados federados porque estos nuevos territorios estaban todos al sur de la Unión. ¿Quién los defendería en caso de ataque? ¿Cómo se organizarían y administrarían?... Ni Jefferson ni ningún demócrata de su tiempo pensaron que pudieran ascender a la categoría de estados con los mismos derechos de los que se habían creado de las antiguas colonias. Al engrandecimiento de la Unión con Florida y Luisiana siguió la anexión del vasto territorio llamado Oregón, que iba desde la frontera imprecisa de Luisiana hasta el Pacífico. Inglaterra disputaba aquellos inmensos espacios, como natural expansión de sus posesiones en el Norte. La disputa duró largos años, y el león británico rugió y enseñó las uñas; pero el presidente Polk dijo que "a John Bull (Inglaterra) hay que mirarle de frente sin pestañear", y ocupó resueltamente todo lo que era o podía ser Oregón hasta el paralelo 49, que ha quedado constituyendo de manera definitiva la frontera entre el Canadá y los Estados Unidos.

Casi contemporáneamente vino la anexión de Texas y aún más: la cesión de Nuevo México, Arizona y California. Texas era una región de México reunida a Cohahuila, casi enteramente desierta antes de llegar colonos norteamericanos. Para dar idea de lo que era Texas, sólo diremos que el actual estado tiene una anchura de más de 1.200 kilómetros; hay desiertos rocosos hasta la región de bosques y pantanos del golfo. La inmigración de norteamericanos a Texas —¡cosa extraña!— fue promovida por el gobierno mexicano. En 1823, el emperador Iturbide confirmaba a un norteamericano llamado Stephen Austin la concesión de la más fértil región de Texas con la condición de que estableciera en ella doscientas familias. En 1824, el Congreso mexicano, prosiguiendo la política suicida de importar extranjeros, ofrecía la concesión de 66.000 acres de terreno a todo aquel que pudiera persuadir a doscientas familias a emigrar a Texas. Cada familia recibía su lote particular de 177 acres de terreno arable, o 4.428 acres de terreno para pastos o leña. Esto independientemente de los 66.000 acres que se regalaban al "empresario". Los miles de acres eran baratos en Texas. A Robert Owen, de quien hemos hablado en el capítulo del socialismo romántico de principios de siglo, el gobierno mexicano le ofreció una zona de 260 kilómetros cuadrados en Texas para establecer su colonia socialista. La concesión no llegó a ratificarse porque Owen insistió en que debía permitirse la libertad religiosa en su colonia, y

Restos de la misión de El Álamo, en San Antonio (Texas), donde se refugiaron doscientos texanos que se habían declarado independientes de México y a quienes Santa Anna eliminó; con ello provocó un levantamiento general, cuyas fuerzas derrotaron al presidente mexicano en el río San Jacinto y le hicieron prisionero. Ello consagró la independencia de Texas, que pronto se adhirió a Estados Unidos.



LA EMIGRACION EUROPEA Y LOS ESTADOS UNIDOS



Aunque el volumen total es muy difícil de establecer, se calcula que no menos de 40 millones de europeos abandonaron el continente entre 1800 y 1930. Los Estados Unidos acogieron a la mayoría de ellos. La evolución económica de los países de salida y llegada determina el ritmo y volumen de la emigración a lo largo del siglo. Entre 1871 y 1921, el período crucial de la inmigración en los Estados Unidos, llegaron al país 24.674.000 europeos. Tras la guerra de Secesión, la nación entraba en lo que Rostow ha denominado "la etapa de madurez" de su economía. Las necesidades de mano de obra, tanto para la industria como para la roturación de nuevas tierras, eran apremiantes. El gobierno federal alentó el movimiento con una legislación favorable a la adquisición de tierras por los inmigrantes y a su rápida nacionalización. Se crearon servicios de propaganda y oficinas de inmigración en las principales ciudades europeas. Hasta 1880-1885 sólo una minoría de los recién llegados procedía de la Europa latina, pero desde entonces esta corriente, compuesta sobre todo de italianos, no dejó de engrosarse. Las dificultades de asimilación y la hostilidad constante de algunos sectores de la nación americana a la emigración –como los Sindicatos– triunfaron en las leyes restrictivas de 1920.

entonces, en el año 1830, México era todavía católico acérrimo.

Con estas y otras liberalidades, el gobierno mexicano había logrado introducir en Texas hacia el 1834 dieciocho mil emigrantes norteamericanos con dos mil esclavos. Los mexicanos que residían de antiguo en el país no llegaban a cuatro mil. Ocurrió lo que necesariamente tenía que ocurrir, por estar Texas tan alejado del centro de la nación mexicana y haber ya empezado en México el período revolucionario. En el año 1835, el dictador Santa Anna proclamó una constitución unificadora de México, que dejó a los colonos de Texas a merced de cualquier funcionario de la capital. Los "empresarios" y colonos de Texas, irritados, establecieron un gobierno provisional; Santa Anna invadió Texas y sacrificó hasta el último hombre de la guarnición de 200 rebeldes separatistas texanos en la misión de El Álamo, cerca de San Antonio. La crueldad de Santa Anna ocasionó un levantamiento general en Texas, y Sam Houston, con su milicia improvisada de colonos, derrotó a Santa Anna, haciéndole prisionero y desbandando al ejército mexicano en la batalla de San Jacinto. Estas dos acciones, la defensa de El Álamo y la victoria sobre Santa Anna en las márgenes del río San Jacinto, consolidaron la independencia de Texas, que se organizó en estado independiente con bandera de estrella solitaria. Pronto fue a reunirse a las otras trece del pabellón norteamericano. Pero la consecuencia fue una guerra entre México y los Estados Unidos. Los norteamericanos invadieron el territorio mexicano por la vía de Texas y la de Veracruz. Conquistada la capital, impusieron un tratado que negoció el poco escrupuloso Santa Anna. Por este tratado, llamado de Guadalupe-Hidalgo (febrero de 1848), México cedía a los Estados Unidos no sólo sus derechos sobre Texas, sino toda la región al norte de Río Grande que comprendía Nuevo México, Arizona y la California superior, recibiendo en compensación quince millones de dólares, la mitad de lo que estaban autorizados a ofrecer los diplomáticos norteamericanos.

Contemplando el mapa, asombra la enormidad de lo que conquistaron los Estados Unidos con una intervención militar que duró pocos meses; pero hay que tener en cuenta que México estaba entonces en una condición de anarquía tal, que los vencedores creyeron ser generosos contentándose con los territorios deshabitados del Norte y aun desembolsando una propina. Al enviar el presidente el tratado de Guadalupe-Hidalgo al Senado para que lo aprobara, fue discutido tenazmente por el grupo de senadores que representaban, según decían, la mayoría de la opinión popular, y pedían insistentemente la anexión de todo México.

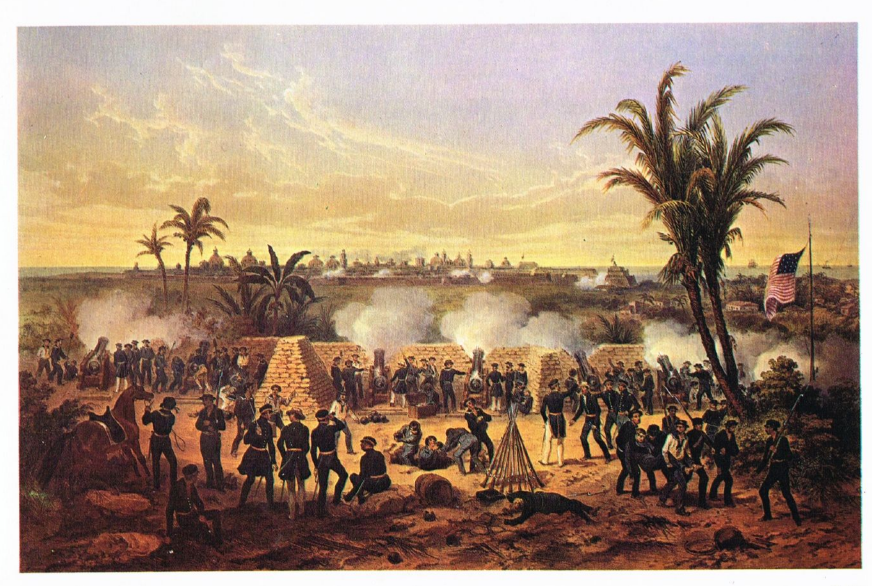
El convenio con Inglaterra para legalizar la ocupación de Oregón (1846) y el tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848) redondearon las posesiones de la Unión americana en el continente, dándole casi las fronteras actuales. Pero estos engrandecimientos hicieron más agudas las controversias políticas de la doble interpretación de la Constitución. Ya hemos visto que el mismo Jefferson había te-

nido que claudicar de sus teorías democráticas de soberanía popular de los estados. Pronto se sintió la necesidad de construir marina, caminos interestatales y establecer un Banco Central, y esto no podía hacerlo más que el gobierno federal. Los servicios de gobierno y administración de la Unión, que al principio se creyó que podrían sostenerse con cuotas de los estados, crecieron hasta obligar a imponer contribuciones directas. Además había la enojosa disputa de las tarifas aduaneras, que si convenían a proteccionistas de los estados del Norte, que empezaban a crear la industria americana, eran enojosas para los estados del Sur, productores de algodón, que hubieran preferido un régimen librecambista.

Pero lo que agriaba más las relaciones entre los estados del Norte y los del Sur eran los conflictos que producía la esclavitud. Los estados del Norte, habitados por puritanos y cuáqueros, habían abolido la esclavitud muy pronto, pero sentían escrúpulos de pertenecer a la Unión, que permitía el comercio y posesión de esclavos en ciertos estados, y sobre todo en los territorios recientemente adquiridos. La responsabilidad les tocaba directamente, porque si bien la Unión no podía intervenir en el régimen económico interior de los estados del Sur, que eran decididamente esclavistas, en los territorios adquiridos por compra o por conquista era crimen o pecado de toda la Unión la tolerancia de la esclavitud.

Al fundarse la Unión, las dos tendencias, abolicionista y esclavista, estaban equilibradas; había tantos estados que permitían la esclavitud como estados que la prohibían. Cuando entraba en la Unión un estado nuevo esclavista, como Texas, se tenía cuidado de ascender a la categoría de estado un territorio de la región del Norte, donde no se admitían esclavos. En dos ocasiones, para no perder el equilibrio o empate de votos en el Senado (donde los estados, grandes y pequeños, viejos y nuevos, tenían igual voto), se empleó la estratagema de dividir los estados antiguos abolicionistas para que no predominaran los esclavistas. El Congreso o Parlamento de la Unión concertó entre ambos partidos compromisos o arreglos, estableciendo que a partir de ciertas líneas de demarcación no se permitiría la esclavitud, pero los arreglos no fueron duraderos porque

Sitio de Veracruz por las tropas norteamericanas (Biblioteca Nacional, París). La independencia de Texas no impidió la guerra entre México y Estados Unidos, cuyas tropas entraron en la ciudad de México e impusieron un oneroso tratado a Santa Anna, por el cual pasaban a Estados Unidos Nuevo México, Arizona, Nevada, California, Utah y parte de Colorado.

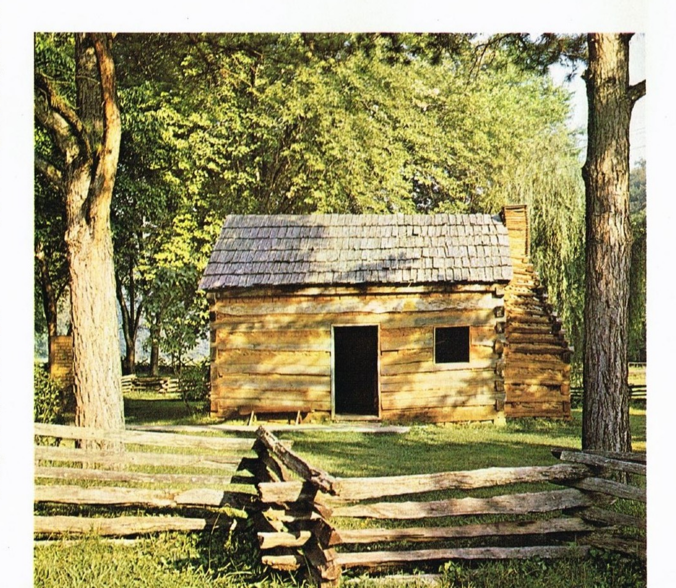




no satisfacían enteramente a ninguna de las partes.

Debajo de esta divergencia que representaban las doctrinas abolicionistas y esclavistas revivía la antigua rivalidad de federalistas y republicanos de Hamilton y Jefferson. Los "caballeros" y "aristócratas" del Sur, jefersonianos a rabiar, se enojaban sólo de oír enunciar la teoría de que el gobierno de la Unión podía intervenir en la policía y régimen económico de sus haciendas. Es probable que, de no haberse sentido ofendidos por la literatura humanitaria de los abolicionistas del Norte, la esclavitud se hubiera gradualmente extinguido en el Sur. Más que continuar manteniendo esclavos, lo que defendían los sudistas era su derecho a tenerlos. Inglaterra había ya abolido la esclavitud. Se había abolido en México en los primeros días de la revolución, como se abolió en Sudamérica; era y es un sistema anticuado y caro, que no puede sostenerse en cuanto la Humanidad consigue cierta época de progreso. Ya Varrón, en la Roma republicana, aconsejaba a los campesinos que empleasen obreros asalariados, en lugar de esclavos, para trabajos que precisaban rapidez, como el de la siega. Los trabajos que se requerían entonces en los Estados Unidos –la construcción de carreteras y ferrocarriles– no podían tampoco confiarse a esclavos. Hubo que importar multitudes de irlandeses e italianos, que probaban a los

Harriet Beecher Stowe, por A. Fisher (The National Portrait Gallery, Washington). La adquisición de nuevos territorios planteaba el problema de la extensión de la esclavitud, mal vista por los estados del Norte, problema que a su vez ocultaba una pugna económica entre partidarios del proteccionismo (Norte) y del libre cambio (Sur). La obra de Harriet Beecher Stowe, "La cabaña del Tío Tom", contribuyó más que cualquier otra circunstancia a crear una conciencia antiesclavista.



La Knob Creek Farm, casa donde transcurrió la infancia de Abraham Lincoln, en Kentucky. Los antiesclavistas norteamericanos encontraron en Lincoln al líder que los nuevos tiempos reclamaban para acabar con aquel estado de cosas. Su elección como presidente de los Estados Unidos significó el inicio de la guerra de Secesión norteamericana.

IMPERIALISMO Y RACISMO EN NORTEAMERICA

Sería absurdo a todas luces caer en el tópico que pretende hacer creer que sólo en las zonas europeas han practicado actividades racistas los anglosajones, los germanos y los eslavos, especialmente los primeros. Hoy día, sin escandalizarse nadie más de lo que es debido ante lo que los hispanos, lusos y españoles, hicieron en sus etapas de conquista y de ocupación colonial, los problemas racistas se contemplan evidentemente desde un enfoque más amplio y comprensivo. Sin embargo, continuará siendo un problema o, mejor dicho, un "caso" de especial relevancia y significación el del racismo de los pueblos oriundos de la vieja cuna de la Unión que, mezclado a otros sentimientos de blancos emigrantes, crea en los Estados Unidos una compleja serie de fenómenos racistas que, a su vez, son imposibles de comprender separados de las realidades imperialistas que presiden el expansionismo de los Estados Unidos.

En efecto, mientras el crecimiento de los jóvenes estados de la Unión –tanto desde el punto de la expansión territorial como el del aumento de habitantes– dependería durante muchas décadas de la inmigración exterior, el mencionado crecimiento se vinculó asimismo desde un principio prácticamente a unas concretas acciones racistas. Es decir, por ejemplo, mientras se recibía al inmigrante europeo, se expulsaba, exterminaba o discriminaba al ocupante de los nuevos territorios en manos de los Estados Unidos. De esta forma, no sólo aparecerán medidas racistas de distinta índole frente al "indio", sino también frente a los que comúnmente vienen siendo conocidos como "chicanos", es decir, los habitantes no-indios de los territorios ocupados a México (antigua colonia hispana).

Incluso respecto al inmigrante hubo una serie de reacciones discriminatorias. No nos referiremos ahora a las tentativas de legislación restrictiva de 1789 o incluso a la histeria conocida con la denominación *Know-Nothing*, entre 1840 y 1860, que trataría de llevar adelante prácticas restrictivas y xenófobas. Fundamentalmente nos referimos ahora al inmigrante de color, en su mayoría asiático, en especial chino o japonés, siempre mal visto y que en la práctica pasaría a ser la víctima propiciatoria de cierto tipo de racismo. Así ocurrió, por ejemplo, con los chinos, a los que prácticamente sólo se permitía ocupación de muy baja categoría social, cuya inmigración, por motivos coyunturales norteamericanos muy comprensibles, aumentó durante la década 1850-1860 y alcanzó su punto culminante en 1882 con la entrada de unos 40.000, fecha a partir de la cual se establecería una política severamente restrictiva. Con respecto a los japoneses se llegaría a prohibir su emigración a los Estados Unidos a partir del primero de enero de 1924.

Pero en la práctica la sociedad de los Estados Unidos, en franca expansión y practicando un abierto y poderoso imperialismo, utilizaría además fórmulas discriminatorias y racistas respecto a los mismos inmigrantes procedentes de Europa. En este sentido serían siempre mejor considerados y recibidos los anglosajones, germanos y escandinavos, con preferencia muy ostensible respecto a los irlandeses, eslavos, latinos, griegos y armenios. Finalmente, cuando la culminación de los objetivos expansionistas e imperialistas norteamericanos llegaron a su ápice, entrado ya el presente siglo, se procedió sin ambages a votar una legislación restrictiva de la inmigración en 1921, que establecería unas cuotas o "cupos" muy restringidos de entrada de emigrantes en los Estados Unidos, de acuerdo con los valores discriminatorios y racistas antes mencionados.

Y si, por ejemplo, será tópico decir durante mucho tiempo que los irlandeses se convertirían en guardias o policías en los Estados Unidos, no deja de ser cierto el hecho de que si, pongamos por caso, entre 1900 y 1930 se permite establecer –por necesidades de mano de obra– a 750.000 inmigrantes "chicanos" o mexicanos, será para ocuparlos en los más pesados trabajos agrícolas, así como en desagradables trabajos en ferrocarriles y construcción en Texas, California y, especialmente, en Arizona. Paralelamente, al negro –pretexto de una brutal, larga y sangrienta guerra civil– se le considerará durante mucho tiempo y en muchos estados, tanto del Sur como del Norte, como un auténtico inferior, mano de obra barata y que, en todo caso, sólo podría servir, como ha señalado algún conocido literato (haciendo irónica y triste mención de un hecho lamentable), para ser limpiabotas y, a lo máximo, con la época dorada del jazz y sus análogos y secuelas, un cantante, un bailarín, un artista. Es decir, podría quizá llegar a ser millonario, pero jamás, en principio, por los medios ortodoxos que usan los dignos blancos del más puro y limpio linaje étnico.

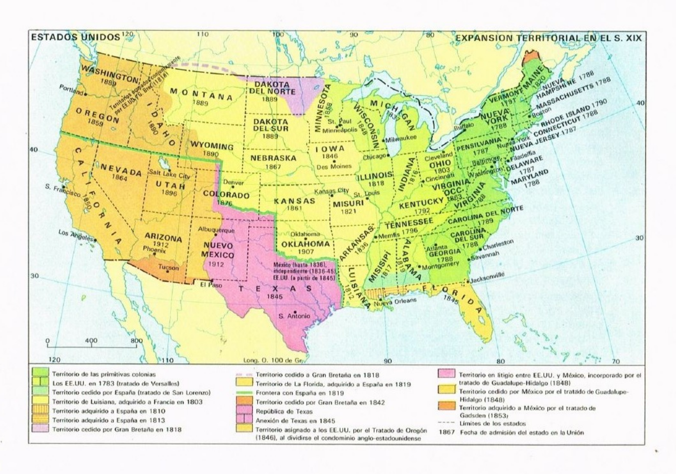
Estos problemas de chicanos, negros y de inmigrantes de Puerto Rico (a partir de 1898) han venido manteniéndose hasta nuestros días y constituyen, evidentemente, el talón de Aquiles del tópicamente denominado "paraíso americano". Un talón de Aquiles que se patentiza tan claramente en las luchas de exterminio contra los "indios" (y la ubicación de los supervivientes en "reservas") como en la esclavitud, ya superada, de los negros del Sur o en la discriminación –todavía existente–, frente a las minorías de negros, de otros grupos de color, chicanos o inmigrantes de Puerto Rico. De esta forma, a lo largo de dos siglos escasos de historia de los Estados Unidos de América, la conexión entre imperialismo, racismo y formas discriminatorias varias constituye un capítulo, más bien una faceta no precisamente positiva de su todavía joven historia.

A. J.

esclavistas ser mucho más baratos y eficaces que los esclavos negros.

En la inmensa mayoría de los casos, el propietario esclavista del Sur, que pintaban como un monstruo de crueldad los folletos abolicionistas del Norte, era un caballero de modales distinguidos, manirroto sólo para su hacienda. Los tres o cuatro esclavos que mantenía eran su vieja nodriza, el cochero de su padre, un muchacho huérfano adoptado, la cocinera negra orgullosa de sus guisados. Todos se habían de tal modo identificado con la casa y la familia de su amo, que separados de ella hubieran perecido.

Todavía hoy ciertas haciendas o plantaciones del sur de los Estados Unidos conservan medio arruinado el departamento donde estaban alojados los esclavos. Lugar siniestro y malsano, aunque no peor que los barrios obreros de Lille, Mulhouse y otras ciudades industriales de Europa en aquella época. El tipo de amo que azotaba a los esclavos descrito en *La cabaña del Tío Tom* (1851) debía de existir todavía cuando se discutían los derechos de la Unión a permitir la esclavitud, pero era un personaje anacrónico, condenado a desaparecer. Sin embargo, las excepciones de crueldad y violencia con los



Philip Sheridan, por T. B. Read (The National Portrait Gallery, Washington). Este general, junto con Sherman, realizó la famosa cabalgada desde el Mississippi a la costa atlántica.

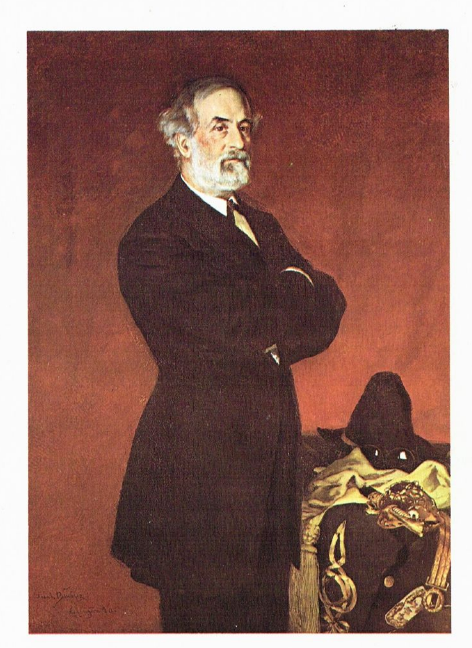
esclavos contribuían a que algunos escapasen a los estados del Norte, y el gobierno federal no tenía más remedio que prenderlos y devolverlos a sus amos. Los cuáqueros antiesclavistas escondían y protegían a los fugitivos, y su aprehensión por el gobierno federal ocasionaba motines, derramamiento de sangre y gastos. Un esclavo negro escapado en 1854 costó a la Unión 40.000 dólares para reintegrarlo al Sur. En 1859, un exaltado llamado Brown marchó a Virginia con un grupo de antiesclavistas y se apoderó de un arsenal con objeto de armar a los negros, excitándolos a rebelarse. La intentona fracasó; Brown fue ahorcado, pero murió desafiando a la Unión y reprochando al pueblo la vergüenza de tolerar la esclavitud.

El Tribunal Supremo, como ha hecho siempre y continúa haciendo todavía en los Estados Unidos, no sirvió más que para embrollar la cuestión. En 1857 tuvo que decidir el pleito de un esclavo llamado Scott, que, apoyado por los abolicionistas, demandaba a su amo porque lo retenía sin concederle la libertad. Fundaba sus derechos en que su amo lo había llevado a residir por algún tiempo en territorio nacional donde no se toleraba la esclavitud. La sentencia del Supremo –¡parece hoy un sueño!– fue contraria al esclavo. Según la sentencia del Supremo, que establece jurisprudencia, un esclavo es como un objeto mueble, y la Unión no tiene derecho a desposeer a nadie de sus bienes. Además, según el inapelable Tribunal, un negro no era ciudadano de los Estados Unidos.

Con aquella sentencia se revalidaron las pretensiones de los estados del Sur. También ellos publicaron sus folletos antiabolicionistas para contrarrestar el efecto de la literatura que se difundía desde el Norte. La esclavitud era el reconocimiento de un hecho biológico: ciertas razas requieren el régimen paternal o tutelar. La Biblia no se opone a la esclavitud; San Pablo da consejos de humildad y paciencia a los esclavos y propone como virtud cristianísima la mansa sumisión a los amos. Las Iglesias protestantes llegaron a dividirse: había la Iglesia metodista del Norte y la Iglesia metodista del Sur; la Baptista abolicionista y la Baptista esclavista.

Entre los argumentos en su favor, los estados del Sur recordaban que en las constituciones estatales de las antiguas colonias se decía concretamente que eran soberanas; así, la Unión era un pacto de conveniencia y revocable. Por ejemplo, la Constitución del estado de Massachusetts (1790), el estado puritano del Norte, decía que "el pueblo de esta república tiene él solo el exclusivo derecho de gobernarse como estado libre independiente y soberano...". La Constitución del estado de Connecticut, también al Norte (1776), declara que "el pueblo de este estado, siendo por la voluntad de Dios libre e independiente, tiene él solo el exclusivo derecho de gobernarse como libre, independiente y soberano". Pennsylvania (1776) tiene en su Constitución un párrafo análogo. La Constitución de Virginia va un paso más allá y reconoce el derecho del pueblo de cambiar, alterar o abolir aquel gobierno que la mayoría de las gentes del estado considerare contrario al bien común. Maryland, en su Constitución de 1776, legitima la revolución o separación con este párrafo: "La doctrina de la pasividad (no resistencia) en el caso de un gobierno arbitrario y opresor es absurda, esclavizadora y destructiva del bienestar y la felicidad de los gobernados".

Es, pues, evidente que las Constituciones estatales anteriores a la Constitución federal de 1787 presuponían la completa soberanía de cada estado que entraba en la Unión con todos los derechos de una nación independiente. La Constitución federal no implicaba ninguna renuncia de derechos; los estados se asociaban, según dice el texto, en unión "perfecta", sin declarar que fuera completa e irrevocable. Esclavistas y librecambistas del Sur sostenían todo lo contrario; decían que podían separarse en todo o en parte, y que podían rechazar aquellas leyes del Congreso de la Unión que no les convinieran a ellos particularmente. La técnica de repudiar una ley federal por uno o varios estados se llamó "nulificación" (anulación); los disidentes no votaban ninguna ley contraria a la que no les convenía; ni se rebelaban para no aplicarla; simplemente la sabotearon no haciendo ningún caso de sus disposiciones. La "nulificación" era una especie de huelga de los deberes de ciudadanía. La doctrina constitucional, mejor dicho, anticonstitucional, de la "nulificación" parece que no podía proponerse más que como procedimiento revolucionario, pero se propugnó como fórmula legal en innumerables folletos por los esclavistas, y se resucitó todavía en este siglo, para no aplicar la ley de la prohibición de bebidas alcohólicas por los que eran contrarios a la "ley seca". Pero actualmente la Unión americana ha llegado ya a fusionarse de tal modo, que el continuar un procedimiento de "nulificación" traería como consecuencia inevitable la represión por parte de los organismos federales.



El general Robert Edward Lee, jefe del ejército confederado, por F. Buchser (Kunstmuseum, Berna).

Pero en 1857 la política antiesclavista y las tarifas proteccionistas produjeron innumerables intentos de "nulificación". Todo esto se debatió en una serie de controversias públicas al aire libre en el estado de Illinois,

UNA NUEVA INTERPRETACION DEL PAPEL DE LA INMIGRACION EN LOS ESTADOS UNIDOS

Tradicionalmente, los historiadores americanos han distinguido dos grandes etapas en el movimiento de emigración hacia los Estados Unidos: el período que va desde el siglo XVIII hasta 1880, de emigración predominantemente anglosajona, y el período desde 1880 hasta nuestros días, en el cual una mayoría de los emigrantes vienen del centro, sur o este de Europa.

Ya en 1782, H. Saint-John Crèvecoeur ("Letter from an American Farmer") calificaba la emigración como el hecho constitutivo de los Estados Unidos. De la fusión de grupos de orígenes diversos y de la acción homogeneizadora del medio físico y las instituciones republicanas surgirá una nueva raza que dará origen a la nación americana.

La asimilación del emigrante en este primer período supone, sin embargo, una conformación previa a los valores y principios de una cultura blanca anglosajona y protestante.

Es la segunda oleada inmigratoria la que, al encontrar dificultades para acomodarse a los valores propuestos, pondrá en cuestión la propia asimilación. Se producen entonces diferentes reacciones en el país.

Para otros pensadores americanos –H. Kallen, "Culture and Democracy", 1924–, el riesgo que implica la imposición de una cultura anglosajona y protestante amenaza los principios democráticos básicos de la nación: "Los americanos deben elegir entre una cultura del Ku-Klux-Klan o el pluralismo cultural".

El historiador marxista Ch. Beard abandonará el enfoque culturalista de la cuestión. La segunda oleada inmigratoria ha coincidido con la plena expansión del capitalismo norteamericano a finales del siglo XIX. Los inmigrantes supusieron una fuerza de trabajo necesaria que ha ampliado la clase proletaria ya existente y que como tal han participado escasamente en los beneficios económicos. La inasimilación cultural y la marginación de los nuevos inmigrantes es una consecuencia de su explotación como clase.

La tesis de Beard inspirará numerosos trabajos, que demostrarán el radicalismo de los emigrantes, su importante contribución en la difusión del socialismo en Norteamérica y su papel en la lucha obrera y la fundación de los sindicatos americanos.

Los conservadores defenderán los modelos británicos de organización política, económica y cultural como consustanciales a la nueva nación y limitará la asimilación a la adopción de éstos.

Es la ideología recogida en obras como "Inmigration", de H. P. Fairchild (1913); "The passing of the great Race", de M. Grant (1916), o "Les États Unis d'aujourd'hui", de A. Siegfried (1927), y que inspirará todos los movimientos nacionalistas que entre 1914 y 1924 exigen la "americanización" del país.

O. Handlin, representante destacado de la corriente de historiadores americanos que, después de la segunda Guerra Mundial, se esforzaron en destacar la singularidad histórica de los Estados Unidos –una sociedad armónica sin conflictos ni ideologías de clase–, ha propuesto una reinterpretación del papel de la inmigración en la historia americana.

Para Handlin no hay etapas destacables en la inmigración: ésta es un movimiento único y continuo. Durante todo el período, el inmigrante se mueve por un conjunto de aspiraciones que se repiten: deseo de cambio y aventura, posibilidad de labrarse un porvenir más afortunado en un nuevo continente, amor a la naturaleza en estado salvaje, intento de conseguir una mayor libertad, etc. La motivación económica ni es la única ni es la más importante. Una vez en el país, todo inmigrante sufre la misma experiencia: fuerte sensación de desarraigo, angustia y problemas ante la readaptación.

Toda la población americana proviene de la emigración. El inmigrante es a su llegada el caso límite de una condición general. La cualidad de inmigrantes, común a todos los americanos, es el factor formativo de la nacionalidad americana.

Según Handlin: "Una sociedad obligada a tolerar una multitud de grupos étnicos diferentes ha debido desarrollarse de una manera pluralista y reconocer el derecho de cada grupo a tener sus modos de vida propios, sin sufrir por eso discriminación o privación de sus derechos".

El equilibrio de los Estados Unidos resulta de la combinación de grupos distintos que comparten el poder. No existen marginaciones ni motivos de tensión.

Se niega el radicalismo de los inmigrantes.

La agitación obrera no es efecto de una conciencia de clase, sino del desarraigo y los factores emocionales.

El movimiento antiinmigratorio es una reacción apasionada en defensa del modo de ser americano.

Consideración abstracta de la emigración.

Reducción del problema de la emigración a fenómeno psicológico.

Deducciones lógicas se postulan como hechos reales.

La ideología pluralista recubre una situación de hecho: la existencia de una clase dominante blanca, anglosajona y protestante, que representa menos de un tercio de la población.

La nación americana no se ha creado por fusión, sino por yuxtaposición de estratos sucesivos de minorías relegadas por el grupo dominante a la clase que sirve a sus propios intereses.

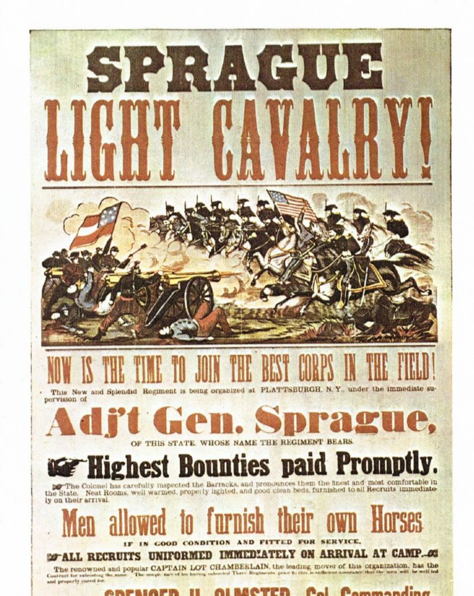
R. Ertel, G. Fabre, E. Marienstras: "En marge, les minorités aux États-Unis" (1970).

Arriba, las defensas de la ciudad sudista de Charleston bombardeadas por la armada estadounidense (Biblioteca Nacional, París). A la derecha, cartel editado por el ejército federal en que se piden voluntarios para la Caballería.

entre un rico y elocuente senador, Stephen Douglas, y un oscuro abogado de Springfield, Abraham Lincoln. Algunos párrafos de Lincoln revelaron al pueblo americano que había aparecido, si no un verdadero pensador, por lo menos un creyente a quien no espantaba encararse con la verdad por amarga y desagradable que fuese. He aquí algunos párrafos de Lincoln en sus debates con Douglas. Estamos convencidos de que parecerán insignificantes a los que esperen frases retumbantes y no capten la vibración espiritual que los anima.

"Esclavitud es una manifestación de egoísmo, opuesta al natural amor de justicia. Cuando estos dos principios entran en conflicto siguen inevitablemente choques y convulsiones..."

"Casa dividida debe perecer, dice el Evan-



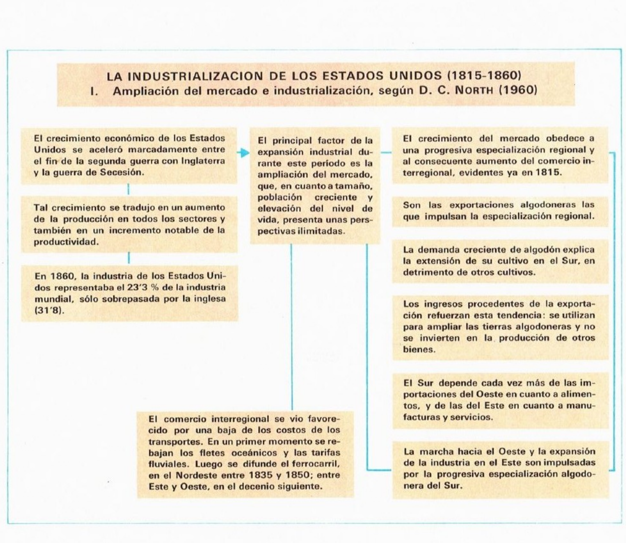


Billetes de 5, 10 y 20 dólares emitidos por la Confederación norteamericana.

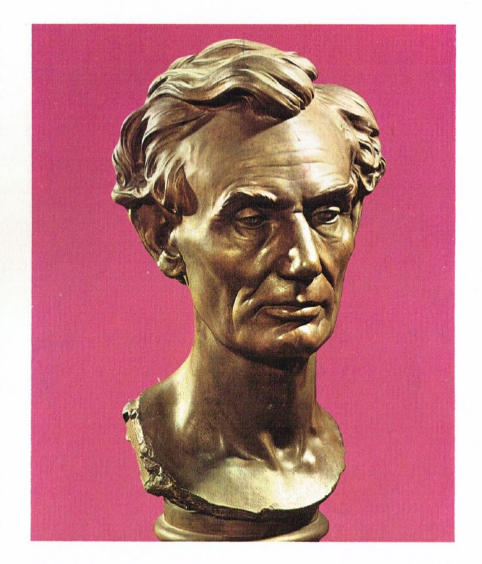
gelio. Yo creo que esta nación no puede continuar la mitad esclava y la mitad libre. No temo que caiga la casa, pero sería aún peor que acabara dividida. O debe ser toda ella esclava o será toda libre..."

"Si se me diera todo el poder del mundo para remediar este mal, no sabría qué hacer con él. Cuando los esclavistas me recuerdan los derechos constitucionales de los estados, tengo que reconocer que están en lo justo; llegaría hasta a conceder que hay que satisfacerles con una ley para reclamar los esclavos fugitivos... Y, sin embargo, a pesar de mis concesiones, siento que no hay más excusa para permitir la esclavitud que para consentir la trata de negros africanos que ya nadie defiende."

Los debates de Lincoln con Douglas tuvieron más resonancia porque se acercaban las elecciones presidenciales de 1860, y Douglas y Lincoln se presentaban como candidatos. El oscuro abogado de Illinois fue elegido por gran mayoría de votos. No tenía en su favor más que unas cuantas frases de los debates con Douglas que probaban su sinceridad y fortaleza moral. Un hombre con los pobres antecedentes de Lincoln nunca hubiera llegado en Europa a la presidencia de la República. No era político ni escritor; había nacido en una choza y pasó su juventud en los bosques cortando leña. Era de maneras simples, casi rudas; su conversación, sobria



A la derecha, busto en bronce de Abraham Lincoln (Museo Franco-Americano, París). El decimosexto presidente de los Estados Unidos, que no era nada experto en materias administrativas, poseyó, en cambio, talento práctico, gran intuición y bondad de carácter. Su asesinato ha contribuido a aureolar aún más su figura. Abajo, caballería del ejército confederado a las órdenes del general Stuart (Biblioteca Nacional, París).



y llana, estaba salpicada de anécdotas y broma grotesca. No era el asceta huraño en continua meditación que se pinta en los retratos, sino un americano práctico y razonable que caía en éxtasis cuando se le revelaba la verdad espiritual más intensamente que a los profesionales del sentimiento. Después de haber recibido una de estas "visitaciones" del espíritu, Lincoln era irresistible, tenaz, infatigable.

Algunos estados del Sur, al conocer la elección de Lincoln, se separaron sin esperar las consecuencias, pero Lincoln, en su discurso inaugural de 4 de marzo de 1861, se



mostró benévolo y confiado de que podría llegarse a un arreglo. "Físicamente, geográficamente, no podemos separarnos... Este gobierno –añadió dirigiéndose a los estados del Sur– no os atacará. Pero yo mantengo, fundándome en la ley universal [acaso quería decir ley natural] y la Constitución [ésta en segundo término], que la Unión de los Estados Unidos es perpetua... Ningún estado puede separarse por su propia voluntad... Yo cuidaré celosamente de que las leyes de la Unión sean aplicadas en todos los estados [aludiendo a la "nulificación"] y el poder que se me ha confiado lo usaré para ocupar y mantener los lugares y puestos que pertenecen al gobierno federal y para cobrar los derechos de aduana y las contribuciones..."

Así Lincoln ofrecía reducir a un mínimo el ejercicio de sus poderes presidenciales. No hablaba de esclavitud. Pensaba entonces, en 1861, que los intereses creados por el régimen esclavista eran de tal importancia, que no podían atacarse sin destruir los estados del Sur y acaso aquella Unión que él declaraba perpetua e irrevocable. Tal era la importancia que se concedía a la organización basada en el trabajo de los esclavos, que Lincoln llegó a ofrecer un tratamiento progresivo de lenta eliminación. Según su oferta,

David Glasgow Farragut, por W. Swain (The National Portrait Gallery, Washington). Farragut, de origen menorquín, fue el primer almirante de la escuadra norteamericana e intervino de manera importante en la guerra de Secesión; entre sus principales hechos destaca el bombardeo de Nueva Orleáns y el desembarco de los 18.000 soldados que ocuparon la ciudad.



Asesinato del presidente Lincoln por el fanático sudista J. W. Booth, según un croquis de M. W. Scott (Biblioteca Nacional, París).




El Lincoln Memorial, erigido en Washington, la capital federal de los Estados Unidos.

LA INDUSTRIALIZACION DE LOS ESTADOS UNIDOS (1815-1860)
II. La concentración de la industria en el Nordeste, según D. C. NORTH (1960)

El desarrollo económico anterior de la región (1793-1808) había sentado las bases de la futura industrialización.

En 1815, el Nordeste contaba ya con los principales centros urbanos y los mayores mercados de manufacturas: Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Boston. En un principio, las industrias establecidas en estas ciudades se habían orientado hacia los mercados locales, pero se habían ampliado gradualmente hasta abastecer todo el mercado regional.

La acumulación de capitales creada por el comercio exterior suponía unas amplias disponibilidades de créditos para la industria.

La localización industrial en la zona se vio estimulada por la existencia de una infraestructura adecuada: servicios portuarios, redes de almacenaje, y distribución y buenas comunicaciones con el interior.

Por su riqueza y potencialidad eran precisamente los puertos del Nordeste los grandes centros de emigración. Pero mientras para los emigrantes ingleses y alemanes constituían tan sólo una primera etapa en su penetración hacia el interior del país, los emigrantes irlandeses, con menos recursos, se quedaban en la región, constituyendo una permanente reserva de mano de obra barata.

En el adecuado aprovechamiento de estas ventajas y posibilidades jugó un gran papel la iniciativa de los empresarios y la calidad del trabajo.

En general, los empresarios estuvieron interesados en la adopción de innovaciones extranjeras y en el fomento de toda clase de invenciones nacionales que redujeran el costo del trabajo.

La enseñanza general obligatoria proveyó a la industria de una mano de obra instruida y calificada, preparada para una asimilación rápida de las técnicas modernas de producción, y no hostil a la mecanización, con la que puede competir.

Estos factores facilitaron la rapidez de la mecanización y su extensión a toda la industria.

Con las mismas condiciones en cuanto a acumulación de capitales y mano de obra barata, el Sur no se industrializó.

La alta rentabilidad del cultivo del algodón impidió que se emprendieran otras actividades.

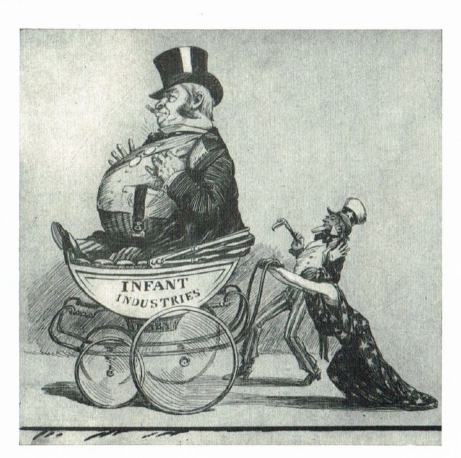
La baratura de los transportes hacía viables toda clase de importaciones.

Había pocos incentivos para la inversión en infraestructura, pues el transporte del algodón se hacía por vía fluvial y su sistema de almacenaje y distribución eran muy simples.

La especial estructura social de la región —minoría aristocrática y rica, masa esclava sumida en la mayor miseria— no favoreció la aparición de ninguna industria complementaria. Los grandes terratenientes cubrían todas sus necesidades en los mercados del Norte.

Andrew Johnson, presidente tras el asesinato de Lincoln (The National Portrait Gallery, Washington) y cuyos intentos de frenar la política de represalias sobre los estados del Sur sólo consiguieron indisponerlo con el Parlamento.

El tío Sam y su bebé, la Industria, en el cochecito que empuja el pueblo (caricatura de un periódico neoyorquino de fin de siglo). A cicatrizar las heridas de la guerra de Secesión contribuyó en gran medida el inmenso progreso de las industrias en el este de los Estados Unidos.



cada año debían libertarse algunos esclavos; pero con este proyecto la esclavitud no quedaría del todo eliminada de la Unión hasta el año 1900. ¡Qué extraño suena hoy esto de que habría podido haber esclavos en América hasta el fin del siglo si los sudistas hubiesen aceptado el plan de Lincoln! Es fácil que Lincoln hubiera incluso aceptado una idea de su ministro Seward de modificar la Constitución con una enmienda para elegir dos presidentes en lugar de uno. Cada presidente tendría veto individual; así el Norte podría poner veto a la política extremada del Sur, y viceversa. Seward también propuso reconstituir la Unión con un conflicto internacional. Quería provocar una guerra con Francia o Inglaterra para que el Sur se sintiera atraído a la causa americana por puro patriotismo. La guerra civil fue dura, larga y cruel, pero acaso preferible a estas soluciones de pasteleo.

Los estados del Sur empezaron las hostilidades el 13 de abril de 1861, apoderándose de Fort Sumter, en una isla fortificada de la

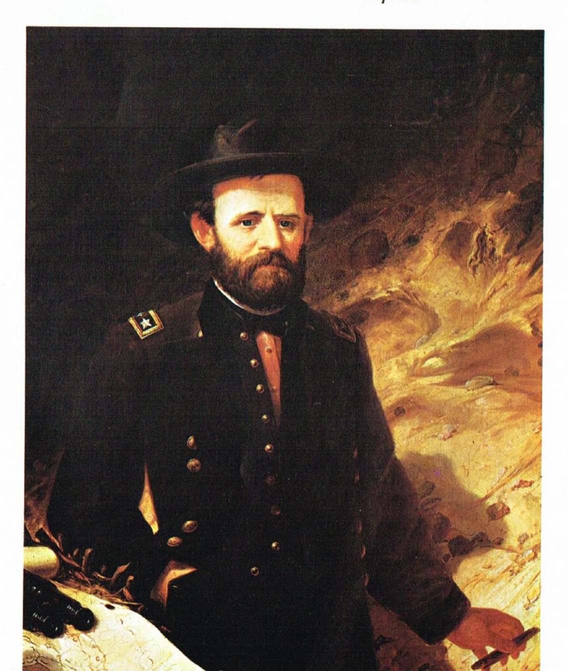


Caza del bisonte por los indios de Norteamérica, según grabado de G. Catlin (Biblioteca Nacional, París). La célebre conquista del Oeste (realizada a costa de los indios) se llevó a cabo tanto por la ingente cantidad de inmigrantes como por desposeídos de los estados del Sur.

Ulysses S. Grant, por O. P. H. Belling (The National Portrait Gallery, Washington). General en jefe de las tropas del Norte durante la guerra de Secesión (obtuvo la rendición de Lee en Appomatox), fue después secretario de Guerra y elegido presidente de los Estados Unidos en 1868 y reelegido cuatro años después. Se mostró a veces excesivamente severo con los estados vencidos y se dejó influir por especuladores y políticos corrompidos.

bahía de Charleston. Lincoln respondió con una proclama para alistar 75.000 voluntarios en el ejército de la Unión. En su proclama Lincoln declaraba que "el curso ordinario del procedimiento judicial era impotente para conseguir el respeto de la ley". Era la declaración de guerra: veintitrés estados del Norte contra once del Sur. Pero en los ejércitos de la Unión, como en los ejércitos de la Confederación del Sur, había voluntarios del otro campo. Aristócratas de Baltimore, Filadelfia y Nueva York consideraban justa la causa de los separatistas y preferible su tipo de civilización esclavista al régimen semidemocrático que producía el industrialismo naciente. Al comenzar las hostilidades había cinco millones de blancos en el Sur y algo más de tres millones de esclavos. El Norte doblaba el número de blancos; los ejércitos movilizados por el Sur representaban también esta diferencia: la Unión alistó en sus ejércitos más de dos millones de soldados en los cinco años que duró la guerra; el Sur no pudo reclutar más de ochocientos mil. En 1890 los veteranos pensionados eran más de un millón de los ejércitos unionistas y casi medio millón de sudistas. Pero la balanza de fuerza y de recursos estaba casi equilibrada. El Sur tenía más homogeneidad y peleaba en defensa de su territorio y de un régimen que creía justo, apropiado a la naturaleza.

La guerra, con la excepción de Lincoln, no reveló ninguna gran personalidad. Los



EL NUEVO COLONIALISMO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Consolidada su expansión en las tierras continentales, desde el Atlántico al Pacífico; conseguidos sus objetivos de mermar al máximo los antiguos territorios coloniales hispanos que formaban parte de la República de México; definidos los límites con los intereses británicos en el Canadá, el expansionismo y los intereses de los dirigentes de la que muy pronto se erigiría como una de las grandes potencias mundiales se orientaron a la constitución –paralela al fabuloso desarrollo de sus actividades capitalistas– de líneas de influencia y de zonas de intervencionismo que, de hecho, dibujarían en el panorama contemporáneo del mundo occidental una nueva y distinta faceta de acción colonial.

En este sentido, junto a la peculiar interpretación norteamericana de la doctrina del presidente Monroe, englobada en torno, a partir de 1823, del *slogan* de "América para los americanos" (que, de hecho, para muchos poderosos dirigentes norteamericanos pasaría a significar: "América para los norteamericanos USA"), se iniciaría una política muy variada de penetración en diversas zonas del continente americano más o menos alejadas del conjunto territorial estricto –formidable y poderoso– que constituían, desde el Atlántico al Pacífico, los Estados Unidos de América. Así, por ejemplo, en el Norte comprarían a Rusia, en 1867, los territorios de Alaska y proseguirían, más o menos paulatinamente, una política colonial en aquellas extensas regiones, hasta llegar –en pleno siglo XX– a constituirlas en un estado más de la Unión.

En otros puntos de América, la acción de los intereses norteamericanos se dejaría sentir asimismo con especial ímpetu, hasta llegar al extremo, a principios del siglo XX, de promover conflictos en Colombia e incitar la independencia de la pequeña república de Panamá, a fin de obtener el monopolio de la construcción del canal de Panamá y, con la concesión, la ocupación y control de dicha zona limítrofe. Estos hechos, ocurridos entre 1902 y 1904 (a pesar de que el canal, estratégico paso entre dos océanos, de importancia capital, no tendrá lugar hasta 1914), fueron precedidos, desde principios del siglo XIX, por innumerables actos de intervencionismo norteamericano en diversas zonas del Nuevo Continente.

Dejando ahora al margen el hecho –diplomáticamente inteligente– de que los Estados Unidos reconocieran la independencia de las antiguas colonias españolas en 1822, al margen de rentables operaciones para la Unión como la compra, en 1819, de La Florida a la corona de España en la época crucial y desastrosa de Fernando VII, entre el mencionado año 1819 y el 1825 tienen lugar las primeras y famosas intervenciones norteamericanas en las Antillas y zona del Caribe en general. En 1836 habían logrado asimismo el éxito de conseguir poner en marcha los levantamientos de California y Texas, comenzando a mermar el territorio de la antigua colonia hispana de México, al tiempo que agentes y aventureros norteamericanos tanteaban las posibilidades de territorios más alejados; tal sucedió, por ejemplo y de modo especial, entre 1855 y 1857 con Walker, que, después de apoderarse de Nicaragua (país que sufrirá larga y constantemente el intervencionismo norteamericano), se enfrentará con Honduras y El Salvador, siendo finalmente fusilado en 1857.

El intervencionismo en el nuevo continente, tras los dramáticos acontecimientos de 1898 con Cuba y Puerto Rico (isla esta última que pasaría a ser directa y claramente colonia de los Estados Unidos), se acentuaría a lo largo del presente siglo, no sin ofrecer, en el mismo año 1898, el ejemplo de su intervención (a través del hombre que consideraron adecuado, Estrada Barrios) en Guatemala, país donde los intereses americanos ofrecerán un amplio campo para el observador hasta llegar a los acontecimientos culminantes en las últimas décadas, que llevaron al derrocamiento del liberal presidente Arbenz.

En efecto, durante el presente siglo, tras la conferencia panamericana de 1890 en Washington, los Estados Unidos multiplicarán su intervención y sus modalidades, más o menos matizadas, de actividad colonial en el Nuevo Continente. No sólo se trata, por ejemplo, de los acontecimientos de Santo Domingo, que, tras el tratado de 1924, darían poder al presidente Horacio Vázquez, para iniciar muy pronto, en 1930, la compleja y peculiar "era Trujillo", con la secuela de que en los últimos años, tras el asesinato del general Leónidas Trujillo, el gobierno norteamericano no ha vacilado en intervenir en los asuntos de Santo Domingo, hasta el extremo de desembarcar contingentes de fuerzas armadas, ni tampoco la abierta intervención y control económico de Wall Street en la mayoría de países americanos, sino de hechos tan significativos además como los de la presencia de la flota norteamericana en 1909 frente a Nicaragua, culminando con el desembarco de los marines norteamericanos en dicho país el año 1912 –en el mismo año, otra flota norteamericana se dirigirá a Honduras– y la firma del tratado Bryand-Chamorro de 1916. Paralelamente, los Estados Unidos intervendrían activamente en los acontecimientos de la revolución mexicana y serían una pieza clave frente al movimiento popular de Sandino en Nicaragua, país en el que acabarían, de hecho, instalando una república oligárquica, prácticamente hereditaria en la familia Somoza...

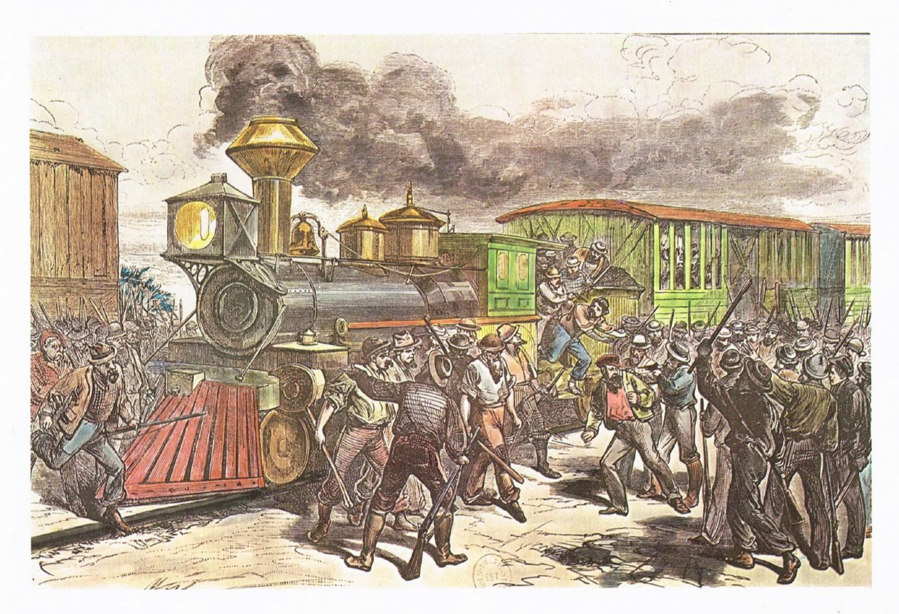
Pero las actividades peculiares y variadas de los Estados Unidos en el terreno colonial no se limitarían al Nuevo Continente. Dejaremos ahora al margen el verdadero significado del pretendido gesto filantrópico de la creación en África de la República de Liberia, de ex esclavos norteamericanos. Lo cierto es que a lo largo del presente siglo se verá a los Estados Unidos intervenir en los asuntos africanos de mil modos distintos, pero muy especialmente en los asuntos de Oceanía, a costa, al igual que en el Caribe, de España y, por otra parte, tomando iniciativas muy significativas y peculiares. Así, alrededor de 1852 se inicia la penetración e influencia de los Estados Unidos en las islas Sandwich o Hawai, en las que claramente proclamarán primero su protectorado (en 1893), tras haber culminado una serie de ventajosas actividades con el tratado de comercio Estados Unidos-Hawai de 1876. Finalmente, en 1898 el gobierno norteamericano proclama solemnemente la anexión de las Hawai, al tiempo que se anexiona la isla Wake y adquiere la estratégica isla de Guam.

Paralelamente, tras la desgraciada guerra que España sostiene con los Estados Unidos, esta potencia se apodera de las islas Filipinas, que le plantearán problemas de rebelión y de anhelos independentistas –por los cuales habían luchado durante años y años– en 1899 y 1902, fecha en que la potencia norteamericana pone, en el mes de abril, final a la resistencia de los patriotas filipinos. Por otra parte, si en 1887 los dirigentes norteamericanos habían conseguido la concesión del importante centro de Pearl Harbour, a partir de 1921 ratifican y consolidan sus posiciones con la celebración de la conferencia sobre el Pacífico en Washington.

Como era de esperar, la creciente penetración de los Estados Unidos en la zona del Pacífico debería enfrentarlos, más o menos abiertamente, con el Japón, hasta llegar en 1941 al punto culminante de la segunda Guerra Mundial. El triunfo de los Estados Unidos sobre el Imperio nipón no sólo ratificó su influencia en aquella zona, sino que le sirvió para obtener importantes bazas en puntos tan estratégicos como Okinawa.

Asimismo, la concesión de la independencia a las Filipinas no ha supuesto una mengua real del papel de los Estados Unidos en el Pacífico, máxime cuando han sabido utilizar para las islas Hawai el mismo sistema de consolidación y de integración utilizado en los antiguos territorios de Alaska. Es decir, técnicamente las islas Hawai ya no son una colonia norteamericana, sino que constituyen, con igualdad de derechos respecto a los demás, un estado de la Unión. Un estado estratégico y sumamente rentable.

A. J.



Huelga en la línea de ferrocarril Baltimore-Ohio (Biblioteca Nacional, París). La construcción de los ferrocarriles constituyó uno de los negocios turbios más fabulosos de los organizados en Norteamérica. Al mismo tiempo, las represiones sobre cualquier tipo de actividad obrera fueron terribles.

ministros de Lincoln no eran ni de talla de colaboradores; en el gobierno de los confederados ni el presidente Davis era digno de representar la nueva nación que se pretendía crear en el Sur. Los estadistas y políticos confederados dieron pruebas de no tener siquiera imaginación. Hicieron una bandera repitiendo los colores de la Unión y poniendo sólo rayas verticales rojas en lugar de las rayas rojas horizontales. Aprobaron una Constitución que repetía literalmente, sin cambiar ni una coma, la Constitución aprobada en el Congreso de Filadelfia el año 1787, sólo con la variante de unas líneas reconociendo la esclavitud, y modificando el preámbulo para decir que "la Constitución de los estados confederados de América se establecía por estos mismos estados, que actuaban con carácter totalmente independiente y soberano".

Los generales de ambos grupos beligerantes no dieron tampoco pruebas de gran capacidad. La cabalgata de Sherman y Sheridan, que llegaron hasta la costa desde el Mississippi, una de las hazañas más famosas, no fue más que una razzia para llevar terror y destrucción a tierras del Sur. La mortalidad en los ejércitos, por falta de prudencia a veces, otras por poco cuidado en atender a detalles de la topografía del país, fue enorme. Finalmente, el 2 de abril del año 1865, el general Grant conseguía envolver al grueso del ejército confederado a las órdenes de Lee. La rendición se firmó en una pequeña casa del pueblo de Appomattox. Los confederados hubieran podido forzar el círculo de batallones de la Unión y escapar hacia el Sur con su ejército diezmado, pero Lee dijo a Grant: "Ahora es nuestro deber vivir y ayudar con nuestras mujeres e hijos en la gran obra de reconstrucción".

Al discutir los detalles de la rendición, Grant dijo a Lee: "Los soldados de vuestro ejército que tengan caballo, quédenselo y llévenselo a sus casas; lo necesitan para trabajar los campos". Al salir Lee de la casa de Appomattox, donde se había firmado el acta de la rendición, los soldados de la Unión empezaban a manifestar la alegría de la victoria, pero Grant intervino, pues "la guerra está acabada y no debemos regocijarnos, porque a quienes hemos vencido son nuestros compatriotas".

Poco antes de terminar la guerra Lincoln fue reelegido presidente. El segundo discur-



El descubrimiento de oro en California (Biblioteca Nacional, París), hecho que conmovió no sólo a Estados Unidos, sino al mundo entero y creó una fiebre del oro que contribuyó ampliamente al poblamiento de las regiones del Pacífico.

so inaugural terminaba con estas nobles sentencias: "Sin malicia para nadie, con caridad para todos, con firmeza para lo justo como Dios nos lo hace ver justo, apresurémonos a curar las heridas de la nación, a cuidar de las víctimas de la guerra, de las viudas y huérfanos, y a continuar nuestras empresas en paz durable entre nosotros y para con las demás naciones".

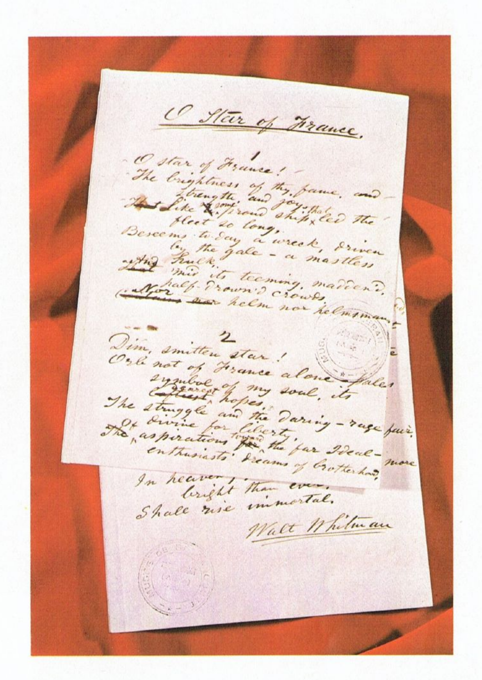
Así hablaba Lincoln el día de tomar posesión de la presidencia por segundo término, pero fue asesinado pocos días después y su espíritu quedó ahogado por los que conservaban todavía el rencor de la guerra civil. El Sur tuvo que pasar por la humillación de un gobierno de vencedores; se le dividió en cuatro grandes regiones que administraron generales nombrados por el presidente. Esta época, que se llamó era de reconstrucción, fue en realidad era de venganza. Algunos políticos del Norte consideraban que el Sur "lo había jugado todo a una carta y lo había perdido". Impusieron gobernadores negros y expropiaciones sin cuento. El vicepresidente Johnson, a quien la muerte de Lincoln elevó automáticamente a la presidencia, quiso frenar la política de represalias, logrando sólo enemistarse con el Parlamento. Éste aprovechó una excusa que le dio un subalterno despedido, a su entender injustamente, por Johnson, para encausar al presidente. Con arreglo a la Constitución, el Parlamento acusó al presidente llevándolo a la barra del Senado... Pero los Estados Unidos no procedieron, ni aun en aquel momento de pasión, con la ligereza de algunas naciones seudorrepublicanas del Viejo Mundo. Johnson se defendió, y aunque sólo venció su causa por un voto de mayoría –tal era la pasión–, fue exculpado y continuó en su cargo. Por esta misma pasión el Sur tardó varios años en ser reconocido y aceptado en el seno de la Unión con los mismos derechos de los estados que se habían mantenido leales. Puede decirse que la nación americana no quedó unificada y consolidada hasta que fue liquidada la crisis de la guerra civil. Había pasado casi un siglo desde la Declaración de la Independencia en el año 1776... Se habían necesitado varias revoluciones, invasiones y conquistas para poderse dar cuenta el pueblo americano de su carácter peculiar como nación y sus posibilidades en el concurso de las demás naciones.

La cicatrización de las heridas que causó la guerra civil en los Estados Unidos fue más fácil porque la nación tenía enormes distracciones. ¡Espectáculo fantástico! Rápido progreso de sus industrias en el Este, población de inmensos espacios en el Oeste y, por fin, tremenda inmigración. Los emigrantes recién llegados, que arribaban cada año por millo-

nes, no sabían ni querían saber nada de los excesos de la guerra civil. Actuaban como inconscientes intermediarios entre los enemigos de la misma nación. La conquista del Oeste –que permitía a los desposeídos de sus patrimonios del Sur irse a establecer en las regiones más anchas y más fértiles de Kansas o California– les hacía no sólo olvidar, sino hasta bendecir la guerra civil, que les había echado de sus tierras esquilmadas por siglos de cultivo y terminado su vida soñolienta de "caballeros" esclavistas. Además era el momento de expansión, y todos los industriales reclamaban asociados, capitalistas o comisionistas, que se enriquecían fabulosamente sólo con mantener el negocio al compás del pulso de la nación con fiebre de crecimiento.

Desde la muerte de Lincoln hasta la guerra con España, en 1898, los Estados Unidos tuvieron una época de gran prosperidad, pero también de gran inmoralidad. Sobre todo se abusó de la Bolsa para la constitución y explotación de los ferrocarriles que iban a atravesar el continente en líneas a veces paralelas, duplicando servicios. Las compañías recibían concesiones gubernamentales de dinero y de terrenos a lo largo de las vías y éstos se malvendían a compañías subsidiarias, con gran provecho de sus directores. Los políticos participaban descaradamente en los negocios; uno de los magnates ferroviarios se alababa de tener a sueldo la mitad y uno más de los votos que necesitaba para hacer aprobar leyes en cada estado y en el Parlamento federal.

Eliminado el Sur, las tarifas aduaneras eran más que proteccionistas, eran prohibitorias. En realidad, la industria americana a fines del siglo XIX era un monopolio; las grandes empresas estaban asociadas formando gigantescos *trusts.* No había necesidad de mercados extranjeros; el crecimiento descomunal del país consumía todo lo que podían producir las fábricas. Además se explotaba a los obreros importados como rebaños de Ucrania, Hungría, Irlanda o Italia, sin el menor sentimiento de humanidad o de decencia. Si protestaban del trato que recibían en aquella Tierra de Promisión, tan diferente de como se la habían pintado los agentes de la emigración allá en el Viejo Mundo, eran considerados sospechosos y despedidos de las fábricas. Si intentaban organizarse en sociedades obreras, eran perseguidos como criminales. Las grandes empresas tenían en sus fábricas delatores, policía secreta y guardias armados que reprimían a tiros todo conato de huelga o coacción socialista. La gran industria disfrutaba de inmunidad porque estaba protegida por la *Kabala,* o camarilla parlamentaria de unos cuantos amigos del presidente.



O Star of France.

1

O star of France!
The brightness of thy fame, and strength, and joy,
Like some proud ship that led the fleet so long,
Beseems to-day a wreck, driven by the gale – a mastless hulk,
'Mid its teeming, madden'd, half-drown'd crowds,
Nor helm nor helmsman.

2

Dim, smitten star!
Orb not of France alone – pale symbol of my soul, its dearest hopes,
The struggle and the daring – rage divine for liberty,
Of aspirations toward the far Ideal – enthusiasts' dreams of brotherhood,

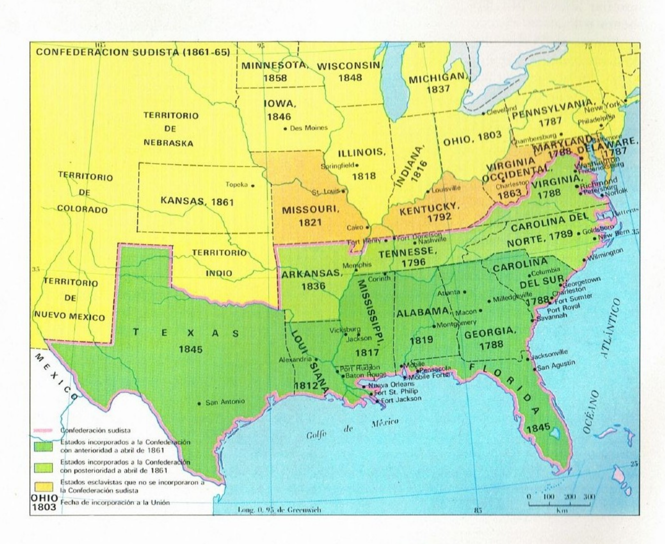
In heaven, ... more bright than ever,
Shall rise immortal.

Walt Whitman

Poesía autógrafa de Walt Whitman, el cantor de la democracia norteamericana de fines del siglo XIX (Museo de Blerancourt, París).

Las riquezas acumuladas en especulaciones de Bolsa, terrenos, ferrocarriles o industrias servían sólo para demostrar la incultura y pésimo gusto de los millonarios americanos. Fue la época de las novelas de Mark Twain, como *Innocents abroad,* ridiculizando al palurdo yanqui, desplumado y burlado por el europeo. Los periódicos de Nueva York publicaban anuncios en que se ofrecían duques o príncipes de buen parecer y títulos auténticos a las herederas de los magnates de la Quinta Avenida. Y, ¡contraste singular!, fue entonces, en aquella confusión y barahúnda de inmoralidad y progreso, cuando habló, cantó, predicó, profetizó en los Estados Unidos su único gran poeta, el gran vate moderno, el creyente en la democracia: Walt Whitman. La América de entonces lo repudió, y todavía hoy Walt Whitman es más conocido en el extranjero que en los Estados Unidos. Pero se tendrá siempre que acudir a Walt Whitman para comprender la fe en la democracia de los hombres de fines del si-

Aspecto parcial de las islas Hawai, archipiélago adquirido por Estados Unidos en 1871 y cuya posesión significó, con la compra de Alaska, el descubrimiento del Destino Manifiesto hacia la hegemonía imperial.



glo XIX. Era un ideal casi religioso, como ahora es para las masas el comunismo totalitario. Para Walt Whitman la mezcla, la confusión, el *melting pot* de su país era sólo para producir no una nación, ni una raza, sino una humanidad de hombres libres y conscientes. Era la fe de Lincoln en una humanidad que sería una hermandad. "¡Venid! –cantaba Walt Whitman–, tú, el negro; tú, el rubio; tú, el piel roja; ¡vamos!, ¡vamos!, ¡marchemos! todos a una, hacia allá... ¡vamos cantando!..."

Dónde y cómo ir no lo precisó Walt Whitman ni tampoco Lincoln –por de pronto a Broadway y Wall Street; después veremos–. Ésta es la gran deuda que tienen los americanos con la Humanidad doliente; algo más que un grito de ¡Viva la democracia!, y más precioso y moderno que su estatuto de la Constitución del 1787.

En aquel período de inmoralidad política la Unión continuó creciendo en territorio sin que nadie se empeñara en su engrandecimiento. En 1867, Rusia ofreció ceder Alaska por diez millones. Se encontró caro, se discutió el precio y por fin la compra quedó concertada en 7.200.000 dólares. Se calcula que con sus minas, pieles y otros recursos naturales, Alaska ha producido ya más de ciento cincuenta veces lo que costó, y tan enorme ha sido su evolución, que en 1959 pasó a ser un estado de la Unión.

El archipiélago de Hawai (también estado desde 1959) fue adquirido sin esfuerzo por intrigas de misioneros protestantes, que supieron desencadenar o aprovechar una gue-



El almirante R. D. Evans, por A. Franzen (The National Portrait Gallery, Washington). Este marino norteamericano al declararse la guerra entre Estados Unidos y España mandaba el acorazado "Iowa", que contribuyó al bloqueo y destrucción de la armada del almirante Cervera. Más adelante publicó escritos en que defendía el derecho a la expansión de los Estados Unidos por mar.



Billete de la isla de Cuba (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). El Destino Manifiesto de los Estados Unidos les llevó a intervenir en la lucha que Cuba mantenía por hacerse independiente de España.



Captura de un velero español por un buque norteamericano durante la guerra entre ambas naciones provocada por la intervención de Estados Unidos en la contienda hispanocubana (Biblioteca Nacional, París).

LA URBANIZACION EN ESTADOS UNIDOS

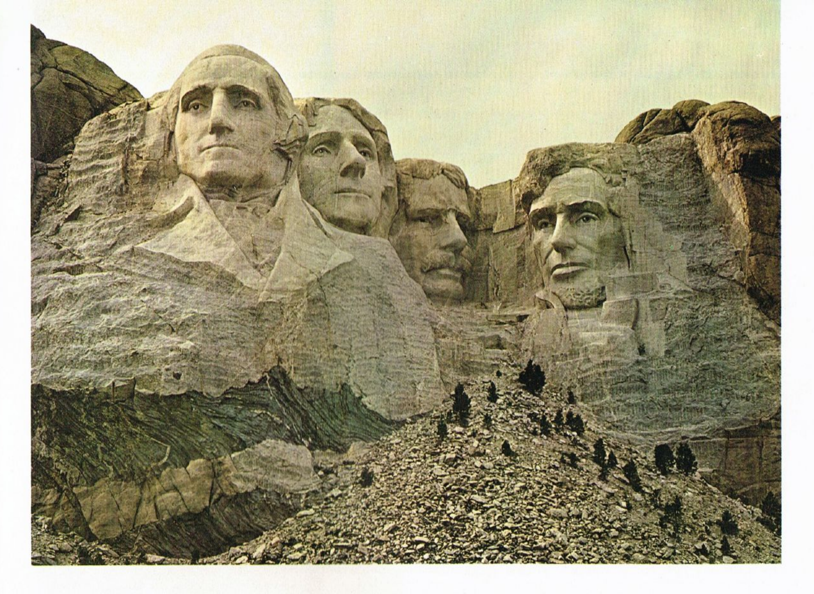
En América del Norte, continente nuevo, urbanización e industrialización son fenómenos estrechamente relacionados. El desarrollo económico es el factor exclusivo del proceso urbanizador. Para M. Castells, la urbanización americana se caracterizaría por su rápida expansión y por el predominio de una forma especial de crecimiento urbano, la metrópoli. La ciudad-región resultaría de la misma aceleración del crecimiento económico, de la polarización de dicho crecimiento en determinados puntos y de la tendencia de los inmigrantes a dirigirse preferentemente a núcleos urbanos de cierta importancia.

Año	Porcentaje de poblamiento urbano	Año	Porcentaje de poblamiento urbano
1790	5,1	1880	28,2
1800	6,1	1890	35,1
1810	7,3	1900	39,7
1820	7,2	1910	45,7
1830	8,8	1920	51,2
1840	10,8	1930	56,2
1850	15,3	1940	56,5
1860	19,8	1950	59,0
1870	25,7	1960	63,0

Fuente: "U. S. Census".

rra civil el año 1871. A éste siguió Samoa. No es extraño que en vista de tantos engrandecimientos provinciales se empezara a descubrir entonces lo que se llamó el destino manifiesto de los Estados Unidos a una hegemonía imperial. El destino manifiesto ha excusado todos los crímenes y todas las arbitrariedades no sólo en los Estados Unidos, sino en todos los países. Mal van entonces las cosas para la justicia y el derecho, pero peor aún para el pueblo que se cree obligado por el destino a atropellar a sus vecinos.

Así, por el romántico concepto de su destino de salvador y por el interés económico, los Estados Unidos se creyeron obligados a intervenir en la guerra que Cuba sostenía contra España para recabar su independencia. Cuando los ejércitos yanquis llegaron a



Cabezas de los presidentes Washington, Jefferson, Theodore Roosevelt y Lincoln ejecutadas por Jean Gutzon de la Motte Borglum en Mount Rushmore (Dakota del Sur).

la isla, los cubanos tenían enfrente un enemigo desmoralizado y vencido. Con todo, al firmar la paz, siempre creyendo en su destino manifiesto, exigieron la cesión de Puerto Rico, un tratamiento de tutor en Cuba para poder intervenir siempre que ellos lo creyeran oportuno y, por último, la venta o cesión del archipiélago de las Filipinas por la cantidad de diez millones de dólares.

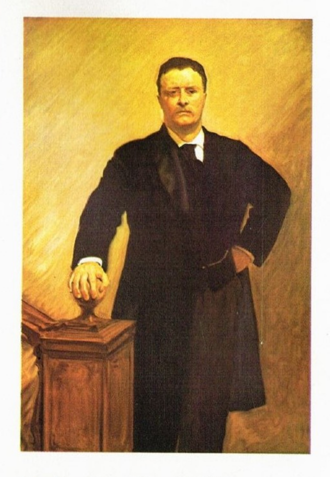
La guerra con España, tan fácil y tan provechosa, reveló a los Estados Unidos unas posibilidades de expansión más rápidas que la gradual anexión de territorios en el propio continente. Entonces empezó la llamada "política del dólar", un nuevo tipo de imperialismo de conquistar concediendo empréstitos a naciones menores y sobornar su política con propinas. El sistema consistía en permitir a los Bancos privados adelantar dinero a las repúblicas del Caribe y de la América hispana, que después el gobierno yanqui consideraba requerían intervención y secuestro de las aduanas.

Esta política empezó ya en tiempo de Mac Kinley, pero se llevó a la perfección por Theodore Roosevelt. Su máxima aplicación fue para conseguir la construcción del canal de Panamá. Hay que reconocer que era una necesidad para los Estados Unidos el canal en el istmo. Pero la "operación" se hizo con una falta tal de respeto para Colombia, a quien pertenecía la región del canal, que todavía hoy aquel episodio hace sonrojar a los americanos, más delicados actualmente en materia de política internacional que lo fueran en el año 1903. Un aventurero francés, Bunau-Varilla, contando con recursos norteamericanos, fomentó una revolución en la zona del istmo, que se separó de Colombia. El nuevo estado se constituyó en república independiente y a los pocos días fue reconocida por los Estados Unidos, que compraron a la flamante República de Panamá la zona donde debía construirse el canal y en la cual tienen absoluta soberanía.

La política del dólar ha fracasado por su propia exageración. Mientras se redujo a prestar dinero y sobornar a presidentes o a sus yernos en las pequeñas repúblicas de Centroamérica, Haití y Santo Domingo funcionó con excelentes resultados; pero los empréstitos a las repúblicas de Sudamérica no pueden cobrarse desembarcando una compañía de marinos, y actualmente los Estados Unidos tienen miles de millones de dólares empleados en empréstitos tan enteramente incobrables, que les han hecho perder la ambición de intervenir en la América hispana más que como *good neighbours* o buenos vecinos.

BIBLIOGRAFIA

Bead, Ch. y M.	*Histoire des États Unis,* París, 1962.
Belz, H.	*Reconstructing the Union. Theory and Policy during the Civil War,* Nueva York, 1969.
Bernath, S. L.	*Squall across the Atlantic. American Civil War, prize, cases and diplomacy,* Berkeley y Los Ángeles, 1970.
Bolt, Ch.	*The Anti-slavery Movement and Reconstruction. A study in Angloamerican cooperation (1833-1877),* Oxford Univ. Press, 1969.
Braudel, F.	*Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social,* Madrid, 1969 (1.ª reimpresión).
Clough, Sh. B.	*Histoire économique des États Unis depuis la guerre de Sécession,* París, 1953.
Cole, G. D. H.	*Introducción a la historia económica, 1750-1950,* México, 1957.
Commager, H. S.	*Immigration and American History,* Minneapolis, 1961.
Chapey, J.	*L'histoire générale de la civilisation d'Occident de 1870 à 1950;* tomo I: *1870-1914,* París, 1950.
Fabre, M.	*Esclaves et planteurs dans le sud-américain au XIXe siècle,* París, 1970.
Febvre, L.	*La terre et l'évolution humaine,* en la colección "L'évolution de l'Humanité", París, 1949.
Furtado, C.	*La hegemonía de los U.S.A. y América Latina,* Madrid, 1971.
Girard, L.	*Histoire sociale des États Unis de 1865 à 1940,* en "Centre de Documentation Universitaire", París, 1961.
Grousset, R.; Léonard, E. G., y cols.	*Histoire Universelle,* tomo III, en "Encyclopédie de la Pléiade", París, 1958.
Jones, P. d'A.	*La sociedad consumidora. Historia del capitalismo estadounidense,* México, 1965.
Lerner, M.	*La civilisation américaine,* París, 1961.
Logan, R.	*The Negro in the United States,* Londres, 1970.
Marjolin, R.	*L'évolution du syndicalisme aux États Unis, de Washington à Roosevelt,* París, 1935.
Mommsen, W. J.	*La época del imperialismo (1885-1918),* Madrid-México, 1971.
Morison, S. E.; Commager, H. S., y Leuchtenburg, W. E.	*The Growth of the American Republic,* Oxford Univ. Press, 1969.
North, D. C.	*U. S. Economic Growth between 1970 and 1860,* Washington, 1960.
Pasquet, D.	*Histoire politique et sociale des peuples américains* (3 vols.), París, 1931.
Rouberol, J., y Chardonnet, J.	*Les sudistes,* París, 1971.
Siegfried, A.	*Tableau des États Unis,* París, 1954.



Theodore Roosevelt, por J. Singer Sargent (U. S. Naval Academy, Annapolis). La "política del dólar", iniciada en la época de Mac Kinley, halló su más perfecta aplicación en el mandato del primer Roosevelt con la independencia de Panamá y la construcción del célebre canal.



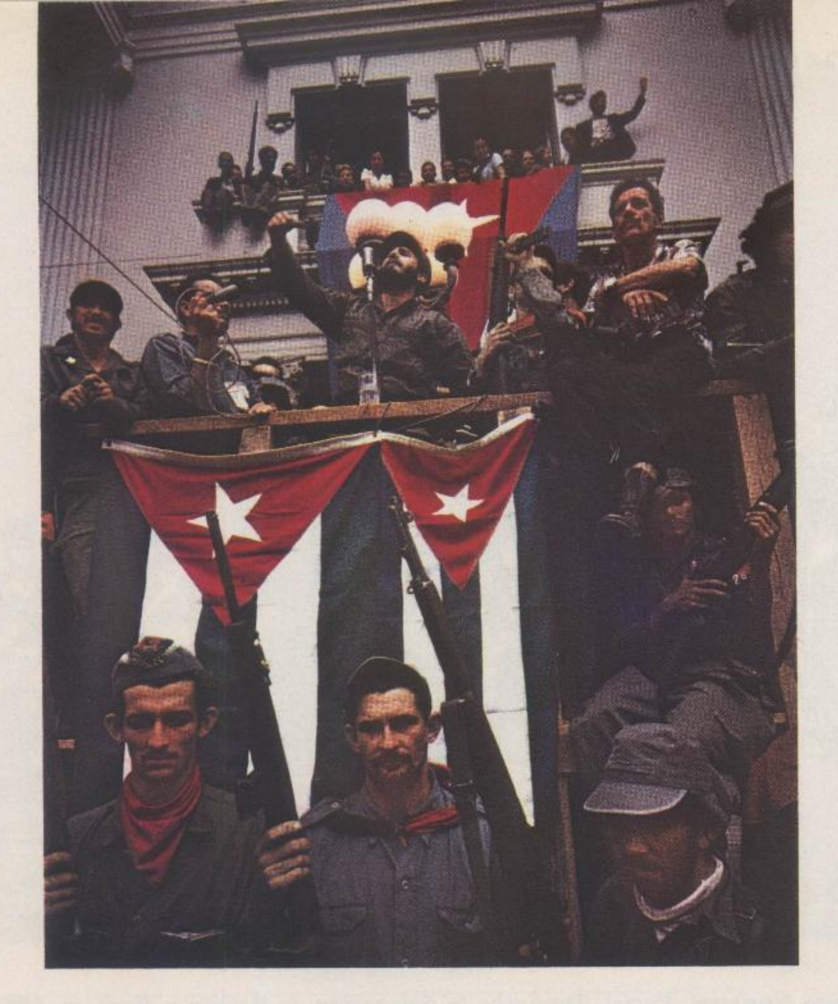
José Ballivián en la batalla de Ingavi (Biblioteca Nacional, París). Deshecha la federación de Bolivia y Perú, en 1841 las fuerzas peruanas invadieron Bolivia, donde fueron derrotadas por Ballivián en Ingavi. A continuación, este general ocupó la presidencia de Bolivia hasta 1847, en que dimitió.

Caudillos y gobernantes en Sudamérica

INTRODUCCIÓN

Acaso el mayor enigma de la Humanidad en el último tercio del siglo XX consiste en saber qué fue, qué es y qué será la América hispana con sus doscientos millones de habitantes distribuidos en veinte millones de kilómetros cuadrados. Lo que ha sido desde que se desgajó de Europa es enigmático también, incluso para los mismos americanos, que desconocen la historia de los países vecinos en su propio continente. A veces se han elevado al pináculo de la fama hombres que no merecen respeto, y otros, denigrados por pasiones locales, acabarán, sin duda, por encumbrarse a la categoría de héroes y bienhechores. Asimismo, lo que son hoy los pueblos de la América hispana es todavía difícil de comprender, porque están en vías de experimentar una gran transformación, de la que ellos mismos apenas se dan cuenta. Diríase, en cierto modo, que se hallan en la inconsciencia de la crisálida antes de su final metamorfosis.

Ya profetizó Bolívar que la América hispana progresaría poco en los primeros cien años. Ha pasado algo más de un siglo... ¿Qué vendrá ahora? Imposible es predecirlo, porque las cualidades y los defectos de la raza son muy acentuados, y no parece que las leyes de evolución social que rigen en otros lugares puedan aplicarse a rajatabla al conjunto de todos los países que constituyen Hispanoamérica. América entera parece agitarse en la inquietud. Las revoluciones americanas ya no son un simple fenómeno nacional, sino síntomas todavía confusos de un movimiento continental en busca de una estructura



social más justa, de una economía más equilibrada.

Por demasiado tiempo los intereses del capitalismo y la política norteamericanos ayudaron a generales y dictadores y oligarquías miopes a falsear o aplazar los grandes problemas de orden económico o social. La reacción contra ellos propugna ahora avanzadas medidas de reforma fiscal, de socialización agraria, de industrialización. Nadie sabe por qué caminos ni contra qué obstáculos se va a lograr todo esto. Entre tanto, la impaciencia dio lugar al establecimiento en Cuba del régimen de Fidel Castro, que cayó bajo la influencia comunista y que polarizó por un tiempo hacia su ejemplo la oposición desesperada en muchos países americanos. La experiencia de Chile, con el gobierno marxista de Allende por la victoria en las urnas, abre un nuevo interrogante acerca del porvenir político del continente.

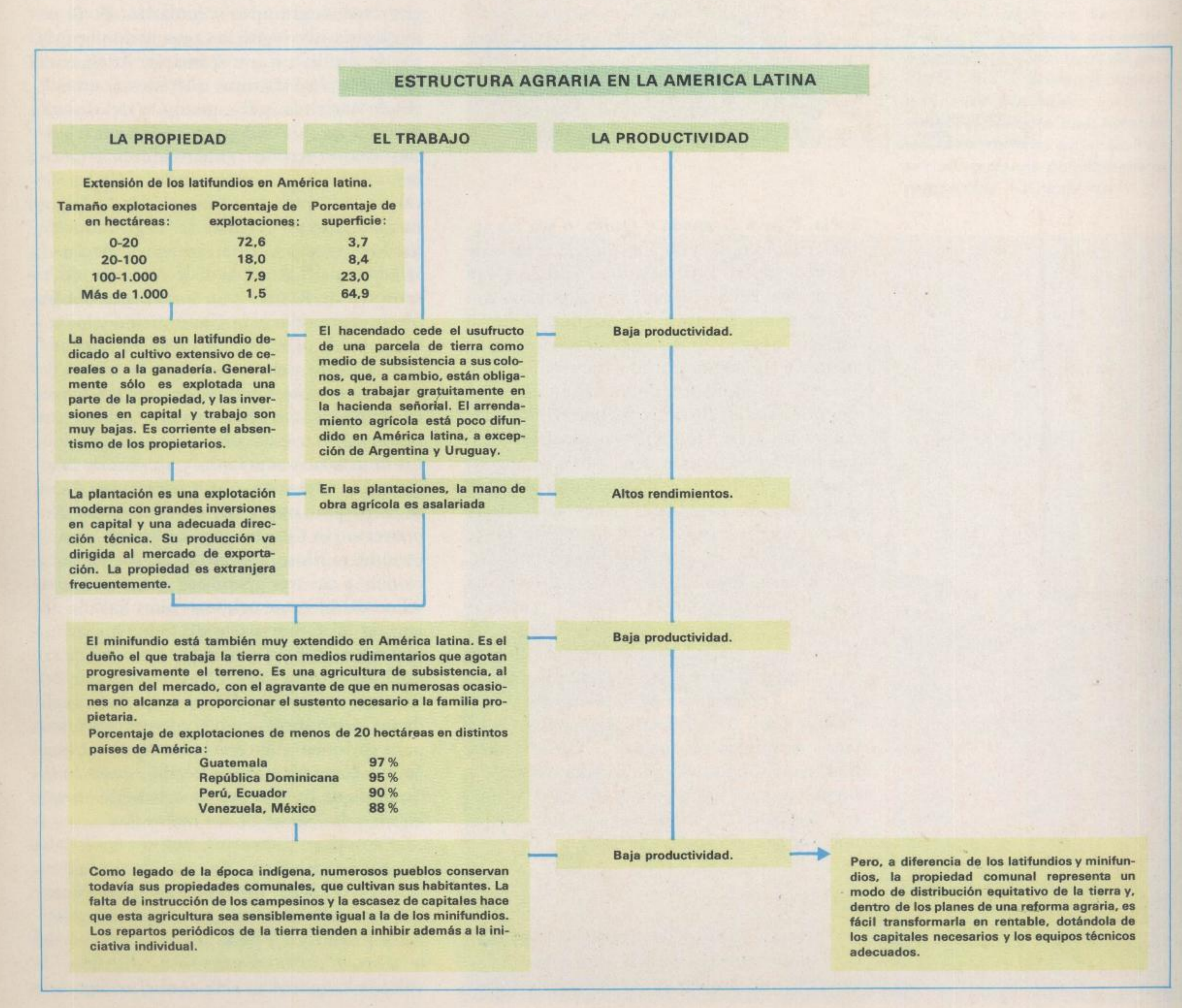
La política del presidente Johnson de intervenir militarmente en la crisis de la República Dominicana (abril de 1965) no habrá hecho más para aumentar el prestigio norteamericano que la tímida generosidad del

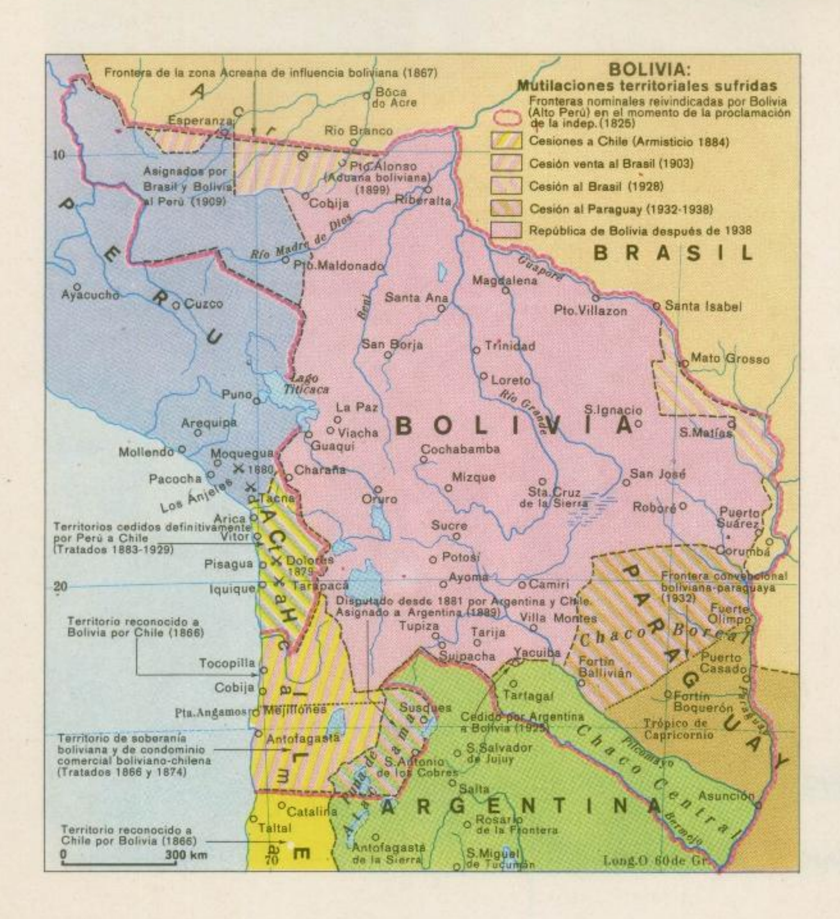
Fidel Castro en uno de sus discursos. La impaciencia por conseguir medidas avanzadas de reforma fiscal, de socialización agraria y de industrialización ha dado lugar al establecimiento de su régimen, que ha polarizado hacia su ejemplo la oposición desesperada de muchos países americanos.

Plantación de café en el estado de Paraná (Brasil). Las estructuras agrarias típicas de los países sudamericanos están orientadas generalmente hacia el monocultivo.

presidente Kennedy con su *Alianza para el Progreso* o la reciente posición de Nixon en cuanto a la política continental. En la Conferencia Tricontinental de La Habana (enero de 1966) fueron los movimientos revolucionarios americanos los que centraron el interés de los debates; parece como si la inquietud de los países afroasiáticos, parcialmente satisfechos y desorientados por los problemas de su independencia, cediera ante la patética tensión que domina en varias naciones americanas. La conciencia del subdesarrollo ha inducido a los países latinoamericanos a plantear con acritud los problemas sociales y económicos frente a los ricos y poderosos Estados Unidos, lo que ha producido una grave crisis entre Norteamérica y el resto del continente. No bastará la iniciativa de la integración latinoamericana (ALALC) ni los convenios regionales (Pacto Andino, Mercado Común Centroamericano) para salir del subdesarrollo.

Intentaremos analizar sumariamente la evolución experimentada por los países hispanoamericanos desde su independencia para que el lector aventure alguna idea sobre su futuro. Por lo pronto, hoy aparecen desunidos, independientes, divididos en veinte estados, cada uno de ellos celoso de su nacionalidad, con disputas de fronteras y rencores vecinales. No era éste el ideal de los Libertadores. Tanto Bolívar como San Martín imaginaron una América española dividida a lo sumo en cuatro grandes regiones: la confederación del Plata, con lo que es hoy Argentina, Uruguay y Paraguay; la del Pacífico, con Chile, Perú y acaso Bolivia; la que Bolívar llamaba la Gran Colombia, con Vene-





zuela, Nueva Granada y Quito, o sea las actuales Colombia y el Ecuador. La idea de Confederación Sudamericana, con la Gran Colombia, Perú y Bolivia, y otra, por fin, con Centroamérica y acaso las Antillas. El Brasil merecía quedar aparte, por su territorio inmenso y su lengua portuguesa.

Pero ya en tiempo de los Libertadores se vio que este ideal de las grandes confederaciones no sería realizable en muchos años. Las guerras de independencia habían engendrado patriotismos regionales y despertado ambiciones de caudillaje. Bolívar se lo decía a Santander en carta de 10 de febrero de 1824: "Este mundo se está desmoronando. No cuente usted más con el Perú para teatro de operaciones militares de Colombia [hubo un momento en que creyó incluir el Perú en la Gran Colombia]. Todo está perdido de hecho: Lima, Callao, marina y provincias del Norte... En cinco meses que he estado yo mismo aquí, he visto en cada uno de ellos cinco prodigios de maldad... Cada canalla quiere ser soberano; cada canalla defiende a fuego y sangre lo que tiene, sin hacer el menor sacrificio...". Y "los pueblos son mucho más sordos que los gobiernos".

BOLIVIA

Por esto Bolívar, finalmente, decidió hacer independiente a Bolivia para que quedara como un modelo en miniatura de la república ideal que él soñara para la Gran Colombia. Sólo consiguió sacrificar a Sucre, que se resignó a ser el primer presidente del nuevo estado andino.

Sucre, uno de los "varones claros" de Indias, el intachable mariscal de Ayacucho, murió asesinado en el barranco montañoso de Berruecos, habiendo ya dimitido la presidencia de Bolivia. La muerte de Sucre es el más doloroso episodio de la tragedia de América; él es el primogénito inmolado por los grandes ideales del Nuevo Mundo.

Bolívar había redactado para su República boliviana una Constitución con presidente vitalicio y con derecho a elegir sucesor, como consecuencia de su más íntimo convencimiento: la necesidad de fortalecer el Poder Ejecutivo. Lo justificaba diciendo que "el presidente debe ser como el sol, punto fijo con autoridad perpetua alrededor del cual giren los magistrados y ciudadanos". El poder legislativo, según la Constitución boliviana, se dividía en tres Cámaras. Además del Congreso de Tribunos, que atiende a las leyes de hacienda, paz y guerra, y del Senado, que redacta los códigos y reglamentos eclesiásticos, y nombra gobernadores y jueces, instituía Bolívar (como propuso el Poder Moral en 1819 para la Constitución de Angostura) un cuerpo original de magistrados llamados censores, que, como él decía, "a semejanza del Areópago de Atenas y de los censores de Roma, eran los fiscales del gobierno para celar si la Constitución y los tratados públicos se cumplían religiosamente". Los censores debían proteger la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta. Bolívar, como Platón en su *República,* proponía reclutar este cuerpo de censores entre los muchachos más sanos y limpios de la juventud y educarlos en un internado, donde se prepararan para el servicio del estado. Este proyecto de Constitución boliviana, con su presidente filósofo –verdadero sol constitucional– y sus tres grupos de magistrados satélites de diferente órbita y color, ha sido objeto de mofa por parte de todos los democratizantes del siglo pasado. Un escritor tan ecuánime como Carlos Pereyra dice que Bolívar no se paró en datos estadísticos, realidades geográficas y antecedentes históricos para formular sus creaciones constitucionales, y recuerda la frase de Cecilio Acosta cuando dijo que Bolívar era "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas".

Pero si es cierto que Bolívar no basaba sus sistemas políticos en compilaciones estadísticas, pensaba, sin embargo, por su cuenta y percibía que "las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, calidad del terreno, situación y extensión, al género de vida de los pueblos. ¡He aquí el código que

deberíamos consultar y no el de Washington!". Todos los que compilaron constituciones en América después de Bolívar no hicieron más que zurcir retazos de ideología francesa en el paño común de la Constitución de los Estados Unidos. Mucho había en la Constitución de Bolívar que pareció fantástico en el siglo XIX, simplemente porque era demasiado moderno. Un presidente vitalicio –al modo de un Trajano y un Marco Aurelio– sería deseable y ha sido inevitable en Sudamérica. ¿Qué fueron la mayoría de los caudillos sino presidentes vitalicios? En Bizancio grandes caudillos como Justino, Heraclio, Basilio I se llamaron emperadores, pero sólo eran caudillos encumbrados por necesidades del estado. Hay momentos en que, por el estado de su desarrollo cultural, los países no pueden permitirse nada mejor. Se argüirá que el despotismo de los caudillos ahoga las facultades políticas de la nación e impide que se desarrolle en ella el deseo de dirigir sus propios destinos. Pero, ¡cuántas veces en la América latina los magistrados y Parlamentos han abdicado en favor del caudillo, se han puesto de rodillas al pronunciar su nombre, y no por temor, sino por incapacidad de cooperar con el poder ejecutivo!

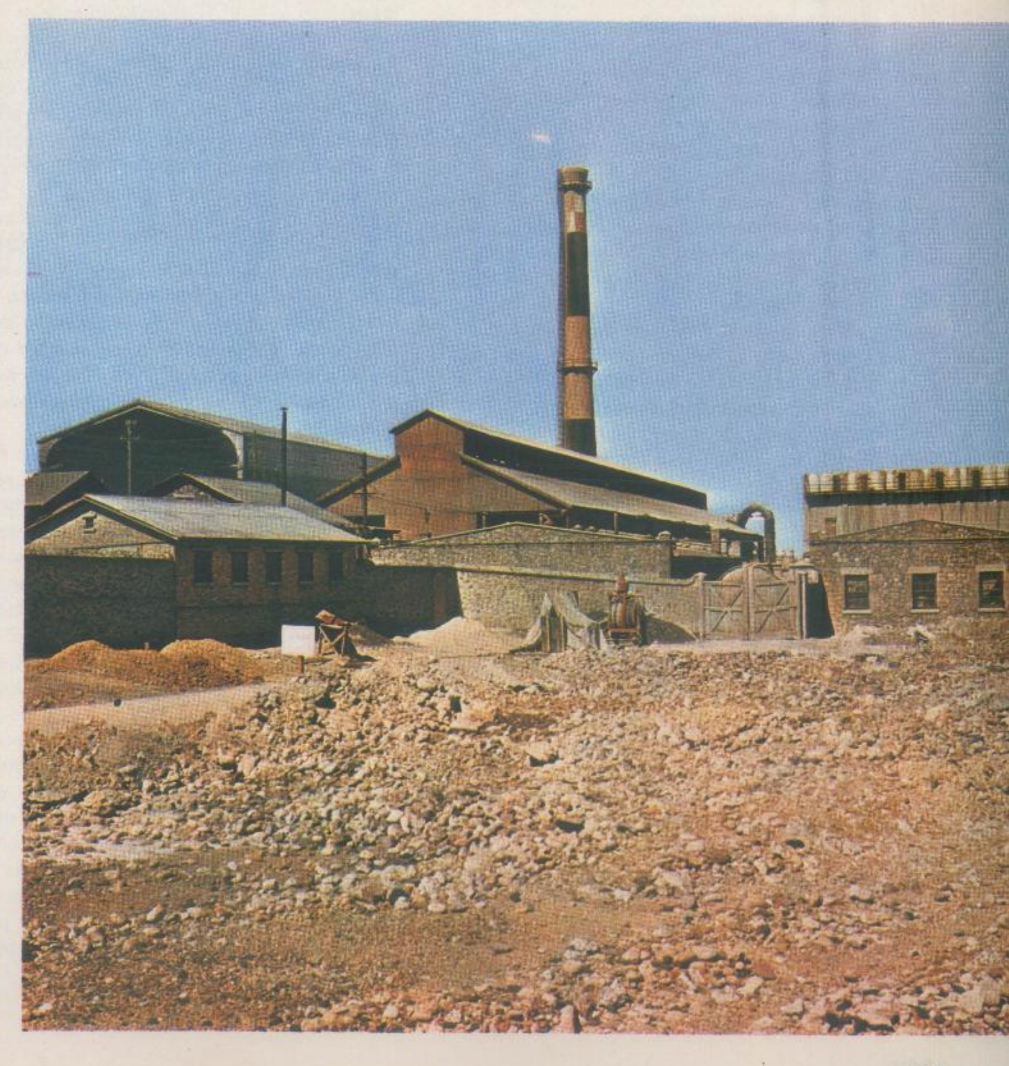
En tierras del Sur, la dificultad no está en que el presidente sea vitalicio, sino en el modo de descubrir al sol de la República y de obligarlo a eclipsarse si se extralimita.

El cuerpo de magistrados censores de la Constitución boliviana parecía también una utopía. No era un puro Tribunal Supremo, sino un Congreso que debía tener iniciativas para fomentar lo que llamamos vida intelectual y espiritual de la República. Mayor novedad parecía que estos superciudadanos salieran con carácter de novicios de una escuela de planteles. Pero en el palacio sagrado de Bizancio había escuelas parecidas para muchachos de familias distinguidas, que después servían en los departamentos de la administración. En Rusia, las escuelas de nobles eran algo semejante; Napoleón soñó lo mismo que Bolívar; en Inglaterra, los empleados del *Civil Service* y del *India Office* han pasado por un aprendizaje especial; Hitler se propuso también lo mismo. El estado moderno, cada vez más complicado, necesitará cada día mayor número de técnicos y magistrados en el engranaje gubernamental, que no pueden improvisarse con los conocimientos generales del Derecho y Sociología que suelen adquirir los comunes estudiantes de los establecimientos universitarios.

Que la Constitución de Bolivia era prematura lo prueba que, promulgada en el año 1826, fue derogada en 1829. Pero también prueba que la de 1829 no era mejor el hecho de que fuese derogada en 1834, y ésta lo fuese en 1839, y ésta a su vez en 1843 por la que ya se llama *Ordenanza militar*. A Sucre, primer presidente de Bolivia, sucedió Santa Cruz, semiindio, que no quiso aceptar para su país el papel de estado pacífico y modelo que el Libertador le había adjudicado. Santa Cruz había acompañado a Bolívar en la campaña del Perú y pretendió continuar interviniendo allí, hasta formar una federación de Bolivia y el Perú, dividido en Alto y Bajo. El proyecto no era descabellado, pero motivó la guerra con Chile, que no podía aceptar esta federación. Chile venció en Yungay, se deshizo la federación y Santa Cruz se vio forzado a emigrar a Europa. Sin embargo, continuó influyendo en los asuntos de Bolivia con los sucesivos presidentes Ballivián y Velasco.

La historia de Bolivia ha sido la de una revolución constante, en la que se han sucedido presidentes bienintencionados pero apáticos, con otros corrompidos aunque activos, varios de los cuales fueron asesinados. El hecho más notable de la política exterior de Bolivia durante el siglo XIX fue la guerra que,

Instalaciones para la obtención de la plata en San Luis Potosí. El problema que tiene planteado Bolivia trató de paliarlo Paz Estenssoro nacionalizando las minas y el petróleo, pero ante una terrible crisis económica hubo de hacer concesiones petrolíferas a compañías extranjeras.



EL REGIMEN LATINOAMERICANO DE "PREPONDERANCIA PRESIDENCIALISTA"

La forma de régimen constitucional normal en la América latina, aquella a la que vuelven casi todos los países cuando el funcionamiento regular de las instituciones se ha visto interrumpido, se ha copiado del régimen presidencialista de los Estados Unidos. En su forma jurídica, el régimen tipo de la América latina aparece muy poco diferente del modelo norteamericano y por ello se le califica, como su modelo, con el nombre de *régimen presidencialista*. Es lamentable que este término se aplique a los regímenes políticos latinoamericanos; constituye una causa de error porque incita a creer que el régimen funciona con tanto mayor regularidad según que se parezca más al modelo norteamericano, mientras que, por el contrario, para responder a las necesidades particulares de países en vías de desarrollo, debe alejarse de este modelo. La América latina adoptó el régimen presidencialista, pero si se define este régimen según las características que se le han dado en los Estados Unidos, debe concluirse que no ha conservado el régimen presidencialista: se ha edificado un régimen original, cuya experiencia ha inspirado las diferentes modalidades, y ello no a los constituyentes, sino a los hombres prácticos de la política latinoamericana.

Las diferencias del régimen político que se ha modelado en la América latina, en relación con el régimen presidencialista norteamericano, merecerían que se le diera otro nombre distinto del de los Estados Unidos: una diferencia en la terminología ayudaría a comprender mejor su originalidad. Para no alejarnos demasiado de la terminología habitual lo designaremos aquí como el *régimen de preponderancia presidencialista*.

En la América del Norte, el régimen presidencialista tradicional es un régimen de separación de poderes, aunque, en la práctica, las necesidades de la acción no hayan permitido la aplicación de la separación del poder ejecutivo y del poder legislativo de manera tan rígida como la previeron los autores de la Constitución. Entre el presidente, único responsable de la política, y el Congreso, legislador único de unas leyes que el presidente debe hacer aplicar, ha sido necesario establecer unos puentes, a fin de permitir una acción coherente de los dos poderes.

Junto a los poderes muy insuficientes establecidos por la Constitución: veto del presidente, aprobación de tratados y de la designación de funcionarios por el Senado, la práctica ha establecido otros más amplios, como el *leadership* en el Congreso del jefe de la mayoría, la distribución de cierto patronazgo a los senadores, todo lo cual constituye el *management* del Congreso por parte del presidente. No por ello, sin embargo, queda lo esencial de la separación de poderes: el jefe del poder ejecutivo no es responsable más que delante de sus electores, y el Congreso, que no puede ser disuelto, tiene la posibilidad de orientar la política presidencialista acordando o rechazando la legislación que el presidente precisa para realizar esta política. El Congreso retiene esta posibilidad y, en los Estados Unidos, la utiliza con frecuencia. En el régimen presidencialista, pues, los conflictos entre el poder ejecutivo y el legislativo son perfectamente normales y en él se quedaría expuesto a una parálisis en toda acción rápida si las dos partes no hicieran un esfuerzo de conciliación.

En la América latina, teniendo en cuenta que una gran parte de la población no se ha integrado plenamente en la sociedad nacional y no puede, en consecuencia, haber adquirido todavía un desarrollado sentido cívico, mientras que en cualquier instante es preciso tomar decisiones que, por su naturaleza, introducirían cambios fundamentales en la estructura social y afectarían a los intereses y a las creencias de un importante sector de la población, puede dudarse que sea posible para un gobierno el conducir una política eficaz si la separación de poderes debiera respetarse y si el Congreso tuviera la libertad plena para rehusar al presidente la legislación que él desea e imponerle otra diferente. Incluso en un país como los Estados Unidos, que posee una larga tradición de vida democrática y cuya integración nacional se encuentra completamente realizada, el régimen presidencialista ha sido durante mucho tiempo incapaz de actuar cuando se ha encontrado en presencia de un problema que, como el de los negros, afectaba a tantas costumbres e intereses; el desenlace de la cuestión del tratado de Versalles es otro ejemplo de los desórdenes que los conflictos del poder ejecutivo y el poder legislativo pueden ocasionar en circunstancias graves.

En la práctica, la América latina se ha visto obligada a evitar una verdadera separación de poderes, al menos en lo que se refiere a las relaciones entre el presidente y el Congreso. Las constituciones han confiado al presidente no sólo unos poderes, tales como la iniciativa legislativa, que facilitan su *leadership* sobre el Congreso, sino también, en la mayoría de los países, las asambleas representativas se han acostumbrado a inclinarse ante la voluntad del presidente. No se trata sólo de un poder ejecutivo, sino de un poder general de gobierno, del que dispone un presidente latinoamericano durante la duración de su mandato. Debido al hecho de esta preponderancia presidencialista y a la debilidad extrema de los *checks and balance* inherentes a la ortodoxia del régimen presidencialista, los regímenes políticos latinoamericanos se asemejan tanto al régimen presidencialista norteamericano como el gobierno de gabinete que en Inglaterra ha derivado del régimen parlamentario.

Por diferentes razones que en Inglaterra, puesto que la disciplina de los partidos no influye en absoluto en la preponderancia del jefe del poder ejecutivo, pero un poco como en Inglaterra, los regímenes políticos latinoamericanos han evolucionado hacia la confusión de poderes o, si la fórmula parece excesiva, hacia una colaboración dirigida por el poder ejecutivo. No por ello es preciso concluir que, como ciertamente ocurre en Inglaterra, las Asambleas constituyan una pieza inútil; el poder de discusión y el de crítica que ejercen, a veces eficazmente, representa un moderador real para la preponderancia presidencialista.

LIMITACION RIGIDA DEL PODER PRESIDENCIAL EN EL TIEMPO

La separación de poderes no se emplea en los regimenes políticos latinoamericanos para limitar la autoridad presidencial. Por el contrario, se esfuerzan de manera enérgica en conservar el carácter democrático de los regímenes y evitar la transformación de la preponderancia presidencialista en dictadura, imponiendo con rigidez un carácter muy temporal al mandato del presidente. En este sentido, el régimen podría calificarse de monocracia temporal. Casi todas las constituciones prohíben la renovación inmediata del mandato presidencial y la de México no la autoriza bajo ningún pretexto. Los presidentes latinoamericanos disponen de poderes muy amplios, pero en ningún país pueden retenerlos por más de seis años.

La América latina se esfuerza, por lo tanto, en todo momento, mediante una transformación del régimen presidencialista, en conseguir un cambio entre las dos necesidades fundamentales y contradictorias, sentidas intensamente: por una parte, la necesidad de proveer al jefe del poder ejecutivo de los medios de gobierno, amplios y libres, que requiere la situación de un país en vías de desarrollo; por otra parte, la necesidad de limitar los poderes de este jefe, en unos países que no se resignan a la arbitrariedad por el mero hecho de ser latinoamericanos. En lugar de limitar el poder presidencial en su contenido a través del contrapeso de las asambleas, como sucede en el auténtico régimen presidencialista, el régimen latinoamericano de preponderancia presidencial limita este poder de manera muy rígida en el tiempo.

Dada la naturaleza de este régimen, debe evitarse considerar el carácter más o menos democrático y liberal y juzgar de la

normalidad de su funcionamiento por la eficacia de los obstáculos que el Congreso oponga a la omnipotencia del presidente. Este criterio, válido para el régimen político de los Estados Unidos, no lo es para los de la América latina.

El peligro de que el poder presidencial se transforme en dictadura es muy grande en la América latina, pero su origen no es la preponderancia presidencial inherente al funcionamiento correcto de este tipo de régimen en los países en vías de desarrollo. Lo fundamental para que el régimen de preponderancia presidencial siga siendo democrático es que haya elecciones, que éstas sean libres y que el presidente deje efectivamente el poder al cabo de cuatro años, sin que pueda imponer un sucesor. Se puede incluso afirmar que el mejor signo del buen funcionamiento de este tipo de régimen reside en el hecho de que salga triunfante en las elecciones un candidato presentado por la oposición a la administración precedente. Este tipo de régimen debe basarse sólo sobre las "monocracias temporales" y además debe promover la aparición de una "alternancia en las monocracias" de diferentes contenidos.

No puede pretenderse que un régimen de semejante naturaleza pueda funcionar sin altibajos ni que los presidentes acepten siempre doblegarse ante la regla de la no reelección. El vicio del régimen lo constituye la tentación de "continuidad": la experiencia de Francia en 1851 nos lo muestra, cuando el príncipe-presidente, no pudiendo conseguir la revisión del artículo 45 de la Constitución, que se oponía a su reelección, llevó a cabo el golpe de estado del que surgió el Segundo Imperio. La "continuidad" se encuentra en la base de la mayoría de las revoluciones latinoamericanas.

La proximidad de la elección presidencial siempre da paso en la América latina a un período delicado. Sin embargo, si consideramos los países más representativos se puede advertir que los males de este período llegan frecuentemente a ser superados. En México desde 1934, en Chile desde 1932, los presidentes han abandonado regularmente su puesto cuando su mandato ha expirado. A pesar de una afirmación frecuentemente repetida, las elecciones en estos países se caracterizan porque las oposiciones han salido victoriosas las más de las veces. Incluso en México, donde la presencia de un partido oficial, cuyo candidato está seguro de su elección, no permite la alternación de partidos, se sucede la continuidad en el poder de tendencias muy diferentes, de derecha, de centro y de izquierda, presentes en un único partido oficial, aunque no monolítico.

LA TERCERA VIA LATINOAMERICANA

Gracias a la alternancia de la autoridad presidencial, poderosa, pero de corta duración, han sido escasas las ocasiones en que el poder se ha ejercido de modo arbitrario en la época contemporánea en los países más avanzados de la América latina: los partidos de oposición están generalmente tolerados; las elecciones, controladas por jueces electorales, son más libres que lo que los vecinos afirman; la prensa ejercita su posibilidad de crítica a la Administración y los tribunales tienen suficiente independencia para hacer respetar las libertades individuales.

El más importante reproche que puede ciertamente dirigirse a estos regímenes es el de haberse mostrado tímidos ante las reformas de estructura, pero no por ello hay motivo para creer que el preservar un amplio margen de democracia política y una auténtica libertad personal se haya adquirido como precio de un freno del desarrollo económico. En una perspectiva amplia, a partir del final de la segunda Guerra Mundial, algunos de los países latinoamericanos han registrado, bajo tales regímenes, un crecimiento relativamente rápido de su producto nacional: 6,2% anual en Brasil; 5,7% en México, y 4,3% en Colombia. No parece que los países que hayan renunciado a la democracia, en la América latina o en cualquier otro lugar, y aceptado métodos totalitarios presenten, en general, mejores resultados.

Desde el punto de vista político, los países de la América latina sintieron a veces la tentación de imitar servilmente las instituciones políticas de los países norteatlánticos, cuyos problemas difieren de los suyos; algunos países, como Cuba, se adaptan hoy al efecto de demostración de las dictaduras comunistas. Pero merced al régimen de preponderancia presidencial que se ha establecido en ella, una parte importante de la América latina se esfuerza por elaborar una tercera solución, entre la vía democrática de los países suficientemente desarrollados y la vía autocrática, que seduce a muchos países subdesarrollados. Estos esfuerzos quizá no tengan éxito, pero se han conseguido ya resultados francamente esperanzadores que permiten concluir que la experiencia política de la América latina no debe despreciarse.

(J. Lambert, *América latina. Estructuras sociales e instituciones políticas,* Barcelona, 1964.)

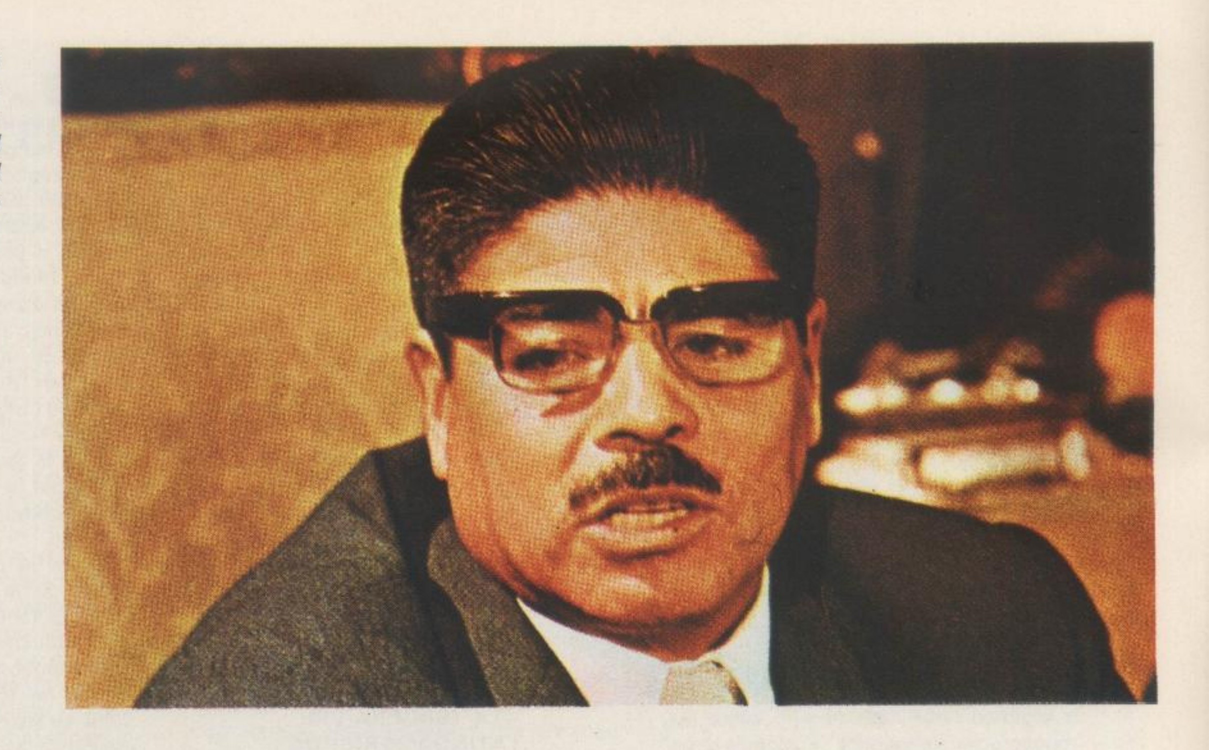
P. G.

aliada con el Perú, sostuvo contra Chile (1879-1883), en la cual perdió la región de la costa del Pacífico, que pasó a Chile y la convirtió en un país interior.

En los primeros veinte años del siglo XX, la nación estuvo regida por elementos liberales, cuyo primer representante, José Manuel Pando, cedió la región de Acre al Brasil (tratado de Petrópolis, 1903). En 1920 ocuparon el poder los republicanos, que tendrían que hacer frente a trascendentales problemas, el primordial de los cuales fue el de la salida de Bolivia al mar, que, imposible de conseguir por el Pacífico, tropezó con el Paraguay al dirigirse hacia los grandes ríos; el resultado de ello fue la guerra del Chaco (1932-1935), fatal para Bolivia.

Los gobiernos inmediatamente siguientes tuvieron que hallar solución a la agitación social provocada por un sistema económico deficiente, que se centraba en los problemas de la explotación del petróleo y de las minas, sobre todo las de estaño; además, en 1943 el general Villarroel, que gobernó dictatorialmente, complicó la situación declarándose adalid del indio, pero sin acertar a conseguir resultados palpables en los demás problemas. Villarroel fue eliminado por una revolución en 1946, que le arrancó del palacio presidencial, le arrastró por las calles y, después de muerto, le colgó de un farol. El deseo de solucionar los problemas planteados lo recogió el Movimiento Nacionalista Revolucionario, dirigido por Paz Estenssoro, que se mantuvo en franca oposición con respecto a los sucesores de Villarroel. En 1951 triunfó Paz Estenssoro en las elecciones, pero no pudo ocupar el poder hasta el año si-

El ex presidente boliviano Juan José Torres, de tendencias socializantes, cuyo mandato fue interrumpido por el golpe de estado que elevó al gobierno al coronel Hugo Banzer.



guiente, tras una revolución que eliminó a la junta militar que había anulado aquellas elecciones.

Al principio, Paz Estenssoro nacionalizó las minas y el petróleo; disolvió el ejército, al que sustituyó por milicias populares; implantó el sufragio universal y la reforma agraria; pero el país experimentó una terrible crisis económica y el presidente, al final de su mandato, se vio obligado a hacer concesiones petrolíferas a compañías extranjeras. Su gobierno, renovado varias veces, y con un paréntesis a cargo de su colaborador Hernán Siles, fue derrocado en noviembre de 1964 por una junta militar que intentó estabilizar la situación política por medio de la elección presidencial del general Barrientos (julio de 1966), aunque el malestar económico y social siguió manifestándose y el gobierno tuvo que hacer frente a las guerrillas que actuaban en las montañas. Se sucedieron en el poder los generales Alfredo Ovando Candía y Juan José Torres; éste, de tendencia socializante, fue derrocado por un golpe de estado que elevó al poder al coronel Hugo Banzer.

La historia de Bolivia, por la que hemos comenzado la de la América latina, presenta claramente las cuatro etapas de evolución de la mayoría de las repúblicas de Hispanoamérica. Tiene su hora corta de gestación constitucional, con ideales democráticos importados. A ésta sigue el período del caudillo, que en Bolivia es Santa Cruz, personalidad vigorosa, buena o mala, que caracteriza el país y lo erige en nación, estableciéndola en el mapa con color diferente. El caudillo es finalmente depuesto; envejece, muere o es asesinado, y empieza el período de los dictadores sin genio, al que sigue el de los gobernantes con preocupaciones sociales. Hemos llamado "dictadores" a aquéllos tan sólo para distinguirlos de los caudillos fundadores y estructuradores de cada país; pero, en realidad, el título que menos les cuadra es el de dictador.

En Roma se llamaba dictador al magistrado que recibía poder personal y absoluto cuando peligraba la existencia de la patria. Rara vez ha ocurrido esto en América. Lo único que ha peligrado y justificado el encumbramiento y sostén de un dictador es el interés de un grupo, más que partido político. Progresistas y moderados, pipiolos y pelucones, azules y amarillos, blancos y colorados, gólgotas y draconianos, crudos y cocidos, conservadores y liberales, hasta unitarios y federales, son nombres de partidos que en la América hispana no representan ideas. Pereyra cita a este propósito una frase del fundador del partido liberal en la Venezuela del siglo XIX, Antonio L. Guzmán: "Yo no sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni lo que esta palabra significa. Supuesto que toda revolución necesita una bandera..., si los contrarios hubiesen dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo". Sarmiento, hablando de la Argentina, viene a decir algo parecido: "Ya que el partido revolucionario se llama *unitario*, no había inconveniente en que el partido adverso adoptase la denominación de *federal*, sin comprenderla" (*Facundo*, III).



El coronel Hugo Banzer, actual presidente de Bolivia, en el centro del balcón, entre el canciller Mario Gutiérrez y el general Remberto Iriarte (de uniforme).

Los dictadores revelaron singular imaginación para los títulos que tenían que darles categoría más que presidencial. Se llamaron: El Fundador, El Ciudadano Esclarecido (Páez), El Ilustre Americano (Guzmán Blanco), El Rehabilitador (Márquez Bustillos), El Defensor (Juan José Flores), El Salvador (Cipriano de Castro), El Supremo (Gaspar Rodríguez Francia), El Benemérito (Juan Vicente Gómez)... Los enemigos les llamaban El Tirano, El Gendarme, el Tigre de los Llanos, El Bagre, El León de los Andes..., pero, repitámoslo: muchas veces estos azotes de Dios eran males inevitables porque no había nada mejor.

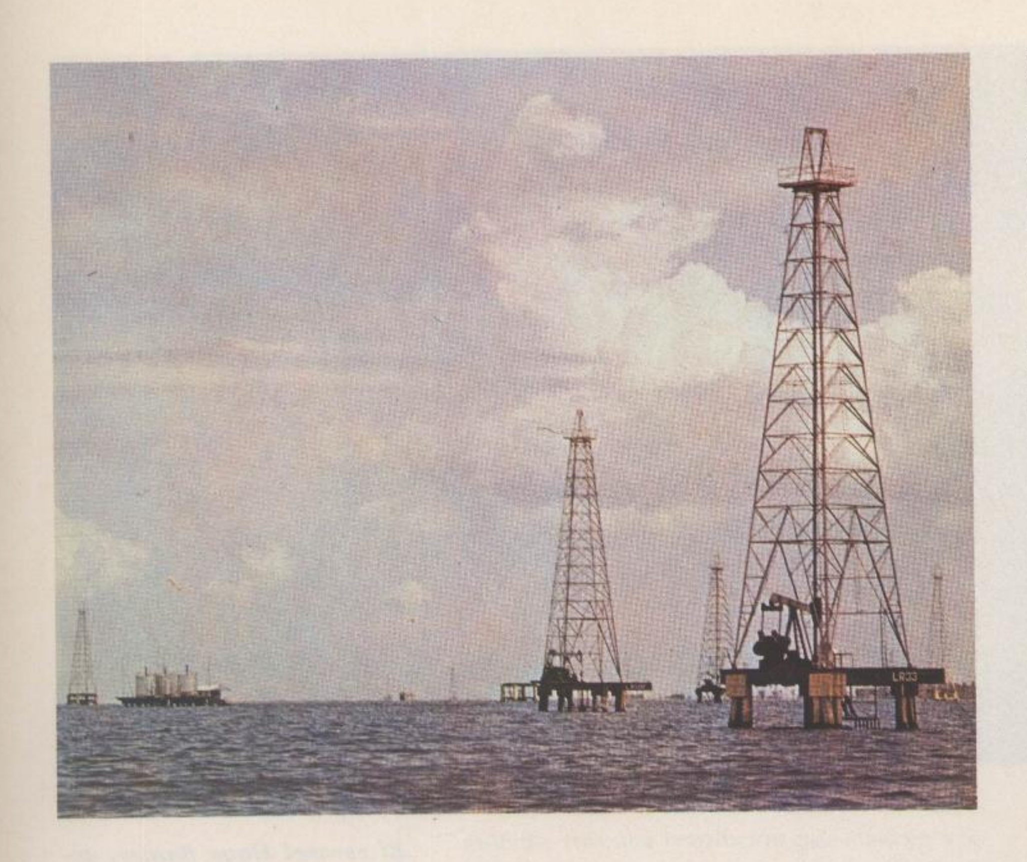
GRAN COLOMBIA

Prosiguiendo esta exploración de la historia de las repúblicas sudamericanas que hemos empezado por Bolivia, apresurémonos a indicar que el grupo que requiere inmediata atención es el que debía formar la que hoy denominamos Gran Colombia, pero nombrada simplemente Colombia (1821-1830). Estaba constituido por toda la región septentrional de Sudamérica con el antiguo virreinato español de Nueva Granada (que es poco más o menos lo que constituye la actual Colombia), la Capitanía general de Venezuela y la Intendencia de Quito (o sea lo que es hoy Ecuador). Éste era el mínimo de lo que deseaba Bolívar para su Gran Colombia, pero no consiguió infundir en los tres países más que efímero sentimiento de patriotismo grancolombiano. Gran Colombia perduró hasta la muerte de Bolívar, en 1830. El fundador no pudo ver su disgregación, pero sí predecir las fatales consecuencias que acarrearía. "¡Unión, unión, o la anarquía os devorará!" No hicieron caso de esta llamada desesperada del Libertador y están aún separados.

La Confederación de la Gran Colombia no era una fantasía romántica de Bolívar. Miranda, de quien ya hemos hablado en otro pasaje de esta obra, había propuesto un estado que comprendiese la totalidad de la América. Nariño, otro precursor, regresó de sus prisiones en Europa con un proyecto de *República de los Estados Equinoccionales de Colombia,* que comprendía aquellas regiones. Parece que para el régimen político del futuro estado, Nariño durante su permanencia en Francia había recibido inspiración de Benjamin Constant y de Destrutt de Tracy.

Alexander von Humboldt, que conocía perfectamente la configuración geográfica de aquella parte del mundo, había sugerido a Nariño una división territorial sumamente ingeniosa. Desde un punto central en los Andes, el país se dividiría en forma de abanico por líneas radiales hasta la costa en seis estados con un puerto en cada uno. Pero Nariño era partidario de la unidad, y estos seis estados debían contentarse con una moderada autonomía, sobre todo en el período de la lucha por la independencia. Juzgaba la idea federal "imaginaria, extemporánea", opuesta en absoluto a la realidad de los hechos.

Sin embargo, la federación obsesionaba



Instalaciones petrolíferas en el lago Maracaibo. Estas explotaciones, que el presidente Juan Vicente Gómez cedió en parte a sus amigos norteamericanos, han hecho aparecer en Venezuela una nueva fuerza, el socialismo, en la masa obrera que en ellas trabaja. Algunos políticos, como el escritor-presidente Rómulo Gallegos, han iniciado una política social que ha chocado con los intereses petrolíferos.

a muchos de los que cavilaban cartas constitucionales en Sudamérica, porque se estaba aplicando con éxito un modelo de ellas en los Estados Unidos. Se echaba con ello a olvido que las trece antiguas colonias inglesas de Norteamérica habían pasado por un aprendizaje de libertad antes de rebelarse contra la metrópoli. Con las cortapisas insignificantes que imponía el gobernador enviado desde Londres –personaje puramente representativo–, puede decirse que ya eran independientes de hecho antes de emanciparse políticamente con la revolución. Además cada colonia inglesa tenía un origen distinto: unas eran de fundación personal, concesiones de un monarca a un magnate, como Maryland o Pennsylvania; otras estaban establecidas por enjambres religiosos que habían emprendido la emigración por su cuenta, como Massachusetts o Connecticut. En algunas de las trece colonias de los Estados Unidos predominaban los católicos; en otras, en cambio, los cuáqueros o los puritanos... No había, pues, otra solución en Norteamérica que federarse para constituir una nación.

En el Sur, en territorios como el de la Gran Colombia, la federación sólo era justificable con razones de mala fe. Se decía que países tan vastos no podían gobernarse desde un centro; pero de lo que se trataba era de abandonar regiones apartadas a pequeños caudillos. Se añadía que faltaban vías de comunicación, como si éstas no fueran tan necesarias para vigilar los excesos de los gobiernos locales como para administrar desde la metrópoli. Además, las colonias inglesas de Norteamérica se habían dado cada una a sí mismas, antes de emanciparse, una Constitución estatal y estaban capacitadas para gobernarse autonómicamente. Nada de esto ocurría en la América hispana: ni en Colombia ni en las tierras del Pacífico.

La disputa entre federales y unitarios no causó en la Gran Colombia luchas tan enconadas como las que suscitó en tierras del Plata, porque había de por medio la cuestión previa de si debían o no permanecer unidos. Dos caudillos: Páez, de Venezuela, y Santander, de Colombia, eran enemigos y, además, ambiciosos. Ambos habían peleado a las órdenes de Bolívar. Páez era un mestizo de indio y español, lancero o picador de manadas de toros que había ascendido a general.

VENEZUELA

Cuando en 1830 un Congreso Constituyente legitimó la separación de Venezuela de la Gran Colombia, Páez fue elegido primer presidente. Se le llamó "Ciudadano esclarecido", "Protector", "Fundador", y en verdad, a pesar de su rudeza, puede decirse que Páez caracterizó a Venezuela. "Yo mandé sin más leyes que mi voluntad. Acuñé moneda; hice todo aquello que puede hacer un rey absoluto." Las virtudes cívicas de Páez equilibran su personalidad de caudillo.

Al terminar el período de su presidencia le sucedió Vargas; a éste le sucedió Soublette, compañero de armas de Páez, quien vol-



El doctor Rafael Caldera, líder de la democracia cristiana y actual presidente de Venezuela, junto a su esposa.

LA AMERICA VISIBLE Y LA INVISIBLE

Existen dos Américas: la visible y la invisible. La América visible, la de los presidentes y las embajadas, se manifiesta por medio de los órganos oficiales, por medio de una prensa controlada. Esta América toma asiento en la mesa de la conferencia de la Unión Panamericana y cuenta con muchos votos en las Naciones Unidas. Existe además la América muda, reprimida, que es un enorme depósito de revoluciones. Ambas Américas son, en apariencia, engañadoras.

La América visible, bajo sus regimenes dictatoriales, hace fervientes protestas de su fe democrática, firma constituciones de libertades, fabrica una serie de artículos para el extranjero y otra para el consumo doméstico. Esta doble personalidad le ha dado una destreza que es casi increíble. A pesar de que en todas partes y en todos los períodos de la Historia ha existido algo de esta misma ruptura entre lo que se dice y lo que se hace, rara vez hubo un contraste tan brutal como el que nos dan los dictadores de la América latina...

Este empleo arbitrario de las palabras ha dado margen a la más grande de las confusiones. Los déspotas emplean la palabra "democracia" para establecer gobiernos como los que se han descrito... El hombre corriente se pregunta si esto puede ser democracia. La misma afirmación resulta verdad en las demás palabras del léxico político: el ejército, la religión, la libertad, el cristianismo, la fe, la república, la justicia, el juez, el presidente, las elecciones, el congreso, el sacerdote, la universidad, la paz, la opinión pública... Volviendo las palabras de dentro afuera, los dictadores destruyen el medio natural de comunicación entre el pueblo... Existen la paz y el orden, porque nadie puede hablar, criticar, oponerse o reunirse con sus compañeros en asamblea...

Teóricamente, se diría que la América latina es un campo fértil para el comunismo. Sin embargo, es asombroso el reducido número de adictos que ha hecho ese partido... Francia tiene un número de comunistas mucho mayor que toda la América latina, no obstante el hecho de que la gente de ésta, mal alimentada, mal vestida, mal alojada y mal tratada, se halla en un contacto mucho más estrecho con el capitalismo de su convecino de la puerta próxima. ¿Por qué razón no logra prender aquí el comunismo? Porque en la América latina la sed de libertad es tan grande como la sed de justicia. Porque hay un sentido de orgullo nacional. El mexicano quiere ser el amo de su propia casa, no el lacayo de Moscú...

Lo mismo que la América visible, la América invisible miente. La gente modesta sabe que no puede decir lo que piensa y las clases superiores lo han aprendido también... En la América invisible, donde una inmensa mayoría de la población vive con el frío aliento del terror sobre su cuello, la menor palabra puede traer represalias. El papel de la prudencia consiste en mantenerse callado, en usar una máscara. Un profundo silencio reina allí donde las ametralladoras ocupan el campo. La vida sigue bajo la cubierta de frases convencionales, del servicio de los labios, de los votos arrancados... Nadie sabe con exactitud lo que estos 150 millones de hombres y de mujeres callados piensan, sienten, ensueñan o esperan en las profundidades de su ser...

El capital indígena huye de la América latina. Únicamente han encontrado refugio las grandes fortunas en Montevideo y ciudad de México. Si fuera conocida con exactitud la cifra de fondos latinoamericanos que hay en depósito hoy en los bancos de Nueva York y de Suiza, se llegaría a la conclusión de que la América latina posee todo el capital que necesita. Incluso el capital es invisible en América...

Con dos Américas, la visible y la invisible, cada una con doble personalidad, tenemos una región de complejidades atravesadas de reservas, recelo, resentimiento, cansancio y medios. Existen unas palabras que levantan una reacción inconmensurable en aquellos que han salido de un mundo colonial: "la intervención"... Y a través de todo el hemisferio, al fondo, permanece el pueblo. El día en que éste pueda hacerse oír surgirá acaso un fuego devorador o un torrente de luz.

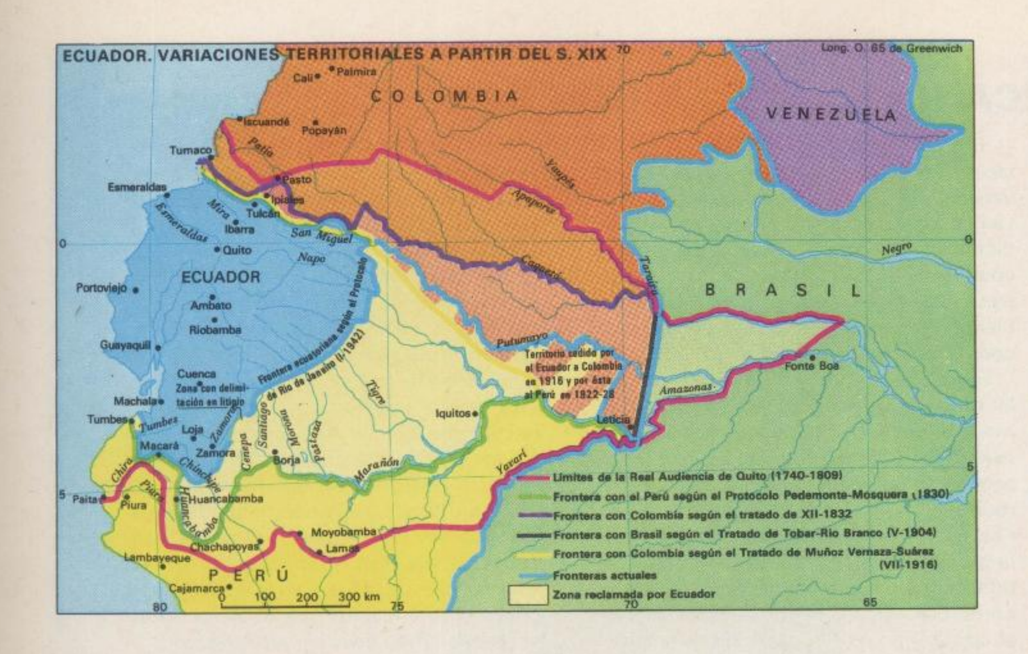
(G. Arciniegas, en *América latina (Continente en fermentación)*, Madrid, 1961, de L. Hanke.)

P. G.

vió a ocupar otras dos veces la presidencia y en el interregno había influido en la elección de Monagas. Es inútil entretenerse en estos y otros presidentes, pero tenemos que mencionar un hombre verdaderamente superior, elevado a la presidencia de Venezuela en 1870, don Antonio Guzmán Blanco. Con procedimientos francamente dictatoriales gobernó prudentemente durante veinte años. Insistió como muchos dictadores en la educación: quería una escuela en cada calle. Algo consiguió, aunque no tanto como se proponía, y el país se fue acostumbrando al despotismo ilustrado, antesala del despotismo sin ilustración.

Después del gobierno del general Castro, "el caudillo de la guerra", aparece Juan Vicente Gómez, "el caudillo de la paz" según algunos historiadores venezolanos, quien estableció un gobierno policíaco absoluto que le permitió concentrar en sus manos todas las riendas del poder políticas y económicas (cesión de las concesiones petrolíferas a sus amigos norteamericanos). El general López Contreras quiso, a la muerte de Gómez, en 1935, reinstaurar las bases normales del gobierno, pero chocó con la nueva fuerza del socialismo en la masa trabajadora surgida de las explotaciones petrolíferas.

La política desarrollada después en Venezuela ha sido la lucha entre esta fuerza y el ejército. Así, en 1945 se quiso volver a la regla democrática, y las elecciones dieron el triunfo al escritor Rómulo Gallegos, quien inició una política social que chocó con los intereses de los grandes terratenientes y de la gran industria petrolífera, y fue derribado al poco tiempo por otra sublevación militar. Después de un interregno en que gobernó un militar de academia, Carlos Delgado Chalbaud, que murió asesinado, le sucedió un triunvirato de escasa duración. De 1950 a 1958 gobernó el coronel –luego general– Marcos Pérez Jiménez, que favoreció el progreso material del país, alentando las inversiones extranjeras y dejando a un lado cualquier ve-



leidad de progreso político. Los jóvenes oficiales del ejército le obligaron a desterrarse, y unas nuevas elecciones dieron el poder a Rómulo Betancourt. Su prudente reformismo le permitió mantenerse hasta las elecciones de 1964, en que fue elegido, como continuador, el doctor Raúl Leoni, pero también en Venezuela los descontentos de la montaña crearon un movimiento insurreccional inspirado en el castrismo cubano. En 1969 asciende democráticamente al poder el doctor Rafael Caldera, líder de la democracia cristiana, persona de gran preparación, quien inicia prontamente una amplia política de pacificación que acaba con la acción guerrillera y orienta al país por nuevos cauces de convivencia.

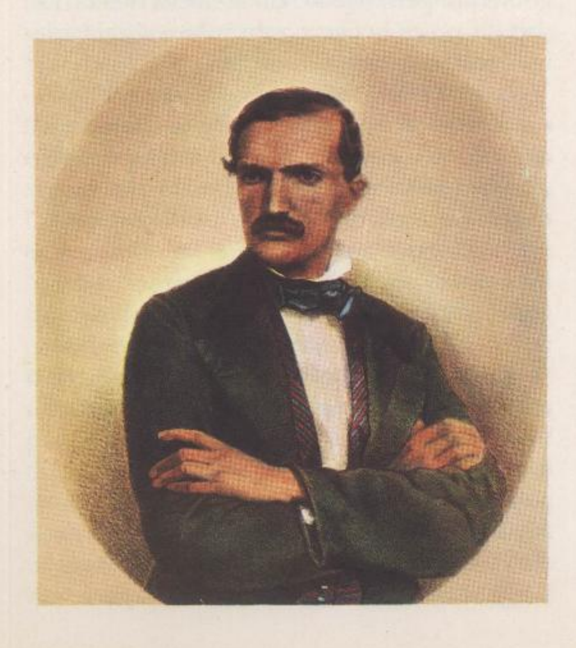
ECUADOR

Ecuador también se separó de la Gran Colombia en 1830. Su primer presidente, el que hizo el servicio de Caudillo Fundador, Padre de la Patria, etc., fue otro compañero de Bolívar, Juan José Flores. Gobernó desde 1831 hasta 1845, con períodos de interregno. Flores quería aplicar en su provecho algunos de los principios que había propugnado Bolívar: presidencia de ocho años con reelección y Senado por doce años, casi inamovible.

Siguieron algunos presidentes de la categoría de los bienintencionados-apáticos, hasta que García Moreno ocupó la presidencia. Duró desde 1860 a 1875. Había empezado como periodista polémico y acabó como tal. Permitió que le atacaran con folletos calumniadores que soliviantaron a la opinión. Al morir asesinado en la plaza de Quito, uno de sus detractores, el publicista Juan Montalvo, pudo decir con verdad: "Mi pluma lo mató".

García Moreno intentó establecer un régimen muy conservador, prácticamente confesional, pero concebido un poco a la antigua. Muy a menudo los caciques sudamericanos han levantado como bandera a la Iglesia católica, pero al mismo tiempo han intentado reducirla a organismo gubernamental, independizarla de Roma. Han querido una Iglesia nacional, más que universal; García Moreno no cayó en este error. "La Iglesia –dijo– debe marchar al lado del poder civil, con eterna independencia." Para el caudillo del Ecuador, la civilización sólo podía ser católica; se diluía o impurificaba al disminuir su catolicismo. Leía la *Imitación de Cristo* antes de decidir asuntos de estado; consagró el Ecuador al Sagrado Corazón; llamó a jesuitas alemanes para reformar la enseñanza; persiguió el vicio, la inmoralidad sexual, restableció la pena de muerte...

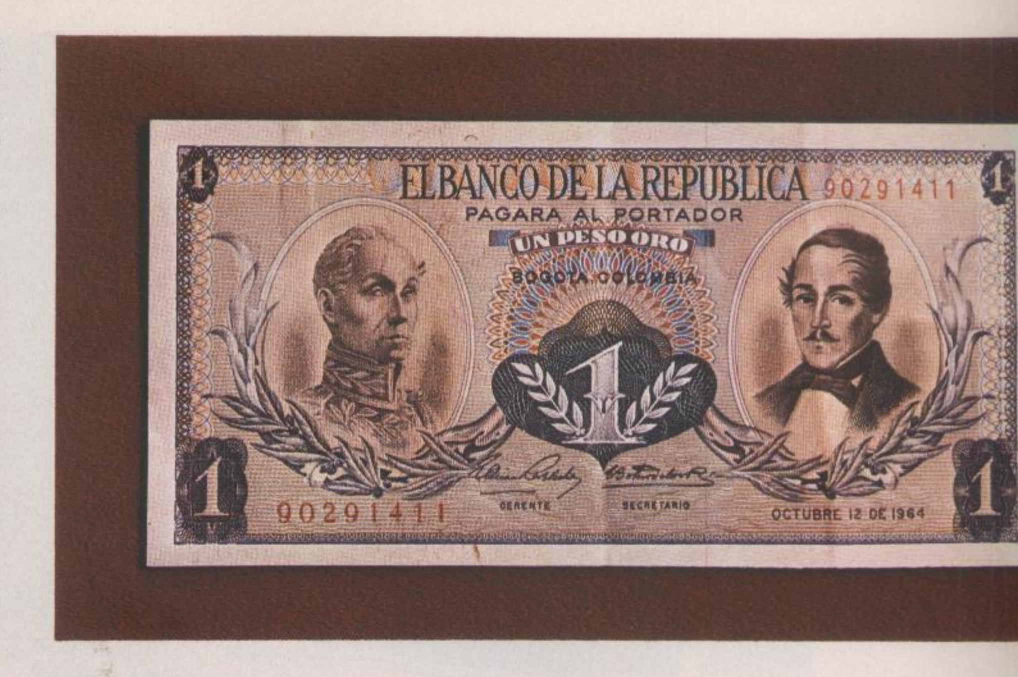
Desaparecido García Moreno, el Ecuador entró en otro período de luchas enconadas entre liberales y conservadores, capitaneados los primeros por Eloy Alfaro, quien, tras una revolución, halló la muerte a manos de las turbas en 1912. Durante toda esta época y la siguiente se procuró la democratización del país estableciendo leyes que autorizaban el divorcio, el matrimonio civil, etc. Hasta 1926, con el presidente Isidro Ayora, no se inició la política de reconstrucción nacional; después se ha prolongado la lucha entre aquellos dos partidos políticos, y en ella han sobresalido los varios mandatos de Velasco Ibarra. Finalmente, con el triunfo de Ponce Enríquez (1956) alcanzaron de nuevo el poder los conservadores, pero Velasco Ibarra fue de nuevo elegido en 1960.



El estadista ecuatoriano Gabriel García Moreno (Biblioteca Nacional, París), presidente de 1860 a 1875, que intentó establecer un régimen muy conservador, casi confesional, en el país.

En noviembre de 1961, un movimiento político en contra de Velasco Ibarra, que ejercía un mando personalista, le obligó a dejar el poder en manos del vicepresidente Arosemena. Pero las veleidades revolucionarias de éste dieron pretexto a una junta militar, que le desposeyó en julio de 1963. Los años posteriores se vieron agitados hasta estabilizarse en el restablecimiento del régimen civil, con Otto Arosemena como presidente (1966), con Asamblea Constituyente y una nueva Constitución (1967).

Fue elegido de nuevo Velasco Ibarra, pero, siempre derrocado, no ha podido terminar ninguno de sus mandatos. Recientemente fue víctima de un golpe de estado y asumió el poder el general Guillermo Rodríguez Lara.



COLOMBIA

Pasemos a la tercera de las secesiones de la Gran Colombia. Ésta era la región que durante el régimen colonial se llamaba Nueva Granada. Su caudillo fundador y primer presidente fue Francisco de Paula Santander (1832 a 1837), amigo y confidente de Bolívar hasta que éste en 1827 interrumpió todo trato con él. Era hombre de bufete, de educación civil, a quien se hace responsable del carácter "cívico y legalista" que toman las dictaduras en Colombia. Al deshacerse la confederación se lanzó una chirigota que pareció en otro tiempo profecía: Venezuela, Ecuador y Colombia serán "un cuartel, un convento y una escuela".

A su muerte se inician las guerras civiles, provocadas por leyes contra la Iglesia y las ambiciones personales. Entre 1843 y 1886 se promulgaron varias Constituciones, reflejo de la lucha que sostenían conservadores y liberales en defensa de sus ideales de federalismo o centralismo; así, en 1858, bajo la presidencia de Mariano Ospina, se promulgó una Constitución federal por la cual el país recibió el nombre de Confederación Granadina, y en la de 1886, bajo el mando de Rafael Núñez, se pasó al centralismo y a la colaboración del estado y la Iglesia; desde entonces la nación se llama República de Colombia.

Durante el mandato de Sanclemente se produjo la secesión de Panamá: el tratado Herrán-Hay, que cedía a los Estados Unidos una franja de Panamá para abrir un canal que pusiera en comunicación los océanos Atlántico y Pacífico, fue rechazado por el Congreso; ello agrió las relaciones entre las Repúblicas colombiana y estadounidense, y al final Panamá, ayudado y estimulado por los Estados Unidos, se declaró independiente; los roces con la República norteamerica-

Arriba, billete de un peso colombiano en que están representados, a la izquierda, Simón Bolívar, el Libertador, y, a la derecha, Francisco de Paula Santander, fundador y primer presidente de Colombia. Abajo, Alberto Lleras Camargo (a la izquierda), estadista liberal colombiano que suscribió con Laureano Gómez, líder conservador, el pacto de Sitges (de la ciudad española en que residía Gómez y en la que se entrevistaron ambos jefes), por el cual se alternarían en la presidencia, durante dieciséis años, representantes de ambos partidos políticos al frente de un gobierno de coalición, saludando a Misael Pastrana Borrero, actual presidente de Colombia, con el cual finaliza la vigencia de aquel pacto.





Plaza de Colón, en la ciudad de Tacna. Después de la guerra entre Perú y Chile, llamada del Pacífico, por la paz de Ancón (1883) Perú hubo de ceder a Chile las provincias de Arica, Tacna y Tarapacá. Tacna fue incorporada al Perú por el tratado de Lima (1929), junto con una indemnización de seis millones de pesos.

na no quedaron eliminados hasta la presidencia de Carlos E. Restrepo.

Entre 1904 y 1930 se sucedieron en la presidencia miembros del partido conservador, que impulsaron las obras públicas. De 1930 a 1946 gobernaron los liberales, cuyos representantes más notables fueron Alfonso López (1934-1938 y 1942-1945), que impidió la guerra entre Colombia y Perú por cuestión de límites, y Eduardo Santos (1938-1942), que firmó el tratado colombiano-venezolano de fronteras. La política social del segundo mandato de Alfonso López provocó descontentos y una sublevación militar que le hizo prisionero; puesto en libertad, dimitió y le sucedió Lleras Camargo. Los conservadores, con Ospina Pérez, triunfaron en 1946. Hubieron de hacer frente a una grave agitación social (asesinato del líder Jorge E. Gaitán), con motines y luchas tanto en las ciudades como en el campo.

Durante la presidencia de Laureano Gómez, salido triunfante de unas elecciones a las que no se presentaron los liberales, se desencadenó la guerra civil, que puede considerarse como la más sangrienta de la historia de Colombia. Por último, un movimiento militar le derribó en 1953 y colocó en la presidencia al general Rojas Pinilla, que consiguió justificar y aun renovar su nombramiento mediante una Asamblea formada por él mismo. Rojas Pinilla transformó su gobier-



Bombardeo de El Callao por la escuadra española, en cuadro de Monleón (Museo Naval, Madrid). Bajo la presidencia de Prado, el Perú entró en guerra con España, cuya escuadra atacó este puerto fortificado.

El general Juan Velasco Alvarado, primer magistrado del Perú.

no en una dictadura, con supresión de las garantías constitucionales y persecución de la prensa. En 1957 fue eliminado del poder, y los partidos conservador y liberal, capitaneados por Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo, suscribieron el llamado pacto de Sitges, de la ciudad española en que residía Gómez y en la cual se entrevistaron ambos jefes.

El pacto establecía una tregua política de dieciséis años, durante los cuales alternarían en la presidencia representantes de los dos partidos, con gobiernos de coalición. Al liberal Lleras Camargo, elegido en 1958, sucedió en 1962 el conservador León Valencia, y en 1966 otra vez un liberal, Lleras Restrepo. Rige actualmente el país Misael Pastrana Borrero, con quien finaliza la vigencia del pacto de Sitges entre conservadores y liberales. Las fuerzas de Rojas Pinilla (ANAPO) han cobrado fuerza en la sociedad colombiana. Además, el malestar social en el campo y la agitación en las ciudades están amenazando el sistema.



PERÚ-CHILE

Las dos repúblicas del Pacífico, Perú y Chile, además de conflictos constitucionales

Monumento en Santiago de Chile al general Bulnes, triunfador del Perú y Bolivia en la guerra del Pacífico y presidente de la República.





Monumento erigido en la costanera de Puerto Montt a Manuel Montt, presidente de Chile en 1851 y reelegido en 1856, que llevó a cabo una gran labor cultural y social en el país.

tuvieron dificultades de fronteras y prejuicios de casta social. En el Perú, la sombra de Bolívar acaso impidió que hasta el año 1845 no se manifestara el caudillo que debía personificar al país. Fue un veterano de las guerras de Independencia que había peleado al lado de Sucre en Ayacucho. Se llamaba Ramón Castilla y los comentaristas están unánimes en aprobar su obra civilizadora.

El gobierno e influencia de Ramón Castilla en el Perú perduraron hasta 1862. Después gobernó el coronel Mariano Ignacio Prado, y bajo su mando el país entró en guerra con España, cuyos buques bombardearon el Callao. El episodio desgraciado de la guerra con Chile, en la que el Perú fue derrotado a pesar del heroísmo de sus soldados, perdió la provincia de Tarapacá y hubo de consentir la ocupación de los territorios de Tacna y Arica, derivó hacia una situación económica muy deficiente, que sólo pudo aliviarse mediante créditos extranjeros.

La segunda presidencia de Nicolás de Piérola (1895-1899) se dedicó a la recuperación

económica de la nación y a suavizar las relaciones con Chile. Los gobiernos siguientes procuraron fomentar las obras públicas, la enseñanza y la industrialización del país. El segundo mandato del presidente Leguía abrió las puertas a la aportación de capitales extranjeros; fue derribado por una sublevación (1930) dirigida por Sánchez Cerro, cuya candidatura a la presidencia triunfó en las elecciones. Asesinado éste, ejerció el mando el general Oscar R. Benavides, que se apoyó en el partido conservador.

En las últimas décadas, la política peruana gira en torno al partido APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), fundado por Haya de la Torre, de tendencia indigenista y socializante. La oligarquía conservadora y el ejército se esforzaron en mantener el *aprismo* lejos del poder y lo consiguieron bajo los gobiernos de Manuel Prado y Manuel A. Odría. Con un programa más moderado, Haya de la Torre logró ser elegido presidente en 1962, pero un golpe militar le impidió ocupar el cargo; en las elecciones del año siguiente, el triunfo fue para Fernando Belaúnde Terry, que contaba con las simpatías de los *apristas.* Su problema de frontera con el Ecuador se ha sometido a la O.E.A. Un golpe militar, con oficiales de alta preparación académica, derrocó al presidente Belaúnde. Rige los destinos del Perú el general Juan Velasco Alvarado. Como otros países andinos, también Perú se vio perturbado por las guerrillas.

En Chile el problema político ha sido algo distinto al de las otras repúblicas sudamericanas, pues la lucha por el poder ha estado planteada entre el presidente y el Congreso más bien que entre partidos políticos. Tras la partida de O'Higgins, durante ocho años se disputaron el poder liberales y conservadores, hasta que el general Prieto trunfó y fue presidente (1831-1841). La política interior estuvo dirigida por Diego Portales, un conservador sin lirismos, inteligente y activo, pero que murió asesinado.

Durante el mando del general Prieto se llevaron a cabo trascendentales medidas interiores para estimular la economía del país y reorganizar su administración; la política exterior fue de oposición al mariscal Santa Cruz y su Confederación Boliviano-Peruana; desencadenada la guerra, triunfaron las fuerzas chilenas del general Bulnes, quien fue elegido presidente. Su actuación se caracterizó por el impulso que dio al país.

Ayudaron al desarrollo cultural y social de Chile un numeroso grupo de emigrados, entre los que descuellan Andrés Bello, de un modo eminente, y Domingo Faustino Sarmiento. Manuel Montt, el sucesor de Bulnes, fue un presidente que se preocupó grandemente de la nación.



Arriba, Arturo Alessandri Palma, presidente de Chile en tres ocasiones (1920-1924, 1925, 1932-1938), cuya obra fue de magna trascendencia en el aspecto social. Abajo, Salvador Allende, actual presidente de Chile, que realiza una avanzada política de socialización económica.



SITUACION POLITICA DE LA AMERICA LATINA

Es fácil comprender las dificultades políticas por las cuales atraviesa el Continente de la Esperanza. Un círculo vicioso ha venido encerrando el debate entre dos formas de gobierno: la autocracia, que superpone como fuerza mecánica de aglutinación el poder personal de algunos jefes o caudillos en beneficio de pequeños grupos, o la democracia, con asiento en la voluntad del pueblo y determinación de servir los intereses de la comunidad, pero débil en su estructura y poco eficiente en su funcionamiento.

Un largo calvario ha sido la historia política de la mayoría de las repúblicas latinoamericanas. Una cruenta guerra de independencia abrió el camino de la libertad, pero dejó también como subproducto el fácil recurrir a la violencia. El gobierno despótico ha aparecido una y otra vez como fórmula para resolver situaciones inmediatas; su duración y su eficacia han dependido en mucho de las condiciones personales de cada déspota y de contingencias ambientales, pero ninguna autocracia ha logrado resolver, ni aun teniendo larga vida y dilatadas posibilidades de acción, ninguno de los problemas fundamentales: educación, salud, vivienda, empleo o alimentación popular. La democracia constituye no sólo una ambición, sino propósito firme en la voluntad de nuestros pueblos. Las tiranías no han podido mantenerse en paz sino aparentemente; la decisión inequívoca de nuestra gente ha sido, una y otra vez, la de conquistar la libertad y mantener un régimen de gobierno institucional. Por este objetivo se ha derramado sangre, se han ofrendado vidas, se han soportado prisiones y exilios, se ha entregado la generosa contribución de las mejores existencias...

Se ha dicho y se dice que el sistema democrático no es propio para pueblos mestizos ni siquiera para las comunidades ibéricas de Europa; que sólo la madurez de los anglosajones es adecuada para mantenerlo. Quienes lo afirman parecen olvidar que cuando en 1215 Juan Sin Tierra pactó con los barones ingleses, ya los españoles llevaban varios siglos aplicando, en los fueros, principios sólidos de democracia, y que el mismo siglo de la *Carta Magna,* Alfonso el Sabio enriquecía la cultura jurídica del mundo con el monumento perdurable de las *Siete Partidas.*

Los episodios de la lucha política por el ejercicio del poder y las controversias entre el sistema monárquico y el republicano en Inglaterra no estuvieron exentos de los episodios que la crueldad y la ambición han puesto en el combate en todas partes. Y los pueblos de América latina han demostrado, cada vez que han tenido ocasión propicia para ello, su comprensión de la libertad y su aptitud para el ejercicio del sufragio.

Lo que ocurre es que, interrumpida una y otra vez la normalidad del proceso, su ejercicio demanda hoy esfuerzo extraordinario. Hay que mantener la libertad, al mismo tiempo que es preciso defenderla contra quienes buscan valerse de la inexperiencia colectiva para aplicar sistemas que, a la derecha o a la izquierda, desconocen el valor de la persona humana y pretenden aniquilarla ofreciendo alternativamente orden o bienestar. Hay que mantener en el pueblo la fuente del poder, al mismo tiempo que se desarrolla un urgente programa educativo que lo haga cada vez más apto para ejercer esta responsabilidad (lo que dijo Sarmiento: "El pueblo es el soberano; hay que educar al soberano"). Pero, fundamentalmente, hay que transformar las estructuras para que el ingreso nacional aumente considerablemente y se distribuya mejor; para que cada uno pueda obtener trabajo y, mediante él, la satisfacción de las necesidades primarias en nivel adecuado.

Las corrientes democráticas en América latina se debaten entre un mar de contradicciones, no sólo de carácter político, sino económico y social. La democracia tiene que demostrar que el camino para encontrar la justicia y el bienestar de las clases populares es el de la libertad y del derecho. Pero esa demostración es, más que urgente, inaplazable. No hay que esperar el argumento de que hagan la prueba con los otros sistemas, porque la experiencia de los daños causados puede resultar irreversible. Han probado ya la dictadura personal reaccionaria y saben lo que eso significa; no han probado aún la dictadura sedicente "popular"; el ejemplo de Cuba se confunde en la maraña de la propaganda, y la prueba directa no podría evidenciarse sino al cabo de quién sabe cuánto tiempo y Dios sabe a qué precio. La consistencia del apoyo popular al experimento democrático actual de Venezuela, azotado por dificultades económicas y atacado encarnizadamente desde los reductos de la extrema derecha y los comandos de la extrema izquierda, es muestra promisora de la conciencia cívica en nuestras comunidades. Mas para conservarla y acrecerla se requiere traducir en obras cuya magnitud excede a nuestros recursos la indispensable voluntad de servicio.

(R. Caldera, *Ideario. La democracia cristiana en América latina,* Barcelona, 1970. El texto es un fragmento de la conferencia intitulada "Latinoamérica, prueba crucial para la civilización cristiana", dada en la universidad de Georgetown el 27 de junio de 1962.)

P. G.

Bajo la presidencia de José Joaquín Pérez se concedieron algunas libertades políticas y, algo más tarde (mandato de Errázuriz), se limitaron un tanto las facultades del presidente. En esta época se desarrolló la guerra del Perú contra España, en la que aquél fue ayudado por Chile. La escuadra española bombardeó el puerto de Valparaíso en 1866; al año siguiente se firmó una tregua, pero la paz definitiva no se estableció hasta doce años más tarde. En 1879, siendo presidente Aníbal Pinto, estalló la guerra llamada del Pacífico contra Bolivia, ayudada por Perú, en la cual las tropas chilenas llegaron hasta Lima.

Por el tratado de Ancón (1883), la provincia peruana de Tarapacá pasaba a poder de Chile, así como los territorios de Tacna y Arica, que estarían ocupados durante diez años; esta ocupación se fue prorrogando hasta que la cuestión se resolvió definitivamente en 1929, año en que el Perú recobró la región de Tacna. Por la tregua con Bolivia (1884), esta nación cedía a Chile el territorio de Antofagasta.

En 1886 resultó elegido presidente Juan Manuel Balmaceda, una de las más sobresalientes figuras de la historia americana, quien gobernó apoyándose en las fuerzas liberales. Su época fue de gran prosperidad: insistió en las reformas sociales, tolerancia religiosa y autonomía municipal. Construyó ferrocarriles, diques y puertos; llamó a profesores extranjeros y fundó escuelas de minería y agricultura.

Pero Balmaceda era partidario de la supremacía del presidente sobre el Congreso, y por eso la lucha fue inevitable. "Hombre de ideas personales, quiso sobreponerse a la oligarquía parlamentaria", dice Carlos Pereyra. En 1890, el Congreso no aprobó el presupuesto para gastos. Balmaceda prorrogó el del año anterior. Los oligarcas se adueñaron de la escuadra y, por medio de ella, del salitre. Balmaceda, solo y abandonado, se refugió en el edificio de la Legación Argentina, donde se suicidó. Antes de morir escribió una carta a sus amigos, que se menciona siempre como su testamento político. Declara terminantemente que, mientras subsista un régimen parlamentario como el que los partidos establecerán después de su muerte, no habrá en Chile libertad ni paz.

En el período siguiente, en que dominaron los conservadores, se fueron planteando nuevos y graves problemas políticos y sociales. Las clases media y trabajadora pedían intervención en el gobierno, y por fin lograron en 1920 elevar su candidato a la presidencia: Arturo Alessandri (1920-1924, 1925, 1932-1938). En el aspecto social, su obra fue de magna trascendencia, pues hizo de la legislación social la primera del continente. Una intervención militar le hizo renunciar al poder, pero otra le llamó de nuevo; por la Constitución de 1925, el presidente adquirió la máxima autoridad en la nación. Los gobiernos posteriores, durante los cuales la economía sufrió bastante, fueron dictatoriales y presenciaron impotentes el aumento de la influencia del partido obrero, que logró hacer triunfar de nuevo a Arturo Alessandri, quien regeneró la economía y consolidó las instituciones civiles; durante esta época se formó el Frente Popular.

En las siguientes elecciones este partido elevó al poder a Pedro Aguirre Cerda, con el cual se llevaron a la práctica ideas izquierdistas y se impulsó la industrialización de Chile. Idéntica política mantuvieron Juan Antonio Ríos (1942-1945) y Gabriel González Videla (1946-1952). Los independientes hicieron triunfar la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), que ya había gobernado, apoyado por el ejército, en 1927-1931, a quien sucedió Jorge Alessandri Rodríguez, y a éste Eduardo Frei, elegido en 1964, todos ellos de tendencia moderada; este último intentaría poner en práctica un programa de reforma agraria inspirado en las ideas de la democracia cristiana.

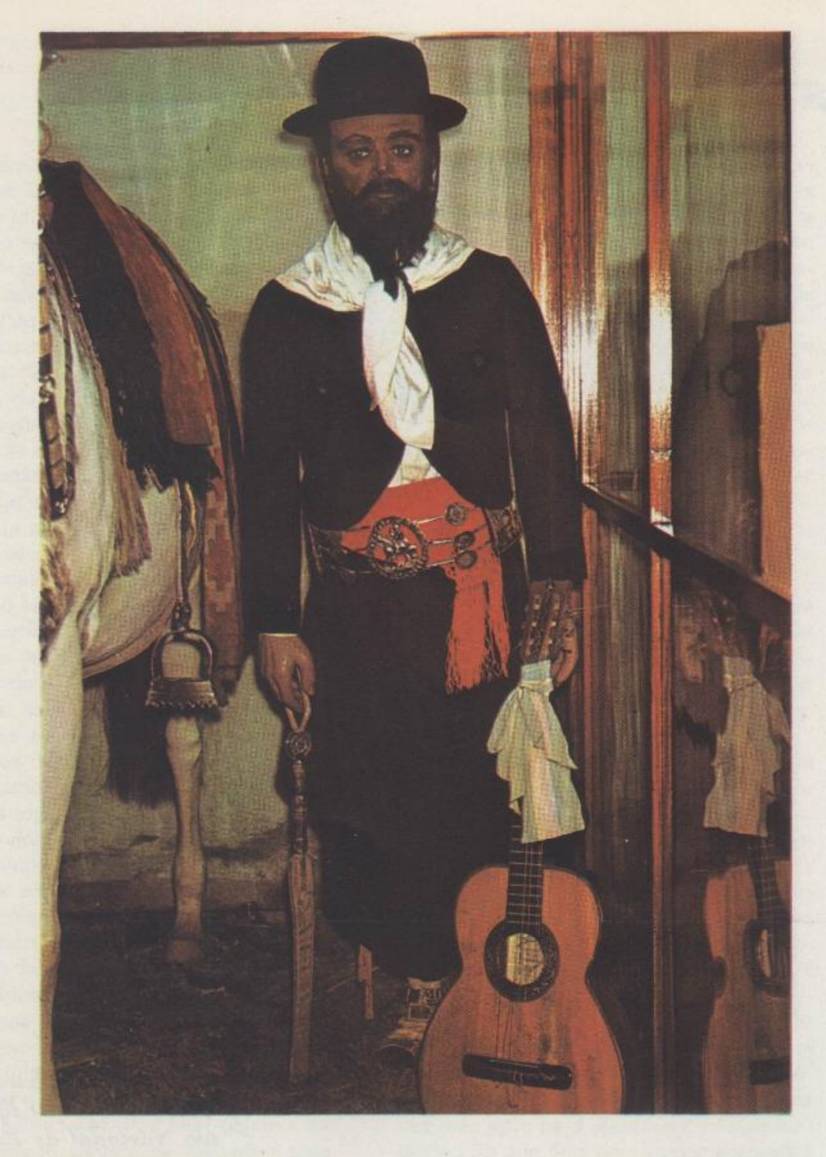
Desde 1970 está en el poder el primer gobernante marxista que por elección democrática alcanza la primera magistratura de un país, Salvador Allende, quien realiza una avanzada política de progresiva socialización de la vida económica chilena.



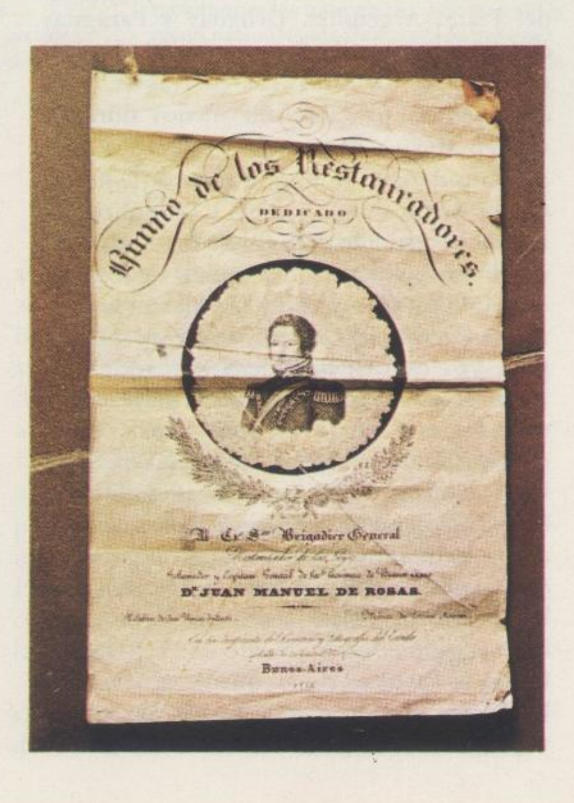
Bernardino Rivadavia, por Antonio María Esquivel (Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires). Rivadavia fue el verdadero fundador de la República Argentina; de ideas liberales, uno de sus mayores empeños para el engrandecimiento del país fue el de fomentar la inmigración de extranjeros.

ARGENTINA

Por fin nos toca hablar de las repúblicas del Plata: Argentina, Uruguay y Paraguay, que formaban en la época colonial el virreinato de Buenos Aires. Las guerras de la Independencia tuvieron allí menos duración que en México, Venezuela y el Perú. España no consideraba de importancia aquellos terrenos baldíos de la Pampa y las pobres minas de la vertiente oriental de los Andes. Los conflictos bélicos no fueron allí una escuela de caudillos, y Belgrano y San Martín se eclipsaron cuando era necesario reorganizar el país. Por esto el verdadero fundador de la República Argentina fue un hombre cultísimo para su tiempo, sin sectarismos ni ambición personal: Bernardino Rivadavia. Se le ha llamado *girondino* porque era de ideas liberales y pretendió reducir la Iglesia católica a la posición de simple instituto religioso, secularizando los cementerios y proclamando la libertad de cultos y de conciencia. Estos hechos acontecían en el año 1825. Rivadavia fundó la Facultad de Medicina, el Museo, la Biblioteca Nacional, escuelas de Agricultura y colegios femeninos.



Maniquí con la vestimenta típica del gaucho (Museo Histórico y Colonial de Luján). Tras el mando de Rivadavia se produjo el encumbramiento de caudillos locales, entre los que sobresalieron los gauchos de la Pampa, hombres que han sido objeto de predilección por parte de los artistas argentinos.



Himno de los Restauradores
DEDICADO
DR JUAN MANUEL DE ROSAS
Buenos Aires

Portada de la edición de 1835 del "Himno de los Restauradores", dedicado a Juan Manuel de Rosas (Museo Histórico y Colonial de Luján). El caudillo de Buenos Aires fue Juan Manuel de Rosas, adalid del federalismo argentino que con sus actos contribuyó a unificar la Argentina.

Era un ferviente convencido de la necesidad de "dejarse explotar" por el Viejo Mundo, de dejarse penetrar por el comercio y la inmigración europeos. Empezó la política de atraer extranjeros, destinada con el tiempo a hacer grande a la República Argentina. Alberdi concretó esta táctica de Rivadavia en la fórmula exacta aplicada a la Argentina: "Gobernar es poblar".

Pero los beneficios de la política de Rivadavia sólo debían ser apreciados de momento en Buenos Aires, ya que era el puerto por donde afluían gentes y mercancías, con la consiguiente ruina de algunas industrias primitivas establecidas en las ciudades del interior. Así, la inmigración e importación desmoralizaban por completo la economía colonial sin producir beneficios apreciables para los criollos que vivían en regiones alejadas de la costa.

Las provincias acabaron por rebelarse contra la acción civilizadora demasiado rápida de Rivadavia, y el gran hombre tuvo que emigrar. En 1826 se había promulgado una Constitución unitaria; las provincias exigían la federación. Este movimiento, reaccionario si se quiere, pero esencialmente argentino, produjo el encumbramiento de caudillos locales, que se distribuyeron el país y lo explotaron sin más derecho que su audacia ni más freno que su capricho. En el fondo de la Pampa aparecieron los extraordinarios personajes gauchos, los Aldao, López y Quiroga, cuyas hazañas hacen estremecer.

Los escritores argentinos han tenido cierta predilección por el gaucho bravío, fuerte y atrevido, capaz de todo esfuerzo, que ha encarnado hasta cierto punto el modo de ser de la naturaleza americana. A los ojos de artistas, literatos y pensadores tenía la legitimidad de ser el término de elogio en el famoso enunciado de Sarmiento: civilización y barbarie.

En la antigua Buenos Aires, el caudillo federal fue el famoso tirano Juan Manuel de Rosas. Se bañó en sangre, asesinó a sus propios amigos, no tuvo piedad de nadie ni pudo concebir lo que podía ser la administración de justicia en un país civilizado. Al principio ahorcaba a sus víctimas, y por esto sus esbirros formaban un cuerpo de seguridad llamado la *mazorca* (más horca), pero después mandó forjar unos cuchillos curvos especiales y ejecutaba los asesinatos por degüello.

Rosas pretendió mantenerse como defensor del sistema federal; el grito de sus secuaces era: "¡Viva la federación, mueran los salvajes unitarios...!". ¡Rivadavia, Belgrano, Alberdi, salvajes! El terror de Rosas y de los caudillos de la Pampa se mantuvo desde 1831 hasta 1853; sin embargo, el país progresó por el crecimiento natural de América hasta



Monumento a la Bandera, en Rosario. El general Urquiza, vencedor de Rosas, estableció la capital de la nación en Rosario, ante lo cual Buenos Aires se declaró independiente bajo el mando de Mitre, quien, unificada de nuevo la República y nombrado presidente, continuó la obra de Rivadavia.

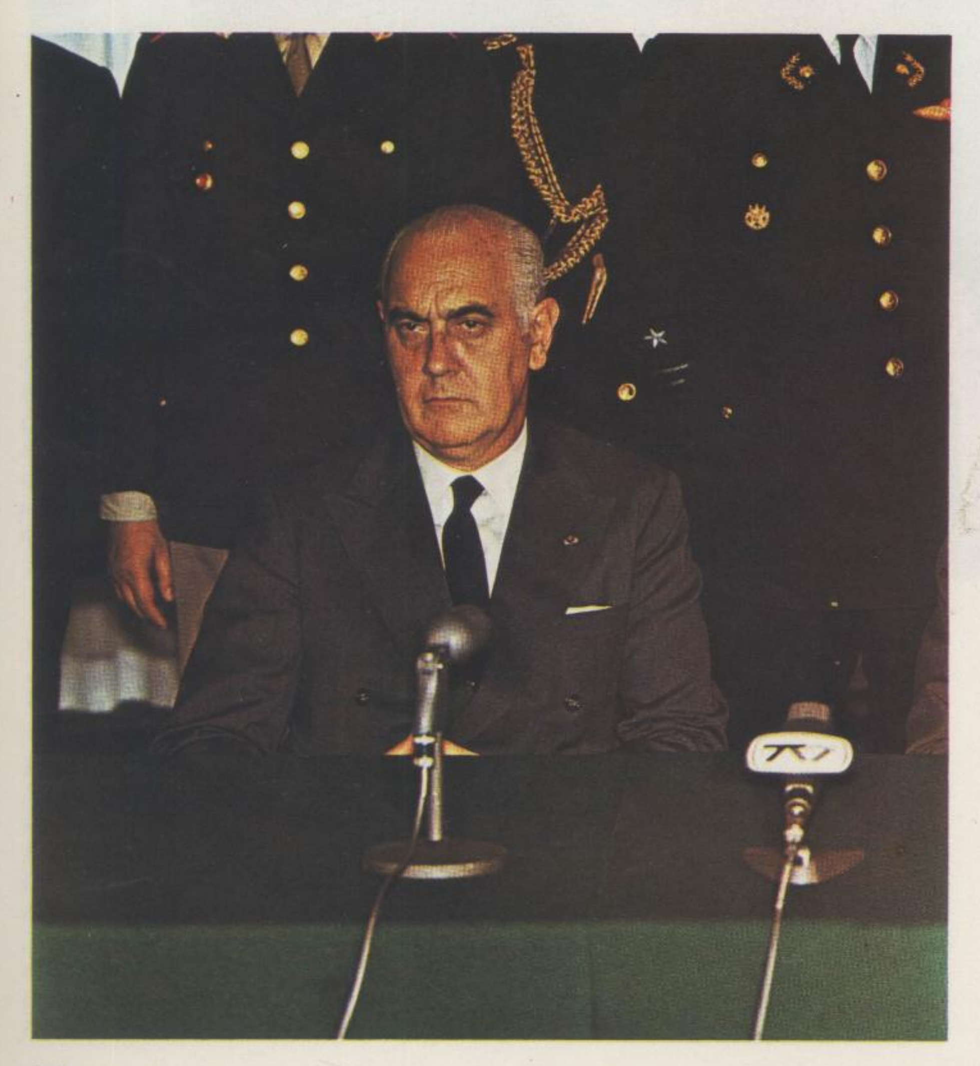
en sus horas más trágicas. A pesar de ello, empieza a reconocerse que Rosas, sin pretenderlo, hizo un gran bien al país. La administración de un gobierno personal como el suyo siempre es económica; por más que gaste o atesore, un tirano cuesta siempre menos que una burocracia corrompida. Además, las provincias se acostumbraron a mirar a Buenos Aires no como un lugar privilegiado, sino como un trozo más de la Argentina que sufría sus mismos males. Rosas, alardeando de desunir con su imaginaria federación, unificó la Argentina, haciendo posible la federación centralizada o federación moderada que vino después. Con su régimen antidemocrático hizo refulgir los mismos ideales que combatía, esto es, la política europeizante y civilizadora impulsada por Rivadavia.

Después de varias tentativas fracasadas para derribarlo, Rosas sucumbió cuando sus fuerzas quedaron vencidas por las del general rebelde Urquiza en la batalla de Caseros.

Juan Domingo Perón en el acto de recibir a los miembros de uno de sus gobiernos; la doctrina de este político, de tipo socializante, fue evolucionando hacia el régimen personal.



Alejandro A. Lanusse, actual presidente de la República Argentina, que busca una salida democrática para el país.

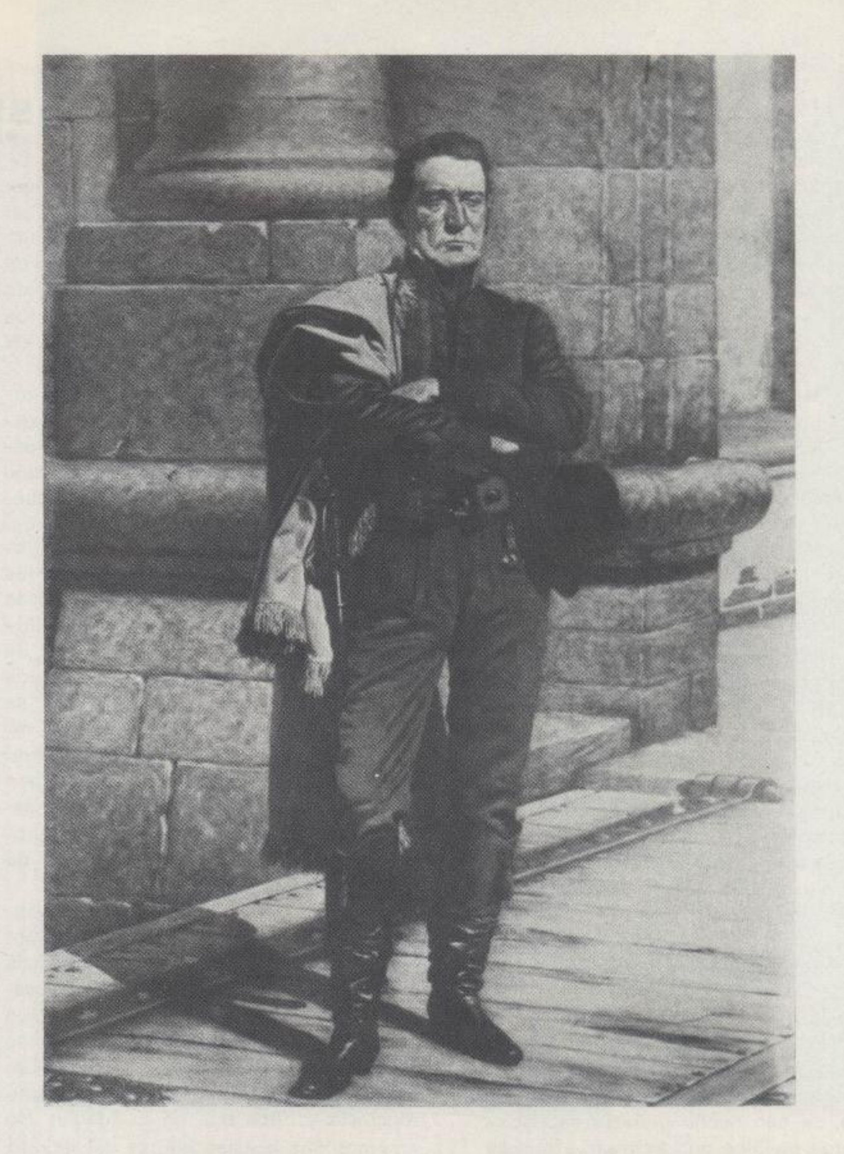


En 1852 se embarcó para Inglaterra. Al ver que la capital del nuevo estado que iba a establecer Urquiza se situaba en Rosario de Santa Fe, Buenos Aires se declaró independiente. Entonces se manifestó como caudillo Mitre, que luchaba por la independencia de Buenos Aires. Después de la paz, y unificada nuevamente la República, Mitre, como presidente, continuó la obra de Rivadavia de población y europeización de la región del Plata. Cabe mencionar aquí la presidencia del general Roca, que abrió los territorios del Sur, acabando con la amenaza de los indios, así como la de Domingo Faustino Sarmiento, educador y escritor que desarrolló una intensísima política cultural

Toda esta etapa, en la que domina la burguesía, cae al salir a la palestra política la Unión Cívica Radical con sus postulados electorales plenamente democráticos (sufragio universal, secreto y obligatorio). El primer presidente elegido según este sistema, Hipólito Irigoyen (1916), inició tímidamente las reformas sociales, pero en 1930 la crisis económica mundial creó una grave situación en el país, y el ejército empezó a desempeñar un gran papel político, devolviendo el poder a los conservadores. En él se mantuvieron hasta 1943, en que estalló un nuevo movimiento militar, de carácter nacionalista; la oposición obrera encontró un jefe en Juan Domingo Perón, que fue abriéndose camino

desde la Secretaría de Trabajo hasta ser elegido presidente en 1946. Su doctrina "justicialista", socializante, evolucionó hacia un régimen personal y dictatorial, que hizo decaer su prestigio, sobre todo al enfrentarse con la Iglesia. Un golpe militar lo derrocó en 1955, pero no suprimió los problemas sociales ni la leyenda nostálgica del caudillo exiliado.

En las elecciones de 1958 triunfó Arturo Frondizi, jefe de uno de los dos grupos en que se escindió la Unión Cívica Radical, el cual intentó atraer de nuevo a los antiguos peronistas a la comunidad política, pero sus concesiones impacientaron al ejército, que le obligó a dejar el poder al vicepresidente Guido, en 1962. Al año siguiente fue elegido Arturo Illia, que gobernó difícilmente por entre peronistas y militares, hasta que en julio de 1966 una "revolución nacional" llevó al poder al general Juan Carlos Onganía, que intentó en vano un acercamiento al movimiento sindicalista partiendo de un régimen fuerte. Fue derrocado por resolución de la Junta de Comandantes en Jefe, cuyo hombre fuerte era el general Alejandro A. Lanusse. Escogió la Junta a Roberto M. Livingstone, un general que quiso gobernar por su cuenta hasta que fue desplazado por las fuerzas castrenses y se encargó del poder el general Lanusse, quien busca una salida democrática, sin extremismos, viable para el país, en medio de los problemas del peronismo, la crisis económica y la desorientación política general.



Artigas, el caudillo fundador del Uruguay.

URUGUAY

Parte del virreinato del Plata eran las regiones de Entre Ríos-Uruguay y de Misiones o Paraguay. El Uruguay se emancipó de la Argentina en el período caótico que precedió a la tiranía de Rosas. El caudillo fundador fue también en esta región un gaucho indomable, Artigas, que los uruguayos modernos han elevado a la categoría de héroe nacional.

La transformación del Uruguay en un estado moderno, el más equilibrado y progresivo de la América hispana, comenzó con los planes educacionales de José Pedro Varela, impuestos por voluntad del dictador Latorre. Mas el organizador del Uruguay fue José Batlle, el cual, aun no siendo presidente, continuó influyendo en el gobierno. El resultado fue una serie de reformas sociales, como la reducción a ocho de las horas de trabajo del obrero y concesión de seguros de vejez, aplicadas mucho antes que en los demás países americanos y hasta que en algunos de Europa.

El régimen uruguayo merece estudio y atención. El poder ejecutivo estaba repartido entre el presidente y un consejo nacional. El presidente nombraba la mitad de los ministros, y el consejo la otra mitad. Esta combinación funcionó sin grandes sacudidas hasta 1931. Pero el presidente Gabriel Terra, encontrando dificultades económicas para cumplir las obligaciones que exigían los seguros de accidentes del trabajo y retiros, abolió la Constitución en marzo de 1933 y empezó a gobernar dictatorialmente. Los presidentes siguientes procuraron volver a la normalidad política.

Lo más característico, sin embargo, del Uruguay contemporáneo ha sido la sustitución del presidente de la República por un consejo de gobierno, según una organización semejante a la suiza, que funcionó sin alteraciones desde 1952 hasta 1966, en que se volvió al sistema presidencial con la elección del general Oscar Gestido para el cargo. A su repentino fallecimiento, el 6 de diciembre de 1967, le sucedió Jorge Pacheco Areco, quien gobernó durante un período tormentoso, acosado por la crisis económica y

DEMOCRACIA Y EFICACIA EN HISPANOAMERICA

Es indudable, y no podemos negarnos a ello, que entre los móviles que mueven a los hombres no sólo está el pan (ya lo dijo alguien con más autoridad, que decía que no sólo de pan vive el hombre); les mueven indudablemente otras cosas: ciertas lealtades a ciertos principios, ciertos ideales y ciertas esperanzas, y los pueblos latinoamericanos, los pueblos hispánicos en general, que han sido aquellos en los cuales fue muy negada la libertad, han sido, sin embargo, tal vez por contraste, los pueblos más apasionadamente devotos de la libertad. Si uno toma la historia de la conquista y colonización de América, la ve como la historia de una larga lucha por la libertad y la justicia. Hay un libro de Lewis Hanke que se llama así precisamente: *La lucha por la justicia en la conquista de América*, y nos revela hasta qué punto había en el fondo del nacimiento de eso que se llamó el Nuevo Mundo el deseo de que fuera un nuevo mundo, de que no fuera una mera reproducción de los males, de las desgracias, de las guerras y de los egoísmos de Europa, sino que naciera una nueva edad del hombre en la tierra americana. Y esa nueva edad iba a ser una era de libertad y de justicia.

Y eso ha sido un deseo irrenunciable de los pueblos latinoamericanos. Para nosotros, con razón o sin ella, república, democracia e independencia son la misma cosa. No distinguimos entre una cosa y otra; no pensamos que pudieran existir nacionalmente de otra manera. Se ha luchado, se han hecho grandes sacrificios en estos pueblos por alcanzar a realizar un régimen de libertad y justicia y de verdadera república.

De modo que sería muy difícil, como no fuera por la imposición de una dictadura, de una dictadura férrea –cuyo resultado final, Dios sabe cuál sería–, el convencer a estos pueblos a que renunciaran a su aspiración de un régimen de libertad y justicia, en nombre de un futuro beneficio de progreso, para aceptar la imposición de un gobierno de atroz dictadura que lo iba a poner al servicio de la realización de unos objetivos prácticos.

Cabría preguntarnos –creo que, en cierto modo, ya lo hemos contestado– si existe una fatalidad que hace que la democracia sea ineficaz y no sirva. Creemos que, en términos universales, no se plantea esta cuestión. Nadie duda que los Estados Unidos de América se han desarrollado, se han convertido en uno de los pueblos más ricos y prósperos del mundo –si no el más rico y próspero del mundo– con un régimen de libertad política y de democracia representativa. Nadie duda que Inglaterra, aquella pequeña isla, se convirtió en señora del mundo con un régimen de libertad política y de gobierno representativo. Nadie, en fin, duda que Australia o que Nueva Zelanda han llegado a convertirse en países muy poderosos y desarrollados con un régimen de este tipo.

De modo que no existe una incompatibilidad natural, una incompatibilidad congénita entre el régimen de la democracia representativa y la eficacia para el desarrollo. A menos que nosotros cayéramos en el otro terreno muy espinoso, donde surge la cuestión racial, de que hay pueblos que pueden vivir y prosperar en democracia y otros que no lo pueden. No creemos que a estas alturas del mundo, con muchos años de muerto el conde de Gobineau, nadie pueda sostener de una manera válida, ninguna tesis de superioridad racial ni de superioridad geográfica pura. Los hombres somos los frutos de una serie de circunstancias materiales o históricas que nos han llevado a ser como somos; pero no somos como somos, porque ingénita y congénitamente dentro de nosotros fueron puestas desde la eternidad unas vallas, unas carencias o unas condiciones inalterables que nos distinguen de los demás.

Por tanto, no podemos aceptar –además, nadie podría sostenerlo ni defenderlo– que los pueblos hispanoamericanos no tienen por fatalidad racial o por fatalidad geográfica las condiciones mínimas como colectividad, como seres humanos, que la democracia exige para poder existir, porque casi sería como aceptar que tenemos que renunciar a la dignidad humana, o que pertenecemos a una humanidad de segundo orden, o que tenemos una inferioridad congénita y que debemos aceptarla, y que la libertad es para los anglosajones.

El hecho es que nosotros podemos, y no hay razón valedera para no creer en ello, tener regímenes de democracia representativa con eficacia. Desgraciadamente, por razones históricas, muchos de los regímenes llamados democráticos en la América latina han carecido de las orientaciones, de las concepciones, de la adecuación a las necesidades del crecimiento de los países, y han pretendido gobernar en nombre de principios abstractos y realizar unas revoluciones de papel, que se han dado de trompicones y de cabezadas con las realidades sociales, económicas y políticas y que han llevado a esos países al estancamiento.

(A. Uslar Pietri, fragmento de conferencia dada en Caracas el 2 de noviembre de 1966.)

P. G.



Quizá lo más notable de la historia contemporánea del Uruguay sea la aparición del movimiento guerrillero urbano de los "tupamaros", que ha hecho tambalear el régimen establecido.

financiera del país, víctima de la caída de precios de sus materias primas y de la presión de las más avanzadas leyes de protección social. Y, por otro lado, el estallido de un poderoso movimiento guerrillero urbano, los "tupamaros", que en ciertas ocasiones han hecho casi tambalear el sistema. En 1972 tomó el poder Juan M. Bordaberry, político triunfante con escaso margen en los comicios más reñidos de la historia uruguaya.

PARAGUAY

El Paraguay tuvo también litigios de fronteras por haber quedado vagos los límites del lado de los Andes desde el período colonial. Un feroz caudillo, el doctor José Gaspar Rodríguez Francia, consiguió infundir en el Paraguay un sentimiento de nacionalismo cerrado e incondicional. El gobierno de Carlos Antonio López, también dictatorial, se dedicó a la organización de un fuerte ejército, el cual permitió a su hijo, Francisco Solano López, que le sucedió, desafiar conjuntamente al Brasil y la Argentina por problemas surgidos en la navegación de los ríos. Se formó la Triple Alianza entre Argentina, Brasil y Uruguay, cuyas tropas mandó Mitre; después este mando recayó en el Brasil y la ciudad de Asunción fue ocupada por el ejército de la Triple, pero la guerra no terminó hasta la muerte del presidente paraguayo, sitiado en Cerro Corá (1870). El resultado de aquella terrible guerra emprendida fue el exterminio de buena parte de la población masculina y la avasalladora ocupación del país por el Brasil.

Los gobiernos posteriores se lanzaron a levantar la economía, muy desquiciada. Al propio tiempo, las relaciones con Bolivia se iban agriando por diferencias surgidas respecto del territorio del Chaco, lo que originó una agotadora guerra que duró tres años (1932-1935), en la que el Paraguay luchó con determinación, rozando lo suicida, y obtuvo la victoria, sancionada por el tratado de paz firmado en Buenos Aires (1938). Los gobiernos de los generales Estigarribia y Moríñigo se dedicaron a fomentar las actividades económicas, pero el segundo hubo de hacer frente a una grave guerra civil (1947), que logró dominar; a pesar de ello fue destituido en 1948, cuando ya estaba elegido el sucesor.

Entonces empieza una larga serie de presidentes más o menos provisionales, que aparecen y desaparecen al compás de los correspondientes golpes de estado, hasta que en el año 1954 encontró de nuevo el Paraguay a su hombre fuerte en el general Alfredo Stroessner.

Firma del tratado de Buenos Aires (1938), que ponía fin a la guerra del Chaco entre Bolivia y el Paraguay, en la que este último, luchando con determinación suicida, obtuvo la victoria.



El general Alfredo Stroessner, presidente del Paraguay desde 1954.

LAS PRINCIPALES INTERVENCIONES DEL EJERCITO EN LA VIDA POLITICA LATINOAMERICANA DESDE 1930 A 1964

Año	País	Tendencia	Naturaleza de la intervención
1930	R. Dominicana	Personal	El general Trujillo es llevado al poder por el ejército (hasta 1961).
1930	Argentina	Derecha	El general Uriburu expulsa al presidente Yrigoyen.
1930	Brasil	Izquierda	Revolución popular asegurada luego por los oficiales jóvenes.
1931	Guatemala	Personal	El ejército asegura la dictadura del general Ubico.
1931	Chile	Sin signif.	El general Blanche Espejo derroca al general Ibáñez.
1933	Nicaragua	Personal	Dictadura del general Anastasio Somoza, prolongada por la de su familia.
1933	Cuba	Izquierda	El sargento Batista toma el poder después de una rebelión de los suboficiales.
1936	Paraguay	Izquierda	El ejército confía el poder al coronel Franco.
1936	Bolivia	Izquierda de tipo fascista	El ejército da el poder al coronel Toro.
1937	Bolivia	Iz. fascista	Toro es sustituido por el coronel Bush.
1937	Brasil	Corporativismo fascista	El ejército permite la transformación en dictadura de la presidencia de Getulio Vargas.
1940	Bolivia	Derecha	El ejército da el poder al general Peñaranda.
1943	Bolivia	Iz. fascista	El comandante Villarroel lleva al poder al M. N. R., partido de tendencia nacionalsocialista.
1943	Argentina	Iz. fascista	Una junta militar dirigida por el general Ramírez derriba al gobierno conservador.
1944	Guatemala	Izquierda	Una junta militar lleva al poder a Arévalo.
1944	El Salvador	Izquierda	Soldados y estudiantes derrocan a Hernández Martínez.
1944	Ecuador	Izquierda	El general Larrea Alba coloca en el poder al presidente Velasco Ibarra.
1944	Brasil	Liberal conservador	El ejército quita el poder a Getulio Vargas.
1945	Venezuela	Izquierda	El ejército destituye al general Medina Angarita.
1946	Bolivia	Derecha	Después del asesinato de Villarroel, el ejército asegura el poder a los notables.
1947	Panamá	Izquierda	El coronel Remón toma el poder efectivo.
1947	Ecuador	Derecha	El ejército derroca a Velasco Ibarra.
1948	Venezuela	Derecha	Una junta militar destituye a Rómulo Gallegos y elimina el partido Acción Democrática.
1948	El Salvador	Izquierda	El mayor Oscar Osorio expulsa al general Castañeda.
1948	Perú	Derecha	El ejército otorga el poder al general Odria.
1951	Bolivia	Derecha	Una junta impide al presidente electo llegar al poder.
1952	Cuba	Personal	Batista destituye a Prío Socarrás y elimina al Partido Revolucionario cubano.
1952	Venezuela	Derecha	Dictadura de Pérez Jiménez.
1953	Colombia	Izquierda	Ascenso del general Rojas Pinilla, apoyado por el ejército.
1954	Guatemala	Derecha	El coronel Castillo Armas derriba al coronel Arbenz.
1954	Brasil	Derecha	El ejército destituye al presidente Getulio Vargas.
1954	Paraguay	Profesional	El ejército coloca en el poder al general Stroessner, que dedicará a gastos militares el 50 % del presupuesto.
1955	Argentina	Derecha	Una junta militar acaba con el régimen "justicialista" de Juan Domingo Perón.
1957	Colombia	Liberal	Una junta militar derroca al general Rojas Pinilla.
1960	El Salvador	Izquierda	El poder político es tomado por una junta militar.
1961	El Salvador	Sin significación política	Una segunda junta militar derriba a la primera a los tres meses de ejercer el poder.
1961	Argentina	Derecha	El ejército obliga al presidente Frondizi a modificar su política, ya previamente muy mediatizada por él.
1961	Brasil	Derecha	El ejército obtiene una modificación de la Constitución a cambio de su consentimiento a la ascensión de Goulart a la presidencia.
1962	Argentina	Derecha	Ante las resistencias de Frondizi a ceder a nuevas presiones militares, una junta se hace cargo del poder.
1962	Perú	Profesional	El ejército se niega a aceptar el resultado de las elecciones y la vuelta al poder de Haya de la Torre.
1962	Argentina	Derecha	El general Toranzo Montero consigue la eliminación de los militares moderados.
1962	Argentina	Liberal	Los militares moderados consiguen apartar del poder a Toranzo Montero.
1963	Guatemala	Sin significación política	El presidente Idígoras Fuentes es derribado por el coronel Peralta.
1963	R. Dominicana	Derecha	El ejército derroca al presidente Bosch.
1963	Ecuador	Derecha	Caída de Arosemena y gobierno militar de Castro Gijón.
1963	Honduras	Derecha	El ejército derroca al presidente Villeda Morales.
1964	Brasil	Derecha	El ejército apoya la sublevación de los gobernadores de estado contra Joao Goulart.

BRASIL

Por una serie de circunstancias, Brasil fue una afortunada excepción en la revuelta historia de la América del Sur en el siglo XIX. Al regresar a Europa el rey de Portugal, que se había refugiado en el Nuevo Continente durante la invasión napoleónica, dejó en el Brasil como regente a su hijo Pedro, y éste se proclamó emperador al poco tiempo, sin violencia, casi como por acuerdo tácito. Su reinado no fue afortunado y pronto tuvo que dejar la corona a su hijo Pedro II, entonces menor de edad, que comenzó a gobernar efectivamente en 1840 y hasta 1889 presidió, como un autócrata ilustrado y liberal, el extraordinario desarrollo del país. Su política favorable a la abolición de la esclavitud le enajenó el apoyo de los grandes terratenientes y una sublevación militar le obligó a abdicar.

La república, federal y democrática, buscó un sistema que le permitiera obviar la falta de preparación política de la gran mayoría del pueblo brasileño, y lo encontró primero en la tutela del ejército y luego en la alternancia de las oligarquías de los estados de São Paulo y Minas Gerais. La prosperidad del país, basada primero en el azúcar y luego en el caucho, a partir de 1912 dependió fundamentalmente del café, y la crisis mundial de 1929, con la consiguiente caída de precios, puso al país súbitamente frente a una desagradable realidad social.

A ponerle remedio se dedicó Getulio Vargas, dictador benévolo y popular de 1930 a 1945, que se apoyó sobre todo en la naciente clase trabajadora y lanzó un ambicioso programa de expansión económica; el descontento del ejército le obligó a dimitir, pero volvió al poder en 1950 en una elección libre. Esta segunda etapa fue mucho menos afortunada que la primera: a los roces con los Estados Unidos, por motivos económicos, unióse el desprestigio atraído por sus colaboradores incompetentes y corrompidos y, acorralado por la oposición del ejército, se suicidó en agosto de 1954.

La herencia de Vargas la recogió el presidente Kubitschek, elegido en 1955, que quiso favorecer el desarrollo del interior con la creación de la nueva capital, Brasilia, pero acabó de lanzar al país por la pendiente inflacionista, con lo que empeoró la situación financiera, ya de sí grave a consecuencia de la baja en los precios de las materias primas. Todo ello hacía evidente la necesidad de reformas de estructura, que quiso iniciar Janio

Aclamación de Pedro, hijo menor de edad de Pedro I, como segundo y último emperador del Brasil.





Combate de Sam-Borja (10 de junio de 1865), en que los brasileños defendieron su bandera de un vigoroso ataque de los soldados paraguayos durante la guerra del Paraguay contra Brasil, Argentina y Uruguay. Croquis de M. Mynssen conservado en la Biblioteca Nacional de París.

DUALISMO SOCIAL EN AMERICA LATINA: EL CASO DEL BRASIL
(según LAMBERT)

La nación brasileña se encuentra escindida en dos bloques con una organización económica y social diferente y opuesta: el nuevo Brasil de los estados del Sur y el Brasil arcaico del Nordeste.

En el Nordeste perdura una sociedad agraria autárquica y cerrada, legado directo del inmediato pasado colonial.

Los estados del Sur, con São Paulo a la cabeza, entraron en contacto a finales del siglo XIX con la economía europea, lo que produjo el desarrollo de una agricultura de exportación y la entrada de capitales extranjeros que financiaron las primeras industrias del país.

Las desigualdades del desarrollo económico no son una característica específicamente brasileña. El crecimiento no se produce de una manera uniforme en los países subdesarrollados, y oposiciones del mismo signo han existido hasta épocas muy recientes en los países adelantados, como la dualidad entre Norte y Sur en los Estados Unidos.

En Brasil, sin embargo, las diferencias entre una y otra zonas son muy acusadas.

Un 85 % de la población adulta sabe leer y escribir en los estados más prósperos, frente a tan sólo un 16 % en los estados pobres.

La expectación de vida en los estados del Sur supera en dieciocho años a la del Nordeste.

Con una población semejante, el estado de São Paulo y los siete estados del Nordeste proporcionan al fisco, respectivamente, el 74 % y el 2 % de sus ingresos.

Las distancias entre uno y otro bloques tienden a acrecentarse debido fundamentalmente a dos razones.

La evolución extraordinariamente rápida del Sur.

La lentitud con que se produce el cambio en el Nordeste por la dificultad de comunicaciones y la inmensidad de su territorio.

En caso de perdurar esta dualidad económica y social del país, planteará el problema de su unidad política.

Sin atentar contra ella de una manera inmediata, plantea el problema de la dirección y contenido de una política nacional y el predominio de uno de los dos bloques.

Quadros, elegido en 1960, el cual, sin embargo, tuvo que dimitir al año siguiente porque sus simpatías hacia Fidel Castro le atrajeron el disgusto de la diplomacia americana y del ejército brasileño.

Para limitar el poder del vicepresidente João Goulart, que tenía que sucederle y era sospechoso por haber sido seguidor de Vargas, se ensayó una constitución parlamentarista, que sólo duró poco más de un año, porque Goulart consiguió volver al sistema presidencial por medio de un plebiscito, en enero de 1963. Por poco tiempo, porque sus medidas revolucionarias provocaron un nuevo alzamiento, en marzo de 1964, que dio el poder al mariscal Castelo Branco; el nuevo régimen, rígidamente conservador, suprimió legalmente toda oposición y prolongó su existencia después de haber hecho elegir presidente al mariscal Arthur da Costa e Silva (octubre de 1966).

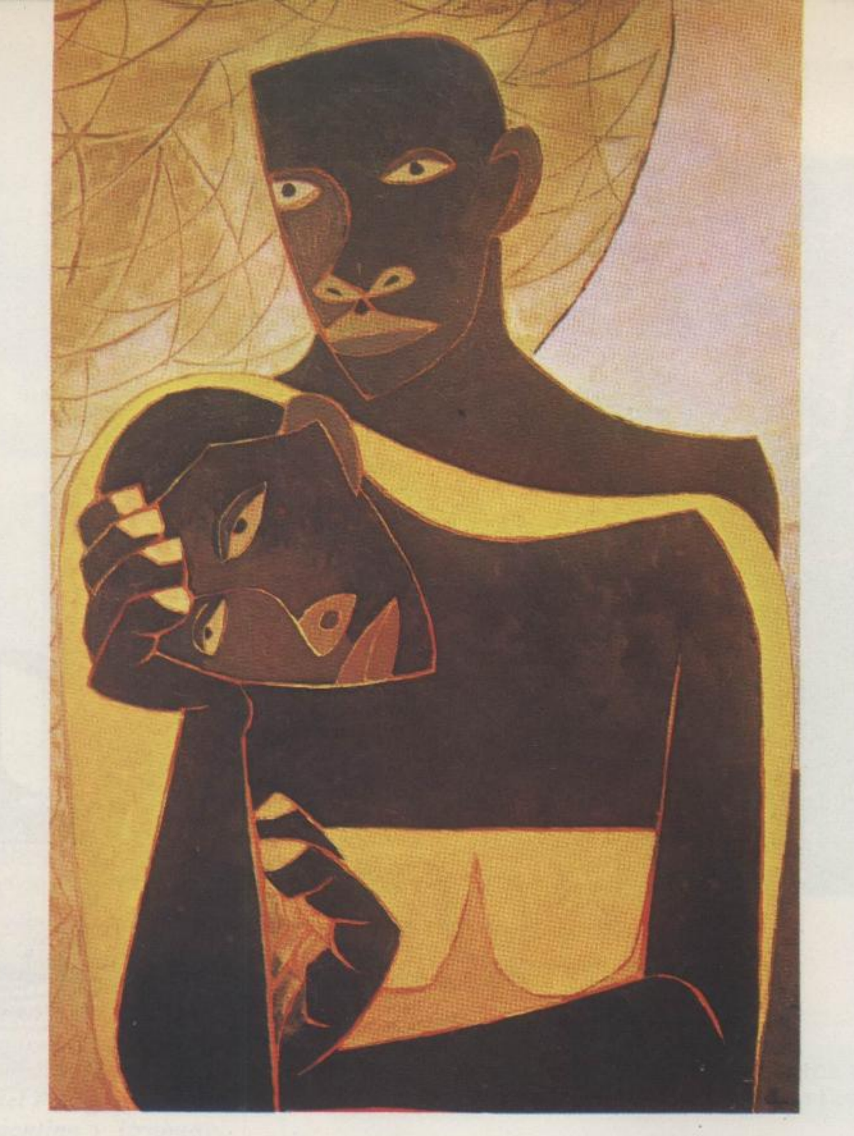
El colosal estado que es el Brasil, con cerca de 100 millones de habitantes y riquezas incalculables, ha emprendido la carrera del desarrollo, en espectacular revitalización económica, gobernado por el grupo militar, preparado en la teoría invariable del país, presidido desde 1969 por el general Emilio Garrastazu Médici, como sucesor de Da Costa e Silva, sustituido por enfermedad.



"Os Candangos", estatua de Bruno Giorgi y símbolo de la nueva capital, Brasilia, ciudad que debe su origen al deseo del presidente Kubitschek de potenciar el desarrollo de las inmensas zonas interiores del país.



Vista de la carretera transamazónica, ingente obra que también tiende a permitir poner en explotación regiones brasileñas extraordinariamente ricas y que hasta ahora han permanecido improductivas y muy alejadas de la civilización.



CULTURA Y SOCIEDAD

En cuanto a la producción intelectual hay que citar siempre los trabajos gramaticales de Bello y Cuervo, el libro de Sarmiento, *Facundo,* y las filípicas de Montalvo. Como pensadores, puede decirse que ha producido dos grandes personalidades: el cubano Martí y el uruguayo Rodó. Además de la narración (Ricardo Palma) cultivóse ya en el siglo pasado la novela en las naciones sudamericanas, pero en lo que la América latina ha sido prolífica es en poesía, con representantes magníficos como José Asunción Silva, José Santos Chocano, José Hernández, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Rubén Darío..., con la circunstancia de que entre lo mejor que se ha producido descuellan poetisas de gran alma, locuaces y francas en manifestarnos lo que se esconde debajo del candor y pudor femeninos: la Storni, la Agostini, la Ibarbourou..., y una figura excepcional: Gabriela Mistral.

Modernamente, la América latina tiene grandes novelistas que han merecido consideración internacional, como Rómulo Gallegos, de Venezuela, y Enrique Larreta, en la Argentina; Miguel Ángel Asturias, de Guatemala; Ciro Alegría, de Perú; poetas de primera magnitud, como los famosísimos Vicente Huidobro y Pablo Neruda, de Chile, y

"Los amantes", pintura del pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín (col. particular, Barcelona), uno de los grandes artistas de la América actual.



La Avenida 9 de Julio, en Buenos Aires, capital de la República Argentina y una de las ciudades más importantes y de mayor vida artística del hemisferio sur.

ENRIQUE LARRETA

LA CALLE
DE LA VIDA
Y DE LA MUERTE

POESIAS

NUEVA EDICION

BUENOS AIRES
1942

Portada de "La calle de la vida y de la muerte", de Larreta, escritor argentino.

el polígrafo Pedro Henríquez Ureña y el ensayista Alfonso Reyes. La narrativa hispanoamericana ha vivido recientemente un extraordinario auge, con nombres como Vargas Llosa, del Perú; García Márquez, de Colombia; Carpentier, de Cuba; Fuentes, de México, que junto a las nuevas formas de la novela han dado contenido ideológico a sus novelas, alcanzando fama general en el mundo desorientado de los tiempos contemporáneos.

Es un fenómeno paralelo al del prestigio que goza en la juventud de Europa y Estados Unidos la "revolución universitaria", que arrancó en Córdoba (Argentina) en 1918, o al mito que se ha formado con figuras guerrilleras como el Che Guevara (argentino que actuó con Fidel Castro en Cuba) o el P. Camilo Torres (colombiano, que se alejó del sacerdocio para lanzarse a la montaña)...

Los dictadores de uniforme o de levita están caídos o tambaleándose en toda la América latina. Cayeron Hernández, de Chile; Leguía, del Perú; Vargas, del Brasil; Ubico, de Guatemala, y los déspotas de Bolivia, Venezuela, El Salvador, Santo Domingo... La rebelión cunde y señala el comienzo de un período revolucionario hasta en la Argentina, que parecía estabilizada y capaz de ir evolucionando con reformas paulatinas. La gestación del nuevo régimen será lenta, porque el roto, el pelado, el cholo, el descamisado lo mismo que el indio no se entusiasman votando un candidato obrero, aunque sea negro, mulato o cobrizo, para defender en un Parlamento liberal los derechos de su casta. Hoy los desheredados americanos comprenden que si no consiguen una completa transformación del estado y de la sociedad no saldrán de la semiesclavitud en que se encuentran. Cuál puede ser el mejor sistema, más justo, más beneficioso, ellos no lo saben ni habrá nadie para dirigirlos.

Los movimientos guerrilleros (rurales y urbanos) que conocieron cierto auge, impulsados por el éxito de Fidel Castro, han declinado, posiblemente porque carecían de pensamiento ordenador de nuevas estructuras sociales. Una vaga idea de destruir el sistema no basta para edificar un estado moderno. Por otra parte, los grandes terratenientes y los acaudalados mineros defenderán su actual explotación con argumentos de filosofía seudocapitalista. Dirán que, dadas las condiciones del país, la enormidad de las distancias y los problemas de transporte, es imposible abandonar el régimen feudal o "paternalístico", como ha dado en llamarse a sí mismo en nuestros días.

Con todo, el interrogante acerca del destino de la América latina sigue abierto y sin respuesta.

Miguel Ángel Asturias, literato guatemalteco de prestigio mundial, que recibió el Premio Nobel de Literatura en el año 1967.



BIBLIOGRAFIA

Arciniegas, G.	*Este pueblo de América,* México, 1945.
Fraga Iribarne, M.	*Sociedad, política y gobierno en Hispanoamérica,* Madrid, 1962.
Griffin, Ch. C., y cols.	*Latin America. A Guide to the Historical Literature,* University of Texas Press, Austin, 1971.
Hanke, L.	*América latina (Continente en fermentación),* Madrid, 1961.
Johnson, J. J.	*The military and society in Latin America,* Stanford, 1964.
Lambert, J.	*América latina. Estructuras sociales e instituciones políticas,* Barcelona, 1964.
Lieuwen, E.	*Arms and politics in Latin America,* Nueva York, 1961. *Generals vs. presidents: neomilitarism in Latin America,* Nueva York, 1964.
Madariaga, S. de	*Presente y porvenir de Hispanoamérica,* Buenos Aires, 1959.
Porter, Ch. C., y Alexander, R. J.	*The Struggle for Democracy in Latin America,* Nueva York, 1961.
Prebisch, R.	*Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano,* México, 1963.
Wilgus, A. Curtis, edit.	*South American dictators during the first century of independence,* Nueva York, 1937.



La plazuela de San Carlos, en Bogotá, con casas del siglo XVII, y en el centro el monumento a Rufino Cuervo, el gran gramático de la lengua castellana.



En la historia contemporánea de México, el período revolucionario ha sido el más fecundo tanto en personalidades como en ideas. Aquí arriba, Venustiano Carranza, la gran figura civil y constitucional de la revolución mexicana, representado en un mural de González Camarena en la Sala de la Revolución del Museo Nacional de Historia (Castillo de Chapultepec, México).

México independiente. Organización constitucional y revolución

por E. DE LA TORRE VILLAR

Los mexicanos, una vez consumada su independencia el mes de septiembre de 1821, se encontraron dentro de un enorme país de 5.090.460 km cuadrados, con una población de seis millones de habitantes, mal distribuidos geográfica y económicamente y frente a una serie de problemas fundamentales que pueden formularse como sigue: económicos, sociales, políticos y culturales. Entre los primeros podemos mencionar los siguientes rubros: Hacienda pública en bancarrota; necesidad de reorganizarla; injusta y desproporcionada distribución de la propiedad territorial, principalmente agraria; nulo o pobrísimo desarrollo industrial, que había que favorecer en todos sus campos:



La Plaza Mayor de México, en que destaca la catedral, según pintura de P. Gualdi (Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, México). Una vez conseguida la independencia, la única institución con una economía bastante sólida fue la Iglesia, a pesar de las pérdidas de efectivo y de objetos preciosos experimentadas durante la guerra.

minería, industrias de transformación, etc.; inexistencia de un comercio organizado. El que había, que formaba parte del sistema monopolista español, era necesario arrancarlo de las manos de los peninsulares.

Ante su oposición, el país tuvo que abrir las puertas al comercio de otras naciones, principalmente francés e inglés. El capital extranjero comienza a ingresar muy limitadamente. El capital mexicano sólo se había acumulado en torno de la propiedad urbana y rural y en la explotación minera, que se había arruinado con la Independencia.

La única institución que poseía una economía bastante sólida era la Iglesia, la cual era propietaria de la mayor parte de la propiedad agrícola explotable del país, de capitales impuestos en censos y otras formas crediticias, en efectivo y en alhajas acumuladas por la devoción de los fieles durante trescientos años. Aun cuando desde principios de siglo, con las reformas económicas de Carlos IV, su riqueza disminuyó y con la Independencia se dilapidaron grandes cantidades en efectivo y buen número de objetos preciosos y artísticos, la Iglesia mantenía una superioridad económica frente al estado.

Ante las urgencias financieras del estado, éste tuvo que imponer préstamos forzosos a nacionales y extranjeros y recurrir a los empréstitos al exterior, con lo cual empieza a surgir la Deuda pública, que se acrecienta de día en día y origina reclamaciones exteriores posteriores. La necesidad de contar con una Hacienda pública saneada se impuso, así como también la de proporcionar instituciones de crédito y favorecer en todas formas el desarrollo económico del país.

En lo social, el estado, movido por los principios liberales, equiparó legalmente a todos los mexicanos. Ratificó las declaraciones de abolición de la esclavitud y en diferentes momentos dictó disposiciones tendentes a igualar ante la ley a todos los habitantes de la República. Sin embargo, las diferencias socioeconómicas existentes entre los diversos grupos no desaparecieron del todo, antes bien algunas se agravaron, como fue la situación de los indios, a quienes anteriormente leyes y disposiciones privativas amparaban tutelándolos. Esto originó serios males, como fueron su empobrecimiento, la pérdida de sus propiedades, su desamparo ante la ley y el mal trato, lo que provocó numerosas re-

beliones de indios, entre las cuales sobresalen por su importancia las incursiones de los indios bárbaros en el Norte, la guerra de castas en Yucatán y la sublevación de la Sierra Gorda.

El grupo mestizo, que había adquirido fuerza y aumentado en número, se elevó socialmente y cobró posiciones políticas cada vez más fuertes. Rivalizó con los criollos en el manejo de la cosa pública y favoreció un sentimiento nacionalista que rechazó las influencias europeizantes y conservadoras y auspició las de Norteamérica, liberales. En este grupo se da una graduación de posiciones bastante amplia. La acción de las logias masónicas en el primer tercio de siglo contribuye a lograr una movilidad social mayor.

Los criollos representaban la mayor parte de la clase dirigente. Por su *status* económico, cultura y actividad sobresalen de entre todos los grupos y de ellos salieron durante mucho tiempo quienes rigieron al país. Partidarios del orden y del progreso, promueven con visión y a veces apasionadamente la transformación de la nación. Mézclanse sin resistencia con los mestizos y reciben con beneplácito a los elementos extranjeros que advienen al país, principalmente a los europeos, cuyo ingreso es paulatino, no desbordante. Mantiénense en su mayor parte fieles a sus antiguas tradiciones y creencias y moderan los excesos radicales de los otros grupos.

La Independencia, que trató de unir a todos los mexicanos, no los igualó social ni económicamente, con lo que se mantuvo una diferenciación peligrosa. La expulsión de los españoles por razones políticas en 1827 y 1829 perjudicó el equilibrio y la economía del país, y el ingreso de colonos ajenos a nuestras costumbres y manera de ser, unido a descuidos gubernamentales, nos llevó a perder buena parte del territorio. En lo político, los esfuer-

Campamento de Zachary Taylor en Walnut Springs, cerca de Monterrey, después de la batalla de Buenavista, por W. G. Brown, Jr. (The National Portrait Gallery, Washington). En la guerra entre Estados Unidos y México, continuación del problema de Texas y de la injerencia norteamericana en su vecino del Sur, este combate se libró el 23 de febrero de 1847, y el general Santa Anna fue derrotado a pesar de ser superior el número de sus soldados al de Taylor.



DOCUMENTOS FUNDAMENTALES EN LA HISTORIA CONTEMPORANEA

En los ciento cincuenta años de su vida independiente, México ha sido pródigo en promulgar disposiciones: bandos, decretos, códigos, planes, constituciones, proclamas y manifiestos, tendentes todos ellos a resolver alguna situación angustiosa o algún problema y a proponer soluciones salvadoras. Cada partido, cada facción, cada personaje ha creído en ocasiones que bastaba publicar, bajo el influjo mágico que la imprenta otorga, una proposición que consideraba salvadora para que la situación general del país cambiara.

Heredamos una tradición jurídico-política que hemos acrecentado, por lo cual el número de normas o soluciones propuestas es enorme. Sin embargo, México, como cualquier otro país, puede ofrecer un pequeño cuerpo documental esencial que revele cuál ha sido la secuencia de su desenvolvimiento y que permita precisar los aspectos fundamentales de la misma.

Haciendo un esfuerzo que a muchos podrá parecer demasiado rígido y extremoso, presentamos algunos testimonios demostrativos del desarrollo moderno de México. De algunos de ellos transcribimos los aspectos fundamentales, otros los ofrecemos íntegros. Según la evolución cronológica del país tenemos los siguientes:

I. Origen de la vida independiente de México es el Acta de Independencia firmada en Chilpancingo de los Bravos el 6 de noviembre de 1813, por los diputados congregados por Morelos y Pavón en aquella ciudad. Si bien el 28 de septiembre de 1821, un día después de la entrada del Ejército de las Tres Garantías, la Junta Provisional Gubernativa proclamó, mediante una acta, la consumación que el coronel Agustín de Iturbide hizo de la Independencia mexicana, debemos considerar la primera como la fuente primigenia e inspiradora de la completa autonomía mexicana.

ACTA DE INDEPENDENCIA DE CHILPANCINGO (1813)

El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpancingo, de la América septentrional, por las provincias de ella, declara solemnemente a presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los Imperios y autor de la sociedad, que los da y los quita según los designios inescrutables de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpado; que en tal concepto queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español; que es árbitra para establecer las leyes que convengan para el mejor arreglo y felicidad interior; para hacer la guerra y la paz, y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo continente, no menos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica, romana, y mandar embajadores y cónsules; que no profesa ni reconoce otra religión más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna; que protegerá con todo su poder y velará sobre la pureza de la fe y de sus demás dogmas, y conservación de los cuerpos regulares.

Declara reo de alta traición a todo el que se oponga directa o indirectamente a su independencia, ya protegiendo a los europeos, opresores, de obra, palabra o por escrito, ya negándose a contribuir con los gastos, subsidios y pensiones para continuar la guerra hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras; reservándose el Congreso presentar a ellas por medio de una nota ministerial, que circulará por todos los gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta revolución, reconocida ya por la Europa misma.

Dado en el Palacio Nacional de Chilpancingo, a seis días del mes de noviembre de 1813.

Lic. Andrés Quintana, vicepresidente. Lic. Ignacio Rayón. Lic. José Manuel de Herrera. Lic. Carlos María Bustamante. Doctor José Sixto Verduzco. José María Liceaga. Lic. Cornelio Ortiz de Zárate, secretario.

II. La organización del país quedó forjada en una Constitución que se promulgó el año 1824. Uno de los documentos básicos de ese primer código fundamental fue el Acta Constitutiva del 31 de enero de 1823, en que se planteó a perfección la organización constitucional del país.

ACTA CONSTITUTIVA DEL 31 DE ENERO DE 1823

1. La nación mexicana es para siempre libre e independiente del gobierno español y de cualquiera otra potencia.

2. Su territorio comprende el que fue el virreinato llamado antes Nueva España, el que se decía capitanía general de Yucatán, el de las comandancias llamadas antes de provincias internas de Oriente y Occidente, y el de la Baja y Alta California, con los terrenos anexos e islas adyacentes en ambos mares. Por una ley constitucional se hará una demarcación de los límites de la federación, luego que las circunstancias lo permitan.

3. La religión de la nación mexicana es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana. La nación la protege por leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquier otra.

4. La nación mexicana adopta para su gobierno la forma de república representativa popular federal.

5. Las partes de esta federación son los estados y territorios siguientes: el estado de las Chiapas, el de Chihuahua, el de Coahuila, y Tejas, el de Durango, el de Guanajuato, el de México, el de Michoacán, el de Nuevo León, el de Oaxaca, el de Puebla de los Ángeles, el de Querétaro, el de San Luis Potosí, el de Sonora y Sinaloa, el de Tabasco, el de las Tamaulipas, el de Veracruz, el de Jalisco, el de Yucatán y el de los Zacatecas: el territorio de la Alta California y el de Santa Fe de Nuevo México. Una ley constitucional fijará el carácter de Tlaxcala.

6. El supremo poder de la federación para su ejercicio se divide en legislativo, ejecutivo y judicial.

7. El poder legislativo de la federación se deposita en un congreso general. Éste se divide en dos Cámaras, una de diputados y otra de senadores.

8. La Cámara de diputados se compondrá de representantes elegidos en su totalidad cada dos años por los ciudadanos de los estados...

25. El Senado se compondrá de dos senadores de cada estado, elegidos a mayoría absoluta de votos por sus legislaturas y renovados por mitad de dos en dos años...

74. Se deposita el supremo poder ejecutivo de la federación en un solo individuo, que se denominará presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

75. Habrá también un vicepresidente, en quien recaerán, en caso de imposibilidad física o moral del presidente, todas las facultades y prerrogativas de éste...

123. El poder judicial de la federación residirá en una Corte Suprema de Justicia, en los tribunales de circuito y en los juzgados de distrito.

.124. La Corte Suprema de Justicia se compondrá de once ministros distribuidos en tres salas y de un fiscal, pudiendo el congreso general aumentar o disminuir su número si lo juzgare conveniente.

125. Para ser electo individuo de la Corte Suprema de Justicia se necesita estar instruido en la ciencia del derecho a juicio de las legislaturas de los estados; te-

ner la edad de treinta y cinco años cumplidos, ser ciudadano natural de la república, o nacido en cualquiera parte de la América que antes de 1810 dependía de la España, y que se ha separado de ella, con tal que tenga la vecindad de cinco años cumplidos en el territorio de la república.

126. Los individuos que compongan la Corte Suprema de Justicia serán elegidos en un mismo día por las legislaturas de los estados a mayoría absoluta de votos...

157. El poder legislativo de cada estado residirá para su ejercicio en los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, y nunca podrán unirse dos o más de ellos en una corporación o persona ni el legislativo depositarse en un solo individuo.

III. Cerca de treinta años de luchas incesantes e infructuosas, las más dirigidas por Antonio López de Santa Anna o contra él, obligaron a los grupos liberales a unirse en contra de ese personaje. El Plan de Ayutla, promulgado el 1 de marzo de 1854, dio fin a la actuación de Santa Anna y abrió los cauces a la reforma liberal y a la modernidad.

PLAN DE AYUTLA

Considerando: Que la permanencia de don Antonio López de Santa Anna en el poder es un amago constante para las libertades públicas, puesto que, con el mayor escándalo, bajo su gobierno se han hollado las garantías individuales que se respetan aun en los países menos civilizados;

Que los mexicanos, tan celosos de su libertad, se hallan en el peligro inminente de ser subyugados por la fuerza de un poder absoluto, ejercido por el hombre a quien tan generosa como deplorablemente se confiaron los destinos de la patria;

Que, bien distante de corresponder a tan honroso llamamiento, sólo ha venido a oprimir y vejar a los pueblos recargándolos de contribuciones onerosas sin consideración a la pobreza general, empleándose su producto en gastos superfluos y formar la fortuna, como en otra época, de unos cuantos favoritos;

Que el plan proclamado en Jalisco, y que le abrió las puertas de la república, ha sido falseado en su espíritu y objeto, contrariando el torrente de la opinión, sofocada por la arbitraria restricción de la imprenta;

Que ha faltado al solemne compromiso que contrajo con la nación al pisar el suelo patrio, habiéndole ofrecido que olvidaría resentimientos personales y jamás se entregaría en los brazos de ningún partido;

Que, debiendo conservar la integridad del territorio de la república, ha vendido una parte considerable de ella, sacrificando a nuestros hermanos de la frontera del Norte, que en adelante serán extranjeros en su propia patria, para ser lanzados después, como sucedió a los californios;

Que la nación no puede continuar por más tiempo sin constituirse de un modo estable y duradero ni dependiendo su existencia política de la voluntad caprichosa de un solo hombre;

Que las instituciones republicanas son las únicas que convienen al país, con exclusión absoluta de cualquier otro sistema de gobierno;

Y, por último, atendiendo a que la independencia nacional se halla amagada bajo otro aspecto no menos peligroso por los conatos notorios del partido dominante levantado por el general Santa Anna, usando de los mismos derechos de que usaron nuestros padres en 1821 para conquistar la libertad, los que suscriben proclaman y protestan sostener hasta morir, si fuere necesario, el siguiente

PLAN

1.º Cesan en el ejercicio del poder público don Antonio López de Santa Anna y los demás funcionarios que, como él, hayan desmerecido la confianza de los pueblos o se opusieren al presente plan.

2.º Cuando éste haya sido adoptado por la mayoría de la nación, el general en jefe de las fuerzas que lo sostengan convocará un representante por cada estado y territorio para que, reunidos en el lugar que estime conveniente, elijan al presidente interino de la República y le sirvan de consejo durante el corto período de su encargo...

5.º A los quince días de haber entrado en sus funciones el presidente interino convocará el Congreso Extraordinario conforme a las bases de la ley que fue expedida con igual objeto en el año de 1841, el cual se ocupe exclusivamente de constituir a la nación bajo la forma de República representativa popular y de revisar los actos del Ejecutivo provisional de que se habla en el artículo 2.º...

7.º Cesan, desde luego, los efectos de las leyes vigentes sobre sorteo y pasaportes y la gabela impuesta a los pueblos con el nombre de capitación...

9.º Se invita a los excelentísimos señores generales don Nicolás Bravo, don Juan Álvarez y don Tomás Moreno para que, puestos al frente de las fuerzas libertadoras que proclaman este plan, sostengan y lleven a efecto las reformas administrativas que en él se consignan, pudiendo hacerle las modificaciones que crean convenientes para el bien de la nación.

Ayutla, marzo 1 de 1854. – El coronel Florencio Villarreal, comandante en jefe de las fuerzas reunidas.

E. T. V.

zos tendieron a dotar al país de una organización jurídico-política acorde con los nuevos tiempos, aun cuando se contrariasen ciertas formas tradicionales de gobierno. De una manera monárquica pasamos a constituir una república, para volver a la monarquía y de ahí a las formas republicanas nuevamente. Oscilamos de república federal a central en varias ocasiones y utilizamos la acción democrática liberal frente a métodos conservadores y clasistas. Seguimos casi al pie de la letra los modelos legales e institucionales de los Estados Unidos, y copiamos de Europa las formas monárquicas, sazonándolas de elementos tropicales, rudimentarios y provincianos. Opusimos una tradición hispánica, católica, con todo lo que representaba, a una inclinación violenta por los sistemas norteamericanos, repulsa más a la organización eclesiástica católica por lo que ataba a los viejos sistemas.

De esta suerte, al consumarse la Independencia, ensayamos trágicamente constituir un Imperio con Iturbide al frente (1821-1823). De 1824 a 1835, iniciándola con Guadalupe Victoria, comenzaba, bajo los auspicios de la Constitución de 1824, la República Federal. A partir de 1835 y hasta 1846 empieza el sistema de repúblicas centrales. La primera es regida por las Siete Leyes de 30 de diciem-



Asalto al castillo de Chapultepec, escuela militar en aquel entonces, por las tropas norteamericanas (Biblioteca Nacional, París).

bre de 1836 y en ella destaca el presidente Anastasio Bustamante. En 1843 se proclaman las Bases Orgánicas que llevan al poder a Antonio López de Santa Anna y a nueve personas más dentro del período que se denomina Segunda República central (1844-1846). En 1846 vuelve el país, agitado ya por intervenciones extranjeras, al sistema de República Federal (1846-1853), en el que sobresalen las administraciones de Herrera y de Arista. De 1853 a 1855 se vive en un régimen aconstitucional centralista debido a las veleidades de Santa Anna, quien dominó con su nefasta influencia al país durante cerca de treinta años.

El año de 1857, con el triunfo de la revolución de Ayutla, que puso fin a la era de las revoluciones de Santa Anna, como la denominó Alamán, se instaura la Tercera República Federal, presidida primero por Juan Álvarez y en seguida por Ignacio Comonfort de parte de los liberales, y por Zuloaga, Robles Pezuela, Salas y Miramón entre los conservadores, y finalmente por Benito Juárez, quien tomó la dirección del país desde 1858 hasta 1872, en que falleció. Un paréntesis dramático en este desarrollo lo constituye la intervención francesa de 1861-1867 y el establecimiento del Segundo Imperio con el príncipe Maximiliano a la cabeza, quien gobernó de 1864 a 1867, año este último en que fue fusilado en Querétaro.

En 1867, a la caída del ejército imperial, Juárez a la cabeza de los ejércitos liberales entró en la ciudad de México y prosiguió su labor gubernativa, tras restaurar la República. A su muerte le sucede Sebastián Lerdo de Tejada, uno de los reformistas más distinguidos (1872-1876), y, a partir de este último año, el general Porfirio Díaz, quien se distinguió en la guerra contra los intervencionistas. Díaz, que había luchado por el lema "No reelección", en contra de Juárez y de Lerdo, ocupó la presidencia de 1876 a 1880. Los cuatro años siguientes gobernó Manuel González y en 1884 volvió Díaz a la presidencia, que no abandonó hasta 1911.

La revolución iniciada en 1910 dio fin al largo régimen de Díaz, en cuyas postrimerías surgió un grupo oligárquico y tecnócrata, denominado de los *científicos,* que apresuró el movimiento revolucionario que va de 1910 a 1921. A partir de ese año, gobiernos que se suceden pacíficamente, surgidos de la actuación del partido oficial –creado con el nombre de Partido Nacional Revolucionario bajo la administración del general Calles y cuya denominación se ha transformado en Partido de la Revolución Mexicana y finalmente Partido Revolucionario Institucional–,

LA RIQUEZA DE LA IGLESIA Y LA REFORMA EN MEXICO (1856-1875)

Publicada en 1971, la obra de J. Bazant, "Alienation of church wealth in Mexico, 1856-1875", es el resultado de una larga investigación sobre los bienes del clero y las instituciones eclesiásticas en los estados de Puebla, Veracruz, San Luis de Potosí, Michoacán y Jalisco. Por la diversidad geográfica, económica y social de las regiones estudiadas y por el elevado volumen de propiedad eclesiástica que concentran –más de las dos terceras partes–, las conclusiones obtenidas pueden generalizarse a todo el país y constituyen una aportación fundamental al estudio del periodo de la Reforma.

La Reforma o desamortización eclesiástica, emprendida por el gobierno liberal en 1856, se proponía entre otros los siguientes objetivos:

Bazant evalúa los bienes de la Iglesia en unos cien millones de pesos, que representan poco más de una quinta parte de la riqueza nacional, no la mitad como se consideraba hasta ahora.

La expropiación de la Iglesia, que ha acumulado y sustrae a la circulación más de la mitad de las tierras mexicanas y cuyo régimen de explotación responde además a una economía autárquica, ya anacrónica.

La atribución de las rentas agrícolas a aquellos que se hallen dispuestos a invertirlas en la industrialización del país.

La realización de una reforma social con la creación de una clase de pequeños propietarios libres.

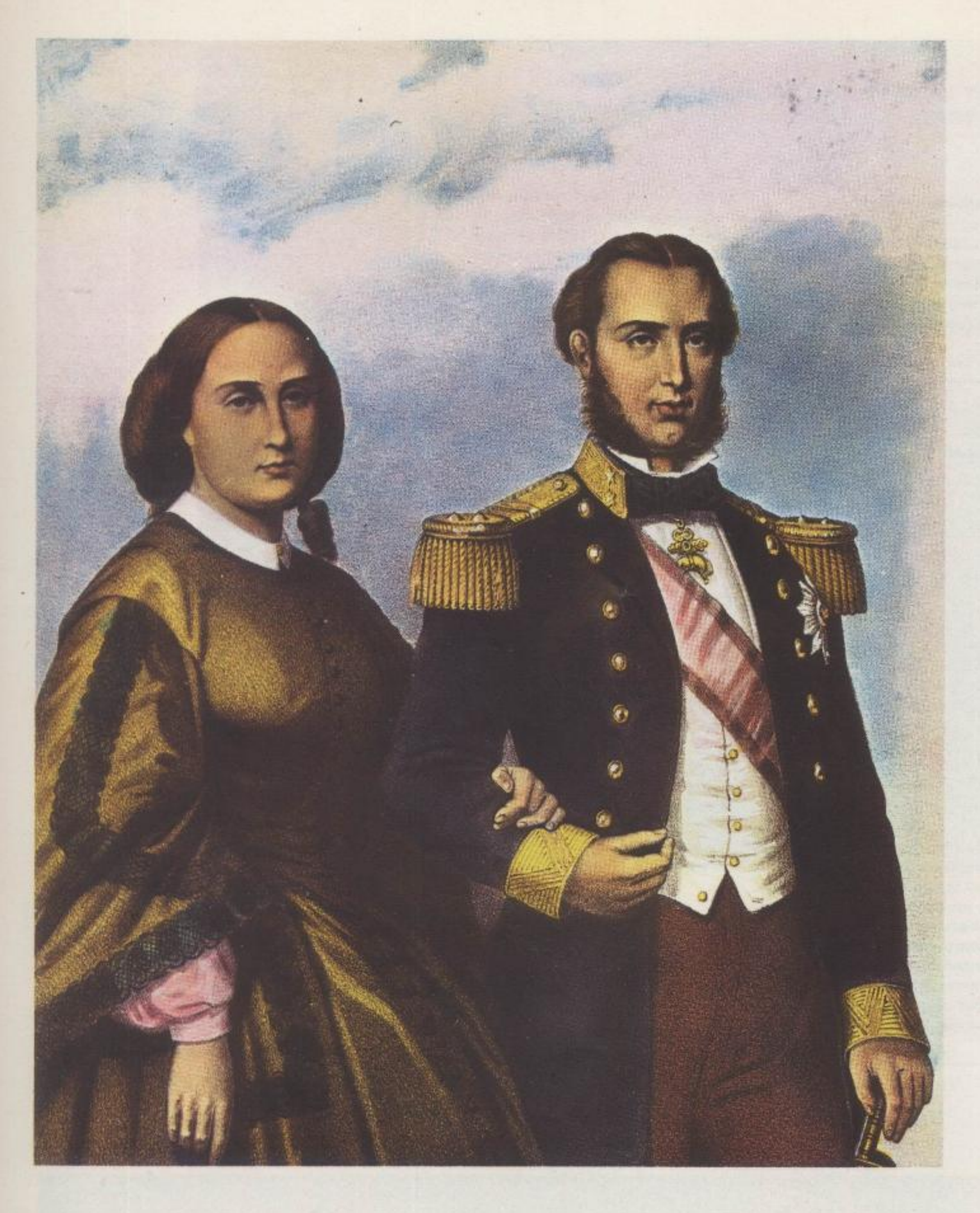
La Iglesia poseía pocos latifundios y éstos habían sido arrendados y orientados hacia la producción para el mercado. La riqueza de la Iglesia estaba constituida preferentemente por fincas urbanas y bienes muebles.

Una gran parte de los bienes urbanos de la Iglesia fueron adquiridos por comerciantes, funcionarios y miembros de las profesiones liberales. Todas las haciendas rurales fueron compradas por sus mismos arrendatarios. Se tendió a inmovilizar el capital en las adquisiciones de inmuebles y esta opción económica se completó con una actitud social: los compradores adoptan un modo de vida aristocrático y tienden a asimilarse a la clase propietaria preexistente, consolidando de esta manera la antigua estructura social en lugar de contribuir a su modificación.

Si en las ciudades algunos inquilinos modestos de inmuebles eclesiásticos pudieron adquirir sus viviendas, en el campo no hubo tal posibilidad, pues los peones y jornaleros agrícolas no disponían de los fondos necesarios para comprar las grandes haciendas eclesiásticas.

Entrada del cuerpo expedicionario francés en México, por A. Beauce (Museo de Versalles). La política imperial de Napoleón III le llevó a intervenir activamente en México, país en el que vislumbró grandes perspectivas económico-políticas.





Maximiliano I y su esposa Carlota (Biblioteca Nacional, París). Era hermano de Francisco José de Austria y aceptó en 1864, quizá por influencia de su esposa, la corona de México. A pesar de sus buenas intenciones, no logró atraerse al pueblo y, además, contó con la oposición de Estados Unidos, que apoyaban a Juárez. En cuanto le abandonaron las fuerzas francesas, fue cercado en Querétaro, sometido a un consejo de guerra y fusilado junto a sus generales Miramón y Mejía.

han realizado una labor positiva si se atiende al aspecto material, al desarrollo económico y técnico del país, pero que no ha podido aún resolver graves males sociales que el país presenta, los cuales se han agravado con el crecimiento vertiginoso de la población, una mala política en torno de las inversiones extranjeras y las presiones económico-políticas que ejercen los países bajo cuya órbita económica se gira, los cuales sólo atienden a sus propios intereses.

Dentro del campo de la política, mencionaremos que México, en los años que lleva de vida independiente, ha sido agredido por potencias extrañas en varias ocasiones: España, una vez consumada la Independencia, trató de imponerse por la fuerza y destacó al brigadier Isidro Barradas con 3.000 hombres. Su reconquista en el año 1829 fracasó al ser derrotado en Altamira por don Manuel Mier y Terán.

En 1835, los colonos texanos, auspiciados por los Estados Unidos, que postulaban una política expansionista, se separaron de la República declarándose independientes y anexándose en 1845 a aquel país.

En 1838, el gobierno francés, reclamando indemnizaciones por daños sufridos en los bienes y personas de súbditos franceses y pretextando denegación de justicia por parte de las autoridades mexicanas en relación con franceses, nos atacó. El ministro francés barón Deffaudis, caracterizado por su intolerancia, altanería y sentimientos de superioridad, envenenó las relaciones y el 21 de marzo, desde Veracruz, reclamó indemnizaciones por valor de 600.000 pesos y la destitución de varios funcionarios, y el 16 de abril una escuadra francesa bloqueó y bombardeó Veracruz.

En 1846, la política agresiva de los Estados Unidos y sus afanes de expansión, que le llevaron a anexarse Texas en 1845, dieron lugar a la guerra que, iniciada el 8 de marzo de 1846, concluyó el 30 de mayo de 1848. A más de Texas, los Estados Unidos ambicionaban Nuevo México, Alta California y Chihuahua. La defensa, mal dirigida, dificultada por las revueltas intestinas que nos debilitaban y desunían, fue pródiga en acciones heroicas como las de Churubusco, Chapultepec y Molino del Rey. El ejército invasor, que penetró por el Norte y por Veracruz, tomó la capital, impuso sus condiciones a un gobierno abatido y a un pueblo inerme, pero decidido al sacrificio, y México perdió como consecuencia los territorios de Nuevo México y la Alta California, esto es, más de la mitad del antiguo territorio mexicano. En 1853, los Estados Unidos presionaron a México a ceder una nueva porción de su territorio, conocida por La Mesilla. Nuevamente en los años 1913-1914 intervinieron fuerzas yanquis, ocupando Tampico y Veracruz con un saldo sangriento.

En 1861, debido a los préstamos forzosos y empréstitos solicitados y a diferentes reclamaciones, Francia exigió el pago de una fuerte cantidad, aumentada por agiotistas y agentes de negocios. En el fondo, Francia, gobernada por Napoleón III, realizaba una política de expansión imperial que tocaba puntos neurálgicos como Indochina, Argelia, Italia, Crimea. En América, México ofrecía grandes perspectivas económico-políticas y su dominio, pensó Napoleón, frenaría el crecimiento de los Estados Unidos, que rivalizaba ya en poder con las potencias europeas.

Bajo el pretexto de esas reclamaciones, Francia –la cual en un principio contó con el apoyo de España e Inglaterra en el asunto de las reclamaciones, pero que al conocer sus intenciones se le separaron– movilizó una armada que apoyó a los elementos conserva-

dores enemigos de la administración liberal de Juárez y estableció el gobierno monárquico de Maximiliano. Apoyado en las tropas y recursos franceses, Maximiliano, liberal de ideas, formó un gobierno liberal primero, y más tarde, ante la retirada de los ejércitos francés, belga y austríaco, de conservadores. Pese a sus buenas intenciones, el emperador no contó con el apoyo del pueblo, partidario de la República, y este intento fracasó trágicamente en 1867.

En el campo de la cultura, México al iniciar su vida nacional hallóse ante una población iletrada e ignorante. Si bien existían establecimientos de alta cultura muy relevantes y una élite inteligente y preparada, era necesario llevar los beneficios intelectuales a la mayoría. La instrucción pública, en su mayor parte en manos de la Iglesia, estaba atrasada y no cumplía con el propósito de crear un sentimiento nacional, indispensable al estado en formación. Por ello era menester arrancar de las manos del clero ese medio tan formidable de transformación.

El Partido del Progreso, cuyas ideas imperaron finalmente, planteó una serie de reformas educativas que con retardos y fallas, muy explicables en un país convulsionado por continuas revueltas, ha hecho progresar a México. En esta labor, indispensable y necesarísima, se han conjugado los esfuerzos de todos los mexicanos, quienes han aportado a la cultura nacional los frutos de su ingenio en el campo de las ciencias y de las humanidades. Los grandes proyectos educativos de Alamán, Mora, Baranda, Lares, Barreda, Sie-

Fusilamiento de Maximiliano I de México y de los generales Miramón y Mejía, por Manet (Kunsthalle, Mannheim).



PROGRAMA DEL PARTIDO LIBERAL

Después de más de treinta años de dirigir al país, éste se cansó de la dictadura paternalista del general Porfirio Díaz y de grandes desequilibrios económico-sociales existentes. Los opositores al régimen de Díaz, encabezados por Ricardo Flores Magón y agrupados dentro del Partido Liberal, elaboraron el año 1906 el programa del Partido Liberal, que condensa su ideario en el terreno político, social y económico. Es de advertir que muchos de sus postulados se incorporarían en la Constitución de 1917.

1. Reducción del período presidencial a cuatro años.
2. Supresión de la reelección para el presidente y los gobernadores de los estados. Estos funcionarios sólo podrán ser nuevamente electos hasta después de dos períodos del que desempeñaron.
3. Inhabilitación del vicepresidente para desempeñar funciones legislativas o cualquier otro cargo de elección popular, y autorización al mismo para llenar un cargo conferido por el Ejecutivo.
4. Supresión del servicio militar obligatorio y establecimiento de la Guardia Nacional. Los que presten sus servicios en el ejército permanente lo harán libre y voluntariamente. Se revisará la ordenanza militar, para suprimir de ella lo que se considere opresivo y humillante para la dignidad del hombre, y se mejorarán los haberes de los que sirvan en la Milicia Nacional.
5. Reformar y reglamentar los artículos 6.º y 7.º constitucionales, suprimiendo las restricciones que la vida privada y la paz pública ımponen a las libertades de palabra y de prensa, y declarando que sólo se castigarán en este sentido la falta de verdad que entrañe dolo, el chantaje, y las violaciones de la ley en lo relativo a la moral.
6. Abolición de la pena de muerte, excepto para los traidores a la patria.
7. Agravar la responsabilidad de los funcionarios públicos, imponiendo severas penas de prisión para los delincuentes.
8. Restituir a Yucatán el territorio de Quintana Roo.
9. Supresión de los tribunales militares en tiempo de paz.
10. Multiplicación de escuelas primarias, en tal escala que queden ventajosamente suplidos los establecimientos de instrucción que se clausuren por pertenecer al clero.
11. Obligación de impartir enseñanza netamente laica en todas las escuelas de la República, sean del gobierno o particulares, declarándose la responsabilidad de los directores que no se ajusten a este precepto.
12. Declarar obligatoria la instrucción hasta la edad de catorce años, quedando al gobierno el deber de impartir protección, en la forma que le sea posible, a los niños pobres que por su miseria pudieran perder los beneficios de la enseñanza.
13. Pagar buenos sueldos a los maestros de instrucción primaria.
14. Hacer obligatoria para todas las escuelas de la República la enseñanza de los rudimentos de artes y oficios y la instrucción militar, y prestar preferentemente atención a la instrucción cívica, que tan poco atendida es ahora.
15. Prescribir que los extranjeros, por el solo hecho de adquirir bienes raíces, pierden su nacionalidad primitiva y se hacen ciudadanos mexicanos.
16. Prohibir la inmigración china.
17. Los templos se consideran como negocios mercantiles, quedando, por tanto, obligados a llevar contabilidad y pagar las contribuciones correspondientes.
18. Nacionalización, conforme a las leyes, de los bienes raíces que el clero tiene en poder de testaferros.
19. Agravar la pena de las Leyes de Reforma que señalan para los infractores de las mismas.
20. Supresión de las escuelas regentadas por el clero.
21. Establecer un máximo de ocho horas de trabajo y un salario mínimo en la proporción siguiente: un peso para la generalidad del país, en que el promedio de los salarios es inferior al citado, y de más de un peso para aquellas regiones en que la vida es más cara y en las que este salario no bastaría para salvar de la miseria al trabajador.
22. Reglamentación del servicio doméstico y del trabajo a domicilio.
23. Adoptar medidas para que con el trabajo a destajo los patronos no burlen la aplicación del tiempo máximo y salario mínimo.
24. Prohibir en lo absoluto el empleo de niños menores de catorce años.
25. Obligar a los dueños de minas, fábricas, talleres, etc., a mantener las mejores condiciones de higiene en sus propiedades y a guardar los lugares de peligro en un estado que preste seguridad a la vida de los operarios.
26. Obligar a los patronos o propietarios rurales a dar alojamiento higiénico a los trabajadores cuando la naturaleza del trabajo de éstos exija que reciban albergues de dichos patronos o propietarios.
27. Obligar a los patronos a pagar indemnización por accidentes del trabajo.
28. Declarar nulas las deudas actuales de los jornaleros del campo para con los amos.
29. Adoptar medidas para que los dueños de tierras no abusen de los medieros.
30. Obligar a los arrendadores de campos y casas que indemnicen a los arrendatarios de sus propiedades por las mejoras necesarias que dejen en ellas.
31. Prohibir a los patronos, bajo severas penas, que paguen al trabajador de cualquier otro modo que no sea con dinero efectivo; prohibir y castigar que se impongan multas a los trabajadores o se les hagan descuentos de su jornal o se retarde el pago de la raya por más de una semana o se niegue al que se separe del trabajo el pago inmediato de lo que tiene ganado; suprimir las tiendas de raya.
32. Obligar a todas las empresas o negociaciones a no ocupar entre sus empleados y trabajadores sino una minoría de extranjeros. No permitir en ningún caso que trabajos de la misma clase se paguen peor al mexicano que al extranjero en el mismo establecimiento, o que a los mexicanos se les pague en otra forma que a los extranjeros.
33. Hacer obligatorio el descanso dominical.
34. Los dueños de tierras están obligados a hacer productivas todas las que posean; cualquier extensión de terreno que el poseedor deje improductiva la recobrará el estado y la empleará conforme a los artículos siguientes.
35. A los mexicanos residentes en el extranjero que lo soliciten los repatriará el gobierno pagándoles los gastos de viaje y les proporcionará tierra para su cultivo.
36. El estado dará tierras a quienquiera que lo solicite, sin más condición que dedicarlas a la producción agrícola y no venderlas. Se fijará la extensión máxima de terreno que el estado pueda ceder a una persona.
37. Para que este beneficio no sólo aproveche a los pocos que tengan elementos para el cultivo de las tierras, sino también a los pobres que carezcan de estos elementos, el estado creará o fomentará un Banco Agrícola, que hará a los agricultores pobres préstamos con poco rédito y redimibles a plazos.
38. Abolición del impuesto sobre capital moral y del de capacitación, quedando encomendado al gobierno el estudio de los mejores medios para disminuir el impuesto del Timbre hasta que sea posible su completa abolición.
39. Suprimir toda contribución para capital menor de 100 pesos, exceptuándose de este privilegio los templos y otros negocios que se consideren nocivos y que no deben tener derecho a las garantías de las empresas útiles.
40. Gravar el agio, los artículos de lujo, los vicios, y aligerar de contribuciones los artículos de primera necesidad. No permitir que los ricos ajusten igualas con el gobierno para pagar menos contribuciones que las que les imponga la ley.
41. Hacer práctico el juicio de amparo, simplificando los procedimientos.
42. Restitución de la Zona Libre.
43. Establecer la igualdad civil para todos los hijos de un mismo padre, suprimiendo las diferencias que hoy establece la ley entre legítimos e ilegítimos.
44. Establecer, cuando sea posible, colonias penitenciarias de regeneración, en

lugar de cárceles y penitenciarías en que hoy sufren el castigo los delincuentes.

45. Supresión de los jefes políticos.

46. Reorganización de los municipios que han sido suprimidos y robustecimiento del poder municipal.

47. Medidas para suprimir o restringir el agio, el pauperismo y la carestía de los artículos de primera necesidad.

48. Protección a la raza indígena.

49. Establecer lazos de unión con los países latinoamericanos.

50. Al triunfar el Partido Liberal, se confiscarán los bienes de los funcionarios enriquecidos bajo la dictadura actual y lo que se produzca se aplicará al cumplimiento del capítulo de Tierras –especialmente a restituir a los yaquis, mayas y otras tribus, comunidades o individuos, los terrenos de que fueron despojados– y al servicio de la amortización de la Deuda nacional.

51. El primer Congreso Nacional que funcione después de la caída de la dictadura anulará todas las reformas hechas a nuestra Constitución por el gobierno de Porfirio Díaz; reformará nuestra Carta Magna, en cuanto sea necesario para poner en vigor este programa; creará las leyes que sean necesarias para el mismo objeto; reglamentará los artículos de la Constitución y de otras leyes que lo requieran, y estudiará todas aquellas cuestiones que considere de interés para la patria, ya sea que estén anunciadas o no en el presente programa, y reforzará los puntos que aquí constan, especialmente en materia de Trabajo y Tierra.

E. T. V.

rra, Vasconcelos, Caso, han propiciado una transformación cultural muy importante. Las campañas de alfabetización iniciadas por Vasconcelos y continuadas por Torres Bodet y Yáñez han tratado de elevar a los grandes núcleos de población, capacitándolos tanto para llevar una vida mejor como para proseguir estudios superiores. El establecimiento de instituciones como la Universidad Nacional Autónoma y el Instituto Politécnico Nacional encauzan a una juventud cada vez más numerosa por el cultivo de las ciencias, las humanidades y la tecnología. Universidades estatales, institutos de alta cultura oficiales y privados coadyuvan a elevar el nivel intelectual de los mexicanos. El Colegio Nacional y el Seminario de Cultura Mexicana, integrados por los hombres de estudio más destacados, difunden el saber por todo el país.

Si ante la ruptura con la metrópoli absorbimos la cultura francesa que modeló nuestros gustos y sensibilidad, y con el desarrollo material y técnico hemos aprovechado los modelos anglosajones, a partir de la revolución mexicana de 1910 revaloramos nuestra doble herencia cultural y tratamos de ser leales a nuestro propio espíritu, al influjo que el ser mestizo produce. La novela de la revolución muestra una fase de ese desarrollo, pero junto a ella un arte que, sin desechar la propia naturaleza, se nutre de las esencias universales más amplias y actuales ha hecho surgir poetas como Ramón López Velarde, Salvador Díaz Mirón, Enrique González Martínez, José Gorostiza; pensadores como José Vasconcelos y Antonio Caso; escritores como Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, Agustín Yáñez, Octavio Paz, Rodolfo Usigli; científicos como Ignacio Chávez, Manuel Sandoval Vallarta, Guillermo Haro, Carlos Graef Fernández; músicos como Julián Carrillo, Manuel M. Ponce, Carlos Chávez y Silvestre Revueltas; pintores como Diego Rivera, José Clemente Orozco, Rufino Tamayo, David Alfaro Siqueiros; antropólogos como Manuel Gamio y Alfonso Caso; humanistas como Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, Ángel María Garibay K., y cultores de numerosas disciplinas, todos los cuales muestran como el genio, la dedicación y la vocación, unidos y conjugados en un esfuerzo de superación, son capaces de elevar la dignidad y el valor cultural de una nación.

A grandes rasgos, tal es el desarrollo de México de 1821 a 1972.

Benito Juárez, por Pelegrín Clavé (Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, México). Estadista de origen humilde, llegó a presidente de la República por su propio esfuerzo. Reelegido, suspendió el pago de la deuda extranjera, lo que motivó que Francia, secundada por Inglaterra y España, enviara un cuerpo expedicionario, del que pronto estas dos últimas naciones retiraron sus tropas. Juárez continuó la lucha y acabó por apoderarse de Maximiliano I y fusilarlo.



Hemiciclo erigido a la memoria de Benito Juárez en la ciudad de México.



Porfirio Díaz, por J. Cusachs (Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, México). En el último período de su mandato, la pretensión de presentarse a la reelección aglutinó todas las oposiciones, encabezadas por Francisco I. Madero, y le obligaron a firmar el convenio de Ciudad Juárez, por el que se comprometía a abandonar el país. Con la oposición a Porfirio Díaz comenzó en México el período de la Revolución.



I. LA REFORMA

"La Reforma en México –afirma Francisco Zarco– no es un problema de la casualidad, inexplicable como un terremoto o la caída de un asteroide; es la obra de la revolución, es decir, el resultado de un trabajo lento, constante y concienzudo, cuya realización estaba en las aspiraciones del pueblo, cansado de su malestar, y en la convicción íntima y profunda de las buenas inteligencias que anhelaban la felicidad de la patria... Las ideas de reforma no son una novedad: son, sí, la tradición constante del partido liberal en la República, han tenido sus apóstoles y sus mártires, y la Reforma es la consumación de esfuerzos bien visibles en 1828 y en 1833, en la época de la asonada de los polkos, en los debates del Congreso Constituyente y en la adhesión del pueblo a las instituciones. La reforma estaba en germen en la Constitución de 1857; era el voto de la opinión..."

Efectivamente, la Reforma en México es un proceso cuyos orígenes se insertan en las ideas liberales de la Europa ilustrada y el cual se desarrolla en un lapso de cerca de cincuenta años, pues se inicia, ya con precisión,

hacia 1822 y termina en 1874, cuando se emiten las últimas disposiciones reformistas transformadoras de la educación y del régimen jurídico mexicano. En el año 1833, habiéndose confiado la vicepresidencia de la República a don Valentín Gómez Farías, el Partido del Progreso, como se denominó al de tendencia liberal, elaboró un ideario cuyos puntos esenciales fueron los siguientes: "Absoluta libertad de opiniones y supresión de las leyes represivas de la prensa; abolición de los privilegios del clero y de la milicia; supresión de las instituciones monásticas y de todas las leyes que atribuyen al clero el conocimiento, clasificación y consolidación de la Deuda pública; medidas para dar término y reparar la bancarrota de la propiedad territorial, aumentando el número de propietarios territoriales y otorgando auxilio a las clases indigentes; destrucción del monopolio del clero en la educación pública;



Detención del presidente Madero por el general Aureliano Blanquet a la salida del Palacio Presidencial. Madero, elegido presidente tras la marcha de Porfirio Díaz, gobernó poco tiempo, pues contó con enemigos políticos auspiciados por el embajador norteamericano, quienes planearon su asesinato y lo ejecutaron.

LA REFORMA AGRARIA DE MEXICO

GUERRA CIVIL Y REFORMA AGRARIA

Tras la caída de Porfirio Díaz, Francisco Madero alcanza la presidencia con un programa puramente político –"Sufragio efectivo, no reelección", era su lema–. Inmediatamente se sublevaron contra él los campesinos acaudillados por Zapata: "Que el señor Madero y con él todo el mundo sepa que no depondremos las armas hasta que los ejidos de nuestros pueblos nos hayan sido restaurados, hasta que se nos devuelvan las tierras que los hacendados nos robaron durante la dictadura de Porfirio Díaz, cuando la justicia estaba sujeta a su capricho". La decisión de Madero de sofocar la rebelión desencadena una larga guerra civil, que sólo concluirá en 1920 con la muerte de los principales dirigentes campesinos y la adopción de sus reivindicaciones por el presidente Álvaro de Obregón.

EL PROCEDIMIENTO DE LA REFORMA AGRARIA (1920-1934)

La Reforma se justifica como la devolución a los pueblos de aquellas propiedades pertenecientes a sus ejidos que les han sido arrebatadas en el transcurso de los años y cuya posesión deben acreditar documentalmente.

Los pueblos que no hayan tenido nunca propiedades comunales pueden reclamar al gobierno una asignación de tierras, para constituirlas como tales.

En ambos casos, la Reforma implica la expropiación de los terratenientes, a quienes se les permite, sin embargo, conservar y elegir una parte de sus tierras y para los que en principio se prevén ciertas indemnizaciones.

Una vez constituido el ejido, las tierras de pastoreo, los bosques y el agua para el riego quedan como propiedad colectiva, pero las tierras cultivables pueden ser divididas en lotes individuales y atribuidas a los habitantes del pueblo que lleven no menos de seis meses residiendo en él y sean de nacionalidad mexicana.

El ejidatario tiene el usufructo de su parcela, que puede transmitir a sus herederos, pero en modo alguno dividir, hipotecar, vender o abandonar.

EL DESARROLLO DE LA REFORMA AGRARIA

Esta fórmula legalista, continuamente obstaculizada por la ignorancia de los campesinos, la escasez y falta de preparación de los funcionarios que debían asesorarles y los recursos judiciales dejados en manos de los terratenientes, motiva la extremada lentitud de la Reforma y la decepción paulatina de sus dirigentes.

Será Lázaro Cárdenas, presidente entre 1934 y 1940, quien relance el programa agrario. El 49 % de las tierras repartidas entre 1915 y 1956 lo fue en estos años. Cárdenas consolidó también el sistema de ejidos creando el Banco Nacional de Crédito Ejidal, destinado a proveer a la agricultura comunal de los capitales y la asistencia técnica necesaria.

Después de Cárdenas y una vez quebrantado el poder político de las aristocracias agrarias, el gobierno mexicano plantea la Reforma Agraria, menos como una reforma social que como una reforma en pro de la modernización de las técnicas agrícolas y el aumento de la productividad.

PLAN DE AYALA

Uno de los documentos revolucionarios de mayor trascendencia es el Plan de Ayala, suscrito por el caudillo Emiliano Zapata y el cual tiende a la recuperación de la tierra por los campesinos.

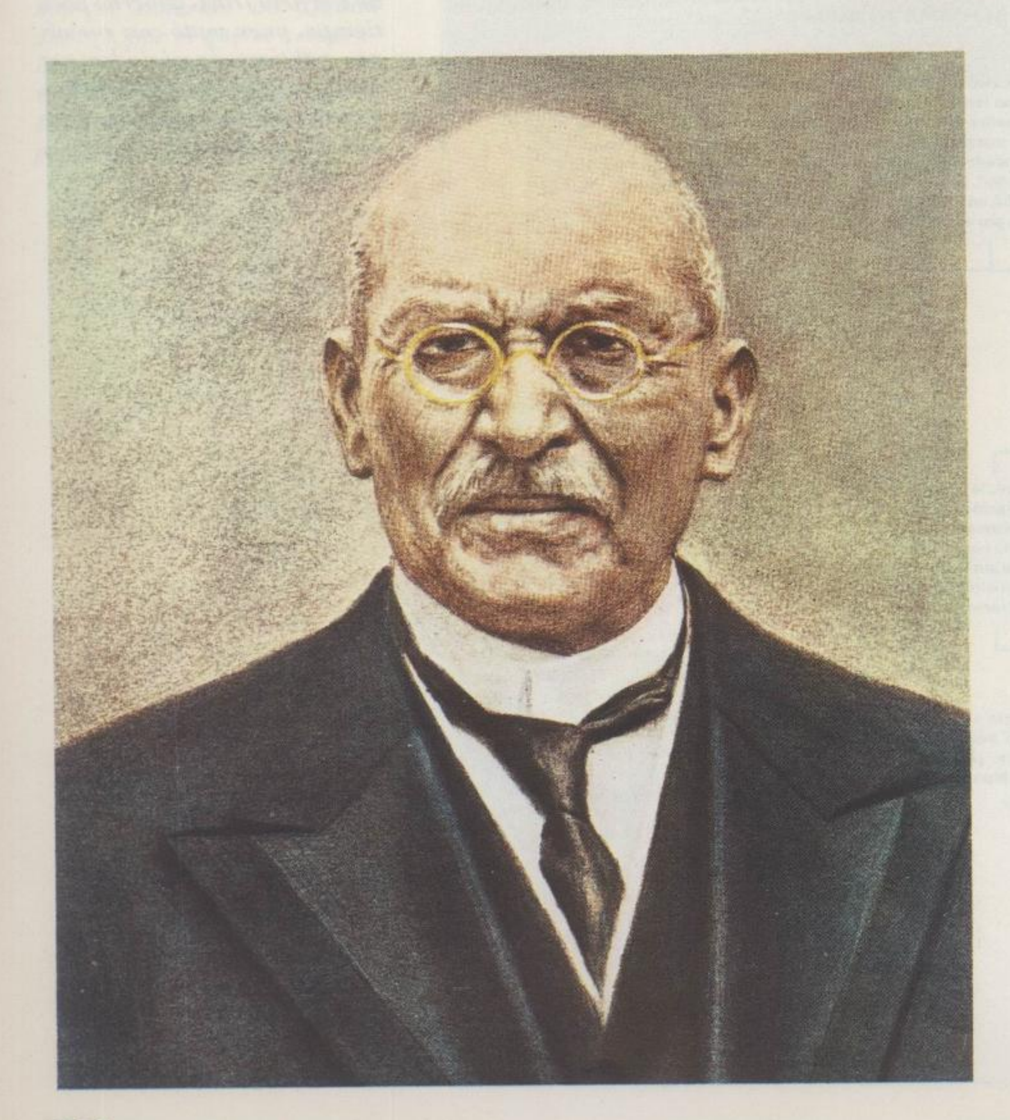
Teniendo en consideración que el pueblo mexicano, acaudillado por don Francisco I. Madero, fue a derramar su sangre para reconquistar libertades y reivindicar derechos conculcados y no para que un hombre se adueñara del poder, violando los sagrados principios que juró defender bajo el tema de "Sufragio efectivo y no reelección"... Teniendo también en cuenta que el supradicho señor don Francisco I. Madero, actual presidente de la República, trata de eludirse del cumplimiento de las promesas que hizo a la nación en el plan de San Luis Potosí... Teniendo igualmente en consideración que el presidente de la República, Francisco I. Madero, ha hecho del sufragio efectivo una sangrienta burla al pueblo, ya imponiendo contra la voluntad del mismo pueblo, en la vicepresidencia de la República, al licenciado don José María Pino Suárez, o ya a los gobernadores de los estados...

Se desconoce como jefe de la Revolución al señor Francisco I. Madero y como presidente de la República, por las razones que antes se expresan, procurándose el derrocamiento de este funcionario. Se reconoce como jefe de la Revolución Libertadora al C. general Pascual Orozco, segundo del caudillo don Francisco I. Madero, y, en caso de que no acepte este delicado puesto, se reconocerá como jefe de la Revolución al general Emiliano Zapata...

Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal entrarán en posesión de esos bienes inmuebles, desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos, correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance, con las armas en la mano, la mencionada posesión...

En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura, por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por esta causa, se expropiarán, previa indemnización, de la tercera parte de esos monopolios a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos. A los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan se les nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos correspondan se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en las luchas del presente Plan...

E. T. V.



abolición de la pena de muerte y defensa del territorio mediante el establecimiento de colonias en la frontera".

Estos principios, que empezaron a cristalizar en una serie de medidas legales, no pudieron ser llevados a su culminación en virtud de la oposición que encontraron entre los grupos conservadores, los terratenientes, el clero y la milicia.

Va a corresponder a los hombres de otra generación, veinticinco años más tarde, después de 1854, cuando llega a su fin el predominio de Santa Anna, el reiniciar un vasto plan de reformas ajustadas a las necesidades del país. Estas reformas, que van a requerir varios años para realizarse, comprenderán problemas tan vastos como la distribución de la propiedad territorial, la organización de la educación nacional, la formulación de la legislación esencial para su pleno desenvolvimiento jurídico, la cual se inicia con la elaboración de la Constitución liberal del año 1857; la separación de la Iglesia y del estado y delimitación de sus funciones, etc.

Las principales disposiciones reformistas, conocidas como Leyes de Reforma, emitidas a partir de 1855, al triunfo de la revolución

Victoriano Huerta, uno de los principales políticos mexicanos que actuaron contra Madero (Biblioteca Nacional, París).

de Ayutla, son las siguientes: Ley sobre administración de Justicia y Orgánica de los tribunales de la nación, del distrito y territorios, de 23 de noviembre de 1855, llamada Ley Juárez; Ley de desamortización de fincas rústicas y urbanas propiedad de las corporaciones civiles y religiosas o Ley Lerdo, de 25 de junio de 1856; Ley que estableció el registro civil, de 27 de enero de 1857; Ley que regula el uso de los cementerios, de 30 de enero de 1858; Ley que regula las obvenciones parroquiales, de 11 de abril de 1858, o Ley Iglesias. Como corolario lógico de ellas se promulga, el 5 de febrero de 1857, la Constitución que incorpora las disposiciones reformistas.

Después de ella, reafirmado el grupo liberal en el poder, emítense otras, como la Ley de nacionalización de los bienes del clero secular y regular, de 12 de julio de 1859; la Ley sobre el matrimonio civil, de 23 de julio de 1859; la Ley del registro civil, de 28 de julio de 1859; la Ley sobre libertad de cultos, de 4 de diciembre de 1860; la Ley de secularización de hospitales y establecimientos de beneficencia, de 2 de febrero de 1861; la Ley que extinguió las comunidades de religiosas, de 26 de febrero de 1863; la Ley de 25 de septiembre de 1873 sobre adiciones y reformas a la Constitución, y la Ley reglamentaria de 14 de diciembre de 1874. Con un total de 174, muchas de ellas referentes a la reforma educativa, como las que crearon la Biblioteca Nacional, la Escuela Nacional de Ingenieros, la Escuela Nacional Preparatoria de 1867; la Ley Orgánica de la Instrucción Pública del Distrito Federal, del 2 de diciembre de 1867, y la emitida ya por Justo Sierra en octubre de 1887. En el campo del derecho elaboráronse, bajo las más modernas normas jurídicas, los importantes Código Civil de 1870 y el Penal de 1871. Toda esta vasta legislación, mucha de la cual ha perdurado hasta hoy día, muestra el anhelo de los hombres reformistas de México por hacer caminar a su patria por las rutas más eficientes del progreso y la modernidad.

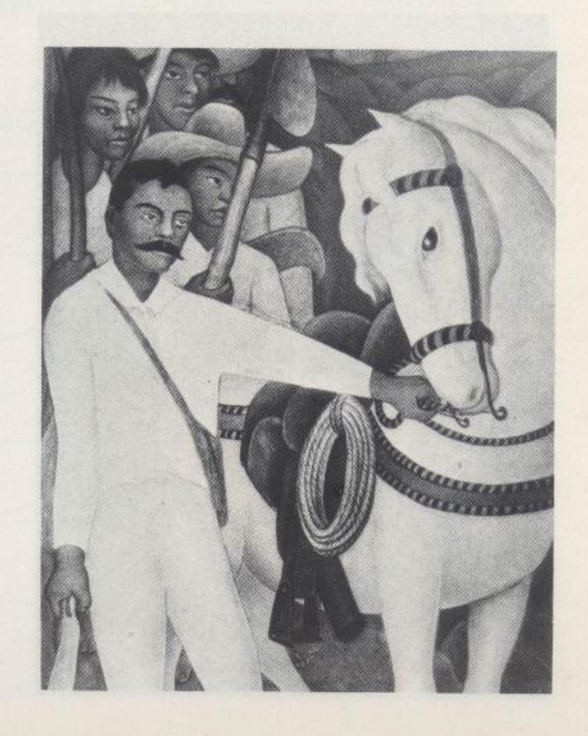
II. LA REVOLUCIÓN

Hacia el año 1910, México había adquirido un desarrollo material considerable bajo un régimen que trataba de mantener la paz a toda costa. Obras públicas de consideración: ferrocarriles, saneamiento y urbanización de las ciudades, construcciones portuarias y solemnes edificios gubernamentales de tipo funcional. La economía era sólida, la Hacienda pública estaba saneada y por vez primera acusaba superávit. México iniciaba su industrialización a base principalmente de



capital extranjero, sobre todo norteamericano e inglés, que no tomaba en consideración la situación de los trabajadores.

Frente a este panorama, en el campo existía una profunda desigualdad: el latifundismo había llegado a sus más graves expresiones; los campesinos sufrían dura servidumbre; endeudados y sometidos a un régimen de peonaje, hundíanse día tras día en la mayor miseria. Al lado de los latifundios de Terrazas, que poseía 1.966.184 ha; el de Palomas, de 893.000 ha; el de Huller y Co., en Baja California, con 5.395.000; el de la Garza, de 4.500.000 en Coahuila, había miles de comunidades que no poseían ni un solo me-



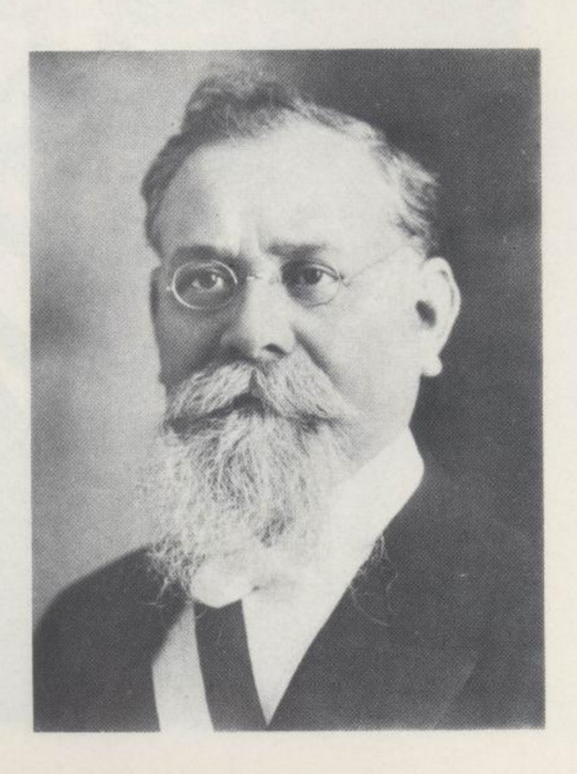
Emiliano Zapata, por Diego Rivera (Palacio de Cortés, Cuernavaca). Este caudillo agrarista combatió a Huerta en los estados del Sur. No quiso someterse a Carranza y murió asesinado.



Revolucionarios mexicanos representados por Alfaro Siqueiros en la sala de la Revolución (Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, México).

tro para cultivar, lo que obligaba a sus habitantes a contratarse como peones en las haciendas o acudir a las ciudades en busca de trabajo, aumentando el proletariado urbano.

La situación de los obreros no era tampoco nada favorable. Agobiados por largas horas de trabajo en condiciones insalubres o peligrosas, recibían en compensación salarios raquíticos y no gozaban de beneficio social alguno ni de protección jurídica.



Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, que aglutinó a su alrededor a los numerosos descontentos de la ola de violencias y crímenes del gobierno Huerta.

Políticamente, los mexicanos estaban fatigados de la inexistencia de derechos cívicos y de la presencia de infinitos caciques en todos los rincones del país, que los explotaban y maltrataban.

Ante este estado de cosas, la oposición al régimen organizó grupos o clubes liberales en las principales ciudades de México. A partir de 1900, dirigentes como Camilo Arriaga, Diodoro Batalla, Antonio Díaz Soto y Gama, Librado Rivera, Ricardo y Enrique Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Juan Sarabia y otros más realizan una intensa actividad política que les valió persecusiones y destierros, pero que despertó la conciencia cívica de los mexicanos. En periódicos como *El Renacimiento, El Demócrata, El Hijo del Ahuizote, Regeneración,* y muchos más, se plantearon a la opinión pública las ideas de una transformación total del país.

En el año 1906 se produjo la huelga de los trabajadores de Cananea, Sonora, quienes exigían la destitución de un cruel capataz, salario de cinco pesos, jornada de ocho horas, mejor trato y posibilidades de ascenso. Como su petición fuera desechada por los gerentes extranjeros, los obreros organizaron una manifestación que fue disuelta a tiros por los guardias yanquis de la empresa. Al año siguiente, en Río Blanco, Veracruz, los obreros textiles fueron agredidos por tropas federales, con un saldo sangriento.

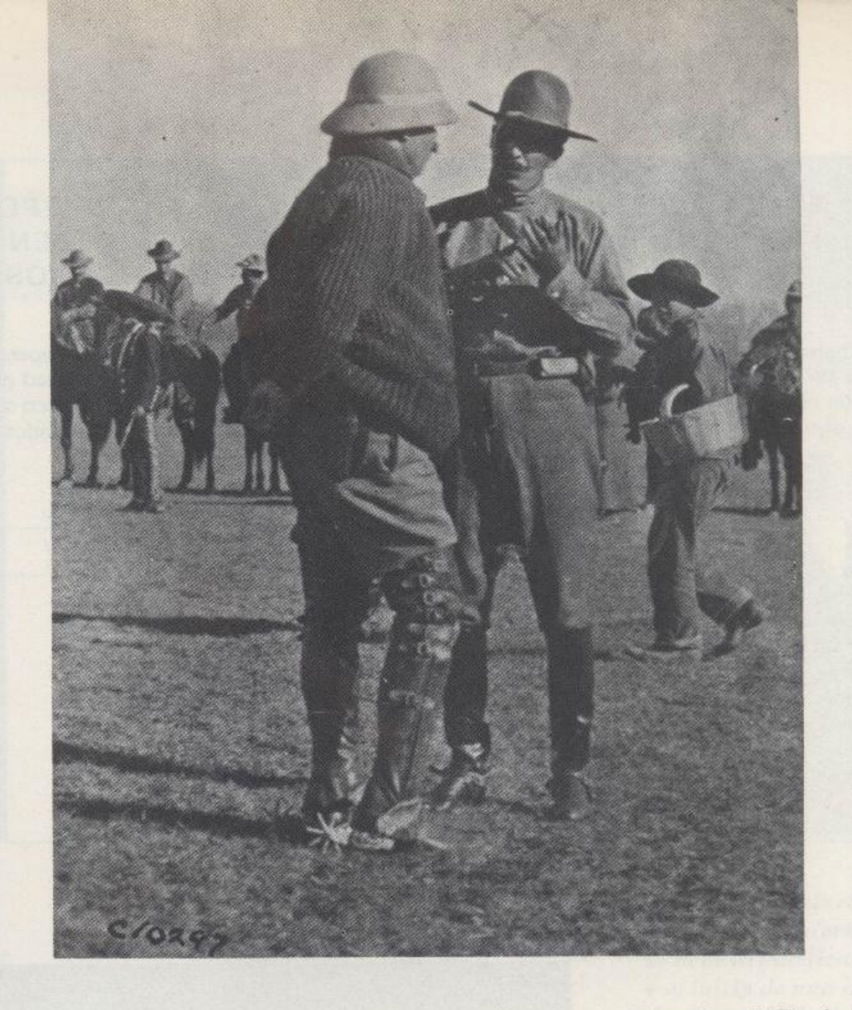
A partir de esos años surgen huelgas y brotes rebeldes en diversas regiones del país. El año 1910, Francisco I. Madero, hombre idealista y sincero, publicó su libro *La sucesión presidencial,* que conmovió aún más al pueblo, que esperaba que las vías democráticas se abrieran para cambiar el régimen imperante. Madero lanzóse a la lucha política con la bandera "Sufragio efectivo, no reelección", enfrentándose al presidente Díaz, que había aceptado presentarse nuevamente para el período 1910-1914, llevando como vicepresidente a Ramón Corral. Ante el fraude electoral que el gobierno cometió, no quedó a los partidarios de Madero otro recurso que lanzarse a la rebelión en contra del régimen de Díaz. A través del Plan de San Luis Potosí, del 5 de octubre de 1910, Madero (el cual describe la angustiosa situación del país, las vejaciones y atropellos sufridos) desconoce a las autoridades y asume provisionalmente la presidencia, en tanto el pueblo designaba libremente a sus dirigentes conforme a la ley. Señaló el 30 de noviembre para que el presidente Díaz abandonase el poder y fijó el día 20 de noviembre para el inicio de la rebelión.

El 20 de noviembre, en Puebla, fue atacada por fuerzas del gobierno la casa de Aquiles Serdán, quien falleció en el ataque, y du-

rante ese mismo mes sugieron brotes rebeldes encabezados por Pascual Orozco, Francisco Villa, Maclovio Herrera, Guillermo Baca, Eulalio y Luis Gutiérrez, entre otros muchos. A principios de 1911, los grupos revolucionarios eran numerosos, pues Emiliano Zapata atraía importantes núcleos campesinos en el Sur.

Ante el empuje de las fuerzas revolucionarias, que tomaron importantes poblaciones, el general Díaz pactó el 17 de mayo de 1911 el Convenio de Ciudad Juárez, mediante el cual se comprometía a abandonar el país, dejando el poder en manos del licenciado Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones, quien convocaría elecciones. El 25 de mayo, el general Díaz renunció y el día 26 salió rumbo a Veracruz. Allí embarcó para Europa, donde fallecería.

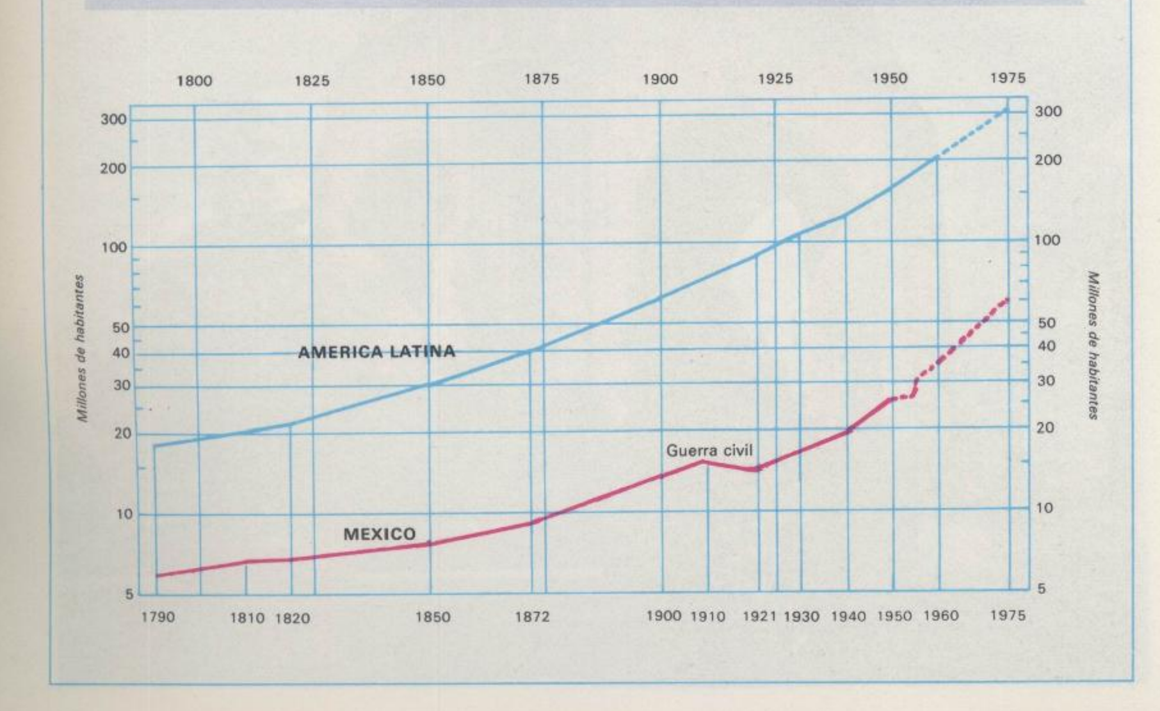
Convocado el pueblo a elecciones, éste eligió unánimemente a Madero presidente y como vicepresidente a José María Pino Suárez. Su gobierno, erizado de dificultades, que los adversarios y aun los revolucionarios le plantearon, fue de corta duración. Enemigos políticos de él, confabulados con militares



Francisco Villa (a la izquierda), revolucionario que ayudó eficazmente a Carranza contra Huerta, pero que después no se avino con el nuevo presidente y fue combatido por el general Obregón. Murió asesinado en el año 1923.

LA EVOLUCION DE LA POBLACION MEXICANA
(según Chaume, 1960)

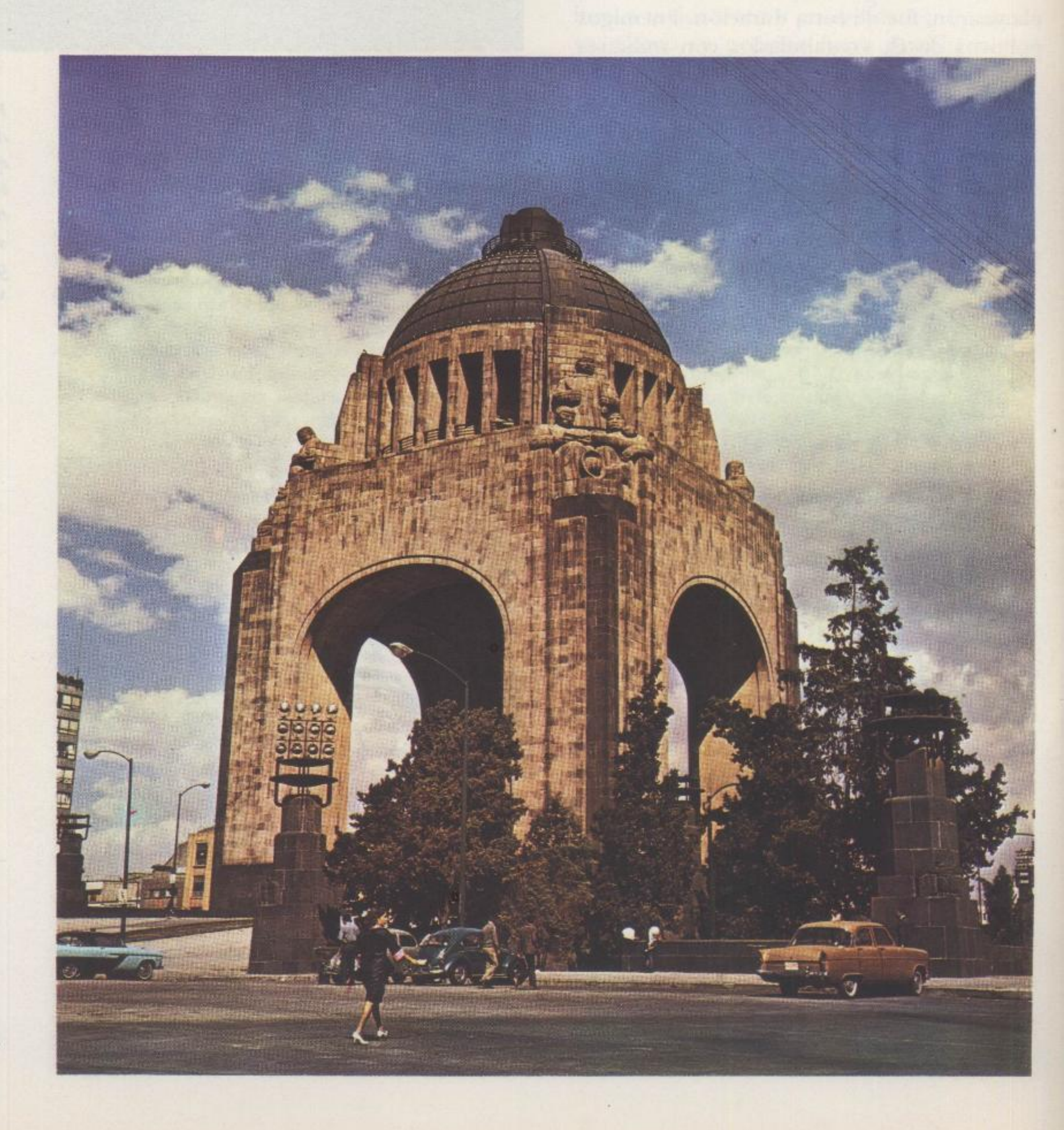
En el siglo XIX, la población mexicana ha seguido una evolución semejante a la de toda América latina. Entre 1850 y 1910, coincidiendo con un período de estabilidad y progreso económico, el número de habitantes de México se multiplica por dos. La guerra civil, con sus graves pérdidas demográficas –más de dos millones de muertos– y la penuria posterior –débil crecimiento hasta 1940–, representa una divergencia pasajera entre ambas curvas. En 1950, México alcanza y supera el ritmo de incremento de la población de América latina, convirtiéndose, con América central, en la zona del mundo donde la población crece con mayor rapidez. Las previsiones señalan para 1980 una población de 60 millones de habitantes en México.



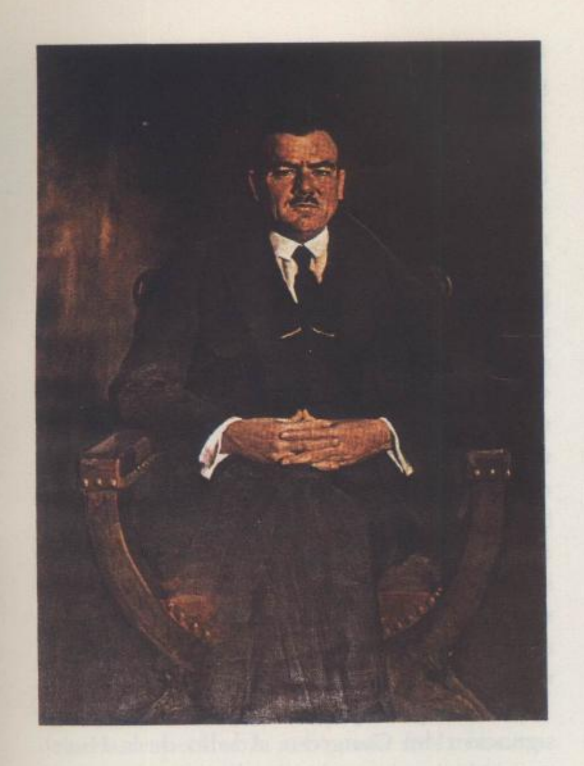
NUMERO DE PERSONAS EN EDADES NO ACTIVAS POR CADA CIENTO ENTRE LOS 15 Y LOS 69 AÑOS, SEPARADAS POR RESIDENCIA URBANA O RURAL EN LOS PAISES DE CENTROAMERICA Y OTROS SELECCIONADOS

En los países que presentan elevadas tasas de natalidad, la proporción de personas dependientes o que no se hallan en edad de trabajar –menos de 15 años, más de 70– aparece engrosada en relación con los grupos de edad potencialmente activos. El mantenimiento de la población no trabajadora es entonces una pesada carga y amenaza el equilibrio económico del país. Por cada cien personas en edad productiva, se encuentran en México 78 que necesitan ser sostenidas por las primeras. En Estados Unidos, la relación es de 53 por cada 100.

País	Total			Rural			Urbana		
	Menos de 15	70 y más	Total	Menos de 15	70 y más	Total	Menos de 15	70 y más	Total
Costa Rica	77	3	80	87	3	90	62	4	66
El Salvador	72	3	75	79	3	82	61	4	65
Guatemala	75	3	78	80	3	83	62	3	65
Honduras	71	4	75	—	—	—	—	—	—
Nicaragua	79	3	82	85	3	88	69	5	74
Panamá	74	3	77	87	4	91	56	3	59
México	74	4	78	—	—	—	—	—	—
Estados Unidos	45	8	53	54	9	63	40	8	48



Monumento a la Revolución, en la ciudad de México.





sanguinarios y ambiciosos encabezados por Victoriano Huerta y Félix Díaz, y auspiciados por el embajador norteamericano Henry Lane Wilson, planearon el asesinato de Madero y de Pino Suárez, a quienes habían obligado a renunciar previamente, y les dieron muerte el 22 de febrero de 1913.

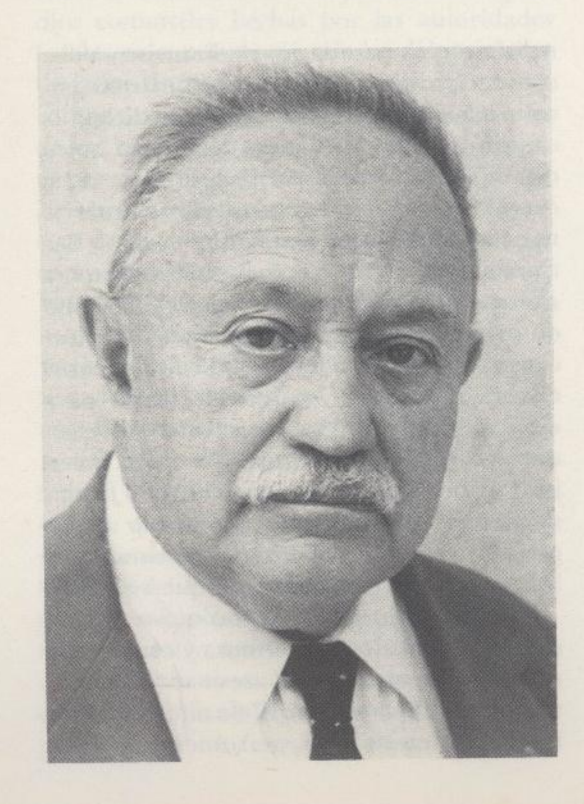
El sacrificio del presidente Madero y de José María Pino Suárez volvió a encender la guerra civil. Emiliano Zapata, que luchaba en los estados de Puebla, Morelos y Guerrero para hacer valederos los postulados del Plan de Ayala, prosiguió su campaña con mayor decisión en contra del usurpador. En el Norte, Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, apoyado por valientes revolucionarios, desconoce (a través del Plan de Guadalupe, de 26 de marzo de 1913) a Huerta, crea el ejército constitucionalista, a cuya cabeza queda Carranza con el título de primer jefe, encargado de convocar elecciones tan pronto como se consolidara la paz.

A Venustiano Carranza se unieron Manuel M. Diéguez, Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón, Benjamín Hill, Salvador Alvarado, Adolfo de la Huerta, Francisco Villa y muchísimos más, los cuales, indignados por la muerte de Madero y la ola de violencias y crímenes del gobierno de Huerta, envolvieron al país en un poderoso movimiento revolucionario.

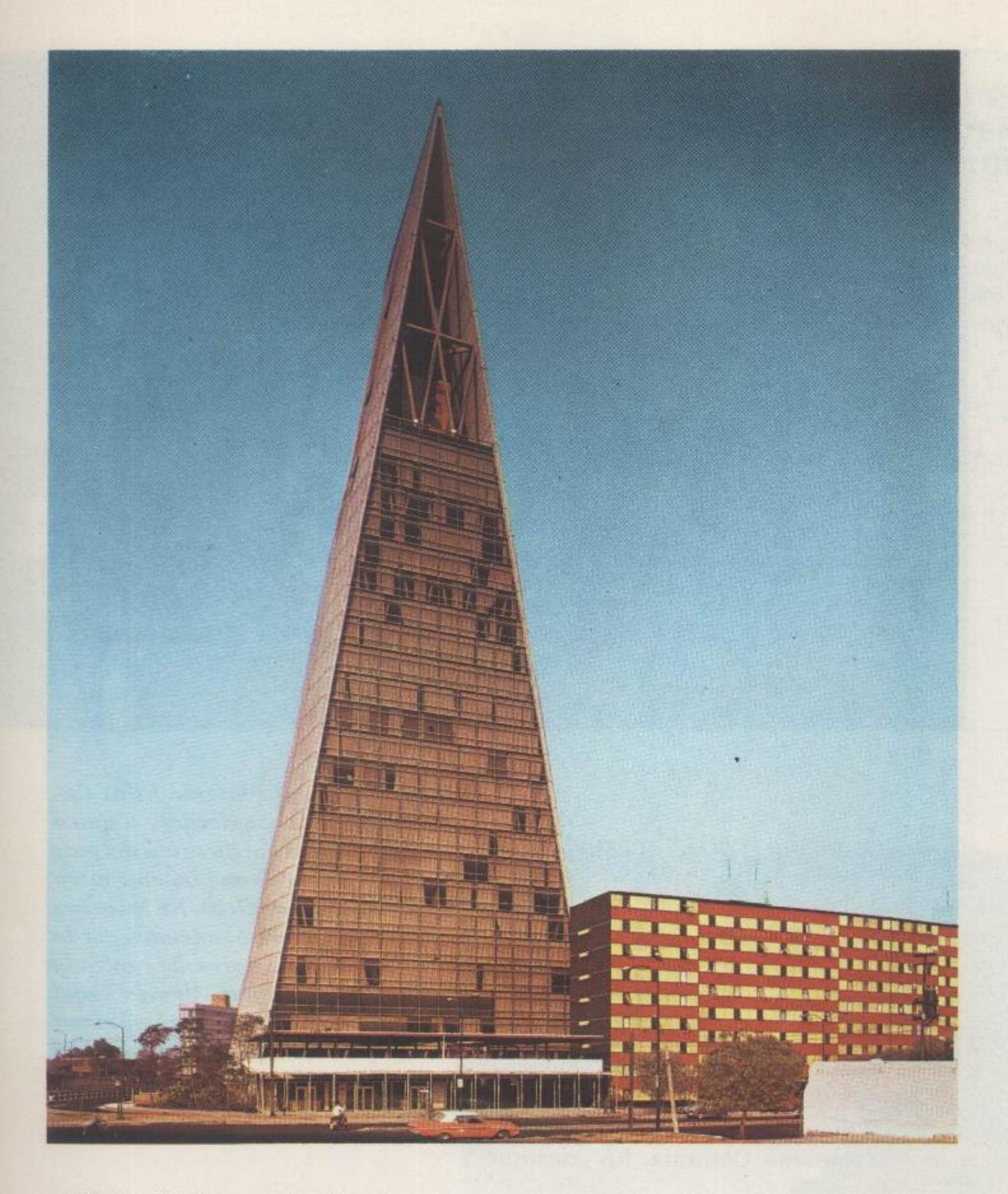
El 17 de octubre de 1913, Carranza organizó su gobierno, que tendría que realizar reformas trascendentales en el orden social y combatir vigorosamente al ejército federal, que apoyaba a Huerta, al que poco a poco logró vencer en sangrientas batallas. En el Norte, los caudillos más distinguidos fueron Francisco Villa, con su valiente División del Norte, y el general Álvaro Obregón.

Ante las rivalidades naturales surgidas entre los diversos jefes, Carranza convocó una convención de gobernadores y generales representantes de todos los sectores revolucionarios, que se reunió en Aguascalientes, la cual, en vez de unificar las voluntades, las dividió, habiéndose escindido los que apoyaban a Venustiano Carranza, los constitucio-

El general Plutarco Elías Calles (a la izquierda), a quien se debe la pacificación del país y el inicio de una ingente tarea de obras públicas. Su mandato se caracterizó, además, por la lucha que emprendió contra la Iglesia. Miguel Alemán (aquí arriba) dedicó los máximos esfuerzos de su mandato al desarrollo industrial y a la reducción del analfabetismo.



José Vasconcelos, secretario de Educación durante el mandato de Álvaro Obregón, que realizó la obra educativa y cultural más importante que México haya realizado jamás.



Edificio del Banco Nacional Agropecuario de México.

nalistas, y los partidarios de Francisco Villa, convencionistas. Los constitucionalistas encomendaron al general Obregón dirigir la campaña contra las fuerzas de Villa, a quien derrotó en Celaya del 4 al 13 de abril de 1915, con lo cual las fuerzas constitucionalistas se reforzaron. El 14 de septiembre de 1916 Carranza convocó un congreso constituyente a celebrarse en Querétaro, el cual, al término de su misión, promulgó la nueva Constitución el 5 de febrero de 1917. El 11 de marzo de ese año se convocaron elecciones para diputados, senadores y presidente. Fue electo presidente constitucional Carranza, quien juró su cargo el 1 de mayo de 1917 y formó su gabinete, disponiéndose a encauzar al país por las vías legales y realizar las reformas políticas, sociales y económicas que requería.

Emiliano Zapata, quien no quiso plegarse a los postulados de Carranza y continuaba rebelado en el Sur, fue asesinado alevosamente en Chinameca el 10 de abril de 1919. Le sucedió en su lucha por obtener la restitución y mejor distribución de las tierras el general Gildardo Magaña.

A principios de 1919 empezó a agitarse la sucesión presidencial. Carranza influía para que le sucediera Ignacio Bonillas, hombre sin relieve. Otros grupos apoyaban al general Pablo González. Álvaro Obregón, jefe inteligente y ambicioso, aspiraba igualmente a la presidencia y obtenía el apoyo de buena parte de los revolucionarios y de las agrupaciones obreras. Presionado por el gobierno, Obregón, que contaba con numerosos partidarios decididos a hacer respetar su opinión, rebelóse contra Carranza, el cual fue obligado a abandonar la capital para establecerse en Veracruz. En el trayecto, durante el cual fue violentamente atacado, cayó asesinado en Tlaxcalantongo el 21 de mayo de 1920. La acción de Carranza en el movimiento revolucionario, pese a algunos errores, debe ser considerada positivamente.

A su muerte ocupó la presidencia, por designación del Congreso, Adolfo de la Huerta, a quien correspondió reiniciar la pacificación del país y convocar elecciones, en las que triunfó el general Obregón, quien rigió el país del 1 de diciembre de 1920 al 29 de noviembre de 1924. Durante su gestión, José Vasconcelos, secretario de Educación, realizó la obra educativa y cultural más importante que México haya realizado jamás. Preocupóse por llevar la instrucción hasta los rincones más apartados del país, creó una mística intensa en favor de la cultura y difundió las artes populares y las obras literarias más importantes de la humanidad.

El 20 de julio de 1923 murió asesinado Francisco Villa. El 30 de noviembre de 1924, habiendo sido elegido, subió a la presidencia de la República el general Plutarco Elías Calles, quien realizó importante gestión. A Calles se debe la pacificación del país y el inicio de una serie de obras materiales que transformaron a México: obras públicas, comunicaciones, plantas de energía eléctrica; el establecimiento de un moderno sistema bancario y crediticio nacional. Ya sin tanto éxito, prosiguió la labor educativa de su antecesor y creó, para evitar las escisiones revolucionarias, el P.N.R., partido oficial que atrajo a todos los revolucionarios. Por razones ideológicas, Calles se enfrascó en violenta lucha contra la Iglesia, oposición que debilitó al país.

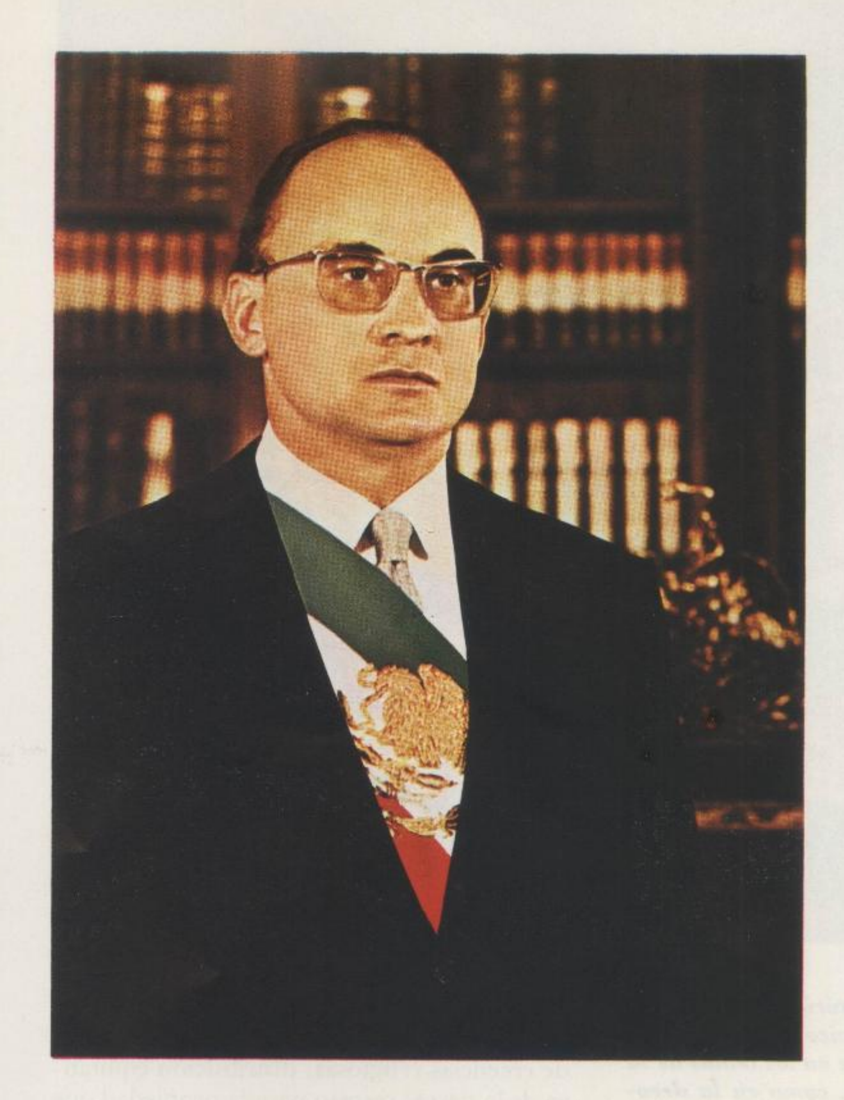
Habiéndose presentado nuevamente para ocupar la presidencia de la República el general Obregón, una vez triunfante fue asesinado el 17 de julio de 1928 por un exaltado religioso. Le sustituyó, designado por el Congreso, el licenciado Emilio Portes Gil, del 1 de diciembre de 1928 al 5 de febrero de 1930, en que, después de reñidas eleccio-

nes en que contendieron José Vasconcelos y el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, éste fue designado gracias al apoyo oficial.

A partir de ese momento, el país obtiene paz, estabilidad y progreso por los medios constitucionales. La lucha armada cesa, las instituciones se consolidan y se abre una nueva era bastante positiva.

Hay que mencionar que, en medio de las luchas intestinas que los mexicanos sostenían, la República tuvo que enfrentarse durante los años de 1913-1914 a fuertes presiones del exterior, principalmente de los Estados Unidos, quienes ocuparon militarmente Tampico y Veracruz. En el año 1914, los países Argentina, Brasil y Chile, movidos por el secretario de estado norteamericano, trataron de mediar en el conflicto, a lo cual Carranza y su ministro Isidro Fabela respondieron con toda razón y dignidad que México no podía consentir que en sus asuntos internos mediara ningún gobierno extranjero, puesto que debería respetarse la soberanía de la nación.

Después de ello, la situación de México se consolidó nacional e internacionalmente; aún más, puede decirse que la política internacional de México ha sido de una altura de miras extraordinaria y de aceptación de los principios de respeto absoluto a la libre determinación de los pueblos.



El presidente de la República mexicana, don Luis Echeverría Álvarez.

III. LA CONSTITUCIÓN DE 1917 Y LAS LEYES DE LA REVOLUCIÓN

Para satisfacer las exigencias de vastos sectores de la población y remediar situaciones angustiosas en distintas regiones del país, varios revolucionarios, dentro del período de lucha, promulgaron diversas disposiciones económicas, sociales y políticas que se impusieron de hecho en los territorios por ellos dominados. Entre las principales disposiciones tenemos el Plan de Ayala, de 25 de noviembre de 1911, emitido por el caudillo sureño Emiliano Zapata y el cual tendía a satisfacer las urgentes demandas de distribución de la tierra que solicitaban los campesinos de amplias regiones del país. Esta petición fue apoyada en numerosos casos por gobernadores y jefes de armas conscientes de que el problema agrario era uno de los que urgía resolver con más rapidez y cuidado.

El grupo constitucionalista, que encabezó don Venustiano Carranza, emitió a su vez varios decretos, como "el de 25 de diciembre de 1914, que otorgó plena autonomía a los municipios; el de 29 de diciembre de 1914, que declaró disoluble el matrimonio; la ley del 6 de enero de 1915, que ordenó la restitución de la tierra a los pueblos que habían sido despojados, la dotación de terrenos a los grupos de población que careciesen de ellos, la nulidad de las enajenaciones de predios comunales hechas por las autoridades locales en contravención de las disposiciones de la ley de 25 de junio de 1856, y la de las composiciones, concesiones y enajenaciones de esa especie de terrenos hechas ilegalmente por las autoridades a partir del 1 de diciembre de 1876; la nulidad de las diligencias de apeo y deslinde practicadas por las compañías deslindadoras o por autoridades federales o locales, si con ellas hubiesen sido atropelladas las pertenencias comunales de pueblos, rancherías, congregaciones o comunidades de cualquier categoría". En el año 1915 diéronse otras disposiciones, como la del 29 de enero, que declaró ser materia federal la legislación del trabajo; la del 22 de marzo, que aumentaba un 35 por ciento los salarios de los trabajadores de la industria textil; la del 11 de junio, que "estableció normas para la ejecución del programa de reforma social y definió la política del constitucionalismo en materia de garantías a los extranjeros, restablecimiento de la paz; cumplimiento de las leyes de Reforma; libertad



El arte pictórico contemporáneo de México se inspira profundamente en los temas de la Revolución, como en la decoración de esta sala, realizada por Alfaro Siqueiros.

de creencias religiosas; distribución equitativa de la tierra; respeto para la propiedad que no constituya privilegio o monopolio; impulso a la educación pública, etc.".

Todas estas aportaciones quedaron recogidas en el anteproyecto que don Venustiano Carranza, primer jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del poder ejecutivo de la Unión, remitió al Congreso Constituyente convocado en la ciudad de Querétaro, el cual inició sus trabajos el 25 de noviembre de 1916.

El anteproyecto remitido por Carranza, y en el que habían trabajado los juristas José Natividad Macías y Luis Manuel Rojas, tendía a establecer ciertas reformas a la anterior Constitución de 1857, incorporando las ideas anteriormente señaladas. Un grupo de diputados revolucionarios de indudable preparación y clara conciencia progresista, encabezados por el general Francisco J. Mújica, el general Heriberto Jara y otros más, los cuales, como afirma Luis Manuel Rojas, "venían al Congreso con el calor todavía de la reciente lucha y deseos de romper sin consideración ni escrúpulos con el pasado, corregir así inveterados vicios de la sociedad mexicana y favorecer a las clases populares del país", modificaron radicalmente el anteproyecto de Carranza.

Este grupo radical, apoyado en la angustiosa realidad mexicana e inspirado en las doctrinas sociales más vivificantes del momento, incorporó en la Constitución, que fue promulgada el 5 de febrero de 1917, una serie de principios que desbordan los ideales liberales, pues contienen una serie de medidas, previsiones o garantías sociales. Como opina un tratadista, a través de ellas el estado no sólo es tutelar e interventor para el bien social, sino que asume la representación de la colectividad y de sus planes para el desarrollo. El estado y la sociedad ya no son la simple suma de los individuos con sus libertades y los bienes e intereses que detentan, sino que la convivencia y la comunidad misma, así como los vínculos sociales, son el origen y la fuente creadora de las libertades individuales.

A través de los artículos 3, 27, 115, 123 y 130, relativos a la educación, a la propiedad de la tierra, a la organización municipal, a los derechos obreros y a la actividad de la Iglesia, quedaron incorporadas las preocupaciones de los diputados radicales, representativos de las necesidades más apremiantes del país. Aun cuando todavía quedaron algunos problemas sin aparente solución legal, que se ha ido dando a través de las vías que la propia Constitución establece, se puede afirmar, como llegó a opinar Luis Manuel Rojas, defensor del proyecto de Carranza y hombre honrado y consciente, "que la Constitución política de México contiene importantísimos aciertos y grandes mejoras, que hacen práctico y eficaz el funcionamiento de las principales instituciones, marcando una nueva era para la vida política del pueblo mexicano. El municipio libre; la buena, pronta e independiente administración de justicia; la feliz simplificación y mayor eficacia del recurso de amparo; la precisión, fijeza y aumento de las garantías individuales, principalmente en lo que se refiere a la protección de los presuntos reos en los juicios criminales; la organización más radical y equilibrada de los poderes públicos; la protección al obrero; el favorecimiento de los pequeños terratenientes; la descentralización del poder en favor de la soberanía de los estados y de la autonomía de los ayuntamientos, y la tendencia a moralizar la administración pública, son los principales progresos de la nueva ley...".

A partir de 1917, una serie de disposiciones de enorme trascendencia social, económica, política y cultural se han promulgado con el fin de que la República prosiga su marcha y alcance el desarrollo general que el mundo actual requiere. En el campo de la economía son de mencionar la ley que creó el Banco de México, de 25 de agosto de 1925,

institución única de emisión que organizó el sistema bancario y crediticio; la ley del 30 de abril de 1934, que estableció la Nacional Financiera, S. A., la cual apoya al gobierno a financiar sus programas sociales y de obras públicas; el decreto de Expropiación del Subsuelo, del 18 de marzo de 1938, dado por el general Lázaro Cárdenas; la nacionalización de la industria eléctrica, hecha el 27 de septiembre de 1960 por el presidente López Mateos. En el campo de los beneficios sociales podemos mencionar la ley federal del trabajo de 1931, la promulgación del estatuto de los trabajadores al servicio de los poderes de la Unión, del 27 de septiembre de 1938; la Ley del Seguro Social, del 31 de diciembre de 1942, y en el campo de la cultura, la ley que estableció la campaña nacional contra el analfabetismo, del 21 de agosto de 1944.

Después de 1920, en que Francisco Villa se sometió al orden constitucional, el país ha gozado de paz, lo que le ha permitido reconstruirse y levantarse. Si bien en los años 1923, 1929 y 1938 hubo conatos de rebelión, encabezados por Adolfo de la Huerta, José Vasconcelos y Saturnino Cedillo, el orden no se alteró y el país ha proseguido su desarrollo. Si en 1920 México contaba con una población de 14.335.000, en 1972 es de 48.337.000 habitantes. El producto *per cápita* de los mexicanos ha logrado ascender a 2.849 pesos.

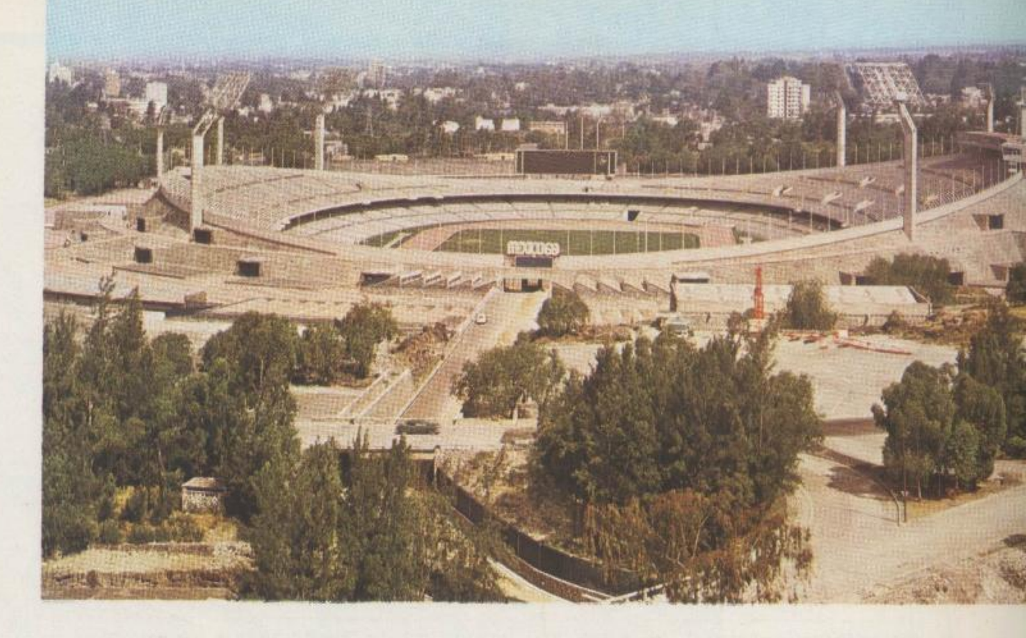
Durante este tiempo, la red de ferrocarriles se amplió considerablemente y las carreteras alcanzaron un total de 67.061 km. Se han construido abundantes e importantísimos sistemas de irrigación y de producción de energía eléctrica, coadyuvantes al mejor aprovechamiento de las tierras cultivables y al desarrollo industrial del país. Los ingresos federales han llegado a ascender a un total de 68.636.875.000 pesos, de los cuales se aprovechan en estos rubros las cantidades que siguen:

Educación Pública	10.539.197.000 ps.
Comunicaciones y Transportes	2.328.607.000 »
Obras Públicas	3.227.298.000 »
Agricultura y Ganadería	1.274.224.000 »
Salubridad y Asistencia	2.172.418.000 »
Defensa Nacional	2.237.049.000 »
Hacienda y Crédito Público	1.564.700.000 »

La población, al multiplicarse, se ha distribuido en forma desigual e irregular. Los centros políticos e industriales atraen cada vez más a los elementos rurales y eso ha creado una concentración inadecuada en ciudades como México, que alcanza a más de siete millones de habitantes; Guadalajara, que tiene millón y medio; Monterrey, que le sigue, así como en poblaciones fronterizas como Tijuana, Ciudad Juárez, Mexicali, Nuevo Laredo. En el centro del país, León, Guanajuato; Torreón, Coahuila; Ciudad Obregón, Sonora y otras más presentan una abundante población.

El aumento de población ha obligado a la realización de obras de infraestructura, que tienden a satisfacer las exigencias socioeconómicas de la colectividad. Aun cuando se ha incrementado la industria en toda la república y abierto nuevas tierras al cultivo, emigran principalmente a los Estados Unidos numerosos trabajadores, algunos de los cuales no retornan a la patria.

En el campo de la instrucción pública, el aumento demográfico ha obligado al estado a consagrarle sus más amplios recursos. Planes educativos de gran trascendencia se han puesto en marcha y, aun cuando muchos de ellos carecen de una auténtica filosofía pedagógica, resuelven a corto plazo los problemas existentes. Como en la administración pública, en el campo de la educación existe una centralización desmedida y desbordante. La Universidad Nacional Autónoma de México alberga más de ciento cincuenta mil alumnos, que han roto, como en todas partes, los sistemas tradicionales. Sistemas de Universidad Abierta, Colegios de Ciencias y Humanidades y otros mecanismos se emplean para satisfacer la enseñanza superior. El Instituto Politécnico Nacional, con menor población, imparte disciplinas científicas y técnicas con singular eficacia, pero es menester que la red de universidades que se extiende por todo el país se fortalezca y amplíe para evitar la concentración de los estudiantes en las capitales y su desarraigo de la provincia.



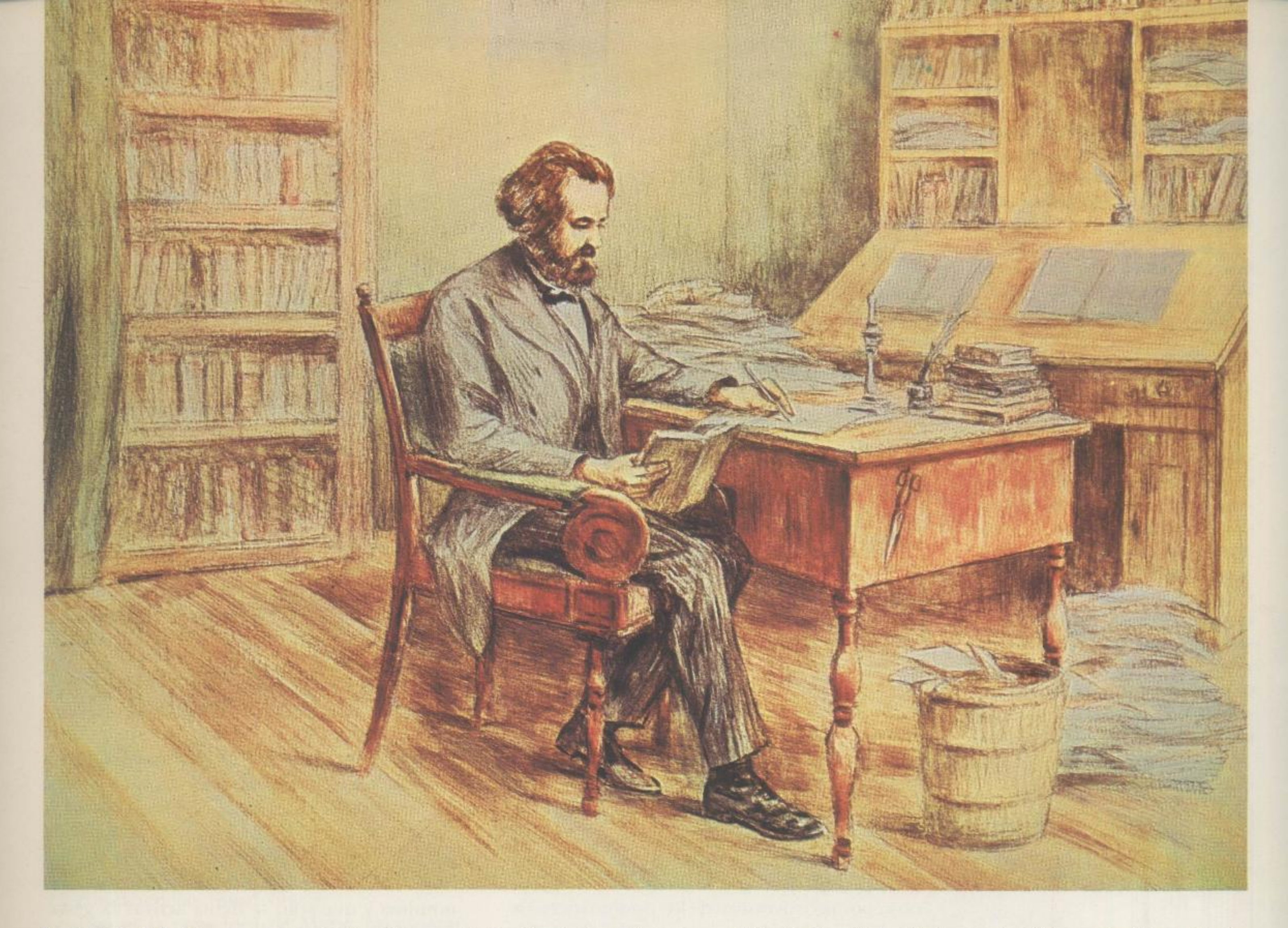
Vista del estadio olímpico de México, en el que tuvieron lugar, durante el año 1968, las Olimpíadas.

BIBLIOGRAFIA

Alamán, L.	*Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año 1808 hasta la época presente* (5 vols.), México, 1942.
Bosch García, C.	*Problemas diplomáticos del México independiente,* México, 1947.
Caso, A., y cols.	*Métodos y resultados de la política indigenista,* México, 1954.
Corti, E. C.	*Maximiliano y Carlota,* México, 1944.
Cosío Villegas, D.	*Historia moderna de México* (10 vols.), México, 1955-1972.
Espinosa de los Reyes, J.	*Relaciones económicas entre México y Estados Unidos, 1870-1910,* México, 1951.
Fabela, I.	*Historia diplomática de la Revolución Mexicana* (2 vols.), México, 1958-1959.
González y González, L., director	*Los presidentes de México ante la nación; informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966* (5 vols.), México, 1966.
Guzmán y Raz Guzmán, J.	*Bibliografía de la Reforma, la Intervención y el Imperio* (2 vols.), México, 1930-1931.
Iturriaga, J. E.	*La estructura social y cultural de México,* México, 1951.
León-Portilla, M., y cols.	*Historia documental de México* (2 vols.), México, 1964.
López Mateos, A., y cols.	*México, cincuenta años de revolución* (4 vols.), México, 1960-1962.
Martínez, J. L.	*Literatura mexicana del siglo XX, 1910-1949* (2 vols.), México, 1949-1950.
Mora, J. M. L.	*México y sus revoluciones* (3 vols.), México, 1965 (2.ª ed.).
Reyes Heroles, J.	*El liberalismo mexicano,* México, 1957-1961.
Riva Palacio, V., ed.	*México a través de los siglos; historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual* (5 vols.), México, 1970 (7.ª ed.).
Sierra, J.	*Evolución política del pueblo mexicano,* México-Buenos Aires, 1950. *Juárez, su obra y su tiempo,* México, 1965.
Silva Herzog, J.	*Breve historia de la revolución mexicana* (2 vols.), México, 1970 (6.ª reimpr.).
Tena Ramírez, F.	*Leyes fundamentales de México, 1808-1964,* México, 1964 (2.ª ed.).
Torres Bodet, J., y cols.	*México y la cultura,* México, 1961 (2.ª ed.).
Valades, J. C.	*El porfirismo. Historia de un régimen* (3 vols.), México, 1941-1947.
Zarco, F.	*Crónica del Congreso Extraordinario Constituyente (1856-1857),* México, 1957.
Zavala, L. de	*Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* (2 vols.), México, 1918 (3.ª ed.).
Zea, L.	*El positivismo en México; nacimiento, apogeo y decadencia,* México, 1968.



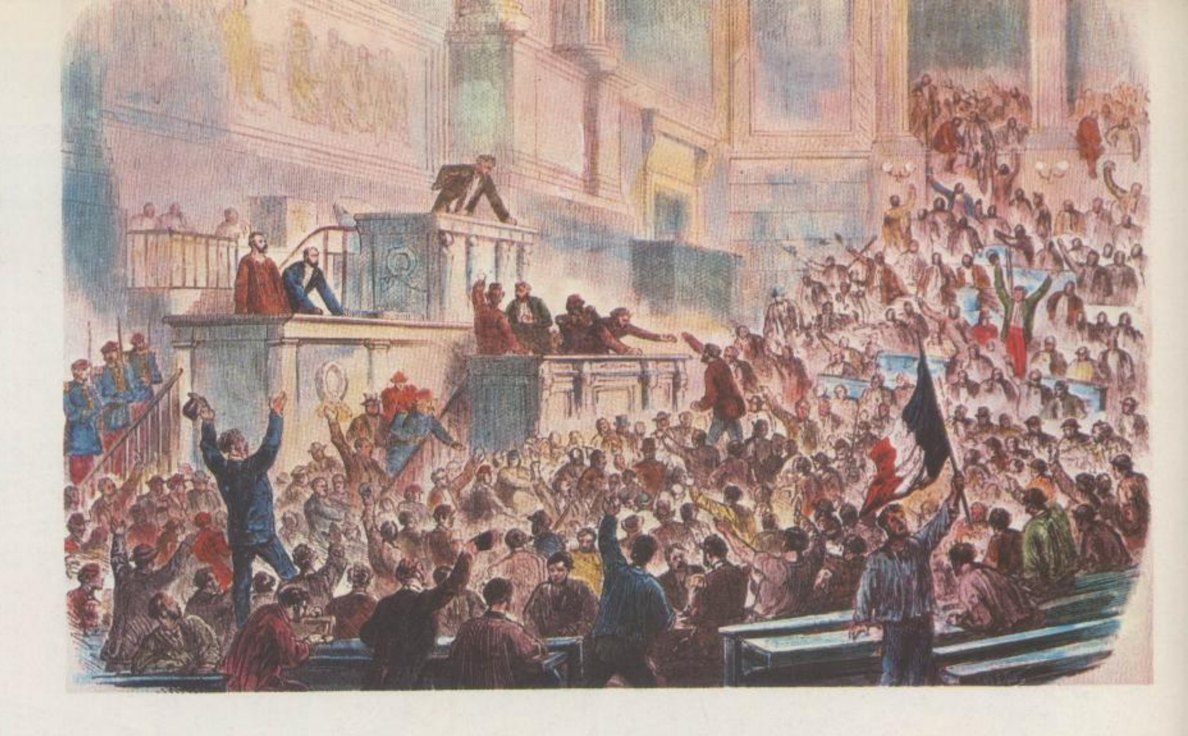
El Rectorado de la Ciudad Universitaria de México. En primer término, mural de Diego Rivera.



Karl Heinrich Marx en su estudio (Museo de Berlín Oriental). Marx, el fundador del socialismo científico, estudió en Berlín y Roma y se graduó como doctor en Derecho por la universidad de Jena en 1841.

Luchas parlamentarias entre capitalismo y socialismo

Hacia la mitad del siglo XIX el socialismo totalitario y utopista –comunismo, como se le llamaba entonces– parecía fracasado; las colonias de sansimonianos, furieristas, cabetistas y owenistas en Europa y América se deshacían, se dividían o se transformaban en corporaciones comerciales. Marx lo había profetizado en 1847: las Icarias y Armonías, ciudades-falansterios propuestas por Cabet, Owen y los discípulos de Saint-Simon, fallarían. Primero, porque los que iban a ellas, no obstante llamarse comunistas, tenían prejuicios del proletariado de la época; no habían sido educados en la lucha de clases que templaría a los ciudadanos del estado futuro; segundo, porque los rozamientos que producirían el cambio de clima y la diferencia de trabajo serían aprovechados por agentes de gobiernos capitalistas que indudablemente se infiltrarían entre los comunistas, y tercero (recordemos que es el propio Karl Marx quien lo dice), porque el comunismo requiere un período de adiestramiento en la colectivización y una disciplina que los socialistas utópicos de principios del siglo XIX no creían compatible con la libertad individual.



Invasión de la Sala de Sesiones del cuerpo legislativo en la jornada del 4 de septiembre de 1870 (Biblioteca Nacional, París).

El socialismo, que había empezado como una Iglesia, siendo romántico y místico, iba a transformarse en escuela de economía y partido político. Los precursores del socialismo utilitario, que hemos llamado socialismo romántico –Saint-Simon, Fourier y Owen–, se dieron cuenta de la miseria del proletariado, pero creyeron que provenía de la inmoralidad algo inconsciente de las clases privilegiadas, que la justicia se restablecería por la conversión de los poderosos cuando se convencieran que hasta ellos, los ricos, serían más felices internados en falansterios y renunciando a su monopolio de abundancia.

La mayoría de socialistas suponían que la predicación y el ejemplo convencerían a la Humanidad; algunos, muy pocos, como Blanqui, creían que sería necesario forzar el cambio de régimen con la rebelión; ninguno concebía que la transformación de la Humanidad sería inevitable por las necesidades económicas y que sólo se debía activar la gestación y parto del estado socialista movilizando

LA PRIMERA INTERNACIONAL

1864 Reunión de Saint Martin's Hall, en Londres. Representantes obreros ingleses aprueban un proyecto de Asociación Internacional de Trabajadores presentado por Tolain y Perrachon, sindicalistas franceses. Constitución de un comité encargado de redactar unos estatutos provisionales.

1866 Primer Congreso de la A.I.T. en Ginebra. Se vota: 1) un estudio sobre las condiciones de trabajo en todos los países; 2) la reivindicación de la jornada de ocho horas; 3) la condena del trabajo excesivo de las mujeres y los niños; 4) la admisión en la A.I.T. de los trabajadores intelectuales.

1867 Segundo Congreso en Lausana. Enfrentamiento de las tendencias colectivistas de los ingleses, alemanes y belgas con el mutualismo profesado por franceses e italianos. Se acuerda que el estado sea el propietario de los medios de comunicación y transporte. Votos en favor de las libertades políticas y la educación de los obreros.

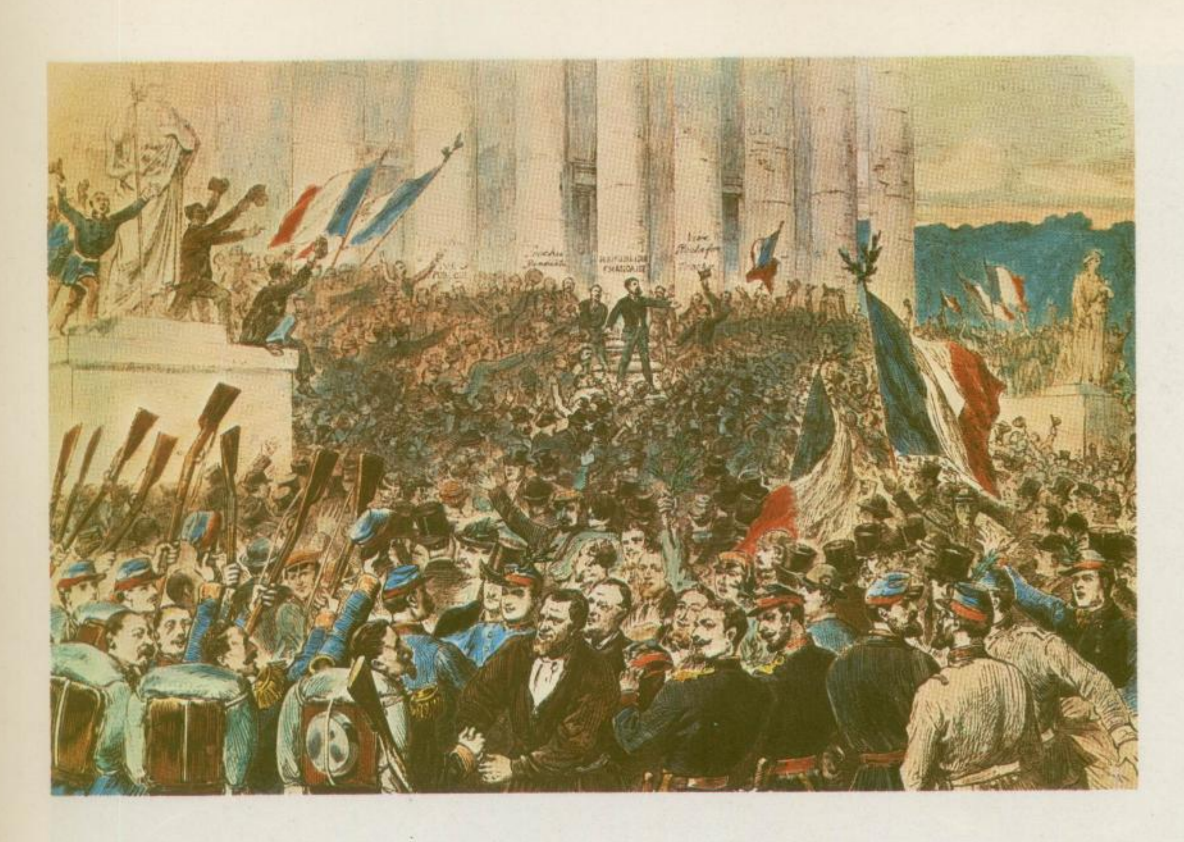
1868 Tercer Congreso en Bruselas. Se defiende la legitimidad y necesidad de la huelga como medio de lucha contra el capitalismo. Inquieto por la hostilidad francoalemana, el Congreso recomienda a los obreros interrumpir el trabajo si estalla la guerra.

1869 Cuarto Congreso en Basilea. La sociedad tiene derecho a abolir la propiedad individual del suelo y devolver la tierra a la comunidad. Primer triunfo de las tesis marxistas frente a la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, fundada por Bakunin en el año 1868, que ha defendido en el Congreso las doctrinas anarquistas.
En una circular a todas las secciones, Marx, miembro del Consejo General de la A.I.T., denuncia las maniobras de Bakunin para apoderarse de la dirección del movimiento socialista internacional.

1871 (30/V) Un comunicado del Consejo General, redactado por Marx, lleva su apoyo a la Comuna, en la que participan afiliados a la A.I.T.

1871 Conferencia de Londres. Triunfo de la doctrina marxista. La Federación del Jura, de tendencia anarquista, se niega a acatar la resolución.

1872 Polémica abierta. A la circular de la A.I.T. sobre "las pretendidas escisiones de la Internacional" sigue una réplica inmediata: "Respuesta de algunos internacionales, miembros de la Federación del Jura".
En el Congreso de La Haya se confirman los acuerdos de la Conferencia de Londres. Expulsión de Bakunin y J. Guillaume. La A.I.T. se traslada a Nueva York.



Proclamación de la Tercera República francesa, el 4 de septiembre de 1870 (Biblioteca Nacional, París). Por este acto, Napoleón III, prisionero de los alemanes desde la capitulación de Sedán (1 del mismo mes), era arrojado del trono de Francia.

Ascensión de un globo de guerra en París en 1870 (Museo Carnavalet, París). Al negarse la Tercera República a firmar la paz con los alemanes, éstos sitiaron a París (septiembre de 1870 a enero de 1871). Las comunicaciones con el resto del país se establecieron mediante globos, y precisamente en uno de ellos marchó Gambetta para allegar recursos y continuar la guerra.

las sociedades de obreros para reorganizar el mundo cuando los burgueses abdicaran reconociendo su incapacidad o se suicidasen en competencias catastróficas.

Ésta es la gran idea de Marx: no esperar a que los burgueses se enternecieran como soñaban los socialistas románticos ni creer que con revueltas y motines podía derribarse el estado capitalista protegido por la banca, el clero y el ejército. Para Marx, revolución no era combate espectacular de unas jornadas sangrientas, sino condición permanente de ataque hostilizando a la burguesía con la crítica de su fracaso y con la exigencia de un régimen mejor. Acaso hemos exagerado. No quisiéramos que el lector se imaginara que Marx fue socialista de gabinete, satisfecho con libros y debates parlamentarios. Pero lo cierto es que Marx nunca conspiró. Tenía tal seguridad de que las fuerzas económicas impondrían el estado socialista, que le parecía fútil arriesgarse en sublevaciones violentas. Si hubiese podido sospechar que una semana trágica, un año trágico, resolverían quirúrgicamente las dolencias que sufrían el proletariado y hasta su enemiga, la burguesía, Marx no hubiera vacilado en lanzarse a las barricadas. Pero había visto en París la liquidación de la *Commune,* aplastada sin piedad por los ejércitos burgueses, y hasta deplorado un intento de revolución socialista que fracasó en Alemania el mismo año 1870.

La *Commune* sobre todo fue una trágica experiencia. El mismo nombre ya indica la tremenda desorientación de los *communards.*

MARX Y BAKUNIN ANTE LA COMUNA DE PARIS

Los libertarios consideran la revolución de 1848 una auténtica revolución del proletariado, ahogada por la represión. Dentro del esquema más rígido del pensamiento marxista, la revolución del 48 es, sobre todo, una revolución proletaria mal planteada y, por tanto, condenada irremisiblemente al fracaso. Marx hablará de la Comuna de París de una manera totalmente diferente.

"La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de ¡República social! con que la revolución de febrero fue anunciada por el proletariado de París no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república" (Marx).

Dos caracteres que Marx exalta en la Comuna le llevan a aceptarla como auténtica revolución del proletariado: la Comuna detenta el poder y constituye un gobierno de la clase obrera.

"La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo" (Marx).

"Los socialistas, a cuya cabeza figuraba mi amigo Varlin, no eran más que una minoría en la Comuna; todo lo más, 14 ó 15. El resto eran jacobinos... Estos jacobinos generosos, cuyo jefe es Delecluze, un gran hombre y un gran espíritu, quieren el triunfo de la revolución por encima de todo, y como no hay revolución sin masas populares, y como estas masas poseen hoy en día, en el más alto grado, el instinto socialista y no pueden hacer sino una revolución económica y social, los jacobinos de buena fe se dejaron llevar de la lógica del movimiento revolucionario y se convirtieron en socialistas a pesar de sí mismos... Su proceder es tanto más excusable cuanto que el pueblo de París, bajo cuya influencia han obrado y actuado, es socialista mucho más por instinto que por reflexión. Sus aspiraciones son socialistas, pero sus ideas o, mejor dicho, sus representaciones tradicionales no han llegado todavía a esta altura... Por otra parte, la situación de la minoría socialista, convencida de que formaba parte de la Comuna, era excesivamente difícil... Tuvieron que oponer un gobierno y un ejército revolucionario al gobierno y al ejército de Versalles, es decir, para combatir la reacción monárquica y clerical debieron, olvidando o sacrificando las primeras condiciones del socialismo revolucionario, organizarse como reacción jacobina" (Bakunin).

Sin negar estas características de la Comuna, Bakunin tiende a justificarlas y no a aplaudirlas.

Tanto Marx como Bakunin imaginan de manera semejante el futuro posible de la Comuna, pero sus comentarios revelan centros de interés divergentes. Bakunin pone el acento en la forma de llevar a cabo la revolución, de cuya pureza derivará espontáneamente un nuevo orden. Para Marx no importa el procedimiento, sino el contenido de la revolución.

"En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la asamblea nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por las instrucciones de sus electores. Las pocas pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables. No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino, por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria" (Marx).

"La abolición de la Iglesia y el estado es la primera e indispensable condición para la liberación real de la sociedad; sólo después de ella, la sociedad puede y debe organizarse de otra manera, pero no de arriba abajo y según el plan ideal soñado por los sabios o los inteligentes o impuesto por la fuerza de una dictadura o incluso de una asamblea nacional elegida por sufragio universal... La futura organización social debe construirse de abajo arriba por la unión libre de los trabajadores primero en las asociaciones, luego en las comunas y regiones, en la nación más tarde y, finalmente, en una gran federación universal e internacional. Sólo entonces se realizará el verdadero y vivificante orden de la libertad y la felicidad general, un orden que, lejos de renegar, afirma y armoniza los intereses individuales y sociales" (Bakunin).

Las opiniones de Marx sobre la Comuna se han considerado un giro libertario en su pensamiento. En realidad, revelan la extrema flexibilidad de Marx en cuanto a la forma de llevar a cabo la revolución.

No planearon un estado socialista organizado para sustituir al Segundo Imperio napoleónico: soñaron con una federación de *communes* o municipios entre los que la *Commune* de París desempeñaría un papel principal. Sin embargo, no puede criticarse excesivamente a los *communards* de París de 1870. Su tentativa duró sólo dos meses: del 18 de marzo al 28 de mayo. Tuvieron que hacer frente al gobierno provisional que se estableció en Versalles después de firmar la paz con los alemanes. Pero la destrucción que ocasionó



Adolphe Thiers recibe la adhesión de la Cámara de Diputados en 1876 (Museo de Versalles). Político e historiador, Thiers fue nombrado presidente del Poder Ejecutivo tras la derrota de Sedán y después presidente de la República por tres años. Sometió a la Comuna y consiguió que los alemanes abandonaran Francia y pagar las indemnizaciones de guerra. Aunque los pretendientes de la restauración borbónica lograron separarlo del poder, hay que reconocer que sentó las bases de la Tercera República.

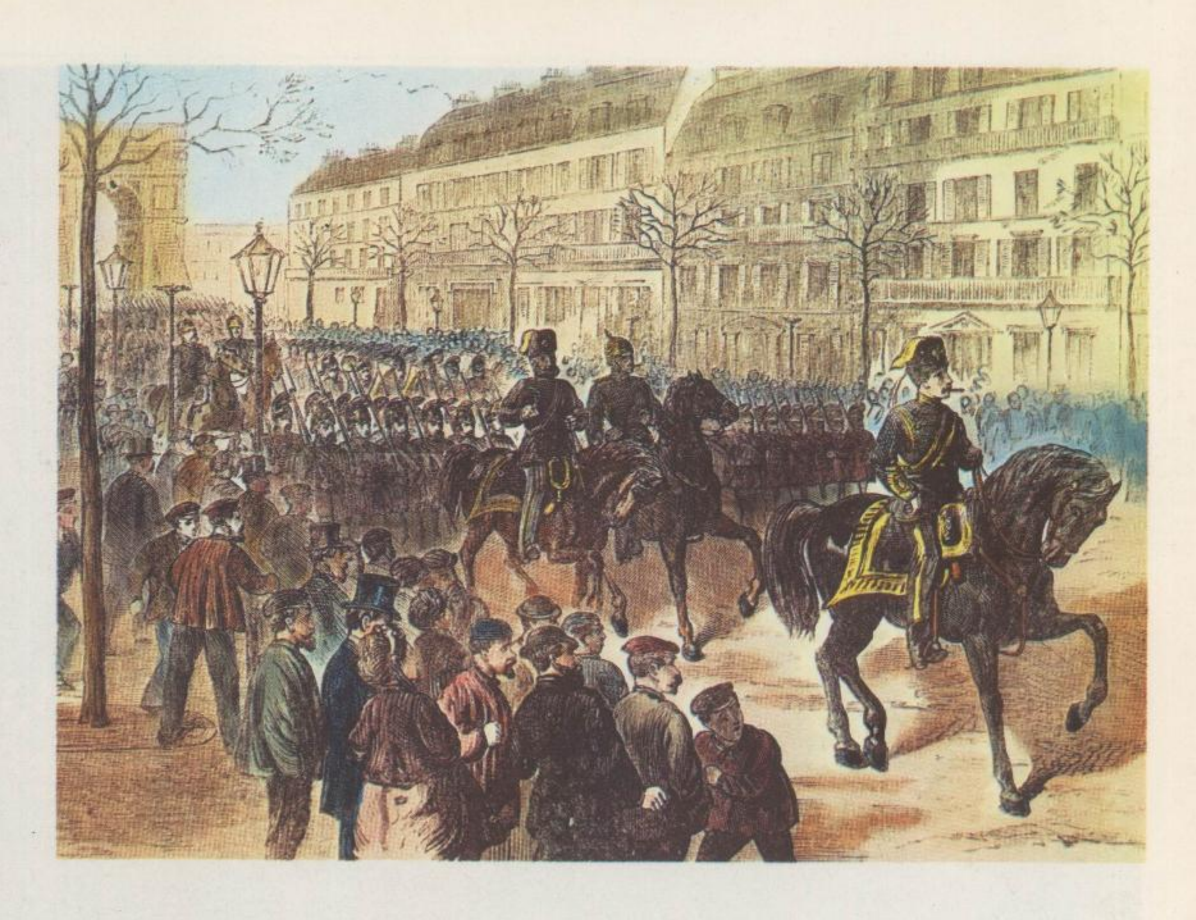
la *Commune* de París fue enorme, y su represión alcanzó caracteres sangrientos en extremo. Cuarenta mil *communards* fueron aprehendidos, muchos deportados o fusilados y la amnistía total no se concedió por los republicanos burgueses hasta 1880, diez años después de la intentona.

Para conseguir tales resultados, Marx no podía apoyar la violencia. En naciones donde la burguesía llamada liberal iba envolviéndose en el sudario del régimen capitalista que ella misma se había tejido, lo más juicioso, lo más científico para el proletariado era mantenerse en la posición de víctima y de fiscal, y con la prensa y los debates parlamentarios poner en evidencia el mal y su remedio. Marx nunca fue al Parlamento. En realidad, la emigración le había dejado sin derechos electorales, pero aprobó y aconsejó a los que se esforzaban en conseguir reducción de horas de trabajo, aumento de salario, seguros para obreros, reglamentación de la labor de mujeres y niños, enseñanza gratuita y obligatoria, y otras conquistas del "partido" en los diferentes parlamentos de Europa.

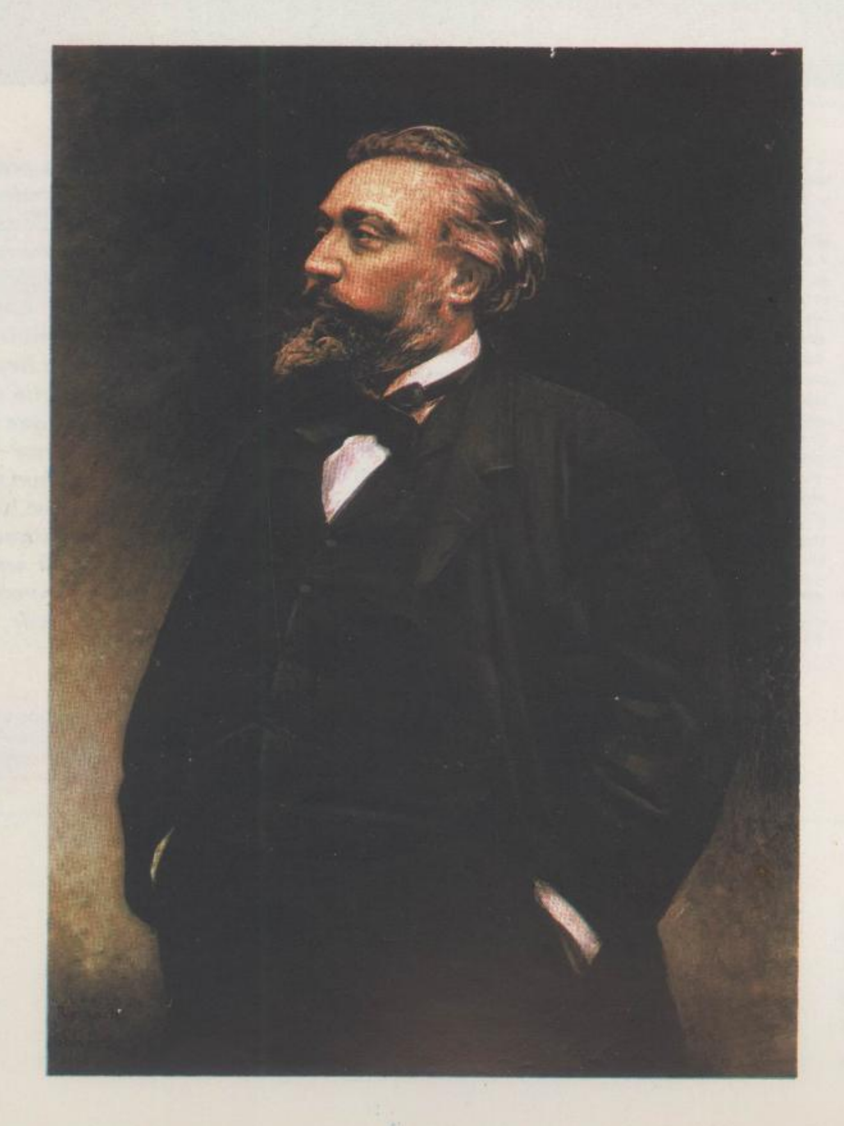
Marx, el fundador del socialismo científico, nació en 1818 de una familia burguesa de judíos conversos. Su padre, abogado de talento en Tréveris, pudo dar al joven Karl educación universitaria. Después de haber estudiado en Berlín y Roma, se graduó de doctor en Derecho por la universidad de Jena el año 1841. Casado con la hija de un barón arruinado, Ludwig von Westphalen, Marx nunca tuvo bufete; como periodista y escritor ganó lo poco que ganó. Sus primeros artículos aparecieron en la *Rheinische Zeitung*, de Colonia; allí tuvo ocasión de entrar en contacto con Friedrich Engels, que fue su colaborador. Engels era hijo de un fabricante de tejidos en Barmen, y al mismo tiempo socio de una fábrica de Manchester. Los intereses de su padre, divididos entre Alemania e Inglaterra, habían hecho a Engels algo cosmopolita, en todo caso mezcla de inglés y alemán muy a propósito para la labor socialista y para entenderse con el fundador de la *Internacional*.

Desde sus primeros escritos en Colonia, Marx se había manifestado socialista, y tan radical, que se le hizo imposible la permanencia en Alemania. De París y Bruselas fue también expulsado por imposición de los delegados del gobierno prusiano. Desde 1846 hasta su muerte en 1883, Marx tuvo que ra-

Entrada de los alemanes en París el 18 de enero de 1871 (Biblioteca Nacional, París). Tras la capitulación de la ciudad, los alemanes ocuparon la parte occidental de París, mientras las masas obreras y la Guardia Nacional se atrincheraron en Montmartre.



Léon Gambetta, por R. Bonnat (Museo Histórico de Versalles). Este notable político francés, militando en la oposición a Napoleón III, intervino activamente en la proclamación de la Tercera República. Abandonó París en globo e intentó galvanizar la resistencia francesa, pero no encontró apoyo en los elementos militares. Dimitió sus cargos cuando Thiers firmó el armisticio con los alemanes. Más adelante fue presidente de la Cámara y del gobierno.



dicar en Londres y allí permaneció, con la excepción de rápidos viajes al continente. Pero sostenía correspondencia activísima con todos los directores del movimiento socialista, y los que pasaban por Londres no dejaban de visitar a Marx, que tenía un casi exagerado gusto por la hospitalidad debida a los correligionarios del "partido".

El partido socialista puede decirse que se fundó en Londres por la circunstancia de haberse establecido allí Marx y Engels. Al llegar Marx existía en Londres sólo una sociedad de obreros alemanes con un pequeño local en Great Windmill Street. En aquel inocente y modesto *Arbeiter Bildungsverein*, por obra de Marx y sus amigos se reunió en 1847 el Primer Congreso Internacional Socialista.

El Congreso comisionó a Marx y a Engels para que expusieran en un manifiesto las ideas de los reunidos. El Manifiesto de 1847 se ha comparado al primer vagido del recién nacido, pero en realidad es un grito de guerra. Empieza con un párrafo amenazador, que hizo sonreír a quienes lo leyeron hace casi cien años, pero que se ha aproximado mucho a la realidad.

Acaba con este otro: "Tiemblen las clases dominadoras ante la perspectiva de la revolución económica. Los proletarios no tienen para perder más que cadenas y, en cambio, todo un mundo para ganar. ¡Obreros de todos los países, uníos!".

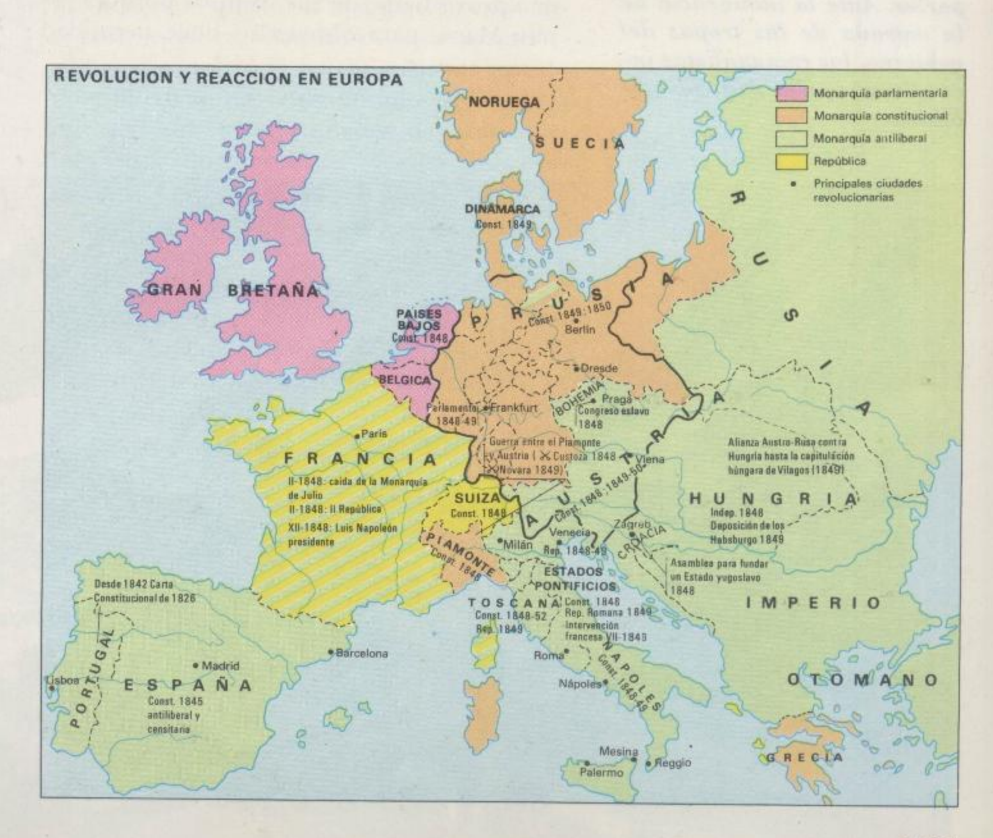
Este tono demagógico del principio y el

Léon Gambetta aclamado a su llegada a Tours, el 13 de octubre de 1870 (Biblioteca Nacional, París).

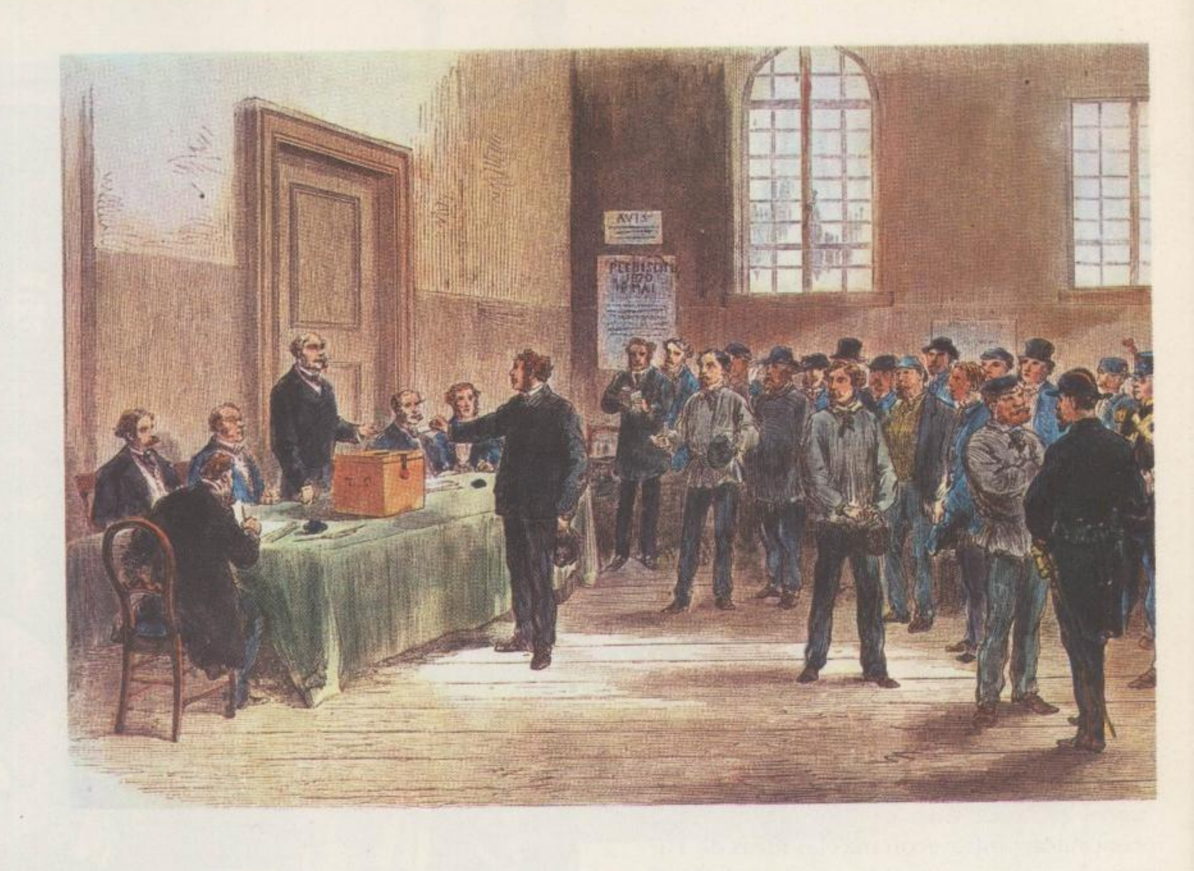
final no domina en el resto del Manifiesto. Marx reconoce que la burguesía tuvo que tomar el poder por la fatalidad de la evolución económica. El capitalismo burgués era la etapa intermedia entre el régimen del trabajo antiguo y la organización socialista. Las máquinas inventadas a fines del siglo XVIII, sobre todo la máquina de vapor, hicieron imprescindible la concentración de los obreros en grandes establecimientos industriales, acabando con los gremios cerrados, aprendizaje y talleres individuales. Marx insinúa que la Revolución inglesa no fue, como se cree, un levantamiento contra el poder absoluto; fue un movimiento algo instintivo contra las restricciones del comercio que proyectaban el monarca y sus amigos. Para Marx, la Revolución francesa tuvo exclusivamente causas económicas; influyeron más las ideas de Turgot y las máquinas que los escritos de los filósofos. Sea como fuere, el resultado de la Revolución francesa fue que la burguesía sustituyó a los aristócratas, y el obrero asalariado fue para el burgués lo que el siervo de la gleba para el señor feudal.

La burguesía se aprovechó del poder para constituir el estado capitalista, y con los nuevos inventos y las facilidades de comunicación consiguió resultados casi admirables y Marx hace justicia a sus grandes conquistas. "La burguesía ha logrado resultados que superan a los de Egipto con sus pirámides, a los de Roma con sus acueductos y a los de la Edad Media con sus catedrales. La burguesía ha llevado a buen término empresas que dejan tamañitas a las cruzadas.

"La necesidad de conquistar nuevos mercados ha lanzado a la burguesía a establecerse en los lugares más remotos de la tierra. La producción y los objetos de consumo han tomado carácter cosmopolita. Las industrias excesivamente nacionales están en camino de desaparecer. En lugar de satisfacernos con artículos del país, nos hemos inventado necesidades que requieren productos de tierras y climas exóticos... La burguesía ha construido enormes ciudades, y llevando al campesino a las urbes, le ha educado y rescatado de la sórdida vida rural; para acumular medios de producción ha tenido que centralizar y uniformar los antiguos reinos. Las provincias semiindependientes, con sus innumerables tipos de legislación y de contribuciones, la burguesía las ha fundido en un solo gobierno, un mismo código civil, una frontera.



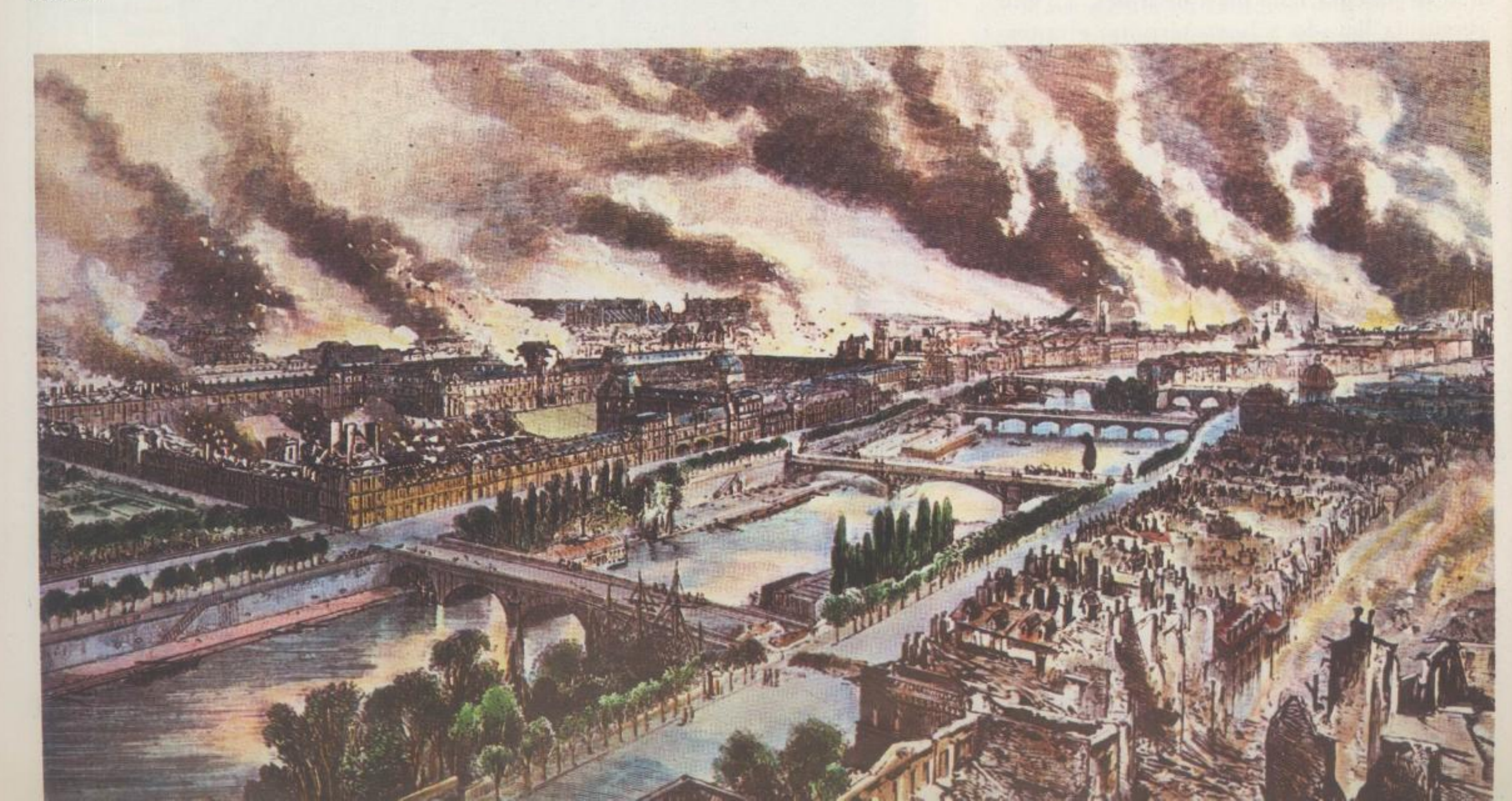
Iniciada la revolución de París el 18 de marzo de 1871 con el fusilamiento de dos generales de las autoridades de Versalles, el día 26 se realizaron elecciones para constituir una Comuna. En este grabado iluminado se representa la votación en el arrabal Saint-Antoine (Biblioteca Nacional, París).



Los incendios de París del 21 al 26 de mayo de 1871 (Biblioteca Nacional, París). Las hostilidades entre la Comuna y el gobierno de Versalles desembocaron en terribles violencias y se cometieron numerosos atropellos por ambas partes. Ante la inminencia de la entrada de las tropas del gobierno, los comunalistas incendiaron varios edificios públicos.

En menos de un siglo ha conseguido resultados superiores a los de las precedentes generaciones. Ha sujetado las fuerzas de la naturaleza, ha canalizado ríos y ha roturado continentes... ¿Quién, antes de ahora, podía atreverse a presentir tales victorias de la Humanidad adormecida?"

Por desgracia, la burguesía se ve privada de aprovecharse de sus triunfos porque, repite Marx, para obtenerlos tiene necesidad de acumular capital. "El origen del capital es la industria –dice Karl Marx–. El capital no ha comenzado a existir hasta el siglo XVI, siendo su punto de partida la circulación de las mercancías. Se ha mostrado desde un principio bajo la forma de dinero que aún tiene hoy, y la acumulación primitiva –régimen colonial, deudas públicas, haciendas modernas y sistemas proteccionistas, etc.– descansa en el empleo de la fuerza."





Ataque realizado por las tropas del gobierno de Versalles contra la calle Rivoli, el 23 de mayo de 1871, por Gustave R. Boulanger (Museo Carnavalet, París).

La mejor crítica que puede hacerse de esta teoría es copiar unos párrafos de economista tan ponderado como Garriguet, quien la refuta así: "El capital ha comenzado a existir desde que un hombre, en lugar de consumir en sus necesidades y placeres el producto íntegro de su trabajo, ha reservado una cantidad para emplearla en obtener un nuevo producto; desde que un cazador, por ejemplo, en vez de destinar a su uso toda su caza, guardó parte de ella para formar ganado o cría. Por esto el capital es casi tan antiguo sobre la tierra como el hombre, y no puede sostenerse que afecte siempre la forma de dinero, pues también ha tenido y tiene la de instrumentos de cultivo, granos, frutas, ganados de animales útiles... Esto en su origen y hoy, ya que los fondos de un comerciante son mercancías que están por todos los caminos, por los mares, por los almacenes. Un fabricante tiene su capital bajo la forma de materias primas en diferentes grados de transformación: útiles, instrumentos...".

En cuanto a la obra *El capital* y el sistema empleado en ella, "es tan abstracto –dice el economista belga Laveleye– como un libro de matemáticas y su lectura es muy fatigosa. Es un verdadero rompecabezas, pues se sirve de palabras tomadas en un sentido particular, formulando su autor, de deducción en deducción, todo un sistema basado únicamente en definiciones e hipótesis. Se necesita mantener el espíritu en una tensión constante para seguir razonamientos cuya característica es el empleo de palabras en un sentido muy diferente de su significado habitual. *El capital* es un ejemplo notable del abuso del método deductivo. Parte de determinados axiomas y fórmulas que considera como rigurosamente exactos, deduce de ellos las consecuencias que parecen encerrar, y de esta manera llega a conclusiones que presenta tan irrefutables como las de las ciencias exactas. Nada hay más engañoso que este método que ha seducido a tantas mentes escogidas. En las ciencias morales y políticas, las palabras no llegan nunca a reflejar con precisión los infinitos matices de la realidad; tal finalidad sólo la pueden conseguir las matemáticas, porque especulan sobre datos abstractos y rigurosamente determinados".

El pensamiento de Marx se hace derivar de Fichte y Hegel, mas para éstos las ideas tenían más importancia que los hechos. Hegel decía que la idea de un patán es más importante para la Humanidad que cualquier otro hecho natural del universo. Es difícil comprender cómo este idealismo se podía

EL DESARROLLO DE LOS PARTIDOS SOCIALISTAS

La experiencia de la Primera Internacional, con momentos cruciales de la *Commune* en 1871 (sin olvidar las realidades hispanas de 1873, más o menos mezcladas con los fenómenos de las actividades federales y especialmente cantonalistas), pareció en principio favorecer a las corrientes bakuninistas frente a las líneas marxistas. Sin embargo, la serenidad de la minoría marxista, que, por ejemplo, supo controlar el Consejo General de la Internacional permitiría posteriormente (coincidiendo con las querellas de bakuninistas y análogos, así como con la represión conservadora, especialmente dirigida al activismo anarcoide, orquestada más o menos casualmente en diversos países a lo largo de la década 1870-1880, que, tal como muy bien ha estudiado J. Lhomme, presenciaría en todo Occidente la instalación o consolidación definitiva por entonces en el poder), permitiría, insistimos, la paulatina pero constante aglutinación y creación de cuadros marxistas, que en la misma década de los 70-80 se atrevieron ya a crear y poner en marcha sus primeros partidos de clase.

El socialismo moderno en muchos países (y muchos años antes de las tesis "revolucionistas" de Kautsky y de la de escisión, en el siglo XX, entre la II y la III Internacional) recibiría el nombre de partido socialdemócrata. Modestos quizá muchos de ellos en su nacimiento y en sus primeras etapas, pusieron los jalones para un importante movimiento, una destacada corriente que iba a pesar, cada vez en mayor proporción, en la vida electoral municipal y parlamentaria de muchos países.

De esta forma, sin renunciar a sus radicales objetivos transformadores, los partidos socialistas de diversos países del mundo occidental –paralelamente a la organización de sus secuelas y anexos sindicales– iban a participar cada vez más activamente en la vida parlamentaria de los diversos estados. Así constituyeron, al mismo tiempo y en aparente paradoja, elementos de fricción y de conflicto que se encuadrarían tras las márgenes o cauces del sistema electoral y, al propio tiempo, tal como quedaría, por ejemplo, muy claramente patente al desencadenarse en 1914 la primera Guerra Mundial, serían, a través de los mencionados cauces electorales y parlamentarios, un poderoso núcleo, un eficaz elemento de integración social.

En estos resultados, que, por otro lado, no conseguirían menguar la penetración ideológica y operativa de un movimiento político de clase, los políticos conservadores, los grandes dirigentes, que defendían los intereses poderosísimos de un sistema económico-social, consiguieron –con la participación y antes con la tolerancia y aceptación de los partidos socialistas– interesar profundamente en su juego político a grandes masas trabajadoras. Un estira y afloja, una dialéctica difícil, en fin, que demostraría grandes posibilidades y daría muchos y muy distintos resultados en el futuro.

A pesar de que los núcleos ácratas (bakuninistas y análogos) seguirían utilizando la denominación y determinadas formas de organización, la Primera Internacional oficial, controlada por la minoría marxista en el año 1874, muy pronto se pusieron en funcionamiento las bases del moderno complejo de partidos socialistas de Occidente. Por ejemplo, tras las sesiones del 22 al 25 de mayo de 1875, los partidos obreros del II Reich, reunidos en Gotha, pusieron los cimientos de lo que, pocos años después, sería el poderoso partido socialdemócrata alemán, que tomaría forma definitiva en el año 1891 al ser aprobado el programa de Erfurt (elaborado por el entonces todavía militante ortodoxo Kautsky) en un Congreso General del mencionado partido socialdemócrata germano.

Paralelamente, en España el primitivo grupo "de los nueve", denominado más tarde "de los cuarenta" y que contó como dirigente principal a Pablo Iglesias, pasó a fundar el primer partido marxista hispano en 1879 (denominándolo primeramente Partido Democrático Obrero Español –paralelo al concepto de Partido Socialdemócrata, antes apuntado–) y que, a partir de 1888 (año de la creación oficial asimismo de su órgano sindical, la U.G.T.), se denominaría ya definitivamente como Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.).

En 1883, Plekhanov y Akelrod fundaban el partido marxista ruso, de vida agitada y de importancia crucial para el futuro del socialismo; por otra parte, consolidadas ya las *Trade Unions* británicas en 1888, Keir Hardie procedía a la fundación del partido laborista de Escocia, primer pivote del importante movimiento laborista británico que en 1893 celebraba solemnemente su primer congreso general, aunque será preciso esperar al año 1900 para asistir a la constitución oficial y definitiva tanto del *Labour Party* como de la Federación general de las *Trade Unions*.

Asimismo, en 1905, después de diversos ensayos, se fundó definitivamente el partido socialista de Francia, conocido con el pomposo y complejo nombre de Sección francesa de la Internacional Obrera (S.F.I.O.). De esta forma, más o menos paulatinamente, con mayor o menor importancia, influencia, ímpetu y fuerza, irían surgiendo otros partidos socialistas, especialmente tras la reconstitución de los órganos de coordinación internacional al fundarse en 1889 en la ciudad de París la Segunda Internacional obrera, que celebró aquel mismo año su Primer Congreso General.

Por otra parte, es evidente que las tentativas integradoras y atomizadoras que acompañaron buena parte de la "benevolencia" de los grupos bienpensantes y conservadores comenzaron a obtener sus frutos, incluso en estas primeras etapas de vida de los modernos partidos socialistas obreros, especialmente en el II Reich alemán, donde el socialismo iba adquiriendo gran fuerza e importancia. Así, dejando al margen el caso, ya conocido, de la peculiar heterodoxia respecto al marxismo de los miembros del *Labour Party* (adheridos en su mayor parte a las lucubraciones del grupo de la escuela fabiana, Webb, etc.), Alemania presentará muy pronto el ejemplo de la posibilidad de disensiones en el seno de los partidos y movimientos obreros, concretamente en el seno del socialismo.

En 1899 comienza a plantearse en Alemania la crisis del revisionismo (dividiendo a los militantes socialistas en "revolucionarios" y "evolucionistas"), que llegaría a su punto máximo en Dresde en el año 1903, en el congreso del Partido Socialdemócrata, frente a las predicaciones del revisionista Bernstein y de sus amigos, en que trató de conseguir un acuerdo de compromiso (que condenaba formalmente el revisionismo, pero permitía a sus seguidores permanecer en el Partido).

Mientras casos parecidos se habían planteado en otros países, especialmente en Francia, el compromiso germano se manifestó como harto precario, de forma que en el curso del año siguiente, en 1904, el Congreso de Bremen contempló un nuevo ataque, dirigido ahora por la izquierda (con Karl Liebknecht y Clara) al pedir una decisión sin ambigüedades respecto a la huelga general revolucionaria. El problema de la oposición entre la izquierda socialista y el revisionismo socialdemócrata se planteó de forma definitiva y feroz el año 1910, cuando Rosa Luxemburg tomó la iniciativa izquierdista y obligó a Kautsky a defenderse de los fuertes ataques tanto de la derecha revisionista de Bernstein, Vollmar y otros adheridos como de los surgidos de la izquierda. Entre los rusos, por otra parte, se realizó en 1903 la escisión entre mencheviques y bolcheviques durante el Congreso de Londres... Tal era, en definitiva, el complejo panorama que en los umbrales de la primera Guerra Mundial presentaban los socialismos modernos.

A. J.



Fusilamiento en masa de los "communards" en el cuartel de Lobau de París, según grabado de "Le Monde Illustré". La represión ejercida sobre los partidarios de la Comuna fue muy sangrienta. Quizá basado en esta experiencia, Marx no consideraba que el estado capitalista pudiera derribarse por revueltas y motines.

conciliar con la casi obsesión de Marx postulando que las circunstancias físicas o el progreso y las realidades económicas obligan a transformar la ética, la estética y la política en cada época. Marx deriva de Fichte y Hegel sólo en lo de creer que no hay nada permanente, que el mundo es un continuo devenir y que a un tipo de sociedad y de economía ha de suceder inevitablemente otro tipo de trabajo y de organización. Por esto los grandes inspiradores de Marx fueron Adam Smith, Ricardo, Henry George con el impuesto único, y sobre todo Darwin con sus ideas de evolución. En las postrimerías, Marx, enfermo, declaraba que nada le hacía tan feliz como oír comparar su libro *El Capital* con el *Origen de las especies,* de Darwin.

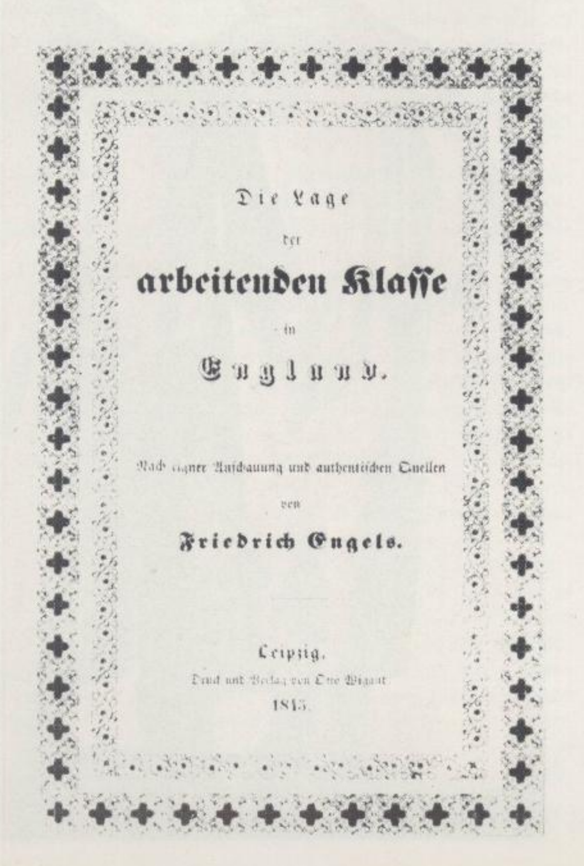
El socialismo se lanzó a la política militante primeramente en Alemania. Puede decirse que su fundador fue el singularísimo agitador romántico Ferdinand de Lassalle. Nacido en Breslau en 1825, también de familia judía, estudió en Berlín, donde enseñaba entonces Hegel. A los veinte años se convirtió en paladín de la condesa Hatzfeld, querellada con el marido. El joven abogado judío consideró el caso de la condesa Hatzfeld como ejemplo de atropello de los poderosos contra una mujer desamparada. Lassalle demandó al conde ante treinta y seis diferentes tribunales de Alemania; escandalizó publicando sus discursos en defensa de



Karl Marx y Friedrich Engels (Museo de Berlín Oriental). El encuentro de estos dos pensadores en Londres dio origen al nacimiento del partido socialista y a la reunión del Primer Congreso Internacional Socialista.

BIBLIOGRAFIA DE KARL MARX

1841	*Diferencias entre la filosofía natural de Demócrito y la de Epicuro.*
1842-1843	Colaboraciones en la "Rheinische Zeitung".
1843	*Introducción a la crítica de la filosofía del derecho, de Hegel.* *La cuestión judía.*
1844	Colaboraciones en "Vorwärts", de París. *El rey de Prusia y la reforma social.* Manuscritos sobre economía y filosofía.
1845	*La Sagrada Familia.* *Tesis sobre Feuerbach.*
1845-1846	*La ideología alemana.*
1845-1847	Colaboraciones en "Westphalisches Dampboot" y "Gesellschafts Spiegel".
1847	Colaboraciones en la "Neue Rheinische Zeitung" *(La crítica moralizante y la moral crítica).* *Miseria de la filosofía.* *Discurso sobre el proteccionismo, el libre comercio y las clases trabajadoras.*
1848	*Manifiesto del partido comunista.*
1849	Colaboraciones en la "Neue Rheinische Zeitung" *(Trabajo asalariado y capital).*
1850	Colaboraciones en la "Neue Rheinische Zeitung" *(La lucha de clases en Francia).*
1851	*El 18 de Brumario de Luis Napoleón Bonaparte.*
1851-1862	Colaboraciones en "New Work Tribune" y "People's Paper" *(Revolución y contrarrevolución en Alemania en 1848).*
1853	*La eterna cuestión.* *Palmerston y Rusia.*
1854	*¿Qué ha hecho Palmerston?*
1854-1855	Colaboraciones en "Neue Oder Zeitung", de Breslau.
1856-1858	Colaboraciones en "Free Press" y "Diplomatic Review" *(Historia diplomática secreta del siglo XVIII; Biografía de Lord Palmerston).*
1859	*Contribución a la crítica de la economía política.* Colaboraciones en "Das Volk", de Londres, del que Marx era director.
1860	Artículos para "The New American Cyclopaedia" *(Bernadotte, Bolívar, Blücher).* "Herr Vogt".
1861-1862	Colaboraciones en "Die Presse", de Viena.
1864	*Discurso y normas provisionales de la Asociación internacional de trabajadores.*
1865	Artículo necrológico de Proudhon en "Der Sozialdemokrat". *Salario, precio y beneficio.*
1867	*El Capital. Crítica de la economía política* (volumen I).
1867-1873	Manifiestos, programas y declaraciones del Consejo General de la Internacional *(La guerra civil en Francia; Informes y documentos sobre la alianza de los demócratas socialistas y la Asociación Internacional de trabajadores).*
1875	*Crítica al programa de Gotha.*
1877	*Carta a Mikhailovski sobre el desarrollo económico de Rusia.* Colaboración en el "Anti-Dühring", de Engels.
1882	*Notas marginales sobre A. Wagner.*


Die Lage
der
arbeitenden Klasse
in
England.
Nach eigner Anschauung und authentischen Quellen
von
Friedrich Engels.
Leipzig,
Druck und Verlag von Otto Wigand
1845.

Portada de la obra de Engels "Sobre la condición del obrero en Inglaterra".

la condesa, y de tal manera agobió al viejo aristócrata recalcitrante, que al fin tuvo que transigir traspasando una gran fortuna a la condesa. Lassalle recibió de ella una renta vitalicia de cuatro mil pesos anuales. Con esta pensión, Lassalle desplegó sus gustos de elegante demócrata y socialista. Llevó el partido a la calle con una agitación intelectual que nunca hubieran podido desarrollar Marx y sus amigos. Convenía al espíritu de Lassalle el triunfo ruidoso. Cada proceso que se le entablaba por sus intemperancias daba ocasión a que pronunciara otro discurso en defensa propia, que después corría impreso por toda Alemania. Lassalle tenía la aguda inteligencia del judío y empleaba argumentos sutiles, que dejaba embobados lo mismo al burgués que al obrero.

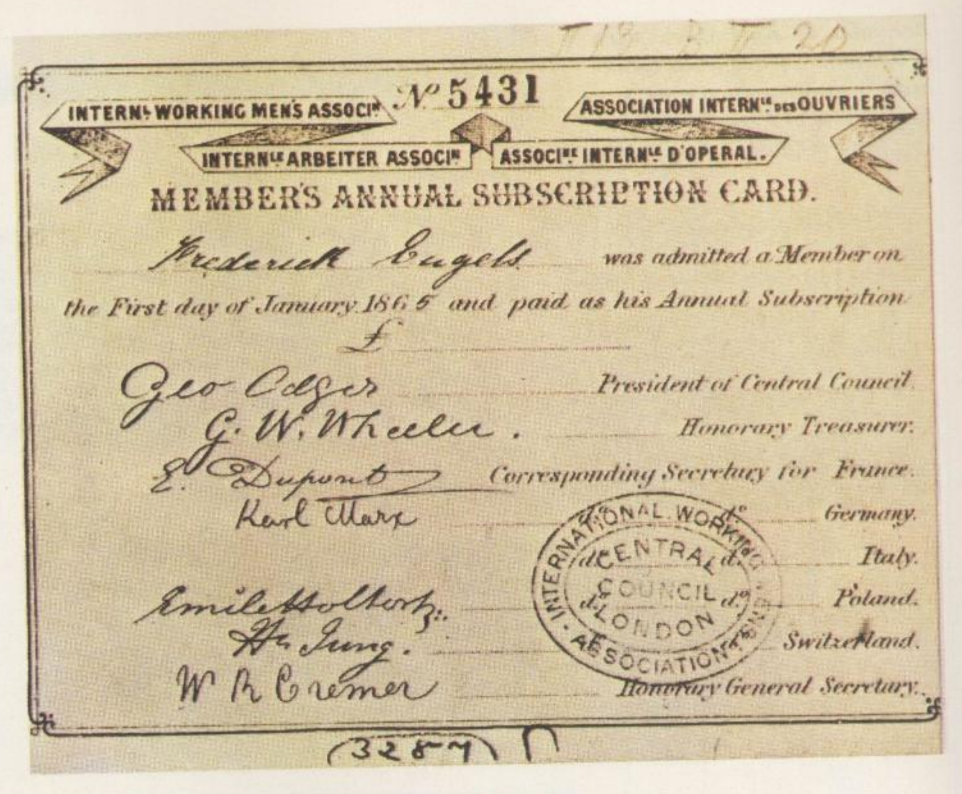
A pesar de su vanidad, petulancia –mejor dicho, elegancia– de maneras, Lassalle se mantuvo firme socialista. Su "fórmula" era la de fundar cooperativas socialistas con capital del estado. "¿No ha subvencionado el estado los ferrocarriles y otras industrias burguesas?... Con mil millones de marcos los obreros establecerían una industria indepen

diente...” Marx juzgaba a Lassalle con benevolencia; lo creía agente utilísimo, pero nunca lo adoptó como colaborador ni Lassalle se hubiera resignado a este papel secundario. El que trató de aprovecharlo fue Bismarck; después de la muerte de Lassalle se supo que ambos habían tenido entrevistas nocturnas y secretas en 1863. Bismarck veía entonces en el socialismo una fuerza unificadora de Alemania, podía ser un partido nacional que colaborara con él desde la oposición. Lassalle sólo veía en Bismarck al gran hombre que sobresalía de la mediocridad de los políticos. Se creía destinado a ser su heredero canciller de un estado socialista. Comentando Bismarck quince años después sus entrevistas con Lassalle, estuvo casi cruel al recordarlas. Dijo que Lassalle hubiera podido ser un vecino agradable en una estación veraniega.

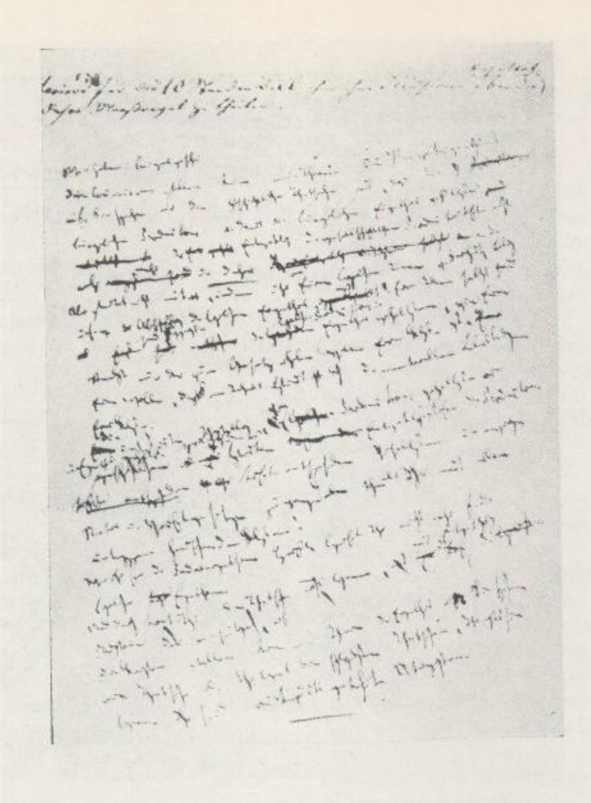
Pero en esta época, en 1878, Bismarck había cambiado de política respecto al socialismo. Ya no necesitaba su cooperación para unificar a Alemania: la guerra franco-prusiana había hecho el milagro. Al contrario, veía en el socialismo una fuerza perturbadora dentro del Imperio alemán ya constituido. Necesitaba calma para crear industrias y desarrollar su comercio. Además, los socialistas habían aparecido en el Parlamento y eran algo diferente de lo que se esperaba. En las elecciones de 1871 para el primer Reichstag los socialistas obtuvieron 102.000 votos. Uno de los elegidos, Liebknecht, era discípulo de Marx y había vivido en Londres quince años; el otro era un simple obrero tornero, Bebel, seducido por las ideas de Lassalle. Ambos se declararon socialistas revolucionarios; Bebel, con motivo de la *Commune* de París, hizo en pleno Reichstag las siguientes declaraciones: “Tened por seguro que el proletariado de toda Europa y todos los espíritus están atentos a lo que ocurre en París. Y si París y la *Commune* son aplastados, os advierto que esta derrota es sólo una escaramuza de avanzadas; es inevitable que el conflicto se extienda por todas las naciones. Vosotros oís solamente el rumor de los obreros prusianos que maldicen del lujo y la pereza de los de arriba, pero dentro de pocos años esta maldición atronará por doquier”. Las palabras de Bebel al abrir el fuego en el Reichstag probaban que el socialismo, aunque no pretendía en modo alguno suprimir las fronteras, se manifestaba francamente internacional en sus tácticas y principios, y esto tenía que producir forzosamente una notable disminución del patriotismo teutónico que acabaría por enojar a Bismarck.

El socialismo se propagó rápidamente. En las elecciones de 1874, los socialistas triplicaron los votos de 1871, y en las siguientes, de 1877, votaron 493.000 socialistas, eligiendo doce diputados. Bismarck no esperó ya más; aprovechando unos atentados anarquistas en los que había peligrado la vida del emperador, hizo declarar por el Reichstag al socialismo fuera de la ley. En pocos meses se dictaron condenas por más de mil años de presidio; se suprimieron 365 periódicos y publicaciones, se cerraron 217 sociedades y cinco cajas del partido fueron confiscadas. Doce años duró la persecución, pero los socialistas continuaron haciendo circular folletos clandestinos, y en las elecciones de 1881, en pleno período de represión, enviaron trece diputados al Reichstag, uno más de los que allí tenían antes de las leyes represivas. Ya desde aquel momento el partido *Sozialdemokrat* fue ganando electores; el año 1913 contaba con 110 diputados en un Reichstag de 397 miembros. Se contaba con una próxima mayoría.

Hoy nos sorprende la moderación de las demandas del socialismo alemán, sintetizadas en los llamados programas de Gotha (1875) y de Erfurt (1890). El programa de Gotha va precedido de un preámbulo que declara al trabajo origen de toda riqueza y reclama el traspaso a los obreros de los instrumentos y máquinas “monopolizados por la clase capitalista”...; pero mientras tanto exige como preliminares que hay que obtener por vías legales: sufragio universal, declaración de paz y guerra por el pueblo, servicio militar obligatorio para constituir una


INTERNL WORKING MEN'S ASSOCN. No 5431 ASSOCIATION INTERNLE DES OUVRIERS
INTERNLE ARBEITER ASSOCN. ASSOCIONE INTERNLE D'OPERAI.
MEMBER'S ANNUAL SUBSCRIPTION CARD.
Frederick Engels was admitted a Member on the First day of January 1865 and paid as his Annual Subscription £
Geo Odger President of Central Council.
G. W. Wheeler. Honorary Treasurer.
E. Dupont Corresponding Secretary for France.
Karl Marx Germany.
Italy.
Emile Holtorp Poland.
H. Jung. Switzerland.
W R Cremer Honorary General Secretary.
INTERNATIONAL WORKING MEN'S ASSOCIATION CENTRAL COUNCIL LONDON
(3287)

Carnet de Friedrich Engels como miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores.



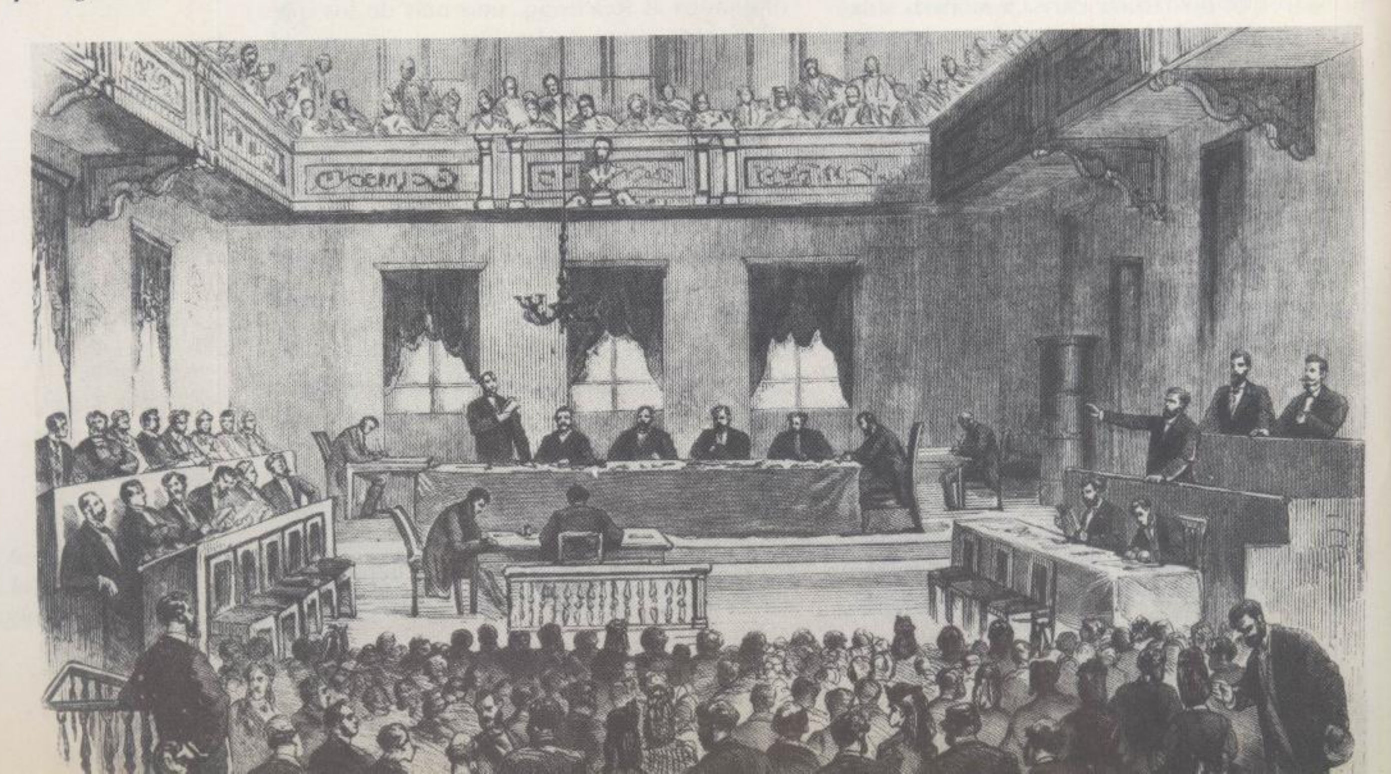
Borrador de Karl Marx para el llamado "Manifiesto comunista", encargado a éste y a Engels por el Primer Congreso Internacional Socialista.

milicia y no un ejército, leyes uniformes, justicia gratuita, instrucción laica y obligatoria, impuesto único, descanso dominical, limitación de la jornada, higiene industrial y casas para obreros..., todo cosas que en su mayoría ya han ido concediendo los gobiernos de casi todos los países.

El programa de Erfurt no es mucho más avanzado. Al impuesto único sustituye el impuesto progresivo sobre la renta y las herencias para eliminar gradualmente el capital adquirido sin trabajo; exige la igualdad de derechos del hombre y la mujer; asistencia médica y entierro gratuitos; prohibición del trabajo de niños menores de catorce años, trabajo de noche y algunas otras ventajas ya vinculadas en los códigos civiles de la mayoría de los países civilizados. Pero los "programas de Gotha y Erfurt no eran más que el banderín de enganche para las luchas electorales, común denominador de todos los matices". Cuando los socialistas llegaban al Parlamento se apresuraban a declararlo sin ambages ni rodeos: "El porvenir es nuestro...", "nuestra fuerza es irresistible...", "pero no penséis que seamos bastante locos para caer en vuestras trampas y jugar con atentados y complots...". "No nos hagáis tampoco explicar cómo será el estado futuro", "esto es juego de niños...", "en esto se divertían algunos en los primeros días del partido", "hoy sólo sabemos que las ideas se harán carne", y "que para planear en detalle el estado socialista haría falta un centenar de Montesquieu"...

Algo parecido ocurría en Francia, sólo que, a causa probablemente de la sangre derramada cuando la *Commune,* se luchaba con más rencor y el partido estaba dividido en varias tendencias: la de los partidarios de la revolución violenta, casi anarquistas, capitaneados por Blanqui y después Hervé; la de los *ex communards,* que eran en realidad marxistas, con Jules Guesde y Marcel Semblat, y, por fin, la de los socialistas gubernamentales, dirigidos por Jean Jaurés. Siempre que los socialistas franceses iban a las elecciones unidos, obtenían casi la misma proporción de votos que lograban los socialdemócratas alemanes. En 1893 enviaron 40 diputados a la Cámara; en 1906 ya eran más de 50, y en 1914 fueron elegidos 103 socialistas.

Lassalle creía que la completa transformación del estado burgués en estado socia-



Proceso de Leipzig contra los socialistas alemanes, según grabado contemporáneo. El socialismo se inició en Alemania con Ferdinand Lassalle, y hasta Bismarck vio en esta fuerza algo capaz de aglutinar al Reich. Después de la guerra franco-prusiana varió de política y, a partir de 1877, se dedicó a perseguirlos.

EL CATOLICISMO SOCIAL HASTA 1848

Aunque la expresión aparece hacia 1890, Duroselle ha remontado los orígenes del catolicismo social a los primeros decenios del siglo XIX.

Más que una corriente de pensamiento o un movimiento organizado, el catolicismo social es el empeño común de distintas personalidades para las cuales cristianismo y reforma social no son términos opuestos.

LAMENNAIS (1785-1854). ¿ANTECESOR DEL CATOLICISMO SOCIAL?

Teócrata en sus principios, ecumenista y partidario de la unión de las Iglesias, Lamennais reconocerá que "la causa del pueblo es la causa santa, la causa de Dios". Crítico del estado y de las doctrinas marxistas, es un socialista sentimental que defiende el derecho de propiedad y desdeña entrar en pormenores respecto a las reformas posibles. Una vida ennoblecida por la fidelidad a sus ideas le dará renombre y asegurará la difusión de sus ideas entre el pueblo.

BUCHEZ (1796-1865). ¿UN SOCIALISTA CRISTIANO?

Buchez será sucesivamente carbonario, sansimoniano y católico. Su obra fundamental, "Historia parlamentaria de la Revolución francesa", intenta demostrar que los principios revolucionarios de 1789 derivan directamente del Evangelio. En el terreno práctico defenderá el derecho de asociación de los obreros y las cooperativas de producción. Buchez inspiró uno de los pocos periódicos enteramente escrito y dirigido por obreros, "L'Atelier" (1840-1850).

LA REVOLUCION DE 1848

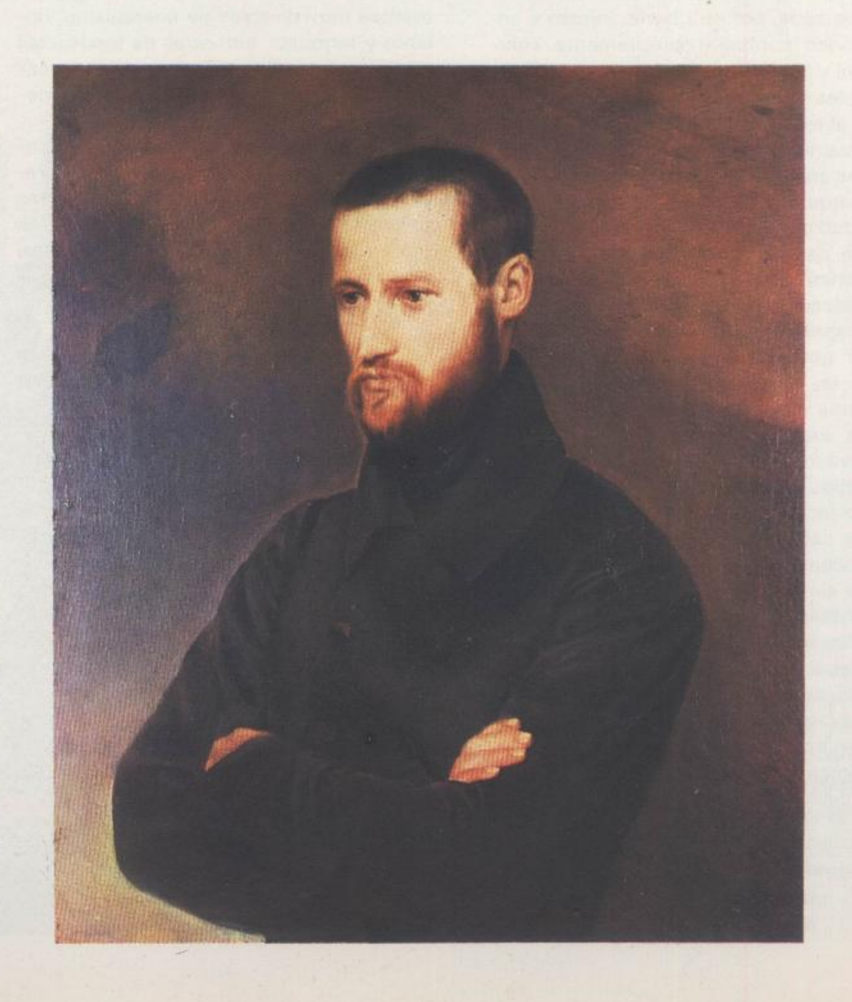
El cristianismo social alcanza su apogeo en la revolución de 1848. Los obispos franceses recomendaron al clero el apoyo sin reservas a la causa revolucionaria. Periódicos católicos como "L'Ere Nouvelle", que alcanzó una de las mayores tiradas de la época, compartirán y expondrán el credo de Buchez. En contrapartida, los temas cristianos tienen un lugar en la mitología revolucionaria y la liberación del pueblo no se considera reñida con su redención religiosa. Las elecciones populares de 1848 llevaron a Lamennais a una Asamblea Nacional de la que Buchez era presidente.

Las características de la obra de Lamennais y su ruptura con la Iglesia hicieron difícil la aparición de una escuela o de un grupo adepto a sus doctrinas.

Entre Lamennais y otros cristianos sociales como Alban de Villeneuve-Bargemont o La Tour du Pin, el único parentesco es una misma actitud crítica ante el liberalismo que tolera la miseria de las clases trabajadoras.

Al margen del catolicismo social nació en Francia el catolicismo liberal, que superó la adhesión de la Iglesia a la monarquía tradicional y las formas económicas agrarias para sumarse sin reservas al capitalismo triunfante. El compromiso entre católicos y liberales databa en Bélgica de la Constitución de 1831. En Alemania, sin embargo, el catolicismo liberal asume como propia la reforma social.

lista tardaría doscientos años, pero los franceses esperaban progresar más rápidamente. Guesde, en su discurso del 15 de junio de 1896, creía que "en 1898 tendremos ya aquí [en la Cámara] una mayoría colectivista, y entonces –añade Guesde–, no lo dudéis, iremos de prisa a la organización del nuevo régimen. Porque recordamos el consejo de Blanqui, quien decía que si un gobierno más o menos revolucionario logra mantenerse en el poder cuarenta y ocho horas y en este tiempo no llega a interesar su conservación a las masas, es un gobierno fracasado, un gobier-



Auguste Blanqui, por S. Serre (Museo Carnavalet, París). Este socialista francés había nacido en 1805 y desde 1824 pertenecía a una logia carbonaria; después fue organizador de sociedades secretas y líder socialista, en una corriente que de él tomó el nombre de "blanquismo". En 1870 sostuvo el esfuerzo de guerra del gobierno; parece que estaba destinado a ser el jefe de la Comuna, pero Thiers consiguió detenerlo; permaneció encarcelado hasta 1879. Era partidario de ocupar el poder por la acción violenta.

EN TORNO AL AUGE ANARQUISTA

Paralelamente al desarrollo de núcleos organizados, de forma más o menos fácil y, asimismo, con una legalidad mayor o menor, en el seno del sistema político de tipo parlamentario o análogo, tal como ocurre, por ejemplo, con la mayoría de los partidos socialistas a lo largo de los últimos decenios del siglo XIX, al propio tiempo que van adquiriendo mayor envergadura los variados aspectos de organización sindical, tanto la mayoría de los países europeos como las nuevas potencias como Estados Unidos asistirán en la misma época al alarmante desarrollo e incluso auge de diversas manifestaciones anarquistas, siguiendo el camino dualista y disgregador que se dibujara, de hecho, desde la época estricta de la Primera Internacional.

A fines de siglo, anarquismo y terrorismo aparecerán estrechamente unidos. Así, en España, Cataluña y sobre todo Barcelona vivirían una etapa especialmente violenta e insegura, que acabaría por otorgar a la capital de Cataluña el apelativo –internacionalmente conocido– de "la ciudad de las bombas". Y asimismo en España se producirían los lamentables acontecimientos de "La Mano Negra", paralelos y contemporáneos con la oleada de violencia, terror y atentados que se producirían en numerosos puntos del mundo occidental.

El auge del anarquismo es, pues, algo que debe ser tenido en cuenta, máxime cuando sería, por otra parte, injusto y antihistórico confundir simplemente anarquismo y terrorismo, ya que, además de las múltiples matizaciones que podrían hacerse al respecto, el observador de la época advierte que existen numerosas modalidades anarquistas o ácratas, ciertos tipos de anarquismos casi contradictorios en su totalidad con otros movimientos y corrientes de parecida denominación.

Examinando las realidades de las últimas décadas del siglo XIX y de las primeras etapas del presente, no es difícil observar que fueron muchas y muy complejas las motivaciones y realidades que, de forma más o menos comprensiva, ayudan a explicar el mencionado auge del anarquismo y de tendencias parecidas (de contenido, algunas de ellas, bastante confuso e incluso contradictorio) en muy diversos países y latitudes. Por otra parte, es evidente que sería infantil, excesivamente simplista y absurdo creer –sin mayores profundizaciones– que el incremento y la importancia que acabamos de apuntar fueron el mero desarrollo, el resultado de una penetración cada vez mayor de las ideas de tipo bakuninista, que habrían adquirido un notable empuje, especialmente después de la tan comentada escisión de los núcleos internacionalistas al comenzar los años de la década de los setenta.

Ciertamente, en el desarrollo del movimiento anarquista mencionado no puede negarse la influencia de las doctrinas de Bakunin, pero la reducción de todo un complejo fenómeno al papel de tal influencia haría, en verdad, incomprensible una buena parte de estas significativas e importantes realidades históricas. Tal como muy bien señalan, entre otros autores, expertos tan experimentados como C. Martí, resulta difícil que una corriente ideológica de características teóricas, de contenido filosófico, en fin, tan complejo y difícil de sintetizar, pudiera penetrar profunda, rápidamente y sin dificultades en el corazón de grandes masas, tanto de proletarios urbanos como de jornaleros y obreros campesinos de diverso tipo.

Es preciso, pues, a la hora de examinar un fenómeno tan trascendental tener en cuenta la existencia y el papel de otros factores, motivaciones y condiciones de características muy diversas, que van desde realidades de vida y trabajo a sustratos de mentalidad y de herencia, más o menos inconexa y consciente, de elementos ideológicos muy dispares. Solamente a través de esta visión, amplia, desapasionada y alejada de cualquier forma de planteamiento unilateral, es posible aproximarse, sin demasiadas dificultades de orientación, a la compleja realidad que durante años y años –incluso, décadas y décadas– permitirá que, de forma más o menos difícil o clara, coexistan corrientes muy diversas de anarquismo violento y terrorista, con otras de tendencias totalmente pacifistas y asimismo serenamente idealistas, según se verá más adelante.

Para comprender una realidad tan compleja, tensa y contradictoria conviene recordar que, al margen de los factores teóricos, ideológicos y filosóficos, existen otros elementos y motivaciones posibles, que contribuyen a hacer más comprensible el desarrollo y el auge del anarquismo que hemos apuntado anteriormente. En primer lugar, por ejemplo, las condiciones difíciles y negativas que, tal como señalan autores tan poco sospechosos como Ch. Morazé, imperarán en muchas industrias y formas de trabajo y en países muy diversos y que ayudan a motivar una agudización y una radicalización proletarias, fácilmente explicables. En bastantes casos, la realidad concreta, cotidiana (planteada como algo "natural" y, de hecho, "sin horizonte de cambio"), de las deficientes o malas condiciones de vida y de trabajo constituyeron elementos imperativos suficientemente comprensibles de por sí para alimentar y acrecentar una irritación e incluso una verdadera desesperación entre los elementos proletarios afectados.

Tal realidad, dura, insoportable, formaría –en diversos sectores y en varios países– un "caldo de cultivo", un "material de base", sumamente propicio para la creciente fermentación de diversas tendencias anarquistas. Paralelamente, se ha venido demostrando que –una vez patente el fundamental divorcio técnico y social entre el factor capital y el elemento trabajo– tanto en el campo como en las ciudades la negativa empresarial a comprender ciertas reivindicaciones elementales de los trabajadores (así como su cerrazón frente a la posibilidad de entablar negociaciones y diálogos que en muy poco podían perjudicarles) aumentaría la radicalización obrera, tal como muy claramente puede comprobarse en España durante varias décadas, en las últimas del siglo XIX y en las primeras del presente siglo.

Por otra parte, conviene hacer referencia al hecho de que la realidad importante –especialmente en algunos países– de las corrientes anarquistas, con su actuación claramente situada al margen del juego constitucional de la época y erigidas en poderosas tendencias de opinión y acción "extraparlamentaria", como vendrá repitiéndose en muchísimas ocasiones en nuestros días, representa un factor de desequilibrio y de contradicciones no sólo en el campo de las luchas sociales y de los planteamientos económicos, sino en el complejo de la vida política y constitucional, que contribuiría a acrecentar los derivados de las propias luchas y tensiones del juego de partido y de las realidades parlamentarias.

Realmente el desarrollo de los factores políticos, que durante bastante tiempo constituirían el meollo de la *praxis* externa de los estados liberal-burgueses constituidos a lo largo del siglo XIX, encontró en el "apoliticismo beligerante" de los anarquistas una base perturbadora que en determinadas ocasiones plantearía problemas de muy difícil solución al sistema imperante. En algunos países de estructuración sociopolítica algo peculiar –como ocurriría en el sistema de la España de la Restauración–, las complicaciones mencionadas llegarían de forma patente a adquirir proporciones de mayor envergadura, hasta el punto, por ejemplo, de que, mientras al iniciarse la década tercera del presente siglo los anarquismos presentaban un empuje y una importancia cada vez menores (frente al auge, en diversos casos, de distintas modalidades de marxismos), en España las corrientes ácratas, a pesar de los esfuerzos para su represión, representaban el núcleo de mayor importancia –animado desde hacía lustros por sucesos tales como la Semana Trágica de Barcelona, la fundación posterior de la C.N.T., etc., y por el empuje de los elementos que finalmente constituirían la F.A.I.– en el conjunto del proletariado hispano.

Las referencias anteriores ayudan asimismo a situar algunas de las caracte-

rísticas más significativas de la trayectoria general de lo ácrata. En este sentido conviene recordar que, sin duda, parte del éxito obtenido –entre extensas masas, ya de campesinos, ya de obreros urbanos– por los anarquismos estriba no tanto en la pretendida simplicidad de sus formulaciones como en la permanencia de las peculiares interpretaciones de los extremismos de la izquierda liberal, que de hecho coincidirían con las formulaciones del democratismo pequeño-burgués, intentando llevar hasta sus consecuencias más radicales los postulados básicos del primitivo liberalismo: implantación de la "armonía" y de la "feliz convivencia", que se derivaban de los viejos *slogans* de "Libertad, Igualdad, Fraternidad".

De esta forma se comprende, por ejemplo, el meteórico ascenso de movimiento de masas –entre 1868 y 1874– que en España caracterizaría a la corriente comúnmente conocida como "La Federal" y que coincidiría, por otra parte, con la penetración en tierras hispanas de las ideas y tendencias de la Primera Internacional Obrera. En este sentido conviene destacar que durante algún tiempo, entre diversos sectores comúnmente catalogados como anarquistas, la idea y el concepto de "reparto" predominan sobre la de "colectivización". Así se ocuparán fincas no para colectivizarlas, sino para tratar de "repartir" tierras entre los jornaleros.

En la raíz de muchos movimientos más o menos anarquizantes se encuentra la parte atractiva del extremismo liberal, la que haría hablar y escribir a un Pi y Margall de transformar "al proletario en propietario". Propiedad para todos, propiedad totalmente generalizada, que haría de todos los hombres verdaderos iguales y hermanos (fraternos), debía preceder a ideas como la de colectivizar. De forma que el colectivismo se introduciría en numerosos puntos a partir de la "demostración" más o menos matemática de que, por más que se deseara repartir, dividir y subdividir las realidades de propiedad (fábricas, comercios, fincas, etc.), no existía un "mínimo" aceptable, tolerable, suficiente para todos y cada uno de los hombres.

Desde esta perspectiva no resulta difícil descubrir la relación –arraigada en el liberalismo más típico– de ciertos conceptos ligados a lo colectivo con la profunda preocupación de respeto a la libertad y a la iniciativa individual. Por ello numerosos grupos anarquistas serán designados como "antiautoritarios", ya que cualquier forma de actualidad atacaba los "inalienables" derechos del individuo. Paralelamente, se comprende su rechazo de las tesis de la dictadura del proletariado. Para ellos, la revolución, el verdadero socialismo liberador, la eficaz "emancipación del proletariado", etc., sólo podían derivarse de los principios de autodeterminación, de verdadera libertad individual, posibles únicamente a través de la *acracia* (sin poder), con la supresión del poder y de la autoridad en todas sus formas y variantes.

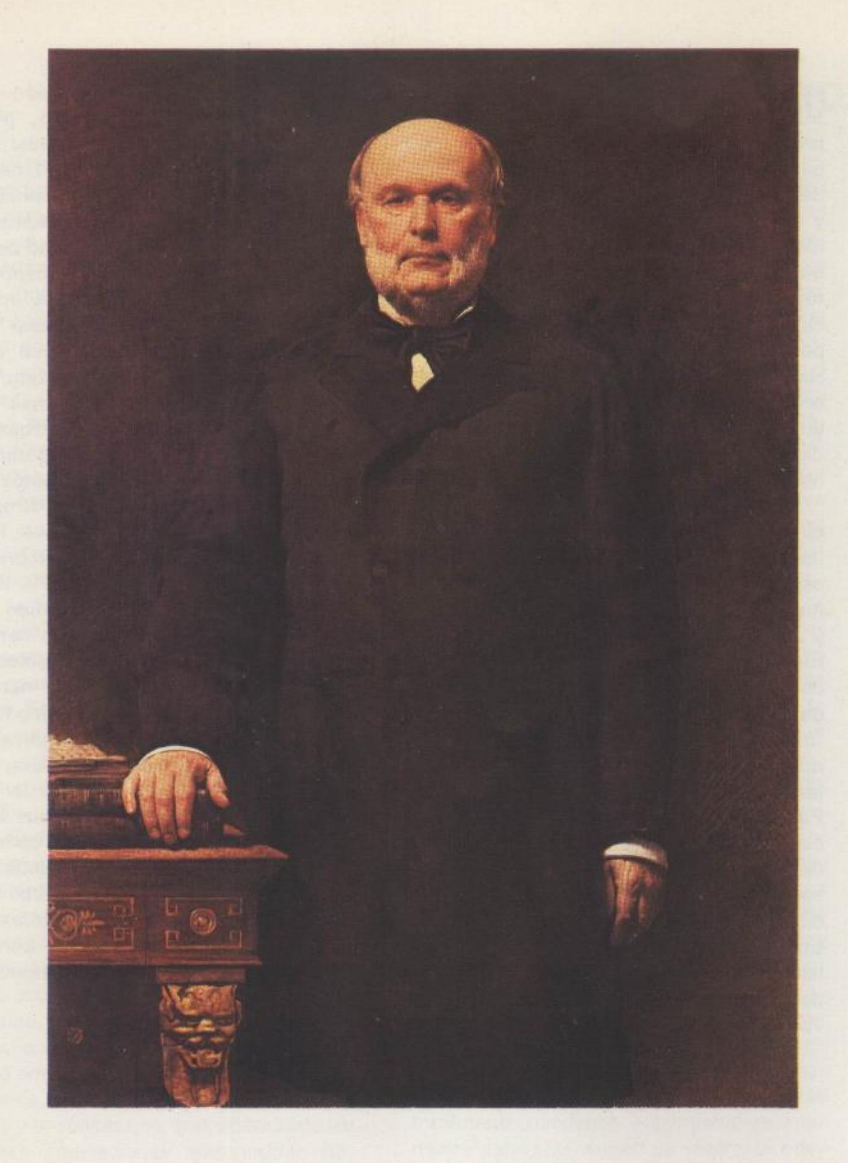
Todos estos hilos de conexión con el liberalismo individualista, etc., pueden, por otra parte, ayudar a entender la inoperancia, a la hora de la verdad, de diversas realidades anarquistas. Su vinculación a lo liberal-individualista impediría posiblemente no sólo la oportunidad de aprovechar el "momento revolucionario", sino que tropezaría además con la imaginación práctica para organizar una verdadera "anarquía" al encontrarse con el problema de que, en cierto modo, la organización exigía algunas formas de jerarquía, de control y de autoridad que constituían una contradicción insuperable.

De este modo, los movimientos y corrientes basados en Bakunin, Kropotkin, Tolstoi, Guyau, Malatesta, Grave, Reclus, Most, Malato, Max Stirner (hombre clave del "anarquismo individualista"), Rocker, Archinov, Majno, Emma Goldman, Berkman, Sorel, etc., acabarían sin conseguir resultados revolucionarios tangibles (frente al éxito, a partir de 1917, del marxismo-leninismo en Rusia) y verían como la renovada A.I.T., la vieja Primera Internacional, recreada y reorganizada (a pesar de la oportunidad de su acción en la guerra española de 1936-1939, con sus Durruti, Montseny, etc., con Barcelona como sede central, en cierto momento), asistía a unas oportunidades que se esfumaban y que, en todo caso, dejaban lugar a otras ilusiones y esperanzas, en vez de consolidar objetivos concretos y verdaderamente ortodoxos para el anarquismo.

A. J.



El Congreso Internacional Socialista en el momento en que J. Guesde hace uso de la palabra. Este Congreso, reunido en París en 1889, fundó la Segunda Internacional. Guesde, que había defendido la Comuna, preconizaba un partido socialista centralizado. Creó el Partido Obrero Francés. Fue ministro de Estado desde 1914 a 1916.

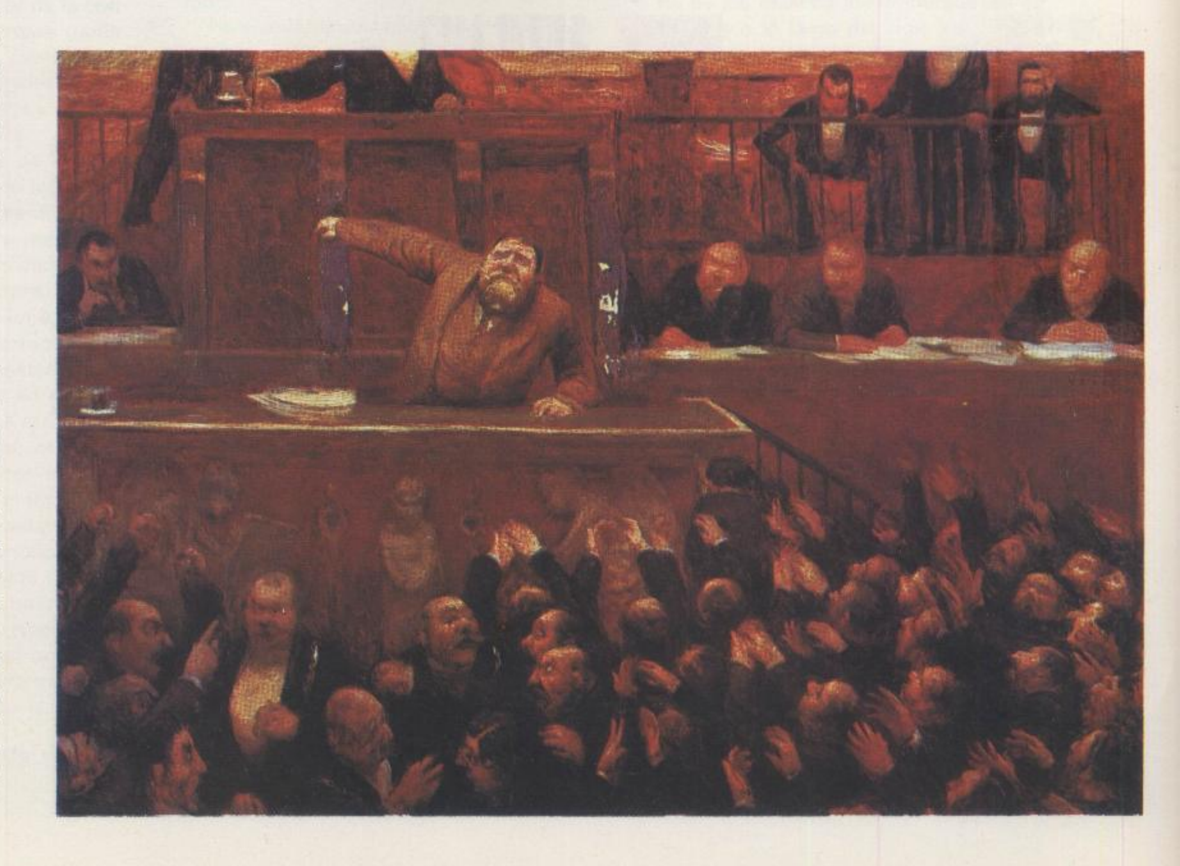


no quebrado, y nosotros, estad tranquilos, no seremos fracasados ni quebrados...".

La propaganda socialista se vio facilitada en Francia por tres sucesos que demostraban la venalidad de los políticos de aquella época. El primero de ellos fue el llamado "asunto de las condecoraciones": en noviembre de 1887 se descubrió que se vendían condecoraciones del ejército, y entre la documentación ocupada a los encartados en el hecho se hallaron cartas que comprometían a Daniel Wilson, yerno del presidente de la República. También se hizo público entonces que abusaba de su parentesco con la primera autoridad de la nación para llevar a cabo productivas empresas comerciales. Fue condenado en primera instancia, pero el Supremo le absolvió, aunque reconocía que había cometido abusos no penados por la Ley. El escándalo fue tan grande, que obligó a Grévy a dimitir. Del segundo y tercero, los asuntos "Dreyfus", condenando a un inocente a la deportación sólo por ser judío, y "del Canal de Panamá", tratamos en otros lugares de esta obra.

Muy a menudo los representantes del pueblo, los miembros del famoso poder legislativo, se insultaban desde los escaños, llegaban a las manos como si quisieran demostrar al pueblo francés, atónito, que por fuerza tenía que haber un régimen político mejor que el que ellos, los burgueses liberales, habían establecido después de la *Commune*. Guesde les decía: "Estamos aquí para comprobar

Jules Grévy, por Bonnat (Museo de Versalles). Sucedió a Mac Mahon en la presidencia de la República francesa, pero su pacifismo hizo posible la aventura del general Boulanger, que agrupó a su alrededor a los revanchistas contra Alemania.



Jaurés en la tribuna, por J. Webber (Museo Carnavalet, París). Jean Jaurés fue, con Blanqui y Guesde, el otro miembro de la trilogía socialista francesa. Creía en la posibilidad de obtener mejoras para la clase obrera colaborando con los gobiernos de coalición, ideario que lo oponía sobre todo a Guesde. En 1907, al escindirse en dos, acaudilló la mayoría derechista de la Segunda Internacional, que tenía como objetivo la defensa nacional.



Huelga a finales del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París).

vuestra defunción. Somos los médicos forenses que van a comprobar la muerte del enfermo. No nos acusaréis a nosotros de haberos matado".

En Inglaterra, la lucha entre las clases privilegiadas y el proletariado fue mucho más ordenada y pacífica. Desde el primer momento se dio por irrefutable la idea de que los cambios sociales vendrían impuestos por la necesidad y que serían los mismos conservadores los que establecerían el estado socialista. ¿No había sido Peel, un *tory,* con el propio Wellington, los que habían exigido de los Lores la aprobación de las leyes de abolición de los derechos del trigo y la adopción del librecambismo?

Disraeli, jefe del partido conservador a mediados del siglo XIX, hubiera preferido también un socialismo de estado al *laissez faire* de los liberales. "El estado –decía– no tiene más que un solo deber: procurar el mayor bien de las masas."

Seguros de que el socialismo vendría naturalmente y que no cabía más que esperar, un grupo de intelectuales de Londres fundaron en 1889 la *Sociedad Fabiana.* El nombre proviene de Fabio Cunctator, que venció a Aníbal sin entablar batallas, sólo porque supo esperar. Pero el programa de los fabianos era francamente colectivista. He aquí el primer párrafo de su estatuto: "La Sociedad Fabiana está formada por socialistas. Se propone la reorganización de la sociedad con la emancipación de la tierra y las industrias expropiándolas de individuos o clases y revertiéndolas a la comunidad en beneficio general. Solamente así los recursos naturales del país podrá disfrutarlos equitativamente el pueblo".

Para sus inmediatas campañas los fabianos no tenían programa; decían que su misión era sólo exponer los principios socialistas y preparar, por la difusión de ideas, los cambios políticos y sociales que se avecinaban. Pero otra organización socialista, la *Federación Social-Democrática,* en 1889 urgía la inmediata adopción de las siguientes reformas: "Viviendas para obreros, instrucción obligatoria con cantinas escolares, jornada de ocho horas, contribución proporcional, estatificación de los ferrocarriles y municipalización de los servicios de tranvías, agua y gas; nacionalización de la tierra con la correspondiente organización de ejércitos de

SINDICALISMOS INTEGRADORES

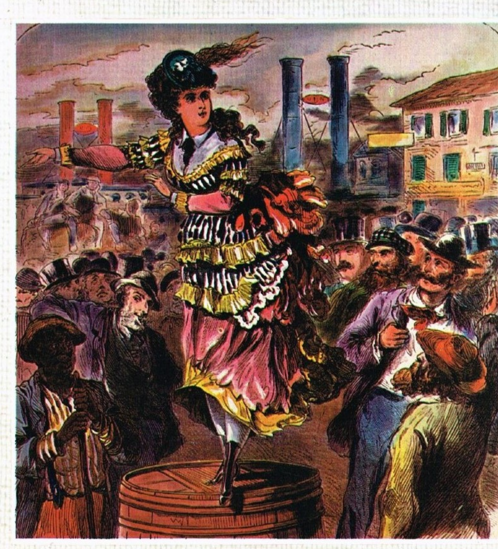
La evidente consolidación de las nuevas y poderosas estructuras derivadas del capitalismo industrial, la constante y creciente demostración de capacidad de crear riqueza de que haría gala –a partir, especialmente, de la segunda mitad del siglo XIX– el gran capitalismo, los nuevos procesos de concentración demográfica y de urbanización, etc., coincidirían –sería absurdo negarlo– con la aparición, definición y concreción de los movimientos de expresión clasista obrera, que tratarían de "tomar conciencia" de la realidad en que se encontraban inmersos y, paralelamente, de organizar corrientes y movimientos con suficiente fuerza para luchar contra el capitalismo y el poder de sus detentadores fundamentales: la burguesía.

Por otra parte, costó muchísimo a los nuevos dirigentes de lo que muy pronto se denominaría indistintamente "sociedad industrial" o "sociedad burguesa", darse cuenta de que, en el proceso de definición clasista obrera, existían posibilidades de atraer –separándolos, por tanto, de sus compañeros proletarios de clase y de aplicar con ventaja el viejo dicho de "divide y vencerás"– a núcleos de trabajadores que, ya fuera por su especialización o por otros motivos, tendían en principio a formar un "mundo" aparte, claramente diferenciado del resto del proletariado.

Este fenómeno se puede observar en todas partes y concretamente en Cataluña, donde hace años Vicens Vives puso de manifiesto las diferencias de diverso tipo (comportamiento, mentalidad e incluso nivel de vida) entre la minoría de obreros que recibían el significativo apelativo de "operarios distinguidos" y la turbamulta de peones no especializados, a los que el vocabulario de la época aplicaba las denominaciones de "vagos", "miserables", "hez", etc.

Existen motivaciones sociológicas e históricas muy serias y poderosas para explicar el hecho de que las burguesías de Occidente no supieran o no pudieran explotar este dualismo y que al final, cuando cuajen los modernos movimientos obreros de clase, coincidan en la misma organización operarios y peones. No obstante, poco a poco, y especialmente en las últimas décadas del siglo XIX, ciertos sectores dirigentes de la nueva sociedad –los mismos que sabrían dar oportunidades, integradoras en mayor o menor escala, a los partidos obreros para participar en la vida electoral y parlamentaria (oportunidades de las que, por ejemplo, tratarían de beneficiarse los socialistas)– descubrieron no sólo que, tanto a la larga como a la corta, sería mucho más beneficioso para el capitalismo industrial el reconocimiento de las organizaciones sindicales, sino que además –aprovechando especialmente el carácter de reivindicación inmediatista que en muchos casos, por razones de estrategia muy explicable y elemental, presentaban los movimientos sindicales– podían tratar de vincular, de forma más o menos intensa, más o menos sentida, los intereses, acciones e incluso finalidades de ciertos sectores sindicales; de organizaciones sindicales completas en algunos casos, con los fines y objetivos de la sociedad capitalista de que formaban parte.

Es decir, frente a las predicaciones de lucha y de emancipación que propugnaban los dirigentes de unos movimientos obreros insertos (no por voluntad, sino por factores "coyunturales" insuperables de momento) en el sistema de explotación capitalista, se supo dibujar la imagen de una "comunidad" verdaderamente fraternal y libre, en la que, a pesar de desigualdades evidentes e incluso necesarias (sin estímulo, sin más ganancia, etc., para el más laborioso o ingenioso no existe progreso, no se agudizan ni la capacidad ni los instintos creativos de riqueza y bienestar, etc.; es lógico que reciba más aquella persona que labore más, etc.), se iban realizando más o menos paulatinamente los ideales de liberalismo, de la auténtica armonía.



De este modo, los sindicatos, con sus centenares de miles e incluso millones de afiliados, adheridos y simpatizantes convivían, codo a codo, en una fraterna y dinámica organización social que, al tener como fin fundamental la multiplicación creciente de riqueza, permitía no sólo hacer más ricos a los que ya lo eran, sino ampliar la base general de riqueza, que les daba a los obreros integrados en la comunidad la posibilidad concreta de ver, cada vez más, realizados sus sueños e ilusiones: obtener reivindicaciones concretas (salarios más altos, menos horas de trabajo, seguridad social, higiene en el trabajo y en sus barrios, etc.), al propio tiempo que "realizaban" sus anhelos de poder a través de las tesis del sufragio universal y de la idea de "un hombre, un voto", al poder participar, en teórico pie de igualdad, en la vida política.

La hábil explotación de ciertos egoísmos más o menos latentes en el corazón de todos los hombres ayudaría a la promoción de ciertos sindicalismos integradores, en el seno de la para ellos "perfecta" y "sagrada" sociedad industrial de clases. El ejemplo de un considerable número de obreros de los Estados Unidos puede ser sumamente significativo al respecto: al crecer en extensión territorial y en posibilidades de toda índole, los Estados Unidos de Norteamérica se convirtieron en un objetivo, en una auténtica tabla no sólo de salvación, sino incluso de "liberación" para millones de inmigrantes europeos,

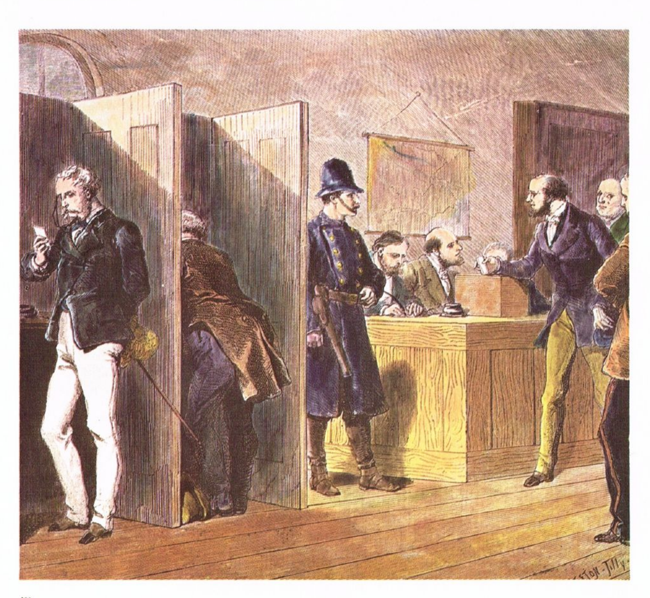
donde, pese al auge del industrialismo, el auge demográfico no les permitía subsistir con unos mínimos de decencia. De todas partes, millones de obreros de Europa se trasladaron al "paraíso U.S.A."; las facilidades encontradas por las primeras oleadas de inmigrantes eran lógicas y fácilmente explicables: existían grandes riquezas que explotar, faltaba mano de obra y, en consecuencia, los propietarios y empresarios en general no podían regatear. Necesitaban trabajadores, a costa incluso de pagar salarios mucho más altos de los pagados en Europa.

Los inmigrantes obreros comprendieron, por otra parte, que si –a pesar de la gran expansión norteamericana– seguían llegando grandes masas de obreros procedentes de Europa, corrían el riesgo de que los salarios bajaran y, por tanto, de que su posición relativamente ventajosa dejara de serlo en buena parte. Y por ello, fueron sindicalistas americanos los que en mayor proporción lucharon para que las Cámaras legislativas de los Estados Unidos pusieran coto a la emigración, señalando "cupos" restrictivos, según países y etnías, a la entrada de inmigrantes. De esta forma, el integracionismo sindical demostró no sólo preocuparse por sus particulares intereses, que paralelamente coincidirían con los del capitalismo norteamericano, sino que además cortarían ostensiblemente con el principio de solidaridad internacional entre los obreros, que hasta entonces tanta fuerza y simpatías habían conseguido dar a los componentes de la nueva clase industrial.

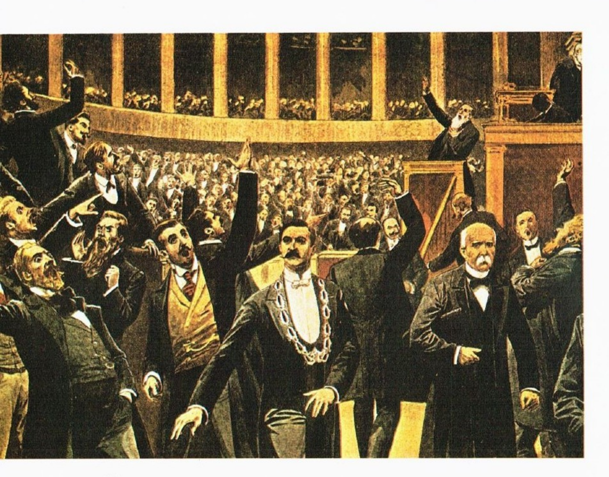
Como es sabido, además de los Estados Unidos –a los que finalmente se impondría el famoso y poderoso binomio A.F.L. y C.I.O.–, el sindicalismo integrador tendría una de sus manifestaciones más peculiares y al propio tiempo más complejas en el Reino Unido. En efecto, las T.U.C. *(Trade Unions)* británicas, que finalmente abandonaron como tesis oficiales las propias del marxismo y, en todo caso, buscarían sus particulares caminos "liberadores" por las sendas del interesante y complejo movimiento de la denominada "escuela fabiana", demostraron no sólo su habilidad para crear un partido de cariz socialista distinto de los demás existentes en el mundo, el *Labour Party,* sino que además paulatinamente (y con las excepciones importantes y coyunturas distintivas que es imposible dejar de tener en cuenta) fueron acostumbrando a sus miembros a la continuidad integradora en el seno de una comunidad capitalista que, a pesar de sus diferencias de clase, permitía mejoras salariales, legislación laboral, sistemas de seguros, organización y multiplicación de cooperativas de tipo muy diverso (consumo, producción, etc.).

Otros países, especialmente los escandinavos, verían asimismo crecer el papel de fórmulas sindicalistas integradoras que, en muy diversos países y casos, adquirirían en el siglo XX al plantearse el pleito entre la III Internacional, de nuevo cuño, y la veterana II Internacional. Asimismo, en el panorama de las realidades de los sindicalismos integradores es importante dejar clara constancia de que no siempre –y conviene insistir en ello– pueden efectuarse simplismos deformadores, como sería, por ejemplo, el de colocar las actividades de los denominados "sindicatos amarillos" (con sus sistemas de "esquiroles", prácticas rompehuelgas, etc.) en el marco, puro y sin matices, del complejo fenómeno de los sindicalismos integradores.

A. J.



Elecciones en Gran Bretaña (Biblioteca Nacional, París). El movimiento socialista en Gran Bretaña, originado a través de la "Sociedad Fabiana" y la Federación Social-Democrática, desembocó en la formación del "Labour Party", cuyo programa presentaba como uno de los puntos importantes la instauración del sufragio universal.



Tumulto en el Parlamento francés, cuando los diputados socialistas interrumpieron la sesión y abandonaron el edificio cantando "La Internacional" (Biblioteca Nacional, París).

trabajadores para producir según los principios de cooperación". El programa es algo más ambicioso que el de los socialistas alemanes, pero probablemente los ingleses se hubieran contentado con mucho menos.

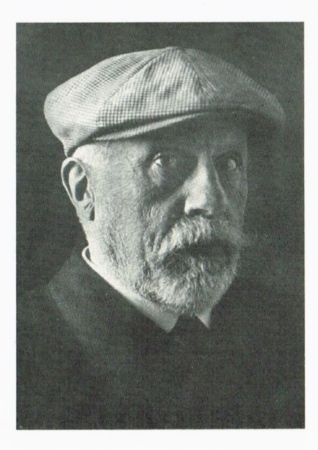
El resultado de todos estos esfuerzos combinados fue la formación del *Labour Party* o partido obrero británico, que emprendió la lucha en la liga política con el siguiente programa: 1. Sufragio universal y único para cada votante. – 2. Parlamentos trienales y elecciones simultáneas el mismo día en todos los distritos. – 3. Dietas a los diputados y pago por el estado de los gastos de los electos. – 4. Representación proporcional. – 5. Instrucción obligatoria y cantinas escolares. – 6. Nacionalización de tierras y minas. – 7. Autonomía de los antiguos reinos y colonias del Imperio británico. – 8. Legislación obrera: jornada de ocho horas, seguros por accidentes, enfermedades, vejez y muerte, e higiene de los talleres. – 9. Nacionalización de los ferrocarriles. – 10. Reglamentación del tráfico de bebidas alcohólicas. – 11. Abolición de la Cámara de los Lores y de los cargos hereditarios. – 12. Codificación de la ley civil y justicia gratuita.

En Italia, el socialismo parlamentario, dirigido por Turati, Labriola y Ferri, hizo pocos progresos, porque se mantenía vivo el entusiasmo romántico de la época de liberación. Todo lo que hacían los diputados socialistas en la Cámara italiana era fiscalizar los abusos y revelar corrupciones, pero nunca confiaron en un traspaso total de poderes del estado capitalista al estado socialista en un porvenir cercano.

En España, el socialismo de esta época tuvo escasa importancia; el anarquismo, en cambio, se apoderó de la imaginación de los más exaltados. El programa anarquista lanzado por el ruso Bakunin –estafador e inmoral– se basaba en el sofisma de que ser ciudadano del estado socialista sería una servidumbre, una esclavitud igual o peor que la de ser ciudadano en un régimen capitalista. El ideal era vivir como hombres libres y virtuosos sin el despotismo de un gobierno que obligara a cada uno a desempeñar servicios que no fueran de su gusto. La táctica de los anarquistas, más que la predicación, fue la de crear una obsesión de pánico con atentados misteriosos, como queriendo demostrar que el estado que se basaba en la fuerza era no sólo antinatural, sino imposible, pues que un individuo aislado podría desbaratar el mecanismo de gobierno asesinando a su jefe. Repitiendo los atentados terroristas, se llegaría a un momento en que se tendría que liquidar el estado y vivir la Humanidad entera sin gobiernos ni fronteras.

Sólo en el centro y el Norte llegó a contar el socialismo con cierto número de adeptos entre la clase obrera y algunos intelectuales; en las demás regiones, el anarquismo se había enseñoreado de las masas y no había manera de encauzarlas por otro camino.

Por otra parte, el socialismo español, que no siempre estuvo de acuerdo con el internacional, luchó por mejorar las condiciones



Pablo Iglesias, el apóstol del socialismo español. Esta ideología no contó con demasiados adeptos en España, más atraídos por la anarquista, pero la labor del socialismo en pro del obrero español fue beneficiosa (casas baratas, montepíos, reglamentación del trabajo femenino y de los niños, asilos para inválidos, etc.).

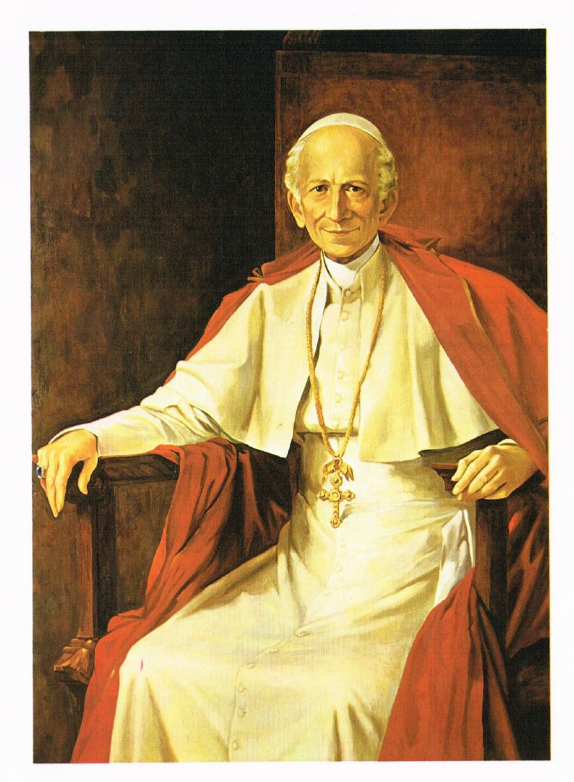
de los trabajadores. Los diferentes gobiernos, por su parte, percatados de la alta trascendencia de la reforma social, decretaron medidas que tendían a beneficiar a aquéllos, como la edificación de casas baratas para obreros (1853), la declaración de la utilidad moral, social y económica de los montepíos o sociedades de socorros mutuos para trabajadores, la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, la creación de una Comisión de Reformas Sociales y de un Asilo de inválidos del trabajo en Vista Alegre, así como la promulgación de la ley de Accidentes del Trabajo.

Junto al socialismo había nacido un socialismo cristiano y en España netamente católico. En parte pretendía contrarrestar los efectos del socialismo revolucionario, pero también quiso practicar los principios del Evangelio atrayendo a los desvalidos y amparándolos en cumplimiento de preceptos de la Iglesia y de recomendaciones bien explícitas de León XIII y de la encíclica *Rerum Novarum*.

En los países escandinavos, más reflexivos y más cultos, con un sentido más práctico de las realidades y las utopías del ideal, el socialismo tomó la dirección que llamamos "intermedia" de las cooperativas de producción y de consumo; pero ésta –que parece ser la más razonable– tiene grandes dificultades por ser casi imposible impedir con legislación que las acciones de la cooperativa no se acumulen en unos cuantos capitalistas y se fomente de esta manera el mal que se trata de remediar. El cooperativismo es ciertamente una de las facetas del socialismo, una de las etapas, si se quiere, en el camino total a recorrer; pero, naturalmente, tiene también sus escollos, como los han tenido siempre, a lo largo del curso de la Historia, todas las transformaciones y cambios que se han pretendido introducir en el régimen o sistema político de los pueblos.

Para muchos radicales, el cooperativismo está destinado a producir una distracción peligrosa del socialismo del estado, que es el único, según ellos, que puede remediar la injusticia social y evitar las crisis de superproducción. Pero aunque sea un juguete, un entretenimiento que ocupa la imaginación de los pequeños propietarios, el cooperativismo puede servir de compás de espera y demorar la lucha de clases. Los funcionarios, los pequeños rentistas, los burgueses, encuentran beneficio y placer organizándose en cooperativas de consumo para recibir los productos de otras cooperativas de producción. Así creen evitar al intermediario, al parásito. En Inglaterra, al comenzar la guerra había 8.643.000 asociados con 10.600 tiendas de comestibles y 1.103 tiendas de muebles, material eléctrico y cacharrería. Una cooperativa central en Manchester proveía a las cooperativas esparcidas por todo el país. En Suecia, una cuarta parte de las familias participaba en el cooperativismo, que abarca muchos sectores de actividad: de consumo y de producción.

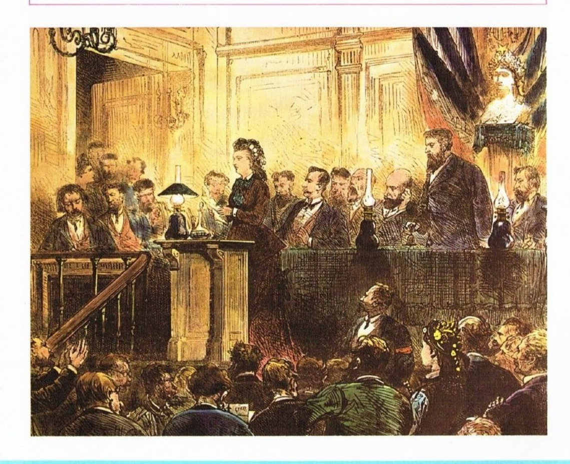
El gigantesco desarrollo del cultivo de naranjas y limones de California no se hubiera realizado sin las cooperativas de los propietarios de los naranjales, que disponen de técnicos, empacadoras y agentes distribuidos por los mercados para anticipar la demanda. En Suiza, los campesinos se aprovechan de las cooperativas con sus grandes centrales, adonde va a parar la leche para ser pasterizada y homogeneizada.



El papa León XIII (Patriarcado de Venecia), en cuya encíclica "Rerum Novarum" se basaron varios movimientos, originados en los países católicos, de socialismo cristiano.

BIBLIOGRAFIA

Baumont, M.	*L'essor industriel et l'impérialisme colonial (1878-1904),* París, 1949 (2.ª ed.).
Belof, M., y otros	*Histoire de l'Europe. L'Europe du XIXe et du XXe siècle* (2 vols.), París-Milán, 1964.
Braudel, F.	*Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social,* Madrid, 1969.
Duroselle, J.-B.	*Europa. De 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales,* Barcelona, 1967.
Febvre, L.	*L'État moderne,* en "Encyclopédie française", dirigida por L. Febvre, París, 1935.
Grousset, R.; Léonard, E. G., y otros	*Histoire Universelle,* tomo III de la "Encyclopédie de la Pléiade", París, 1958.
Hauser, H., y otros	*Du libéralisme à l'impérialisme (1866-1898).* Segunda edición revisada y refundida por F. de L'Huiller, París, 1952.
Huiller, F. de L'	*De la Sainte-Alliance au Pacte Atlantique. Le dix-neuvième siècle (1815-1898),* Neuchâtel, 1954.
Latreille, A., y Siegfried, A.	*Les forces religieuses et la vie politique,* París, 1951.
Lavau, G.-E.	*Partis politiques et réalités sociales,* París, 1953.
Morazé, Ch.	*Essai sur la civilisation d'Occident,* París, 1950. *El apogeo de la burguesía,* Barcelona, 1965.
Schnerb, R.	*El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914),* en "Historia general de las civilizaciones", vol. VI, dirigida por M. Crouzet, Barcelona, 1960.
Seignobos, Ch.	*Histoire politique de l'Europe contemporaine. Évolution des partis et des formes politiques,* París, 1924.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna,* vol. II, Barcelona, 1950.



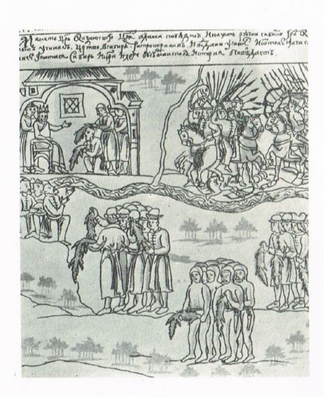
Sesión de un congreso obrero reunido en París (Biblioteca Nacional, París).



Alejandro Puschkin, el gran escritor ruso, presencia la detención de un amigo íntimo para ser deportado (Museo Puschkin, Leningrado). La gran expansión de Rusia por Asia se valió, para ciertos tipos de poblamiento, de la deportación de los presos, políticos o no, a aquellos lugares.

Expansión del Imperio ruso

Parece como si desde la Edad Media hubiesen tenido los boyardos rusos presentimientos del imperial destino de su país. Acaso esta premonición provenía de sentirse herederos de la cultura bizantina; muchos prelados y monjes de Constantinopla, al avanzar los turcos, se habían refugiado entre los rusos y les habían contagiado ambiciones imperiales. Acaso la sensación de que Moscovia o Rusia estaba destinada a ser un gran imperio provenía de la falta de resistencia que para la expansión encontraba por el lado del Asia; Moscovia no tenía fronteras bien limitadas más allá de los Urales. Pero también contribuyeron a crear un instinto imperial entre los rusos sus luchas contra los tártaros o mongoles, que conquistaron el país en tiempo de Gengis-Khan y fueron vencidos al cabo de siglos de diplomacia y hábiles campañas. Así, no es de extrañar que, a pesar de su retraso moral y político, los barones moscovitas fueran capaces, en Asia, de una actividad colonizadora sólo comparable con la que los españoles estaban entonces desplegando en América. Las primeras iniciativas de expansión en Siberia se manifestaron entre los mercaderes de la ciudad-feria de Novgorod, en el Volga, a la altura de Moscú.



Miniatura del manuscrito "La conquista de Siberia" (Biblioteca de Leningrado), en que se aprecia el cobro de tributos de pieles a los indígenas y, en el extremo superior derecho, una acción guerrera.

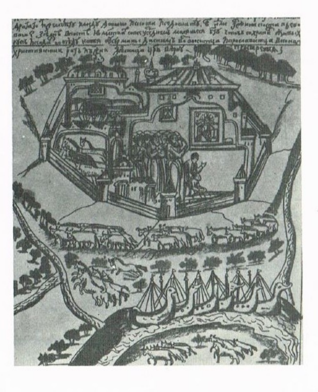
Éstos empezaron a comerciar con los nómadas del otro lado de los montes Urales, y tal fue el éxito, que a fines del siglo XV ya habían llegado hasta el río Ob, consiguiendo, además de provechos con el intercambio, imponer sus protectorados y un tributo anual de pieles de marta cebellina.

En 1558, un rico comerciante de Novgorod, Gregorio Stroganov, obtuvo del príncipe de Moscovia la concesión de 106 verstas cuadradas (unos 150 kilómetros cuadrados) en las márgenes del río Kama. El señor de Moscú daba tierras en Siberia como Carlos I o Felipe II concedían derechos de "entrada" a los conquistadores del Nuevo Mundo... Pero la colonización rusa era sobre todo comercial. Stroganov se limitó a construir varios fuertes con empalizadas para mantener a distancia a los indígenas cuando no llegaban en son de paz para traficar. Uno de los agentes de Stroganov, cierto Yermak, a manera de minúsculo Cortés o Pizarro, se destacó de su patrono con una banda de mil aventureros a conquistar otra zona más al Este y logró una relativa gran victoria con la toma de la ciudad tártara de Sibir. Relatos de esta hazaña corrieron en Rusia como el de la conquista de México en España, y la consecuencia fue que, aun cuando ni Sibir ni su territorio podían compararse con México, toda la región al otro lado de los Urales tomó el nombre de Sibir, que así se llama todavía en ruso a Siberia.

En 1620, otros mercaderes y conquistadores avanzaron hasta el río Yenisei, y en 1651, superando la resistencia de las tribus de los bélicos buriatos, llegaban al lago Baikal, cerca del que establecieron la ciudad de Irkutsk. Casi contemporáneamente, vanguardias de cosacos descubrían por la vía de tierra las costas del océano Pacífico, fundando la primera base marítima rusa en el Extremo Oriente en la bahía de Okhotsk el año 1647. Es difícil comprender hoy que estas iniciativas de aventureros en la remota Siberia pudieran interesar al príncipe de Moscovia y a los magnates ebrios y turbulentos que le rodeaban; pero en aquella época las empresas coloniales se consideraban como negocios dinásticos provechosísimos, y más para los gobernantes que para los colonizadores. Así es que no sólo se animó a marchar a Siberia a todo aquel que deseaba partir, sino que se enviaron enjambres de colonos a cargo del estado.

A principios del siglo XVIII se contaban hasta 250.000 emigrados rusos en Siberia, y la administración mantenía caminos y correos en condiciones que competían favorablemente con los de entonces en la Rusia europea. La capital era Tobolsk, y el país entero se administraba por un gobernador general asesorado por gobernadores provinciales. Su función principalísima consistía en cobrar tributos de los aborígenes, calculados en pieles. Los indígenas que se convertían al cristianismo estaban exentos de contribución y no había impedimento para casarse rusos con mujeres del país, de manera que la línea divisoria civil era la religión, no la raza. Pero no llegó a crearse un tipo híbrido o criollo.

Así estaban las cosas para Rusia en Oriente al comenzar el reinado de Pedro el Grande. Durante los primeros años este zar no pudo prestar gran atención a sus dominios asiáticos, empeñado en abrir para los rusos lo que él llamaba "una ventana sobre Euro-



La ciudad tártara de Sibir (de la que ha tomado el nombre genérico la amplísima zona asiática de Rusia) ya en poder de Yermak (miniatura del manuscrito "La conquista de Siberia"; Biblioteca de Leningrado).



Instalaciones en Siberia (1834) para la explotación de una cantera (Museo Puschkin, Leningrado).

pa". Esta fue la conquista de Estonia y Livonia, que daba a los rusos acceso al Báltico. En las campañas que hemos relatado en el volumen anterior de esta obra explicamos que Pedro el Grande logró también una ciudad en el mar de Azov, puerta trasera de Rusia en el mar Negro. Pero desde 1714 Pedro empezó a impulsar la penetración rusa en Asia con el ímpetu magnífico que ponía en sus empresas. A veces bastaban embajadas, como en el caso de China. Pedro simulaba un interés puramente comercial y se contentaba con concesiones. A Persia tuvo que forzarla con una campaña para obligarla a comerciar, castigándola además con la anexión de tres provincias y dos puertos en el mar Caspio. Pero su formidable videncia se revela en las instrucciones que dio a Bering para la exploración del océano en el Extremo Oriente: "Iréis a Okhotsk o Kamchatka y allí construiréis uno o dos buques con puente para navegar hacia el Norte, donde parece que la costa se une con la de América". Bering cumplió el encargo e informó que los dos continentes no estaban unidos.

La iniciativa de Pedro el Grande de explorar aquellos mares del confín de su Imperio fue continuada después de su muerte por la Academia de Ciencias que él había fundado. Bering fue de nuevo a Okhotsk, construyó otros dos buques, el *San Pedro* y el *San Pablo,* y llegó con ellos a la bahía de Avacha, en Kamchatka, donde fundó la ciudad de Petropavlovski (San Pedro y San Pablo), y continuó explorando las islas Aleutianas hasta Alaska; desgraciadamente no pudo relatar sus descubrimientos porque murió de escorbuto con muchos de los que le acompañaban.

En 1738, otra expedición de cuatro buques salió de Okhotsk para el Japón. Después de navegar dos días a lo largo de la costa nipona, los rusos anclaron y comerciaron, pero sin atreverse a desembarcar porque en el siglo anterior los japoneses habían expulsado a los extranjeros, permitiendo sólo el comercio a chinos y holandeses. Éste fue el



primer contacto de Rusia con el Japón, celoso y cerrado, sin ambiciones más allá de sus costas. Nadie hubiera podido sospechar que en aquel pequeño reino insular vegetaba adormecido el futuro contrincante de Rusia en Extremo Oriente. Pero se desprende del anterior relato que Rusia tiene por lo menos derechos de prelación: se anticipó al Japón y aun a China en la exploración y explotación de los territorios de la Siberia y del Pacífico. Enfrente del Japón, el océano entre la región del Amur y Kamchatka lleva todavía el nombre de mar de Okhotsk, del puerto base de los rusos en aquellas regiones.

El gobierno de Pekín no sentía gran inquietud por detener el avance de los rusos en Siberia. Hubiera podido hacer valer sus derechos, presentando al emperador de la China como legítimo heredero de Gengis-Khan, a quien en definitiva habría correspondido la extensa región comprendida entre los Urales y el Pacífico; pero el recuerdo de los días de conquista se había de tal manera amortiguado entre mongoles y chinos, que sus intervenciones en Siberia no eran más que para fomentar perversamente rebeliones entre rusos y tártaros.

Una sola vez, y muy en los comienzos de la penetración rusa en Siberia, se agitaron los chinos para impedir que los rusos construyeran fuertes en la región del Amur. Después de varias escaramuzas, a las que no puede darse el nombre de campaña, los rusos pidieron negociar un tratado y los chinos consintieron, pero llegando sus plenipotenciarios con una escolta de 10.000 soldados. Esta clase de contingentes no se había visto por aquellas regiones desde la época de la Gran Horda. Los chinos traían como intérpretes a dos sacerdotes jesuitas, los padres Gerbillon y Pereyra, que redactaron el tratado en latín. Es el famoso tratado de Nerchinsk, el primer convenio entre China y una nación europea. Por él se obligaba a los rusos a desmantelar los fuertes del Amur, pero se les concedía el derecho de comerciar en China, como los chinos podían comerciar en Siberia. El tratado de Nerchinsk, firmado el 27 de agosto de 1689, o sea dos se-

DESARROLLO DEL IMPERIO RUSO

1858	China cede a Rusia los territorios situados al norte del río Amur.
1859	Anexión definitiva de la región montañosa del Cáucaso.
1860	China cede a Rusia la desembocadura del río Amur, donde será fundado Vladivostok.
1864-1865	Campañas del ejército ruso en Turkestán: toma de Tashkent.
1868-1870	Conquista del sultanato de Bukhara.
1868	Toma de Samarkanda.
1873	Anexión del sultanato de Khiva.
1884	Ocupación del oasis de Merv. Los ejércitos rusos amenazan Persia.
1893	Conquista de las regiones de Ferghana y Pamir.
1896	Concesión a Rusia de las líneas ferroviarias de Manchuria.
1898	China cede Port Arthur a Rusia, que pronto le disputarán los japoneses.
1904-1905	Guerra ruso-japonesa.

manas antes de que subiera al trono Pedro el Grande, da la prelación al zar, que se nombra primero que el emperador de China. Se estipula en él una paz eterna y amistad inalterable entre Rusia y China, y por más de doscientos años Rusia y China han logrado resolver sus dificultades amistosamente, sin llegar a una guerra formal.

La cláusula del tratado de Nerchinsk que obligaba a los rusos a desalojar la región del Amur se cumplió sólo a medias y aun hasta la llegada a Siberia del activísimo gobernador Muraviev en 1848. El zar Nicolás I lo escogió para aquel cargo cuando solamente tenía treinta y ocho años. Al verlo por primera vez a las siete de la mañana al detenerse el tren en una pequeña estación cerca de Tula, el zar tuvo la revelación de lo que podría hacer aquel hombre joven en una posición de gran responsabilidad, y saltando el escalafón lo envió a Extremo Oriente con poderes virreinales. Llevaba carta blanca para decidir lo que convenía a los intereses de Rusia desde el Yenisei al estrecho de Bering. La primera preocupación de Muraviev al llegar a Irkutsk fueron las limitaciones que imponía el tratado de Nerchinsk en el Amur. Los demás ríos de Siberia, el Ob, el Yenisei y el Lena, corren de Sur a Norte para desaguar en el océano Ártico; el Amur es el único que va de Oeste a Este al mar de Okhotsk.

Muraviev encontró que la zona del Amur, evacuada por los rusos desde hacía más de un siglo, estaba despoblada. Y si los chinos no habían beneficiado aquella región hasta entonces, menos aún lo harían en adelante. Muraviev, sin detenerse en escrúpulos, envió una expedición a la desembocadura del Amur, donde fundó la ciudad de Nikolaievsk, ya mucho más al sur de Okhotsk. Al protestar el Japón, que estaba entonces despertando de su sueño secular, la cancillería rusa aparentó sorpresa de las actividades de los agentes de Muraviev y declaró que se habían extralimitado, pero el zar añadió que "donde se ha izado el pabellón ruso ya no debía arriarse...", y las cosas quedaron como estaban, con el eterno *de facto,* que legitima todos los excesos políticos, sobre todo en Oriente.

Más aún, tras la cesión por China de la región de la desembocadura del Amur, Muraviev y sus agentes se lanzaron a conquistar la costa al sur de dicho río y fundaron varias ciudades, entre ellas, cerca de la frontera coreana, la de Vladivostok, que quiere decir "señora de Oriente", la cual debía ser capital de Rusia en el Pacífico. A los lugares vecinos a Vladivostok dioles Muraviev, con ambición imperial, nombres de la antigua Bizancio. Había en Vladivostok una ría que se llamó Cuerno de Oro, y el estrecho de entrada a la bahía fue apellidado Bósforo oriental. A Vladivostok se trasladó la base naval rusa en el Pacífico. Había estado primero en Okhotsk, en el parale-

Jinetes del ejército japonés en una misión de reconocimiento (Biblioteca Nacional, París). En 1894 se originó la guerra chino-japonesa a causa de Corea, que fue fatal para China.



EL MUNDO AGRARIO RUSO

A mediados del siglo XIX, Rusia era un inmenso país agrario, con un régimen político autocrático que, después de vencer a Napoleón, representaba en Europa la defensa del viejo orden político y social.

Los cambios trascendentales que se habían ido produciendo en Europa occidental no afectaron a Rusia. Mientras en Inglaterra, Alemania, Francia, países escandinavos... se realizó una auténtica revolución al aplicar a la agricultura los conocimientos científicos, difundir nuevos métodos de cultivo y utilizar otros instrumentos de trabajo, empleándose abonos, etc., Rusia, que solía producir, dada su extensión, grandes cantidades de cereales, patatas y remolacha especialmente, lograba unos rendimientos bajísimos, aproximadamente la mitad que en aquellos países, y seguía aferrada a los métodos tradicionales. En cuanto a la industrialización, prácticamente no había comenzado.

Por otra parte, mientras el liberalismo triunfa en Europa, la autocracia zarista gobierna el país a semejanza –era la metáfora usual– de un padre respecto de su familia, sin límites a su autoridad. Como señala Pirenne, Nicolás I estableció su régimen sobre los principios de "Autocracia, Ortodoxia y Nacionalismo", como opuestos a la formulación "Libertad, Igualdad, Fraternidad" de la Revolución francesa.

La guerra de Crimea (1854-1855) demostró la incapacidad del Imperio ruso para enfrentarse a los países occidentales y planteó la necesidad urgente de acometer las transformaciones necesarias en las estructuras económicas, sociales y políticas del país, a fin de lograr su modernización, único medio de recuperar la potencia militar perdida.

Las reformas debían empezar inevitablemente, dada la estructura económica del país, en el mundo agrario. Los campesinos rusos, un 80 por ciento de la población, vivían desde el siglo XV en régimen de servidumbre, originada, según Birnie, al crearse por los zares una nueva nobleza burocrática, cuya fidelidad era la más firme garantía del robustecimiento de su autoridad, los *pomiestchiks,* cuyos servicios fueron recompensados con el otorgamiento de tierras, a las que se adscribió para su cultivo un campesinado, entonces de tendencias nómadas, que quedó así privado de libertad y fue reducido paulatinamente a un nivel de servidumbre más bajo que en Europa occidental. Los siervos se agrupaban comunitariamente en el *mir* u *obrotchina,* institución muy apreciada por los intelectuales populistas rusos, en la que periódicamente se realizaba una redistribución, por suertes, de tierras entre sus miembros, que controlaba el trabajo de éstos, a la vez que servía al estado como instrumento fiscal, pues las contribuciones se percibían a través del *mir,* responsable colectivo de su efectivo pago.

Aun cuando Nicolás I aspiró a emancipar progresivamente a los siervos del poder señorial, a fin de vincularlos más directamente al estado, su liberación fue realizada por Alejandro II (1855-1881), quien la concibe como la principal de las medidas a adoptar para dar al Imperio una estructura moderna. Ciertamente –se ha señalado– no es posible la industrialización sin un desarrollo de la agricultura, pues en una economía preindustrial la expansión de la demanda interior depende, en primer lugar, del desarrollo agrícola, que no era compatible con el mantenimiento de la servidumbre, causa principal del atraso de Rusia al mantener a la inmensa mayoría del país en la miseria y el envilecimiento.

Tras la crisis de Crimea, el zar nombró en 1857 una comisión para estudiar el problema; en 1858 liberó a los 20 millones de siervos de la corona y, finalmente, el ucase de 3 de marzo de 1861 suprimió para toda Rusia el régimen de servidumbre, afectando a 21 millones de siervos del campo, 1,5 millón de siervos domésticos y cerca de 5 millones que trabajaban en fábricas y minas.

Los siervos, pues, obtuvieron su libertad personal, pudiendo adquirir la totalidad o parte, según los casos, de las tierras que cultivaban en enfiteusis hereditaria, debiendo pagar, por tanto, un canon anual al señor por la cesión del dominio útil.



El estado, no obstante, anticipó a los campesinos el precio de compra, a devolver en cuarenta y nueve años, con lo que éstos pudieron obtener la plena propiedad de la tierra.

Mediante la reforma, como señala Prokovski, el trabajo libre demostró ser mucho más eficaz que el servil, aumentando en pocos años la producción de los cuatro cereales principales en un 50 por ciento, aunque, pese al entusiasmo oficial, no satisfizo a nadie. Por un lado, si bien los nobles que poseían tierras de baja calidad pudieron venderlas a buen precio y los que las tenían fértiles las conservaron en gran parte, ciertamente no les fue fácil explotarlas debidamente, aparte su tradicional incapacidad, por la dificultad de conseguir trabajadores estables. Por ello, muchos hubieron de vender, y en 1905, según Birnie, se estimaba que más de la mitad de la propiedad territorial que la nobleza poseía en el momento de la emancipación había pasado a manos de los campesinos. En definitiva, la emancipación de los siervos debilitó considerablemente a la nobleza rusa al deteriorar su posición económica.

Por otro lado, tampoco satisfizo al campesinado para quien la tierra era propiedad suya. Es clásica la frase que resume las relaciones entre campesinos y señores: "Nosotros somos vuestros, pero la tierra es nuestra". Tales campesinos se encontraban con una liberación que apenas valoraban y recibían en muchos casos sólo parte de las tierras que cultivaban, por las que además debían pagar impuestos al estado. Asimismo, al tasarse numerosas tierras a precios muy altos, los nuevos propietarios tuvieron serias dificultades para hacer frente a los pagos anuales al estado, que hubo de intervenir en última instancia cancelando una parte importante de los vencimientos en 1904 y decretando al año siguiente la cancelación definitiva de todos los pagos futuros a partir de 1907. Finalmente, la persistencia del *mir* dificultó la posibilidad de una auténtica mejora agrícola. Distribuyendo periódicamente las tierras, controlando el trabajo de sus miembros, responsabilizando de los pagos al estado, se convirtió, subraya Niveau, en el nuevo amo de los siervos emancipados, impidiendo a los campesinos abandonar el pueblo donde residían, pues si una familia se marchaba sin ser sustituida, aumentaba la carga financiera de la colectividad. Únase a esto el hecho de que en el *mir* los trabajos de todas las familias debían hacerse al mismo tiempo, con el fin de dejar los barbechos el máximo tiempo posible, paralizándose así toda iniciativa individual.

Los campesinos, totalmente descontentos, azotados por hambres como las de 1891-1892 y 1902, y en la misma situación de miseria que siempre, vivirán en un estado de rebeldía latente, con violentos estallidos, tales como en 1905 o en 1917.

Hasta la Revolución, escasas son las reformas que se realizan en el campo ruso. Destaquemos la supresión del *mir* por Stolypin en 1906, al permitir la ocupación permanente de propiedades o la conversión por cualquier campesino de su parte en propiedad privada. Entre 1907 y 1914, unos 2,5 millones de campesinos y aproximadamente 34 millones de acres de terreno (1 acre = 40 áreas, 47 centiáreas) se separaron del régimen de propiedad colectiva.

A. M.

lo 60; después, al bajar a Nikolaievsk, estaba en el 55, y ahora en Vladivostok se encontraba en el 43. ¡De esta manera se cumplía el tratado de Nerchinsk!

Más teatral, por encontrar resistencia más enconada que la que ofrecían las tribus de kirguises y buriatos de Siberia, fue la penetración o conquista por Rusia del Asia central desde el Cáucaso al Himalaya. Es la gloria más legítima del Imperio ruso la de haber acabado con aquellas guaridas de tribus rapaces de los desiertos del Turkestán, donde sobrevivían grupos de tártaros de la Gran Horda. Las ciudades de Khiva, Bukhara, Merv, Samarkanda y Tashkent conservaban de su antigua grandeza únicamente el nombre retumbante. Los ríos que atraviesan aquellas regiones, que en el mapa sugieren vegas cultivadas, son corrientes estériles de agua que pasan por desiertos salitrosos. La estepa a cada lado, con sol abrasador en verano y borrascas continuas de nieve en invierno, es inhabitable para hombres y ganados. Pero sin desmayar por sus fracasos, los rusos fueron dominando aquellas vastas regiones con una persistencia que no se creería posible en los eslavos. Tashkent se conquistó en 1867; Samarkanda, en 1868; Bukhara y Khiva, en 1873; Merv, en 1884, y aun la frontera se habría ido ensanchando por el lado del Afganistán y Persia si los ingleses no se hubieran alarmado a causa de la India. En realidad, hubo momentos en que los funcionarios de San Petersburgo, algo embriagados por sus éxitos, planearon la invasión de la península indostánica por los pasos del norte de la cordillera, a los que tenían acceso desde Bukhara y Tashkent. Sin embargo, no cruzaron el Himalaya.

Poetas y músicos se dieron cuenta de lo épico de la obra rusa en Asia y todavía hoy comentan con cierta nostalgia de tártaros europeizados las hazañas de los destacamentos de cosacos en el Asia central. En 1880 empezóse la construcción del Ferrocarril Transcaucásico, que por Merv y Samarkanda debía llegar hasta Tashkent. Primero se creyó que funcionaría tirado por camellos, pero acabóse con vía y máquina de vapor, un magnífico puente sobre el Araxes y estacadas para defender la línea de las arenas. La longitud es de 2.000 kilómetros.

Mucho más famoso que el Transcaucásico es el Ferrocarril Transiberiano que, partiendo de Cheliabinsk, en la vertiente de los montes Urales, llega a Vladivostok, en el Pacífico, y se empezó a construir en 1891. Una ojeada al mapa hará ver que para llegar el ferrocarril a Vladivostok desde Irkutsk debía describir un gran codo subiendo hasta casi la desembocadura del Amur, para después bajar sin salir del territorio ruso. Un ramal



Batalla de Kistam durante la guerra chino-japonesa (Biblioteca Nacional, París).

Un oficial japonés se apodera de una bandera china (Biblioteca Nacional, París). La confrontación entre China y Japón evidenció que la primera mostraba un grave estado de descomposición y era incapaz de resistir.

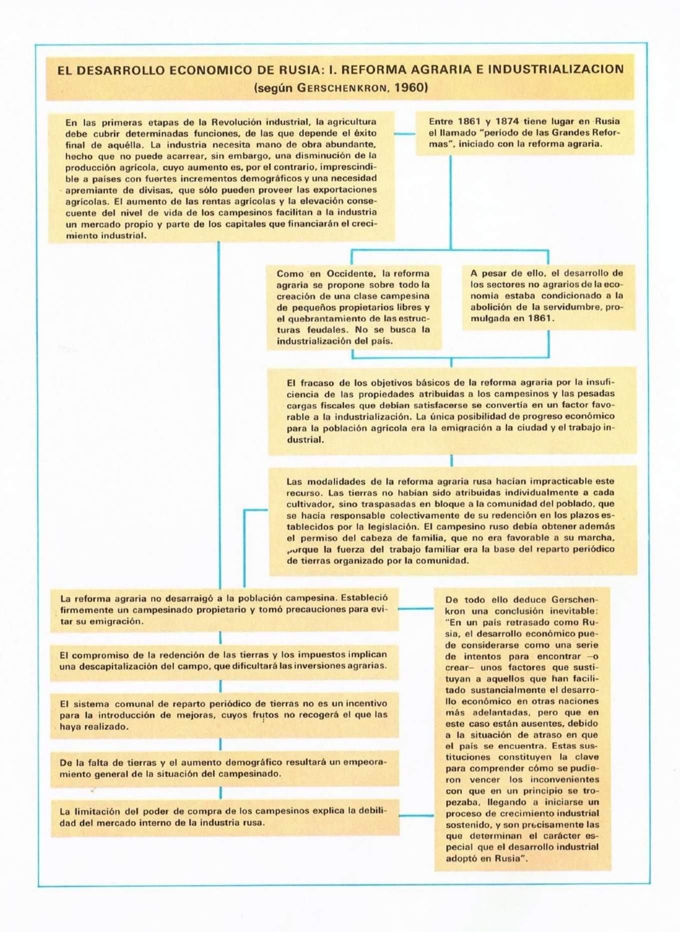
que atravesara Manchuria abreviaría la mitad del camino, y los rusos consiguieron del gobierno chino que les permitiera la construcción de este ferrocarril de la China oriental *(Chinese Eastern Railway)*, creando un Banco ruso-chino que actuaría de concesionario para salvar las apariencias. Pero Rusia no se contentó con atravesar el territorio chino con objeto de ir a Vladivostok, sino que desde Harbin, en el centro de Manchuria, construyó un ramal para ir a Port Arthur. Era éste un lugar en la península de Liao-Tung de la propia Manchuria, que Rusia se había apropiado, dando a la conquista el nombre de "concesión", naturalmente obtenida con propinas al gobierno de Pekín.

La ocupación de Port Arthur, el lugar más estratégico de todo el Extremo Oriente, ocasionó una guerra, pero no con China, que era la desposeída, sino con el Japón, que se exasperaba ante la política rusa de izar el pabellón en el Extremo Oriente y después decir que la consigna del zar era de no arriarlo



Discusión de la paz entre chinos y japoneses en 1895 (Biblioteca Nacional, París). En virtud del tratado a que llegaron ambos beligerantes, China cedió al Japón Corea, Formosa, las islas Pescadores y la península de Liao-Tung. Pero Rusia, que se presentó como defensora de la integridad de China, obligó a que Japón devolviera dicha península.

Episodio de la guerra ruso-japonesa (Biblioteca Nacional, París). Esta guerra tuvo como origen remoto la adquisición por veinticuatro años de la península de Liao-Tung, con Port Arthur, por parte de Rusia, que había obligado a los japoneses a retirarse de ella y devolverla a los chinos.



y continuar la ocupación, a veces contra todo derecho. Pero hay que añadir algunos antecedentes para explicar la explosión de mal humor que ocasionó en el Japón la ocupación de Port Arthur y el trazado del ferrocarril desde Harbin.

El miserable estado de China a fines del siglo XIX se manifestó en toda su realidad en la guerra que tuvo a fines de siglo con el Japón. Antes de la guerra chino-japonesa, las potencias europeas creían que China, con sus reservas incalculables de población, que podían reclutarse como milicias, y con su burocracia magníficamente adiestrada sería, de levantarse en armas, un poder formidable y que era peligroso desafiarla. El Japón, más informado o más atrevido, se arriesgó a enfrentarse con China con motivo de disputas a causa de Corea. La guerra chino-japonesa fue una revelación: China era un mito; ni

tan sólo era un fantasma, ni una momia que conservase, envuelta en oropeles, el cadáver de su propia grandeza. Disgregada, descompuesta, China no existía como estado o nación y no resistiría a nadie que quisiera arrancarle un pedazo de su territorio. Al darse cuenta de esta posibilidad, las potencias europeas, que siempre creyeron que el Celeste Imperio, aunque decaído y deshecho, podía ser un lucrativo mercado para sus productos, empezaron a tomar jirones del territorio chino, cada cual el que le pareció más apetecible. Alemania "alquiló" Kiau-chow; Inglaterra "arrendó" Wei-hai; Francia "con-

Aspecto de la defensa de Port Arthur por las tropas rusas (Biblioteca Nacional, París).



Salis, citando a un diplomático ruso de la época que describió la historia interna de Rusia como "la permanente lucha en retirada de la autocracia ante la revolución", concluye señalando que existen en rigor dos historias de Rusia: la del zarismo –es decir, la del autócrata, la burocracia y la aristocracia reunidas en torno al monarca– y la de los revolucionarios, sus grupos, partidos e iniciativas.

Los revolucionarios son sólo una parte –la más importante, desde luego– de la oposición al zarismo, en la que se integran elementos muy diversos: liberales, progresistas, radicales, nihilistas, populistas, socialistas, marxistas, etc., y en la que es posible diferenciar dos períodos muy distintos: el anterior a la industrialización y el posterior, es decir, a partir de los años setenta del pasado siglo.

En la Rusia totalmente agraria del primer período, con un campesinado mitificado por los eslavófilos, pero ignorante y sumiso, formarán primordialmente la oposición miembros de la clase alta –en ciertos sectores de la nobleza se difunden las ideas liberales– y de la *intelligentzia:* escritores, profesores, estudiantes.

Con antecedentes a fines del siglo XVIII –de 1790 es el violento ataque al zarismo contenido en el *Viaje de San Petersburgo a Moscú,* de A. N. Radischev–, la oposición liberal se manifestará a la muerte de Alejandro I (1825) en la sublevación de los "decembristas". Duramente reprimida por Nicolás I (1825-1855), es bajo Alejandro II (1855-1881) cuando se radicaliza, adquiriendo una terrible violencia e iniciándose una serie de atentados contra miembros del *establishment,* que concluirán con el asesinato del zar. Cabe, por tanto, distinguir, con Hingley, entre el período "de los años cuarenta", la era de los círculos y grupos de discusión, de la preocupación filosófica, y el "de los años sesenta", la época de las conspiraciones y de los atentados.

Generalmente occidentalistas –los eslavófilos serán partidarios de la autocracia, siquiera su exaltación del campesino ruso, el *mujik,* y de su institución característica, el *mir,* integraran de forma muy importante, aunque ya desde la perspectiva de un socialismo natural, el pensamiento populista posterior–, los hombres que lucharon contra el zarismo en este período, contra un régimen que suprimía toda libertad política e intelectual, que castigaba las críticas con la prisión, el exilio, el destierro a Siberia y la muerte, aun cuando hayan dejado un perdurable recuerdo de heroísmo y de amor al pueblo y a la libertad –Vera Sassulich–, aun cuando hayan sido figuras destacadas del movimiento revolucionario internacional –Bakunin, Kropotkin–, carecerán de una concepción revolucionaria rigurosamente elaborada y de una táctica eficaz al faltar en Rusia un proletariado sobre el que apoyarse.

A partir de los años setenta, especialmente en el período comprendido entre 1880 y 1910, Rusia se industrializa, pasando a ser una gran potencia económica, aunque no llegue a alcanzar los niveles de los países desarrollados de Occidente.

La industrialización rusa presenta los siguientes caracteres básicos, algunos específicos:

1.º No es la obra de una burguesía emprendedora, que nunca existirá en Rusia en grado estimable, sino producto del intervencionalismo estatal, que podrá suplir a la iniciativa privada. El estado, señala W. O. Henderson, "como propietario, inversor, director y supervisor dominó actividades económicas importantes como los ferrocarriles, la banca, la industria azucarera, la de madera para la construcción y la de venta de vodka".

2.º La industria no crecerá a consecuencia de la ampliación del mercado –la demanda campesina aumenta poco–, sino a base tanto de inversiones de recursos estatales, obtenidos agravando la presión fiscal sobre el campesinado (Gercheskron, citado por Niveau), como y esencialmente de la aportación extranjera, tanto de técnicos como de capitales franceses, ingleses, alemanes, belgas y norteamericanos. Así, la construcción de la red ferroviaria rusa se hace con empréstitos extranjeros, la mecanización de la industria textil se debe al inglés Ludwig Knoop; otro inglés, John Hughes, crea la industria siderúrgica; el alemán Nobel explotará el petróleo del Cáucaso, etc.

3.º La industria rusa, moderna y bien equipada, estuvo pronto muy concentrada (según Gercheskron, debido a la penu-



ria de empresarios), ocupando las empresas de más de mil obreros las 3/4 partes de la mano de obra.

El crecimiento industrial ruso, impulsado por el conde Witte, ministro de Hacienda, aunque inarmónico, fue muy considerable: entre 1870 y 1910, la red ferroviaria aumentó de 10.000 kilómetros a 62.776, y la producción de acero fue ascendida de 350.000 toneladas a 2.900.000. Entre 1890 y 1900, la tasa de crecimiento industrial fue del 8 por ciento anual, superior a la alcanzada hasta entonces por los países occidentales.

Con la industrialización nace y crece el proletariado: en 1865 no había más que unos 607.000 obreros, en 1890 superaban ligeramente el millón, y era ya de 3 millones en 1900, cifra importante, aunque fuese pequeña en relación con el total de la población activa, un 6,5 por ciento, y en relación con los países desarrollados de Occidente: Inglaterra, 45,8 por ciento (1901), o Alemania, 42,7 (1907).

El trabajo fabril se desarrolló en las malas condiciones habituales: sueldos escasos, largas jornadas, viviendas miserables, con una legislación laboral –pese al paternalismo de la autocracia– poco desarrollada en relación con Occidente. Sin embargo, la fuerte concentración desarrollaría una firme solidaridad de clase y haría más fácil que entrara en contacto con ella la *intelligentzia* socialista, cuyas ideas se difunden rápidamente a partir de la miseria.

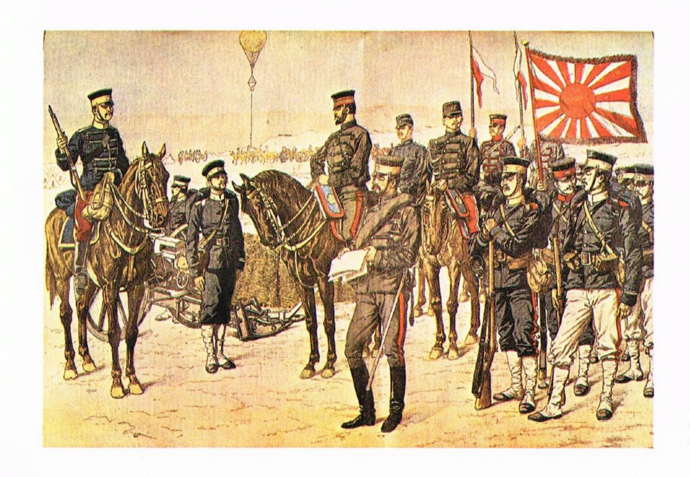
La industrialización y la aparición de un proletariado poco numeroso, pero concentrado y solidario, hará surgir nuevas tendencias en la oposición, permitiendo la aparición del marxismo.

Los liberales tendrán cada vez menos fuerza: la burguesía era débil, estaba dividida, carecía de una ideología unitaria capaz de atraer a la juventud (Chizhevski). El populismo, que arranca de Herzen al fusionar las corrientes occidentales y eslavófilas, anticapitalista, lleno de fe en el socialismo natural del campesino y del *mir*, rechazando la industrialización como un mal social, vería desarticulada su facción terrorista después del atentado contra Alejandro III (1887) y se orientará, guiado por sus teóricos Lavrov y Mijailovski, hacia el reformismo y el acercamiento al campesinado. La lucha contra el populismo se inicia con Plekhanov, a quien se debe la introducción del marxismo *(Nuestras controversias,* 1894), traductor de Marx y Engels, y el cual verá en el proletariado la clase liberadora, siquiera su revolución debería ser precedida por la de la burguesía.

Es en los últimos años del siglo XIX cuando se forman en Rusia los partidos socialistas. El social-revolucionario (S. R.) en 1901, inspirado en Herzen y Bakunin, todavía dentro de la línea populista partidaria de la acción directa, y el social-demócrata (P. O. S. D. R.), que surge en el congreso de Minsk (1898). Dentro de él se impondrá Lenin, que desplazará a las diversas corrientes: al marxismo legal de P. Struve y Tugan-Baranovski –partidario de la previa necesidad de la revolución burguesa antes de la toma de poder por los obreros, que consideraba inevitable aunque lejana–, la de los economistas S. N. Prokovicht y E. D. Kriskova –que negaban la necesidad de un partido obrero, pues era a la burguesía liberal a la que le correspondía la lucha política, y al proletariado, la profesional– y la menchevique –que en los congresos de 1903 y 1905 sostendrá, partiendo de que ante todo debía producirse la revolución burguesa, que el partido debía orientarse a la acción legal, al apoyo a la burguesía y a la ampliación de sus adheridos–.

Lenin, por el contrario, a través de sus obras *¿Qué hacer?* (1902) y *Dos tácticas de la social-democracia* (1905) sostendrá, como señala Droz, la imposibilidad de separar la lucha en el terreno profesional y político, la necesidad de que la revolución sea realizada por un partido obrero (en 1912 constituirá un partido bolchevique autónomo) fuertemente centralizado y organizado como un cuadro restringido de militantes enteramente consagrados a la acción revolucionaria y que luchará en dos frentes: contra el régimen feudal y contra la burguesía liberal. Combatido por Plekhanov y Trotski, su acierto fue el ver la imposibilidad de un acuerdo con una burguesía débil, originada por un capitalismo no orgánico, sino creado artificialmente, y el darse cuenta de que el proletariado era la única fuerza decisiva salida de la revolución industrial.

A. M.



Unidad del ejército japonés en 1904 (Biblioteca Nacional, París).

tratό" Kwang-Cho-Wan; Rusia obtuvo la concesión de Port Arthur y la península de Liao-Tung...

En política internacional ocurren cosas que parecen increíbles y que el historiador se resiste a relatar por inverosímiles; esta penetración de China por los europeos es una de ellas. Sobre todo el escándalo de la ocupación de Port Arthur por los rusos es algo inaudito... Precisamente aquel lugar –la península de Liao-Tung, donde está situado Port Arthur– había sido conquistado en la guerra chino-japonesa en 1894 por los japoneses, quienes pretendían reservárselo como botín. Al hacer las paces, los rusos, presentándose como defensores de la integridad de China, exigieron que el Japón devolviera a China aquel disputado territorio... Esto ocurría en 1895; pues en 1898 Rusia "alquilaba" por veinticuatro años aquella misma península con su puerto, pero además construía el ferrocarril desde Harbin a Port Arthur, revelando claramente, con esta maniobra, que pensaba permanecer allí por tiempo indefinido si se lo permitían los vecinos. El pabellón no debía arriarse.

No se extrañará, pues, el lector de que seis años después, en 1904, el Japón aprovechara una mera excusa para atacar a Rusia. Empezó por torpedear los buques de Port Arthur sin tan siquiera declarar la guerra. Poco después sitió a Port Arthur, que los rusos habían convertido en una fortaleza con reductos avanzados y creían inexpugnable. Sin embargo, después de algunos combates, que se exageraron para dar importancia tanto a la defensa como a la heroicidad del ataque, Port Arthur capituló y pasó a ser definitivamente presa del Japón. Las batallas en el interior de Manchuria revelaron que el ejército ruso estaba indisciplinado y que sobre todo sus generales no eran capaces de enfrentarse con los del Japón. Para evitar una derrota todavía más vergonzosa, el gobierno ruso procuró la intervención del presidente Theodore Roosevelt, quien concertó un ar-

Tropas japonesas al asalto de las trincheras rusas de Mukden, capital de Manchuria (Biblioteca Nacional, París). La batalla de Mukden se desarrolló del 28 de febrero al 10 de marzo de 1905 y en ella triunfaron los japoneses. La destrucción en Tsushima de la escuadra rusa de socorro precipitó la solución del conflicto (tratado de Portsmouth, Estados Unidos).



Alejandro I de Rusia en París (Castillo de Peterhof). Este zar insistió mucho en su deseo de proteger a los cristianos sometidos a los turcos, en especial por ser eslavos y ortodoxos.

misticio. El tratado de paz se firmó en Portsmouth, en la costa de New Hampshire, en los Estados Unidos, el 5 de septiembre de 1905. Rusia salió de la prueba mejor de lo que podía esperarse: perdió Port Arthur y la mitad de la isla de Sajalín, que queda entre la costa de Asia y el Japón. Todo lo demás que había arrebatado de antemano a China lo conservó, lo mismo que el Transiberiano hasta Vladivostok. Rusia quedó como potencia asiática.

Mucho más lento y penoso fue el avance de los rusos por el Sur para desalojar de Europa a los turcos. Ya hemos dicho que Pedro el Grande sólo puso un pie en las costas del mar de Azov, pero Catalina II conquistó



Paseo junto al palacio, por A. Ladurmer (Biblioteca del Castillo de Peterhof).

Escena ciudadana junto al Palacio de Invierno en San Petersburgo (Castillo de Peterhof).





Crimea, donde habitaban tribus tártaras feudatarias del sultán.

La verdadera influencia rusa en los Balcanes comenzó con Alejandro I. El zar místico e idealista insistió en ser protector de los cristianos súbditos de los turcos, porque la mayoría de ellos eran eslavos y de la Iglesia ortodoxa. Esta posición de protector espiritual de los cristianos le obligó a intervenir repetidas veces en los asuntos interiores del Imperio otomano, con la consecuencia de que los rusos estuvieron en constante guerra con los turcos del año 1806 al 1812. Por fin, unas paces concertadas por el tratado de Bucarest establecieron la semiindependencia de los servicios y de los principados de Moldavia y Valaquia, que en conjunto forman la moderna Rumania. Turquía conservaba allí sólo una sombra de soberanía y el derecho de nombrar los gobernadores *(hospodars)*. Rusia entonces recibió como compensación de sus esfuerzos en favor de los cristianos una parte del territorio de la Moldavia, llamado Besarabia.

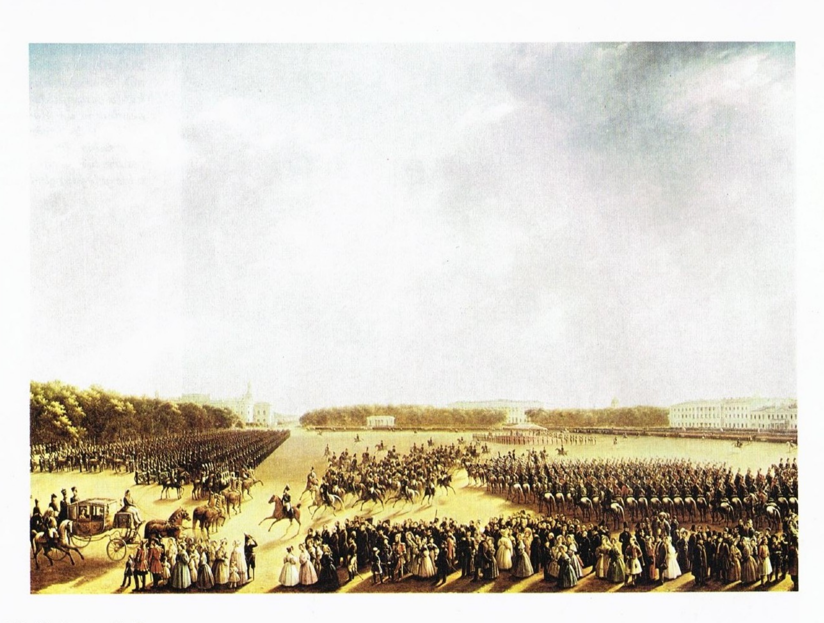
Hecho frecuente, tanto en los Balcanes como en otros puntos del Imperio otomano, era el exterminio de los cristianos por los musulmanes, como ilustra este grabado conservado en la Biblioteca Nacional de París.

Levantamiento de los patriotas griegos (Biblioteca Nacional, París). Rusia, que ya había conseguido la semiindependencia de Moldavia y Rumania y la incorporación de Besarabia, intervino de nuevo contra los turcos para ayudar a los griegos rebelados.

En 1826, Rusia se vio obligada a declarar de nuevo la guerra a los turcos. Ello fue resultado de la insurrección de los griegos, que duraba desde hacía varios años. Toda la península helénica, sobre todo su región montañosa, se hallaba en anarquía permanente; en realidad, los insurrectos griegos no eran más que partidas de bandidos, con la agravante de odios de raza y religión, acumulados durante varios siglos. Mahometanos y cristianos se exterminaban sin piedad; la policía turca era impotente para mantener el orden y castigar los excesos. Cuando el sultán enviaba ejércitos regulares, se extralimitaban bárbaramente. El primer paso en favor de los griegos rebelados contra el sultán lo dio Inglaterra reconociéndolos como beligerantes. Pero Rusia y Francia comprendieron que no podían pasar sin intimidar al sultán y, en una demostración naval que hicieron en las costas de Grecia, estallaron las hostilidades antes de que lo hubieran acordado



La Perspectiva Nevsky a mediados del siglo XIX (Museo Puschkin, Leningrado).



El zar Nicolás I y su séquito en el Campo de Marte (Castillo de Peterhof). Sucesor de Alejandro I, impulsó activamente la política expansionista de Rusia a costa de Turquía.

los gobiernos. Se destruyó la flota turca en Navarino por la acción combinada de las armadas inglesa, rusa y francesa. Ya en guerra declarada, un ejército francés ocupó la Morea, y otro ruso, avanzando por el Norte, obligó a Turquía a pedir la paz. Ésta se negoció en Londres y el sultán tuvo que reconocer la independencia de Grecia. Rusia, además de levantar su prestigio, cobró, por los servicios prestados, la costa del mar Negro que se extiende hasta el Danubio.

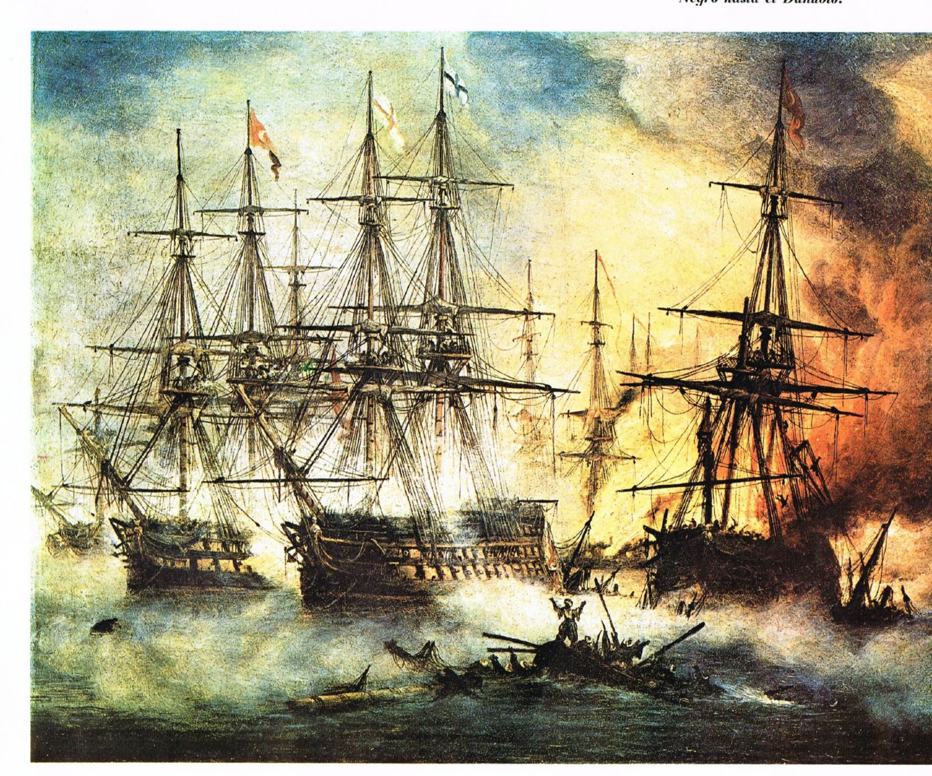
Con estas expoliaciones, Turquía iba reduciéndose en Europa. Poco a poco llegó a creer el zar Nicolás I, el sucesor de Alejandro, que podía proponerse casi en alta voz un reparto del "hombre enfermo", como se llamaba al Imperio turco; algo parecido al reparto de Polonia. Nicolás I hizo un viaje a Inglaterra principalmente para este objeto, pues creía que el "enfermo" ya estaba muerto y sólo tenían que resolver los postreros detalles del "entierro". Pero en aquellas circunstancias el heredero del "muerto" hubiera sido Rusia y a Inglaterra le habría tocado en el reparto sólo una mísera legítima.

A pesar de la poca simpatía con que fue recibido su proyecto en Londres, el zar Nicolás, que era tan impulsivo como su hermano, el zar místico, y además muy constante, continuó interviniendo en los asuntos interiores de Turquía –siempre para proteger a los cristianos–, hasta que se declaró otra vez la guerra; y acaso el "enfermo" hubiera muerto esta vez a manos rusas de no intervenir Inglaterra, Francia y el Piamonte en favor de Turquía. La guerra turco-rusa se convirtió en la que llamamos guerra de Crimea... Los detalles de la paz ya hemos visto que se discutieron en el Congreso de París en 1856. Esta vez Rusia había perdido, y tuvo que retroceder; le obligaron a devolver Besarabia y las costas hasta el Danubio, que había adquirido como propina en las guerras anteriores. Además, se le prohibió construir buques de guerra para el mar Negro; los Dardanelos se declaraban cerrados; Turquía, según los diplomáticos que redactaron el tratado de París, era un mal necesario, su integridad era indispensable para el equilibrio de Europa. Se la trató no como a un enfermo herido de muerte, sino como a un canceroso y paralítico. Las potencias europeas y cristianas se limitaron a aconsejar al sultán que debía empezar una era de reformas y

modernizar su legislación. No olvidemos que es como aconsejar la modernización del Corán, que contiene toda la jurisprudencia y todo el derecho constitucional de los musulmanes.

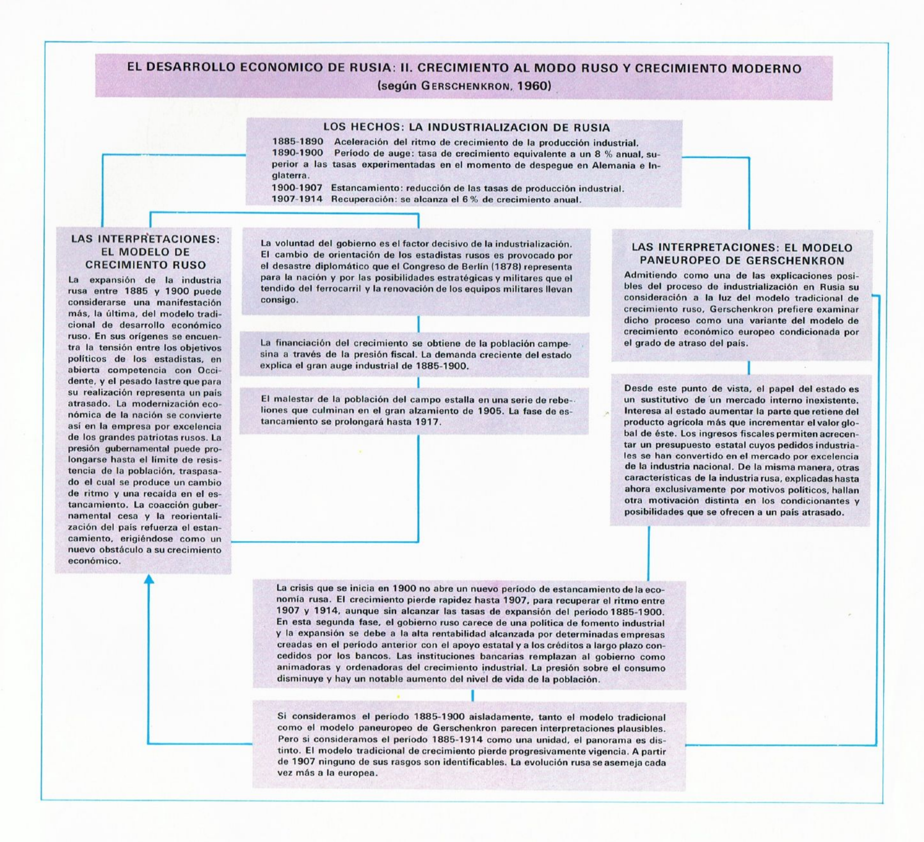
Rusia salió de la guerra de Crimea derrotada, pero no desesperada. Comprendió que su fracaso en Sebastopol había sido causado por la lentitud de las comunicaciones y procedió a construir ferrocarriles. Después, aprovechando la crisis que produjo en Europa la guerra franco-prusiana del año 1870 y la aquiescencia de Bismarck, que proyectaba una alianza entre rusos y alemanes, desatendió la cláusula del Congreso de París que le impedía construir una marina en el mar Negro, avanzó sus ejércitos, y en 1876 Rusia estaba otra vez en guerra con Turquía. La excusa fue proteger a los búlgaros, maltratados por los turcos. Todos los pueblos balcánicos se agregaron a los batallones rusos, y en febrero de 1877 los enemigos de la media luna habían llegado triunfantes al pie de las murallas de Constantinopla. Pero una armada inglesa en el Bósforo exigió que se concertara la paz, y el tratado se firmó en el pueblecito de San Stéfano, que, a pesar de su nombre italiano, está a pocas millas de Constantinopla. Turquía, por el tratado de San Stéfano, reconocía la independencia definitiva de Servia, Montenegro y Rumania, y Bulgaria quedaba todavía nominalmente como una provincia turca, pero con autonomía completa. Rusia recuperaba la Besarabia y

Batalla de Navarino (1827), por G. P. Reinagle (National Maritime Museum, Greenwich). Las escuadras rusa, francesa e inglesa destruyeron en esta acción a la armada turca. El desembarco francés en Morea y la presión rusa por el Norte obligaron a Turquía a reconocer la independencia de Grecia. Rusia, además, ocupó la costa del mar Negro hasta el Danubio.



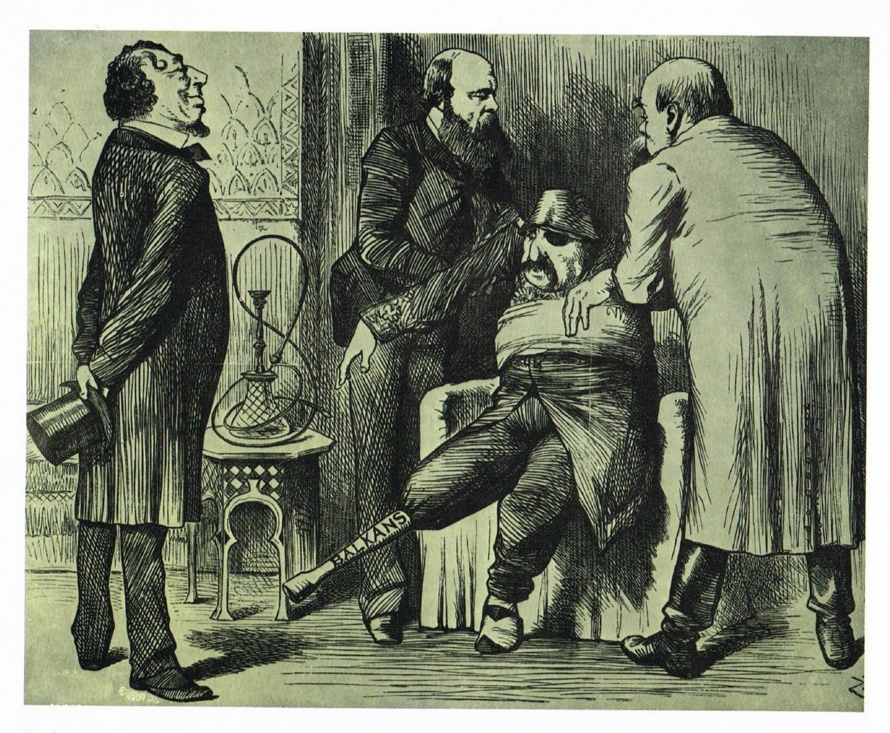
Escena callejera en el San Petersburgo del siglo XIX *(Museo Puschkin, Leningrado).*

Uniformes de la caballería rusa a finales del siglo XIX *(Biblioteca Nacional, París).*



Rumania recibía la Dobrudja o zona de la costa del mar Negro al sur del Danubio.

Todos estos cambios de frontera y estos traspasos de naciones no podían satisfacer al resto de Europa, que si detestaba a Turquía, recelaba también de Rusia. Las intenciones de esta última eran claras: la herencia de Bizancio, que reclamaba apoyándose en su posición geográfica y su cultura, era Constantinopla. Esto halagaba a literatos e historiadores, pero los diplomáticos no querían ver a Rusia instalada en el Bósforo. Para amortiguar el tratado de San Stéfano se convocó un congreso en Berlín que tenía que ser una segunda edición del Congreso de Viena. Bismarck hizo allí el papel de Metternich, y Disraeli el de Talleyrand, pero faltó el zar para representar el papel de Alejandro I; sus representantes, dos diplomáticos de oficio, no pudieron impedir que Rusia quedara postergada. Como ganancia en un asunto en el que no había tenido arte ni parte, se dio a Austria el gobierno de las provincias turcas del Adriático, Bosnia y Herzegovina. Ambas quedaban nominalmente, como Bulgaria, bajo la soberanía del sultán, pero de hecho pasaban a ser austríacas. Estaban pobladas de eslavos, eran en realidad parte de Servia –hoy con Servia y Croacia forman Yugoslavia–; ¿por qué, pues, se concedieron a Austria,



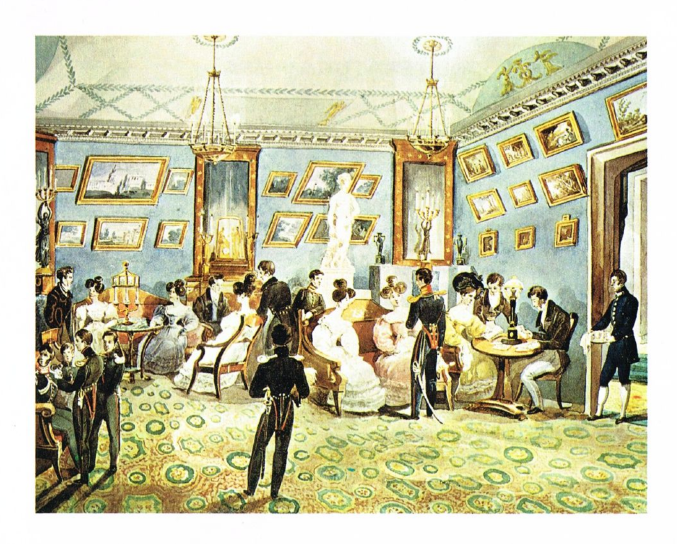
Caricatura aparecida en "Punch" el 6 de julio de 1878 en que se representa al "hombre enfermo" (Turquía) a quien se le acaba de amputar una pierna (los Balcanes).

que no había participado en la campaña contra los turcos ni tenía allí derechos ni intereses? Pues para introducir una cuña germánica en la dirección de Constantinopla; comenzaba con aquella concesión la marcha hacia Levante de los germanos, la *Drang nach Osten* que llevó al káiser a rivalizar con el zar y a Germania a chocar con Rusia. El eslavo quedó defensor de los cristianos, el teutón se presentó como defensor de los musulmanes; el uno lo hacía pensando en Bizancio, el otro en Bagdad, y ambos condujeron a Europa al terrible conflicto que empezó con la Guerra Europea de 1914-1918 y no está resuelto todavía.

Para contrarrestar la influencia rusa en los nuevos reinos balcánicos, las potencias de la Europa central les impusieron monarcas de origen teutón. A Rumania se le dio por rey uno de los Hohenzollern; a Grecia fue un hijo segundo del rey de Dinamarca, y a Bulgaria, un Battenberg, que fue sustituido luego por uno de la casa Coburgo.

A Servia no pudo imponérsele un monarca de importación, porque dos familias, los Obrenovich y los Karageorgevich, tenían derechos adquiridos por haber acaudillado las partidas contra los turcos en los años de la insurrección. Primero fue príncipe un Karageorgevich, después reinaron los Obrenovich, y posteriormente volvieron a reinar los descendientes de Kara-George, o Jorge el Negro.

Simultáneamente con la expansión territorial, Rusia avanzaba, aunque de una manera espasmódica, en las conquistas sociales y políticas. La evolución del estado ruso se dificultaba por la duda –el ruso siempre duda, o por lo menos cree en dos cosas a la vez– de si debía o no aceptar los modelos de



Velada romántica en un salón de San Petersburgo (Museo de Leningrado).

Partida del gran duque Nicolás hacia Rusia desde San Stéfano, después de firmar el tratado de este nombre (grabado de "L'Illustration Française" de 1878), por el que Servia, Montenegro y Rumania alcanzaban plena independencia, y Bulgaria, amplia autonomía.

SOCIOLOGIA DE LA LITERATURA RUSA

Hacia los años sesenta del pasado siglo, la necesidad ineludible de reformar al país para acercarlo a los niveles de las potencias europeas que lo habían humillado en la guerra de Crimea determinará el fenómeno cultural que Chizhevski denomina la "Ilustración rusa".

Mientras Europa, señala Salis, tras aprender el sutil trabajo de conceptos y teoremas a lo largo de un camino que arranca de Aristóteles, pasa por los padres de la Iglesia y la escolástica medieval hasta llegar a la liberación renacentista, la filosofía cartesiana, la Ilustración y el kantismo, quedó madura para conseguir los grandes éxitos científico-positivos del siglo XIX. Rusia vivió al margen de este progreso, por lo que su Ilustración, que trató de adaptar el país al espíritu europeo, careció de madurez y se caracterizó (son términos de Chizhevski) por su primitivismo, fue muy pobre su fundamentación filosófica y su pobreza espiritual, manifestada en un ingenuo radicalismo. No hubo, pues, un auténtico desarrollo intelectual, predominando un enfoque "materialista" y "progresista", generador de proyectos utópicos, desconocedor de la historia y la realidad rusa.

Sin embargo, dentro de este pobre contexto cultural, la literatura rusa alcanzaría, especialmente en el período comprendido entre 1825, fecha en que Pushkin comienza a publicar su novela en verso *Eugenio Onieguin,* y 1904, año de la muerte de Chejov, un sorprendente esplendor, especialmente en la novela y el cuento.

Dentro de este período cabe distinguir, con Hingley, una fase más corta, la comprendida entre la publicación del *Rudin* (1856), de Turguenev, y la de *Los hermanos Karamazov* (1879-1880), de Dostoievski. Entonces, coincidiendo con el reinado de Alejandro II (1855-1881), aparecen *Guerra y Paz* (1865-1869), *Ana Karenina* (1875-1877), de Tolstoi; *Crimen y castigo* (1866), *El idiota* (1868-1869) y *Los endemoniados* (1871-1872), de Dostoievski; *Oblomov,* de Goncharov, y *Nido de hidalgos* (1859), *En vísperas* (1860), *Padres e hijos* (1862), *Humo* (1867) y *Tierras vírgenes* (1877), de Turguenev, entre otras muchas obras de menor importancia. Con anterioridad hubo ciertamente obras maestras: de Pushkin, *Eugenio Onieguin* (1825-1831); de Lermontov, *Un héroe de nuestro tiempo* (1834-1840); de Gogol, *Almas muertas* (1842). También posteriormente baste recordar a Chejov e indicar que aparecen las primeras obras de Gorki. Mas en el reinado de Alejandro II la novela rusa alcanza su esplendor máximo.

La obra de esta generación –o equipo, en la terminología de Escarpit– se ha denominado, a partir de Bielinsky, el gran crítico que saludó sus albores, "escuela naturalista" o "escuela realista". El movimiento, estimulado por la revista *El Contemporáneo*, de Nekrasov, y en el que militaron, además de las grandes figuras citadas, otros autores de relieve: Pisemski, Leskov, S. T. Aksakov, Ostrovski, etc., ha sido caracterizado, de una manera muy general, por Hingley con las siguientes notas:

Inclinación a retratar la vida de la Rusia contemporánea.

Sencillez y claridad de estilo.

Tendencia a describir con minuciosidad los paisajes, el ropaje y el aspecto físico de los personajes.

Sentido de la compasión.

Planteamiento del problema del hombre y de su destino, aportando soluciones o dando testimonio. De donde procede su potente universalidad.



La literatura tuvo además una importantísima significación en la Rusia autocrática: dada la carencia absoluta de libertad política, fue a través de la literatura como pudo darse una descripción real del país, de su sociedad y de sus instituciones, así como divulgarse ideas contrarias al sistema.

El fenómeno literario puede estudiarse con muy varios enfoques. No es, sin embargo, frecuente la perspectiva sociológica, limitándose, de ordinario, las historias de la literatura a enumeraciones de autores y obras y a consideraciones estéticas. Ofrece, pues, interés –siguiendo a Escarpit y utilizando datos de Hingley– hacer algunas consideraciones sobre los autores, la publicación de sus obras y su divulgación.

Buena parte de los escritores rusos del siglo XIX, especialmente en sus comienzos, procedían de las clases altas de la sociedad, incluso de la de jerarquía máxima, la de los terratenientes: Pushkin, Tolstoi, Turguenev, Dostoievski. Posteriormente fueron surgiendo escritores procedentes de la burguesía y de las clases medias: Chejov era hijo de un comerciante de ultramarinos, pero es rarísima la procedencia campesina, y hasta Gorki no encontraremos un escritor de primera fila vinculado estrechamente al proletariado.

La vida de estos hombres fue, generalmente, muy difícil, dadas las especiales características del estado y la sociedad rusos. Militando casi todos, de forma más o menos activa, en la oposición al régimen zarista –hay algunas excepciones, Gogol y Dostoievski, a su vuelta de Siberia, defendieron la autocracia–, sufrieron las consecuencias. El exilio, la cárcel, el destierro les fueron familiares: Pushkin, Lermontov, Turguenev, Herzen, Chernichevski, Dostoievski, Korolenko... Profesionales de la pluma todos ellos, pese al alto origen de muchos, fueron frecuentes sus dificultades económicas: Dostoievski, Chejov...

Casi todas las grandes novelas rusas se publicaron por entregas en revistas, los llamados "periódicos gruesos", especialmente en *El Contemporáneo* y, sobre todo, en *El Heraldo Ruso,* del conservador N. Katkov, donde aparecieron las obras más destacadas de Turguenev, Dostoievski y Tolstoi.

La difusión de la literatura rusa se realizó dentro del ámbito nacional. El éxito mundial, del que un Dostoievski desconfiaba, fue posterior.

Finalmente hay que destacar las dificultades que para esta difusión supuso la carencia de un público culto, la incomprensión de buena parte de la crítica, mucho más preocupada por los valores éticos que por los estéticos, y, sobre todo, al peculiar carácter, ya señalado, de la "Ilustración rusa", de la que uno de sus representantes sostuvo: "Un par de botas tiene mayor valor que Shakespeare". Hubo, por tanto, subraya Chernichevski, "una grieta entre lo que en términos muy amplios podríamos llamar las clases culturales y los centros auténticamente creadores en los campos de la ciencia, el arte y la literatura". Llaman la atención los ataques de ciertos críticos a Pushkin, a Lermontov, la indiferencia hacia Dostoievski y las profecías despectivas, dado su apoliticismo práctico, respecto a Chejov.

Únanse a esto las dificultades creadas por una censura ridícula y carente de sensibilidad –dejó pasar *El Capital*– como es normal, pero extremadamente dura, que actuó mediante advertencias, confiscaciones, exilios, recogida de ediciones, etc., siendo frecuente para eludirla la circulación de manuscritos clandestinos: así, la carta abierta de Bielinski a Gogol, manifiesto de la oposición radical, *Libertad* de Pushkin, etc.

Hay que señalar, por último, que la literatura constituye un documento irremplazable para el conocimiento de la sociedad rusa y de sus instituciones: Pushkin, Herzen, Gogol, Tolstoi, Dostoievski... Trazarán admirables cuadros de conjunto, pero ¿cómo conocer al proletariado sin leer a Gorki? ¿O a los campesinos sin leer a Chejov? ¿O al clero sin conocer la obra de Leskov? ¿O a los funcionarios sin Saltykov-Schedrin? ¿O a la burguesía de negocios sin Mamin-Sibiryak, al ejército sin Kuprin, o al revolucionario sin Andreiev?

A. M.

la Europa liberal. Durante todo el siglo XIX, la intelectualidad rusa, la llamada *intelligentzia,* osciló entre la autocracia y la anarquía. Los socialistas fueron siempre en minoría entre los revolucionarios; lo eran hasta cuando los marxistas dieron el golpe de estado de 1917.

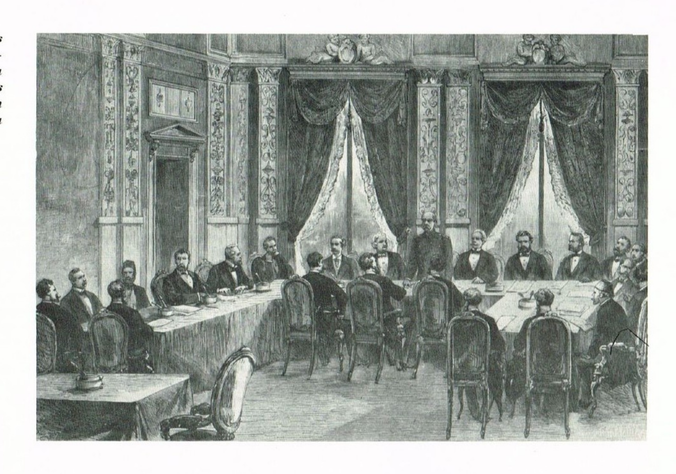
La autocracia se imponía con razones de religión, historia y filosofía. Dios por necesidad tenía que mantener un representante suyo en cada nación. El autócrata, como dijo todavía Nicolás II a una comisión, "no debía dar cuenta de sus actos más que a Dios". En la ley orgánica de 1906 se lee: "El Zar de todas las Rusias tiene suprema autocrática autoridad. Dios nos induce a obedecerlo no sólo por miedo del castigo, sino por un deber que sentimos en la conciencia". El autócrata delegaba la autoridad en los nobles y éstos paternalmente proporcionaban el máximo bienestar al rebaño de millones y millones de siervos.

La autocracia históricamente se apoyaba en el ejemplo de Pedro el Grande. El zar reformador no había concedido derechos de intromisión en el gobierno a nadie, sino que, al contrario, los había cercenado. Había suprimido las asambleas de boyardos, que eran un Parlamento embrionario, y hasta había osado deponer al patriarca, que podía convertirse en una autoridad independiente.

No; el ruso, el eslavo, no era el europeo, celoso de derechos y enemigo de reconocer



Inauguración de las sesiones del Congreso de Berlín, presidido por Bismarck, para arreglar el problema de los Balcanes y evitar la solución de la hegemonía rusa en la región.



deberes. La "Santa Rusia" no necesitaba imitar a la "Europa degenerada" para ser feliz. Pedro el Grande no había querido abrir más que una ventana a Europa, y aun por ella entraba aire empestado. Entraban extranjeros con disciplina y técnica indispensables en los servicios del estado. Hacia la mitad del siglo XIX, los alemanes empleados en el ejército eran más del 40 por 100 de la oficialidad; en los correos, el 62 por 100 de la plantilla; hasta en el Consejo Imperial el 36 por 100 de sus miembros eran de origen alemán. El autócrata sentía que el extranjero que todo lo debía a sus larguezas sería más adicto que sus súbditos descontentos.

Los rusos de verdadero talento no sentían ambición de ser empleados en un régimen autocrático. La mayoría encontraba más interesante conspirar y discutir programas de felicidad universal. Sin la fiscalización de un partido ruso moderado, la mística autocracia se convertía en una sociedad de bribones y mentecatos. El procurador del Santo Oficio en tiempo de Alejandro I era llamado el "postillón del Amor". El último de estos consejeros privados fue Rasputin.

El zar Alejandro III y su esposa en 1885 (Biblioteca del Castillo de Peterhof, Leningrado). Formó parte de la Alianza de los Tres Emperadores, pero se separó de ella poco después.

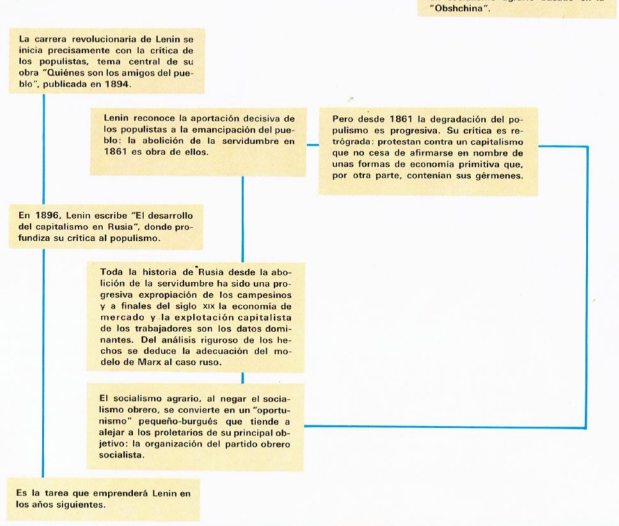
LOS POPULISTAS RUSOS, LA REVOLUCION INDUSTRIAL Y LA CRITICA MARXISTA

Para Radischev, pensador ruso de finales del siglo XVIII, el bienestar de los campesinos y el progreso de la nación se confunden. De esta convicción arranca una crítica vehemente, sobre todo de carácter moral, a las condiciones de vida del campesinado y a la servidumbre agraria.

Los "decembristas" –Pestel, Turguenev– seguirán esta opción de Radischev, en abierta ruptura con el mercantilismo y la política de crecimiento industrial de los economistas rusos del XVIII. Después de la crítica de la servidumbre y la exposición de diversos planes para su abolición, los temas habituales de sus obras son la aversión hacia la burguesía equiparada a la aristocracia feudal, el temor a la formación de un proletariado desarraigado y la necesidad de que el estado proteja legalmente la propiedad comunal de la "Obshchina" y el modo de organización agraria que le es peculiar.

Con la excepción de Belinski, los populistas rusos se inclinan en el momento revolucionario de 1848 por un socialismo puramente agrario, cuyo máximo exponente es Herzen. Porque su atraso ha permitido a los rusos percibir las penalidades e injusticias del proceso de industrialización y se les brinda la oportunidad de pasar directamente de la servidumbre al socialismo. Rusia deberá seguir siendo un país agrícola y, una vez abolida la servidumbre y expropiadas las tierras de la nobleza, el estado ruso se reorganizará a partir de las comunas propietarias y autónomas.

Nicolás K. Mikhailovski, el último de los populistas rusos, escribe en la última década del siglo y debe enfrentarse con el fenómeno evidente de la industrialización de Rusia. Dada la reducida capacidad del mercado interno, Mikhailovski apunta que la única salida del capitalismo ruso es la exportación masiva, pero, dado que la industria rusa se ha desarrollado gracias al proteccionismo, es poco competitiva y sus productos son caros y de escasa calidad. El capitalismo está abocado a un fracaso inmediato, cuya primera manifestación el pensador ruso advierte en las crisis agrarias del momento. Es preciso, pues, volver al campo e implantar progresivamente un socialismo agrario basado en la "Obshchina".



Ninguno de los autócratas sentía escrúpulos en los métodos empleados para prevenir las reformas y combatir la revolución. La famosa Ojrana –que quiere decir protección– es de origen zarista. Era y es algo más que una policía secreta, puesto que se toma justicia por su cuenta. Estaba en contacto con los terroristas y provocaba atentados para después hacer una redada de sus confidentes y los demás del grupo. Muchos revolucionarios rusos, hasta algunos que dieron su vida por la revolución, han dejado una reputación dudosa de agentes provocadores. Los castigos eran verdaderamente asiáticos: se sustituyó el de bastonazos por el de latigazos, porque los golpes de bastón dejaban inútil para el servicio militar. A menudo se condenaban los acusados a granel: hubo la causa de "los cincuenta", la de "los ciento noventa"... Y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, eran ahorcados o deportados a Siberia.

Las mujeres rusas participaron de una manera directa y eficaz en la acción revolucionaria. Los autócratas se dieron cuenta de la importancia del elemento femenino en los grupos de conspiradores y cerraron en oca-

Aquí arriba, coronación de Nicolás II de Rusia, en 1896, en la catedral de Moscú (Museo de Leningrado). Al lado, revista naval de Dunkerque, presidida por Nicolás II, la zarina y el presidente de la República Francesa a bordo del "Cassini" (Biblioteca Nacional).



siones las escuelas para mujeres. Muchas marcharon al extranjero y allí perturbaron la vida universitaria, no sólo de los rusos, sino de los demás estudiantes. La influencia de la hembra rusa, de tez blanca, con venas azules, labios finos y mirada húmeda, se hizo sentir en toda Europa. Para muchos rusos no sólo es difícil distinguir entre lo moral e inmoral, sino entre amoral y pervertido. En la persecución, la emigración y acaso algo de supervivencia de las costumbres de sus antepasados nómadas puede hallarse la explicación de su promiscuidad.

A pesar de la resistencia enconada de la autocracia, en 1861 se tuvo que conceder la libertad a los siervos dándoles tierras de los señores, que deberían pagar a plazos. Pero sólo en 1905 Witte, después de reorganizar

la Hacienda con empréstitos de Francia, tuvo bastante autoridad para imponer una sombra de Consejo de ministros. El primer Parlamento, o Duma, no se convocó hasta 1906. Fue disuelta por rebelde al cabo de tres meses, y lo mismo la segunda, de 1907. La tercera, de 1908, amañada y mansa, duró hasta 1912.

Como hemos dicho al principio, era difícil contentar a los revolucionarios porque no tenían programa fijo, y los mejores, los más sinceros, pretendían utopías irrealizables. Pero aun dejando de lado a terroristas, nihilistas y anarquistas, cuando en 1905 los grupos semiburgueses de revolucionarios trataron de formar una "Liga para la Liberación" había diecisiete matices. Los nombres ya dan idea de lo vago de sus ambiciones: Partido social democrático, Partido social revolucionario, Partido socialista polaco, Partido obrero, Partido proletario, etc. La confusión era mayor porque muchos grupos representaban sólo las reivindicaciones nacionalistas de Ucrania, Lituania, Armenia, Finlandia, Letonia o Georgia. Lo único que los unía era un odio común al zarismo y a sus lacayos. Le acusaban de su miseria: ésta era evidente. El hambre rusa es muy anterior al bolchevismo. Witte organizó en 1903 una investigación para averiguar la condición del proletario: "En los años de buena cosecha los rusos consumían sólo el 70 por 100 de lo que es fisiológicamente necesario para sostener la vida humana". Que era inexcusable



Uno de los métodos empleados por la autocracia rusa para reprimir cualquier movimiento fue utilizar los cosacos (Biblioteca Nacional, París).

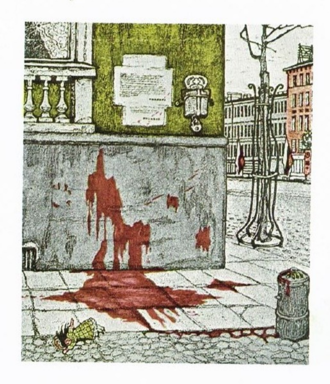


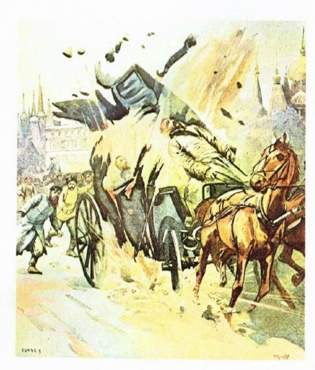
El Domingo Sangriento en San Petersburgo ante el Palacio de Invierno, en 1905 (Museo Cernin, Praga). En su origen, la manifestación tenía como motivo dirigir una petición al zar, pero fue disuelta de manera violentísima.

Terroristas y policías de la Ojrana luchan en una casa de las afueras de Moscú (Biblioteca Nacional, París). A la autocracia del régimen ruso, la intelectualidad opuso la conspiración y el terrorismo.

un cambio de régimen no podía negarse. Pero ¿qué poner en lugar del zarismo y la autocracia? Observaremos que incluso el marxismo es de origen alemán. Lo verdaderamente ruso es el nihilismo y la autocracia. Ambos se han injertado al marxismo para producir la Rusia actual.

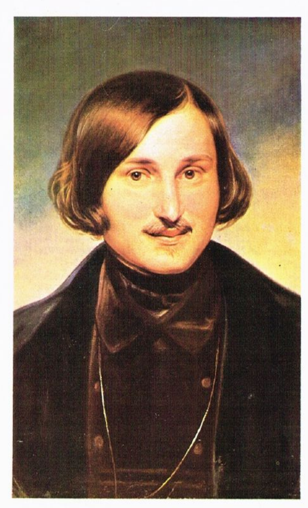
En las artes plásticas, durante el siglo XIX Rusia contribuyó poquísimo al movimiento del resto de Europa. En pintura, Repin y Vereschagin trataron de expresarse como eslavos, pero sin grandes consecuencias. Vereschagin, que acompañó a los ejércitos rusos en Asia, nos ha legado innumerables





Contra los métodos utilizados para reprimir el terrorismo y la revolución, periódicos y revistas emplearon las críticas más acerbas y emotivas, como el dibujo de la derecha, aparecido en el periódico "Azufre" y titulado "Idilio en otoño". A su lado, ilustración de una acción terrorista contra un personaje de la corte.





En el extremo izquierdo, el conde Witte, quien, bajo los reinados de los zares Alejandro III y Nicolás II, intentó dar un gran impulso al progreso material de Rusia. Intervino en la construcción del Transiberiano. Aquí al lado, N. V. Gogol, que, junto con Puschkin y Dostoievski, plasmó en la literatura rusa el período autocrático y revolucionario.

pinturas con escenas del avance de la civilización dejando pirámides de muertos y montones de cráneos en la estepa. Su obra fue más de nihilismo artístico que de pacifismo educador. Sin embargo, sus cuadros se emplean para exponer los horrores de la guerra. La literatura rusa del período autocrático y revolucionario, con Puschkin, Dostoievski y Gogol, introduce los tipos morbosos y exaltados, resultado inevitable de aquel régimen anormal.

En el teatro, y sobre todo en el género casi nacional del *ballet,* la aportación de los rusos es ya digna de tenerse en cuenta. El teatro ruso se distinguió sobre todo por la escenografía y la esmerada ejecución de las obras, lo que no hubiera sido más que una contribución técnica, no artística, de no haberse especializado en el arte nuevo del *ballet*. Es difícil decir si el *ballet* ruso es pintura en movimiento o música plástica; el ritmo está de tal guisa asociado a la manera de agitar los cuerpos los danzantes y al color de los trajes y decoración, que el efecto es el de una visión de forma agitada por una fuerza misteriosa que emiten las notas de la orquesta. Todas las reglas artísticas formuladas en siglos pasados se desvanecen con la innovación del *ballet*. Es, en realidad, algo mucho más original y más logrado que la combinación de las artes intentada por Wagner. Éste empleó escenografía, o pintura, y poesía para acompañar la música, pero sin fundirlas nunca. El *ballet* ruso acaba con la distinción que había existido siempre entre artes del tiempo y artes del espacio, armonizando para ello elementos sucesivos y distribuyendo forma y color melódicamente en plano o de bulto. Hoy ha degenerado en vulgar pantomima con la adopción de necios argumentos y el acrobatismo de bailarines andróginos.

Billete de 50 rublos emitido por Nicolás II en 1899 (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



BIBLIOGRAFIA

Carr, E. H.	*Los exiliados románticos,* Barcelona, 1969.
Chizhevski, D.	*Historia del espíritu ruso,* Madrid, 1967.
Earl, A.	*Breve historia de Rusia,* Barcelona, 1967.
Hainson, L.	*The Russian Marxism and the Origins of Bolchevism,* Cambridge (Mass.), 1955.
Hingley, R.	*Historia social de la literatura rusa, 1825-1904,* Madrid, 1967.
Krakowski, E.	*Historia de Rusia,* Barcelona, 1956.
Lyaschenko, D. I.	*History of the National Economy of Russia,* Nueva York, 1949.
Ordinaire, J.	*L'évolution industrielle russe depuis la fin du XIXe siècle,* París, 1926.
Plekhanov, G.	*Introduction à l'histoire sociale de la Russie,* París, 1926.
Portal, R.	*Les Slaves. Peuples et nations,* París, 1965.
Riasanovsky, N.	*A History of Russia,* Nueva York, 1963.
Shapiro, D.	*A Select Bibliography of Works in English on Russian History, 1801-1917,* Oxford, 1962.



El descanso de los deportados (Museo Puschkin, Leningrado).

La ilustración de este tomo se debe a: Agencia Zardoya (Barcelona), Archivo Edistudio (Barcelona), Bavaria-Verlag (Gauting vor München), Cifra Gráfica (Madrid), Embajada Estados Unidos, Europa Press (Barcelona), Galería de Arte Moderno (Dresde), Gil Carles (Valencia), Halin (París), Idées et Éditions (París), Keystone (Barcelona). Lolivier (París), Lucchetti (Barcelona), Meyer (Viena), Museo Histórico Saavedra (Buenos Aires), Novosti (París), Oronoz (Madrid), Photo A.F.P. (París), Ráfols (Barcelona), S.E.F. (Turín), The National Maritime Museum (Greenwich), The National Portrait Gallery (Londres), Titus (Turín), Salmer (Barcelona), Schwarz (Mannheim), Vilanova (Barcelona).